ANDREA ABREU

Pajaritos preñados



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Parte I
Parte II
Parte III
Parte IV
Parte V
AGRADECIMIENTOS
Créditos

A abuela Chela
A abuelo Pepe, El Negro,
que traspuso cuando yo tenía apenas
ocho años y murió, solo,
mientras escribía esta novela

Parte I

¡Bueno, mi gente!, chilló el cantante parado arriba de la tarima con los huevos retratados en los pantalones de raso, por aquí nos están pidiendo un temita para Catrina de parte del novio. Había un niño chiquito como un arestín, en el viro del escenario, chillándole al cantante lo que tenía que comunicarle al micrófono, ¿sí?, ¿para Catalina?, que eso era el firringallo aquel diciendo que no que no con las manos y con la cabeza, y hasta con los pelos de la cabeza, atemorizado, chico, pues, como si le hubiesen puesto una escopeta en la frente para dar bien la orden del feliz cumpliaños, ¿no?, ¿para Cathaysa?, el niño saltando en una pata sola, ¡sí!, ¡sí!, ¡mi gente!, para Cathaysa con cariño del novio querido del alma, que hoy es el cumpleaños, que los cumplas muy feliz, mi niña, que Dios te bendiga. La plaza en peso posó la vista sobre de la chica. A El Presidente de la comisión de fiestas se le pusieron los ojos como los de un cernícalo acechando un lagarto saliendo de una penquera. ¡Qué diablos de novio, muchacha!, chilló La Macha amargada completa, apuñándose los pelos chicos de la frente y clavándose las uñas en el naciente del pelo, que llevaba apretado en una diadema de tela encarnada. Se fijó Cathaysa en el círculo de gente que se había formado alrededor de ella y se dio cuenta de que reconocía todas las caras, pero solo a algunas sabía ponerles nombre. Era mala para los nombres, Cathaysa; siempre se ocupaba La Macha de recordarle quién era la vieja que le acababa de preguntar y tú de quién sos, mi niña, y tú de quién sos, que yo no me recuerdo, mi niña, y que yo soy de mi padre y de mi madre, respondía Cathaysa, porque La Macha le había enseñado a responder que de mi padre y de mi madre, porque había mucha gente jurona y malpensada en el barrio, y en el mundo, pero sobre todo en el barrio, y, según La Macha, Cathaysa era demasiado bobancona y se pensaba que todo

el mundo era trigo limpio, y no, comadre, la gente era el diablo. La gente es veneno, foferno, lo peorcito, mi niña. Se fijó Cathaysa en aquel gentuallo tembliquiando del frío, en toda aquella curia de gente que la estaba juroniando por andar vestida como las putas, un cuero completo, ¡mira parai!, le había chillado la madre antes de salir por la puerta, cruz, perro maldito, presinándose y escupiendo en el patio de cemento esmojecido, escupiendo arriba de las jelechas y la hortelana y los mimos que tanto cuidaba Engracia y que estaban todos tan bien sembrados en los poyos de la entrada y que crecían como matas salvajes de las selvas. Los mimos aquellos que tanto quería Engracia, pero que entonces le dio igual esgarrarles arriba, porque Cathaysa era un cuerillo malo y a las jediondas no se les daba ni un jarro de agua, comadre, y, fos, cuando una ve a una jedionda solo le queda a una escupir pa los lados, escupir fiscos de las ascuas tan grandes. En la plaza, al igual que a El Presidente, a los hombres, grandes y chicos, eso eran los ojos que se les botaban fuera como a auténticas ranas de ver las tetas requintadas de Cathaysa dentro de aquella blusa escotada y blanca, de verle las carnes y las gorduras sobresaliendo por encima de aquella falda negra y envasada, aquellos muslos parejos, aquellos brazos de mula, aquellas pieles tiznadas. Era, sí, mi niña, era Cathaysa un cochino colgando el día de la fiesta, recién matado, expuesto ante el barrio como una ofrenda a la Virgen, un cochino todavía con la sangre chorriando por el cuero, apestando a quemado y a chillidos de cochino perseguido y jallado con el filo de un machete y dispués sopletiado.

Pensó Cathaysa: ahora sí, pensó, ahora sí se formó buena, comadre, viendo a La Macha zapatiar de la calentura, muchacha, ahora sí se formó la de San Quintín, porque no le daba a ella el tino pa decir que no, que no tenía novio ninguno ni cosa que se le pareciera, pa decirle que no a La Macha, a la persona que decía la verdad y la mentira del mundo, del mundo de Cathaysa, y como no fue capaz de pernunciar, el tino solo le dio pa jalarse la blusa por arriba de las tetas, el tino solo le dio pa ajeitarse un fisquito la falda negra acabante de estrenar y que ya tenía un bujero de andar sentándose en los muros de piedra de la plaza. Solo le dio el tino pa

jalar por la traba que tenía espichada en el pico de la cabeza y soltarse la pelambrera lacia hasta el culo y meniar aquella mata de pelo, babenta, que no aguantaba un moño, que solo les faltó a los machos de la plaza aplaudir y a las viejas sacar las podonas y sajarle la melena de la envidia, ras, ¡zarce!, al rente, de la envidia de ver aquellas crines de yegua pasiándose de un lado al otro de la plaza, pasiándose que parecía que llevaba Cathaysa hasta cascos y espuelas y alforjas, y eso encendió más a La Macha entodavía, eso la puso como un fosforito y pegó, bibibí ñiñiñí jojojó, a imitar ese gesto vanidoso de Cathaysa, de destrabarse la traba y ponerse de presumida, porque veía La Macha que Cathaysa era guapa y, sobre de que lo era, además se lo tenía creído. Cathaysa era guapa, lo sabía ella por las caras de los hombres, lo sabía aunque había días que quería jalarse el cuero de la cara y arrancarse las grasas de la barriga y hasta las pestañas y los dientes, hasta aquella ristra de dientes como una piña millo de colores, quería arrancarse las cosas que la hacían guapa pero que le pesaban como un saco de riscos: la cara corta y ancha, las narices chicas, la barbilla cuadrada, bembuda, los ojos regañados, chiquitos, rajados que no se sabía si eran abiertos o cerrados, los mofletes salidos y redondos como papas de casta, la piel oscura, renegriando, que salía a la raza, a la familia del padre, las cejas de mariposa. Una mariposa, era Cathaysa, una mariposa limonera aposándose a beber en una col de orilla enchumbada del sereno de la noche, ¿y a ti te parece medio normal, que tengas un novio y no me hayas dicho ni porai te pudras, machanga mierda?, seguía de majadera La Macha. Guapa, pero guapa guapa, era Cathaysa, y no quedaba nadie en el mundo o en el barrio que no lo supiera, pero no estaba tan contenta Cathaysa de ser guapa, tampoco, porque la guapura no era cosa buena, mi niña, la guapura no es cosa buena, le decía siempre Engracia cuando la veía ajeitándose los pelos alante del espejo con aquel gesto envenenado de ella cuando se miraba en un charco, en una cristalera, en cualquier cosa que la reflejara, y le daba por chuparse los cachetes padentro y levantar las cejas como una bruja. La guapura era una manzana envenenada con gaznate, un higo pico sin pelar, un pájaro capirote volando dentro del zarcerío cerrado. Estaba

agarrada con trabas a una liña siempre a puntito de partirse, la guapura; aguantaba poco peso. Lo mínimo que una se descuidaba se zafaba de la liña y se volvía fea. Había que estar retesa, ajeitándose a cada rato, en una pura tensión. Vivía Cathaysa atemorizada de volverse más fea que un cuerno a cada momento, y a veces, para evitarlo, se quedaba quietita quietita con la boca cerrada.

¿Cuántos añitos cumples, Cathaysa?, preguntó el hombre de la orquesta jalándose los calzoncillos porque le hacían fondillo de tanta bailadera y empezaban a ocultarle la dimensión del asunto, ¿cuántos añitos? Y Cathaysa se quedó en silencio y le pareció sentir una gota de lluvia cayéndole arriba del hombro, una gota grelada que le atravesó el cuero ardiendo como si se le hubiese clavado un pico de penca en la carne de debajo de la uña. Se escuchó el silencio arrastrado de pinos que venía de atrás de la plaza, un sonido como de olas secas que hizo bailar los papelitos de colores arriba de las cabezas de los técnicos de sonido de Radio Suso, jartos ya de esperar a que se pusiera la cosa en marcha, y que obligó a las viejas a cerrarse los rebecos en cruz; ¡cruz, perro puto!, dijeron, ¡ya!, ya sí se metió el pelete malo. Cathaysa abrió las narices y aquel pelete malo le espichó también varajadas calientes de aire por los bujeros, varajadas suavitas de pan de hamburguesa y salchicha guisada, salsa universal, pepito especial, perrito completo, papas locas con tres salsas y, junto con lo salado, cositas dulcitas de fiesta y de verbena: piñas de manises, almendras garrapiñadas, pulseras de pastillas de azúcar.

Miró el cielo, Cathaysa: vio la luna llena atravesada ahora en la negrura, perforada por una brumacera gris de nubes en un cielo sin estrellas, y le dio miedo que se mandase a llover y suspendieran el baile. Hacía un pelete amargo que le trajo recuerdos de las mañanas de escuela, cuando salía de la casa con la mochila requintada, atrás los gritos de Engracia y la acidez caliente de la leche cabra con gofio revolviéndole las tripas. Siempre había odiado la escuela, Cathaysa, era una burrita completa, prefería las películas del Oeste, la novela, el café dulcito y las truchas de batata. Le pareció aquel un pelete demasiado duro, como de principios de febrero, aunque todavía

estaban en septiembre. La humedad había llegado mucho antes de la cuenta, y ya estaban las casas todas revenidas del frío, y los patios verdiando, sorroballados, levantados por el empuje del mujo verde que atravesaba el cemento de canto a canto e iba dejando formas y dibujos en el suelo como mandados por Dios o por la Virgen, o por Dios y por la Virgen al mismo tiempo, para decirles algo a las vecinas del barrio. No sabía nadie qué clase de historias traían aquellos mensajes, pero debían de ser importantes, porque aquel olor a esmojecido cargaba malos pensamientos y enemistades, aquel jedor a cuarto cerrado cargaba podredumbre y arrepentimientos. Y en la fiesta, en la fiestita ese año, a pesar de los coloritos de las flores y de los papeles que tembliquiaban con sus sombras en las losetas del suelo de la plaza, a pesar de la orquesta La Sonora Hermigua traída directamente de La Gomera y los castillos inflables y el concurso de quesillos caseros y el manto de la Virgen con hilos dorados que parecían de oro, la alegría no se sentía alegría, sino más bien otra cosa.

Le metió mano a la mano de La Macha, Cathaysa, aun sabiendo que estaba cabriada como un diablo, aun sabiendo que todo el mundo las estaba mirando y que todo el mundo iba a pensar no solo que Cathaysa tenía un novio que no existía, sino que a lo mejor el novio no era en verdad un novio sino La Macha misma, y que también ella era macha perdida completa. Se fijó en el cantante, que abría y cerraba la boca en silencio como un pescadito alante del micrófono. Mi niña, ¿tú no piensas dicir nadita?, le dijo una vieja forretiada jalándola por el brazo, no seas malagradecida, ojalá yo tener los años tuyos y un novio aparente. La mano de La Macha le estaba escachando los dedos con aquella potencia que tenía, que cualquiera aguantaba un pescozón de una mano de esas. ¿Y pa qué diantres quiere un novio Cathaysa?, le dijo La Macha a la jocicuda de la vieja. ¿Pa lavale los calzoncillos cagaletiados? ¿Pa raspale los pantalones empegostados de cemento? Métase el novio pol culo, susurró La Macha, con los dientes apretados como los ventrílocuos que hacían hablar a los machangos en las fiestas de los barrios. Muchacha, ¿te volvistes boba?, le dijo Chaxiraxi por lo bajo, si no dices nada voy a responder yo misma. Eran dieciséis añitos, pero no

se sentía capaz Cathaysa de pernunciar palabra alguna. Eran dieciséis añitos ese mismo día, y llevaba ya semanas atemorizada con ver llegar el momento del cumpleaños y, con él, el último día de la fiesta, porque también era el último año de escuela, aunque ya hacía mucho tiempo que no estaba yendo, y pensaba no ir ese año tampoco. Bastante antes de los dieciséis, todas las chicas y los chicos del barrio empezaban a abandonar la escuela para ir arregostándose a la falta de libro, y para que se fuesen arregostando los maestros también a que no pensaban volver, a cuenta de los trabajos en la obra o en la limpieza o simplemente por el penquerío y la malagana. Poco a poco caminaban los meses, y el espacio entre los días de escuela se iba haciendo más cumplido, hasta que las maletas y los creyones, la tarea y el cartapacio se convertían en recuerdos invisibles y ya no sabían más si *burro* se escribía con be grande o con be chica, y se levantaban a las tres de la mañana agoniados con unas pesadillas en las que tenían exámenes de tipos de be. Eran dieciséis años ese mismito día, y no sabía muy bien qué hacer Cathaysa con la vida de ella después de que la orquesta se apagase al final de la noche. Solo pensaba que le hubiese gustado poder pasar el resto de la existencia de baile en fiesta, de fiesta en baile, trulenquiando.

Cathaysa fue a abrir la boca para decir que no, que ella no tenía novio ninguno, que por favor no le cantaran ninguna canción, que si se la cantaban se iba a quedar allí mismito espichada del disgusto, y Chaxiraxi: pero dilo ya, muchacha, por Dios, ¿que no ves que si no contestas la orquesta no puede seguir?, y se subió Chaxiraxi arriba de un banco y chilló ¡diciséi!, ¡cumple diciséi!, como una loquinaria. Camarote, shhh pum, pa la Virgen. En medio del silencio encendido de la noche, El Presidente de la comisión de fiestas botó un camarote parriba desde el viro de la plaza. Pegó a aplaudir la gente, ¡viva la Virgen del Socorro, me cago hasta en diez! Aprepárense, chilló el cantante de lado, dirigiéndose a la orquesta en lo privado, compadres, nos vamos en cumbia, arrancamos, un..., dos..., un dos tres y... Se prendieron el cuero y la batería. El Presidente arrastró a Cathaysa y la sacó a bailar. No le dio tiempo a ella a decir esta boca es mía y aquel hombre ya la jaló por la cintura con la mano del

camarote y con la otra le apretó los dedos fuerte y pegó a darle vueltas como un trompo. ¡Cállate, muchacha!, le dijo La Macha apretándole el cogote a Chaxiraxi, tú me parece que eres medio incompleta, y se echaron una agarrada a pocos metros de Cathaysa y El Presidente, que andaban siempre aquellas dos peleando a cuenta de la majadería que se gastaban, aunque luego se arreglaban sin pedirse perdón ninguno. La gentita se fue agarrando de las espaldas, engangándose como perros en celo, y se arrancaron a dar vueltas junto con Cathaysa y El Presidente. Ansina me gustan a mí las mujeres, le escupió El Presidente a la oreja. Se sumaron el bajo, las teclas y la guitarra. La guitarrita, que hacía los vientos completos, como buena orquestita gomera, emitiendo aquel sonido que solo tenían las orquestas de la isla colombina, que le decían punteo gomero y que tanto le gustaba a la gente del Norte de la isla de enfrente. Pegaron, así, también, con aquella musiquita a un tiempo los coristas y el cantante a hacer un paso de cadera que les hacía guindar el asunto colgandero. Más coordinaditos que el carajo, comadre, mira parai esos machos, muchacha de Dios; eso te dejan preñada con el olor de los calzoncillos.

Pues diciséis añitos, a gozaaar con las amigas y con el novio y a disfrutar, y para ti, Cathaysa, este temita de tu novio querido, que dice así, y El Presidente le dio una vuelta a Cathaysa con una sola mano y la apretó contra el pecho, meniándola como una muñeca trapo, con ese jeito arrebatado que tenían algunos hombres del barrio para la cumbia. *Procura seducirme muy*, cantó el cantante alzando la cabeza hacia la luna, *despacio*, y miró a Cathaysa, *y no reparo de todo lo que en el acto te haré*. La gente que faltaba de los viros de la plaza se paró automático de los muros en los que estaba sentada. Eso eran las vecinas privadas machuca que te machuca, machuca que te machuca el suelo con los bracitos en la centura como muñecas de Famosa. Ansina me gustan a mí las mujeres, repitió El Presidente, cachorronas, que haya donde agarrar. Se fijó Cathaysa en el filo de la tarima. El niño que le había dado el recado a la orquesta salió corriendo de repente, y tuvo ella la sensación de saber lo que estaba pasando. Lo buscó. Lo encontró al niño con los ojos: iba corriendo todo enfolinado hacia los ventorrillos. Prestó

atención a la letra de la música que le habían dedicado: *Quizás convenga que te alejes, quizás, me domina la tentación, de imaginar que estoy tan cerca de ti, tan cerca sin poder resistir.* Siguió buscando al niño, que cruzó la plaza agachado entre las parejas de viejas que bailaban arrejuntadas, con los pies de puntillas; que decía Yaya, la madre de La Macha, que los niños de ahora tenían la moda de caminar así con los pies empinados. Cruzó el niño por entre un grupo de niñas de la Escala en hi-fi que estaban ensayando coreografías en una esquina. Toda la plaza girando sobre sí misma a la vez que Cathaysa giraba en la mano de El Presidente, como si fuera toda la fiesta y la plaza y la gente una sola cosa, un revoltillo, las sobras del almuerzo que Engracia les echaba a las gallinas al oscurecer y que, ahora, en los ojos de Cathaysa, estaban hechas de papeles y flores de papel que de pronto le lucían escoloridas, de palmas, de banderas de España y de Canarias a un mismo tiempo, sin ningún significado. El niño alcanzó la parte de atrás de la plaza, donde los hombres de la comisión estaban poni saca vino y ron Pampero, que eran las cosas que bebían las chicas a escondidas, y no tan a escondidas porque las invitaban los viejos del barrio. La gente, las risas. Las chiquitas de jartadas. El cantante mandándole a la cancionita: *procura coquetiarme más,* y los coristas, *y no reparo de lo que te haré*. Todos los hombres de la comisión y los chicos de los ventorrillos cargados, y Manolito El Sucio, el padre de Chaxiraxi, botado arriba de una silla plástica empenado empurrado arregostado a que no se le arrimara nadie. ¡Manolito!, ¿tas seco, bandido?, ¿te traigo una fría?, le gritaban los chicos de los ventorrillos, y las risas eran como bolsas de cemento, y Cathaysa girando sin ton ni son en los brazos de El Presidente cuando vio que el niño chiquito como un arestín llegó a la barra de un ventorrillo de chapa roja con la lengua botada afuera y pudo leerle en los labios lo que ya se estaba temiendo.

¡Es El Churrero!, chilló Cathaysa, y El Presidente saltó patrás del susto sin soltarle la mano, solo alejándose un poco de ella, que empezó a tambaliarse en una pata sola de tanta vuelta. Lo vio por encima del hombro de El Presidente: estaba El Churrero dentro del ventorrillo de chapa roja echándose un vaso vino como los viejos,

pero El Churrero no era un viejo: solo tenía quince años. Iba todo requintado, con una camisa de botones negra que parecía que le iba a sacar un ojo a cualquiera, todo negro que era el uniforme de churrero, y un delantal blanco que ponía: CHURRERÍA LÓPEZ con letras escritas en rojo. El Churrero le dio un chopazo en el cogote al niño y alzó la cara, investigando. Sin querer, Cathaysa se tropezó con aquellos ojos marrones casi negros y se viró otra vuelta hacia el escenario, atemorizada. El cantante seguía que si *procura no mirarme máááááás*. Cruzar los ojos con El Churrero era igualito que declararle matrimonio, lo mismito que enseñarle las tetas. De toda la vida de Dios el amor había sido cosa de dos, o de tres, como pasó en la casa de Cathaysa, pero en el mundo de El Churrero no hacía más falta sino uno, y ese era él: El Churrero, que fue sentir apenitas el rajuñazo seco de la mirada de Cathaysa y botar el vaso contra el suelo de la cantina y espedazarlo en miles de fiscos. Salió El Churrero brincando por arriba de la barra con duro esfuerzo, y de la presión echó pafuera un botón que pegó a volar escopetiado desde la parte alta de la camisa hasta la cara del niño arestín. Se quedó El Churrero con el pecho pelado destapado, enrojecido como una gallina esplumada. Cayó, cayó El Churrero en el piso dando dos zapatazos y estampó al niño contra las chapas rojas del ventorrillo. Resonó el estampido en toda la plaza, y quedó el arestín tendido en el suelo como una sama con los pantalones bajados por las canillas. Por debajo de la música, sintió Cathaysa a los pibes de los ventorrillos las puras risas, las viejas chillando a socorrer al chiquillo menudo: ¡las partes!, por Dios y la Virgen santa, ¡tápenle las partes a ese niño! ¡Sus, muchacha, que eso es una afrenta pa la Virgen!

Se acercó uno de los hombres de la comisión al escenario y le pidió a El Presidente que viniera corriendo, que un niño chiquito se había quedado tendido en el suelo en la zona de los ventorrillos y que no había manera de taparle las partes. Se avispó rápido El Presidente, que quería hacerlo todo derechito como marca la ley porque le quedaban bastantes culpas de haber echado palante la fiesta a pesar de los inconvenientes. Paró La Macha en seco de bailar con Chaxiraxi y la dejó a un lado porque vio la oportunidad de acercarse a Cathaysa. Sabía ella llevar a las mujeres como una

centella en la salsa, la cumbia, el merengue, lo que se pusiera por delante, y agarró a Cathaysa por la punta de los dedos con la delicadeza del capullo de una uchuva. Yo me lo imaginaba, respondió Chaxiraxi, que siguió baili que te baili con el pasito-pasito, meniándose sola alante de los hombres de la orquesta para que la vieran. Ella se lo imaginaba, que lo más seguro era El Churrero quien había mandado a pedir la canción dedicada por el cumpleaños. Pegó La Macha a sacudir a Chaxiraxi por el brazo, sin soltar los dedos de Cathaysa, y le dijo: si lo sabías, ¿pa qué le dices nada al cantante, machanga mierda?

El Churrero venía ahora palante como los burros, empitonado, que siempre pensaba que vivía en una película del Oeste, en una telenovela, en una carrera de caballos, colocándose el miembro bien puesto dentro del pantalón requintado porque de ver a Cathaysa se le quedaba la cosa medio cambada. Por Dios y la Virgen santa, hagan algo, miren a ese niño que tiene la cuca por fuera, lloraban las vecinas al ver al niño estampado en la parte de atrás mientras El Presidente hacía por abrucharle el cinto. Los pibes de las cantinas con el chillerío: ¡eso es lo tuyo, compadre!, ¡plabóyate a la piba!, Churro, mándale duro. Fingió Cathaysa que bailaba entonces más fuerte, y la acumulación de vueltas, o la amargura misma, la hicieron escucharlo todo como a través de un bucio, como debajo del agua. Le pareció que se le había metido la misma neblina de siempre alante de los ojos. Vio venir a El Churrero enfilado por en medio de la plaza. Allá a lo lejos, en los ventorrillos, risas apagadas. Alrededor, el barrio gris iluminado por la luna llena embrumada y los faroles. La Macha la viró contra el escenario al percibir a El Churrero. Le dio tiempo a Cathaysa de fijarse en lo que habían pintado ese año en el fondo: unos parrales de viña y gente tocando el timple y la bandurria. Mal pintado, que parecían los timples patas asadas, y las paredes chisquilladas completas, ya con la humedad comiéndoselas como cosita mala, mal pintado que todavía se veía escrito por debajo: FELICES FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA DEL SOCORRO del año pasado, que eso parecía que no habían cambiado ni la pintura. Devolvió Cathaysa la mirada hacia La Macha, que la meniaba cada vez más fuerte con aquella diadema encarnada puesta y con aquel rosquete

bajo que le dejaba los pelos de la frente por fuera, con aquella falda de tablas vaquera a la altura de las canillas que parecía que iba disfrazada de mujer en los carnavales. Fue Chaxiraxi la que se empeñó en ponerle aquella diadema apretuñada y en pintorriarla toda como una puerta, y pensó Cathaysa que le quedaba horrible todo lo que llevaba puesto y que prefería verla como se vestía siempre, como se vestían las machas, con moños bajos a la altura del cogote, con puros chándales y tenis blancos. Últimamente no la podía ver ni en pintura, no podía mirarle la cara de jocicuda que cargaba, porque La Macha desde menudita había sido lista como una tea, que a Cathaysa se la llevaban los diablos de la rabia que le daba que no estudiaba, la muy jedionda, y lo sacaba todo como un hacha. Ahora encima se las daba de importante, porque hacía poco que había empezado a ir al curso de administrativo tempranito por las mañanas, y si antes tenía razones para mangoniarla y decirle lo que tenía que hacer, ahora las tenía más entodavía. Hasta la Chaxi del carajo, que era más burrita que ella aún, que había dejado de ir a la escuela el año antes, hasta la cabrona de la Chaxi tenía la vida más o menos enmachetada, porque desde hacía unos mesitos había pegado a limpiar casas de fijo desde los claros del día, y por las tardes practicaba peinados con la cabeza de una muñeca encachazada que se encontró La Macha en la basura de por detrás de la venta.

Yaya, que tanto quería y adoraba a Cathaysa, tenía una peluquería ilegal escondida en el garaje de la casa. Pensaba Cathaysa que Yaya iba a contratar a Chaxiraxi y no a ella en la peluquería, y eso le daba rabia, pero tampoco le daban las fuerzas para ponerse a practicar peinados ningunos. Sentía que no sabía hacer nada, nada nadita, ni una pipa almendra, y estaba segura de que no era buena en nada tampoco. Se sentía con la sangre totalmente paralizada desde menuda, como le decía la madre, que siempre lo hacía todo como una chafalmejada, que dejaba los mangos de las cucharillas y las sartenes grasentos, y pensaba ella que tenía algún problema con la cuestión de los mangos de las cosas, pero no: había averiguado que en verdad tenía la sangre muerta. A veces rezaba por no tener que ir a trabajar nunca en la vida, nunca, por eso el tiempo de Cathaysa

pasaba entre baile y baile con la promesa lejana de que algún día, alguna vez, capaz Ofelia, la vecina de por debajo, le iba a encontrar un trabajo de camarera de piso en Las Olas, un hotel del Sur. Cada poco, Engracia le decía: María Cathaysa, ¿ya le preguntastes a Ofe si salió lo del trabajo?, y Cathaysa bajaba hasta cas Ofelia con la misma y se quedaba esperando en la puerta, tocando muy bajito para que no la escuchara. Normalmente no la oía, y volvía a la casa y le decía: no, ma, dice que entodavía no. La cosa en la casa y en el barrio se mantenía pareja, sin cambeos ningunos, excepto para La Macha. No era solo la familia de Cathaysa. Todo el mundo en el barrio pensaba que las cosas iban a mejorar de un momento a otro, que iban a ganar más perritas con el turismo en los Sures, que iban a crecer más cumplidas las coles, más altas las matas de millo, más florida la rama de las papas; que iban a caer del cielo duros y pesetas y se les iban a meter por los canalillos directos a los bolsillos rotos y faltos de remiendo, pero nada de eso llegaba. Las mujeres seguían teniendo que levantarse a las cinco de la mañana para prepararles el termo a los maridos y para ponerles las ropas, porque cada día tenían aquellos hombres menos capacidad de doblarse para espicharse ellos solos los calcetines, de tantas horas que se pasaban de ajuste arrodillados, colocando piso y rejuntando, encalando y azulejiando en los metros y metros que tenían que hacer para ganar las perritas, las buenas perritas, sí, pero que como mismo entraban se iban marchando, y así el cuerpo se les iba asemejando cada día más al cemento cuartiado, y por eso lo único que cambeaba, lo único que aparentaba distinto por aquel entonces, era el esmojecimiento de las cosas. La humedad, la humedad que había llegado demasiado antes de la cuenta ese maldito año.

Míralo, por ai viene tu novio, le dijo Chaxiraxi a Cathaysa con la sonrisa de burlona. ¿Lo tengo atrás de mí?, preguntó La Macha apretando los dientes, sin virarse para no verlo. Porai anda, dijo Chaxiraxi, señalándolo con el dedo, y lo vieron llegar a la parte de alante de la plaza, arrastrado por el olor de Cathaysa, como un perro abandonado jociquiando bolsas de basura. Y sí, porai andaba, con las manos atrás de la espalda, con el delantal amarrado a la cintura, con los huecos de las narices abiertos, viendo, inspeccionando la

plaza como un policía buscando multar un coche mal aparcado, asegurándose de si había algún enterado que se atrevía a mirar a la piba, a la piba o a la que él consideraba la piba. Se está acercando, Cathy, dijo Chaxiraxi nerviosa, ai viene, viene derechito a espetarte alguna burrada. Pos arranco pa mi casa ya mismo, te lo juro, mis, se besó Cathaysa los dedos en señal de juro, porque yo con el bobomierda ese no quiero tener más nada que ver, que ya me tiene cansada. La Macha, seria como una tusa en una esquina, ya no bailaba con Cathaysa del amulamiento; La Macha con la mano apretada, como preparando la trompada con cuidado, de la misma manera que preparaba Yaya el conejo en salmorejo, despacito, a lo largo de la mañana. Era una persona dada, La Macha, igualita que la madre, pero cuando le entraba la mulería, eso no había quien la aguantara, y le decía a Cathaysa: te vas a acordar, tú te vas a acordar del día de hoy, ¿me oístes? ¡Yo me mando a mudar pa casa el carajo!, chilló Cathaysa rabiando, me voy a mandar unas papas locas y que se joda el machango ese. ¡Apárate!, chilló El Churrero desde una distancia de más de diez metros cuando vio que Cathaysa se iba, alzando la mano para que se le entendiera con el ruido de la orquesta, alzando la mano y sacando el payo pafuera que se le reventó el segundo botón de la camisa y ya sí parecía él un auténtico malandro con el pecho al aire, igualito que iba el padre de Cathaysa, a todos lados mostrando las cadenas. Cathaysa, por lo que más quieras, dijo El Churrero acercándose con cuidado de La Macha y poniéndose de rodillas alante de la chica. Por Dios, dijo presinándose y sacándose del pecho abierto la cadena de oro de la Virgen de Candelaria que le habían regalado por la comunión y que le pesaba más de tres quintales. Se la besó, se la arrancó del cuello partiendo el broche, aaaaaah, con un grito, y se la posó en la mano a Cathaysa. Se le quedó el cuello todo colorado del esfuerzo. Feliz cumpliaños, Cathaysa de mi corazón y de mi vida, y eso eran los chicos de los ventorrillos partidos completos de la risa. ¡Vamos, Churro, ya la tienes en el bote!, decían. Cathaysa no reaccionaba. Solo le miró el jocico con fuerza y se vio reconocida en algunos rasgos: la piel tiznada, el pelo oscuro y babento, los ojos marrones, la boca charco, las chiquitas de bembas. Eran sangre, estaba claro.

Cualquiera podía pensar que El Churrero era el hermano de Cathaysa, pero Cathaysa no tenía hermanos ningunos. Ella era sola y más nadie, y El Churrero namás que el primo, el primo segundo por parte del padre. Casi todas las personas casadas del barrio eran sangre, como el padre y la madre de Cathaysa; casi todas las personas casadas y también las que estaban por casarse. Muchas veces no lo sabían hasta ya después de casadas, y cuando se enteraban, les entraban unas revolveduras a la altura del mondongo, unas ganas de arrojar cuando se veían la cara por atrás de la humacera del fisco café endulzado de por las mañanas. Entonces pensaban: ya el conejo me arriscó la perra, porque casarse con la sangre era igualito que casarse con el Diablo, porque no hay más desconocido que uno mismo, y casarse con un primo era como casarse con la peor parte de uno y, comadre, ahora no hay vuelta di hoja, ¿ahora?, ahora me lo cargo al hombro, ¿ahora?, ahora dispués de casada, le mamas el mono a Carmitas. Dejó la palma abierta, Cathaysa, con la cadena de oro al centro. Toda la gente de la plaza y hasta la plaza y la ermita continuaban girando igualito que perros antes de echarse, al son de la orquesta. Dejó la palma abierta, Cathaysa, sin poder cerrar la mano, porque sabía que, aunque le gustase la cadena, no podía aceptar nunca jamás un regalo de El Churrero, y mira que todos los regalos que El Churrero había intentado hacerle eran más bonitos que el carajo.

Se acordó Cathaysa de aquel día en que el maestro empezó a explicar la tabla del ocho mientras ella y Chaxiraxi copiaban en la libreta: *No debo golpear a mi compañera de la escuela, El Señor me castiga*. Tuntún, alguien tocó en la puerta de chapa de la clase, la abrió y asomó la cabeza por el virito. ¿Quién vive?, dijo El Churrero, alongándose y poniéndose las manos atrás de la espalda como un caballero. Entró a la clase con una carretilla ferrusquenta que malamente se movía, con la goma completamente desinflada, y Cathaysa la reconoció al momento: era la carretilla que había por fuera de la casa de Tía Caya, la tía abuela de Cathaysa, la abuela de El Churrero. En la carretilla, el primo cargaba una tele gigantesca. Te traje la tele, Cathaysa, dijo El Churrero, ahora me tienes que dar el ligue, por la Virgen santísima y por lo que más quieras. La semana

anterior se había ido ella llorando del colegio porque decía que le dolía la barriga de comer tantos higos picos, pero era mentira. Le pasaba mucho en esa época, que le dolía la barriga de tanta peliadera que se gastaban en la casa. Resulta que en los días esos, antes de lo de la carretilla, Cathaysa estuvo faltando a cuenta de que Engracia había zumbado la tele por la ventana por andar el padre llamando a las brujerías del Canal Atlántico, y otra vez en las máquinas y en la bebedera, que las tenía esperradas completas, sin un duro ni pa comprar gofio, y ahora no tenían un duro tampoco para comprarse otra tele. Cuando Cathaysa vio aquella tele en manos de El Churrero, en realidad se moría por volver a ver la novela y las películas del Oeste, pero desde muy chiquita sabía Cathaysa que aceptar un regalo del primo significaba tener que casarse con él ese mismito día. ¿Le robastes la tele a Tía Caya?, dijo Cathaysa, los chillidos. El maestro agarró a El Churrero por el pescuezo, lo apuñó por las muñecas como a un delincuente y lo paralizó mirando contra la pared. Quieto parado, bandido; no se resista, malandro. El maestro, arrebatado, mandó llamar a la casa de El Churrero a una niña de la primera fila. Al ratito, la madre de El Churrero vino toda descuadrilada, con las ojeras negras como cuervos de no descansar, llamada a capítulo por el maestro de la escuela, y trajo a la suegra, Tía Caya.

Al ver aparecer a la abuela por la puerta de la clase, no le quedó más remedio a El Churrero que pararse arriba de una mesa y cantar una polca que le salió sola, sin pensarla:

Abuela Caya le robé,
pero yo no lo hice adredes.
Si usté quiere le echo un cuento
y le devuelvo la tele.

Todo el alumnado respondió al mismo ritmo: *ay ay ay ya yay, ay ay ay ya yay*, y hasta el maestro: *ay ay ay ya yay, ay yayayay yaya yay yay yay*. Después de aquella primera polca, se mandó él a cantar

como veinte minutos seguidos, contento de ver al público entusiasmado, y se convirtió en el niño famoso de las polcas. Desde ese entonces, había noches que Cathaysa no podía dormir pensando en todo lo que odiaba a El Churrero y aquellas malditas canciones. Había otros días, sin embargo, días como ese, el del baile, el día del cumpleaños, que, aunque no lo pareciera desde fuera, por dentro necesitaba que alguien la estuviese mirando como la miraba el primo. Siempre que Cathaysa necesitaba sentir que seguía existiendo, le bastaba con buscar al primo con los ojos.

¡Cathy!, ¿no está poco guapo tu regalo de cumpliaños?, dijo chillando El Churrero, y le dio rabia a Cathaysa que ese estropajo del carajo la felicitara y que en la casa se hubiesen olvidado el día completo. Desde por la mañana hasta por la tarde, cuando el padre ya le dio el regalo antes de salir por la puerta de la casa. La Macha se acercó con el puño en alto, pero Cathaysa la detuvo con la mirada. Le devolvió Cathaysa la cadena a El Churrero, dañada, con el aquello de quien agarra una rata muerta por el rabo. El Churrero meneó la cadena en el aire y dijo al grito limpio: ¿me das el ligue ya o qué? Por encima de mi cadáver, se interpuso La Macha, y fue derechita a escacharle la cabeza, pero Cathaysa se sacudió el pelo de delante de la cara y se puso en medio del primo y la amiga. Ni más le dieran, siguió La Macha, retenida por Cathaysa, ella no te va a dar el ligue ni aunque la maten, mis, ni muerta; no, mi niño. El Churrero aferró la cadena entre los dedos y se la guardó en el bolsillo del delantal apalpándose el pechito, el pechito destapado y entonces partido al centro, con la otra mano. El biruje asoplaba ahora en círculos, ahora que ya casi nadie sentía el pelete porque andaba la gente caliente de tanto baili-baili. Nadie excepto las viejas forretiadas vestidas de negro, que parecían cuervos alegantines arrimados en grupos en las esquinas de la plaza, comentando lo destapadas que iban algunas chicas, algunas mujeres; entre ellas, María Cathaysa.

Pos si no la quieres, por lo menos vienes y te mandas un pepito y unas papas locas en el autobar, porque me parece una falta respeto que te los mandes en el de alante la plaza, teniendo yo un autobar más importante. A Chaxiraxi se le iluminaron los ojos y arrastró a las

chicas fuera de la plaza siguiendo a El Churrero. Bajaron las tres por la carretera, dejando a la derecha el autobar El Último Chance. Estaba todo brillante, con un cartel amarillo con por encima letras verdes fosforescentes y las minas de gente con los brazos alzados pidiendo comida como pescaditos tragando engodo de la superficie del agua. De verlo así, a todo dar, que parecía los cochitos chocones, a Cathaysa le pareció precioso, y El Churrero, de verla a ella así, toda privada, en el acto pegó a botar pestes por aquella boquita: que si mira parai, que si se piensan que por meterle más luces va a estar más aparente la comida, ¿por qué no les ponen música a los panes de perritos, también?

La Churrería López quedaba por debajo de la plaza, justo al lado del cuarto de la comisión de fiestas, delante de una huerta abandonada hasta los topes de hierba y ortigones y lavadoras y tablas de planchar, además de otras jarrapenterías. El autobar estaba recubierto de humacera del vapor de los perritos y olía a plancha requemada. Por debajo de aquella neblina de aceite de girasol y papas fritas, brotó de repente la cabeza de la madre de El Churrero, que andaba tas-tas-tas, como una moto, tas-tastas, picotiando cebolla, los lloros que le ardían los ojos. Muchacho el diablo, ¿pa dónde te fuistes y me dejastes a mí con toda esta gente? Se fijó Cathaysa en el autobar: no había gente ninguna. Viejita, tese tranquila, dijo El Churrero, entrando escopetiado a ayudar a la madre con el aquellamiento, tese tranquilita ai, que ya llegó el niño chiquito de los ojos de usté. Dale más que sea un fisco de algo a tu prima, Churro, se quejó la madre, y el hijo se arremangó el delantal por arriba del ombligo haciendo un meneíto de cintura, seisi seisi. ¡Un pepito especial pa las mujeres más guapas del barrio!, gritó alzando los panes en el aire, y pa la más guapa del mundo, bajó entonces la voz, unas papitas loquitas, que yo sé que le gusta bastante la mostacita dulce a la nené y la salsita tomate, mi cariñito, y pegó a mandarle una embostada de salsa tomate marca Diamante

a una jartada de papas fritas. Cathaysa empurró la cabeza contra el piso. Se quedó callada y empezó chascar pensamientos como las cabras chascan tagasastes, despacito, bien molido, sin hablar. Sabía que las chicas la estaban mirando y que esperaban que les hiciera machanguerías, porque siempre era ella la de las machanguerías y las historias, pero no podía, y cuanto más pensaba que quería dejar de estar así, más mulería le entraba. Me voy a mear, dijo Cathaysa, horita vengo. La Macha, cabriada, dijo: ¿qué?, ¿cómo vas a trasponer tú sola? Y Cathaysa con el que no hace falta, que yo me cuido sola. ¿Cómo no va a hacer falta, muchacha?, la agarró La Macha por los dedos, déjate de historias que después te pasa cualquier cosa y te quedas espichada en una huerta y más nunca te encontramos. Sus, qué sagerada, la Chaxi, jijí jajá, comiéndose las papas que Cathaysa no quería, piqui-piqui con el tenedor plástico como una gallina picotiando millo.

Salió Cathaysa de la Churrería López con la mulería arriba, toda escarretada que no sabía ni caminar bien con los tacones sobre del piche roto. Caminó dirección a la huerta que había detrás del autobar de El Churrero. La Macha se montó sobre de una sorriba que delimitaba la huerta y cruzó los brazos afirmándose como un auténtico vigilante. Clavó los ojos sobre los bardos dentro los que se estaba metiendo la amiga. Sabía bien Cathaysa por qué La Macha tenía siempre tanto empeño en acompañarla a todo sitio. Pensaba que a ella siempre había que controlarla, porque le gustaba andar buscando macho, que la perdían los ojitos y después no había quien la encontrara, que se desaparecía y no le decía nada. Cathaysa no la podía ver ni en pinta en aquella postura de chérif. Se adentró todavía un fisquito más en los maturriales y al agacharse se clavó palos de viña secos, pero no hizo por desarrimarse. Era uno de esos días en que le hubiese gustado encerrarse en el baño a darse macanazos en la cabeza. Hacía bastantes años que no se los mandaba, pero no se lo había contado a nadie, ni siquiera a La Macha.

¡Mi gente!, se escuchó al cantante con un sentimiento que parecía que estaba a punto de decir una poesía, ¡el Golf GTI blanco con matrícula TF 8908 AX, que se quite que está molestandooo! Vio

Cathaysa a El Presidente bajar por la carretera buscando el coche y se paró rápido del suelo por si lograba verle las verijas por dentro de los matos. La Macha siguió esperando con los brazos cruzados arriba del muro, pero Cathaysa se detuvo primero a mirarse en el espejo retrovisor del Golf GTI blanco, que estaba aparcado delante del cuarto de la comisión. ¡Déjate el jocico quieto!, chilló La Macha. Se observó ella la cara y pensó si se veía algo distinto ahora que tenía dieciséis años. Nada. Solo un espino naciéndole en la punta de la barbilla, y pegó a exprimírselo con un dedo. Cuando le brotó aquella sangraza de la cara, se dio cuenta de que sí sentía algo distinto, algo diferente que no se podía apreciar con los ojos. Se colocó los pelos atrás de las orejas. ¡Que dejes de esperruñarte la cara!, siguió La Macha acercándose a ella, y levantó la cabeza Cathaysa, diciéndole a la amiga: ¿sabes lo que me dio mi padre por mi cumpleaños antes de salir a pescar? La Macha, sin hablar, solo levantó la barbilla haciendo un jeito. Un libro de nombres guanches que se encontró en el Sur cuando yo nací. Sus, qué cosa más bonita, respondió La Macha, y quiso seguir averiguando, pero ¡biiiiibiiiibiiiii!, subieron aquellas motos por el barrio parriba. Motos de esas que hacían un ruido de mil demonios, que los pibes les rectificaban el motor para que corriesen más de la cuenta. La luna extendida iluminaba la carretera, y se metió aquella neblina mala que no dejaba llegar la vista demasiado lejos, ¡biiiibiiiibiiii!, chiquita escandalera que se quedaron las dos chicas atemorizadas. Las guinadas, los caballitos, los trucos levantando la rueda de atrás y la de alante pa estrallarse como baifos por aquella enriscadera. La Macha era la afrenta que no sabía ni dónde meterse, retricándole el brazo a Cathaysa. Cinco, seis, diez, no sabían decir cuántos salían de aquella brumacera pesada como auténticos espíritus. Venían demasiado calentones para el grele que estaba haciendo allá arriba; venían, se notaba, desde bastante lejos, de un sitio donde no estaba tan metido aquel pelete malo. Se bajaron aquellos chicos de las motos y se sentaron poco a poco en los viros de la plaza, con las patas escarranchadas. Los estaban esperando Rayco y Toni, los hermanos mayores de Chaxiraxi, que ayudaron a sentarse a uno que tenía la pata enyesada de andar corriendo en los rallys.

El pulso de Cathaysa era al puro mandarriazo contra el pecho. No quedaba uno sano; eran guapos, sí, pero de una belleza avejentada. Eso eran las risas que se partían, y dentro de las bocas les guindaban cuatro dientes manchurriados, mal limados, todos rotos. Jartos como petos, iban jartos como petos desde temprano. Hasta el agua de las flores se espichaban por el gañote, que les apestaban las bocas a bichos carreteros de las jartadas de ron que se metían entre pecho y espalda, pero esprendían un olor penetrante a desodorante de flis que todo lo enchumbaba, que todo lo convertía en sajumerio. Empinaban las cejas rajadas y del jeito se les destapaban los sajazos del canto arriba de la frente. Arriba de aquel muro, parecían gatos en celo, con la piel desgastada pegada al espinazo. Eran flaquitos flaquitos pero fuertes. Brillaban, parecían a punto de morirse. Había uno, uno sentado en medio de toda aquella mafia, que tenía los ojos verdes chillones, verdes como las hojas, y la sonrisita de medio lado. El labio con una jeta en el mismo centro, partido como una escopeta, justo al centro de la boca, con una peca redonda igualita que un balón en el cachete; la piel cascada, morena, suavita como un durazno ramblero; la frente empedrada de espinos blancos, inflamados; las paletas separadas que daban ganas de que dijera *gofio*. Los ojos, aquellos ojos los sintió Cathaysa como una fuerza de ventolera. Eran ensartados en sangre y las pupilas grandes como burros, que soltaban chispitas de soldadura. Pensó que parecía un borrachito sucio, un desgraciadito, tremenda ficha. Era hermoso como un ángel. No la miró, pero Cathaysa sí se fijó en el chico. Le gustó aquel corte de herradura con pintitas rubias que llevaba en las puntas del pelo. Aquel cortito, así así, todo empinadito parriba que se le mantenía engrinchado como un erizo. El chico se levantó del muro para desarrimar la moto de la carretera. Se quedó ella asustada con la boca abierta hasta acá abajo, ah, hasta acá abajo, hasta la altura de la vida. Al ponerle la pata a la moto, alzó la vista como quien no quiere la cosa, el pibe. A Cathaysa le pareció que la estaba mirando. De tan lejos, pensó verse reflejada en aquellos ojos que chillaban como las aguilillas, en aquellas pupilas que daba hasta miedo de verlas porque espejiaban como espejos. Vámolos, apúrate, le dijo La Macha, que dispués se acaba el baile y

no bailamos ni fisco, y la arrastró otra vuelta a la churrería. Pensó Cathaysa que nunca había tenido un novio como Dios manda, solo cuando era chiquita había estado de ligue con el niño aquel que iba con el padre a las chuletadas de los Alcohólicos Anónimos, ¿cómo diantres se llamaba? Quiso volver la vista, pero La Macha le mandaba unos jalazos cada vez más fuertes. Venga, venga, que te gusta más un cuento que comer, le decía disimulando que en realidad no quería dejarla ver a los chicos.

Cuando Cathaysa y La Macha regresaron a la Churrería López, estaba Chaxiraxi mirando a El Churrero como si fuera Jesucristo en calzones todo iluminado. El Churrero sajaba al centro los panes de perrito, y la madre tapaba y destapaba el vapor de panes y salchichas con un movimiento repetitivo sin ton ni son, porque seguía sin acercarse nadie a cuenta de El Último Chance del demonio. Chacha, ¿qué diablos fueron a hacer ustedes que tanto tardan?, dijo Chaxiraxi, que yo ya estoy más aburrida que el carajo. ¡Churro, cambia esa bombona, por Dios te lo pido!, chilló la madre de El Churrero arrastrándose el sudor de la frente con el brazo. *Mi castigo*..., pegó a cantar el cantante, todo dañado que parecía que lo estaban matando de tan sentido. ¡No me lo puedo de creer!, dijo Chaxiraxi atemorizada, yo arranco parriba a bailar ya mismito y no las espero. Salió corriendo enfolinada y, atrás de ella, La Macha y Cathaysa de la mano también corri-corri para llegar a bailar la «Marejada» a tiempo. El Churrero se quedó trincado cambiando la bombona, muerto por no poder ir atrás de la niña de los ojos de él. Cuando ya habían casi alcanzado la entrada de la plaza, se zafó Cathaysa de la mano de la amiga y se quedó mirando los papelitos de colores desde fuera. Pensó ella que sí, que ya tenía dieciséis años y los dieciséis años eran la edad buena pa tener un novio como Dios manda. Le subieron unos fuegos por las patas parriba, unas ganas de enamoriscarse, de reventarse como un conejo. Tenía una fuerza dentro, pero no sabía cómo usarla. Era una quemazón, una especie de desatino, ¿un amor?, sí, un amor desbandado, como una fila de caballos acabante de escuchar un tiro en el aire.

Allí, donde la plaza estaba brillando como un portal de belén y La Macha ya bailaba la «Marejada» con una vieja a la altura del poste

de la luz, encontró Cathaysa a Chaxiraxi dando vueltas más privada que el carajo. La jaló por el vuelto del vestido hasta la parte de fuera de la plaza. La miró a los ojos que parecía que le quería clavar la pupila con un machete. Chacha, déjame bailar tranquila, le dijo la amiga zafándosele de la mano. María Chaxiraxi, escuche, ¿quién son los pibes esos? ¿Qué pibes? Los de las motos. ¿Esos?, ¿los de las amotos?, ¿esos?, unos chiquitos de malandros, antes se llevaban con mi hermano Toni, de una época que estuvo yendo con el Taison a peleas de perros y de gallos, ¿te recuerdas?, pobrecito, el Taison, padescanse, eso era un perrito más noble que el carajo; antiguamente uno de ellos tenía un presa bastante conocido, no me recuerdo yo ahora cómo le decían, pero a ellos les dicen Los Caleteros, vienen de la parte de la costa. ¿Los Caleteros? Sí, Los Caleteros. Alzó la mirada Cathaysa y se fijó en el cartel del número de lotería del barrio con la cara pintada de la Virgen del Socorro y le dieron ganas de presinarse, pero no lo hizo. Y son unos tremendos jarrapos, ten cuidado.

Se agachó arriba de un charco y se jaló los pantalones. Levantó la cabeza con el cigarro pegado al labio, pegado al labio como un chirato agarrado a los pelos de un perro lanudo, y el cielo pegó a dar miles de vueltas. Esa luna está grande como un burro, dijo por lo bajo, apoyándose en un risco con la mano izquierda. Esa luna está redonda como un tolmo, la mar planchada, y no come un puto peje, compadre, aquí llegó y paró. Los pantalones caídos por la altura de las canillas, y eso era grande, un vaneo tan grande el que cargaba arriba aquel hombre que sentía que se iba a quedar allí mismito espichado, allí mismito en aquel charco, y que más nunca lo encontraba nadie: le daba miedo eso a El Tiznado, que en una de esas la espichara sin poder decir unas últimas palabritas. Dios, más que sea un peje medio parejo: un sarguito, Dios, un burrito, un fisco un roncador. Aquello estaba rabiando, El Tiznado, aquello estaba la rabia que se lo comía por las patas parriba, porque la luna estaba llena que daba gusto, la luna estaba llena llenita hasta los topes, y la última vez que había llamado al 906 84 85 86, una brujenta le había dicho que las lunas llenas traían grandes cambeos, y eso de los cambeos se le había metido a él al canto atrás de los pensares. ¿Será, Diosito, que me quieres decir algo?, susurró mirando la sombra lejana de La Gomera susurró a duras penas porque le entró una picada tan fuerte que le cortó hasta el alma y la respiración, una picada a la altura de los intestinos que le hizo apretar y desplegar las nalgas. La cosa pegó a caer dentro del charco y todo se cubrió de un jedor a perros muertos y puros badumes, un jedor insoportable que, como al cochino no le jiede la mierda, a El Tiznado le supo a pastillas de goma. ¡Qué buen engodo pa los cabozos!, pegó aquel hombre meado de la risa, ¡hoy van a salir jartos como petos!, y vio uno acercarse al mondongo con la boca abierta. Ah, ¡cabrón!, ¿no

chascas?, ¿no te gusta el churrillo mío?, le dijo al pescadito, intentando pararse parriba que parecía que las patas se le estaban despegando de la centura. ¿Te traigo un fisco gofio pa que lo enfríes?, apuñó un risco afilado con la palma de la mano. El cabozo chascó comida del mondongo y: que te aproveche, mi niño, le dijo El Tiznado meado de la risa, y qui pil culiti li ichi, se respondió a sí mismo imitando la voz finita del pescado, y siguió las risas y las fiestas. Siguió las risas y las fiestas, pero rapidito le vino el llanto. Rapidito le vino la magua porque se dio cuenta sin querer, sin querer queriendo, que llevaba ya par de horas sin pensar en la misma mierda. Guañi guañi, atravesaron las pardelas la noche con las lloraderas como niños chicos recién nacidos. ¿Por qué trabaja tanto la cabeza mía?, se preguntó El Tiznado, y de repente quiso saber si no habría manera de arrancarse los pensamientos malos como quien jala por la caña pa partir el nailo, así, como quien jala la caña y deja atrás todos los aparejos y pega de cero. Pegar de cero, compadre, eso es lo que quería, limpiarse la cabeza de la tremenda puta esa que lo tenía malo desde que se la cruzó enfrente. ¡Aaaaaaah!, ¡veneno!, ese hombre pegó a chillar y al mismo tiempo a botar fuego por el culo otra vuelta. El Tiznado rajuñándose la cara con las uñas rentes renegriando, El Tiznado jalándose las cuatro clinejas que tenía mal trabadas en el pico de la cabeza que parecía que se iba a quedar sin pelo ninguno. ¡Aaaaaaah!, ¡jedionda!, ¡más me dieran! Volvió a darse cuenta El Tiznado de que no podía no pensar en la misma cosa veinte veces cada minuto y las lágrimas fueron como chochos bajándole por los cachetes. No supo si el llanto era de tristeza o de esfuerzo, y a través de aquella cortina de lágrimas se fijó en las marcas en carne viva de las rodillas. Las marcas retesas de quien perdió la carne y le volvió a nacer. Después se las acarició con los dedos de la mano derecha, sintió el relieve tenso de esa piel rozada, cortada al rente, como la hierba chica en una huerta después de quemada: el pellejo siempre recuerda donde hubo herida.

Le vino la imagen a El Tiznado de la madre alongada desde la ventana, todavía agarrando el caldero quemado con el que le había chamuscado las rodillas cuando era chico, todavía con el mismo

caldero hirviendo de guisar las papas. ¡Te doy un palo que te parto el alma!, le gritaba que parecía que se lo iba a comer vivo. El Tiznado creció soñando con que el padre un día volvía y agarraba a la madre por el pescuezo y se lo esperruñaba como a una gallina, *puta, tremenda puta de los infiernos, al chico mío tú no lo tocas*, pero no, no venía el viejo, no volvía más nunca. Era él menudo y llevaba el padre ya cinco años en Venezuela y tres sin mandar cartas ni dinero alguno, y El Tiznado creía que Venezuela era una isla de Canarias, la más lejana por el otro lado. No se acordaba de la cara del viejo, solo de los ojos verdes como las jelechas y la barba piquenta recién afeitada. Agarro un machete y te parto el corazón, siguió la vieja. Pensó atemorizado aquel chiquillo que la madre no solo podía partirle cosas que se veían, como el espinazo, sino también las cosas que uno lleva por dentro, como el alma o los pensamientos o vete tú a saber las historias de ella, y eso le preocupaba, porque tenía él unos pensamientos que, si era cierto que Dios los veía, se iba derechito pal infierno como estaba mandado. Salió el pobre con el dolor clavado en el cuero a echarse tierra y telas de araña en las quemadas de las rodillas, porque es verdad que ese día no era gran cosa lo que había hecho: solo pisotiar un par de matas de flores recién sembradas por las hermanas chicas, que tenía El Tiznado cinco hermanas y dos hermanos y solo le quedaban en la casa las más menudas, porque las otras se habían ido de internas y los hermanos machos andaban locos por el mundo, eschavetados completos de la cabeza desde que habían vuelto de la mili, disparando con escopetas de balines a pájaros y lagartos, conejos y cristales de las casas. Es verdad que ese día no era gran cosa lo que había aquellado, pero por lo general no era santo de palo aquel niño. Tenía once años, El Tiznado, y ya era ruinito como él solo. Con el dinero que Tío Aurelio le pagaba de llevarlo a trabajar en las huertas, ya compraba cigarros y bebida, ya se metía a jugar a la baraja en los bares, ya apostando y todo como los hombres viejos.

Sí, compadre, las perritas que le daba Tío Aurelio fueron las primeras perritas, Tío Aurelio querido del alma, la mano derecha del padre, ay, tiíto querido, lléveme al pueblo, por lo que más quiera,

que esta madre mía me va a jacer la cabeza en miles de fiscos, y El Tiznado bajaba al pueblo amontado en el burro de Tío Aurelio, que eso estaba más hecho polvo que un cangrejo de tierra, y por atrás de la plaza de Las Ánimas se encontraba con Merceditas, una chiquilla de catorce años que le limpiaba la casa a un abogado bastante importante que se iba a casar dentro de poco. Ya por entonces sabía El Tiznado que le gustaban el penquerío y los sobajos, el vicio, el muacu-muacu y la relajentería. Tampoco te pases, Tiznado, le decía Merceditas cuando él le levantaba la blusa por arriba de los pezones. Cállate, Merceditas, que yo sé que a ti te gusta más un cuento que comer. A Tío Aurelio tenía muchas cosas que agradecerle, a Tío Aurelio le debía tantas cosas que a veces no encontraba nada con qué pagarle, por eso a El Tiznado le gustaba agachar la cabeza alante de Tío Aurelio, porque, aunque a veces lo mandaba a freír chuchangas y le decía: matacán, me cago en la madre que te jizo, mandarte a ti es como mandar a un montón de mierda junta, por lo menos nunca le había puesto una mano arriba, como sí hacía la madre; por lo menos nunca lo había apuñado por los pelos y lo había arrastrado por los suelos, dejándole cuatro clinejas mal puestas después de haber nacido con tremenda pelambrera. Por lo menos no se atrevía a dejarlo escaldadito al pobre como a una gallina apestando a plumas quemadas, como le acababa de hacer la madre con el caldero de papas hirviendo; nunca, nunca, te digo, porque Tío Aurelio era un padre, que eso era un puño pal dinero, sí, pero era un padre, que era más bruto que un arado americano, también, pero era un padre, socio, un padre, un compañero: el padre que la vida le había dado cuando el padre verdadero no estuvo. Un amigo, un socio; socio, socio, se decían, o más bien le decía El Tiznado a Tío Aurelio: maestro, compadre del alma, tiíto querido del alma y del corazón, pa, pa, maestro, pa, porque Aurelio era la única persona que de verdad lo había querido como Dios manda, que de verdad lo había hecho sentir que era una persona como marca la ley, un hombre de verdad, un hombre de once años pero un hombre después de todo.

Tantos años después seguía siendo la misma historia: el respeto que recibía se lo daba casi todo Tío Aurelio. No como la mujer y la

hija, que lo mangoniaban como a un auténtico machango. ¿La hija?, ah, no compadre, eso sí que no se lo permito, la chica mía no, compadre, Cathaysita de mi alma es harina de otro costal, salió a mí, no hay más que vela, ¿eso?, eso es más buena que el pan de Arafo. La mujer mía, sí admito yo que es mala, compadre; esa mujer sí es mala, coño, que le quiere manejar la vida a uno y disponer de los dineros de uno y hasta a veces leña alcanza uno y todo, porque ¿uno?, uno es un auténtico singuango alante de Engracia, ¿y esa mujer?, esa mujer sí salió igualita que la madre mía: un demonio malo, sí, señor; la firringalla aquella que no medía ni medio metro parriba y le partía a uno las costillas por todas partes, sus, Dios me perdone, que madre solo hay una y la que me tocó a mí era igualito que ver al Diablo contra la cruz; eso era más seca que el carajo, no tenía cariño alguno, pero era madre, al menos, y se partía el lomo en las huertas por los hijos. Yo pienso que eso no tenía maldad ninguna, eran así los tiempos de antes: no había maldad ninguna.

Pero sí, a Tío Aurelio El Tiznado le debía miles de cosas. Le debía haberlo sacado de cuestiones de deudas en el pasado, le debía haberlo metido en el mundo de la chatarra cuando Cathaysa era recién nacida, que no tenían una jiel amarga que llevarse a la boca, de meterlo a uno en los negocios de la chatarra, de andar porai juroniando basura y ajuntando cables pa dispués vender el cobre y esas cositas que le daban a uno más que sea un fisquito dinero pa seguir siempre con la misma historia de siempre, dale que te pego: las gallinitas que entran por las que salen. Mi niño, la cosa está jodida, malimpriadito moni, siempre ha estado yo arruchado y sin una peseta, siempre ha sido uno pobre y deslomado desde que el mundo es mundo, pero por lo menos está uno enfocado en ganarse las cuatro perritas pa empezar a vivir bien, coño, que ya es hora, pero lo que pasa es que a uno lo pierde el vicio, sí, compadre. A ti te pierde el viiiiicio, Tiznaaaado, le decía Tío Aurelio. Estaba contento, El Tiznado, con el trabajito de la chatarra, que mal que bien le gustaba porque no se veía él metido de ajuste en un sitio con un horario fijo, eso no, mi niño, eso lo asfixia a uno; uno no es de esos trabajos que son una esclavitud completa con historias de jefes y vueltas y viras. El Tiznado, eso pa trabajar era igualito que un motor

de arar, un merry, igualito, pero que no, socio, que no, que no le gustaba a él que lo gobernaran, que era capaz de burriar como un animalito, pero no soportaba él los mandados, los chillidos, las exigencias, que pa exigirse ya estaba él solo, que bastante machaque tenía en la cabeza metido, y si tenía que aquellar un cáncamo, lo ajeitaba bien ajeitado. Él no se partía las manitas ni el espinazo por trabajar, pero prefería la chatarra, que iba más al ritmito de él, al son de él. Le gustaba a El Tiznado gobernarse solo, gobernarse solo y andar de trulenque, porque el tiempo que andaba en esos Sures escardillando en los basureros y jalando cables se jallaba contento y se le alegraba la vista con las estraneras. Eso sí me gusta a mí, muchacho: una buena alemana, con los pelitos rubios y lisos como babas, cachorronas, tremendas mujeronas muslonas con los chochos blancos peludentos como las cartas, que eso le entran a uno unas ganas de mandarle al fuelle, compadre, que se sube uno por las paredes, y eso pegaba desde que el sol estaba clariando: je lou yu laik tu play, jelou ai laik yur rabit, y jelou waisisnai tunai, fiu fiu, que bien le gustaban a El Tiznado las alegaderas en inglés y en alemán. A él la chatarra era un trabajo que le gustaba bastante, y por las tardes tenía la compañía tibia pero segura de Tío Aurelio, que era el maestro de él en los cáncamos, en la caza, en la pesca y en la vida. Bueno, en la pesca no, porque era El Tiznado el mejor pescador de las siete islas canarias, eso bien me gusta a mí una pesca, y de verdad que uno es bueno pa todo, eso decía y eso pensaba, porque eso sí era El Tiznado: echantonito como él solo y bueno pa todo. Buenos días nos dé Dios, a mí me dicen bueno pa todo, llegaba a los sitios y así se presentaba, y era verídico: se le daban bien la pesca y las demás cosas, porque ¿uno?, uno es dado y uno es diestrito como el carajo. ¿Uno?, uno no estudió porque Dios es grande, porque si no pa que tú vieras, porque si viese estudiado uno, uno partía a todos esos toletes al centro, a todos esos arquitetos y delineantes, porque siendo uno un burrito completo, uno jace planos y alevanta casas pal aire y jace cuentas y arregla coches y tilivisiones y arradios y amotos y teléfanos. El Tiznado había aprendido a echarse las flores él solo, porque no había nadie que se las dijera; porque le había tocado una

mujer más mala que el hambre, que lo tenía amarrado en corto, con la soga al cogote, que hasta la poca libertad que tenía en el trabajito de la chatarra se le había desbaratado por completo, porque ahora, desde que anduvo ai más atrás en la bebedera y en las máquinas, pegó a dir Engracia con él a la chatarra solo pa controlarlo con el vicio malo otra maldita vuelta, como aquellos años en los que Cathaysa era chiquita y Engracia lo acompañaba a las reuniones de los Anónimos y a la chatarra namás que pa joderlo. Y eso también se lo debía a Tío Aurelio, que Cathaysa se quedaba en la casa y él le daba de chascar y de beber y le enseñaba a la niña las cosas importantes de la vida, pero le entraba a El Tiznado una tristeza tan grande dejarla por las mañanas tan temprano, que eso era Cathaysita los lloros, la pobre, que no había quien la sintiera. La chica mía lo quiere a uno con locura, y dejarla y marcharse uno, ¿eso?, eso era los lloros que le partía el alma a cualquiera. Es que era mimosa, la Cathaysa, y cuando iba a dejarla a cas Tío Aurelio, eso pegaba a llorar que se quedaba traspuesta sin respiración. Papito por lo que más quieras, decía, pa, llévenme con ustedes, y eso se le aferraba a uno al pantalón, eso se le aferraba a uno con las uñas como una araña peluda, ¿y dispués?, dispués se la tenía que desespegar jalándole los deditos uno por uno a la pobrecita.

Muchacho, ¿qué fue lo que le cayó tan mal a uno en la barriga?, se dijo El Tiznado aguantando la tembladera de patas, viendo cómo el mondongo rebosaba la agüita del charco. A cada poco el cardumen de cabozos se hacía más grande. ¿Y qué le iba a caer mal?, la cuarta de vino que se largó namás llegar al pesquero. El zumba y dale, las pimientas piconas del tío en un fisco pan, que sí eran sabrosas aquellas pimientas del diablo, compadre, y el zumba y dali tanganazo va y tanganazo viene de aquel vino pirriaca que hacía Tío Aurelio, que eso era igualito que el aguarrás, que llevaba El Tiznado pensando en aquel vino desde que salió por la puerta de la casa pafuera con la cabeza calentita de los alegatos de Engracia y los lloros de la pobrecita de la hija, porque decía Engracia que día vestida Cathaysa de aquella mala manera, y de tanto alegato a uno casi se le había olvidado hasta felicitar a la chica, y jaló uno por el libro aquel de los nombres guanches de donde salió el de ella, el

libro aquel que jallé escardillando en los basureros de por esos Sures jacía ya tantos años, y se puso la chica mía más contenta que el carajo, que eso parecía que le había dado una esclava de oro, porque mira que es agradecida, la Cathaysa, eso es más buena que mandada a pedir. Por eso pegó El Tiznado, pegó namás poner el culo arriba del cubo blanco de pintura: que si no come ningún peje ai, que si yo arranco pa casa el carajo, que si dale, que si pego, que si dale que te pego, y bebi-bebi y que yo tengo el cuerpo ruin, tío querido del alma, debajo de aquel cielo abierto de luna llena y el pescado que no comía, compadre, y ese hombre zumba y dale, y tanganazo va y tanganazo viene de aquel vino pirriaca, y así empezó El Tiznado otra vez con la majadería, que lo que uno no aguanta ya es tanto dale que te pego todo el día machacándole la cabeza a uno con una piedra. Tío, ¿a ti te parece medio normal?, ¿los peleos de esa mujer? Primero que si la chica día a dir al baile que si no día, después que si uno viene a pescar un fisco pa espejarse la cabeza y tanta historia, y luego que si uno no día a pescar, que uno día a beber, como si uno fuera un mentiroso, que no se puede trasponer tranquilito pa las cosas de uno sin estar escuchando los peleos y los alegatos del coño demonio malo ese, ¡carajo!, pero es que es cabezuda, la puta la madre, malimpriada hora que me vine a arrimar a la diablo mujer esa, muchacho, y siguió bebi-bebi y se le metió en la cabeza otra vuelta el maniatismo de que las brujentas le habían dicho que estaba viviendo con un espíritu malo, que le quería el mal, y El Tiznado no tuvo duda, no tuvo duda ninguna dentro del fondo del pecho que era Engracia el demonio malo, porque, ¿Cathaysita?, ¡ay!, ¡Señor!, ¡Cathaysa!, ¿eso?, eso es más buena que el pan. La niña de él, eso era lo más sagrado que existía. Dos cosas le había jurado a Dios, El Tiznado, cuando le nació la única hija que Dios le había concedido: no pegarle leña, como le había mandado la madre; no mandarse a mudar, como se había mandado a mudar el padre.

El cigarro seguía clavado en el labio como una puncha, derechito

derechito como una vela. Golió el aire con las narices extendidas y dijo: ¡sí, compadre!, sí, compadrito del alma, la mierda en la mar salada no jiede. Botó la colilla arriba de los riscos y se desplazó como volando, arrastrado por el ruido blanco de la radio, hasta que llegó otra vuelta al pesquero. En el camino había gallinas sin cabeza, y restos de espiritismos, y se presinó namás verlos. Caminó por el filito de piedras, aferrándose a una pared de risco limpio. A veces le daba la tentación de zumbarse pa la mar y arreglar todos los asuntos de un solo viaje, pero no lo hacía; había sentido decir que Dios castigaba a esa clase de gentuallo. Pensó también que qué castigo más grande en vida que la propia Engracia. Se acercó al pesquero dando bandazos, aunque quería caminar derecho. Le pasaba que el vino era como un cuarto cerrado con fechillo del que intentaba botarse fuera y, en plena siquitrina, quería recuperar el control de la lengua y del cuerpo, pero era como que se convertía en un machango de resorte al que le habían sacado los brazos del bujero de los brazos; los brazos, compadre, y hasta los ojos y el sentido, y lo dejaban al pobrecito escaldado, solo con la cabeza bailando arriba del resorte, danzando con aquellas cuatro clinejas mal puestas que llevaba espichadas en el pico la frente. La radio había perdido emisora y, juuuuuuuuuusssxusuajhi, un ruido malo del demonio se estaba comiendo el silencio.

Una ventolera de frío prematuro, bastante prematuro para aquella época, traspasaba el espacio de banda a banda. Socio, dijo El Tiznado ajeitándose los pantalones, ¡pon más que sea una perrita música ai! Estaba Tío Aurelio sentado arriba del mismo cubo blanco que El Tiznado había dejado libre, atendiendo las cañas, con la alcancía del culo blanco toda por fuera. Al verlo así de espaldas, con la abertura de la alcancía al aire, pensó en el viejo, que por aquel entonces era joven, cuando volvió de hacer bastante fortuna en Caracas. Tío Aurelio estaba tocando el timple en el patio de la casa de la madre en la parranda que se había montado con los hombres acabantes de regresar de las Américas. En aquella época Tío Aurelio hacía apenas muy poco que había empezado a vivir en la casa de la madre, y el padre de El Tiznado seguía sin volver de Venezuela. En el barrio llevaban y traían el cuento de que la madre de El Tiznado

andaba con el cuñado y la ponían de cuero parriba. Tío Aurelio lo vio acercarse y soltó el timple para alcanzarle un vaso de vino y una sardina salada al menudo. El viejo lo hizo sentarse sobre de los muslos y, moviendo las piernas como un caballito brincador, le cantó la canción del calamar: *Hola, calamar*, El Tiznado se quedó muerto, *dame un vaso vino, calamar*, si aquello era ser un hombre, *yo fui al monte, calamar*, él quería ser el más de todos. El Tiznado prefería tener un padre que no tener padre ninguno, y Tío Aurelio lo llevaba pa los bares, pa la caza, pa la pesca, pa las cosas que a él le gustaban o las que veía que les gustaban a los hombres; y a él le gustaban los hombres, andar con los hombres, las cosas de machos, el vino, las parrandas, el timple, las folías, la novelería, el compadreo. *Me encontré una hembra, calamar, le eché un polvo, calamar*. Chascar y beber y darle al fuelle hasta reventarse como un cartucho. Agarró el vaso y se lo espichó completito con la sardina salada atrás. Arrancó por el patio parriba con una chiquita de juma que ni miedo le dio el monte por la noche. Al llegar a la altura de la casa, salió la madre pafuera, que había preparado una manguera de regar específicamente para reventarle el cuero de la espalda. Ya desde entonces supo, mis, ya desde entonces estuvo sentenciado, por Dios juro, que el vino le iba quitar el sitio a la sangre pa toda su puta vida.

Se empurró Tío Aurelio las gafas contras las narices para ver mejor la caña y se le salió el payo por fuera de la camisa. Era payento y viejo, Tío Aurelio, con los brazos y la espalda y las nalgas llenos de pelos canentos. Llevaba aquellas gafas de culo botella. No sabía El Tiznado cómo eran en verdad los ojos de Tío Aurelio sin gafas: de menudito pensaba él que no tenía ojos, sino ojos dibujados en las gafas. Eran chiquitos, chiquitos y encarnados como dos ratones colorados y azules, azules como la mar misma. Reguló el viejo la emisora sin decir nada y encontró una de rancheras y musiquita gomera bastante aparente. Garró la botella plástica que siempre llevaba arriba, que la rellenaba y la rellenaba desde hacía las miles y quinientas, que aquello estaba toda mujienta por dentro, verdiando el plástico que a veces en la turbiedad parecía dejar ver algunos saltones, y se espichó un buche. Praaaa, levantó Tío Aurelio

el culo pa cagarse un pedo, y automático dijo: ¡coñós!, ¡está sabroso!, abre la boquita pa que no lo desaproveches, mi niño. ¡Fos!, le respondió el sobrino acercándose a la cubeta negra del pescado. ¡Fos!, ¡fos, muchacho!, ni la refinería, maestro. Miró dentro de la cubeta con miedo, El Tiznado. Nada. Apenas un fisco morena del tamaño de un lápiz nadando en círculos. ¡Valiente mierda!, se quejó El Tiznado. ¡Oh!, ¿y qué quieres tú, mi niño?, ¿medio cochino colgando pa que lo lambies?, déjate de quejarte, que jace ya más de una hora que traspusistes, muchacho el diablo, ¿qué te fuistes, pa Cuba en barco?, se quejó el viejo. Cállese, le respondió El Tiznado ajeitándose los pantalones, cállese, tío querido, cállese, por Dios le pido, que me agarró una cagalera mala que me dejó el cuerpo en un temblor. Tío Aurelio hizo como una media sonrisa que no llegó a ser sonrisa del todo, una media sonrisa que hizo espejiar en la mar, en el horizonte de la mar, aquel diente de oro que se había puesto cuando los tiempos de Venezuela, y pensó El Tiznado que, si no había pescado, ahora, con aquella luz fulminante del oro iba a haber entodavía menos. Tío Aurelio siguió vigilando la caña y dejó de alegar. Hablaba poco, aquel hombre. Poco y claro y raspado, y el efecto de las palabras era afilado, traía un sangrerío en las ideas y en el pensamiento como un sajazo en la frente, como una raja en un dedo. Solo tenía los arranques aquellos, como fogonazos, igualito que si alguien prendiera la tele y la apagase con la misma. Aquellos puntazos le hacían a El Tiznado llorar de la risa. Eran pocos y todos estaban relacionados con pedos. Intentaba aprenderlos El Tiznado de memoria para poder usarlos después por los mundos de Dios y la chatarra. Más de una vez había conseguido dinero emprestado por un chiste de mierda, porque tenía que reconocer que a más de uno le debía unas perritas, poca cosa, mi niño, dos duros apenitas, que se los iba a ir devolviendo de a fisquitos, y, gracias a Dios, veces había quien le perdonaba la afrenta por un cuento bastante bueno de jedor a gufes apestosos, porque era famoso por saber echar cuentos, El Tiznado, y, sobre todo, por saber echar cuentos de guarrindonguerías.

¡Recoge esa caña patrás y echa un puto lance, pa ver si come algo!, le chilló Tío Aurelio de repente. Las cañas estaban espichadas

en las piquetas de hierro como jorquetas, todas rectas, que ni las movía la mar misma. ¿La mar?, la mar eso era igualita que un plato. ¡Yo no aquello más nada!, se quejó El Tiznado como un niño chico, yo estoy desmoralizado completo, tío. ¡Ten cuidaaado!, se golpeó aquel viejo la parte de adentro de los muslos con todas sus ganas, ten cuidado que te partes el espinazo por un fisco lance. ¡Saca eso pafuera y déjate de machangadas!; bota eso ai, que vamos a salir burros pori parriba sin un puto peje. El Tiznado pegó a caminar en círculos, mirando el cielo minado de estrellas y dominado por aquella luna que estaba reventando como un volador en el aire. Malimpriada luna, dijo, intentando ponerse quieto parado porque el mundo no paraba de moverse. ¿Era el mundo o era más bien él, que no paraba de bailar con aquel vaneo patrás y palante? Malimpriada marea que estamos perdiendo y malimpriadita noche y malimpriadita carnada que estamos esperdiciando, compadre. ¡Déjate de estar rezando y ponte a pescar!, le volvió a chillar el viejo, que me dan ganas de estrallarte la cabeza por majadero. ¡Ya voy, tío!, ¿qué quiere?, ¿que vaya amontado en una amoto? El Tiznado se apoyó en un risco y pensó, pensó en demasiadas cosas en muy poco rato. Le trabajaba la cabeza más rápido que el cuerpo, a veces quería abracar demasiado con la mente. Tío, dijo El Tiznado atentando la caña más vieja con los dedos, ¿usté qué opina si yo voy a dar con La Alemana? El viejo recogió un fisco carrete y se quedó callado. No le gustaban a El Tiznado los silencios tan profundos de después de las palabras, ¿después?, después de aquellos silencios ahogados, las palabras..., las palabritas por lo general traían cosa mala. ¿La puta del diablo esa?, ¡sus!, ¡parece que te gusta!, dijo Tío Aurelio virándose pa contra de él, ¡este chico es bobo y la madre no lo sabe! ¿No cogiste suficiente caldia ya?, siguió fijándose en el luminoso lejano y parecía que se iba a quedar callado, pero continuó hablando sin verlo, como si fuera un chico ruin al que le están peliando. Tú lo que eres es medio incompleto, me parece a mí, dispués..., dispués no te pienso dir a visitar a prisión, ¿oístes?

El Tiznado agachó la frente, sacó la caña de la piqueta y mandó un jalón patrás para que no se le trabaran los anzuelos del fondo. Recogió la caña y la arrimó a un risco. Revisó la carnada. La tenía

fría como un granizo, y escuchó a Tío Aurelio las alegaderas: ¡zúmbale esa misma!, ¡que eso está bueno ansina! Garró El Tiznado la caña con más fuerza, se subió a un topete risco más alto para poder dejarla colgando por atrás de la espalda y Tío Aurelio empezó a observarlo, a observarlo sin decir ni lo negro de una uña, pero sabía El Tiznado que si se quedaba callado era solo porque al verlo pescar solo cosas buenas podría decirle, y Tío Aurelio las cosas buenas no las decía, porque de lo bueno poco se aprende.

¡Muchacho de Dios!, le chilló el tío al verlo que se acercaba al viro del risco, ¡no te estés alongando pal veril! La luna seguía brillante en el cielo, redonda y abierta, en flor, como una caballa. La miró y se presinó como si la luna fuese una ermita. Si come un peje grande, se dijo El Tiznado por lo bajo, hoy voy a dar con ella. Si no come, hoy no es el día.

El Tiznado, desde menudo, había jugado al mismo juego: vivía soñando con cambiar las cosas. Consistía en que cada asunto que le pasaba por la cabeza había que cumplirlo, y mira que había veces que le pasaban tremendas burradas por el viro de la frente y namás se le clavaban como una estilla tenía que jallar la manera de sacárselas y llevarlas a cabo lo antes posible, porque sentía El Tiznado que esas ideas no se las mandaba él, sino alguien distinto: Dios, el destino, las brujentas, algo, algo más importante que él, porque tenían la forma de visiones, de mandados; y a cada rato le venía la certeza de que estaba esperdiciando la vida con Engracia, en el barrio, amarrado a las mismas cosas y a la misma gente, que estaba esperdiciando la vida.

Volvió en sí mismo, El Tiznado, y le metió un chiquito de cimbriazo a la caña con toda su alma que casi se cae a tierra. Quedó guindando en una pata sola. Tío Aurelio chilló sin pararse del cubo, ese hombre que no se meniaba ni aunque se le estuviesen quemando las greñas, porque de los tiempos en los que fue patrón de El Tiznado había cogido la manía de mandarlo a todo, y El Tiznado, que no le gustaba recibir órdenes ningunas, había aprendido aun así a ser bienmandado del tío: ¡Muchacho, que te estoy diciendo que no te estés alongando pal veril!, ¡que te das un esresbalón y te vas pal agua!, ¡mira que estás medio tomado! El

Tiznado zumbó la caña lo más pafuera que pudo, bajó del topete, tensó el nailo y la volvió a espichar en la piqueta. De repente le apretaron el cogote las ganas de mandarse un tanganazo y pegó a buscar, desagallado, el fisco vino que quedaba dentro de las mochilas. No lo jallaba, no jallaba el vino por ninguna parte y, ¡Virgen santísima!, sintió El Tiznado los chillidos de Tío Aurelio, ¡muchacho!, y no le dio tiempo a alzarse por completo de donde estaba rebuscando el vino y ya la vio por el viro del ojo: aquella caña vieja doblarse como un junco, casi partirse sobre sí misma. La chicharra pegó a cantar que daba miedo. Aquella chicharra chillando que parecía un timbre. Eso sacó más de veinte o treinta metros de hilo de la primera embestida. ¡Ay, Virgen santísima!, volvió a gritar Tío Aurelio botándose las manos a la cabeza. ¡Ay, mi maaadre!, arrancándose las gafas de los ojos y quedándose todo regañado como un ratón que por primera vez se encuentra con el sol del día. El Tiznado pasmado completo, todo pasmado que sentía que no podía moverse ni abrir la boca. ¡Ay!, seguía aquel viejo, ¡ay, sus sus sus!, sin meniarse de arriba del cubo en el que estaba sentado, ¡agárrala, muchacho, Virgen santísima!, Tío Aurelio teniendo la caña a menos de cincuenta centímetros, y de majadero con un ¡me cago en Dios!, menéate, canchanchán de los infiernos!, desgañitándose el cogote con el chillerío, pero la luna. Parecía que la luna botaba más luz que la de antes y no, ¡la puta de Dios!, no solo lo parecía: aquella luna olorosa y abierta como flor de nardo esprendía más luz que antes, más luz que nunca, lo alumbraba todo. El pesquero y la mar y completo el mundo entero mientras Tío Aurelio seguía arrebatado, que: ¡me cago en Dios y en la puta de Dios!, vuelto loco arriba del cubo, ya con los pantalones por debajo de las nalgas completos caídos, chillando: ¡agarra esa mierda caña, cabrón, que ai viene un bicharraco grande como un burro! Chillando: una última vez, con un último resuello que lo dejó más relajado y compasivo que antes, ¡la puta del Señor!, al ver a El Tiznado moverse como levantado en el aire por la luz rillosa de luna. Ay, mi niño, dijo entonces el viejo con una especie de amor ante El Tiznado, que juntó los dedos con el grafito de la caña, ay, mi niño, que ai viene.

¡Qué levanten la mano las mujeres solteras que hay hoy en la plaza!, se acercó el cantante la rejilla del micrófono a la boca que poco más y se enyuga, haciendo parar por un momento la canción de la «Marejada», y con los labios bembudos de sargo briado, dijo con un tonito sensual y pegajento a los ojos de las mujeres de la primera fila: me-ca-go-has-ta-en-diez, y aceleró el ritmo de las palabras, ¡que las quiero ver bailando y gozando con La Sonora Hermigua, sí, señooooor!, y ¡uuuuuuh! ¡aaaaaah!, salieron corriendo escopetiadas todas las mujeres de la plaza sin importar si eran solteras o casadas o viudas. ¡Escuche, Chaxi!, dijo Cathaysa preparándose pa echar la carrera. Se agarraron las dos chicas de la mano y atravesaron la plaza a toda velocidad, apartando a los hombres de todas las edades, que se habían quedado más tristes y solos que un perro sin ninguna hembra a la que manosiar. En la primera fila ya estaban todas entongadas en un grupo con las manos en el aire, ¡alevanta la mano, Marita, alevántala!, le chillaba una vieja toda llena de mechas de colores que solía ir a la peluquería de Yaya a otra mujer más o menos de la misma edad, ¡alevántala, por lo que más quieras y la Virgen, namás que pa sentir un fisco a Marino cabriado! Chaxiraxi y Cathaysa fueron acomodándose al canto alante, con los hombros de un lado al otro apartando a las viejas, y rápido alcanzaron el primer puesto. Allí, donde el cantante las veía claritas claritas como una mañana, alzaron las manos todas privadas de contentas. Los maridos se fueron arrinconando al canto atrás de la plaza a la altura de los ventorrillos, con los chicos jóvenes, que casi no bailaban y solo le mandaban al trinqui, calientes como machos de la rabia por estar con la bromita de las solteras y el coño la madre, que eso bien les gustaba un noveleo a las mujeres del barrio, que pedían namás que puro cuento y noveleo

y critiqueo, y si no lo tenían, caían de la noche a la mañana en profundas depresiones que ni el curandero ni el doctor eran capaces de quitárselas. Cathaysa aprovechó el momento para volver a ajeitarse la traba. Se preguntó si alguien más aparte del cantante la estaría mirando, capaz el caletero de los ojos verdes. Se trabó rápido el pelo y de nuevo tuvo los brazos disponibles para volver a levantar la mano y dejar clarito que ella no tenía novio. ¡A ver cómo suena la gente de la isla vecina!, dijo el cantante enseñando el micrófono al público, y volvió a colocárselo apretuñado contra los labios: ¡*marejada*!, ¡*marejada*! Se dio la vuelta Cathaysa como quien no quiere la cosa mientras Chaxiraxi respondía al micrófono: *aquella piel sobre la almuhada*. Intentó Cathaysa encontrar a aquel chico, pero sin querer halló a La Macha amulada, a la altura del poste de la luz, en donde hasta hacía nada estaba bailando con una vieja que ahora la había dejado más sola que la una. Solía quedarse ahí La Macha, en ese punto justo al medio de las cosas: no podía irse con los hombres, pero tampoco le gustaba ir al escenario cuando llamaban a las mujeres solteras. ¡*Marejada!, ¡marejada!,* arrancó de nuevo la orquesta, y cada mujer volvió a su puesto. Se quedaron Chaxiraxi y Cathaysa en la primera fila bailando, ellas, las chicas, las que se sabían los pasitos de la orquesta, las que pedían los temitas dedicados, las que se ponían tan arrimaditas al cantante que eran casi parte del conjunto. ¡Me encanta esta canción, muchacha!, la Chaxi toda emocionada y Cathaysa, sin parar de meniarse, empezando a sentir una angustia amarga en la barriga. Traía desde hace un rato la imagen espichada dentro del ojo: las risas que se morían, los cigarritos atrás de la oreja, las bocas requemadas, llenas de babas negras, los bezos hinchados, las mandíbulas como amasadoras, aquella forma de moverse como si tuvieran el mundo arriba, casi sin levantar los tenis del piche, una arrastradera de lisas y lagartos, de animales de sangre muerta, de sangre fría, la sangre fría porque vivían de la pura peliadera, en los bailes, los rallys, las romerías. Hasta en las parrandas de timple y bandurria. Les gustaba más peliar que comer, peliar a ritmo de merengue, si era posible.

Pasmada buscó Cathaysa la entrada de la plaza. A través del arco de la puerta, todo cubierto de flores amarillas de papel, pudo ver

todavía a aquel chico rasquillándose la frente empedrada, recolocándose la gorrita, un puntito más namás, le faltaba un puntito más namás para dejarla requintada al completo, apuntando al cielo de luna llena. Chaxiraxi le mandó un sacudiazo. ¡Ni se te ocurra!, le dijo agarrándola por la cintura. *Hoy volví a encontrarla*, cantaba ahora la orquesta una nueva canción, y la sacó a bailar. ¿Que ni se me ocurra de qué, muchacha? Se le arrimó Chaxiraxi a la oreja para hablarle más bajito y empezaron a bailar abrazadas. Yo sé cuál es la goledera que tú te traes, siguió Chaxiraxi moviéndose de un lado al otro, con los brazos de la amiga arriba de los hombros, de un lado al otro, en un baile verbenero de los de antes, que te conozco, mascarita. ¿Que me conoces de qué, muchacha?, si yo estoy aquí más tranquila que el carajo. *Su boca cerrada*, se dieron una vuelta doble y una individual cada una, *como una rosa pintada*. Mi hermano dice que es el peor de todos. ¿Quién?, dijo Cathaysa separándose sin soltarle los dedos a la amiga, y Chaxiraxi giró la barbilla apretuñando los labios, botando el morro pafuera. ¿Quién va a ser, María Cathaysa?, ¡muchacha de Dios!, dejó Chaxiraxi de bailar y pegó un zapatazo en el suelo, ¿o tú te piensas que yo soy boba? El más guapo, dijo agarrándole los cachetes a Cathaysa y obligándola a mirar. Se fijó de nuevo en aquel chico todo repachingado, alegando con los pibes de La Caleta sobre del muro de al lado de El Último Chance. El Higo Pico, dijo Chaxiraxi. ¿Se llama Higo Pico?, Cathaysa impulsó los ojos hacia delante, buscando enfocarle mejor la boca al chico. Una boca como de pico de pájaro cuando apretaba el labio de arriba. ¿Y qué le pasa?, ¿por qué es tan ruina? Oh, Cathaysa, mi niña, ¿y qué le va a pasar? El chico notó la presión de la mirada de Cathaysa y viró la cabeza. La miró fijo, le clavó la mirada como un injerto: la púa que va a dar los duraznos dentro del tronco recién nacido, piel con piel, ojo con ojo, savia con savia, fundiéndose hasta convertirse en el mismo ojo, el mismo mato. Duró solo un segundo. Chaxiraxi le volvió a virar la cabeza contra ella. Mirándola muy fijo, rente a la cara, le dijo: ¡que es un drogadito! Cathaysa con la vista nublada que ni mucha atención estaba prestando a nada de lo que estaba pasando, solo a aquel pibe de ojos verdes como verdinos. ¿Tanto? Sí, tanto, Chaxiraxi poniéndose las manos en la parte baja

de la espalda, una cosa sagerada, y donde quía que va forma el pleito, lo que es guapo, el jodido, pero es muy grande pa ti y muy drogadito. ¿Ese?, Cathaysa mirándolo ahora con desprecio. Yo no me arrimo a ese, escupió en el suelo de la plaza, es más feo que un cuerno quemado. ¿Pa qué eres basta? No, fuera de bromas, es horrible. Me dijo mi hermano Rayco que es un ruina de verdad. ¿Pero por qué? Y yo qué sé, pos porque le roba a todo el mundo, le roba hasta la madre y todo y a la abuela pa comprar. ¿Comprar qué? ¡Chacha, Cathaysa, parece que nacistes ayer! Pa pincharse porros. Ah, vale, sí. Mi hermano Rayco me dijo una vez que no es muy de fiar, que es medio mentiroso, el cabrón, y también que está con todos los cuerillos del pueblo y de La Caleta. ¿Sí? ¡Sí!, ¿cómo te lo diría, mi niña?, eso le echa millo a todo lo que se mueve. ¿Qué pasó?, regresó La Macha de la bailadera rascándose las picadas de los moscos de por debajo de la falda de tablas, que tenía las piernas todas guisadas de tanto espedazarse con las uñas, que Yaya no paraba de estregarle ajos y engüentos de todos los tipos. Era alérgica a los moscos, La Macha. ¿Qué pasó?, dijo otra vuelta. Estaba La Macha rillando los dientes de la preocupación porque Cathaysa se había puesto rara, y no sabía ella cómo ocultar cuando algo le estaba pasando. ¿Qué andas juroniando?, le dijo La Macha escachándole los huesos del hombro, ¿qué tanta miradera te gastas?, por debajo de la música, cerca del tronco la oreja, porque la conocía como si la hubiese parido, porque La Macha no la había traído a este mundo pero casi, porque a veces era más madre de Cathaysa que la misma Engracia, y solo con mirarla a los ojos era capaz de verle los pespuntes del alma, lo que estaba mal hilvanado de entrada o lo que, del uso, se le había descosido. ¿Estás mal?, le dijo La Macha sin alzar la voz a pesar de la música. Un fisco, respondió Cathaysa. *Noches de maravillaaaaa*, seguía el cantante, y cantaba ahora Chaxiraxi con los brazos a fuego como una veleta en un temporal. ¿Por las historias de la casa tuya?, le apretó La Macha la piel descolgajada de los codos y le fue dando pellizcones suaves, uno, dos, dijo La Macha, suavitos, al principio, uno por cada año cumplido, que era una cosa que la relajaba a Cathaysa, le gustaban las cosas que dolían un fisco, a veces mucho, también, y después

más fuertes, trece, catorce, quince, dieciséis. Uju, levantó la cabeza Cathaysa, y le puso la cara a La Macha para que le diera un beso en la barbilla.

Al estampido limpio entraron aquellos pibes por el baile padentro. Los tenis, las arrastraderas, un ruido de ratones chillando dentro de los muros. Las paredes de la plaza, que se iban despegando del suelo del pepinazo de los altavoces de Radio Suso y de los zapatazos, también. La pintura escascarillada de la humedad se hizo resbaliza y pegó a caer, poco a poco, rellenando los viros de la plaza de tongas de costras blancas. Querían peliar, se notaba que venían a peliar. Y era por necesidad, que no por vicio. Vivían del conflicto, Los Caleteros, de la trifulca y del *a mi madre no, a mi madre no que te reviento, machango mierda*. Cathaysa sintió que quería caerse redonda al piso y le bajaron sudores fríos como los dedos de un muerto por el centro de la espalda. Ya llegaron los fantasmas, dijo La Macha con un desprecio afilado. De casa el carajo venían hasta acá arriba, a casa el carajo, con la motito rectificada, adonde el Diablo perdió los calzones, venían si hacía falta, porque nada quedaba demasiado lejos pa la enfondadera y el macanazo: venían namás que a sentarse en los viros de la plaza con las garimbitas, a echarse cuatro merenguitos y dos cumbias y a mandarse pura leña, leña calentita pal alma, compadre, una manada de palos bien dura y pa casita, más relajados que el carajo. Esa era la medicina pa todos los males del pensamiento: la anestesia dura que deja partirse las cejas al centro, tener las narices chorriando de sangre y coágulos; el cuerpo en un temblor, namás cuatro o cinco horas, como Dios manda. Entre semana trabajaban duro como burritos. Al principio les daban miedo las obras, haberles dicho a los maestros de la escuela que ellos no estudiaban porque estaban perdiendo dinero y que cobraban más que un maestro escuela en las obras del Sur. Les daba miedo escupir pal cielo y que les cayera arriba, pero no: estaban ganando las buenas perritas, y algunos, con apenas veintipocos, eran ya maestros de peones de cincuenta. Todos habían dejado de estudiar desde bien temprano y ahora se la pasaban trabajando en las plataneras o, mejor, en la obra: de lunes a viernes, algunos iban hasta los fines de semana, si querían montarse en el dólar,

amasando mezcla debajo del turre, de ajuste, las gorritas sudadas, en cholas, sin zapatos de seguridad ningunos, las costras de panda en los codos que parecían el lepre, gotitas de agua y cemento, agüita y cemento hasta que la mezcla estuviera bien hechita; el perico iba y venía, y el dinero a chorros porque cobraban por metros y nos les importaba partirse las rodillas azulejiando catorce horas seguidas con los chillidos clavados al tronco la oreja, coca, porros, la gastadera los fines de semana, después el resto del mes a base de chupar hielo raspado del congelador y las tripas juradas del hambre; los fines de semana eran pa esganizarse vivos, la viejita limpiando con el cuchillo el pantalón de cemento, y, mientras tanto, járcor canario, dj Jonay a todo dar en los coches botados al túnin, cortadito lechi leche, la mandíbula despegada del cuello, la moledera que parecían cabras rucurucu con los tagasastes; los fines de semana eran pa trulenquiar, los fines de semana eran pa matarse como perros. Sus, la verdad que son bien parecidos, como dice mi abuela, dijo Chaxiraxi. ¡Cállate muchacha!, que parece que tienes el gusto enfermo, ¡eso son más bastos que un flash de chorizo!, dijo La Macha. Cathaysa empezó a bailar arrebatada de repente, haciendo como que le daba igual aquella curia de pibes echantones.

Se colocaron Los Caleteros cerca de los ventorrillos, delante de la iglesia abierta e iluminada, por la que salía el brillo dorado de los ropajes de la Virgen del Socorro, en un banco que habían arrimado al lado de la puerta. Se sentaron con el culo arriba del respaldar, ruines jediondos arrastrados, las viejas que no soportaban la falta de respeto a los bancos de la plaza. Se apoyaron aquellos chicos en la pared de la iglesia, con la copita y la garimbita en la mano, fumando como chimeneas, mandando lapos pal piso cada dos minutos. Se agarró Cathaysa de La Macha como una lapa a un risco. Aprovechó pa meniar la cintura de arriba abajo, de abajo arriba. Luego la soltó y empezó a bailar ella sola. *Noches de maravillaaaaa*, seguía cantando la orquesta. Poco a poco, como quien no quiere la cosa, se fue acercando Cathaysa a la esquina izquierda de la plaza. Chaxiraxi y La Macha seguían bailando en la parte de alante del escenario, La Macha emputada, que ya sabía adónde iba Cathaysa, bien lo sabía. Privada, brincando, derechita brincando sobre de la plaza como

brincan los mirlos al atardecer en las ramas de una higuera. Las vecinas, las criticaderas, el mira parai, la chica de Engracia, ¡qué desestapada!, y Cathaysa con la cinturita parriba pabajo parriba pabajo, mi niña. *Queriendo abrazar a mi bella*, el cantante dale que te pego, *y sin poderla encontraaaar*. Todos los hombres con la respiración cortada. Sabía ella que parecía mayor de lo que era, sabía Cathaysa que aparentaba por lo menos diecisiete o dieciocho, y meneíto secsi, meneíto. Le gustaba decirles a los hombres: échele, échele. Y yo, pues no sé, mi niña, qué te digo yo, mi niña querida, ¿diecinueve?, mi niña, ¿qué te día a dicir? Échele. Aquel arrebato de cadera, aquel tortazo húmedo de pelo suelto como una lagartija sobre de las lajas de un barranco. Pero solo eran dieciséis, dieciséis añitos, mi niña, y ¡mira parai!, ¡toda encuerada! *Así, así, así me gusta a mí*, chillaba el cantante, y seguía arqueándose como una culebrilla mala, Cathaysa, cada vez más cerca de Los Caleteros. Atravesó la fila de niñas de la Escala en hi-fi, que seguían practicando los pasos. Habían terminado el día anterior y seguían de maniáticas haciendo los mismos movimientos, aunque ya no servían para nada. Se sintió maguada, Cathaysa, de los años aquellos en los que se pasaban hasta tres meses preparando los pleibas para el gran día en que todas las niñas, y algunos niños del barrio, bailaban delante de todo el mundo haciendo de que cantaban. El niño chiquito como un arestín, que se meniaba que daba gusto de verlo, bailaba con ellas, sin quitarse la chuleta congelada de la frente, que se la había puesto El Presidente para bajarle la inflamación del golpe que le había dado El Churrero al salir de las chapas de los ventorrillos. Se paró Cathaysa y le dio cuatro vueltas al niño, *así, así, hasta abajo, así, rico*, decía el cantante, *mamacita, así*, era Cathaysa la que mejor había bailado en las Escala en hi-fi de todos los tiempos y en los bailes de todos los tiempos y la que más veces había ganado el concurso de la reina del barrio, que la habían dejado presentarse las miles y quinientas a cuenta de las guapuras que se gastaba, y eso todo el mundo en el barrio y en el mundo lo sabía, que Cathaysa bailaba que daba gusto, compadre, y se esforzaba ella por llegar al nivel que ella misma se había marcado, sin darse cuenta, dejando atrás ahora al niño chiquito como un arestín y

arrimándose un poquito más a Los Caleteros sin alcanzarlos del todo. Un nivel tan por los aires que la hacía enfermarse de la barriga de los nervios que se agarraba, y resistía Cathaysa, resistía que eso era una belleza, haciendo que los viejos silbaran con dos dedos en la boca y sacudieran las manos en el aire y silbaran otra vuelta sin dedos en la boca, todos colorados de la encendedera que les procuraba. Resistía Cathaysa el movimiento imposible, aguantando la afrenta de que todas las viejas la estuvieran criticando, por provocativa, por ser tan alpispita, tan la vueltita, *así, ajá, la vueltita, ajá, sí, sí*. Resistía Cathaysa, pensando que cada vez estaba más cerca de aquel chico. Aquel chico que se levantó de repente del banco y le picó un ojo moviendo a tiempo la mandíbula como una rueda rodando fuera del sitio. Resistía Cathaysa aunque casi le estaba dando algo, aunque pensó que aquel chico se estaba marchando del baile. Aunque lo pensó, pero no, no se estaba marchando, porque el chico se acercó a los ventorrillos a mandarle al trinqui, y entonces respiró con alivio Cathaysa, acercándose un fisquito namás al caletero de los ojos verdes, pasando por delante del banco en el que estaban sentados Los Caleteros otros, aquellos pibes que: ¡mi madre!, ¿todo eso es pa ti sola, mi niña?, y ella arrebatada, meniándose con tanta fuerza y tan a lo largo que se quedó sola entre los hombres que hacían cola pa mandarse el tanganazo, justo a las espaldas carbonizadas y escamadas del sol que atravesaba las plataneras en las que trabajaba aquel pibe, todavía dando vuelta a la cintura, allí donde nadie estaba bailando y no quedaba mujer alguna a la que sopetiar, empeñándose en que la viese desplegarse aquel chico de ojos verdes como una flor de millo, resistía, Cathaysa, aun sabiendo que notaba bultos y manos y roces y: mi niña, ¿no vino el tiesto tu padre?, sus, mi niña, qué grande te pusistes parriba, estás mujerona ya, y yo que te conozco desde que eras así, la mano nivelando cincuenta centímetros a ras de suelo, sus, así, chiquita, los dedos dibujando algo muy chiquito, como una arveja o un garbanzo menudo o. Resistía Cathaysa capaz por siempre, por el fin de la tierra y de los tiempos, capaz, si aquel chico no se viraba de la barra en la que estaba apoyado, cosa que parecía que no iba a pasar más nunca; pero sí, se viró, se viró con la copa

en la mano y se secó las bembas, colocándose la dentadura descontrolada en el sitio. Un beso volado como un pajarito le mandó aquel chico a Cathaysa, y cambió el gesto, dejando ver unas arrugas en el viro de los ojos, un beso con aquel pico afilado del labio de arriba. Se viró Cathaysa hacia el escenario, atemorizada. Es un viejo, se dijo asustada, fos, no me gusta, si se entera mi madre me mata, y se jaló la blusa por arriba de las mandingas, afrentada del espectáculo que estaba dando entre tanto macho metida.

Empezó a juir de la cola de hombres, pero del brazo la jalaron de repente, y se dejó arrastrar como se deja arrastrar una cabra el día de San Antón para que el cura la bendiga. Amarillos, no eran verdes sino amarillos, los ojos. Los llevaba completos casi cerrados, que no veía ni dos metros palante. Se lo encontró de frente y no supo qué hacer. Permaneció quieta, con los párpados abiertos como chernes, con ganas de salir escopetiada corriendo a refugiarse en La Macha. Fos, se dijo, y la atravesó un pestazo, un jedor a istiércol, agrio, afilado, rumbriento. Pegadito pegadito se fue acercando el pibe a Cathaysa, al cuerpo, con un aquello, una delicadeza pegajenta de sudor, que Cathaysa quiso arrojar de las ascuas. Pegó aquel chico a manejarla que no tuvo que hacer más nada ella. Le daba una vuelta, otra vuelta, le metía la rodilla dentro de la falda y la hacía guindarse adelante y adetrás en un encaje perfecto como el filtro de la cafetera. Se notó Cathaysa una humedad, una enchumbadera fuerte en las verijas. Se le acercó aquel chico a la oreja y con los labios apretaditos le dijo: El Churrero es un basto, con una voz suave y calmada que era como un arrorró, mi niña, arrorró. Tú eres mucha mujer pal fisco mierda ese. Quiso preguntarle Cathaysa que cómo sabía que El Churrero la tenía amarguita, pero estaba todavía azorada en los brazos de aquel chico, bailando de una manera que no sabía que era posible bailar con alguien. La fue arrastrando en la bailadera hasta alcanzar la altura del banco en el que estaba sentado el grupo. Los miraban ahora bailar, Los Caleteros, con los pies todavía en el asiento del banco, que las viejas eran la rabia, maleducados de mierda. Fuma y fuma como carreteros, y por el virito del labio un buchito de ron con brillantina disuelta. La mano del caletero bajaba arrastrándose por la espalda de Cathaysa,

sobajiando, limpiando como un pañito mojado que recoge el pan chasquillado de la mesa. Le vio Cathaysa la raja del labio al caletero, tragó un nudo que le pasó por la garganta como una pastilla demasiado gruesa. Siguieron dando vueltas sin frenarse, El Higo Pico y Cathaysa, moviendo la caderita suave, cerquita, tan cerquita que podía Cathaysa sentir perfecto aquel fondillo abultado en ese girar de toninas encendidas en el aire, en aquel rodar de piedras luminosas por la ladera. Era grande aquel bulto, tanto que Cathaysa tuvo ganas de chillar del miedo. El caletero baila como Dios manda, pensó, no como El Churrero y los chicos de la quinta mía, que me dejan toda descogotada de la brutidad tan grande que se gastan. Se dio cuenta, sin querer, Cathaysa, de que tenía todas las bragas pegaditas al canto arriba del cuerpo, como sikaflex agarrándose a las piezas del baño.

¿Estás cumpliendo añitos, mi niña?, dijo el pibe quitándole las manos a Cathaysa de la espalda de él y colocándoselas a sí mismo sobre de los hombros. ¿Cómo te enterastes?, dijo Cathaysa no supo ni cómo, con una voz que no era de ella, atendiendo a lo retesos que se le pusieron el cuello y los brazos de la afrenta y de los nervios que traía metidos en la boca del estómago. Oh, ¿y qué te piensas, mi niña?, se arrimó el caletero a la chica lo más cerca que pudo contra aquel pecho apretado de perro de caza, ¿aquello?, aquello era pura fibra trancada y más nada, ese chico, ¿qué te piensas?, ¿que uno es un bobo?, yo me sé más leyes que el carajo, dijo empezando a meniar la cinturita y la pierna derecha que tenía trabada en las verijas de Cathaysa, atrás y alante, yo me sé más leyes que un ministro, que Cathaysa no sabía muy bien bailar en pareja y aprendió en un segundo, porque aquel chico hacía bailar a cualquiera. ¿Entonces estás cumpliendo años o no?, volvió otra vuelta el caletero. Asintió Cathaysa y el chico le dijo: ¡chos! ¿Chos qué?, se extrañó Cathaysa. Chos, chiquita suerte, dijo soltándole las manos a la chica y alejándose de ella, ¿por qué chiquita suerte?, le respondió Cathaysa, porque te tocó chiquito de regalo, mi niña, y el caletero se levantó la camisa sin vergüenza alguna, se la levantó por arriba de los pezones, que se notaba que estaba acostumbrado a levantarse la camisa cada vez que tenía la ocasión, enseñando

aquella piel requemada y pegada al espinazo que era más cuadrada que una tableta de chocolate La Legalidad, toda llena de lamparones rosados y blancos; y al destapar todo aquel cuero pegado a los músculos, Cathaysa se mareó del machetazo de olor a desodorante y salitre y sintió que aquel jedor puro a caballo en cuarto cerrado se le metía por las narices y la anestesiaba, jaca jaca jaca, los hombros adelantados, el pecho hundidito, uniendo las muñecas la una con la otra, siempre en posición de defensa. Se soltó la camisa, jaca jaca jaca, con una risa maliciosa de penco ruin, jijijí, pegó Cathaysa a morirse de la risa con las machanguerías de aquel chico. ¿Cómo es el nombre tuyo?, dijo de repente el pibe trenzando los dedos de la mano con los de ella. Cathaysa, pero me dicen Cathy. ¿Cathaysa y más nada?, le sonrió el chico tan cerca que pudo verle aquellos dientes grises como el plomo, que esprendían un olor a radios quemadas, a bujías quemadas, a cables quemados en la chatarrería del padre. Tenía las dos paletas partidas, lo más seguro de alguna pelea, y algunas manchas como pecas, algunas manchas del cloro del agua regadas sobre del gris de los dientes. María Cathaysa, dijo afrentada y con la boca chiquita. Pegó aquel chico a partirse el culo de la risa, jajajá, María Asunción, como la viejita mía, dijo. No te rías, respondió Cathaysa, y no podía parar de reírse el pibe y no entendía ella la razón. Se puso seria. La única que la llamaba así era la madre, Engracia, porque decía que parecía que le llegaban mejor las palabritas, y eso era escuchar María antes de Cathaysa y tensarse la chica como un perro cuando escucha el silbido del cazador. El padre la llamaba solo Cathaysa, porque al padre le gustaban los nombres guanches y decía siempre, hablando de los guanches: pobrecitos los guanchitos, nosotros venimos de esa gente. Por eso le regaló a Cathaysa el libro de los nombres guanches que se había encontrado en los Sures hacía tantos años, para que buscara el significado del nombre de ella, pero aún no lo había buscado y le daba miedo averiguarlo, no sabía muy bien por qué. No te pongas de mula, dijo el chico acercándose otra vuelta hasta esprender el olor aquel quemado de los dientes, ¡sulfuradita!, ¡que eres una fierita mala!, y no entendió Cathaysa por qué le decía eso si solo se había puesto seria. Ahora fuera de bromas, siguió el pibe,

colocándose la camisa en el sitio, así se llama la viejita mía, María Asunción, ya fuera de bromas, te lo juro, dijo, levantándosela y besándose el rosario del cuello con una flexibilidad que dejó a Cathaysa asombrada. ¿Y tú cómo te llamas?, le dijo Cathaysa, intentando sonreír. Yo me llamo Higo. ¿Cómo te vas llamar Higo?, volvió ella a reírse que era partida. También me puedes llamar Breva, casi se muere la chica de la risa, que estaba a punto de orinarse porque le había entrado la meadilla, y se le pasó por la cabeza que nunca había conocido a un chico tan divertido, que la hiciera sentir tan contenta, que los chicos que habían estado atrás de ella eran siempre puros peleos, namás que puras historias y machanguerías y, de los que ella había estado detrás, ni te cuento: la misma vaina, exactita la misma historia. Nah, ya fuera de bromas, se puso a gesticular aquel pibe más de la cuenta, a mí me dicen El Higo Pico, Pico Malo, pa los colegas, y movió la mano derecha rápido, solo juntando dos dedos en el aire. Se quedó Cathaysa con la sonrisa remachada patrás que ni se le veían los ojos de la sonrisa tan cumplida, de ver a aquel chico expresarse de aquella manera, que era igualito que ver a un animal de muchos colores bailando por los aires. A mí también me pusieron un nombre guanche, dale que te pego aquel pibe con la manita, pero en la escuela pegaron de majaderos a decirme Higo Pico, Higo Pico, y El Higo Pico me quedé, jajá, y se quedó así, Cathaysa, un buen rato, sonriendo, que ya ni atendía a la música de la orquesta, y no sabía dónde estaba nadie y pensaba que nadie sabía dónde estaba ella tampoco.

¡Tiesto malo!, se sintió que alguien gritaba desde alguna parte del baile. Alzó la vista Cathaysa y se encontró primero con La Macha rabiando a la altura del escenario, después con Chaxiraxi rabiando un poco más a la derecha y luego con El Churrero rabiando en la entrada de la plaza, debajo del cartel del número de la lotería, con la carita de la Virgen del Socorro retratada arriba de la cabeza tiznada del primo, el primo con la camisa requintada de botones rotos y el delantal manchurriado de sangraza y mostaza dulce. ¡Cathaysa, no seas puta jedionda, Cathaysa!, y lo escuchó toda la gente hasta con la orquesta a todo dar. Te doy, te doy y te doy mi vida, ¿y así me lo pagas, cuero malo?, bajó ahora el tono El Churrero. No seas

arrastrada, Cathaysa, que yo por ti doy la vida y hasta mato si falta te jace. ¿Qué estás diciendo, muchacho?, chilló uno de Los Caleteros, levantándose del viro de la plaza con la garimbita en la mano, ¡respeta a la piba, hermano!, ajeitándose el cigarrito de atrás de la oreja, que no le hacía falta mucha historia pa envalentonarse todo. ¿Qué quieres tú, tolete?, dijo El Higo Pico, y se metió el rosario rojo en la boca y empezó a chasquillarlo como un chicle, ¿qué quieres tú, una foto o un póster, pollaboba?, y le soltó la mano a Cathaysa. ¡Muchacho, esténse quieeetos!, gritó El Presidente de la comisión desde mitad de la plaza. Te meto un moquetazo que te parto al centro, machango mierda, respondió El Churrero. Y El Higo Pico que ¿cómo dijiste, hermano?, ¡repítelo ahí!, ¡repítelo!

Se levantó el grupo de caleteros, todos al toque, y se pusieron un cigarrito nuevo atrás de la oreja, como hace el jefe de obra con el lápiz pa tenerlo más a la mano. Un círculo vacío de gente se abrió al centro de la plaza como una poceta. Una nube negra como el ala de un cuervo, negra y cumplida, se sentó sobre de la luna y se quedó la plaza oscurecida. Los dos pibes se miraron, solo se miraron, y fue levantar los hombros de un jeito, fue el resoplido de un caballo, el relincho, el mira parai las narices abiertas, ni chicas narices el más chico de El Churrero. Uggg, fue el Demonio metido, la lengua mordida y clavada, doblada entre los dientes, doblada como una tualla doblada en un tuallero. Frente con frente a presión como dos machos topándose arriba de un risco. Paró la música en seco, el mundo se detuvo allá arriba, en el barrio, en el día grande de la fiesta. El cantante de la orquesta agarró el micrófono haciendo un jeitito con la mano, qué estilito, ¡mi gente, hay unos chicos peliando al centro la plaza!, se aquelló los pelos de la frente, apretó los músculos de los pechitos, pin pin, una tetita, la otra, como punchas cambadas, ¡hasta que no dejen de peliarse no vamos a seguir con el baile!, y lo dijo así un poco como quien no quiere la cosa, así sin mirar, como hablándole al cielo, asustado por si acaso alcanzaba él también, nadie sabe las vueltas que da la vida.

Miró Cathaysa a El Higo Pico, que a duras penas mostró los ojos completos, y de nuevo le pareció verse reflejada en las pupilas de aquel chico. Pensó en lo que le había dicho cuando todavía estaban

bailando, que sí, pensó, que sí, que este chico está bueno pa mí, que a mí me gusta un chico así, que me defienda, que no tenga ni fisco miedo, divertido, que sepa bailar, no como El Churrero.

¡Zas!, sin anestesia. Sacó El Churrero un cuchillo de cabo verde de pelar las papas de dentro del delantal, un cuchillo amolado que llevaba espichado en la cintura, ¿y con la otra?, con la otra mano hizo tierra el pan de perrito que traía entre los dedos, fisquito a fisquito, para que todo el mundo lo viera. En el centro de la plaza seguía bailando un borracho sucio de espaldas, iluminado, todo alumbrado por los faroles y las bombillitas, tilín tilín, así, sa-sacasá, la patita levantada, el meneíto, el meneíto, y seguía cantando esa cumbia, «Cariñito sin mí», como si nada estuviese pasando, como si estuviese sonando la música, ¿pero qué más le daba?, si hasta con la música puesta seguía cantando la misma canción de toda la vida, como si la vida fuese toda una misma canción, una misma letra, un mismo baile con el cartón de vino abrazado escachado completo debajo del brazo. Él solo, porque no había más nadie que le siguiera el ritmo. De repente se le pareció a Cathaysa como un ángel caído del cielo, todo encachazado que daban ganas de bañarlo con jabón de la loza. No pudo respirar. Pensó que era el padre, otra vez, armando el espectáculo, la forma, el meneíto, esa canción que lo volvía loco a El Tiznado, y le entró una afrenta tan grande que no le salió otra cosa que agachar la cabeza contra el piso. Le dieron ganas de llorar, pero se aguantó como pudo. Mirando al suelo, aún lo seguía viendo en la cabeza: los pantalones meados caídos, mal amarrados con una liña de tender la ropa, los calzoncillos por fuera, todo lleno de vino, alcoholizado completo con el cartón de dos pesetas abrazado. Vingui-vingui de un lado al otro, con la camisa abierta hasta la vida, con toda aquella jartada de cadenas, cristos, vírgenes y símbolos de la paz entremezclados, con una pulsera de cuero en cada mano y otra pulsera del mal de aire en la izquierda, que decía el padre que las protecciones de los males tenían que dir en el lado izquierdo del cuerpo. Los dientes de El Churrero rechinaron como un coche sin frenos. Andaban los dos chicos frente con frente, aguantándose uno en el otro, que si a uno de los dos se le ocurría quitarse del medio, caía el otro a tierra esnarizado.

Levantó Cathaysa la cabeza del suelo y buscó al borracho bailarín. La cara hacía por parecérsele, pero no era del todo. Respiró tranquila. No era el padre, no, pero podía serlo. No sería la primera vez que le pasaba, que la afrenta se la comía como si fuera siempre la primera vez que lo veía arrojando alante de la gente, todo cagado y meado como los niños chicos. Esas veces que se quería morir, que solo quería suplicar que la estrallaran contra la pared como a un baifo, pero igual ella lo recogía y lo llevaba a la casa y le hacía la agüita de pazote y le ponía la manita en la frente, porque era el padre el sol más grande que Dios le había puesto en el camino, el hombre más bueno que ella había conocido, y dudaba, siempre dudaba, de poder encontrar en la vida otro hombre más bueno que ese.

Tentó el peje atrás para dejarlo caminar un fisco. Luego, apenas sintió que el bicharraco se confiaba y pegaba a correr desesperado, le trancó la chicharra con un gesto violento de muñeca. ¡Tran!, el jalonazo fue más fuerte de lo que esperaba. Corría como un demonio malo, tenía que ser parejo, porque jalaba que daba miedo, jalaba demasiado rápido hasta para él, que había clavado pejes de todo tipo. Ah, cabrón, se dijo para los adentros, hoy acabo con la vida tuya. Le soltó apenititas un fisco de nailo y le volvió a trancar la chicharra con la misma. Se acercó al veril del pesquero. Era alto, si se caía se reventaba, y era afilado, tan afilado que resultaba bastante fácil que el peje le cortara el nailo contra el risco. ¡Matacán!, le chilló Tío Aurelio alzando los brazos desde donde estaba parado, ¡trabájalo despacio!, no lo tranques taaanto porque te revieeenta. El Tiznado se alongó pal veril y empezó a alargar la caña hacia el horizonte, evitando que el nailo tocara la piedra y se cortase. Abrió la chicharra solo un poco, lo justo para que el peje se alejara apenititas y soltara tensión, lo justo para alejarlo de las piedras, pero solo lo justo, nunca demasiado. Esa era la idea que tenía en mente, pero con la fuerza que traía aquel bicharraco, pegó a correr que no tenía fin y le sacó metros y metros de línea. Le volvió a trancar, El Tiznado, la chicharra, y del clavazo se le levantaron hasta las patas del piso. Se vio completo casi de cabeza en el agua. ¡Te lo estoy diciendo, cabrón!, siguió Tío Aurelio, ¡que te bota, te bota! Se alejó El Tiznado del veril y sintió la fuerza de la luna alumbrándole la cabeza y los hombros. Forcejiando, de hacer tanta presión con las piernas, se le metió aquel dolor malo en la centura, y también el pensamiento, aquel malestar de querer acabar cuanto antes para poder ir a dar con ella de una vez por todas. Le daba miedo la fuerza del peje, pero la apuradera lo llevó a seguir

trabajando en corto, trancando la chicharra demasiado rápido. Podía salir bien, pero era muy poco probable. Si trincaba mucho el nailo, lo más seguro era que rozara contra las piedras y se cortara de un sajazo seco, ¡plan!, y adiós, muy buenas. O, a lo peor, que se cayera El Tiznado a la mar y más nadie lo viera más nunca, porque tampoco era que él se defendiera mucho nadando que se diga, y no veía a Tío Aurelio sacándolo de la mar en volandas. Lo estaba haciendo mal, lo sabía, lo sabía bien claro como el agua. Lo estaba haciendo mal, pero si haciéndolo así de mal salía bien, eso quería decir que estaba en lo correcto, que se dirigía al lugar al que debía, que Dios lo había dispuesto de esa forma y no de cualquier otra.

Notó el peje cabeciando, la chicharra chin chin chin. El Tiznado trancó la chicharra cada vez más rápido, más fuerte, más en corto. Tío Aurelio, la rabia, los peleos. Muchacho, ¿qué demonios te pasa hoy?, trabájalo despaaacio, que lo vas a terminar perdiendo por machango mierda. El Tiznado sintió un chuchazo eléctrico, un chuchazo eléctrico que le pasó de la caña al cuerpo y del cuerpo a la caña y le recorrió los brazos, las patas, el esqueleto por todas partes. ¡Muchacho!, chilló El Tiznado, ¡chiquito jurel! El Tiznado ya no sabía diferenciar más entre el propio cuerpo y la caña ajena, entre la caña y el peje. Eran los tres una cosa sola: una fuerza, un estampido seco contra el mundo. ¡Es un jurel, tío querido!, chilló El Tiznado todo privado, con las lágrimas estrallándole los ojos, por la forma que jala, dijo empuñando más fuerte la caña, ¿no ves que no para de buscar fondo? Tío Aurelio se jaló los pantalones indignado: ¡y claro que es un jurel!, ¿tú sos bobo?, hizo un jeito con los puños contra el aire, ¿y tú no ves cómo jala?, trabájalo despacio, te estoy diciendo, no tranques tanto la chicharra, te estoy diciendo, que si sigue jalando de esa forma, te bota pa la mar, comemierda, ¡bombéale, más que sea un fisco! El Tiznado le hizo caso a Tío Aurelio, más que nada para dejar de escuchar los alegatos de aquel hombre, que aquello era más pesado que un cochino en brazos. Pegó El Tiznado a bajar y a levantar la caña para que el peje se fuera venciendo. Lo notó. Notó cómo lo estaba ahogando, otra vuelta lo empujó esa sensación de estar venciéndole la vida a un peje. Le preocupaba eso a El Tiznado, a veces, y había noches en

que después de volver de la pesca no podía dormir: esa idea, que los pejes, como las personas, también se ahogaban en su propio elemento. Bombeó una vuelta y bombeó otra vuelta, y sintió que todo lo que bombeaba partía de su corazón y de su pecho, y pensó, sin querer, que ese mismo ahogue que sentía el pescado cuando lo querían sacar a tierra lo estaba sintiendo también él desde hacía rato, demasiado rato: en la casa, con la mujer, la mujer y la vida, la vida después de todo, que se trancaba en seco como una chicharra y le pegaba a uno un rechazo patrás que le dolían hasta los dientes. A El Tiznado, la rabia se le convirtió en pena, y le embistió una tristeza que le traspasó las costillas de canto a canto. Sin darse cuenta, ya estaba el jurel tendido arriba del agua.

Se paró Tío Aurelio del cubo por primera vez en toda la noche. ¡Menos mal que jicistes algo que Dios lo guarde!, dijo el viejo acercándose. Con una mano le quitó la caña al sobrino, que estaba pasmado por completo, con la mirada negra puesta sobre la mar negra a la altura del horizonte, negra y a fiscos plateada, por la luz cortante de los astros. Con la otra mano le entregó la potera al sobrino. ¿Qué vistes?, le dijo el viejo con una sonrisa de bicho ruin, ¿a la Virgen María?, y lo zarandió por el brazo. El Tiznado agarró la potera sin despegar la vista de la mar y la echó por el nailo pabajo. Enganchó al jurel que, todavía, con la poca fuerza que le quedaba, hacía por garrar resuello. Tío Aurelio sostenía la caña todo repachingado. El Tiznado volvió en sí cuando tuvo el peje a la altura de los ojos, zapatiando en un puro desespero ya sobre de los riscos. ¡Viva la Virgen!, chilló Tío Aurelio sin poder creerlo, ¡Viva la Virgen, me cago hasta en Dios! De cerca parecía más de lo que era: el jurel más grande que El Tiznado había enganchado en toda la vida. Quiso sentir la alegría de Tío Aurelio, pero, extrañado, se dio cuenta de que sentía una compasión azul y afilada. ¡Ya este se jodió!, dijo Tío Aurelio, ¡ya este si quiere chillar va chillar en el sartén!, mi madre, eso está embuchado hasta el culo, siguió Tío Aurelio, intentando sacar al sobrino de aquel estado, ¡corta el nailo!, le aconsejó, y posó el brazo sobre del hombro del El Tiznado, que miraba todavía hacia la nada, y: deja el anzuelo dentro que terminas antes que estarlo sacando. El Tiznado jaló por la navaja y cortó el nailo rente a la boca

del pescado como quien mea dormido. Tenía los ojos redondos como boliches, el pescado. Le pareció a El Tiznado que no era capaz de mirarlo mucho rato seguido porque podía ver en aquellos dos boliches cosas que no quería saber. Con las manos agarró aquel monstruo del suelo y lo echó dentro de un charco limpio, ahora sucio de sangre. El agua se pintorrió toda de encarnado. Observó con orgullo aquel jurel agonizante que flotaba sobre lo rojo, aquel cacho sama de jurel tendido arriba del agua. Le dio tristeza de verlo muerto, se le partió el alma porque sintió que, al matarlo a él, también un poco a sí mismo se estaba matando; rápido y sin mirarlo, le escachó la cabeza contra un risco y se escachó a sí mismo la tristeza, rápido y de un solo viaje; la escachó igualito que se escachan las moscas verdes que andan jodiendo la pavana: sin compasión. Pensó entonces que Dios lo estaba avisando: no solo había enganchado un peje grande como un burro, sino que era el peje más grande que había visto en aquella mar. Era el día, Dios se lo estaba avisando.

Se acercó Tío Aurelio por la espalda, ¡compadre!, y le dio cuatro trancazos con la palma de la mano abierta, ¡eso tiene que tener lo menos nueve o diez kilos! El Tiznado pensó que era momento de marcharse y le entraron unos nervios por abajo de las patas que le hicieron pensar en cagarse arriba. Yo traspongo, dijo de repente, voy a dime, todo incómodo, todavía tambaliándose que no podía mantenerse quieto en el mismo sitio. ¿Ya vas a dite?, dijo el tío, asustado, ¿cómo vas a trasponer tú solo, muchacho? El Tiznado empezó a recoger la mochila de pesca sin mediar palabra, tras tras, rápido y al trancazo. ¿Pa dónde vas a dir tú ahora, muchacho?, ¿qué tanta apuradera?, seguía Tío Aurelio nervioso, recolocándose las gafas contra las narices ¿Qué vas a jacer con el pescado?, dijo el viejo, amargado completo. Recogió la caña El Tiznado sin poder responder todavía y se la cargó al hombro. Yo no lo quiero, dijo con esfuerzo, jaga usté con él lo que crea conveniente. ¿Pero pa dónde vas a trasponer tú ahora, muchacho?, ¡mira que estás medio tomado! No lo podía mirar a los ojos, El Tiznado; se le pasó por la cabeza si sería la última vez que lo viera al viejo. ¿No irás a las máquinas otra vuelta?, siguió Tío Aurelio secándose el sudor de la

frente con el brazo, mira que eso es un engañabobos. Alzó la mochila, El Tiznado, se la puso a la espalda y pegó a caminar en zizá por el camino de tierra, sin virarse. Tío Aurelio lo observaba dar bandazos de un lado al otro, que parecía un burro cargado con las patas enfermas. A mitad del camino se dio cuenta de que ya no estaba tan borracho e intentó caminar derecho. A veces le costaba diferenciar cuándo estaba borracho de vino y cuándo de amargura. ¡Tiznaaaado!, chilló Tío Aurelio parado en medio del pesquero, ¡mira a ver qué es lo que estás jaciendo!... El Tiznado se escupió en la mano y se peinó los pelos de la frente. ¡Qué vas a salir cagaaado, Tiznaaaado! Siguió él caminando ahora un fisco más diestrito. ¡Yo no te digo más naaada!, y aflojó el viejo el tono de la voz y resonaron las últimas palabras en el biruje de la noche ensalitrada: ¡no te estés metiendo en camisas de once varas!, chilló el viejo, ¡mira a ver!, y se detuvo unos segundos para observar cómo el sobrino abandonaba por completo la vereda, que vas a salir otra vez cagado, y se viró hacia la mar hablando pa él mismo, yo no te digo más nada.

El Tiznado divisó la Nissan verde esperolada, ya con ferruja, picadas y pintura escascarada por todas partes. Estaba aparcada justo al lado de la Toyota Hilux del tío, que tenía todavía el olor mojado del pelo de los perros de caza. Miró al cielo, El Tiznado, y abarruntó rápido y con angustia: horita pega a llover, dijo metiéndose la mano en el bolsillo, acordándose de las aldoriñas que aquella misma mañana habían estado volando, bajitas y rápidas como centellas de fuego. La puerta de la Nissan estaba dura y había que sacarla con navaja del marco. Sin mirar, botó las cañas y la mochila en la parte trasera. No cerraba bien, la puerta del conductor, y le mandó chiquito de macanazo, ¡plan!, un buen estampido, compadre, sácala por el otro lado. Se amontó sobre del asiento como un chérif arriba de un caballo, se acomodó volviéndose a peinar con la mano lambuciada de saliva amarillenta mientras se miraba en el espejo. Bajó la vista y controló que estuviesen todos los

machangos en el sitio. Un santero de por San Juan de La Cueva le decía siempre que los machangos atrapaban los males de ojo, y los males en general, antes de que les llegaran a las personas, y se sentía tranquilo él, protegido por toda esa curia de perros y cabritas de trapo que llevaba siempre en el salpicadero. Le llegó el olor apestoso a cangrejos podridos de los paños de pesca. Venía de los sacos viejos que usaba pa guardar las cuatro lapitas que cogía de cuando en cuando pa darse el gustito con el fisco mojo verde. Los arreglaba él mismo, los mojos. Los que arreglaba la mujer, eso eran más malos que carne cuca, todos aguachentos. Había aprendido El Tiznado a arreglar los mojos como Tío Aurelio, que le quedaban sabrosos sabrosos, con las pimientas palmeras y a veces hasta almendras escachadas. Poco a poco viró el cuello, viró el cuello despacio como quien siente una mala presencia y el mundo le dio tres vueltas seguidas. Comprobó que estaba la guitarra en la parte trasera. Comprobó que estaba la guitarra y de verla se le metieron unos nervios malos en la boca del estómago. Se le metieron unos nervios que le hicieron engrinchársele los pelos completos. Lo dañaba esa clase de alegría. Cargaba unas ganas de esas que se parecían al mismo fuego, de esas que quemaban las tripas, dejaban la barriga toda guisada y la sangre en una pura jervidera. Junto con la guitarra, había otros cientos de cosas y jarrapenterías. Iba El Tiznado siempre con los sillones de atrás quitados, que cuando tenía que llevar a Engracia y a Cathaysa en la furgoneta, Cathaysa era meada de la risa, sentada arriba de la chatarra, agarrada a las manivelas de las puertas de corredera y dando tumbos como un machango de resorte. Le vino la imagen de la niña el día de la comunión, toda vestida de blanco, sentada sobre de una manta extendida arriba de la parte trasera, con el vestido levantado un fisco sobre del suelo para que no se le manchara. Se fijó El Tiznado en una lámpara con una tulipa que llevaba colgando piedritas, piedritas que imitaban piedras preciosas y que tenía pensado pegarlas en las paredes de la casa con cemento y mandarle dos capas de pintura rosada arriba, para que quedaran las paredes más bonitas que el carajo. Bien le encantaban a Cathaysa las cosas que él inventaba, a Cathaysa le encantaban las decoraciones sacadas de

la chatarra, pasiarse por el cuarto de la chatarra, la chatarra. Cargaba bastante chatarra que no había bajado todavía de la furgoneta. Se había pasado toda la mañana yendo y viniendo de entre barrancos y esquinas del camino en aquellos Sures, recogiendo y revisando cables, muñecos, teles, arradios, espadas, sombreros mexicanos, candelabros, hamacas, tumbonas, zuecos holandeses de madera pintados con flores, muñecas rusas que se metían una dentro de la otra... Cosas raras y preciosísimas que la gente botaba, y El Tiznado vivía de lo que la gente botaba. La basura del rico es la riqueza del pobre, decía siempre que podía. A veces se paraba a pensar en todo lo que la gente esperdiciaba y que a él le suponía las cuatro perritas que llevar a la casa, o que gastarse en el bar, o en las máquinas, o en las putas; o en todas esas cosas de un solo viaje.

A lo lejos temblaban los luminosos de la caña de Tío Aurelio arriba de la mar negra. Viró la llave tres, cuatro, seis veces. Raca-raca, tardó en arrancar la jodida furgoneta podrida, racaraca, carraspiando, esgarrando como una vieja. Las pardelas andaban arrebatadas que no sabían ni adónde iban con el fuerte fogonazo de la luz de luna. Apenas respondió la Nissan, ¡fiun!, salió escopetiado por la carretera toda oscurecida, con los cardones vibrando a los dos lados del piche roto, como candelabros encendidos. Iba en el aire, El Tiznado; eso manejaba que no se mataba porque Dios es grande, Dios es grande, y de milagro no se mataba, porque le gustaba pisarle aun sabiendo que tenía las gomas traseras de la furgoneta todas lisas. No le importaba a El Tiznado morirse ese mismito día, matarse como un perro y a tomar pol culo. Ese mismito día tenía que resolvérsele la existencia, porque no aguantaba ya más aquella angustia de no cambear y parecía que Dios lo estaba llamando a coger rumbo. Se le iban cerrando ya los ojos completos y no distinguía las rayas blancas de la carretera. Vista desde arriba, la furgoneta iba de un lado al otro. Sentía que actuaba más diestrito, más certero, más preciso cuanto más bebido estaba. A veces le tocaban la pita para que volviera al carril y él se pensaba que lo estaban saludando y tocaba la pita también como en respuesta. Sin un fisco vino en la sangre le parecía que no era capaz de hacer nada como Dios manda, o, por lo menos, nada derecho que valiera la

pena. El problema era cuando se pasaba de rosca y tomaba demasiado, pero mientras fuera un fisquito namás, namás apenititas una lágrima pa calentarse el alma, uno solo se ponía contento, ¿por qué iba a ser malo uno por ser feliz y contento, compadre? Tanta amargura tampoco es bueno. Subió el volumen de la radio. Sonó una ranchera entrecortada e hizo por abrir los ojos. Viró un poquito más el volumen y atinó con la emisora; era una emisora del Sur, de las buenas, namás que punteíto gomero y purita cosita buena, socio, rancheras, cumbias, namás que gozadera pura. Pensó en el baile, en la Cathaysita querida del alma, la niña de los ojos de él, en si estaría contenta y baili-baili por el cumpleaños, que le gustaba a esa chica más un baile, que eso era pa bailar ella sola. Subió un fisquito más el volumen de la radio y se dio cuenta de que estaba sonando «La ley del monte». Automático se le enyugó una angustia amarga y antigua.

Hacía cinco años ya que pensaba en la misma vaina de seguido. Cinco años ya que la había conocido en el baile, a aquella mujer cachorrona, espigada parriba, un día como ese mismito, de la fiesta del barrio. A veces le parecía a El Tiznado que, desde entonces, no tenía ningún tipo de pensamiento que no viniese acompañado de la imagen clara y tajante de aquella mujer del diablo. Pegó a cantar desgañitado, fijándose en las piteras de los viros del camino. Se imaginó, como decía la canción de Vicente Fernández, que él mismo grababa con la navaja el nombre de La Alemana entrelazado con el de él en una de aquellas piteras. Vio a La Alemana arrancando afrentada los nombres de la mata. Después, al pasar de los años, como abarruntaba Vicente Fernández en la ranchera, La Alemana iba a descubrir que se estaba equivocando: cada penca nueva que le crecía a la pitera traía grabados los nombres de ellos. Le vino de repente a la cabeza la cara de Vicente Fernández. Tanto se parecían Vicente Fernández y El Tiznado de jóvenes: la piel, el bigote, la peludencia del pecho, el porte de ranchero, o eso pensaba él, achaparrado, satito, pero ancho como un cachalote. Un motor de arar con la fuerza de un guanchito; pobrecitos los guanchitos, Dios los guarde. Sin querer, la mente lo llevó a un bujero sin salida. Vicente Fernández agarraba a La Alemana por las nalgas y se la

arrimaba al asunto. Sabía El Tiznado que era mejor pensar en otra cosa lo antes posible y pegó a darse una cuerada de tortas en los cachetes. Muchas veces se había tenido que arrimar en la carretera de la cegazón que le procuraban los cuentos y las imágenes que se le formaban en la chaveta mal hecha que Dios y la madre, padescanse, le habían dado.

Con la sirinola y la matraquilla, quedó atrás de él, sin enterarse, la carretera negra de La Punta, atravesada por laderas de riscos, cardones y tabaiba amarga, por llanuras de invernaderos de tomates con la malla suelta bailando igualito que espíritus. No sabía El Tiznado si andaba derecho, pero andaba, que era lo importante, y se guiaba por la certeza de que allá, allá a lo lejos, o no tan lejos, quedaba La Caleta. Allá a lo lejos, o no tan lejos, el bar de pollos El Nene, que antiguamente, cuando él era más joven, era una fonda de las de antes, donde a veces se mandaba el convido con los compadres pescadores, que eso eran pal vicio como cosita mala. Le entraron ganas de mandarse un tanganazo a cas El Nene, pero a aquella hora estaba el bar más que trancado. Con la magua del tanganazo, se santiguó besándose los cristos, las vírgenes, el símbolo de la paz que llevaba también colgado sobre del pecho en unas cadenas renegridas. Ahora quedaba El Tiznado frente al destino, aquel destino que tanto había tratado de abrir y que, ahora, él solo se le había abierto. Entró en el pueblo de La Caleta y garró la primera salida hacia La Cumbre. Atravesó los barrios del monte casi sin poner primera: Los Chamizos, Los Nispereros, San Andrés, El Lomito Blanco, uno atrás de otro como espejismos. No supo por qué, El Tiznado, pero aquel día la Nissan parecía un carro de fuego. Por los filos de los ventanillos empezó a filtrarse ese aire mojado de monte mujiento. Horita cae tremendo palo de agua, repitió como asoplando, y se presinó por la frente y por la boca pensando en el baile. Casi sin darse cuenta, ya estaba atravesando los pinos de La Cumbre. La carretera en la madrugada, con el sereno acostado sobre del piche, era borrosa como dos ojos legañosos de calima. Estaba malísima, la carretera; estaba mala, más mala que de costumbre, pero no aflojó, El Tiznado, más bien aceleró, botando un sajumerio negro por el tubo de escape. En quinta, sin problema, por

aquella revoltilladera de curvas. Garró la curva mala en la que la Nissan se iba siempre sin tener cuidado ninguno. Dios es grande, Dios es grande y está arriba, está arriba por lo general, pero sobre todo en aquel día en específico. Aunque el coche bailó, no se enriscó por la ladera. No le quedó más remedio que seguir con lo que estaba acordado, se sintió seguro de estar aquellando lo que correspondía. Pa estar uno derechito como marca la ley, se dijo pensando en los consejos de las brujentas, tiene que avanzar uno pa delantre, no echarse uno nunca patrás, siempre palantre, como los burros, tomar dicisiones, socio; como los burros no, con los ojos tapados tampoco, no: dicisiones con cabeza, socio, como Dios manda. Atravesó las tripas de La Cumbre, donde los pinos se apretuñaban en monte cerrado y ya no se distinguía más dónde empezaba uno y acababa el otro. De tan tupida la tupidera, ni la luz de la luna alumbraba ya El Tiznado. Dentro de aquella cueva en penumbra y neblina baja apenas se vislumbraban las marcas blancas del camino. No quedaba ya manera de ver el mundo y, por un momento, le pareció a El Tiznado que ya había pasado él a mejor vida, pero no. Era un túnel, solo el túnel sin luz de San Juan de La Cueva.

Al final allá, los faroles del pueblo le daban un horizonte al que aferrarse. Salió del túnel. ¡Aaaaaaaay, Dios mío!, gritó atemorizado que tuvo que soltar las manos del volante. Una coruja cruzó volando el monte, rasa, arrimada al piche, que casi se revienta contra el cristal de la furgoneta y deja las tripas regadas alante de los ojos de El Tiznado. Ya están las brujas volando rente al piso, pensó agarrando otra vuelta el mando del carro de fuego. ¡Estámpate como una pita!, le respondió una voz finita como una hebra dentro de la cabeza, ¡enfóndate pal diablo! Intentó aquel hombre desenhebrar la voz como quien desenhebraba una hebrilera. No pudo. ¿Era Dios?, ¿las brujentas?, ¿el mismo Tiznado inventándose alegaderas sin sentido dentro de esa cabecita que Dios le había dado, que guárdame un cachorro, compadre, fuarte cabecita más ruin le había tocado? Siempre, mis, siempre, por la Virgen Santísima, tenía él esta clase de dudas, desde chiquito; no sabía quién, pero esa voz que le daba órdenes lo arrebatada. Pensaba siempre El Tiznado que, fuera lo que fuera aquella voz de los infiernos, tenía

siempre la última palabra, y le daba él siempre la razón, porque parecía que razón tenía, o por lo menos él siempre se la había dado sin pensarlo. No lo estaba pensando, eso no lo pensó: si Dios o el coño la madre le estaban pidiendo que se estampurrara contra un tronco de pino, no tenía que pensárselo dos veces. Agarró la primera salida a la izquierda, se metió en un camino del monte y la voz eschavetada aquella seguía repitiendo en una matraquilla pura y dura: ¡reviéntese!, ¡aviéntese!, ¡estampúrrese!, ¡Tiznado, por Dios!, ¡palabra de Dios!, ¡alabado sea!, la paz nos dejo, mi paz nos doy, no tengas en cuenta mis pecados, sino la fe de tu iglesia, ¡fiun!, ¡zúmbale!, y de un volantazo limpio que, ¡zas!, levantó las gomas traseras del piso en el aire, se estampó, El Tiznado, contra el primer pino grande que encontró en la vereda, concédele la paz y la unidad, en un macanazo limpio, tú que vives y reinas por los siglos de los siglos, ¡amén!, más flojo de lo que pensaba, un macanazo limpio pero suave que no levantó demasiado ruido ni polvacera, y hasta en eso pensó que Dios lo estaba ayudando. Le dio tremendo jeito, eso sí, en el cogote, que se quedó temblandito como una gallina mojada, y más nada, compadre, solo un jalonazo seco, y no era la primera vez que se mandaba un jeito de cuello de esos con el coche. Un poco le gustaba la sensación de que lo estaban jalando contra el centro el mundo y de la tierra.

Dejó las llaves espichadas en el contacto. Quedó la Nissan atravesada en medio de la vereda, que si alguien quería entrar por aquel camino, las iba a pasar canutas. Pensó que no iba estarse mucho rato, solo lo necesario para hacerse entender como Dios dice, para leerle la cartilla como Dios marca y más nada, socio, ¿y dispués?, dispués ya se va viendo lo que Dios quiere, porque en verdad la cosa ya no le aguanta a uno mucho rato empinada, pero por lo menos uno se defiende si se le presenta la cuestión, por lo menos el bandido, más que sea un fisco, aguanta, que es lo importante. Se alongó a la parte trasera y jaló la guitarra. Como pudo, abrió la puerta de la furgoneta. Salió del asiento estartalado completo. A veces la cargacera le iba y le venía bien fuerte, como las mareas vivas por aquello de la luna. Allá, al final de la vereda, se entendía la sombra de la casa, nadie podía adivinar que allí había

una casa, entre tanto pino, entre tanto monte, pero, sí, la había, y él era capaz de llegar hasta ella con los ojos tapados. Dios le había pedido que se estampurrara en el lugar que era. Caminó par de metros casi arrastrando las patas y la guitarra. ¡Prap!, sintió el estrallido súbito de un brezo. A mano derecha, por el viro del ojo, le pareció ver una cosita chiquita chiquita meniándose al filo del camino. Quiso no darle importancia, pensó que eran historias de él, que a veces había visto sombras que le cruzaban los viros de la vista como centellas: animales cumplidos, lagartijas negras, luces rojas como caimanes de sangre. Le había pasado incluso que un perenquén bastante aparente le había parecido un perro, que un bicho carretero, una culebra. Siguió caminando sin darse demasiada importancia, pero se mantuvo con los oídos abiertos de par en par, haciendo caso, pero no mucho, el suficiente para acariciar la navaja cerrada en el bolsillo. Silencio rajado y, ¡prap!, y, en medio del silencio, otro estrallido, ¡prap!, de brezos rotos, de huesos mellados. De toda la vida de Dios había conocido él el monte. Sabía cómo sonaban las cosas cuando cambiaban de sitio, cuando buscaban resuello. Aquel estrallido no era de este mundo. Se dio la vuelta de un solo viaje y le costó enfocar. Los ojos no creyeron lo que estaban viendo: un niño chiquito chiquito, como recién nacido, allí metidito entre los brezos, entre los pinos del monte, entre la oscuridad preñada de ramas. De verlo allí, solito en pena, el pobrecito, mi niño, tan chiquito, le dieron ganas de acercarse y de hacerle una jaldra con la camisa, recogerlo como guayabas maduras, arrullarlo, arrullarlo como arrullaba a Cathaysa de chiquita. Pensó El Tiznado en cuando Cathaysa era también menudita como ese niño. El miedo que pasó cuando la niña todavía no estaba bautizada a cuenta de que el cura del barrio no le quería poner el nombre guanche. El Tiznado tenía una promesa con la cuestión del nombre, y las promesas hay que cumplilas, porque, si no, se le viran a uno en contra. Estuvo la niña más de mes y medio expuesta al peligro de los males de ojo, los entecos y los diablos. Decían que cuando una presencia o un demonio o La Diabla agarraban a un bebé de aquella edad sin bautizar, lo dejaban penando por el resto de los tiempos en el limbo. Pegó El Tiznado a prender velas y velas, porque había

escuchado que era importante dejar siempre una luz prendida, y Engracia estaba todo el día los peleos que se iban a pegar fuego. No le importaba nada a El Tiznado, porque era Cathaysa, la única niña de la vida de él. A él, que siempre había soñado con tener una jartada de hijos y la casa llena de gente, a él, que había tenido tantos hermanos y hermanas, Dios solo le había entregado una hija. Quería guarecerla de la forma que fuera posible. Le había salido niña gracias a la promesa que le hizo a La Virgen de Candelaria, pues la quería hembra y no macho, por ser las niñas más cariñosas y adulonas, y por eso, namás nacer Cathaysa, El Tiznado hizo lo que debía. Ese mismo día de septiembre, dieciséis años atrás, El Tiznado llegó de rodillas hasta los mantos de la Virgen mientras Engracia estaba pariendo. Llegó hasta los mantos de la Virgen saliendo desde el comienzo de la plaza, pasando por la entrada de la basílica bajo la mirada de aquellas estatuas de los guanches que se alzaban en el aire con palos y armas y tamarcos tapándoles las partes; pobrecitos los guanchitos, pensó El Tiznado, nosotros venimos de esa gente. Uno a uno fue leyendo los nombres de los nueve menceyes que cuidaban a la Virgen: Acaymo, Adjoña, Añaterve, Bencomo, Beneharo, Pelicar, Pelinor, Romen y Tegueste, e hizo una segunda promesa, mis, besándose los dedos aún de rodillas, por los guanchitos y por La Virgen de Candelaria, que la niña de él iba a tener un nombre guanche, y pensó en buscarlo en el libro de los nombres guanches que había jallado en la chatarra esa mismita mañana, que siempre andaba él interesado en las cosas de Canarias y los pensamientos de todo tipo, y, sin darse cuenta, llegó a la altura de la cara negra de la Virgen, se presinó, lloró y se levantó del suelo. Salió por la puerta decidido a marcharse, pero primero se agarró una buena siquitrina con los compadres pescadores de Candelaria, que los conocía de años y años de andar ajuntando basura en las esquinas de aquel pueblo, una jumacera de celebración de las fuertes, una cogorza que lo dejó hospitalizado. Al final encontró él a un cura de otro barrio que le dejó ponerle el nombre a la chica, le dejó ponérselo, pero con la condición de colocarle el María alante del nombre. El Tiznado no tuvo más remedio que llamarla de aquella

manera: María Cathaysa, la única niña que se le había guarecido después de Engracia perder tres niños seguidos antes de nacer ella.

Se acercó despacio. Lo levantó con las dos manos de arriba del brezo en el que estaba dormidito, ay, señor, todo descolgajado, el pobre. Mi niño, dijo aquel hombre adolorido de ver el fisco aquel que era todo huesito y pellejo acabante de parir, ¿qué jaces aquí solito, tan de noche?, se puso a llorar El Tiznado. Abrió los ojos despacito, el niño. Le costó entender, a El Tiznado. Le costó entender que no eran ojos comunes, que no eran ojos corrientes. ¡Qué niño tan chiquito!, dijo El Tiznado, ¡qué niño más chiquitito!, repitió. El niño abrió la boca. No le salieron bombitas de saliva como a los otros niños, no; no era una boca como las otras bocas. Era una boca grande, de sonrisa cumplida, tan cumplida que el viro de los labios le atravesaba la cara y le llegaba hasta las sienes. Enseñó la dentadura, aquel niño, asín, hizo: am, ñam ñam, gande, gandita, os dientitos, mi niño, cerrando y abriendo aquella quejada enferma. Zi, dijo el niño chiquito de repente, ziquito pero con ñientes, con aquellos dientes afilados como agujas. Era maléfico. Se le volvieron los ojos oscuros como dos boliches. Malvado, era malvado. ¡Eres malvado!, chilló aquel hombre, ¡malaya la madre que te crió!, y le entró un vahído por las patas. Cerró los párpados, El Tiznado, a punto de caerse redondo al piso. No soltó al niño de los brazos. Zarzaliaba, ahora, el niño maléfico como una lombriz de tierra. Abrió los ojos de un sopetón, El Tiznado. Ya no estaba. Se le había desaparecido. Lo buscó a la altura de los brezos donde lo había jallado, pero otra vuelta solo había monte y negrura. Se presinó, desde la frente hasta la altura del payo y desde el payo hasta al ancho de los hombros. Dejó la Nissan atrás, se dirigió a la casa ya derecho, sin dejar de presinarse, tin-tin tan-tan, de la frente al payo y del payo al ancho de los hombros. Hoy va a ser una noche de las duras, se dijo, y se llevó la mano al bolsillo, atentando la navaja. Pensó que sí, que si era aquel el día en que tenía que cortarle la lengua a La Diabla, pues hoy que fuera, el día, o la noche. Ya Manolito El Sucio, una vez, en el día de La Rama de La Florida, se desvió del camino de gente bailando con ramas de poleo levantadas, y se metió por los brezos del monte. ¡Pruuum!, todo el mundo sintió

el escorrozo dentro de los pinos. A la hora, salió todo rajuñado, preguntando si habíamos sentido el escorrozo. Explicó aquel hombre que fue debido a que La Diabla soltó la lengua y cayó en barranquera limpia después de habérsela cortado él mismo, que era una promesa que tenía de cuando menudo, porque La Diabla había trastornado al padre. Después de eso, dicen que se quedó virado así de la cabeza, loquinario, como le dicen ahora: pero él no es loco, pensó El Tiznado, él solo sabe cosas que más nadien sabe y a eso le dicen loco hoy en día. No tenía miedo, El Tiznado. Avanzó por el caminito de tierra lo más rápido que pudo. Aquella noche, aquella malimpriada noche de luna llena, nadie le aseguraba que La Alemana no fuera también un demonio malo, igualito que Engracia.

¡Suelta eso, maricona!, ¡y pelea como marca la ley!, le gritó uno de Los Caleteros que todavía se mantenía esperando el turno por si la cosa se ponía dura, ten vergüenza, muchacho. El Churrero, con la mano en el aire todavía agarrando el cuchillo de pelar las papas, de lado, como si fuera a sacarle el corazón a un cochino: hoy acabo con tu vida, Higo Pico de los infiernos, la lengua botada afuera medio metro palante, hoy te escacho como una rana. ¡Aaaaaaaaaah, ah, ah!, los chillidos la madre de El Churrero, las carreras, botándose del autobar como cosita mala. Empezó la doña a arrancarse los pelos a dos manos, empezó a arrancárselos rente, parejitos, porque hacía menos de dos años se le había matado el macho más mayor en un accidente de rally en una curva cerrada. ¡Pregúntale a la madre tuya si le gustó que le diera pol culo anoche!, ¡pregúntale!, le dijo El Churrero al pibe, a ver quién es la mariscona. El Higo Pico separó las piernas afirmándose al suelo, no le quitaba la vista de arriba a Cathaysa, y Cathaysa no podía parar de mirarlo. Empezó a brincar El Higo Pico que eso parecía igualito con una alpispa. Era diestro, El Higo Pico; le gustaban el muaitai y la capoeira. Todavía andaba Cathaysa mirando de reojo al borrachito bailarín que bailaba la cumbia dale que te pego, como si el mundo no estuviera pasando. El rosario rojo de El Higo Pico tolón tolón como una campana, y Cathaysa a cada minuto que pasaba lo veía más guapo, más apretadito, parejitas las piernas, los brazos, retesitas las nalgas, retesito el cuello, con las venas todas resaltadas que daban hasta temor de Dios. Te agarro y te emparejo, fantasma, te levanto del piso de una trompada. Se acercaron La Macha y Chaxiraxi y jalaron a Cathaysa un poco hacia detrás para protegerla. Niño, cállate, niño, que me estás haciendo calentar la sangre, niño, siguió El Higo Pico abriendo los huecos de las narices, retensando los músculos hasta

dejarlos todos a la vista, como una ilustración del cuerpo humano de aquellas que salían en las enciclopedias de la chatarra que Cathaysa tenía en la casa. Que te calles, muchacho, que te agarro a ti también y te doy la vuelta como un calcetín, seguía El Churrero, todavía con los últimos fiscos del pan de perrito cayéndole por entre la mano; mis, te meto la mano pol culo, y te saco las tripas por la boca, y retorció el gesto como virando una llave de paso. Tantas veces había tenido que separar al padre, Cathaysa, que ya sabía que no era buena idea meterse. Muchas veces jalando, del rechazo patrás, terminaba ella misma mandándose el leñazo bueno, y tampoco eso conseguía arreglar nada. Había visto peleas, había visto peleas duras, pero nunca había visto levantar un cuchillo en el aire.

Aquel día tendría Cathaysa ocho o nueve años y una luz rosada alisaba el cielo. Era la primera vez que la dejaban salir a una fiesta, a Cathaysa, y fue porque Yaya le machacó la cabeza a Engracia: que si yo te la traigo tempranito, que si no te preocupes, muchacha, que ellas tienen fundamento. Todavía era de día y estaban sentadas en los viros de la plaza. Cathaysa chascándose el chicle de dentro del chupete. Mientras, La Macha la miraba esconsolada, porque la madre le decía que los chicles de los chupetes eran malos, que si te los tragabas te juraban las tripas. Debajo de los movimientos de la quejada, escuchó Cathaysa unos chillidos. Aún no había pegado el baile y ya se había formado un problema: por el virito del ojo vio a un hombre de majadero con la mujer de El Policía, mientras El Policía, que era un auténtico perro, como se decía en el barrio, que andaba mandándoles palizas a los pibes cada vez que los encontraba por atrás de la plaza de las fiestas, estaba alegando con otro hombre y no se daba cuenta ninguna. Era la fiesta de El Lomo La Colorada y el barrio en peso trasponía a echarse los bailitos. Se fueron acercando al centro de la plaza las dos niñas. La Macha levantó la vista, atemorizada. ¡Es mi padre!, dijo Cathaysa. Estaba El Tiznado borracho perdido, con tremenda cargacera que no se aguantaba. ¡Papi!, le dijo Cathaysa arrimándosele despacito, y el pestazo a vino de cartón le viró el estómago. Nunca se terminaba de acostumbrar Cathaysa al pestazo del vino. Le posó ella la mano en el hombro al padre, jaló patrás El Tiznado para zafarse de aquella mano que no

sabía ni de quién era y, de la fuerza del rechazo, le mandó tan fuerte zurriagazo que se cayó al suelo y se llevó a la niña también pal piso. Cayó Cathaysa en peso muerto que parecía un saco de papas. Quedaron la hija tendida y el padre tendido en el suelo de la plaza, viendo el cielo despejado de atardecida, el cielo de agosto con nubes como borradas, nubes deshilachadas como camisas de algodón ya demasiado viejas. Era en agosto, la fiesta de El Lomito, la mejor época del año. Se acercó El Policía al padre, y con la misma empezó a meterle una encendida. Esta es la última mía, pensó Cathaysa con la boca abierta como un pescado, con la boca redondita por el dolor que se le metió en el pecho y no le dejaba trabajar los pulmones. Padescanse María Cathaysa López Hernández, nieta de Isidoro (El Fino) y Asunción (La Cangreja), hija de Engracia y El Tiznado, y lo único que le preocupaba entonces era que la madre la iba a matar porque ya le había conseguido el traje prestado de la comunión de la prima. Al lado de ella seguía El Policía mandándole patadas por las costillas al padre, y solo le salió a Cathaysa rezar muy bajito para que no lo matara. Lloró la niña calladita con la cabeza tumbada de lado, porque si algo quería ella en este mundo era al padre, lo quería tanto que le dolían los huesos de quererlo, ¿eso?, eso lo quería con locura. Era padrera, la Cathaysa, padrera y cariñosa, aunque El Tiznado fuera pa echarle de comer aparte.

Te doy una surumba, siguió El Churrero, moviendo el cuchillo en el aire, que pa decir cosas era él solo, que parecía poeta, te doy una encendida que no hay orquesta que toque lo que tú bailas, ¡morralla! Sus sus sus, dijo Chaxiraxi, sos más bruto que un animal vestido, y Cathaysa sospechó que a la amiga le hacía tilín El Churrero. ¡Hoy te la llevas calentita!, gritó un pibe desde dentro de los ventorrillos, y salieron todos los chicos de atrás de las chapas a acompañarlo. Soltó el cuchillo y corrió El Presidente a quitarlo del piso por si las moscas. La gente estaba atemorizada, pero en el fondo les gustaba el espectáculo, ¿eso?, eso bien les gustaba una fiestita y la novelería, conio. La madre de El Churrero chillando: por Dios y la Virgen santa, que me matan al chico, y El Churrero todo emputado que se arrancó el delantal y lo partió en dos pol centro como una sábana vieja; ¡aaaaaag!, gritó, enseñando la dentadura. El

delantal le quedó derechito derechito que parecía que después le iba a virar el vuelto con la máquina. El Higo Pico no paraba brinqui-brinqui con los puños apretados, que a Cathaysa se le volvieron a pegar las bragas; le daba bastante vergüenza de verlo, pero no podía parar de pensar que era la persona más guapa que había existido. ¡Churro, entiérralo contra el piso!, gritó uno de los chicos de las cantinas. El Churrero resoplando encendido, rechinando de la rabia, engrinchado como los caballos que tenían él y todos los chicos de los ventorrillos, que ya se estaban poniendo en círculo alante de Los Caleteros.

Se preguntó Cathaysa entristecida que por qué donde quía que fuera tenía que formarse el espaviento, que si no era el padre, era la madre, era La Macha, era El Churrero y era el coño la madre que la parió, no joda. Los caballos contra las motos, dijo la Chaxi, esto está más interesante que la novela, y La Macha le aventó la cabeza por alcahueta: cállate, muchacha, ¿que no ves que te están escuchando y vas a salir escaldada? De lado, Cathaysa pudo ver a los miembros de la orquesta recogiendo las cosas del escenario sin hacer ruido ninguno. De repente se le pasó por la cabeza que toda esa trifulca era cosa de ella, que si no estuviera golfiando porai como andaba golfiando no habría problema alguno. Se acordó de Engracia, de cómo le había dicho que ni se le ocurriera salir ansina vestida, que parecía un cuero malo, que si no había fundamento en esa casa o qué pasaba, y el padre callado, y la madre, eso era que se la llevaban los demonios, porque eso sí tenía el padre, que la defendía y la defendía aunque se la ganara calentita con Engracia. Se miró Cathaysa la ropa que llevaba puesta y se tapó las tetas lo más que pudo, pues las tenía requintadas por la fuerza del sostén que le había prestado Chaxiraxi. Todavía le resonaba por dentro del cuerpo el chiquito de samagazo que le había dado la madre en la cara. Le gustaba eso a Engracia, darle con toda la mano abierta para retratarle la forma completa en los cachetes. Menos mal que ese día llevaba la cara pintorriada y no se transparentaba tanto el estampido. Había días, como ese, que Cathaysa odiaba a la madre, la odiaba a morir, pero esos mismitos días, y todos los días de la vida de ella en general, vivía obsesionada por no hacerla enfadar, por

hacer las cosas bien o hacerlas al gusto de Engracia, que era lo mismo que hacerlas bien en la casa de ella. Se quedó Cathaysa con los brazos cruzados, los tembliques del grele tan grande que se estaba metiendo en la plaza. ¿Era la humedad o el miedo que tenía?, no supo en ese instante preciso, pero empezaron a apestarle los sobacos de los nervios. Le nació una cosita caliente en la barriga y pensó que sí, que todo eso que estaba pasando era por ella, y empinó la cabeza parriba como un quíquere: ¡Churro!, chilló, delante de todo el mundo, dile a tu madre que vaya llamando un tasi porque hoy te vas derechito pal amulatorio. Se quedaron muertas las viejas, se presinaron por la frente y por la boca, como si hubiesen visto al mismo Diablo. Se sacó la camisa por completo, El Higo Pico, se quedó desnudo de cintura parriba y se besó el rosario enseñándoselo a Cathaysa. Ya estaban los ojos amarillentos de aquel chico picando luces de tan fuerte puesta que tenía a aquella hora de la noche. Los Caleteros ajeitándose las gorritas con las dos manos, los chicos de los ventorrillos estrallándose los dedos. El Churrero con una ceja levantada mirando a Cathaysa que parecía que le iba a enterrar el puño a ella y no al pibe. Una lágrima de sudor frío que le cayó a El Higo Pico por las sienes. Una gota pesada como un plomo que caminó lenta, despacito, arrastrando la salitre que llevaba encostrada en la cara desde el último chuzo que se había dado en La Caleta antes de subir al baile.

¡Chupapinga!, chilló El Higo Pico acercándose a El Churrero, y eso fue lo último. Te meto una patada por los fondillos, dijo El Churrero apartando con una mano a El Presidente, te meto una patada por abajo el payo que te saco las tripas por la boca. Le gustaba a El Churrero la cuestión de sacar los órganos por las partes de la cara, y Chaxiraxi le apretaba cada vez más fuerte el brazo a la amiga, respirando con el corazón acelerado, muerta con las ocurrencias de El Churrero. ¡Repítelo si tienes lo que hay que tener!, le respondió El Higo Pico, ¡repítelo en las narices mías pa ver si tienes huevos!, porque te meto un kate que te esganizo. Ya estaba El Churrero que se lo llevaban los demonios, dispuesto a levantar a El Higo Pico del suelo, cuando se paró un segundo y se fijó en toda la gente del barrio, incluida Cathaysa, que, por lo que parecía, se había puesto

de parte de aquel jediondo. Ya La Sonora Hermigua estaba marchándose del escenario, ya era bastante evidente que no se iba a continuar haciendo el baile, y pensó El Churrero que si ya estaba hecho el desbarajuste, por lo menos jacelo bien bonito, ¡carajo!, aquelladito, parejito parejito, que no quedara él como un machango, sino como un hombre. Siempre había sido bastante de espectáculos, El Churrero, y pensó que aquella era una gran oportunidad para demostrarle a Cathaysa y al barrio entero lo que él valía. Se metió dos dedos en el filo de los labios y silbó en gomero, que le había enseñado el padre antes de morirse, que había venido emigrado aquel hombre desde Agulo, buscando un lugar donde dejar de pasar hambrita. Resonó el silbido de El Churrero y, automático, se acercaron los chicos de los ventorrillos con siete sacos de arena Milán de construcción que tenían los viejos de la comisión guardados en el cuartito. No supo la gente muy bien a cuenta de qué tenía la comisión aquellos sacos de arena. Los pibes de los ventorrillos vaciaron los siete sacos sobre del suelo de la plaza, uno por uno. Uno por cada isla, dijo Chaxiraxi, toda entusiasmada. Más te vale que te des un puntito en la boca, le respondió La Macha jalando a Cathaysa contra ella, y se quedó Cathaysa arrimada al pecho de La Macha como quien se arrima al poste de la luz. Pos si peliamos..., dijo El Churrero mientras se arremangaba los pantalones hasta las rodillas, admirando la arena que se montaba a su alrededor, ¡peliamos como Dios manda!, y se quitó los zapatos para meterse escalzo en el arenal. Se fueron acercando todas las personas que quedaban en la carretera, incluidos los dueños del autobar El Último Chance, y se arrejuntaron en el círculo que rodeaba a El Churrero. Era él conocido por creerse El Pollito de la Frontera, y enterrando los dedos de los pies, se afirmó con las patas escarranchadas en aquella arena amarilla. Llamó a El Higo Pico con una sola mano. Lo llamó como diciéndole: ven, que hoy te la vas a llevar calentita. Se colocaron los dos chiquillos listos para la brega, arremangándose los pantalones y las camisas. El Higo Pico que no se lo pensó dos veces en quedarse medio desnudo, con los pantalones de chándal tan retrincados en el culo que parecía la de la tanguita roja. Los hombres viejos eran privados con poder ver de nuevo una luchada,

pues hacía años que el terrero municipal lo habían cerrado a cuenta de las historias del Ayuntamiento. ¡A la brega!, chillaron los viejos, y pegaron a prepararse los cuatro duritos pa echarlos sobre la arena si El Churrero botaba a El Higo Pico, que estaban seguros de que iba a ser así.

Se colocaron los dos chicos con la espalda agachada y la pierna derecha un fisco más avanzada que la otra. Los hombros pegados y apuntando al suelo, las cabezas apoyadas en la paleta del contrario. Fueron abajo las dos manos derechas unidas en un puño dibujando una flecha, un puño compuesto de dos manos de dos cuerpos diferentes que no llegó a rozar la arena Milán del todo. Cada uno, con la mano izquierda, agarró el arremangamiento del pantalón derecho del contrario. Un viejo emitió un chiflido sordo. Los ojos de El Higo Pico buscaron a Cathaysa por arriba del hombro de El Churrero, otra vuelta aquellos ojos botaron chispas, como limaduras de hierro saliendo de una radial en marcha. Al silbido del pureta, El Higo Pico le apretó más fuerte el pantalón arremangado a El Churrero, retrincándole la piel al chico, que tuvo que aguantarse el dolor tan fuerte de la piel trinquillada. Le botó El Churrero la mano derecha a la espalda de El Higo Pico, porque tenía El Churrero siempre la costumbre de colocar la mano arriba de la espalda, que le daba facilidad para hacer una cadera lo antes posible. Pegaron a dar vueltas como toninas. Agarrados, agarrados que parecían animales engangados en celo. Se pegaron un buen rato así, trompetiando, sin hacer un movimiento del todo, que menos mal que no había árbitro que se dijera porque, si no, los hubiese amonestado por pasividad.

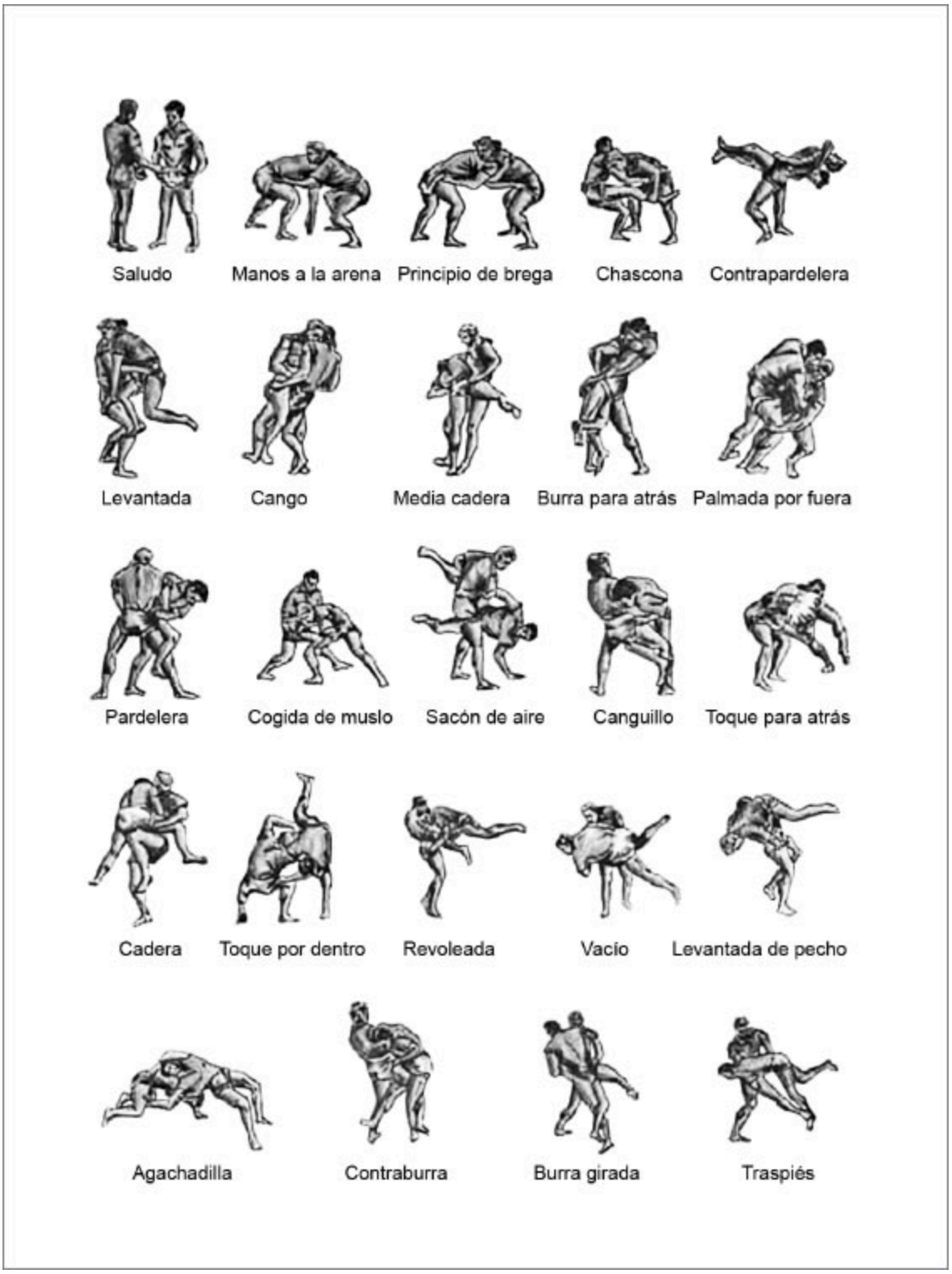
Era evidente que El Churrero entendía del asunto. Jaló de cadera y, solo con aquel jeito sencillo, estuvo a esto, mis, de montarlo en el cuadril y botarlo. El Higo Pico se quedó con la pata derecha encogida en el aire, garrapatiando en los brazos de El Churrero, intentando aferrarse a la arena con la punta de los dedos del otro pie que le quedaba en el terrero. Por un rato demasiado largo, El Churrero lo mantuvo en una pata sola agarrado por la espalda. Con casi los pies despegados del suelo, El Higo Pico pegó a reinar dando sacudiones rápidos, como un niño chico que no se quiere dejar dormir del todo, que no se va a dejar dominar por el sueño. Se le metieron a El Higo

Pico los pantalones en las nalgas tan fuerte que estuvieron a punto de rajarle el culo. ¡Ay!, se atemorizó Cathaysa viendo a El Higo Pico a punto de caer a la arena, ¡que me lo parte en dos! *Que me lo parte*, pensó El Churrero, y sintió que Cathaysa le estaba trincando el corazón con las uñas largas después de pelar ajos. Por un segundo consiguió El Churrero arrancarle los dos pies completos a El Higo Pico por la fuerza que le dio la celadera. Por un segundo se quedó el chico colgado de los brazos de El Churro. Aprepárate, pensó El Churrero, te voy a dar vuelta como un zurrón; de que llore mi madre, que llore la tuya. Ya estaba convencido del exitazo de la cadera que se estaba mandando. No era fuerza, sino pura maña. Sabía El Churrero cómo desequilibrar al toque, cuanto más rápido, menos se lo esperaba el otro, y, pum, salía volando por los aires. Hubiera sido más rápida y efectiva una levantada, pero no era El Churrero un garrulo como para levantar en peso a un hombre entero, no con aquellos bracitos de jorqueta, y ni falta que le hacía, porque siempre que luchaba volvía y se decía y comprobaba que no era fuerza, sino maña, y, arriba de eso, la cadera era siempre más vistosa que la levantada. Eran lo de él las polcas y la luchada, de toda la vida, también la sortija, ¿cómo no?, y preparar el vinagre macho. Le gustaban a El Churrero los viejos y las cosas de viejos, la parranda, el timple, manejar la Toyota Hilux sin carné, la carne cabra, los caballos, el jedor a caballo, vender y comprar caballos, los caramelos de café, beber el agua del aljibe, a poder ser con bastante mujo. Le gustaban los viejos y las cosas de viejos, pero lo que más le gustaba entodavía, y sobre todo, era la Cathaysa. Sus, bien le gustaba aquella chica. Sí, compadre, lo tenía enviciado, le gustaba, o eso había creído siempre, que le gustaba y le había gustado de toda la vida. La buscó con la mirada entre los movimientos de El Higo Pico y la vio en los brazos de La Macha, con aquella cara de terror presenciando el momento justo de estar El Higo Pico a punto de estampurrarse, y así, así y todo y como la vio, toda regañada como estaba, la vio guapa, más bonita que la flor del almendrero. ¿La vio guapa o la vio fea? Ni siquiera tenía demasiado claro El Churrero si le gustaba Cathaysa, pero había vivido siempre atrás de ella y ella juyendo de él, y ya no se hallaba sin aquel juego del perro

persiguiendo al gato. Sí, estaba guapa, la muy cabrona. Lo embobeció aquella belleza de mujer antigua y perdió el tino por un momento. El Higo Pico logró aferrarse al suelo, otra vez con la misma pata. Te parto al centro, le soltó el caletero, botándole ahora él la mano a la espalda a El Churrero. Se consiguió afirmar El Higo Pico otra vuelta, con los dos pies planos sobre del terrero. Se le bajó la persiana a El Churrero chico. No me asoples en el tronco la oreja, mariscón de mierda, respondió El Churrero con los ojos revirados. No se había pegado tampoco toda una vida atrás de Cathaysa él de aquella manera y venir un estropajo mierda caletero a robarle a la chica y él quedarse mirando pal cielo como si nada. No, mi niño, por eso le pasaron por alante de los ojos todas las mañas de lucha canaria que había aprendido de cuando menudo, pero no le dio tiempo de llevar a cabo ninguna, porque El Higo Pico le vio las intenciones en los ojos y pegó el de La Caleta a separar los codos y a intentar ponerse de pie completo. ¡No rejuya la brega, compadre!, le gritó uno de los chicos de los ventorrillos, respete, luche como marca la ley. Supo El Higo Pico que El Churrero sabía bastantes mañas y que él, que de chico no había aprendido como se supone, no entendía muy bien lo que estaba haciendo, pues a veces luchaba con el hermano en la playa de riscos de La Caleta, por la zona en la que asomaba la arena, pero era más por la bobería que por otra cosa. Se separó completo El Higo Pico y le mandó un empujón que lo dejó estartalado. ¡Eeeeeeh!, ¡compadre!, le dijeron los viejos de la comisión, ahora también ensanguinados por la falta de pureza en el estilo, ¡no sea marrullero!, ¡luche bonito, carajo!, ¡luche como un hombre! Le pareció a El Higo Pico buena idea levantar una pata: levantó una pata. Con la pata en el aire, empinó la canilla lo más que le dio el tino y se quedó horizontal. El Churrero se desarrimó, atemorizado. No entendía los movimientos de El Higo Pico, aquel bailibaili sin ton ni son, aquella capoeira con merengue. ¿Qué estás jaciendo, comemierda?, dijo El Churrero, baldado de la confusión, ¿no sabes luchar como Dios manda? Te voy a dar pan con pinga, le respondió El Higo Pico empezando a largar patadas voladoras a diestro y siniestro, pero sin pan, siguió recto sin caerse de aquella postura imposible, porque eres un comepinga, primo. Pa, pa-pa.

Pegó aquel pibe a mandar patadas parriba y pabajo, las patadas parriba y pabajo con aquella pata de plomo, con aquellos huesos duros de dar pepinazos a los bloques de los muros de las plataneras y a las paredes de la casa en general, que así era cómo se entrenaba El Higo Pico la dureza de las canillas para los combates de muaitai y quicboxi. Pa, pa-pa. Le mandó tremendo patadón en las costillas a El Churrero que lo dejó envasado sin respiración. Rebotó aquel chico patrás que lo tuvo que agarrar la madre por los hombros para que no saliera volando de la plaza. No tardó El Churrero en volver en sí. Suélteme, vieja, dijo zafándose de la madre, que lo agarraba de rodillas sobre el delantal de la churrería amarillento, suélteme, viejita del alma. Se empinó parriba El Churrero, envenenado. Aquello fue, ffff, como arrimar un fósforo a un montón de penillo bien estofado. Se encendió El Churrero parriba como un gato engrinchado en una pelea por gatas. ¿Pero quién te crees tú que sos, machango mierda?, dijo intentando desarremangarse los pantalones todos desvarados, ya no le quedaba ningún botón de la camisa con vida, que vas a venir acá arriba, al barrio mío a decirle a uno cómo se lucha, mariscón empedernido. Esto no es lucha libre, canarión, dijo uno de los chicos de los ventorrillos, empujándolo por los hombros. ¿Cómo que canarión, muchacho?, se acercó un caletero con el cigarrito pegado al labio y le mandó tremendo sacudiazo al de las cantinas pa luego meterle otra chupadita al filtro del cigarro. ¡Por Dios y lo que más quieran!, chilló El Presidente apretándose los viros de la cabeza y quitándose el sombrero de pajullo que llevaba. Estaba blanco escolorido como un gufe, El Presidente, parecía que la iba a espichar en el acto. Algo cambió en la plaza de repente. Se aposó una nube negra sobre de la luna que oscureció aún más el cielo ya de por sí ennegrecido. Por lo que más quieran, dijo El Presidente, envalentonado pero escondiéndose detrás de la madre de El Churrero, están a tiempo de darse la mano como dice la misa. Cathaysa miró el cielo atemorizada, todavía azocada en el cuerpo de La Macha, que la protegía de la pelea. ¡Tlan!, ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!, se fundieron de un solo viaje las tres ristras de bombillas que la comisión había colgado en el cielo de la plaza junto con los papelitos de colores. Ya no quedaba luna

alumbrando, estaba toda tapada por la nube negra. Solo la luz mermada de los faroles iluminó sin fuerza la humedad verdiando de las losetas del suelo de la plaza. Arrancó la orquesta la furgoneta blanca que decía: SONORA HERMIGUA, EL SONIDO GOMERO QUE TE ENCANTA, y se llevó Cathaysa las manos a la boca de temor. Los chicos de Radio Suso empezaron a enrollar a toda velocidad los cables del equipo de sonido, como mangueras de huerta, escopetiados, pa trasponer cada uno pa su casa lo antes posible. Un escorrozo de mil demonios se desprendió del cielo. Quedó la plaza a solas frente al mundo. ¡Trum!, cayó un rayo como mandado a pedir que resonó en los muros de la ermita, y una brisa azorada corrió en remolinos rápidos y cortos empujando una de las dos puertas de la iglesia y la dejó toda abierta de par en par, esprendiendo el altar todo el resplandor del manto de la Virgen del Socorro. Sintió Cathaysa ganas de llorar, ahora sí se le habían estropeado el cumpleaños y la fiesta. Le dieron ganitas de chillar: ¡por favor, no se lleven la musiquita!, ¡que la pelea horita se acaba!, ¡que eso es puro cuento y más nada! Atrás del trueno, pin, cayeron, pin, en dómino, pin, tres gotas gruesas como parchitas sobre de la cabeza de Cathaysa, y atrás de las tres gotas gruesas, una hilera de gotas que rápido se convirtió en lluvia, y la lluvia en palo de agua.



Aquel escorrozo de lluvia fue como un aviso, un chiflido, un vámolos que los vamos: se desbandaron los pibes de las cantinas y

Los Caleteros, y pegaron a mandarse una encendida de puños y trompadas de las buenas, de las de antes, sin reglas ningunas, solo la regla de Dios, que es la regla de quien tenga el puño más grande y empurre la trompada más pal fondo. Se metieron los viejos de la comisión por haberle faltado al respeto a la lucha canaria y pegaron a mandarse trompadas entre ellos mismos sobre la arena Milán, porque el vino viejo los dejaba confundidos. Se metió hasta la madre de El Churrero. Se metió hasta el caletero de los huesos rotos, que pegó a dar palos con las muletas mismas. Se metió hasta el borracho bailarín que bailaba la musiquita que no existía, hasta Manolito El Sucio, hasta los dueños de El Último Chance y los clientes. Se metieron hasta las mujeres nuevas y las de los hombres de la comisión. Se mandó a llover sin ton ni son arriba del terrero inventado, tan en barranquera que no se veían los unos con los otros, y de la arena mojada de la plaza empezó a salir una peste a sacos de papas meados por los ratones, + d kince pibes a la trompada limpia y zumba y dali, una surumba de las grandes y,, dali dali,,mas de kince pibes a la trompada limpia y el sudor.las.babas... los chingazos de sangraza a presión...un mochazo por el centro la espalda, eso eran las patadas por abajo el payo el higo piko que estaba de lengüín con las manos todas machukadas ,, el churrero celoso kathaysa k te crees la gran hermosurai y eres nmas k un kuero vivoi tremendaii jediondaiii el higo piko kon los ojos amarillos guisado todo de la rabia por lo k acababa de decir el churrero,, un chiko de los ventorrillos arrastrándose pol los suelos como una lisa k no podía 000 respirar que no 000 puedo hermano 00000 k no hermano k 0 0 0 me agarró un golpe duro d los malos ya las viejas no estaban tan privaditas mi niña viendo la sangre haciendo bombitas ,,, en la punta de los labios po,,popi como agüita con gas en un vaso te mando un machetazo cabrón k t kito la fantasmada iiii el churrero emputado agárrame compadre,,,,,,agárrame socio,,,,,,, agárrame pork hoy lo matoiii a ese tremendo kabrón y a esa puta ...,,,,,dddd,s,,,s hij de la puta tu madre ke ers mas puta k las gallinas la puta de dios pasa co000ompadre pasa no le busques la vuelta un chiko de los ventorrillos,, k eso daba hasta pena y tristezzzza k estaba de arena milán que no podía kkon más k parecía

que le habían estregado la kara una huerta coles la madre del churrero llorando,,, la cathy llorando..... la chaxi ¿..,,,, llorando la macha secándole las lágrimas a la kathy un chiko que eso era más sanano el pobre que el karajo llorando !!! alcanzando también por dir a separar a los chikos sos estropajentos sa penquería sa maifa sus,,, sus ,,sus ,,,,muchacha k diantres de revoltillo!!!!=F==¿03 fue este k se formó aka rriba en en un momento muchacha el higo piko las chikitas d chikitas d patadas voladoras bimba los pepinazos pal aire!!:: de k eso parecía chakichan pa la hostia niño te meto un kate primo hermano niño todo eschavetado pooo hermano k primo k ya si es la fin pa la hosti 000---a kon lo negro de los ojos k eso iba a kitarle la vida al churrero que te kito la vida hermano que te la kito k yo estoy loko!!!!!! hermano que yo te reviento akí mismo que vayas brinki brinki como una alpispa k vayas loko!!Dsadsfhgfwuherituhureig mandando a pidir la corona flores te toy diciendo k vayas buscando sitio pa celebrar el intierro hermano el estalaje montado los bankos virados komo sanantones patasarriba !!.,.., el kaldero del kaldo dela comisión botado por el piso algunos pibes de los ventorrillos yendo arrastrados a cerrar las xapas ,,, de las kantinas kontando los dinerolos koches dela policía en primera por la kuesta la plaza asustados que se kagaban por las patas pabajo cada vez k pasaba algo en ese barrio del demonio k me mires !!! . .. hermano k te estoy, diciendo k vengas,,, y me lo digas a la kara hermano la lengua trinkillada el aire pasando por el viro de los labios como un flis de las moscas fueron , , , , kaendo uno a u,,no todos los pibes akabados. a . tierra y terminaron de nuevo los dos solos,,,,,,,,,, solos ,,,,,,,,,,el higo piko,,,,,,,, y, el,,,,,,,, churrero!!!!¿¿iiiiiii enfrentados pisando ya las cabezas de los. demás. chicos. sinimportar que les doliera pork no les iba a doler de la anestesia kk traían arriba del kuerpo todos akellos pibes y hombres borrachos tirados en el piso enfanguillado de la plaza botados como auténticas colillas y zapatiando.....1.1..... de dolor sin poder meniarse solokedaban las viejas 000y el presidente000 y las chica0s observando a akellos dos últimos chikos k todaví..... ... se.. mantenían sobre las dos patas pork el envenenamiento de la sangre eraiiiiiiii mayor k el cansancio^{ooooooo} kathaysa. asustada

kathaysa... atemorizada por ves primera de k el higo piko matara al churro pork andaba el churrero todo reventado que kasi no podía ponerse parado sobre los dos. pies y sería lo k sería pero había aprendido katahysa a no kerer k el churro se muriera pork era sangre y de la sangre no se juyye la sangre jala o eso decía el padre y el churro intentó colocarse como pa una pardelera de majadero con la lucha canaria entodavía kathaysa ya gritando paren por dios paren por dios y la virgen y lo k más kieran de rodillas kathaysa de rodillas por favor por lo k masss kieran pork de repente la kulpa le vino y ahora no había arreglo pork k el higo pico k andaba encendido parriba tenía una resistencia k el churro no tenía pork el churrero tenía maña el churro tenía jeito pero resistencia no tenía ninguna y el higo piko todavía brinki-brinki moviendo la barbilla de un lado al otro abriendo cerrando los párpados y el churrrero ya aguantçándose sobre dos patas pork dios es grande y parece k fue sentenciado pork akello llegó sin aviso ninguno y fue la trompada komo una bolsa cemento tan fuerte pepinazo k las viejas y las mujeres y las chikillas kerdaron AH con la boka abierta y se llevaron la mano al pecho de una sola sentada y se quedó todo el mundo calladito calladito toda la gente más trankilita k el carajo k eso parecía la misa del domingo sus tan coordinadita la gente k parecía que se habían puesto de akuerdo en kallarse del mismo viaje y no entendió kathy el significado verdadero de lo k estaba pasando hasta k vio akellos dientes manchados volando pol los aires en bandada, como pájaros chivís de atardecida, volando los dientes por el aire de la plaza hasta caer en el piso enfanguillado como aposándose un poco más por allá del cuerpo tendido en el suelo que los había perdido, los dientes, y comprendió Cathaysa, al verle los ojos al chico que estaba tendido con el payo al aire en el suelo, que era El Higo Pico y no El Churrero quien había salido escaldado de la pelea.

Babas, dientes ausentes y partidos. Se atemorizó Cathaysa de verle aquella boca toda llena de sangre. La lluvia seguía tapándolo todo, como un manto. Se detuvieron un segundo los demás pibes al ver a El Higo Pico tendido barriga al aire. ¡Ay ay aaaaaay!, chilló El Churrero, ¡ya me desgracié la manita!, sacudiéndose los dedos de dolor, ¡ya me eschaciné los deditos!, y vino a recogerlo la madre,

llevándoselo de la plaza, rumbo al autobar. ¡¿Vistes, Cathaysita?!, chillaba El Churrero mientras se lo llevaban de la plaza, ¿vistes?, que el que reina en tu vida soy yo y más nadien. Se llevó Cathaysa las manos al cogote y respiró como a medias. Se sintió mariada de ver la sangre, los dientes de El Higo Pico expuestos en la arena como chocolatines, pero hasta con ganas de arrojarse arriba, no apartó los ojos del chico, que la miraba también a ella desde donde yacía reventado y se pasó la lengüita con un esfuerzo tan grande que casi se le parte. Se la pasó por el sudor del bigote, aquel sudor como collar de perlas roto, con esmero, como si tuviera algún sentido limpiarse el sudor teniendo aquel chorro de sangre a presión abierto en la boca. Por un rato bueno, parecía que nadie iba a hacer nada nunca por frenar aquel zaperoco. Por eso aprovecharon El Higo Pico y Cathaysa para seguir mirándose fijo debajo de la lluvia espesa. Tan fijo que al pibe se le quedaron los ojos como una mina por dentro, como si todos los ojos se hubiesen juntado en el mismo ojo. A lo mejor aquel momento duró apenitas unos segundos, pero pareció días enteros y, sin darse cuenta, ya llegó El Presidente junto con par de compadritos a socorrer al caletero. Entre varios hombres lo levantaron del piso. Lo arrimaron a una esquina de la plaza. Lo sentaron en un banco, y El Presidente empezó a taponarle el sangrerío con un paño viejo y manchurriado del mojo de la carne fiesta. Cathaysa era la vergüenza que se moría. Le parecía como si lo estuviera viendo quitarse la ropa alante de la gente. Se recordó ella de la afrenta que la hacía pasar a veces la madre cuando decidía meterle un moquetazo en público. No era muy amiga Engracia de mostrarle los problemas a la gente, pero, en cuestión de rebencazos, no le importaba sacarle la sangre de las narices en la calle.

El Higo Pico echó la cabeza contra el espaldar del banco, empujado por el paño de El Presidente. No le paraba el reguero de sangre, pero con el ojo derecho aún seguía observando a Cathaysa. En medio del círculo vacío de gente, lleno de pibes reventados, ahora amontonados como papas cavadas y entongadas en medio del surco, espejiaban aquellos dientes grises y brillantes como plomos de pesca. Dio un paso hacia delante, Cathaysa. Sonrió El Higo Pico al verla, sonrió como alucinado, con aquella nueva sonrisa sin

dientes, con la ceja agachada por el peso de la herida. La intentaron frenar, La Macha y Chaxiraxi, reteniéndola por los brazos. Cathaysa, la rebeldía. Avanzó con los ojos cerrados debajo de las cascadas de lluvia. Así, sin ver, como una sonámbula sin tino, movida por un sentimiento extraño que la jalaba desde el centro del chocho, una fuerza única, una vara caliente que la traspasaba de canto a canto. ¡María Cathaysa!, dijo La Macha cuando vio que se le escapaba de las manos, después vas a volver los lloros.

Se escucharon susurros de espanto, risas de mujeres como matas de millo que danzaban, rozándose las unas con las otras. ¡Ay, mi maaadre!, ¿qué está jaciendo la loca el diablo esa?, ¡suelta eso muchacha, que eso es pecado y Dios lo sabe! Estaba Cathaysa agachada sobre el reguero de sangre, alongada arriba de los dientes ensangrentados. Todo era lejano e invisible. Solo existía el ojo derecho de El Higo Pico, verde y floriado como el cuello de un verdino, que la seguía observando. Ajuntó los dientes, uno a uno, con los dedos, y se los fue guardando en el bolsillo de la falda negra. Sintió los picos, cómo le perforaban la piel de los muslos a través del forro de tela. Se imaginó que se les alargaban las raíces hasta prendérsele dentro de la carne de los muslos. ¡Truuum!, se abrió el cielo en un relámpago que dibujó un camino agrietado de luz violada y amarilla. A lo lejos, los relinchos de una yegua. Una coruja azorada que cruzó la plaza y terminó aposándose en el techo de la ermita. Se presinaron las viejas por la frente, sobre todo, y por la barbilla. ¡Cruz, perro maldito!, dijeron, y se taparon las cabezas con los rebecos. El Presidente se metió entre las viejas para protegerse del agua. Vieron correr barranqueras cargadas de penillo del monte. ¡Cruz!, mira cómo corren las lágrimas de la Virgen por la carretera, dijo una vieja aforrada, esto es por no celebrale la fiesta como ella merita. El Presidente y las viejas se dieron la vuelta despacio, con un temor antiguo. Se viraron con un miedo de aquellos que lo protegen a uno de males que desconoce, pero que de alguna forma conoce, porque son males anteriores al nacimiento de uno y al nacimiento que Dios le dio de la tierra. Se fijaron en el manto azul oscuro con labraditos dorados de la Virgen del Socorro. Lo recorrieron fisquito a fisquito hasta encontrarle la cara pálida de pureza, enferma, blanca

como las cartas. Sobre los cachetes rosados encontraron unas pequeñas gotas. Ya la iglesia tiene goteras otra vuelta, dijo una de las viejas dándole palmaditas en el hombro a El Presidente, hay que dicile al cura de aquellar las tejas. Cállate, Heliodora, le dijo otra de las vecinas, ¿no te das de cuenta que son lágrimas de angustia? Se remacharon patrás del temor tan grande. ¡Sus!, alguna cosa habremos hecho, siguió aquella vieja agorera, que era entendida de rezados, que está la Virgen afligida. La Virgen no llora por cualquier cosa, mi niña, no es como uno que por todo se queja. Las lágrimas caían ahora en chorro limpio por la cara de La Virgen. Igualito que en los tiempos de la fánfana, dispués de la guerra, ¿se recuerda, don Presidente?, le dijo la vieja jalándolo por el brazo, ¿se recuerda usted un fisco chico, cuando dicen que la Virgen lloró porque se le jizo una afrenta tan grande que se anegaron las cosechas? Sus, mujer, dijo El Presidente, tragando un nudo como una pelota de gofio, no me diga usté eso. Yo no invento nada, se cabrió la vieja, abriendo los brazos por fuera del volado de la iglesia, dejando que la lluvia le cayera en las palmas de las manos, yo no soy de porfiar, pero, mis, que me caiga aquí mismito muerta, que yo no invento nada, aquella plaga pegó con esta lluvia igualita. Sí, se sumó otra doña con el pelo metido en un pañuelo negro, recogido en un moño bajo, en la época aquella salieron tongas y tongas de bichos carreteros, estaba todo lleno hasta los topes, mis, dijo llevándose los dedos cruzados a la boca en señal de juro, fos, escupió en el piso del ascua, ¡y la apeste que dan esos bichos del diablo! Muchacha, y yo me recordé ahora: hace tres días el Teide tenía un sombrero, seguían presinándose todas, ¡ay, Coralia!, ay, Dios mío, y no solo el sombrero, jace también tres días vino el afilador de tijeras con la amoto, pirurirruri, pirurirruri, cantaba, y salí yo pa defuera presinándome como me enseñó mi madre porque dice que el afilador trae desgracias, y de verme ansina asustada me dijo aquel hombre: señora, ¿usté se piensa que uno es el Diablo?, y a mí lo que me dio por contestale fue que solo al Diablo se le ocurriría preguntar esa cosa.

¡Ahora le maman el mono a Carmitas!, chilló El Presidente sacudiendo el paño manchurriado de mojo y sangre. Las viejas, sus

sus sus, reaccionaron asustadas de ver a El Presidente diciendo tal cosa alante de la Virgen. Ahora está más bonito ansina, miren parai, siguió aquel hombre mirando con desprecio el suelo enfangado y lleno de chiquillos amontonados. Se viró para comprobar que, efectivamente, la Virgen seguía llorando a chorro limpio. Las viejas, atemorizadas, sacaron los rosarios y empezaron a rezar el avemaría. Todo lo hacía El Presidente por la Virgencita del Socorro. Todo por la Virgencita del Socorro y también, cómo no, compadre, socio del alma, por la jartada y el vicio y por la mamadera, que jacer una fiesta no es asoplar y hacer botellas, que aquellar una fiestita riquiría de trabajo y andar pidiendo dineritos por las puertas, subiendo por aquellas empinaderas con la lengua botada acá abajo. Además, ya no había vuelta de hoja; quien mamó mamó y quien no mamó, que se joda, porque ya se habían espalillado él y los compadres la mitad del dinero en comidas de guachinches y vino nuevo y, ¿por qué no?, en cemento y bloques y panda y arena Milán y material en general para aquellar los salones de las partes bajas de las casas y las pareditas que necesitaban un ajeitamiento y, ¿por qué no?, en motores de arar de los más nuevitos y en cañas de pescar y hasta en escopetas, y no iban a dir a devolvelo ahora todo, noooo, compadrito del alma, ¡no!, más que nada porque no podían, porque ya se lo habían gastado todo y ya estaba temiendo él la cabriadura de Dios y de El Diablo y hasta de las brujas del monte. Había aprendido El Presidente desde chico que de cualquier cosa Dios le formaba una fajuela a uno, y ese año había bastantes problemas dentro de las intimidades de las casas del barrio, y ahora en la plaza, a la vista de todo el mundo. Problemas más que suficientes para que alguien o algo les mandara una plaga, y de las grandes, maestro, así que tuvo la intuición, el presentimiento nada equivocado, de que les iba a tocar un año entero sin ver la luz del sol. ¡Mu! ¡Cha! ¡Cho!, y parece que fue sentenciado, porque a partir de ese preciso pensamiento la lluvia se hizo más espesa y los bichos carreteros empezaron a nacer de los bujeritos de la plaza igualitos que coles de orilla.

Siguió pareja, la lluvia. Ahora un fisquito más lenta. Pegaron a bailar los mirlos arriba de los muros de la plaza, empinados como

gavilanes, cayéndoles la lluvia arriba. Los mirlos, que no salían de noche, estaban entonces afuera: observándolo todo, contentos, porque la lluvia, a los mirlos, les encanta.

La vio prendiendo velones arriba del poyo de la cocina. Le gustaban a La Alemana las brujerías, como a El Tiznado, pero era ella más de la naturaleza y los poderes del monte, de músicas de jipis jarrapentos, del perrerío abandonado lleno de pulgas y miseria. Creía en las energías, La Alemana, que eran como corrientes de aire que iban por el mundo, así se las imaginaba, y lo relacionaba él con aquello de que uno se tapa la boca antes de salir por la puerta para evitar los correntazos. Atravesó por alante de la casa un podenco canario canelito, como la madera. Tenía una curia de perros, La Alemana, y de gatos, todos recogidos de los caminos, y hasta de erizos y perenquenes, que todo se lo cagaletiaban. Muchos de los perros eran de cacería, pero no los ponía a cazar. Les espichaba una jartada de friskis por el gañote pabajo, que comían aquellos perros que daba temor de verlos, que solo les faltaba pedir un fonil pa que se les metiera la comida a presión. Se ponían aquellos perros como mulos que ya no les interesaba ni fisco eso de andar lagartiando ni atrás de conejos ningunos. Alzó las manos La Alemana y garró resuello, después asopló dejando caer los brazos. Lo hizo par de veces seguidas. El Tiznado se acomodó un poco más al filo del monte hasta alcanzar a verla con más claridad: tenía un blusón medio transparente que se le veían las tetas completas todas, y se le puso a El Tiznado la boquita aguachenta igualito que si le hubiesen colocado un plato de carne arreglada alante de los ojos. Terminó La Alemana de resollar de aquella manera y alargó los dedos para jalar por un vaso. Le estaba mandando al trinqui, la muy cabrona, con una buena tonga de botellas de vino que tenía arrimadas sobre del poyo. Empinaba el codo que daba gusto, muchacho, cantando aquellas alegaderas, *majubala majumbala*, aquellas historias de poner la mente vacía. Había aprendido El Tiznado que había gente

que podía alevantarse por los aires no teniendo pensamiento alguno. Los había visto por la tele, los budistas, les decían, y parecía bastante importante lo que hacían aquellas personas calvas. Alguna vez lo había intentado aquellar, lo de mantener la mente en blanco, pero los pensamientos en la cabeza de él iban como a doscientos por hora amontados en amotos. No pierde el tiempo la cabeza de uno, compadre, pensó El Tiznado. Podía tener hasta tres y cuatro conversaciones distintas de una sola sentada. A veces, incluso, los alegatos de la mente iban conjuntados con una canción de fondo, como en las películas de la tele; en aquel momento, *Caballo viejo*, de Simón Díaz. Se fijó otra vuelta El Tiznado en La Alemana. Llevaba colgado al cogote el collar de madera que tenía puesto cuando la conoció. Justo en aquella época, cuando le preguntó a cuenta del collar, le dijo que ella era budista, y ya automático le vinieron a El Tiznado al pensamiento aquellos hombres voladores. Le gustó bastante, lo de que supiera ella cómo aquellar para volar también por los aires.

Justo en los años aquellos había dejado El Tiznado de ir a los Alcohólicos Anónimos y estaba Engracia de majadera que andaba él otra vuelta dado a la bebida. Eso lo cabriaba, porque era cierto que andaba echándose una cuartita de vino de cuando en cuando con los compadres, pero no era el aquello de la bebedera de más años atrás, no, no era aquel vicio; lo tenía dominado él, el vicio malo, hasta que conoció a La Alemana. Sabía él bien lo que estaba jaciendo y no soportaba que lo andaran mangoniando como a un chico menudo. El día que conoció a La Alemana, se había mandado antes de subir a la casa unos cuantos vasitos de vino volviendo del Sur de buscar chatarra por esos mundos. Entró por la puerta con ganas de salir con la misma, derechito pal baile a echarse unos bailitos con las mujeres guapas. Era el cumpleaños de Cathaysita, y ya había salido la chiquilla pa la plaza con las amigas de ella. Podría haber salido él como si nada por la puerta de la casa, pero, ¿y no

tuvieron tremenda trifulca a cuenta de la bobería de que El Tiznado quería trasponer pal baile? Pegó Engracia los chillidos que si había empezado él a beber otra vuelta, que si ni se le ocurriera trasponer pafuera, que si trasponía pal baile con toda aquella manada de borrachos jediondos no volvía a entrar por la puerta la casa, que era él un borracho sucio maleducado desagradecido. Aquello fue los peleos que terminaron hasta mandándose machacazos por la cabeza. Menos mal que no estaba Cathaysita, la pobre, porque si no se dañaba toda. Al final de cuentas, arrancó El Tiznado por allí pabajo y se fue derechito al baile. Derechito, o más bien cambado, porque ya le estaban haciendo efecto las cuartitas de vino. Namás llegar, la vio las bailaderas. Meniándose toda descoordinada, como bailaban las alemanas, que eso no estaban arregostadas al merengue. Aquello no tenía vergüenza ninguna: vengui dale que te pego empurrándose la botella de vino por las bembas. La gente era meada de la risa, que aquello tenía un aguante que ni los garrafones: bebía garimbas, vino de garrafa, de botella y de cartón y todo lo que se le pusiera por delante. Mientras andaba como la loquinaria, estaban todos los perros de ella sentaditos en una esquina al lado de la ermita, más tranquilitos que el carajo, sentaditos que daba gusto. Se quedó asustado él de que aquella mujer machanguera le hubiese enseñado a toda aquella manada de cazadores y satos a sentarse tan empinaditos, tan calladitos de aquella forma. Todas las mujeres del barrio tapándose la boca, presinándose, porque se le salían los pechos todos de la blusa. No usaba sostenes, La Alemana. Envidia, envidia cochina. Pensaba él que todas quisieran tener las patas y el pelo y la altura de La Alemana, pero la ponían de cuero parriba, y eso bien le gustaba a él: un cuerillo alemán alcoholizado. Se dio cuenta que no había macho que se le arrimara al diablo de mujer aquella. La manera en que estaba bailando, dando aquellos brincos que no pegaban con la música, era un peligro, compadre; les podía espetar un estampido y despegarlos del piso. Eso parecía un perro asalvajado, jíbaro, ¿eso?, eso le encantó namás la vio los brincos por la plaza, bien le gustaba a él una que le amargara la vida. A mí me gustan las fieritas, compadre, pensó El Tiznado, mandándose las cuartas de vino de dos

en dos en los ventorrillos de la parte trasera, no me arrimo a una buena, compadre, a uno le gustan eschavetadas, que lo lleven a uno por el mal camino, que lo entretengan a uno un fisco, que le den a uno cuero y encendidas, que si no ¿pa qué está uno en el mundo, socio?, ¿pa qué está uno? ¡Sus!, aquellas carnes, aquella centura, muchacho, sus sus sus, cosa bonita, mira parai, les decía a los otros hombres que, como él, más que apoyados estaban agarrados de las chapas de los ventorrillos como si vivieran a punto de caerse por un barranco. Se fue empitonando y se cogió una tranca de las malas, de aquellas que lo hacían majadero, de aquellas que lo dejaban afrentado al día siguiente de todas las cosas que había largado por la boquita aquella, que vete tú a saber las cosas que les habría contado a todos aquellos hombres de Dios. Pegó a bailar por la cuenta de él, El Tiznado. La Alemana sin ponerle asunto alguno. Con el baili-baili, se acercó sin querer a los perros empinados, y de los espavientos, el perro más chico se asustó y le mandó un chascazo en las canillas. Aunque pegó a salirle la sangre, ni el dolor fue tan doloroso para El Tiznado, no supo si por la alcoholizada o por las ganas tan grandes de acercarse a la hembra aquella. No había mayor aspirina que la contentura, compadre. Aquella noche acabó El Tiznado dándole al fuelle con una mujer grande como una gandola, con la pierna toda infectada que al día siguiente tuvieron que ingresarlo, y otra vuelta la majadera de Engracia, la peliadera y los chillidos. Fuarte mujer aquella, compadre, se acordó El Tiznado, en la vida ha prebado yo mujer del estilo. Eso fue tocarla y volverse uno loco eschavetado desde el primer momento. ¿Dispués?, dispués, una auténtica jarrapería: le aquelló uno el cáncamo y le dimos al fuelle apenititas una vez más cagada, la malagradecida, y ya no quiso más fuelle ninguno, por más que uno insistía y regalos iban y venían y ramos de nardos y vueltas y viras e historias. No quiso más fuelle ninguno, la muy penco; no le echó uno más ningún piche, y se quedó uno más solo que la una, años y años atrás del diablo malo. Mira parai, se dijo El Tiznado con los ojos ya completos aguados, mujer más esperdiciada, no poder uno hacerle estregamientos por las patas, no poder uno echarle un bolichazo como marca la ley. La vio soltar la botella sobre del poyo de la cocina y traspuso, La

Alemana. Se marchó de la cocina dejando los velones a todo dar, que aquello parecía la ofrenda a la Virgen.

Salió El Tiznado de atrás del tronco de pino en el que estaba azocado. Llegó a la altura de la casa con la guitarra pegada al pecho, se colgó del marco de la ventana y admiró el volado de tejas con verodes que él mismo había ajeitado. Sus, qué bien aquelladitas me quedaron las tejas, se dijo en voz muy bajita, muchacho, de verdad que uno es bueno pa todo. Le entró un picor duro en la espalda. Se pegó a la pared y se puso a rascarse como los burros contra el encalado. ¿Quién le va a venir a dicir a uno que no se arrime a esta casa?, se dijo, sintiendo la presión de la pared en el cuero quemado, si la casa esta es media de uno, si las paredes estas lo han visto a uno enamoriscado, compartiendo lo más bonito que puede dale uno a una mujer en vida. Ni leyes ni órdenes ni leche cacharro, no había nada más grande que aquella fogalera en la barriga metida. No, maestro, por la Virgen santa, que esto que uno carga aquí en el pecho es igualito que un incendio en el monte, que hay que apagalo antes de que se meta la ventolera. Arrimó el jocico al cristal de la cocina. Lo atacó la imagen de aquel día en que se encontró a La Alemana con el querindango. Aquello le subió un nervio que le rejirvió la sangre, que le retrincó los pelos, que le dio cuatro sacudiazos de pecho parriba y pabajo que lo dejaron escaldadito al pobre. La rabia se lo comía. Los recuerdos de aquel hombre amasucándole las mandingas y las nalgas, sopetiándole las carnes y las pieles, todo aquello a un tiempo, todo aquello mientras el querindango se estregaba la pinga, se jalaba el pellejo del tanganillo alante de la gran mujer de la vida de El Tiznado, que era solo de él, o que creía que era solo de él, pero que por lo visto era un cuero auténtico, un cuero vivo, la gran puta, la mismísima jedionda. Recordó cómo aquel día la vista se le nubló completa, cómo el cielo parecía que se le estaba cayendo arriba de ver lo que estaba viendo con aquellos dos ojos oscuros: los relajos, la sopetiadera, la

jediondada, fos, que se le metieron unas provocaciones, que estuvo a punto de caerse esvanecido en el suelo. La Alemana tenía un querindango. Aunque, mirándolo de otra forma, también él era un querindango de La Alemana. ¡No!, pensó, lo que uno siente por La Alemana es otra historia aparte, maestro. Se le bajó la persiana, a El Tiznado, y pegó que si hoy acabo con tu vida, hijo de la gran puta, y que si me cago en Dios y en la puta de Dios y en la cafetera de la Virgen María, hoy te saco las tripas por la boca, que ya no respondo de mí, compadre, que ya uno no es persona ni es nada; uno es un burro, un animal completo, mis, un perro, mis, besándose los dedos en señal de juro, un animal vestido. Había llegado El Tiznado de los Sures de buscar chatarra y le traía un ramito de nardos olorosos que había encontrado en las huertas de por los viros de la carretera de La Cumbre. Los botó al suelo y los escachó con las lonas. Se espichó la mano al bolsillo. Sacó la navaja que había encontrado en los mundos de la chatarra. Entró a la casa por la puerta delantera, porque después de las confianzas que se habían gastado, era lo que había que hacer: entrar por la puerta de alante. Se paró enfrente. Primero la observó: La Alemana con la lengua botada acá abajo, los ojos virados patrás, como si tuviera el mismo Demonio dentro. Privada, revolviéndose arriba del colchón como una lombriz de tierra, igualito que cuando El Tiznado se bajó los pantalones aquella primera vez y se le desdobló la chiquita de tranca que Dios le había colgado de la centura y a La Alemana se le quedó la boca así, abierta, desencajada. Se estaba dando el gusto, la gran puta. El corazón se le espedazó en mil fiscos, a El Tiznado, se le reventó contra las paredes de la casa, se le reventó de una mala manera, pero nadie pudo ver el encachazamiento de sangre y tripas.

Miró al cielo. Sintió un ahogo a la altura del gañote y tragó nudos como un condenado. Separó el jocico de la ventana. Los pinos temblaban desde la base hasta la altura de las piñas en la oscuridad cerrada de la noche. Se acordó del amarre de amor. Un frío, como de hielo y cosas muertas, le metió un chiflido en los oídos, igualito que el chiflido de un cazador al que se le mandó a mudar un perro. Se reflejó sin querer en la ventana de la cocina. Le costó reconocerse. La brujenta que lo había atendido decía que en ningún

caso había que usar el amarre para manejar la existencia de otra persona, que solo era una forma de hacer más fuerte una semilla de amor que ya existiera. Se le metió el miedo en la boca del estómago. De lejos no se distinguía los rasgos, pero se parecía completo con una persona eschavetada. Por fuera, por dentro: los ojos como chernes, la cabeza llena de palabras. Sentía que, desde el día en que había visto a aquel hombre estregarse el pizpierno alante de La Alemana, se le había ido el baifo. No podía volver en sí mismo. Desde aquel día, pensó, o desde vete tú a saber cuándo. A lo mejor ya se le había ido de antes, desde tan antes que no se recordaba. Capaz había nacido con el baifo traspuesto, nunca se sabe. Un enyugue. Un ahogo se le atravesó a la altura del gañote como una espina de pescado mal tragada. No había miga, pan, miga de pan que arrastrara aquella miseria, y tragó nudos como un condenado. No quería, pero todavía los celos se lo comían por las patas.

Caminó entre los pinos. Esta vez fue a parar derechito a la parte trasera de la casa. Ya no se veía tan confiado de entrar por la parte de alante, no fuera a ser. Monte tupido, una brumacera como de lluvia. Ya viene enfrentándose, dijo mirando los nubarrones negros que avanzaban contra él. Conocía el monte como si lo hubiesen jallado debajo del penillo como un tortullo blanco. Venía de una familia crecida toda dentro del monte, escalzos todos en las carboneras, clavándose el penillo, cogiendo tagasastes pa los conejos con la sola luz de la luna en aquellos andenes. ¿La luz de la luna?, sí, compadre: la luna lunita que aquella noche alumbraba como una farola del mar. Se sabía El Tiznado todas las historias de miedos, todos los miedos, las brujas, las ánimas, todas aquellas cosas que atemorizaban. Se recordaba todo de cuando chico, que se había aprendido los cuentos que echaban los viejos en las noches de parrandera. Saberse los cuentos lo hacía sentirse protegido ante los males, estaba él más preparado que otras personas que no habían puesto tanto asunto a las historias aquellas. También es verdad, pensó El Tiznado, que por más que uno se sepa las historias, los espíritus llegan de aquella manera y no dan tiempo de aprepararse y lo traspasan a uno de banda a banda sin poder defenderse ni fisco. Lo había vivido él en sus propias uñas. Chicos menudos con los que

él jugaba a la pelota se volvían grandes y de la noche a la mañana los vías de aquella manera: eschavetados todos, alevantándose a las cuatro de la mañana a dar palos entro el monte a las gentes invisibles que venían a robarles los órganos.

Se acercó a la puerta trasera y fue a abrir el fechillo, pero no pudo. La peste a los meados y las cagadas en los alrededores le penetró los pensamientos. Le entraban unas provocaciones a El Tiznado cada vez que llegaba a aquella casa de amanecida para hacerle el cáncamo de las tejas... Animal que vía, animal que ajuntaba, aquella alemana del diablo. Estaban los cazos de los animales vacíos, todos llenos de bichos carreteros hasta los topes. En una casa con animales, Dios sentencia, les dijo a los gatos como anestesiado. Estaban flacos flacos, como espichos, y: mauuuuuu, chillaban que parecía que tenían trabilla con el maumau. En una casa con animales, Dios sentencia, siguió que parecía que la voz de la madre se le había apoderado del cuerpo. Tenían más hambre que san Pascasio, y pegaron a rajuñarle las piernas y a colgársele de los pantalones, llori-llori a todo dar. Shhh, cáááállense, malcriados, cállense por Dios bendito. La enfermedad que Dios te va a dar, siguió hablando con los gatos colgados ya de la centura, el mal, las brujerías, todo, los animales avisan de lo malo, y le vino el pensamiento de repente de que en la casa estaban desprotegidos completos. Ya no quedaban conejos ni cabras porque los habían matado las enfermedades. Ya no quedaban ni perros ni gatos porque los había matado el veneno. Solo gallinas y quícaras esplumadas que Engracia las tenía completamente controladas, tan hechitas a la mano de ella que eso no se parecían con gallinas ningunas, sino con personas, con personas malpensadas. Desde que Cathaysita había nacido, Engracia se había vuelto mala mala como el hambre, y cualquier fisco gato que aparecía casualmente la espichaba, envenenado, reventado contra las conejeras con las tripas por fuera. Decía Engracia que era cosa de la niña, que tenía fuerza de vista y que se la pasaba señalándole las calabaceras y malográndoselas, haciéndole mal de ojo a las matas del patio, a los animales, pero sabía El Tiznado que era la misma Engracia la que los envenenaba con veneno de los lagartos.

Ya con los gatos arriba de la cabeza, abrió El Tiznado el fechillo sacudiéndoselos como pudo, que salieron volando por los aires. Virgen santísima, susurró El Tiznado al abrir la puerta, esta mujer tiene la casa jediendo a varraqueras. Estaba todo virado de patas, como un completo estalaje. Aquello estaba de mierda y de polvo que no podía con más. Había más mierda que en los palos de un gallinero, pero siempre con un olor a incienso quemado arriba. Las alemanas son unas gandulas, se dijo El Tiznado, las estraneras son ansina, medias dejadas, medias chafalmejas pa aquellar las cosas de la casa y los maridos. Ja, se rio, La Alemana mierda se piensa que lo va a chotiar a uno, pero no. Se fijó en las paredes, todas llenas de arretrancos. Algo tenían en común El Tiznado y La Alemana: el vicio de la juntadera de basura. Ella también llenaba las paredes hasta los topes de machangos, cuadros, jarrapenterías en tongas. La única diferencia era que La Alemana era más rica que el diablo, pero se hacía como de que era pobre. El Tiznado no tenía un durito desde que Dios le había dado memoria, andaba siempre escachado completo. Era más el dinero que debía que el que cargaba en el bolsillo, siempre. Era rica, La Alemana, pero le encantaba vestirse con ropas encontradas y abujeriadas. Bien le gustaba a El Tiznado el estilito de ella. Adonde quía que fuera iba en cholas, hiciera lluvia, sol o viento. A ella le gustaban las jarraperías por gusto, y a El Tiznado le gustaban las jarraperías por necesidad, pero ya no sabía él vivir sin ir investigando las basuras, ya no sabía sino ajuntar basura de la chatarra en cada esquina. Era chatarrero de corazón, El Tiznado, de alma y de pensamiento. La chatarra, los cáncamos, como el de La Alemana, y alguna otra cosita que iba saliendo pa ganarse las cuatro perritas, pero, sí, maestro, el verdadero gusto de él era ajuntar los cables y pelarlos, el olor de las bujías, la peste del soplete, los plomos guisados, la grasa negra metida por siempre por debajo de las uñas, los dedos machucados a base de mandarria hasta dejarlos planos. Le gustaban esas cosas; no sabía bien por qué, pero le gustaban, ¿y La Alemana?, ¿eso?, eso era más mala pa pagar que el carajo. Eso era malita pa pagar, la cabrona, que se estaba con historias, y venga con el cuento y vuelta otra vuelta con el cuento, que si mí no recuerda si paga martes, cuando paga

Tiznado, sory yo te paga mañana que no estaba banco cuando yo pasa por pueblo, tiene que pedir banco dinero pueblo pa saca moni, mañana te da dinero, pero pensaba El Tiznado que si andaban de querindangos a lo mejor ella aflojaba un fisco billete.

Se acercó a los espiritismos de arriba del poyo, observó el baile de lisa de las velas prendidas. Estaba la loza toda sin fregar, toda entongada. Aprovechó El Tiznado la ocasión y se aflojó las dos medias botellas que quedaban sobre del poyo. Se fijó en el fisco reseco de borras que quedaba siempre en el fondo de la botella. Le entraron ganitas de llorar. No fuera uno una culebra pa meterse dentro, compadre, pa que tú vieras que no se esperdiciaba ni fisco. Se fijó en la cantidad tan grande de alcoholes diferentes, caros y baratos, que La Alemana tenía en los muebles de la cocina. Él no se arrimaba a ese tipo de licores, a ese tipo de historias, porque lo ponían malo malito que hasta tenían que llevarlo al médico. Él era un hombre de vino, como tiene que ser, ¿y aquella mujer?, ¿aquello?, aquello era muy mimosa con la comida, que dicía que no le gustaba andar comiendo fritangos. Se la pasaba chascando namás que puras hierbas, como las cabras, pero bien que luego le mandaba al trinqui que daba gusto, compadre. La Alemana era tremenda borracha, como él, tal para cual, por eso se querían tanto, pensó El Tiznado, por eso nos comprendemos de aquella manera.

Ya desde la entrada del cuarto le vio las verijas abiertas en flor, coloradas como los sarantontones. Le entraron unas calenturas, unas amarguras de boca, unas securas, ñas, muchacho, unos fuegos malos que le hacían perder la visión y la vida, los ojos y hasta la sangre. Caminó todo estartalado, caminó por decir algo, porque más bien se arrastró por los suelos, se arrastró como se arrastran los gatos recién nacidos, rente al piso, apoyándose en el payo, con las patas amasucadas, blandas, a punto de partirse. Jochí, jochí, jochí. Los ronquidos de aquella mujer eran igualitos que un motor de arar, que retumbaban las paredes de la casa completas. Tenía todas las tetas salidas por fuera del camisón de dormir. Teta que mano no cubre, pensó El Tiznado, y se miró la palma de la mano, y la cerró y la abrió como si tuviera dentro la teta colgandera de La Alemana, no es teta sino ubre, jajá, se rio pa los adentros. Cachorrona como Dios

manda, pensó abriendo la mano, y se vio dos tres cuatro manos diferentes al tiempo, sus sus sus, sí, que está uno perjudicado, socio; el vino ese estaba calentito, vino pirriaca malo de ese que le gusta a los estraneros. Se preguntó qué día era: ¿qué día semos hoy, Tiznado? Hoy semos sábado. Pasado, domingo. ¿Hoy es lunes?, pues mierda desayunes. ¿Hoy es martes?, pues de mierda te jartes. El lunes comes mierda, el martes comes mierda, el miércoles..., así decía la vieja mía cuando uno tenía hambre, y se quejaba: ma, tengo hambre, ma, y ella decía: no, hambre no, ganas de comer, pero uno pasaba hambre, amigo; uno las pasaba canutas, pero buscaba uno donde chascar, compadre, si no eran pencas tiernas, eran geranios o malvas de flor, si no eran pájaros, eran plumas tostadas de pájaros. Todo aquello nos lo enseñó la vieja nuestra, padescanse, la muy cabrona, cositas que de la afrenta uno se callaba en la calle, Dios la tenga en su gloria, pero ya quisieran muchos saber chascar tantas cosas distintas, así que gracias, madre del alma.

Volvió en él, El Tiznado, y se dio cuenta otra vuelta de que la persona que tenía alante de las narices era La Alemana. Aquello fue verla y arrimarse al viro del colchón, echarse en el piso como un perro enroscado y garrarle la muñeca con un cuidado que aquello parecía que le estaba garrando el cuello a un recién nacido. La Alemana, los ronquidos. Aquella mujer tendida sobre de la colcha como una sama. Era blanquiiiiita, blanquita como la leche, los pelos claritos como una mañana clariando, las manos blanquitas, las orejas blanquitas, el pecho blanquito, las piernas blanquitas, el chocho lo tenía blanquito, más blanquito que la pared blanca del patio. Blanquito y peludento. Al verla así, tendida sobre de la cama con una pata por fuera la manta, se puso malo. Tenía los pelos de las piernas largos y le dio un poco de ascuas. Los muslos grandes. Era muslona, más guapa que el carajo. Rubianca, hermosa, mujerona, sí, señor, viva la Virgen, me cago hasta en diez. La estuvo mirando dos, tres horas seguidas, esa belleza que venía de otro mundo y que lo tenía embobecido completo, ¿manipulado?, sí, como un machango que ni los actos ni las palabras le pertenecían. La Alemana lo eschavetaba, eso era que se le metía, chacho, una

presión en la punta del pecho. Eran años de pensar en ella desde que se alevantaba hasta la hora de acostarse. Al final uno se casa por casarse, pensó, porque en esta vida rara vez uno aquella lo que verdaderamente quisiera aquellar. Le había pasado siempre a El Tiznado de estar casado pero matraquillando la cabeza a cuenta de otra mujer. Ya cuando se casó estaba obsesionado con La Tortuga, una un poco más joven que él que siempre había vivido por abajo de la venta. El Tiznado había estado siempre en la pura putiadera, y se hizo viejo y medio calviando ya y todavía no había sentado cabeza, así que, en el primer baile que trancó en El Lomito Blanco, se le botó a la primera mujer que jalló en una esquina. Se casó tarde, El Tiznado, con una mujer ya casi vieja que resultó ser la prima segunda. Una mujer seca como un panasco por dentro y por fuera, que solo le iba a dar una niña, pero qué niña, compadre. Pensaba él a ratos que no se merecía una mujer que le gustara como Dios manda, que estaba condenado a tener a una mujer que odiaba, porque así Dios lo había dispuesto, pero pensaba también, El Tiznado, que Dios era amor y alegría, y que no había nada más alegre que enamoriscarse uno como cuando joven, que no había nada más alegre y contento que un pepe alemán bien maduro a punto de caerse de la mata. Solo tenía que entrar en veredita, La Alemana, y entender que era él y más ninguno, que no era más nadien que él. Se le quitó a El Tiznado el miedo de haberle hecho espiritismos. Es más, pensó, lo más seguro es que ella no necesitara ninguna brujentería porque estaba también aún enamoriscada. No habían sido espiritismos malos, no, sino buenos, porque él los había hecho con buena intención.

Avanzaron los minutos, las horas. Se dejó dormir, más contento que unas pascuas. Abrigado en los ronquidos de La Alemana. Se dejó dormir profundo, un descanso que hacía tiempo y tiempo que no sentía. Una paz del alma, capaz una paz que no había vivido antes nunca.

¡Praaaa!, ¡barreno y fuego!

Lo despertó tremendo pedo de La Alemana que retumbó la casa entera. Abrió los ojos asustada del ruido del propio pedo. Se despertó seguido El Tiznado, asustado también de aquel escorrozo.

Pa no tener dientes, dijo papá clarito, le respondió El Tiznado, y pegó ese hombre a reírse él solo del chiste que le había contado Tío Aurelio. Se botó las manos al gañote, La Alemana, como si se hubiera mandado el pedo una persona distinta, o como si el pedo fuera un camarote de las fiestas explotando en el cielo de la plaza y no un pedo. Movió la cabeza a los lados, que no entendía un carajo. Eso eran los ojos que se le iban a botar fuera, por Dios y la Virgen, eso eran los ojos como con dos resortes, toin toin, y cuando se vino a dar cuenta de lo que estaba pasando, saltó de un brinco y se sentó en el viro en la cama, azorada. El Tiznado se paró, zas, parriba, y se puso alante de ella que no sabía ni cómo colocarse. Andaba cargado como un piojo todavía.

¡Aaaaaaaaah!, empezó a gritar aún medio embelesada La Alemana, ¡aaaaaaaaah! ¡Doña Liz!, dijo El Tiznado con la cabeza dándole vueltas, ¡tese callada! ¡Aaaaaaaah!, La Alemana en un puro temblor, El Tiznado botándose las manos a la cabeza, que le iba a reventar de aquella escandalera. ¡Aaaaaaaaah!, aquella mujer ya escolorida, sin aire. ¡Cállese, carajo!, ¡cállese, que no está pasando nada malo! Doña Liz, ¿no ve que es uno? Se puso de rodillas alante de La Alemana, El Tiznado, y le agarró la mano. ¡Aaaaaaaah!, seguía los gritos y los peleos en alemán que eso daba temor de Dios, y empezó a mover los brazos para zafarse de El Tiznado. ¡No!, dijo El Tiznado intentado imponerse, pero apenitas podía mantener los ojos abiertos, ¡abájeme el labio! Le juntó los brazos contra el cuerpo asín, derechitos derechitos contra el tronco, y le dijo: tese tranquila, mujer, tese tranquila, y déjeme alegar, que yo tengo mis razones. La Alemana se alzó y se ajeitó el camisón. Se dio cuenta El Tiznado de que le tenía miedo, porque ella era una mujer estudiada, y esas mujeres sí lo ponían parejito a uno. De la misma manera que le daba miedo la maestra en la escuela, de la misma manera que cuando la maestra le pegó por primera vez se alevantó y quiso decirle que pa pegarle ya estaba la madre, pero no lo hizo y simplemente no volvió a la escuela al día siguiente, que así era como resolvía él las cosas: dejando de ir a los sitios en los que no se sentía bien, y cada vez quedaban menos sitios en el mundo en los que eso no pasara, y por eso El Tiznado sabía cuatro cosas que la mayoría de la gente no

sabía, no jacía falta aprender las letras pa cavar la tierra ni pa jacer surcos ni pa picar papas; sí, cuatro cosas, compadre, pero las sabía bien aprendidas: leer, contar, aquellar restas y sumas, las benditas reglas de tres. Cositas que lo salvaban de todo, de todo casi: no jagas como yo, Cathaysita, ni se te ocurra aquellar como uno, ¿qué no ves que tu padre es un burrito completo?, tú estudia, mi niña, que eso es muy bonito, tú estudia y saca algo palante, no como tu padre, pa que sirvas pa algo. No como tu padre, se decía El Tiznado, no como tu padre, que es un desgraciadito.

Doña Liz, dijo El Tiznado al verla que recuperaba el tino, y las palabras se le clavaron en la garganta como migas de pan duro, atienda pa que usté vea lo que tiene uno que dicile.

Agarró El Tiznado la guitarra del piso y se la ajeitó en el pecho. La Alemana echó el culo patrás y se sentó en la cama. Tenía la respiración despareja, un resoplido arriba, otro abajo, de una manera extraña. Llevaba tiempo y tiempo, El Tiznado, practicando la malagueña pa los adentros. No la había cantado con la guitarra, pero estaba seguro de que con pensarla ya estaba bueno, y, mi niño, que por pensarla que no fuera, porque podía darle El Tiznado vueltas y más vueltas a la misma cosa hasta quitarle el sentido. No veía la hora de soltarla por la boca. La había escuchado en una cinta que había jallado en la chatarra, pero la conocía también de chico. No le dio tiempo ni de afinar bien la guitarra. De todas maneras, nunca le quedaba demasiado bien afinada, porque la mitad de las cuerdas eran nailos de la pesca que él mismo había amarrado a los trastes vacíos. Tú loco, dijo La Alemana, yo no quiere poblemo, tú termina. Sí, yo loco loco, le dijo El Tiznado, pero mire usté, y pegó aquel hombre, pilín pilín pilín pilán, a raspar los dedos contra las cuerdas de aquella guitarra flamenca toda raspada. *Malagueña, malagueñaaa, malagueña, mala*. De la cargacera que traía arriba no atinaba El Tiznado a juntar dos palabras bien dichas, y empezó a trinquillársele la lengua con los dientes y el cielo de la boca, *y siempre la malagueñaaa*. La Alemana estaba pasmada, agarrada a la colcha por el vuelto, remachada patrás con una sonrisa que más que sonrisa parecía estar a punto de arrojarse. Decidió pegar de nuevo El Tiznado al verle la cara de amargura. Se volvió a arrimar la

guitarra a la altura casi del gañote y empezó por la parte importante: *que sí, que yo te quiero, que bien lo sabe, que lo sabe, que usté tiene la culpa, tiene la cupla de todos los males,* otra vuelta, como si La Alemana le hubiese dado otra oportunidad. ¿Tú otra vez amor?, dijo La Alemana, ya yo dice habla tiempo atrás, y El Tiznado: *que sí, que yo te quiero*, y poco a poco se le fue yendo el ritmo. Sabía El Tiznado hacer sonar la guitarra más o menos aparente, pero tampoco era pa echar voladores. Había aprendido de oído, como le decían, de las parrandas que se mandaban en el bar del barrio, encabezadas por Chicho Garrote con la bandurria, Tío Aurelio con el timple y El Canalero con dos lapas como si fueran chácaras. Eso entonaba Tío Aurelio las rancheras y las folías que daba gusto de sentirlo, ¿eso?, eso cantaba aquel hombre como los pájaros capirotes. *Que tiene la cupla de todos mis males, tiene la cupla, doña Liiiz,* se le fue ya por completo a El Tiznado la canción de los demonios y se le ocurrió de repente mandarle a la ranchera, que en verdad siempre había sido él más de rancheras, y, con la chica de rasca que cargaba arriba, pegó que si *caballo prieto azabache*, ujum, esgarró, pero se aguantó las flemas, y siguió: *cómo olvidarte*. ¡Yo no escucha máááás!, chilló La Alemana secándose el sudor frío que le caía por el canalillo de entre los pechos. Se puso nervioso, El Tiznado. Le dijo: ¡aguántese, que entodavía uno no ha aquellado del todo!, pero él mismo no podía aguantarse, ni derecho ni diestro ni enfocado. Sintió que se le estaba empezando a desamarrar sola la liga que le agarraba el pantalón a la centura. No le gustaban los cintos a El Tiznado, por eso se espichaba una liga de zapato en las trabillas; le oprimían el payo, y no, maestro, conmigo no van las retrincaderas, por eso llevaba siempre también el pecho al aire, con las cadenas todas a la vista, con aquellas camisas floriadas que le decían Tiznado mariquita por llevarlas puestas, pero uno está tranquilo con aquello de mariquita, porque, aunque uno haiga prebado macho, prebar no sinifica nada, prebar es namás que pa ver cómo sabe, ¿o no, compadre?, eso es verídico. No le quedaba a El Tiznado ya más nada dentro de las ideas, y aquel vacío en la memoria lo llevó a un punto en el que solo era capaz de recordar una única canción: la segunda que había aprendido, después de la

del calamar con el primer vaso de vino. Empezó a tocar, El Tiznado, dándole golpes a la caja de la guitarra, y la garganta fue botando solas aquellas palabras que la madre cantaba cuando iban a coger dos potrequitos pa jacer un fisco potaje: *y arriba arriba arriba, flor de las flores que yo me muero por tus amores*. Se revolvió La Alemana ya cabriada como un macho. *Tú legartija, yo perenqueeen, si tú estás gordo, yo estoy también. Japa la japa, paloma mía, japa la japa, que llegue el día.* Tú te calla, ¡fuera mi casa!, raus!!, se levantó de la cama, la estranera, raus!! Dejó caer los dedos del mástil de la guitarra, El Tiznado, e hizo fuerza por abrir los ojos y mirarla. No, mujer, por Dios, déjeme un fisco más pa que usté vea, y pegó ahora con el tajaraste: tutu tutu tun, dando macanazos también con las cuerdas, todo desafinado: *vírese pacá, Cha María, vírese pallá, Cho José, que el fisquito pan que tenía se lo comió el pe-ren-quén*. Tú te marcha, jetzt! Doña Liiiz, dijo él con la garganta como un tubo de escape quemado, ujum ujum, hizo carraspera porque no atinaba a juntar una letra con otra y formar una palabra. Yo le día a dicir una cosa que ya en mi alma no aguanto más las palabras que quedría dicile, sonó dos cuerdas sueltas de la guitarra y le resultó a El Tiznado tan bonito. Doña Liz, repitió, y se paró un segundo a mirar por la ventana: la luz de la luna, que se abría al centro como una flor de mundo. Le salió solo y bien dicho, con una fuerza que no conocía; le salió como si nada, igualito que salían los picos de los erizos con la luz de la luna llena. Le apuñó las muñecas, cortándole la circulación. La miró a los ojos, intentando atravesarle las pupilas. Doña Liz, otra vuelta, y garró resuello mientras le caía una lágrima amarilla como los orines, usté me tiene anillado como una paloma.

La Alemana vio la lágrima caer, del lagrimal a la cara, de la cara al piso empegostado hasta los topes de pelos. Es ist vorbei!!!!!!, dijo zafándose, e hizo por salir del cuarto. ¡Escúcheme, diablo!, ¡escúcheme, cabrona el diablo!, levantó la mano en el aire. Con la misma la abajó arrepentido: mire, dijo, mire, que es cabezuda usté, ¡coño!, escuche, que usté tiene que saber que yo anduve tiempo y tiempo enamoriscado y pensé que ya se me había quitado la machanguería, pero sigo con la misma historia, ¡Doña Liz! Yo estoy

enamorado de usté, poniéndose de rodillas como en las novelas de la tele, yo tengo un amor que no me cabe en el pecho mío, que, como dice la canción, *la losa de mi sepulcro de mármol blanco ha de ser, con un letrero que diga: estoy muerto por su querer*. Se quedó La Alemana como pensando. Le dio la impresión a El Tiznado de que la había convencido. Se acercó él con los ojos cerrados para besarla, que tampoco podía mantenerlos abiertos aunque quisiera, y resopló La Alemana como un toro embravecido. La volvió a mirar, El Tiznado, y le cambiaron a La Alemana los ojos de blanco a rojo encarnado. ¡Yo llama policía!, dijo, apretando después los dientes de alante. ¡La ley no!, chilló El Tiznado. ¡No!, chilló El Tiznado tratando de ajeitarse los pantalones, que ya tenía la alcancía del culo a medio ver, con los pantalones como Cantinflas, y, aunque quiso, no pudo jalárselos parriba. ¡No garre el teléfano!, ¡ni se le ocurra! Botó la guitarra al piso, El Tiznado. Se aferró de la cintura de La Alemana y le jaló el blusón como los niños chicos que le lloran a la madre. ¡Por lo que usté más quiera! La Alemana ajuciándolo, La Alemana intentando quitárselo de arriba dando cuatro sacudiazos como si en vez de un hombre fuera una rata, con las mismas ascuas, las mismas provocaciones de cuando uno encuentra una rata, un gorgojo en la lata del gofio.

¡Yo llama policíaaa!, gritó ella, esquiciada. Shhhh, asopló El Tiznado, alzándose y cerrándole los bezos con dos dedos. Lo empujó La Alemana hacia la derecha y cayó él arriba del mueble del cuarto. El Tiznado perdió el fisco de tino que le quedaba y pegaron a caer los miles de figuras y entongaderas de cosas que La Alemana tenía sobre del mueble, incluido un jardín de esos chiquititos que tenían un rastrillo a medida y que a El Tiznado le gustaba rastrillar en aquellos tiempos del cáncamo cuando ella no estaba mirando. Yo cansada, tú no puede entrar casa mía, yo denuncia, jetzt! Era más grande La Alemana que El Tiznado, más tajula un rato, una tajula que eso medía casi dos metros. Le gustaba a él eso, sentir que lo abracaban, que lo metían dentro de un burgado como un murgaño con la piel al aire, demasiado fina, así tenía la piel El Tiznado, demasiado fina para este mundo; aunque parecía de cuero grueso y quemado, aquella piel seca como el panasco era finita finita, igualito

que una hebra pasada ya de vieja y a punto de zafarse de una manta.

Ya con los pantalones bajados completos, con los calzoncillos encachazados también por la altura de la raja del culo, se agarró como pudo del mueble. Intentó pararse. Se acercó para abrazarla. Hacía tiempo ya que la cosa no se le ponía muy empinada, que digamos, y se preguntó si a medio empinar se defendería más o menos aquello. Caminó con pasitos chicos. Un pie alante del otro, como las palomas. Las ideas no le dieron para soltar la guitarra y subirse los pantalones. La Alemana retrocedió, se arrimó al marco de la puerta y se agarró de la madera carcomida. Casi ya en el último paso, se le trabaron los pantalones en las lonas. Se trastabilló, se trastabilló sobre sí mismo. Cayó de boca. Quedó tendido con el payo al suelo, justo delante de los pies de aquella chiquita samancona. Desde la altura del piso alzó la vista, y La Alemana se le pareció con un gigante de aquellos de los cuentos de cuando era menudo, inalcanzable, tan lejos de la realidad de un enanito. Se soltó La Alemana del marco de la puerta y salió, las carreras, por el pasillo. Se puso de pie El Tiznado lo más rápido que pudo. Logró jalarse la liga del pantalón, corrió atrás de ella. Llegó hasta el cuarto de estar. La encontró alongada sobre un baúl antiguo. Se dio vuelta, La Alemana, atemorizada de verlo, con la lengua botada afuera, toda espelujada, casi desnuda con el camisón completo desvarado, todo mal puesto. Levantó La Alemana lo que parecía un palo.

Se quedó pasmado aquel hombre. Por ratos, todo era negro; por ratos, sombras; por ratos, luces demasiado fuertes. La vista no le dejaba ver mucho más allá de las narices. No sea bobancona, Doña Liz, siguió El Tiznado acercándose despacio. Poco a poco enfocó. No pudo creer lo que estaba viendo: lo que parecía un palo era, en verdad, una escopeta. Se envalentonó, El Tiznado. Le abajó la punta del arma. No supo si estaba vacía o cargada. Doña Liiiz, dijo de adulón, tampoco sea pa tanto, Doña Liiiz, tampoco se ponga usté de esa manera, con La Alemana apuñándole ahora el cañón sin miedo ninguno. Había aprendido El Tiznado que quitarles importancia a las cosas las hacía menos graves, pero no era capaz nunca él de quitarles bien la importancia a las cosas. Las cosas en la vida de El

Tiznado eran del tamaño de un volcán, siempre superiores a él y a la cabeza de él. A través de la ventana, la noche se hizo más oscura. Nubes negras, como alas de mirlo, presinaron el aire. Vino un silencio como de antes, como de los tiempos de antes, de cuando no había teles ni amotos ni siquiera arradios ni luz, que decía la gente que por eso había ahora menos apariciones que antes: por la luz y el ruido, que los espíritus en la oscuridad callada están gozando.

¡Prum!, el cielo se abrió al centro como si estuvieran rajando bragas pa jacer paños. Se apagó toda la luz de la noche. Una brumacera lo tapó todo. Quedó oscurecida la casa por fuera y también por dentro. Ladraron perros, magullaron gatos, se acordó El Tiznado del baile, de la gente del barrio, de Cathaysa, del cumpleaños de Cathaysa, de la cara de Cathaysa cuando se ponía entristecida. El cielo se cortó al centro y se mandó a llover. Se mandó a llover con tanta potencia que parecía que se iba a caer el cielo sobre de la casa. ¡Shhhh!, se puso un dedo en la boca, El Tiznado, y le apartó la escopeta a La Alemana. Escuche, dijo intentando distraerla, ya está cantando. La lluvia caía retumbona sobre de las tejas llenas de verodes. ¿En qué momento se aforró el tiempo?, dijo El Tiznado fingiendo sorpresa. La Alemana dejó caer un fisco la escopeta. ¡Shhh!, cuche, pa que tú veas, y la agarró por la manita, invitándola a sentir la cortina pareja de agua que caía sobre del monte. ¿En qué momento?, siguió levantando la ceja como impactado, ¿en qué momento se calló todo?, sin que ella entendiera ni la misa la mitad de lo que estaba diciendo, que ni los pinos se sentían, y pegó a cantar el agua, muchacho; viró el gesto El Tiznado y dijo: ya jacía faltita un fisco de agua, mi niña. La Alemana era muerta que no entendía un carajo. Los dos atendieron a la lluvia, en silencio. La lluvia que caía gruesa y pareja como una cortina sobre de la casa y sobre del mundo, haciendo resonar las tejas como pisadas de brujas. Ya sí se jodió el baile, dijo El Tiznado, me cago hasta en diez, ya se fue la fiestita pal carrizo, se quedó pensando, y siguió: pero esto es bueno pa la tierrita, ¿no cree usté, Doña Liz? La Alemana volvió en sí misma. Levantó el cañón y se lo dejó justo alante de la frente. El Tiznado se quedó más escolorido que un gufe.

Yo-te-ma-ta, dijo despacio, muy segura de lo que estaba diciendo. Los ojos eran ensartados completos en sangre.

Salió El Tiznado, las carreras, por la puerta delantera de la casa. Escarretado completo que no atinaba a dar un paso bien dado. Corrió por el patio delantero. Los patinazos sobre del piso mojado, lleno de gatos llori-llori y perros brincando por los aires, empujándolo con las patas. Sus, mi niño, chiquita fajuela no se formó ahora. Sintió los pasos de La Alemana. Corrió y corrió como alma que lleva el Diablo. Corrió y corrió hasta alcanzar la parte del monte tupida de pinos. Escuchó El Tiznado la escopeta apreparándose a lo lejos no tan lejos. El rechazo patrás, compadre. ¡Yo te mata!, La Alemana desde el voladito que él le había hecho. ¡Pum!, el primer escopetazo. El chiquito de brinco que pegó aquel hombre parriba. Las veces que había soñado que tenía una escopeta partida en las manos, abierta al centro, que decían las brujentas que significaba que a él no lo dejaban gobernar en la casa ni protegerse de los males. Pegó El Tiznado a correr enfolinado que se cayó cuatro o cinco veces arriba de las piedras, todo pelado como un cochino. Al puro cancanazo de agua, los resbalazos sobre del penillo. Al comienzo del camino, una espesura cerrada, el monte cerrándose sobre de sí mismo, pesado y negro como una lona de papel asfáltico. El ladri-ladri de los perros de La Alemana. Los latidos del corazón al puro mandarriazo vivo contra el pecho. Tenía un corazón débil, El Tiznado, lo sabía porque no le latía como Dios manda. A veces iba demasiado lento, a veces demasiado desbocado, y las veces que se ponía nervioso tenía miedo de que se le subiera y se le quedara trabado en el gañote y más nunca le volviera al sitio. A la entrada del monte, la espesura de brezos y jaras. Un olor fino a madroño mojado. El recuerdo de las raíces de jelecho. El recuerdo de las puntas de pino, que les decían memonos. De la resina de los almendreros, que les decían ñañas. De los chupos, de la raíz de los chupos, que les decían divinas. Le volvieron a venir a la mente las cosas que él y las hermanas se pasaban chasquillando pa matar el hambre de perro, aquel boquete en la boca del estómago que se confundía con la tristeza, el llanto, la alegría, el bureo. Ya el recuerdo rajado de la tarde roja sobre el límite del barranco cubierto

de pinocho. Las hermanas menuditas, escalzas, buscando tomatillos negros, tortullos, turmas. El Tiznado escardillando mierdas blancas de bruja con un palo. Ya estuvieron esas putas otra vuelta cagaletiándolo todo, ya estuvieron otra vuelta esas cacho putas. La voz de la madre metida en el fondo del monte y de los pensares. La imagen clarita de él cuando menudo, escardillando las cagadas para dejar a la madre tranquila, para ver el sangrerío abierto dentro de la blancura de la mierda de bruja. Era blanca, la mierda de bruja, pero había en el monte tortullos blancos, y había que comprobar si era mierda de bruja verdadera. Para eso había que revolverla con un palo, y si salía sangre, eso delataba el origen brujento. Se la pasaba así, El Tiznado, sacando a la luz del día la sangre encachazada de las brujas para que se guisara, porque las brujas se quemaban vivas a la luz del sol. Era mala la noche, por eso El Tiznado la temía. ¡Pim!, resonó otro cartuchazo cambado. ¡Yo te mataaaa!, chilló aquella mujer de los mil demonios. Compadre, se dijo El Tiznado, aprepárate porque ai te van balas, y aquello fue: ¡pam!, los balinazos retumbaron, ¡pam!, ¡pam!, ¡pim!, muchacho, ¡pam!, contra los pinos, todos cerquita, ¡pam!, tenía puntería, ¡pimba!, la muy cabrona, ¡pam!, ¡si tú vuelve! ¡pum!, ¡yo te mataaaaaaaaa!, ¡pam!, pero eso era, ¡pam!, ¡pam!, ¡pim!, ¡pam!, ¡pa la Virgen!, y El Tiznado, las carreras, ¡pim!, ¡pam!, ¡pum!, ¡viva Dios!, ¡pam!, y aquel diablo mujer, la balacera, El Tiznado con el corazón en volandas, ¡pum!, ¡pim!, ¡pum!, ahora sí se formó buena, Virgen santísima, y debajo de la lluvia siguió corriendo escopetiado, siguió corriendo corriendo hasta perderse en el monte oscurecido, hasta perderse, hasta esparecerse por completo.

Y corrió. Siguió corriendo en un puro esquicie, arrastrando la guitarra, asustado ya no sabía de diantres qué, si de los tiros de La Alemana o del propio ruido de los zapatazos. Barranqueras de lluvia. Una brumacera como de vapor, como cuando cae un palo de agua sobre del piche rejervido y se esprende un humo de caldero guisando papas. Corrió. Corrió y corrió, y cuando ya no meritaba la pena correr, corrió un fisquito más, afirmándose la liga de los pantalones con una mano, agarrando la guitarra con la otra. A aquellas alturas del monte, todavía le resonaban los balinazos en los oídos, todavía el ¡pim!, ¡pam, ¡pum!, ¡pa la Virgen!, pero estaba seguro de que la balacera de La Alemana no podía alcanzar hasta aquella altura. Decidió arrimarse a un pino para coger resuello, le pareció que iba a botar el corazón por la boca. Alzó la vista. De lejos escuchaba a las corujas, chi-í, que parecían el demonio malo, chi-í, hablándose las madres con las hijas, chi-í. Estaba acostumbrado a los animales del monte. Lo que le daba miedo no eran los animales, o, bueno, sí, los animales que aparentaban ser animales. Siguió caminando por dentro de los maturriales, atentando con los brazos retesos. Nadie lo manda a uno a meterse en camisas de once varas, pegó a peliarse, quien se ajunta con niños sale meado, quien se arrima a alemanas del diablo sale escaldado, compadre, eso es así, sí, señor. Malimpridita noche, se dijo, maldita la hora que uno no fue a dar al baile, tsss, resopló, pudiendo uno haberse echado los bailitos; fuarte basura, ya el baile se tiene que estar acabando por lo menos. Resopló, como los caballos, intentando, tucutún, acompasar el latido de aquel corazón encabritado como se acompasa el trote de una yegua. Las pasé putas, compadre, y acarició con los dedos la dureza del pino. La Alemana el diablo casi acaba con la vida de uno, socio.

Caminó dos pasos más palante, sintió un cansancio pesado. El monte empezó a abrirse y a cerrarse sobre de sí mismo, como un acordeón. Se agarró de otro pino porque se le tambaliaron las patas. Todos los colores estaban cambiados de sitio, todos. Atentaba El Tiznado las cosas y parecía que no las agarraba con los dedos. Cómo se meniaban, cómo se precipitaban sobre del mundo. Eran como barranqueras de formas abriéndose delante de los ojos de El Tiznado. ¡¿Qué quieres, Diooooos?!, gritó, buscó en todas direcciones, ¡¿qué quieres de míííí?!, y no encontró respuesta. ¡Por poco no lo mata a uno el demonio malo eseeee!, chilló al monte, por poco no pierde uno la vida y así me lo pagas, Dios, y rebajó el tono hasta llegar al susurro de ojos lagrimosos, y entodavía sigue uno dale que te pego con la idea de haberle dado al piche con el estropajo mierda ese, ñac, estralló la lengua con el cielo de la boca. ¿Las mujeres?, ps, las mujeres, compadre, solo quieren mangoniarlo a uno, sonrió de lado, ¡qué cabecita la de uno, compadre!, rascándose el tope de la frente, ¿no podrá uno tarse tranquilo un fisco?, eso sí me distes, Dios, eso sí: una cabecita que chasca pensamientos como las cabras chascan tagasastes y nunca son suficientes tagasastes, Cristo Rey, ¡no!, compadrito, Dios, disculpe usté que yo le hable de esta manera, pero ya sí son muchos años de matraquilla con usté y usté no responde, usté no habla como habla un macho, así, de frente, coño, ¡hable!, ¡me cago en hasta en diez!, ¡pernuncie, cabrón!, Padre Nuestro que estás en los cielos, se presinó El Tiznado, perdón, amén, cabrón no, no es usté nada de eso, usté es justo y amén. Otro vahído le llegó justo atrás del otro y lo dejó doblado. Sus, todavía me noto yo medio aquello de la barriga, se compadeció, echándose las manos al ombligo. El mundo le dio una vuelta alrededor. Empezaron a temblar otra vez las lindes de las cosas hasta confundirse las cosas todas con la noche. Todo era de noche y de luces blancas y amarillas y rojas y verdes revoltillándose. Todas, todas las cosas, hasta el mismo Tiznado, parecían hechas de noche. Tuvo miedo. La oscuridad caía todos los días, y aunque le encantaba el atardecer, todos los días El Tiznado sentía la misma angustia pegada a las sienes. Cuando se marchaba el sol, le venían los temores malos, los que se le metían de chiquito.

Se agarró esquiciado del tronco de pino, con las uñas cortadas rentes a la carne, y por dentro se le fueron clavando estillas. Amargado, pegó a matraquillar que si Cathaysa qué andará aquellando, que si La Alemana zumba, que si La Alemana dale, que si ahora qué jago yo con mi vida, que no tengo adónde dir, que me cago en mi existencia, que ahora no viro patrás pa jallarla, que si que me día a casar con ella, que la forma en la que lo estuvo mirando a uno, eso eran los ojos como chernes, que si vuelta paquí, que si vuelta pallá. Los viros de los pinos ya sejiados, casi horizontales. Los ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra, pero poco a poco empezó aquel hombre a percibir las formas y le pareció ver sombras blancas que traspasaban la noche como almas en pena. Se preguntó El Tiznado si lo habría embrujado La Alemana, si le habría hecho un mal de ojo, porque se vía que ella tenía fuerza de vista, con lo fierita que era esa mujer, y capaz no, capaz tenía ese mal de antes, de Engracia, como le decían las brujentas, que él sabía que no le jacía falta buscar al Diablo en las faldas del Teide, porque lo tenía en la casa mismo, en la misma casa de uno, compadre, y capaz no, capaz el mal ya lo tenía de chiquito y Engracia solo lo había hecho más peor, o, si no, ¿por qué había cargado él tanto dolor arriba de las costillas? ¿Tanto disparate apresionándole el cogote a uno? Se preguntó El Tiznado si el mal que él tenía también le estaría afectando a Cathaysa, si iba a correr la misma mala suerte. Tuvo miedo de que se le apareciera un hombre que la eschavetara completa. Creía El Tiznado que era hereditaria la cuestión del eschavetamiento, y Cathaysa desde menudita menudita había demostrado que era igualita que el padre. Por cualquier cosa eso se dañaba toda, lloraba hasta de ver los erizos escachados en la carretera. Caminó patrás juyendo del monte, El Tiznado, de los espíritus, de él mismo. ¡Prac!, sintió sin querer un palo de brezo partírsele por la espalda. Casi se le para el corazón del susto. Se asustó del peso del propio cuerpo. Fue el miedo clavado en el cogote, el jadeo de un perro de caza. El pecho, el pecho arrugándosele como un papel de platino usado, churretiado de sangraza de pollo y botado a la basura. Era la brisa por dentro de los pinos. La brisa húmeda como rompiendo el brezo, traspasando la

carne dura y quemada como un cangrejo moro de aquel hombre. Cuando chico, uno las pasaba canutas, amigo, se dijo como si estuviera hablando con otra persona, pero estaba hablando solo, más solo que en la vida. ¿La madre de uno?, arrimó la espalda a otro pino, la madre de uno, padescanse, le mandaba a uno chico, así como un guelde chiquito, haciendo el tamaño con los dedos, unos chicos zurriagazos con la vara que le dejaban la espalda escaldadita toda a uno, el pobre, escaldadita toda y llena de verdugones como del tamaño de un puño. Achicándose, se fue dejando caer, El Tiznado, por el tronco de pino. Una vez garró con el cabo del sacho y le mandó a uno por la espalda, ¿otra?, otra vuelta con el mismo machete a cuenta de que no le echó uno suficiente comida a los conejos. En verdad que uno ha sufrido, muchacho. En verdad que uno ha pasado penas y miseria en esta vida. Uno no conoció cariño alguno hasta que se casó, y ni siquiera cuando uno casado conoció cariño ninguno, porque la mujer que uno tiene, ja, que uno tuvo, más bien, también es, era, más seca que el panasco. Quedó sentado sobre del penillo enchumbado, notó el olor a mujo traspasarle las narices. Miró alrededor. Ahora sí la hicimos buena, compadre. Se echó las manos al cogote, ahora sí se formó buena, y se trincó la piel con los dedos, se la jaló hasta que no aguantó el dolor de los trinquillazos. Estaba perdido, El Tiznado. Se preguntó si Dios lo estaría escarmentando por haber prebado cucas, cuando las noches aquellas de uno andar desbandado por los Sures, y solo de pensarlo se presinó miles de veces. No quería ni ponerle palabras, habían sido apenititas unas cuantas veces y más nada, porque hubo una temporada que uno andaba medio enviciado y cuánto se había arrepentido, cuánto, compadre; no quedaba arrepentimiento en el mundo que él no viese sentido, pero eso era que se lo juraba y perjuraba, que se lo juraba por Dios, hasta por Dios, compadre, que por Dios no se jura, y encimba de que a Dios no le caen muy en gracia los mariscones. Dios había hecho a la hembra y al macho pa que se ajuntaran; eso lo sabía, El Tiznado, pero es que aquello era igualito que la jormiguilla, compadre, aquello era igualito que las moscas. Volvía y volvía y no se soltaba ni con agua caliente, maestro, como las moscas, socio, que namás vían un fisco mierda

caían espichadas en el mondongo, las muy condenadas. Se alzó del piso como pudo. Si no podía volver patrás, por lo menos siempre le quedaba seguir palantre, como los burros, pero tampoco tenía muy claro qué era palantre ni patrás ni pa ningún sitio a aquellas alturas, acá arriba, donde el Diablo perdió los calzones, jajá.

Un terraplén quemado, sin fisco hierba. Así era ahora el corazón de El Tiznado: un terraplén colmado de escombros y amasadoras abandonadas que se arrullaban y chillaban igualito que jurones. Uno es un hombre bichado, pensó, equilibrándose, uno salió bichado desde la cuna. Fue dejándose llevar por el monte. Caminando extasiado, caminando como si no estuviera en el mundo. Era El Tiznado colgado de la noche por el pellejo del cuello, como un gato recién nacido cambiando de casa. La lluvia, era la lluvia a presión cayendo sobre del penillo como una manta gorda y piquenta, calentita y gorda, pero piquenta. Eran las barranqueras transformándose en hebras de lluvia, y las hebras de lluvia, casi en sereno, casi en posma. Era El Tiznado buscando a Dios en las formas, pero todo era negro, como si nunca hubiese existido el día: no ruido de gente, no luz de casa, no nada, solo monte. Le entró un cansancio viejo. Se fue dejando caer hacia los lados, se fue dando la vuelta sobre de sí mismo como un zurrón. De alguna manera, siempre había querido morirse, pero le daba miedo morirse. A mí no hay quien me entienda, compadre, yo, que siempre ha querido trasponer por la puerta, siento ganas de virar patrás, pero no sabía muy bien adónde. En el primer azoque de pinos que encontró, dio tres vueltas sobre del suelo y se hizo un echadero en el penillo enchumbado. Se enroscó como un bicho carretero sobre de la tierra espesa. Era el cuerpo de aquel hombre un nido de pájaros, un nido de cuero y ropa jarrapenta. Fue cumplida, la noche, larga como una semana sin pan. No logró dormir ni un cuarto de hora de corrido, no, no durmió como Dios manda, se la pasó reinando en la oscuridad, así como cabeciando, con cabeceos que lo despertaban como si se estuviese cayendo del filo de un andén a cada dos minutos. Durmió sin dormir, como los animalitos abandonados, que duermen con el cuello extendido, que en verdad no duermen, solo descansan la vista

y al mismo tiempo atienden a quien pueda meterles un palo pol las costillas.

Silencio.

¡Prac!, otro estrallido.

Se despertó grelado, penetrado por la humedad del sereno, todo enfanguillado hasta el alma. ¡Escuche parai!, se dijo a sí mismo desde el echadero, los temblores, escuche, ¿qué quieres que escuche, muchaaacho?, no me estés metiendo el miedo en el cuerpo. Se viró El Tiznado pal lado contrario sobre del echadero. ¡Escuche, te estoy diciendo, malandro el diablo!, levantó la oreja ya mosquiado, ¿el qué me estás diciendo, muchacho el diablo?, lo tuyo ya es de pronóstico grave, compadre, ¿no puedes dejar a uno escansar un fisco? ¡Prac!, otro brezo partiéndose, otra rama cambándose, otro paso, el peso de algo, el perseguirse de la noche con la noche. Shhh, porai viene el Diablo, se atemorizó, ¿tú tas loco?, shhh, ¿qué, muchacho? No mentes al Diablo, que tiene cara cochino. Más allá de la noche empezó el cielo a quejarse otra vez, a chillar con relámpagos que alumbraban y desalumbraban todo. A ratos. Un momento, sí, se veía todo, la profundidad del monte, el trenzarse de ramas como ristras de pimienta palmera. Al siguiente no, no se veía ni tres montados en un burro. A ratos todo era oscuridad que plañe, desesperanza. ¡Pruuuum!, el escorrozo lo zarandió. Chacho, pensó, eso fue igualito que si se estuviera rajando la tierra al centro. Y no te extrañe, le respondió aquella voz que siempre le llevaba la contraria, y no te extrañe que se haya abierto la tierra en flor; hay veces que la tierra se abre como una caballa. Cállate, jediondo el diablo. Echó la mano al bolsillo en un puro temblique. Quiso hacer, El Tiznado, como de que no iba con él la cosa. Se sacó un cigarro escachado que tenía en el fondo del bolsillo y se lo espichó en las bembas. Jaca, le pareció sentir un resuello. Se lo sacó de la boca y escuchó el monte. Más allá de los rebencazos

del cielo, le pareció sentir una presencia que se le acercaba por las espaldas. Se atentó en el bolsillo buscando la caja de fósforos. La garró con dificultad, le quedaba más bien ninguno. Jaló por uno con cuidado. No atinaba, El Tiznado, a encenderlo. Estaba ya viejo y mojado, cubierto de fiscos de la galleta gomera que se había comido la semana anterior. Siempre le gustaba dejarse trozos de dulces escachados dentro de los bolsillos, por si le entraban ganitas de comer, ¿ahora?, ahora eran más bien ganitas de morirse las que sentía. ¡Malimpriado fósfaro!, se dijo sacudiéndolo con rabia. Se alzó solo de cintura parriba y se quedó a medio sentar, tapando la caja de fósforos con el pecho. Probó otro, ya solo le quedaba uno raquítico en el fondo del bolsillo. Lo prendió. Lo prendió de repente y alcanzó a alumbrar un segundo la oscuridad, pero disimulado, lo hizo más por acompañarse a sí mismo que por ver quién venía. Logró encender el cigarro y se lo fumó, desplomándose sobre del pinocho. Ya solo quedaba el rojo del tabaco latiendo en el secreto de aquella noche lejana. Relámpagos, centellas. El cielo magullaba cabriado como un macho y mostraba el monte como lo que era en verdad, por segundos: que sí, que no, claridad y oscuridad arrullándose como un niño chico en un columpio. Jaca jaca, sintió la respiración acercándose, jaca, esa lengua, jaca, botada afuera, jaca jaca, el calor de una boca jediendo a verijas, jaca, a cosas podridas, jaca jaca, a foferno, jaca, no sabía explicar por qué, pero, jaca jaca, el pestazo se le antojó conocido. El terror aforrado en la barriga, la barriga pesada como de haber chascado piedras a muelazos. Ya tenía los miedos completos metidos en la boca del estómago. Dudó si no estaría escuchando lo que no era. El monte también jala por las narices, se dijo, los matos también garran resuello, ¿no?, compadre, no tienen por qué ser las ánimas, pueden ser los matos, sí, los matos, compadrito, jajá. Jaca, era ahora más cerca, jaca jaca. Tentó rápido el bolsillo y, para la sorpresa de él, pudo garrar un último fósforo, partido, espedazado, que más que fósforo era estilla. Lo raspó contra la caja y lo prendió, El Tiznado.

Hubo luz.

Apenitas un fisco.

Dispués, negrura.

Dos ojos.
Rojos,

prendidos como el fuego,
quemaron el aire.

Jaca, ai estaban, jaca, dos bolas de llamas, dos fogaleras de San Juan quemando un machango, la sombra recortada sobre la noche, y el machango era él, El Tiznado. Se le parecían con alguien, aquellos ojos, le sonaban de siempre. Ya los había visto en la oscuridad del cuarto de piedra, cuando era chico y dormía en el patio de la casa. Sintió correle los orines por los calzones, correle por las patas hasta alcanzarle los calcetines, las lonas.

Eran los ojos dos fiebres malas. Las fiebres que El Tiznado había conocido durante aquellas locuras de cuando joven, las luces, las palabras al canto atrás del cerebro, el eschavetamiento de aquellas noches.

Se mandó a llover otra vuelta, parecía que se iba a romper el mundo. Nunca había visto El Tiznado una tromba de agua tan dura. O, bueno, sí, pero todas las cosas las vivía él de aquella forma, como si fueran la peor de la vida di uno, la mejor de la vida di uno, la más grande, la más chica, la más aquella.

Vio el reflejo de dos colmillos amolados, dañados del uso, de tanto jacer maldades.

¡Cruz, perrete!, chilló, y no le dio tiempo de aprepararse, ¡cruz, perro puto!, y ya sintió el primer chascazo en el hombro, ¡auuu! Se le clavó como un anzuelo en la carne, ¡ay yayaaay!, y vino el

siguiente, y el otro y el otro chascazo, hasta paralizarle los músculos como picos de higo tinto traspasándole la vida. No se pudo alzar El Tiznado del piso. Las mordidas de aquella quejada lo dejaron yerto. Eran amargas como las troviscas. Solo hizo por taparse la cabeza un fisco apenas, pero tampoco le respondían los brazos. Con esfuerzo, se fue cubriendo con los dedos abiertos como abanicos. No paraban los clavazos aquellos, aquellos sajazos de machete sobre palo de tea, las manos parecía que se le iban a quedar en cuatro hilachas, porque el perro chascaba y jalaba, chascaba y jalaba como desmechando, ñaca-ñaca, chascando y jalando como preparando carnita pa jacer arepas. Llovía y llovía y la lluvia le arrastraba toda la sangre y los pedazos de cuero. Los notaba él cómo le bajaban por las patas. Pimba y dale y los chorros de sangre corriéndole por la frente, zumba y vengui, por el pecho taponado de cadenas, y las barranqueras de sangre y agua y los rayos que fulguraban y le dejaban entrever las muecas sejiadas todavía ocultas de aquel espíritu malo, aquel demonio del infierno. El Tiznado sin poder defenderse, intentando taparse las partes, las partes, que eso era lo único que lo tenía amargo. Sin las partes no podía preñar a La Alemana, y no le importaba tanto que los trozos de cuero de la cabeza estuvieran soltándosele a pedazos, porque de las partes nacía todo lo que él podía dar, de aquella tranca como mazaroca millo nacía todo lo él pensaba que podía dar. Fueron horas y horas de chascazos y moliendas, una detrás de otra, una detrás de otra, sin descanso. Por Dios y la Virgen santa, Señor, ayúdame, por lo que más quieras, y los lloros, El Tiznado. Si esto no es el infierno, ñaca-ñaca, las chascaduras, se dijo aforrándose la cabeza como podía, que venga Dios y lo mire.

Se fueron relajando los chasquidos, se fue anestesiando El Tiznado. El cuerpo en un temblor: le dolían las costillas, el espinazo, los huesos todos hasta de respirar. La piel revirada en carne viva, el resuello que iba y tardaba demasiado tiempo en volver. Dentro del dolor encontró un reposo. Se quedó enfondado, echado arriba de dos piedras que se le estaban clavando hasta el alma, aguantando las mordeduras de aquel demonio malo. Dos lagrimones le cayeron de los ojos. Le pareció que eran más espesos que la sangre misma

que le corría por las sienes. No se quiso mirar la sangre. Quiso pensar en cosas bonitas para no morirse. Había oído decir que la gente que la estaba espichando se aferraba a la vida por los recuerdos, y en eso sí era experto: en vivir trabado a las cosas que fueron y ya no son. Quiso pensar en Cathaysa, que era la cosa que él quería más en este mundo. Apretó la cabeza para verla peinándose alante del espejo por la mañanita, ajeitándose en un moño empinado aquella pelambrera negra y lisa, babenta hasta la cintura. Había salido a la familia de él, con aquellos pelos que eran una belleza, pero la imagen de Cathaysa se le viró al revés y le vino la condenada Alemana, la forma redonda del jocico de La Alemana, la tristeza tan grande de que no lo quisiera, o a lo mejor sí, capaz, socio, no se saben las vueltas de la vida; y volvió en él, volvió en el cuerpo de él, y de nuevo se notó los chisquillazos, de nuevo el sajazo limpio de aquella mordedura dura, dura como pan de antier, más dura y afilada que lascas de obsidiana. Esto es el fin, se dijo. Y si esto no es el infierno, que venga Dios y lo vea, porque se me está pareciendo igualito, compadre; que venga Dios y lo vea, socio, porque esto no hay quien lo resista. Ya estaba El Tiznado esganizado completo de dolor, picado a fisquitos, con los ojos cerrados para no presenciar su propia matanza. Los relámpagos que sí que no lo mostraron por partes: las patas negras y samancudas, la lengua caída acá abajo, capaz, ¿qué?, ¿dos?, ¿dos metros de altura?, a lo mejor no tanto, porque El Tiznado tenía lo de exagerado por pescador. ¡Tremendo perro de los infiernos!, chilló con los ojos abiertos como chernes. Era un perro negro y lanudo, lanudo y revirado, con el jocico todo cuartiado y rajuñado, y aquellos ojos colorados ardiendo como una fogalera de San Juan.

Ah, cabrón, ai estás, ¿volvistes?, El Tiznado se paró del piso que no supo ni de dónde sacó las fuerzas. Lo había oído sentir de toda la vida, de los viejos del barrio y de Tío Aurelio, que decía que también se había enfrentado a un perro grande como un tolmo en el monte de Guzmán. Eso era así: historias de perros negros que se aparecían y se desaparecían con la misma, que se comían las cabras y los baifos y hasta las vacas. Que se paraban en medio del camino y no lo dejaban pasar a uno por el centro del monte. Nunca había sentido

decir de nadie que el perro le hubiese mordido. ¡Guacancha!, gritó El Tiznado, chiquita comiliona no te mandastes a costa de las costillas mías, se desamarró la liga del pantalón mirándolo de frente. ¿Qué se piensa usté?, siguió chillándole al perro, ¿que uno es un plato carne fiesta pa andalo chisquillando a uno? Se quitó la ropa de un solo jeito, El Tiznado, y se fue acercando a aquel tolmo de animal, esnúo completo, que eso parecía acabante de parir, todo empegostado de sangraza, pus, costras abiertas, ¡hoy acabo con tu vida, mariscón!, con el tonito de chulo. ¡Hoy te jago tabaco!, riqui-riqui, empezó a hacer el jeito de molerse tabaco dentro de la mano extendida. Hoy salimos de dudas, dijo acercándose al animal, o acabas tú con la vida mía o acabo yo con la vida tuya, pero los dos no vamos a quedar en el mundo al mismo tiempo, mis, por la cuca del Niño Jesús. Ah, cabrón, y pegó pimba y dali y zumba y dali, toda la noche mandándole bombazos al perro por la cabeza pa dejarlo bobo, pero de todo sabía, era listo el cabrón, eso sí era, si era quien él creía que era, eso sabía más leyes que un ministro. A aquellas alturas, ya no le quedaban fuerzas a El Tiznado para mandar estampidos al aire. Sentía como que los chorros de sangre y las cortinas de lluvia lo estaban enfriando, así que pegó a chascar también él con la quejada, como si fuera también él un perro endemoniado. Se preguntó El Tiznado qué pasaba si uno se comía al otro, quién quedaba dispués: si el perro o el machango, pero tanto fueron las mordeduras envenenadas de El Tiznado que, au au auuuuuu, se evaporó el perro aullando. Se volvió a espichar por el mismo bujero que lo había traído al monte, aquel bujero que se imaginaba él que iba a parar al centro del volcán, por el mismo bujero por el que Guayota lo había mandado.

Respiró, le pareció que por vez primera. Fue dando tumbos hasta jallar una cuevita. Tenía el culo frío, le temblaban las patas. El agua le corrió por dentro de los calzones y le arrastró la grasa que tenía metida en la piel. Le gustaba bañarse, a El Tiznado. Hasta cinco y seis veces diarias. Después se mandaba cinco litros de colonia por el cuerpo y por el pelo, que eso le encantaba peinarse con colonia. Dice que los guanchitos vivían en cuevitas, se dijo, atentando las paredes de aquella cueva, pobrecitos los guanchitos, nosotros

venimos de los guanchitos. Se arrimó a una pared de piedra que chorriaba lluvia. Cerró los ojos, El Tiznado; estuvo allí echado respirando bajito. Había ajuciado al perro, lo había mandado pal carajo, pero pensó que si le daba por venir otra vez no iba a tener fuerzas ningunas para volver a hacerlo. Quiso irse del mundo, se le pareció como cuando dentro de la borrachera no quería estar borracho, pero por más que quisiera ya se había agarrado la juma. No podía él decidir sobre del vino que cargaban las venas, tampoco podía él decidir ahora salir del monte. Cerró los ojos y se quiso dejar hacer por la vida. En aquella noche sin fin, en aquella noche del diablo, tuvo la certeza de que más nunca iba a volver a ver la luz del día, de que se iba a llenar de grelos como las papas cuando están demasiado tiempo en lo oscuro. Tenía un jilorio. Peliar con el Diablo, eso es igualito que bañarse en la mar: le entra a uno una fatiga di hambre. Se esmayó con la boca bien abierta; qué hambre, don Ramón, se dijo. Se le pasó por el viro de la lengua el sabor dulcito de los bicácaros. Sabía El Tiznado las zonas por las que podía jallar bicacareras, que chascar bicácaros era la cosa preferida de él cuando chico, y la flor del bicácaro, la flor más hermosa que había visto en la vida. A Cathaysa le encantaban aquellas flores, campanitas colganderas. Él mismo le inventaba que eran los gorritos de los duendes. Bien le gustaba a uno inventarle jarraperías a la niña, se dijo, y retumbaron los susurros en la cueva. Intentó dormir, El Tiznado, dio vueltas y más vueltas como malito de fiebre. Tenía frío, un jilorio, una tristeza que le apresionaba el alma.

Tirirí, una músiquita como de flautas le llegó a los oídos. Estaba cansado ya de las apariciones, pero la música aquella se le antojó amigable. Abrió bien los ojos. Tiriríííí, y vio unas luces blancas, como bruma correr, sssum, de un pino al otro, sssum, sssum, tiriríííí; las luces que iban de pino en pino corrían cada vez que sonaba la musiquita, tiriríííí. No sintió miedo, no, no supo muy bien por qué. Era más bien una calma última, una tranquilidad caliente. Se alzó sin

pensarlo demasiado y traspuso atrás de las luces por dentro del monte. Sssum, sssum, iban, tiriríííí, avanzando de punta en pino, de pino en punta. Ya no llovía a cántaros, solo caía un sereno liviano como plumas de pato. Ahora una luz parecida a una mañana prematura entraba por entre los pinos y formaba arcoíris en las gotas de sereno. Continuó siguiendo las luces, que al principio, sssum, iban rápidas y después, sum sum, suavitas. Aquella luz naciente alumbró los corchos de los pinos, mostrando el tizne del último incendio. No supo El Tiznado si estaba despierto o soñando, si estaba amaneciendo la mañana o era otra vuelta la Diabla, el Diablo o el coño la madre haciéndole creer cosas que no estaban alante de los ojos. Arrancó un corcho, alargando la mano. Por si los pinos eran demonios, mejor mantener la distancia, y pensó en lo que siempre le decía a la hija y que nunca sabía muy bien de dónde lo había aprendido: el pino canario es el único que sobrevive al fuego. Se quema por defuera y sigue vivo por dentro. Agh, le respondía Cathaysa desconfiada, so son mentiras tuyas, pa. No son mentiras, mi niña, mis, qué necesidad tiene uno de estar contando cosas que no son, por esta cruz bendita, besándose los dedos, pero en verdad no lo sabía; desde siempre le había gustado afirmar las cosas sin estar demasiado seguro. Había descubierto que cuando le salían por la boca ya empezaban a ser verdad, solo le bastaba pronunciarlas para que fueran ciertas. Tenía el poder de convencer a la gente, pero, sobre todo, de convencerse a sí mismo. Se tiznó las manos, El Tiznado, con el corcho pino, y se pintorrió los cachetes con dos dedos, como si fuera un soldado de guerra. Sí, era un corcho pino, no te quepa duda, compadre. Hay hambre, don Ramón, dijo alegre otra vuelta, jajajá, y se rio él solo. Sssum, sssum sssum, tiriríííí, seguía caminando atrás de las luces, privado de contento, saltando de alegría que parecía que estaba bailando el tajaraste. Del tremendo aguacero empezaron a nacer descontrolados los tortullos debajo de los pinos y las turmas a amontonarse en la humedad. Se sintió contento, El Tiznado, pero todavía sospechaba del Maligno, que eso era más listo que siete viejas. No quiso prebar los tortullos jugositos porque tuvo miedo de que se la estuviera jugando, el muy jodido. No sería la vez primera, quiera Dios que la última. ¡A mí no

me engañas, Barrabás de los cataplines!, dijo levantando el puño al aire. Así que pegó a tocar todo lo que encontraba, a medida que caminaba atrás de las luces, sssum, sssum, para ver si lo que las luces le mostraban era cierto: lechugones, colderrisco, estornudera, flor de mayo, matoespuma, patagallo, estrelladera. Todo parecía real, o por lo menos podía tocarlo, así que pegó a escardillar el penillo y a partir tortullos por el tronco y comió y comió hasta que se le inflamó el payo y sin parar de caminar y ya, casi sin darse cuenta, encontró los primeros mocanes y madroños cargados. Jaló por aquellos frutos que parecían más tiernos y vistosos que nunca y se los llevó con gusto a la boca.

Sssum, sssum, sssu, ssss, cuando ya se apagaron las luces, se estaba haciendo el día. Malvarrisco, ruda, retama y cardo. El sol primero le regañó la cara. Brillaban las últimas magarzas en flor. A lo lejos no tan lejos vio la carretera cumplida y luminosa de cielo nublado pero vacío de lluvia. Los coches, las carreras, los pitazos. Salió justo por el lado contrario del monte de la casa de La Alemana. Vinagreras, tagasastes y tederas. Pensó que no eran cosas del Diablo, sino de Dios o del destino o de los angelitos de la guarda; sí, los angelitos lo habían llevado a camino. Parecían más bien los angelitos de la guarda, y recordó la canción que le cantaba a la hija antes de dormir: *cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me acompañan*. Le subió un nervio por la barriga que lo puso no contento, sino enloquecido, ahora sí van a cambear las cosas de uno, pensó, ahora sí siento yo aquello de que van a cambear las cosas, compadre. Casi sin abrir los labios, jijí jajá, empezó a reírse solo, cada vez más alto, y le dio una tos, jucu jucu, como de perro viejo. Se dio cuatro estampidos en la pechera. A ti lo que te jace falta es un fisco vino, Tiznadín, se aconsejó, modulando el volumen de la voz. El sol brillaba por entre las nubes, y sobre la mar se dibujaban caminitos blancos, que siempre había oído El Tiznado decir que anunciaban lluvia. Llegó al filo del monte, en los badenes de la carretera, y corrió a estregarse tierra y telas de araña, que era lo que hacía cuando tenía heridas de menudo y no tenía qué echarse arriba. La primera luz del sol, alumbrando bajo los pinos, le alcanzó la altura del cuerpo y le permitió ver, Dios, cruz, perro puto, Dios

mío, que no tenía ni un solo chascazo, ni un fisco menos de carne, no, ni apenititas una cortada, pero sí se sentía el dolor que le atravesaba los huesos, los tendones. Capaz era un dolor que no se veía, pero era el dolor más malo que había sentido. Agarró otro puñado de tierra, húmeda todavía, y se la estregó por el pecho y por el cuerpo. Se acarició los brazos doloridos y se miró la piel: nada, nada de nada. Ni una herida ni un rajuñazo. Nada. No tenía heridas, pero estaba en un puro ardor: los ojos, la quejada, la barriga, la espalda, todo. ¡¿Pero qué es esto, Dios mío?!, chilló, ¡¿pero qué diantres es esto?! Se alzó del suelo, se sacudió un poco la tierra y se echó la guitarra al hombro. Sintió un hambre que lo traspasaba de banda a banda. ¿Cómo es posible, socio? Seguía teniendo hambre, aunque no sabía cómo era posible porque estaba acabante de mandarse una jartada de tortullos. Caminó todo dolorido y traspasado. Tenía un dolor en el lado derecho de la cabeza que se le metía mucho últimamente, y no atinaba a enfocar muy bien los ojos, la luz del día le afectaba. Caminó por la carretera medio de lado. En los últimos tiempos no era capaz de caminar en raya recta, aunque no estuviera bebido. Era como si lo jalaran todo el rato de una soga para botarlo al suelo. Muerto de hambre, agarró vainas y vainas de chícharos que crecían enredados en los lados del camino y se mandó una pancada. Agarró linojos, hojas de vinagrera, más chicharones.

Era esa la hora preferida de El Tiznado. La luz suavita suavita y dorada sobre todas las cosas del mundo atravesaba la panza de burro. Sintió un descanso en el alma, como si algo se hubiese marchado. Pensó en Cathaysa y le vino un dolor, ya yo patrás no vuelvo ni pa coger resuello, ¿oístes?, se dijo, y siguió caminando.

Hay pescado fresco, pescado partido, pescado salado, sargos, salemas, se escuchó a lo lejos. Hay pescado fresco, pescado partido, pescado salado, morenas, caballas, pulpos, se escuchó que venía de por el lado de allá de la carretera, y aceleró El Tiznado el paso. Ya estaba llegando al pueblo que quedaba por atrás de aquella raya de piche interminable, por atrás de aquel camino trazado con tiza amarrada al rabo de un lagarto, por aquella agonía que traspasaba el malpaís negro de lava y verde de pinos. Con aquel hambre que traía, llegó chascando vainas de chícharos a la altura de la plaza del pueblo. La cruzó. Jalló una colilla en el suelo, se la espichó en la boca. Acarició la guitarra para amansar aquel temblique de mano que se le metía por las mañanas. Se presinó alante de la iglesia en la que había bautizado a la hija. Atravesó el volado de caña y duralita, arrastró las lonas por el suelo de picón encarnado. Vio las sillas de madera y las mesas hechas de rollos de cables de la luz, algunas con el ludo hecho a cuchillo. Bien había ganado perritas con el ludo, El Tiznado, bien le gustaba un ludo cuando chico y cuando grande. De frente, un cuadro de la Virgen de Candelaria con marco imitando oro, una figurita de José Gregorio Hernández arrimada a la caja registradora, azadas, cangos y arados colgados de las paredes, garrafones y calderos de aluminio, la tele prendida con *El bueno, el feo y el malo*, que de verla se le trincó Cathaysa en las esquinas del cerebro: bien le gustaban a esa chica las películas del Oeste y las tacitas de café con el plato conjuntado.

El dueño del bar se quedó asustado de verle la cara blanca escolorida, con cuatro rayones negros, y el cuerpo todo encachazado, los pantalones meados, a media cintura, los ojos atemorizados como si hubiese visto un demonio, y no se equivocaba, porque había visto no al Demonio, pero casi. ¡Ya llegó el mariachi!,

se rio el dueño del bar, saliendo de atrás de la barra namás verlo, ¿onde andarás con esa guitarra toda hecha gofio? El Tiznado le posó al hombre una mano en el hombro y lo miró fijo, como queriendo decir el dolor que había sentido allá dentro, dentro del monte. No había un macho que aguantara aquellas palabras, y se quedó callado. Buenos días nos dé Dios, dijo el dueño sin quitarle la mirada, está usté jediendo a varraqueras, maestro Tiznado. Siguió El Tiznado su camino sin mediar palabra y acabó sentado en una silla de aquellas altas de hierro. Dejó la guitarra apoyada sobre de una tela de traje de mago de colorines que tapaba la parte baja del mostrador y empurró la cabeza en el acero galvanizado y brillante de la barra del bar. El dueño tenía todo limpio como las lajas de un barranco, el suelo rastrillado y limpio que daba hasta gusto de verlo. Se fijó, El Tiznado, en los botes de jugo Lybis vacíos y entongados al lado del vino de garrafón, listos para cuando viniera la gente a almorzar los fines de semana, la gente, él no, a él el vino se lo ponían de vaso en vaso directamente, a él y a los otros como él. Los miró, había dos hombres más aquella mañana en el bar. Eran flacos como guirres. No dejaban el vicio ni por una apuesta. Échese un cuento, maestro, le dijo uno de los dos hombres de la barra, ya contento de haberse mandado la mañana de sol y sombra, sombra de coñá y sol de anís. ¿Cómo resiste esa gente flaca como un espicho fuarte estampido al payo desde tan temprano?, se preguntó, uno es un hombre de vino y donde haiga vino que se quite todo lo demás. El vino es bueno pa la sangre, lo había sentido decir en las noticias. El dueño del bar le colocó el vaso con un taponazo sobre de la barra. Se sintió él asustado, parecía que nunca vía visto gente. ¿De pedos o de guanches?, dijo el dueño sonriendo, ¿de qué tipo nos vas a echar el cuento hoy, maestro? Agarró El Tiznado el vaso a duras penas y se lo espichó como millo. Le temblaba la mano todavía, no le había dado el tino al alcohol a alcanzar las venas. Los chicharacos no son comida pa un hombre, a él le gustaba una buena escudilla de lechi gofio, o de lechi pan duro. El vasito le hizo efecto al toque. Se aquelló El Tiznado los pantalones, intentando aparentar decencia. Se arrastró los cuatro pelos de la frente y se los colocó atrás de las orejas, que la grasa que traía arriba le hacía de gomina

a la perfección. No tiene uno muchas ganas hoy de cuentos, dijo El Tiznado. ¿Cómo no, hombre?, con lo alegantín y alegre que es usté, maestro. Ja, hizo por reírse uno de aquellos dos hombres que vivían encogidos sobre de la barra como gallinas entumidas arriba del palo un gallinero. Sonó el final de la película. Alzó el cuello, El Tiznado. La vio en la tele. Aquel pelo colorado, aquellos zarcillos grandes colgados de dos orejas abanadas, dadas de sí del peso de los aretes, las cejas finas como un caminito de hormigas, las pestañas, las uñas largas como hilos. ¡Ya está el diablo malo otra vuelta!, dijo el dueño del bar, cambea esa jarrapería, Nicasín, le dijo al hombre que estaba botado más cerca del mando de la tele, el mando envuelto con tanto plástico trasparente que ni se veían los números, lleno de esparadrapo hasta los topes. En la parte baja de la tele aparecía LA HECHICERA DEL AMOR, acompañado del 906 84 85 86, TAROT Y VIDENCIA DEL AMOR, ATENCIÓN TELEFÓNICA Y PRESENCIAL. Era la mismita Brujenta, la que aparecía en los carteles de la carretera y en los periódicos. Nunca le había tocado con ella, sino con las otras brujentas de más baja alcurnia que trabajaban en el Canal Atlántico. Compadre, dijo El Tiznado, sintiendo aquel calor del vino arrastrándose hasta llegarle al centro de la boca del estómago, suba namás un fisco por sentir apenitas. Subió el dueño del bar el volumen de la tele. En verdad que está de buen ver la bruja el diablo, dijo el hombre, y se puso a secar los vasos que le quedaban en el fregadero. Problemas familiares, cualquier daño, cualquier problema, si tu negocio no funciona, cualquier cosa que necesites, si tienes un problema de amor, cualquier duda, estoy aquí para ayudarte, llamando al 906 84 85 86, y si quieres verme en persona, estamos en la calle Mencey Pelinor, número 27, La Sabina. Muy bien, ahí, en esa dirección, se le escuchaba a aquella mujer en la tele con una voz suavita como los duraznos pelones, es donde puedes encontrarme los siete días de la semana, pero rápida como una centella, no perdía el tiempo, los trescientos sesenta y cinco días del año aquí voy a estar para ayudarte. Movía las manos hacia todas partes, cruzando y descruzando las yemas de los dedos, meniando aquellas uñas largas pintadas de un color medio canelo, medio violado. Por acá tenemos la primera llamada de la mañana, dijo observando papeles o cartas

que tenía sobre de la mesa. No se podía ver, porque el teléfono anotado en la parte baja de la tele lo tapaba. Hola, buenos días, dijo apretando las bembas pintorriadas de rojo, y se quedó con las orejas alzadas como un conejo asalvajado escondido en un badén, con la cabeza cambada hacia la cámara. Sobre de la mesa reposaba una Nancy vestida de santera, con un traje amarillo de raso y las patas todas escarranchadas. Hola, buenos días, quería hacerle una consulta sobre mi esposo. Detrás de ella, plumas colganderas, palos, o lo que parecían palos, guindando de la pared. Sí, mi vida bella, ¿qué es lo que necesitas?, ¿edad y signo de tu esposo? Compadre, dijo El Tiznado de repente, sin poder enfocar bien el mundo, yo le echo el cuento que usté quiera si me empresta una pesetita pa llamar por la mujer de uno, pa darle cuenta que horita uno llega a la casa. Le pareció a El Tiznado que todo era mentira, que todo se veía igualito que a través de la pantalla grasenta de la tele. Coñós, dijo el dueño del bar poniendo la mano sobre de la barra, no sabe El Tiznado leyes ni nada, chiquito cambeo, sale usté ganando con diferencia. Se viró el dueño contra la caja registradora y sacó cuatro perritas. Se las puso en la mano a El Tiznado. Acotéjelas, le dijo mirándolo a los ojos, que ya me debe usté lo que no está escrito, maestro. Muchas gracias, socio del alma. Apuñó las pesetas y salió con la misma por la puerta del bar. Se tapó la boca, ya estaba otra vuelta el sereno metido.

Buenos días, salió aquella voz finita del teléfono a calentarle la barriga como una agüita de pazote. Bolos días, respondió El Tiznado, vengo a ver si me podía dicir algo sobre una mujer. Buenas, mi rey, ¿edad y signo, tuyo y de ella? Desde la cabina podía ver la tele a través del marco de la puerta. La voz y los movimientos de La Brujenta no iban coordinados, decían que porque la voz iba más rápido que la imagen, lo había sentido decir, no sabía dónde. Sí, señora, cuarenta y ocho, capricornio; cincuenta y dos, cáncer. Tú eres capricornio, ¿verdad, mi rey? Sí, doña. Mi rey, no me cruces los

brazos ni las piernas, relájate por completo, hazme el favor. Barajó las cartas a fuego. Todo lo hacía rápido, La Brujenta. Las cartas, el jeito de echarse el pelo atrás de las orejas de soplillo, el botar la baraja sobre de la mesa como en un reguero. Dice que tú estás muy mal ahora mismo, mi amor, veo angustia y agonía, veo un cambio grande, veo un problema, que tú has tenido un problema muy grande ahora mismo, movía las manos tan rápido que parecía que estaba abanando a alguien, algo con dolor y golpes, sí, veo golpes y lloros. ¿Tú has tenido golpes últimamente, dolores, alguien te ha golpeado, mi rey? Sí, señora Brujenta, un perro enviado por el Diablo, ehh, disculpe, no, Brujenta, no, sí, señora, disculpe usté, que está uno medio perjudicado. Me marcan que tú fuiste un niño muy sufrido, un niño que no tenía afecto y que su madre no era buena, y que ahora se te aparecen mujeres que te hacen mal, garrapatas, les digo yo, que te quitan la energía, mi rey, mujeres malas. Sí, señora, dijo despacito, relambiándose del gusto. Le gustaba a El Tiznado saber que lo estaban escuchando por la tele. Miró al bar. No supo por qué los hombres aquellos no se estaban dando cuenta de que era él el que estaba alegando con La Brujenta; sería, lo más seguro, porque El Tiznado se ponía así como más echantón, con una voz que lo hacía parecer más de postín y decía cosas importantes como la expresión si por h u pur b.

Barajó ella las cartas otra vuelta. Dime izquierda, derecha o centro, mi rey. Pos no sé qué le diga, siempre ha sido uno malo pa estas cosas, le ha costado siempre a uno elegir lo que le conviene, porque siempre quiere uno abracar mucho, y ya sabe, usté, señora: quien mucho abraca... Lo primero que te venga, mi amor bello. Poco apreta. Se miró los brazos y se vio la pulsera del aire retrincada en la mano podrida. Izquierda mismo, dijo El Tiznado. Me marcan que fuiste a buscar a esa mujer, me marcan que le hiciste algo de arte, música, una canción, sí, que ella te rechazó, me marca que te rechazó y que no te quiere. Sí, señora, yo le día a cantar una malagueña y bien bonita que era, pero entiéndame usté, que el asunto le salió a uno el tiro por la culata, vamos, al revés del pepino, pa que usté me entienda, pero no día uno muy ajeitadito de la cabecita..., y ya sabe usté que cuando uno va ansina medio medio

sin fundamento, pa ver si usté me entiende, porque. ¡Mira, mi rey, atiéndeme!, mira lo que te voy a decir: estamos hablando de esta mujer, pero estamos hablando y hay un espíritu que me viene muy fuerte, un espíritu que me está marcando. Este espíritu es una señora mayor, que dice que mataba mucha gallina para hacer sopa, una señora de estatura media, con el pelo blanco con un moño bajo, el pelo un poco canento pero no completo canento, vestida de negro. La madre de uno, pensó El Tiznado. Es una señora con la que tú ibas mucho a la casa, que sabía mucho de santería, una mujer muy buena, que tenía mano para las plantas. La madre de uno no, pensó, la madre de uno era más mala que el Diablo, padescanse. Sí, que era una señora que tenía mucho poder de curar con las manos, que te hacía la comida, corazón, una señora como que se viste de luto, era una mujer viuda. Recordó El Tiznado a doña Felipa, la señora que vivía por encima de la casa, a la que iban a santiguarse él y las hermanas Pa sacarles el sol, curarles el empacho, el buche, el susto, el mal de ojo, la carne abierta. ¿Tú sabes quién es esta mujer, mi vida? Sí, dijo El Tiznado, me recuerdo yo de chico. Sí, esa señora me dice que tú tienes un daño, mi rey, ella me está diciendo que tienes un daño hecho. La Brujenta se quedó con los ojos blancos, dados vuelta, las uñas extendidas como un cernícalo prendido de un poste de la luz. Mi amor, ella me dice que la que te hizo ese daño, me marca que, sí, que la que te hizo ese daño es una mujer con la que tú te encamaste. Engracia, pensó El Tiznado. ¿Cuála? ¿El qué, mi rey? ¿Cuála mujer me hizo ese daño? Volvió a barajar las cartas. Ah, sí, mi rey, disculpa. Izquierda, derecha o centro, le preguntó. Derecha, respondió rápido. Me marcan que es una mujer alta, sí, más bien alta, rubia, muy rubia, es una mujer con fleco, le gusta vestir blusas blancas. La Alemana, pensó El Tiznado, sí, dijo, sí, ya sabe uno la mujer que usté le está hablando. ¿Tú tienes problemas con la bebida, mi amor? Ella me dice que tú estuviste mejor de la bebida y que, de dos a tres cinco diez años atrás, tú volviste a caer en la bebida, mi rey. ¿Esto es cierto? Sí, señora, le da afrenta a uno reconocelo, le cuesta a uno dejar la bebedera, estuvo uno un tiempo en los Amónimos, uno, sus, comemierda, en los Anónimos, que diga, disculpe usté, que está uno

medio, no sé, uno está medio raro, no sé si usté conoce los Anónimos, pero estuvo uno más o menos arreglado y dispués. Sí, me dice esta señora que esa mujer tampoco es buena, veo engaño, me dice que esa mujer te engañó a ti, mi rey, esa mujer también hace brujería, esa mujer no es buena, esa mujer te hizo un daño. Tú estás otra vez con problemas, mi amor bello, tú, ella, la señora me dice que tú estás bebiendo a cuenta de esta mujer, que esta mujer te hizo una obra, que hay alguien que la enseña a ella cómo hacer los trabajos. ¡Aimeríííía!, chilló El Tiznado, ¡lo que faltaba!, lo sabía, lo sabía uno y fue a golele el culo a la muy jedionda, la muy. Mi amor, tú tienes que alejarte de esa mujer. Pero, señora, ¿no piensa usté? No quiere uno faltale al respeto a las ánimas, ¿pero no cree usté que las ánimas también se equivocan?, no sé, digo, digo yo, pero uno no es nadien pa dicir nada, que uno no sabe de esas historias y, no sé, digo, uno por dicir, si no será que las ánimas también andan medio confundidas y se equivocan ellas con que La Alemana es malintencionada, no sé, dice uno por dicir, porque en realidad uno, de espiritismos, lo que es entender no entiende mucho, pero es que yo a esa mujer la veo como que tampoco sea pa tanto el mal que quiera aquellarle a uno, porque ella lo quiere a uno más que el carajo, aunque se jaga la de rogar, pero tampoco le jaga mucho caso a uno, que uno no entiende mucho, uno no es muy sabedor de brujenterías, uno es más de la pesca y la chatarra y esas cosas y La. ¡Mi rey!, tú tienes un daño, dos daños hechos, este espíritu me está diciendo que tu amor no está ahí. Tú tienes un amor pendiente, es una mujer de negocios, una mujer rubia. ¿Estranera?, preguntó El Tiznado. Sí, mi vida. Y disculpe usté que uno le pregunte, dijo susurrando, pero ¿y si no le gusta a uno?, ¿y si es una alemana de esas chupadas?, a mí me gustaba la alemana mía, yo quiero una ansina, mujerona, bajó aún más la voz y le dio por llorar un fisco, con resoplidos cortos, por haber dicho aquello de *la alemana mía*, porque era tanto y tanto lo que había pensado en ella, tantas veces que le habían mandado al fuelle dentro de la cabeza, que uno ya no es persona, uno ya es La Alemana, un brazo, una pata de La Alemana. Sé que está feo dicilo, doña, pero dispués no es como uno quiere y, bueno, también es verdad que a caballo

regalado no se le mira el diente, y si Dios o el destino, como usté le dice, que al resultar de cuentas la misma cosa son, le ponen a uno en el camino a una alemana diferente de la de uno, no le va uno a jacer un feo a la mujer tampoco, no le va a negar uno el saludo a una mujer con las tetas chicas, que las hay también, y pa gustos hay colores, y pa colores las flores, pero, oiga, no sé, digo, dispuestos a alegar con el destino, bajó todavía más el tono, no sé, digo, no sé, pos no sé si puede aquellar usté, que es tan importante en el asunto de los espiritismos, pa que sea la alemana mía la que..., ¿sabe usté?, no sé si me comprende lo que quiere uno decile, un fisquito más... aquello, ¿oístes?, con las tetas más. ¡Mi rey! ¡Tú tienes que venir!, yo ya no puedo seguir hablando contigo, yo tengo más gente a la que atender, personas que me están esperando atrás de la línea, mi vida. Tú tienes que llamar inmediatamente al número que te aparece a la derecha en la pantalla y pedir cita previa y venir conmigo, mi rey, para que yo te quite los daños, a la dirección que estamos comentando, la calle Mencey Pelinor, número 27, La Sabina. Te va a atender mi compañera Yanet, tú le vas a decir que tú quieres cita urgente conmigo, con La Hechicera del Amor, con La Hechicera, como tú quieras llamarme, que yo te dije que vinieras lo antes posible, mi rey, porque tú tienes una obra hecha por esta mujer que estamos diciendo y otra que es más vieja, por la que tú te encuentras mal de muchos años, pero te tengo que ver en persona, mi amor. Pero, señora, yo ahora mismo me encuentro en una situación que anda uno bastante arruchado. Mi amor bello, tú tienes un daño, eso es una cosa grave, mi rey, yo te lo voy a decir bien claro: si tú sigues así, tú te vas a perder la cabeza. Tú tienes que venir a la calle Mencey Pelinor, que yo te voy a ayudar con tus males, tú estás mal, mi vida, el origen de que tú estás mal es que tú tienes una obra hecha arriba, una obra que es de santería, tú lo que te pasa es que los actos que tú haces, tú estás enfadado, irritado, tú tienes unos cambios muy fuertes, tú lo que tú haces no lo decides, a ti te están controlando con este trabajo que sirve para dominar a una persona por completo, los actos no son tuyos, mi vida. Sí, señora, dijo El Tiznado. Tú no te preocupes, mi rey, tú lo que tienes que hacer es venir inmediatamente conmigo pidiendo cita en el

número que aparece abajo a la derecha y tú no te preocupes que ya te vamos a solucionar tu problema. Gracias, señora Brujenta, dijo El Tiznado. Hasta luego, mi amor bello, que Dios te bendiga.

Abrió la palma de la mano y miró las pesetas que le sobraron. Sé sintió agoniado de repente. Cerró el puño, apretó los dineros y la volvió a abrir. Si ya había vivido todo ese tiempo no con un daño, sino con dos, se podía aguantar un fisco más y usar el dinero pa llamar a Tío Aurelio. ¿Diga?, chilló el viejo desde el más allá del teléfono, y lo imaginó en el cuarto de estar, con la ropa renegriando de andar en las huertas, echándole de comer a los perros. Tío querido. Ah, cabrón, me tenías asustado, ¿ónde andas metido? No se preocupe, tío del alma, uno está bien, aquí, con la guitarra, cantando entretenido. Miró parriba, El Tiznado: una tremenda de nube corrió por el cielo y pegó a mandarle de duro otra vuelta. La lluvia era un bombazo solo de un viaje, como quien emborca un balde de agua en el camino después de limpiar la casa. ¿Qué estás hablando, muchacho?, sácate la papa de la boca, que no se te escucha un carajo, habla como Dios manda. Que no se preocupe, que está uno bien aquí, que está lloviendo como el demonio y no se escucha, que lo llama uno pa dicile que me marcho y no vuelvo, que tiene uno un daño arriba de las espaldas, dice. No uno, sino dos, pa que usté vea, ¿no le dije a usté que uno se encontraba medio pichí pichá? Se puso El Tiznado a rascar los números de la cabina sin presionarlos. Por atrás del cristal requemado se fijó en que seguía La Brujenta puesta en la tele del bar. Aquí también está lloviendo como el diablo, dijo Tío Aurelio, pero escúchame, carajo, ¿tú estuvistes otra vuelta con las brujerías y las mierderías esas del carrizo?, entre La Alemana esa y las brujentas te tienen engañado como a un chico menudo, déjate de historias y vuelve pa tu casa, mariscón. Tío, uno está cansado, usté sabe que uno lleva años y años aguantando en la casa y uno no quiere a Engracia, yo nunca la ha querido. Sus, me estás poniendo los pelos de punta de sentirte namás que con los cuentos tuyos. Tío del alma, lo único que le pido es que le diga a Engracia que traspongo, que patrás no viro, que sanseacabó, pero por Dios santo y por lo que usted más quiera, escuche lo que le tengo que dicir: le pido por lo que usté más quiera en la vida que a

Cathaysa no le diga ni mu de este asunto. ¿Yo?, gritó el viejo. No diga nada, tío, por Dios, por lo que más quiera. ¿Y qué diablos voy a dicir yo, mi niño?, ¡más me dieeeran a mí!, ¿qué más me importa a mí que tú te quieras amargar la existencia tuya?, a mí eso ni me va ni me viene, tú sabrás con las cosas tuyas, cosas de bobos, me parece a mí. Tío, yo me voy a quedar un tiempo por acá por la parte del Sur, pa espejarse uno la cabeza, y dispués ya se irá viendo qué rumbo coge uno. ¿Qué cosas tienes que pensar tú, muchacho?, déjese de cuentos, dispués vas a volver llorando al pie mío. No, tío, yo no voy a volver patrás como los cangrejos. Mi niño, ¿tú estás seguro de lo que tú estás diciendo?, ¿tú estás aquello de la cabeza?, esas decisiones hay que tomalas con calma, que dispués es más malo. No, tío, ya uno habló lo que habló, respiró El Tiznado como un gato enfermo, demasiado rápido, garrando demasiado aire en poco tiempo, pero que le supo a poco. Sus, mi niño, pos ¿y qué quieres que te diga?, si ansina lo quieres jacer tú, ansina será, ¿qué quieres que te diga yo, muchacho? No, tío, yo lo llamo por avisalo, pa que usté sepa, porque usté es como el padre de uno, no se jaga el bobo, pero escúcheme, por la Virgen santa, que no puede dicile usté nada, tío querido, por lo que más quiera, no le diga nada a Cathaysa de que traspuse, porque eso se le parte el alma. ¿Yo?, más me dieeeran, eso no es asunto mío, mi niño, a mí no me cuentes historias, eso sí te digo, Tiznado, mira a ver dónde te andas metiendo, que en la viña del Señor hay cueros, y bien grandes, y lo engatusan a uno, que tú ves una verija suelta y te botas como cosita mala, sin pensar, y si por lazos del Diablo te toca un poblema, y de los grandes, a mí no me estés dispués metiendo en camisas de once varas, que ya estás advertido; no te bastó con tener los asuntos de La Alemana con la ley, sino que encimba vas a buscar más pleito; garra consejo, sobrino, que quien garra consejo siempre coge buen rumbo: lo único que voy a dicirte es que te estés con sei ojos, porque tú sabes que tú eres medio aquello con la bebida, y te desbaratas tú solo, y mira a ver si vas a andar otra vuelta metido en las máquinas, que la mierda esa no trae nada bueno, yo bien eché y eché dinero en esas putas y, ¡mira!, me quedé completo esperrado, viejo uno como es y todo, y eso era pa estar gozando, más bien que

el carajo, y, mira, pa que tú veas, está uno arruchado, sin un duro. A El Tiznado las ideas le entraban y le salían por los oídos como una barranquera, fuerte, continuo, igualito que el palo de agua que estaba cayendo. Los consejos así dados tan directos le costaba garrarlos. ¿Tienes más que sea onde quedarte?, le dijo el viejo, parecía que medio entristecido. Sí, tío, usté por eso no se procupe, que yo tengo amigos y conocidos por todas partes, usté sabe, y cualquier día viene y nos echamos unos lances más que sea, pero por Dios y por la Virgen, solo le pido que no le diga nada a Cathaysa, que, por lo que más quiera, Engracia no le diga nada, porque eso se muere de la tristeza igualito que un pájaro chiví enjaulado; que le diga a la chica mía que uno se fue a pescar pa La Gomera y que horita vuelve, y ya más adelante la llama uno y le explica el asunto, que ella va a entender, porque eso es más inteligente que el carajo, ¿eso?, eso es más lista que una tea, igualita que el padre, y eso, tiíto querido, que ya yo lo dejo porque me voy. Fundamento, Tiznaaado, dijo Tío Aurelio, y la llamada se cortó, pero pudo completar él mismo en la cabeza las palabritas: *y no te digo más nada*.

Se quedó El Tiznado bajo el cancanazo de agua, por fuera de la cabina, mojado, apestando como un perro mojado. Pensó en volver a entrar al bar pa echar el cuento de guarrindonguerías, pero creyó que era mejor resolver lo del dinero más adelante. Abrió los brazos, dejó entrar el agua por la boca de la guitarra y abrió también la boca suya. Le gustaba a El Tiznado beber el agua directa del cielo, le parecía medio bendita. Cerró los ojos y pegó a tragar igualito que un pato. Quiso hablarle a Dios, quiso decirle algún aquello, algún comentario, que siempre tenía él cosas que decirle, pero no tuvo palabras, no supo cómo. Pegó a caminar otra vuelta, con la guitarra debajo el brazo igualito que un bocadillo chorizo. Pegó a caminar otra vuelta, caminar, que es lo que jace uno cuando no sabe lo que jace.

Parte II

Traía los tacones en las manos, Cathaysa, descolgajados como perdices muertas. Tenía todavía las bragas pegajentas de pensar en aquel chico. Se las jaló, las dejó caer sobre la piel enfanguillada y ya con cañones de pelo negro reventando por los viros. Le dolía la espalda por la parte baja de la cintura. Abrió el portón de tea vieja y pintada de verde que daba al patio. Con un chillido de aguililla se arrastró pesado y confuso contra ella. ¿Y si no lo vuelvo a ver más nunca?, se dijo, asustada. Seguían las banderas de la Virgen del Socorro colgando de la azotea de Engracia, escoloridas ya de tantos años de engalanar la casa por las fiestas, justo arriba de la pared en la que El Tiznado había hecho las islas Canarias talladas en piedra volcánica. La casa era mitad terrera, de las antiguas, que se notaba la rugosidad de la piedra abajo de la pintura y con remiendos y más remiendos hechos por el padre, y mitad nueva, con cuartos adosados construidos con materiales encontrados, que parecía un auténtico estalaje. ¿Y ahora qué hago?, volvió ella y se dijo. Los cuartos nuevos estaban todos sin encalar, y el bloque liso se había vuelto mujiento y blanco por culpa de las eflorescencias. Los matos crecían altos, abrazados por parchiteras y chayoteras que se enredaban de todo lo que trancaban. Vista desde fuera, se parecía completa con un jardín botánico. El padre de Cathaysa traía semillas de todos esos mundos de Dios. Le gustaba a El Tiznado ir ajuntando matos frutales que le regalaban para después ir haciendo injertos, pruebas e invenciones. Le encantaban los injertos complicados, a El Tiznado. Tenía, en el mismo mato, cirgüelas, duraznos pelones y damascos, uno en cada gajo. Le encantaban también las flores encarnadas, como la esterlicia. Andaba Engracia cansada del trabajo que daba tanta mata suelta. Le gustaban también a ella las flores, sobre todo en los poyos de la entrada, y las cuidaba y las mimaba

como si fueran las hijas, pero no las quería dentro del terreno. El Tiznado había vivido siempre en el botarate y en el fisquerío y no sabía diferenciar ya entre alimento y belleza: las flores iban primero, primero antes incluso que las cosas de comer.

Caminó escalza sobre la tierra, Cathaysa. Sintió los maloricos y las miñocas en la punta de los dedos. La tierra mojada entro las uñas, un malestar al centro de la barriga. Sobre del suelo de cemento que rodeaba la huerta, algunas gallinas picotiaban entre bujías y cables pelados que el padre botaba de la chatarrería. Todo el cemento brillaba como las centellas, manchurriado del líquido de las baterías, platiado de la fundición del plomo. Al lado de la chatarrería, que era un cuarto hecho de chapa y tablones de madera, de puertas y más puertas encontradas en la basura y que no hacían de puertas sino de paredes, escuchó a Engracia traquinando en el gallinero. Se quedó Cathaysa debajo de la lluvia, mirándola por entre la malla de las paredes. Solo se escuchaba el tintineo suave del sereno apaciguado y el jurgar de Engracia, que estaba raspando con un sacho la gallinaza del suelo. Se notó ella un desatanudos enredándosele en los pies. Los desatanudos son más buenos que el carajo, le decía El Tiznado, cuando hay desatanudos la tierra está sanita. Engracia no levantó la mirada, no dijo ni porai te pudras. Salió pafuera a poner la gallinaza en la tonga separada del istiércol que después vendía a la platanera. Una varajada de aire le llegó directo a las narices a Cathaysa: istiércol, tierra y sudor, uvas pasadas, nísperos calientes, azafrán amorosado sobre la tapa del caldero, una cucharada de reunidos, el pelo de los perros cuando se duermen abajo del sol al atardecer. Era el olor de la madre. La observó callada. Pensó que capaz Engracia estaba rabiando de que hubiese vuelto ella tan tarde de cas La Macha, donde se había quedado a dormir. Tuvo miedo de que le viera la cara y se diera cuenta de que había andado de sobajenta con El Higo Pico, así que bajó la vista.

Garró Engracia una brazada de coles de orilla y aprovechó para arrancar un fisco más de hierba. Le salió mezclada con trozos de cables, porque allí mismito, sobre aquella esquina de la huerta, los pelaba El Tiznado para sacar el cobre. Las gallinas daban vueltas alrededor de Engracia como cochitos chocones, pero ella no les

recitaba el *juite pallá, muchacha, tú sos boba, ¿te jace falta que te meta un trancazo seco en el cogote*? de todos los días. Volvió a pasar Engracia por alante de la hija y se metió al gallinero con el jace de hierba como si nada. Les puso un puñado de millo en los huecos del comedero. Les botó un brazado de coles y otro de vinagreras en el piso recién raspado. Metieron los cogotes las gallinas, las quícaras y los dos quíqueres en los bujeros del comedero y les desaparecieron las cabezas. Se acercó a la madre, Cathaysa. Estaba ahora alongada sobre los ponederos, con las faldas arrastrando al piso. Siempre llevaba una falda larga, Engracia, a cuenta de los picores de las verijas. Algunos de los huevos ya estaban picados, y eso le preocupó a Cathaysa, porque Engracia solía ajuntarlos temprano para que las gallinas no se los comieran y los echaran a perder. Ma, dijo enterrando entodavía más los pies en la tierra, y se quedó pensando la continuación de la frase: ¿te traigo un fisco de algo? Volvió a salir Engracia del gallinero a enterrar los huevos picados en la tonga del istiércol. Estas putas tienen falta calcio, habló por vez primera en toda la mañana, todavía sin mirar a la hija.

Se fijó Cathaysa en la huerta de la casa, que estaba justo por detrás del patio. Había coles y lechugas, beterradas y palotes de millo seco ya cogido del verano. Como en las demás casas del barrio, el terreno se aprovechaba al máximo, pero era Engracia de mucho fundamento e intentaba, cada año, comprimir la tierra más aún si cabe: las arvejas y las judías las enredaba en las matas del millo; las batatas, por las orillas para que la rama colgara por las paredes; las pantanas, al pie de los majanos que pegaban a caminar por sobre de las piedras. La huerta parecía normal, pero junto a las verduras convivían la chatarra entongada y los matos traídos de otros lados del mundo. Había caña de azúcar, que le recordaba al padre a los tiempos de Cuba y Venezuela, tabaco, peluches amarrados al tronco el guayabero, duraznos escachados, veletas y molinillos hechos con basura, muñecas hinchables que espantaban a los pájaros, motos rotas, teles fundidas, radios quemadas, escopetas partidas, matas y más matas de bambú que El Tiznado había sembrado para hacer cañas de pescar y que empezaron a hacer una extendedera que no

tenía fin, que se llenó todo aquel barrio de matas de bambú y ya se había vuelto hasta famosa por otros barrios aquella cañavera. Se fijó Cathaysa en la caña de azúcar. Bien le gustaba cuando el padre llegaba con la caña cortada y pelada y empezaba a chuparla ella como un chupete. Todo el mundo le decía que el padre estaba eschavetado, pero a Cathaysa le encantaba la eschavetadera. Chernobi, llamaba El Tiznado a la huerta de la casa, y a Engracia se la llevaban los diablos, pues decía que el gusto de las cosas no era el mismo con tanto cable y bujía junto.

Llenó Engracia un cubo de agua manchado de cemento en la llave de por fuera de la chatarrería. Observó la hija aquel cuarto. Tenía la puerta medio abierta, y vio la fragua en la que el padre calentaba el hierro para después moldearlo. Recordó las mañanas de olor a fuego dormido, viendo a El Tiznado traquinar con el cigarro trabado al labio y las rancheras de la radio puestas. Cathaysa jugando a los muñecos y El Tiznado majando el hierro sobre del yunque con un sonido rítmico como de repique de campanas. Trabajaba él y cantaba al mismo tiempo y, a ratos, alegaba con la hija acerca del tema de que los budistas eran gente que volaba poniendo la mente en blanco. Engracia entró otra vuelta al gallinero para llenar la pileta de agua. Uno de los quíqueres se le botó a las canillas a clavarle los espolones, el más pequeño de los dos que había, el más ruinito. Tenía el culo levantado, blanco y negro con luces azuladas en las plumas, coloradito, con la cresta chica y el cogote engrinchado. Era más rufito que todos los gallos juntos, y el favorito de Cathaysa. No chilló, la madre, solo se ajeitó las faldas. Como sigas ansí, le dijo, hoy vas directo al caldero. Lo ajució para entrar a poner el agua en la pileta de cemento y el quíquere volvió a botársele. Ese cabrón cae hoy al caldero, ¡trae un palo pacá, Cathaysa!, que lo voy a esnuncar, le voy a escachar la cabeza. ¡Ma!, déjalo al pobrecito, dijo Cathaysa atemorizada. Engracia era muy ahorrativa, no era capaz de matar a un animal si todavía podía sacarle provecho, y ese quíquere era muy jovencito. ¿Qué le pasaba a la madre? Mira parai, siguió Engracia, mira parai el hijueputa este, y me manda con los espolones en las canillas, se levantó las faldas, cómo me jizo ese cabrón, y mostró las canillas picotiadas, repitiendo: este cae pal caldero hoy. Ma, por

Dios, deja al quíquere quieto. Alzó la cabeza, Engracia, por vez primera en todo el día. Los ojos eran negros, enterrados, abiertos como cuevas húmedas y hermosos, la cara surquiada, cascada por el sol, las cejas y el bigote negros peludentos, el pelo negro grueso tupido que le nacía y le nacía como una fuente de agua del centro de la frente. Llevaba siempre un pañuelo de flores amarrado en la cabeza que le aguantaba el pellejo tieso. Era una mujer antigua, tan antigua como un drago. Tenía cincuenta años, pero parecía lo menos de setenta. Era vieja desde que Cathaysa tenía recuerdo.

Tu padre no vino anoche, dijo empinando el bezo. Se puso la chica blanca escolorida. Llamó Tío Aurelio esta mañana que se fue a pescar un fisco pa La Gomera con los amigos que tiene. Le estaba entrando frío en los pies a Cathaysa y esperó que la madre le chillara por andar escalza, pero no llegaba ese momento. Vete y apártame el agua del fuego. Pero, ma, abrió la boca ella para quejarse, pero la madre no la dejó resollar. ¡No seas caprichuda, María Cathaysa!, dijo sacudiendo las manos en el aire, a ver si te llevas un moquetazo por jocicuda.

Estaba ya evaporada, el agua, quemado casi todo el fondo del caldero. Dejó Cathaysa los tacones en una esquina de la cocina y se fijó en la mesa llena de cacharros que recogían la lluvia que caía por los bujeros de las planchas del techo. Apartó del fuego la greña millo con la que la madre se hacía los lavados de los picores de las verijas. Garró un plato chico de flores y lo puso sobre del caldero quemado. Lo llevó hasta el poyo y lo colocó arriba de un cogedero. Abrió la nevera. No le gustaba a ella el jedor del pescado, pero le gustaba saber que el padre lo había dejado guardado por la madrugada al regresar de la pesca. Dentro no había pescado ninguno. Se le pusieron los pelos de punta. Ya de menudita había aprendido a ir comprobando la presencia del padre por las cosas que dejaba en la casa, sobre todo desde los tiempos en que tuvieron que poner tres denuncias por desaparición seguidas, Cathaysa no paraba de hacer

comprobaciones. La lluvia se hizo pesada, densa como potaje molido. Los cacharros de las goteras de dentro de la casa empezaron a truncunar más fuerte. Salió ella pal patio. ¡Ma!, chilló, alongando el cuerpo de la desesperación, ¡ma! Engracia se levantó del suelo como buenamente pudo, botándose la mano al costado derecho. Tenía siempre un dolor metido que la hacía eructar hasta veinte y treinta veces seguidas. Padecía de muchos dolores, Engracia, dolores que le iban caminando, mudando de sitio como cangrejos corriendo por los riscos de la mar.

No le dio tiempo a hablar a Cathaysa. Un acelerón al canto abajo de la calle, unos truncunazos. ¡¿Vistes, ma?!, chilló contenta, como un saltón brincando en el agua, privada que no le cabía un volador por el culo, ¡¿vistes, ma, cómo vino?! Salió las carreras por el patio pafuera con el cancanazo de agua que caía del cielo a todo dar. Arrastró el portón de madera con un samagazo. Runrún. Lo sintió viniendo de allá, del final de la carretera, y se le puso el corazón en el aire. Lo sintió en el cuerpo entero, como cuando los perros reconocen el silbido del amo. Le pareció a ella que no podía ser aquel ruido otra cosa que la Nissan del padre. Se llevó las manos al pecho y corrió por la carretera a recibirlo. Gomitas, chupetes, crucigramas. Se asustaron las vecinas del ruido y como un resorte salieron escopetiadas a sacar el jocico por el virito de la puerta, con la boca tapada, eso sí, que a más de una los correntazos le reviraban el labio. Piedras, bastantes piedras brillantes, libros de guanches, espadas, collares de perlas falsas, sujetadores de lentejuelas, dados sensuales de guarrindonguerías: toda la vida aquel ruido de coche era la señal de que venía un regalito, por muy chiquito que fuera. El morro de la furgoneta se asomó sobre el rasante de la carretera. Tenía la chapa medio escachada, y eso le sorprendió. Ya las lengüinas del barrio empezaron a repartir las cáscaras al cochino, no les faltaba sino garrar un micrófono, montarse en un coche con altavoces del pregón de las fiestas y decir: vecinos del barrio, escuchen: El Tiznado se espareció y volvió con la misma, cargado como un piojo, sí, ansina, como lo están sintiendo, Engracia lo va a emparejar, ahora sí vamos a tener fiestita, comadre. Ni chascar les hacía falta, el darle a la lengua iba primero

que cualquier cosa: la lechi gofio, el guisar las papas, el baldiar los patios, el atender al marido. Escuchó Cathaysa cómo se calaba y tardaba en arrancar el motor, y supuso que el padre traía una cargacera de las duras. Toda esa curia de mujeres juroniando, namás que en la tiestería, chiquita fiesta, comadre, las camas sin aquellar, la loza sin fregar, y aquí alcahuetiando, ¡ni que venga Dios y lo vea! Regañó los ojos, Cathaysa, porque la brumacera del cielo encapotado no la dejaba ver. Era esa una luz quemona que achicaba los ojos y la dentadura. Entre cortinas de agua y más agua, vio la Nissan avanzar con cansancio, caminando mucho más despacio que de costumbre, porque por lo normal El Tiznado iba en el aire. ¡Aaaay, Dios mío!, esas mujeres, los nervios, todas alteradas de la ilusión que les hacía el cuento, mira la chica de Engracia, ¿y esa chica no tiene frío?, eso está como una cabra, que se enferma con este tiempo que anda metido, muchacha.

Runrún, la furgoneta al dale que te pego que no salía ni con el freno mano. Run, el pestazo a embrague quemado en todo el cruce, runrún, ¡muchacho! Run, ¡Nieviiiitas, escuche parai!, se fueron ajuntando las vecinas en la entrada de una sola casa, el runrún, el Nieves, el trae un fisco café, y las papas también, si quieres, y te ayudo a pelalas, que tiempo tenemos bastante, que ni pa sacar el coche del pegue atina ese hombre, sus, sus, sus, muchacha, ¿un fisquito café, comadre? Run, ¡escuche parai! Runrún, ¡escuche!, ya viene El Tiznado cargado como un piojo, que ni qué chico pleito se va a formar ahora a cas Engracia, muchacha. La Nissan salió del pegue de una última guinada, run. Nieviiitas, mira la chica de Engracia, las carreras. Cathaysa fue a parar al banco en el que se esperaba al taxi, tan contenta, con el culo empinado igualito que una alpispa. ¡Paaaapiiiiii!, chillaba, ¡papito querido del alma, por Dios, papi querido! El pestazo a embrague quemado y la contentura la tenían mariada. Mi niña, pa ella el padre es lo más sagrado que existe, mis, besito en señal de juro, eso vuela los vientos por El Tiznado. La furgoneta no traía rancheras a todo dar, ni cumbias, ni boleros, ni merengues, traía otra cosa. Mis, por esta cruz bendita, eso es verídico, pocas veeeces, me recuerdo yooo, eso era un fisco chica y se la pasaba llorando por los caminos porque ese hombre del

diablo trasponía pa esos Sures a dice que jallar chatarra y se esparecía lo menos una semana. De frente, Cathaysa no lograba verle la cara al padre, la tenía tapada por el parasol. ¡A jallar chatarra no, Nievitas!, colocándose un dedo a cada lado de la frente, ¡muuu!, comadre, ¡mu!, empujando los dedos palante, a mandarle al fuelle será, a andar de trulenque, eso sí, que Engracia tiene más cuernos que un toro, por Dios santo; eso no jace falta ni que me lo digas, muchacha, que eso lo sabe hasta el más bobo, y Engracia que se la pasaba busqui busqui por todos lados hasta con papeles con la afoto de El Tiznado pegados en los postes de la luz. ¡Menos mal que vinistes, papito!, chillaba Cathaysa con chuchazos de nervios trepándole por las patas igualito que arañas peludas, ¡menos mal que ya vinistes, porque ya yo pensé que te había pasado algo malo!, run, esa Nissan cogiendo fuelle por el cruce parriba, ruuuun, ruuuuuuuuuun.

Cathaysa se desarrimó de la carretera por si con la siquitrina la mataba en el acto. Ya una vez cuando ella era chica, seguían las vecinas alegando, tendría ella dos o tres años, se escapó de la casa atrás del padre, llorando porque se iba pa los Sures. Aquel hombre le mandó patrás con la Volvaguen vieja aquella que tenía en aquel entonces y le dio un macanazo que la mandó volando por los aires lo menos seis cinco veinte metros. La tuvo que sacar el padre por las patas igualito que un baifo, menos mal que eso no se jizo sino namás que un fisco apenas en la frente, pero El Tiznado salió las carreras porí pabajo pal médico, que me recuerdo yo que le jice un fisco cura en la frente antes de que se la llevara pal puesto socorro, muchacha. Papi, se tapó la cabeza Cathaysa con los brazos, pero ya daba lo mismo, papito, tenía los pelos churretiados del agua, empapados completos. Tendrá muchas cosas, El Tiznado, pero eso pa la chica de él es la gran locura, cualquier fisco rajuñazo que se jaga, eso vuela los vientos pa dir al médico con ella, pa que tú veas cómo son las cosas, mi niña, lo borracho no quita lo valiente. Puso el oído atento, Cathaysa, y se dio cuenta de que traía puesta una emisora en otro idioma.

Las crines de una yegua, esa pelambrera rubia casi blanca tendida arriba de los hombros que daban ganas de peinarla con los dedos,

dos chapones colorados de venas estralladas en los cachetes como los que también le salían al padre y, gua gua gua, iba la Nissan cargada de perros podridos dando tumbos en la parte trasera. Bajó el ventanillo, se empinó las gafas negras sobre las narices y miró a Cathaysa. No, no era El Tiznado. Los ojos claritos claritos como un cielo sin bruma. ¿Puede hablar con Engracia?, dijo como si se estuviera rastrillando los dientes con la lengua. Cathaysa no supo qué responder. Las manos las tenía hasta los topes de pulseras, una blusa de saco, los hombros escotados, puros anillos de plata como bimbos, las uñas ajeitadas, limpitas como las lajas de un barranco, ¿tú me escucha, niña? Un angelito del cielo. Las vecinas se pusieron en las entradas de las casas. Los gritos, Nieviiiiiiitas, sal pafuera por Dios bendito te lo pido por lo que más quieras, presinándose hasta diez veces seguidas, está La Alemana en persona ai defuera. La vieron subir por la carretera hasta alcanzar la entrada de la casa de Engracia y quedarse aparcada. Bajó de un brinco de la furgoneta y abrió la puerta de corredera para dejar salir a todos los perros. Cathaysa se quedó paralizada en el cruce, la había visto dos veces contadas y no podía creérsela. Ya sí se botaron casi todas las vecinas del barrio a la carretera, con los escobillones en las manos, haciendo de que barrían el piche mojado en cholas de levantar en dirección a cas Engracia. Barriendo el piche sin dejar de mirar a aquella mujer de crines largas y lisas como babas de chuchangas, ¡sus sus sus!, dijo una de ellas presinándose otra vuelta, más vale, agarrando a Cathaysa por los hombros, más vale, mi niña: será mejor que vayas pa cas tu madre porque la cosa está calentita. Cathaysa empezó a caminar como anestesiada por la subida, sin dejar de mirar a esa cacho mujer de casi dos metros que arrastraba una falda blanca sobre dos cholas de esparto. Sitz!, le dijo La Alemana a los animales, y se fueron sentando uno a uno alante de la puerta de la entrada. Los perros, pensó Cathaysa, y se le pusieron los pelos de punta, pero ya no había más remedio.

Pun pun, se sintió la puerta de aluminio abajo del puño cerrado de La Alemana. Todo el mundo iba a cas Engracia por el portón de madera del patio. Solo cuando venía la gente de fuera, el panadero y las deudas, tocaba alguien por la puerta de alante. Eran menos de

las diez de la mañana y Engracia pegó a chillar como una cabra en un barranco, ella, que no soportaba que averiguaran de los asuntos del marido. ¡Yo a esta mujer no la quiero en mi casa, María Cathaysaaaaa, por Dios!, ¡yo a esta mujer no la quiero!, chilló Engracia desde la puerta de la entrada, y se desató el ladrerío roto de perros. Se le paró el corazón en seco a Cathaysa de escuchar a los animales. A diferencia de El Tiznado, que sí le había contado la infancia de al revés y de al derecho, Cathaysa no sabía nada de la madre, excepto que les tenía miedo a los perros. Lloraba mucho Engracia, cuando menuda, y los padres, para que los dejara trabajar en los terrenos de la finca de al lado, un caserío antiguo de gente pudiente en el que eran casi esclavos, la ponían debajo de un cajón de madera virado con bujeritos para respirar. Los perros de la finca, que eran bardinos grandes y negros, venían a ladrarle a Engracia por los bujeros hasta que le dolían los oídos. Así se pasó los primeros años de la vida la niña, chillando y llorando hasta que el cuerpo le alcanzó el tamaño para poder trabajar. Decía Engracia que no lo hacían por maldad, lo de meterla en el cajón virado, que era así como uno aprendía bien aprendido, que no sería quién era ella hoy en día si no hubiera sido por ese cajón virado; que aquello la había enseñado a ser una persona recta, como Dios manda, que la habían enderezado; como si el cajón de madera fuera una vara clavada al tronco torcido de un duraznero que se empeña en nacer cambado y el enderezamiento, la capacidad de no llorar más nunca, por más nada, porque aunque de niña lloraba y lloraba, y cuanto más la encerraban al lado de los perros, más lloraba, ya de grande no se dejaba afectar por las cosas, o eso parecía.

Llegó Cathaysa, las carreras, hasta la puerta. Las vecinas la siguieron atrás enfolinadas, que aquello parecían ruedas de fuego, haciendo fuerzas con los dedos de los pies para que con el corri-corri no se les cayeran las cholas de levantar en las encharcaderas de agua. La Alemana quería hablar, pero Engracia era chillando de los nervios, aferrada a la puerta sin abrirla del todo. ¡Por Dios, llévense a esta mujer de mi casa!, gritaba, agarrándose el pañuelo de la cabeza con las dos manos llenas de gallinaza y tierra. Estaba toda dañada, no se sabía si de ver a los perros, a La Alemana o las dos

cosas. ¡Aaaaaaaaah!, Cathaysa hipnotizada por la belleza de aquella mujer gigante. Engracia botó las manos palante y le agarró la blusa pa espedazarla completa. Ma, por Dios, Cathaysa, cállate la boca, ma, por Dios, Cathaysa, por Dios te lo pido, y Cathaysa quitándole las manos de la blusa a la madre, ma, por la Virgen santa te lo pido, María Cathaysa, déjame a mí, que yo sé lo que jago, ma, por Dios, ma, que se van a matar como perros. ¿Los perros? Los perros pegaron a ladrar aún más descontrolados. Esa Alemana con la blusa toda alargada que se le salían las tetas fuera del sitio. Sin moverse, decía: yo no quiere problema, poniendo la otra mejilla como Jesucristo, yo no quiere problema, yo quiere hablar. Las vecinas desde el medio la carretera, chacha, chiquita fiesta, eso está bueno pa que aprenda la calentona, mándale, Engracia, mándale, que no ves que se deja, que parece que le gusta. Ma, déjala pasar, por lo que más quieras, déjala entrar pa que diga lo que tiene que dicir y que luego se marche pal carajo. Mujer, tú no comprende, yo no quiere marido tuyo, yo no quiere problema, nada. La Alemana como un machango de resorte, palante y patrás que hasta nudos se le hicieron en los pelos. Tenía ya toda la blusa desvarada, no problema, no problema, rogaba cubierta de gallinaza y tierra de las manos de Engracia. No poblema, dice la condenada, no poblema te voy a dar yo a ti, ¡esquerosa!, ¡estropajo!, hasta que uno de los perros vino enloquecido ladrando, ay ay ayaaaay, y Engracia salió corriendo atemorizada a ponerse atrás de Cathaysa. La Alemana alzó los brazos en el aire: nein!, dijo, ajeitándose las ropas. Engraaaaa, déjala que entre, muchacha, las vecinas ya cada vez más arrimadas a la casa, las cositas mejor hablalas, Engraaaa, que si no dispués aquello, déjala y métanse padentro, déjala a ella pa ver lo que te tiene que dicir.

Engracia entró a la casa y, después de ella, Cathaysa y La Alemana. Atrás, las vecinas. Yo no quiere problema, decía abotonándose la blusa escolgajada. Fas, los resuellos de Engracia que parecía que le iba a dar algo, toda esmagada de los nervios. Unos fuegos por las patas, unos tembliques. Se botó ella arriba de la silla de la cocina. Cathaysa empezó a abanarla con un trozo de cartón con el que tapaban un bujero de la despensa por el que se

metían los ratones. Ay, María Cathaysa, abana un fisco más fuerte que me falta el resuello. La Alemana se colocó de frente y la miró a los ojos. Las vecinas privadas con la oreja empinada como los perritos cazadores mientras desenroscaban la cafetera. Cathaysa miró a Engracia y se fijó en lo diferente que era de La Alemana la madre. Aquel rostro cuartiado de pasarse los años atendiendo los terrenos debajo del turre, la espalda rota y cambada, la peta que empezaba a asomar por arriba del lomo, aquella peta de cargar jaces de penillo desde los cinco años, que los cogían en el monte y los llevaban hasta la costa, a escondidas, para venderlos al estraperlo sin pasarlos por las pesas y ganar así algún durito más pa la casa. Luego esa mujer espigada, que había que dividirla por partes para verla completa. Era guapa y luminosa. No tenía explicación. Pensó Cathaysa en hablarle en inglés, como le había enseñado el padre, pero por primera vez se dio cuenta de que no sabía ni decir jelou en voz alta. Sintió una afrenta. Una vergüenza antigua, una angustia que se la chascaba por los hombros. Era una afrenta de ella misma y de todo; no supo por qué, pero estaba claro que tenía que ver con La Alemana.

Se metió aquella mujer una mano dentro del bolso de cuero que llevaba colgado del brazo. Engracia se viró contra la pared para no verle la cara y se quedó de frente a un cuadro de la Virgen de Candelaria que llevaba un marco de burgados que El Tiznado había encontrado en la chatarra. Yo no quiere nada, no problema, dijo poniéndose aún más colorada de la cuenta. Se fijó Cathaysa con más atención en la piel de La Alemana: era toda llena de pecas del sol y tenía boquetes de espinos viejos que le habían dejado abiertos los poros de la cara. Un tipo de quemazón de la piel, una hinchazón que solo le había visto a la gente que se daba a la bebida. Tú piensa que yo tiene algo, pero yo no quiere nada, Tiznado no importante. Arrugó Engracia los viros de los labios en una sensación de ascuas y se escupió en la mano, pf, dijo, sacándose un cisco de la boca, y todavía dice que no importante, la muy jedionda. A Cathaysa le dio una afrenta tan grande que la madre hiciera eso de escupirse alante de una alemana... Mis, dijo Engracia después de limpiarse la saliva con un pañuelo que tenía en el bolsillo de la bata, esta mujer se

piensa que uno es bobo, sin dejar de mirar a la pared, ¿esta gente qué se piensa?

La Alemana lanzó las llaves de la Nissan sobre de la mesa y sonaron como un escorrozo. ¡Aaaah!, Engracia levantándose del asiento, ¡pero será tremenda puta!, dijo botándose como cosita mala a asfixiarle el gañote. Cathaysa agarró a la madre por los hombros y la jaló sobre de la silla. ¡Ma, por Dios!, tranquilízate que te va a dar algo. ¡Cállate, Cathaysa!, que vienen a la casa de uno y se creen que lo pueden tratar a uno como a un machango. Sus sus sus, las vecinas sacaban una cafetera atrás de la otra, lo que dijo el tiesto La Alemana, el tin tin tin de la cucharilla removiendo los montones de azúcar dentro de la cafetera, el plato con tazas arriba de la mesa todo bien colocadito. Todavía viene y dice que no quiere nada con El Tiznado, ¿ahora?, dijo gesticulando contra la pared, ahora te lo metas por donde te quepa, ¡sinvergüenza!, no poblema, mis, dijo levantando el dedo que no era para no hacer el corte de mangas, porque Engracia hacía de todo, pero había dos cosas que no hacía nunca: cagarse en Dios y enseñar el dedo. Yo te jura que yo no tiene nada con marido tuyo, yo no quiere coche, a mí coche molesta mi casa, yo no problema. Arráyate un millo, dijo Engracia, y se viró pal lado derecho como si estuviera a punto de mirar a La Alemana. Pero no lo hizo, solo cambió la mirada hacia la pared en la que estaban colgadas más decoraciones de la chatarra: sombreros mexicanos, espadas, suecos de madera, relojes de caracoles, un acordeón, bucios que El Tiznado sonaba que parecía el hombre de la bombona, enciclopedias y libros de guanches, de los que Engracia solo miraba los dibujitos porque no sabía ni leer ni escribir, solo dibujar el nombre muy despacio en la parte baja de los documentos. Yo no quiere saber, yo mi casa tranquila, yo animales, yo tranquila. ¿Tú tranquila?, repitió otro corte de mangas de mentira, golpeándose el codo con la palma de la mano, mis, le hizo, pos muy bien que me parece, pos yo también estoy tranquila, tú en tu casa, yo en la mía y Dios en la de todos, tú no te alteres, mi niña, Dios está arriba, Dios dirá. Ma, por Dios, dijo Cathaysa. Yo no dice nada policía, seguía La Alemana con calma, yo no dice nada Tiznado, yo todo bien, pero promete Tiznado no busca mí, Tiznado no viene, yo

no problema. Engracia se ensanguinó: ¿y qué diablos?, dijo ya virándose contra La Alemana, ¿y qué jago yo cuando yo no gobierno en la vida de nadien?, y aflojó el tono, remachándose patrás en la silla, mandándole un sacudiazo a las faldas para ventilarse, ya yo lo garré criado, ya yo lo garré grandito, ya chascaba pan duro y todo, aquí la gente se gobierna sola. Se rieron las vecinas por lo bajo echándose más café dulcito en las tazas, jujujú. ¿Qué quiere esta mujer que yo jaga?, dijo Engracia mirando a su público selecto. Yo no pone problema, si tú no deja que Tiznado viene, yo no dice nada policía, ¿comprende? Pos muy bonito que me parece, usté en su casa y Dios en la de todos, ya le dije.

La Alemana salió por la puerta con los perros atrás como en una procesión. Atrás de ella fueron las vecinas cada una pa su casa: a atender el potaje que dejaron al fuego y a tender las camas deshechas.

Se quedó Cathaysa mirando a la madre. Ma, ¿tú no piensas poner la denuncia por desaparición? La miró Engracia con la bemba engrinchada. Era un gesto de arrugamiento que parecía decir algo, pero no terminaba por decir. Yo no pienso poner denuncias ningunas, dijo al rato. Se amargó completa, Cathaysa, y pegaron a caminarle las lágrimas como jabas por los mofletes: ¡ma!, ¡pero a lo mejor él está mal!, ¿no te recuerdas cuando lo encontraron y lo llevaron al puesto socorro con un golpe en la cabeza porque estaba bebido? Engracia enderezó el cogote, levantó la cara con un gesto de orgullo: ¡Cathaysa!, le dijo ya con el tono subido, esta mañana llamaron que tu padre se fue a pescar pa La Gomera. Los lloros de Cathaysa se fueron convirtiendo en berridos. ¡Ten cuidado que pierdes la cría!, chilló Engracia con aquella mirada de desprecio. Cállate, mira a ver, que ya yo hablé, María Cathaysa, que no seas majadera, que ya yo te dije que él se fue a pescar y dice que horita vuelve y horita vuelve te estoy diciendo. ¿Cómo que horita vuelve?, siguió Cathaysa, envenenada. Sus, Cathaysa, eres más majadera

que el carajo, ¡él se fue a pescar a las historias de él!, él horita vuelve, no seas majadera y no seas contestona. ¿Y seguro que no vamos a poner la denuncia, ma? ¿Qué denuncia el diablo?, te vuelvo y te repito que no seas majadera porque te parto los bezos aquí mismo, mira que ya traigo la sangre rejervida. ¡Ma!, Cathaysa esquiciada, tapándose la cabeza. Cállate porque te aviento, contestona, si no me crees, vete y pregúntale a tu tío. ¡Muchacha!, gritó Cathaysa, destapándose la cabeza. ¿Qué muchacha ni qué nada?, yo no hablo más, y como sigas de contestona te parto las narices. No me estés calentando mucho la cachimba porque ya yo me enteré que anduvistes anoche con un chico, y como yo me entere, Cathaysa, como yo me entere..., no te queda sitio onde esconderte, ¿me oístes?

No le gustaban a Engracia los novios, ni los maridos, ni los besos ni los quereres alante de la gente. Nunca había visto Cathaysa a los padres darse un querimiento. Lo menos que soportaba Engracia eran las mujeres que andaban atrás de los machos; ah, boba los palotes, les decía a las protagonistas de las novelas, ¿pero tú no ves que eso es un auténtico penco? Tenía que ser que Cathaysa lo había heredado de Engracia, porque cuando veía a la gente quererse en la calle le daba vergüenza ajena y ganas de arrojar. Decía la madre que los que estaban con más machenguerías en la calle eran los que menos se aguantaban en la casa, y había aprendido Cathaysa que enamoriscarse era una falta respeto, y que para ser un buen matrimonio era mejor despreciarse alante de la gente. Sintió la culpa clavársele arriba de la cabeza como un cernícalo: ella con El Higo Pico sentía ganas de besuquiarse en todos lados. Dio cuatro zapatazos duros en el piso y se metió pal cuarto, cerrando la puerta de un estampido. Lloró y lloró. Se dejó dormir hasta la hora de la novela. Se levantó estartalada y fue a la cocina. Estaban todas las tazas del café sobre de la mesa sin recoger y eso le resultó extraño. Encontró dos calderos de comida sobre la cocinilla y los destapó. Uno era de caldo. El otro, de arroz amarillo. Los dos tenían muslitos y los miró apenada. Solo pa joderme, pensó Cathaysa, la muy cabrona, sabe que le tengo cariño al más chico y por eso lo mató. Los quíqueres no chillan cuando les mandan el trancazo, por eso no

lo escuché. Se acordó de cuando era pequeña y la mandó a matar uno. Después del estacazo, salió corriendo el animal solo con el cuerpo y sin cabeza. Corrió y corrió hasta que se paró en seco y se cayó redondo abajo de un parral de viña. Cathaysa quiso chillar al verlo escabezado, pero no le salían ni los gritos del terror tan grande. Estuvo años y años soñando con aquel quíquere sin cabeza, todavía a veces se le aparecía. Después de aquel día, juía ella corriendo cuando iban a matar un animal y se escondía lo más lejos posible. Les tenía miedo sobre todo a los conejos después de las cacerías. En casa de Tío Aurelio les quitaban el pellejo de cuajo y los dejaban en carne viva, como desvestidos.

La lluvia era entonces sereno, y lenguas de brumacera caminaban por la huerta como ánimas blancas. Se asomó al patio y se fijó en el gallinero. Estaban las gallinas, las quícaras y los dos quíqueres de siempre. El quíquere más grande, pero también el más pequeño, el que a ella le gustaba. Sintió vergüenza de pensar mal de la madre. Se alejó de la ventana y se acercó al cuarto de la tele. Estaba Engracia pegada a la pantalla, pegada a la pantalla a pesar de que decía que la tele te chupaba la vista, con la cabeza entre las manos. Cualquiera podía pensar que estaba durmiendo, pero no: estaba rezando. Cathaysa sabía perfecto el gesto de rezar de la madre. Nunca la había visto rezar durante el día, y menos con los puteríos de la novela puestos. Rezaba ella siempre con la noche, a la hora de las noticias autonómicas. Se acercó Cathaysa otra vuelta a la mesa de la cocina y se sentó en una de las sillas, pensando. Pegó a mirar las tazas de café una por una porque El Tiznado le decía que se podía leer el futuro en las borras del café. Agarró la última para ver qué ponía. En el fondillo encontró un bicho carretero acostado, enroscado como un rosquete. Había caído del techo, lo más seguro.

Un yip se detuvo en el filo de la carretera. Con aquella bruma era imposible ver dos palmos palante, y avanzó todavía con el dedo alzado. En los viros de la carretera ya todo era monte sobre vulcán quemado, verdor oscuro y neblina en cerrazón. Llevaba ya por lo menos una hora caminando, El Tiznado, en aquella blancura de caballo blanco, debajo de aquella lluvia insoportable. Descendió el ventanillo del copiloto y se alongó un perro lanudo chico con la lengua colgandera. ¡Amóntese, hombre!, escuchó que decía el conductor desde el otro lado del coche, amóntese, por Dios, que se va a enfermar con esta brumacera que anda metida. Solo le vio la forma de las manos, eran manos largas y huesudas, con las uñas mal cortadas en forma de burgados escachados. Abrió la puerta del coche sin dejar de abrazar la guitarra eschamizada, como quien carga un niño chico con cuidado de que no se le caiga la cabecita patrás. Se subió El Tiznado sin pensar mucho. El perro lanudo se le mudó sobre las rodillas al conductor para dejarlo pasar y, con la misma, volvió al asiento del copiloto, afirmando las patas sobre el pantalón de El Tiznado. Cristiano, dijo el conductor, ¿pa dónde diablo va usté con este aforramiento que anda acá arriba metido? No dijo nada El Tiznado, las ideas no le conectaban con las palabras. Serio como una tusa, miró la cara del conductor: tenía un bigote negro peinado, el pelo estofado negro; era todo de un negro azulado como la pluma de un quíquere. Se lo había teñido con betún de Judea, por lo menos, se daba un aire con un cantante famoso. El parabrisas daba macanazos a todo dar, todo embrumado que no se veía ni la raya de la carretera. El perro le clavaba las uñas en los pantalones a El Tiznado, y los chorros de saliva de la lengua colgandera del animal lo mojaban sobre lo mojado. Quítese esa enchumbadera, hombre, agarró El Bigotuso un trapo viejo del asiento trasero, que se

va a enfermar como un perro con este friaje. Pegó a secarse despacio, El Tiznado. ¿Y pa dónde me dijo que día?, preguntó aquel hombre sin dejar de mirar la carretera con los ojos regañados. El tinte negro le hubiera dado por reírse en otro momento, pero se sentía tan raro él por dentro del alma que ni por reírse hacía. Pa donde usté me lleve, respondió después de un rato, y posó la cabeza sobre el cristal del ventanillo. Ah, tah bueno, tonces, respondió el hombre haciendo un movimiento raro con el cuello, y se quedó mirando la guitarra eschamizada que El Tiznado llevaba apretada entre los zapatos. Lo más pal Sur, dijo él sin apartarse del ventanillo. Ah, tah bueno, yo soy de El Valle de toda la vida, dijo el hombre, y soltó un momento la mano del volante, de toda la vida, y la volvió a poner, y digo, coño, ay, Dios, la brumacera que anda acá arriba metida y chiquito palo de agua, y pensé pa mí, jaló el cuello palante: ¿dónde va este hombre, solito en pena, con este aforramiento que anda metido?, y dispués lo vi que estaba jaciendo como el gesto de que lo llevaran y dice uno: pos será que va pabajo pa El Valle, pa la zona de El Valle, y ahora que lo pienso, sí me es conocida la cara de usté, pero no consigo sacarle el parecido, ¿cómo me dijo que lo llamaban? Hizo El Tiznado un hueco en el empañamiento del cristal que le dejaba ver borrosos los viros de la carretera. Se sabía él a la perfección aquella carretera de curvas y más curvas, porque la garraba cada dos por tres para ir a buscar chatarra en los Sures. Se acordó entonces de dónde venía y le entró una angustia en el pecho: tenía que buscar dinero pa dir a dar con La Brujenta a curarse los daños.

Mi nombre es Conrado, siguió el hombre sin que nadie le preguntara, Conrado Febles Donis, pero a uno le dicen el Chocho Cochina. El perro chico se iba colocando y recolocando sobre el pantalón de El Tiznado; era un fisquito todavía, como que lo acababan de destetar de la madre, y eso botaba una peste a leche ácida del carajo. Se quedó El Tiznado mirándolo. Yo le digo Bonmarli, dijo, fijándose en cómo El Tiznado le jalaba las patas al perro, como el cantante greñudo, ¿usté lo sintió dicir?, ¿el greñudo Bonmarli?, tiene los pelos igualitos que el perro, se lo puso mi

sobrino el más chico, eso es más ruinito, el jodido... Y usté, ¿cómo me dijo que lo llamaban, compadre?

El Tiznado siguió callado, mirando por el ventanillo cómo iban cambiando los colores del camino, del olor a pino y monte grueso a la tierra seca, las hierbas rasas, las llanuras de millo y trigo atemorizadas por el espesor de la bruma. A mí me dicen El Tiznado, dijo, secándose todavía un fisco más con la tualla. Además de la lluvia, se sentía como unos sudores fríos. Estaba los picores en la cuca que no se aguantaba y pegó rasqui-rasqui alante de aquel hombre.

El Tiznado y más nada, ¿socio?

Unas ganas de mandarse una cuarta vino que no se mantenía del temblique, a ver si se le pasaba el escozor aquel en las partes.

El Tiznado y más nada.

¿Y eso a que es debido, socio?

Oh, ¿no se nota?, dijo El Tiznado enseñando los brazos. Se sintió molesto de que El Bigotuso le estuviera hablando y hablando sin parar. Pensó entonces en la cuestión del nombrete, en que lo llamaban de aquella manera no por el color de la piel, sino por las heridas de las rodillas que le había hecho la madre con el caldero. Al principio no le gustaba, pero más temprano que tarde comprendió que tener un nombre de más era de gente importante, de gente que meritaba llamarla no una sino dos veces, pa llamarla con más fuerza. El nombrete eran como dos nombres uno arriba del otro: debajo del nombre inventado acechaba siempre escondido el nombre verdadero y, a cada tanto, cuando alguien le preguntaba, se esramaba la verdad por fuera de la envoltura. Le hacía sentir extraño, a El Tiznado, referirse a sí mismo por el nombre que le había dado la madre. A veces pensaba que si tuviera que hacer las cosas en nombre de sí mismo, no haría ni la mitad de lo que hacía. El nombrete le daba las fuerzas para comportarse como le venía en gana.

Tah bueno, tonces.

Se quedó El Tiznado pensando, se fijó en los cuatro duros sueltos que iban dando bandazos de lado a lado en la guantera abierta y

pensó que podía hacerle el bisne al hombre. Tenía cara de sanano, sin malicia alguna.

Socio, ¿y a qué me dijo que se didica?, preguntó el hombre.

A la pesca, dijo El Tiznado como si nada. Estaba tan acostumbrado a mentir que ya no sentía que estuviera mintiendo. Le pasaba a veces, que pensaba que podía generar la realidad según le salía por los labios, como un don de Dios, un acuerdo del alma. Si decía que era pescador, pos pescador sería, y quién iba a decir que no; total, nunca había tenido un trabajo fijo salvo el de la chatarra, y era así el trabajo de la chatarra: encontrar cosas de gente desconocida que se dedicaba a diferentes aquellos, y un poco sí era pescador, porque se le daba la pesca que daba gusto, no sacaba dinero de la pesca, no, pero tampoco sacaba dinero de casi nada, solo de las máquinas y de cuatro cables de cobre que vendía; ojalás el dinero lo tuviera uno solo por estar en la tierra, pensaba siempre, ojalás el dinero fuera como los higos picos, que no tienen dueño y uno los garra como le viene en gana, bueno, como los higos picos no, porque hay que cogelos y barrelos y pelalos, y él quería ganalo sin esfuerzo, eso quería, ser uno alguien solo por el hecho de estar vivo. Cuando el hombre volvió la mirada hacia la carretera, le garró los cuatro duros de la guantera sin mucho miramiento, metiendo las manos por entre las patas del animalito.

¡Oh!, ¿y qué jacía metido en el monte, diablo?, le preguntó el hombre, y se guardó El Tiznado con tranquilidad los duros en el bolsillo, si la mar está pal otro lado, jajá, le mandó un estampido al volante, tah bueno, socio, tah bueno el golpe. Se puso más serio, El Tiznado, ni fisco gracia le hacía; el hombre le parecía más bobo que Pichote, que vendió los tenis pa comprarse las ligas. Uno es más de cacería, siguió el hombre, de majadero, que no tenía fin aquel diablo, ese es el vicio di uno, pero yo ha sido siempre de trabajar en los terrenos y de un tiempo a esta parte estuve metido en los tomates, pero ahora me tuve que marchar y ahora está uno parado; no sabe uno estarse quieto, ay, Dios, uno es hombre de burriar y usté se ve que también ha burriado en esta vida, la pesca no es fácil, amigo; ¿y dónde me dijo que vivía usté?, ¿pallá pa San Juan de la Cueva?

Yo no ha dicho nada, pensó El Tiznado. Compadre, preguntó entonces con una voz que le salió de un sitio de la garganta que no le había salido antes nunca, era una voz cargada de flema y al mismo tiempo afilada, una voz que arrastraba dolor, ¿usté no tendrá un fisco un cigarro?, volviendo a poner la mirada en el ventanillo.

No, mi niño, uno no es de cigarros. El hombre le hizo un arrumaco en la cabeza al perro, y el perro le clavó las uñas todavía más fuerte a El Tiznado, muchacho, ni un malimpriadito perro se le guarece a uno, ay, Dios, decía, muchacho, ay, Dios, eso es un santito de palo. Yo ya lo tengo acechado al cabrón ese, eso es uno que vive más parriba que tiene unas casas y a cada dos por tres anda poniendo veneno pa los gatos y los perros. Le dio un clavazo de dolor a El Tiznado de pensar en La Alemana con el cuento de los perros abandonados. Bueno, pa los gatos pa los perros y pa todo bichito que come lo que ese hombre les bota, ¡claro, mi niño!, y como los perritos míos siempre están porai parriba, eso se comen lo que trancan. A mí me gusta tenelos sueltos y que ellos vayan adonde quieran, pero voy a tener que encerralos, porque si no no me dejan ni uno. A cada dos por tres aparecen envenenados en casa y les espicha uno un fisco leche cruda pa que arrojen a ver si los escapo, pero la mayoría de ellos ya no hay nada que jacele. Ay, Señor, por lo menos el Bonmarli más que sea le jace compaña a uno, compaña, compadre, la compaña es importante, porque yo soy yo solo y más nadien, ¿entiende?

¿No es casado?, le dijo El Tiznado sin dejar de prestar atención a las lindes brumosas de la carretera. Estaba empezando a llegar a la radio una claridad en el sonido, un punteíto gomero, y por un segundo sintió que se le elevaba el corazón en el aire. Estaba más cerca de ese lado de la isla en el que se vislumbraba la sombra acostada de La Gomera, la islita de los sueños de él, la de los bailes y las pescas con los compadres, de quedarse en cuevas sobre sacos viejos y bañarse esnúo en la mar abierta, de aquellos años sin beber en los que día con los Anónimos a las fiestitas y se llevaba a Cathaysita con él a los bailes de Agulo.

Sí, pero la mujer de uno ya no es viva, siguió el hombre, ¿y usté?, dijo buscando a El Tiznado con la mirada. Seguía él ausente,

escarbando en la bruma con los ojos. Ay, Dios, cambió de tema El Bigotuso, de verdad que está verdito todo, si sigue así como va la cosa este año, tenemos bastante nieve en el Teide, y terminó la pregunta: ¿la mujer suya ónde anda?

El Tiznado se quedó mirando las charcas de agua verde de al lado de la carretera. Allí la gente se ahogaba, caían como perros, porque el mujo los jalaba por las piernas y los arrastraba hasta el fondo; allí morían escachados por la pesadez del agua. Nunca se arregostaba El Tiznado a aquel tramo de la isla, todas las veces que pasaba la última curva de La Cumbre y veía El Valle y el volcán echado sobre de las lomas altas, pensaba que solo Dios podía haber ajeitado una cosa hermosa como aquella. Solo Dios podía poner a un canto la lluvia y al otro el sol y dividir el norte del sur tan a rajatabla. Dejar La Cumbre atrás significaba dejar atrás la casa suya y a la cabezuda de la mujer, cómo no, pero también a la Cathaysita querida del alma. Dejar a la niña atrás, eso sí le daba miedo, aunque desprenderse de la casa había sido siempre un ardor de ilusión y café quemado en la boca del estómago, parecido a ver los cielos abiertos: se le abrían todas las posibilidades de pescar, que eso bien le gustaba a él, de ajuntar chatarra y jarraperías y de mandarle a la matraca y a la bebedera hasta esganizarse el alma. Pero aquella vez fue distinto, no se le subió el mismo nervio que le había subido toda la vida, y tampoco le dio ningún alivio pensar que ya horita iban a llegar al Sur. Sintió El Tiznado que algo le había cambiado más abajo del cuero. Le entraron ganas de virar patrás a botarse en las charcas de agua, a que el mujo lo jalara por las patas hasta escacharle el corazón, pero ya no había vuelta de hoja, compadre, la vida pone a cada uno en su sitio, pensó, y sintió ganas de llorar, pero le dio miedo parecer un mariscón empedernido.

Uno no es casado, dijo El Tiznado de repente.

¿Cómo es eso?, ¿tampoco tiene hijos ningunos?

No, a mí no me gusta amarrarme.

Tah bueno, tonces, socio, dándose un golpe con la mano abierta en el muslo, jajá.

El hombre lo miró con aquellos ojos cubiertos de pedernales como quien quiere averiguar, pero El Tiznado le devolvió un gesto cerrado,

apretó las bembas y lo empujó con la mirada. El Bigotuso se concentró en la carretera. Comprende uno, dijo aferrándose al volante, comprende uno si usté no quiere hablar de las historias suyas, socio. Se fijó El Tiznado con atención en el hombre: a cada rato botaba el cuello palante como una gallina, a veces se quedaba un rato con el gañote estirado y las venas azules se le marcaban, se le trasparentaban a través de la carne oscura y quemada por el sol. Aquel tinte negro era como un nido de pájaros: tenía los pelos todos espelujados y una calvicie al centro mismo de la cabeza tapada por la estofadera. La vida de uno es la vida de uno, dijo él parando el limpiaparabrisas, porai hay quien dice que hombre casado, burro estropiado, y pegó meado de la risa con la quejada abierta a todo dar, mostrando toda la dentadura. Le faltaban casi todos los dientes menos los de la parte de alante. Al tiempo que manejaba, El Tiznado pudo ver el otro lado de la carretera a través de la boca abierta de El Bigotuso. Se quedó el hombre más rato de la cuenta con el cuello estirado. El cielo se empezó a despejar y los matos de los viros de la carretera pasaron de hierba rasa a verodes y tabaibas, cardones y piteras. El sol salió por las espaldas del volcán y los rayos atravesaron la dentadura de El Bigotuso hasta clavársele en la cara a El Tiznado. El corazón le latía a destiempo, como si se hubiera confundido, se desabruchó dos botones más de la camisa hasta quedar con el ombligo al aire. Mientras atravesaban las primeras casas con viñas dejó El Tiznado que las cadenas se le calentaran al sol hasta quemarle el pecho.

Justo al comienzo del pueblo, el hombre se arrimó en un badén con un jeito brusco del volante. ¿Usté ya se esayunó?, porque yo estoy traspasado, un fisco un bocadillo y un cortado más que sea. Se le abrieron los ojos a El Tiznado que parecía que se le iban a caer al piso. El cielo estaba taponado por hojas de eucalipto a las orillas de la carretera. Mire, don Tiznado, nos metemos aquí mismo a echarnos el desayuno porque si no dispués porí pallá no hay un Dios que se arrime, cuanti más pabajo más encarecido está todo, dispués lo clavan a uno como a Jesucristo en la cruz. Dijo El Tiznado que no, que mejor que fueran al del otro lado, que tenía más bueno el vino y no era tan carero. Tenía miedo El Tiznado porque en el primero solía

arrimarse antes de dir a buscar la chatarra y pedía dinero emprestado y después lo devolvía, pero las últimas veces lo había usado en otras historias, y no conseguía volver a juntarlo. Le dio angustia pensar en todo el dinero que debía a la gente. A veces le daban ganas de botarse la soga al cogote, de botarse la soga al cogote a cada rato.

Cruzaron por el medio de la carretera. No había coches a esa hora de la mañana, todo el mundo andaba ya trabajando en los hoteles, en la obra. El hombre amarró al perro con una soga vieja a un poste de la luz, justo abajo de un cartel que ponía: LOS MARTES TRANCADO, apretadito, retesito contra el cogote, con la soga clavada en la carne, y pegó el perro a meniarse como si le estuvieran asfixiando el gañote, porque en verdad le estaban asfixiando el gañote, como una lagarta envenenada bailando en el aire. Tate tranquilito ai, le dijo el hombre mandándole un machacazo suavito por la cabeza, poca cosa: un machacazo suave. Tate quieeeto, Bonmarli, y lo dejó retorciéndose.

Namás arrimarse al mostrador pegó El Tiznado a beber un vaso de vino atrás de otro. Se agarró fuerte cargacera, porque no había comido desde hacía rato. Pegó aquel hombre: sus sus sus, ay, Dios, usté sí es bueno de pico, y se llevó el barraquito a los labios, sacando la bemba medio metro pafuera y empinando el dedo chico como la gente fina, tú me vas a emborcar a mí, dijo como borracho del licor del barraquito, y le dio un trancacito suave en la espalda a El Tiznado. Le llegaron las luces flotando, reflejadas en el mostrador donde estaban metidas las papas rellenas y la carne arreglada. Sintió los ruiditos subiendo y bajando por la cabeza. Se alzó como arrastrado por la vida y derechito fue a parar a la máquina sin pensarlo. Con la misma, metió los duros que le había agarrado de la guantera del coche a El Bigotuso.

¿Te gustan las máquinas, bandido?, chilló el hombre, echándose el último buche del barraquito, lo tienes todo, jodido. Le dio risa lo que dijo el hombre, a El Tiznado, le dio por reírse, pero también le entraron ganas de aventarle los bezos de una trompada. No era una risa de alegría, no, sino más bien una risa amarga como las troviscas. Era simpático el cabrón, parecía más bueno que el pan, sin

malicia alguna, se repitió. ¿Eres de los que te gustan las máquinas?, siguió el hombre.

El Tiznado se sintió afrentado de que aquel hombre estuviera chillando a los cuatro vientos, pero le siguió mandando vengui-dali a la máquina, enviciado sin prestarle asunto ninguno, apresionando contra el suelo las ganas de virarse y apuñarlo con un ah, cabrón, te agarro y te escacho la cabeza como un perenquén.

Uno no es muy amigo de las máquinas. Un cuñado mío estuvo ai más a atrás un tiempo enviciado. Donde quía que día se mandaba a meterle dinero en las máquinas, dispués se quedó completamente limpio, sin un malimpriado duro, ¿eso?, eso estaba más quemado..., perdió hasta la casa con la mujer y los hijos. Uno es de beber, pero poca cosa, y uno no es de máquinas ni historias; hay gente que se jarta como petos desde que sale el sol hasta que se acuestan. Y no les jace falta mucho, nooo, con un fisco vino ya se ponen en el aire. Se quedó en silencio por primera vez en mucho rato, El Bigotuso, mirando los movimientos de El Tiznado: la destreza con la que apretuñaba los botones, las luces amarillo rojo, amarillo, rojo rojo rojo, la silueta de las fresas, las cirsas, los sietes, las campanas, las sandías dando vueltas en los rodillos, aquellas letras en la parte baja que decían: TUTTI FRUTTI, otra vez las luces que le iluminaban el pecho de colorines y se apagaban un rato sí un rato no a medida que El Tiznado apretaba. ¡Truuum!, ¡*avance*!, anunciaba la máquina con una voz de presentador de las noticias, y luces iban y venían como rayos encendidos. Las máquinas esas son un engañabobos, muchacho, seguía la matraquilla. No pensaba ahora, El Tiznado, la mente se le había calmado como en un trance de vino y sol y sombras de nube que entraban a través de la cortina de bolitas de madera que tapaba la entrada del bar. Eso te dice que metas, seguía aquel majadero, y metas y metas y dispués te deja más pelado que las lajas de un barranco. El dueño estaba limpiando la máquina del café, sacando el agua hirviendo a chorros, que emitía un sonido como de camión descomprimiendo, callado y pensativo, con la mirada gacha, limpiando y limpiando con un paño. De detrás de la puerta del bar llegaban los ladridos cansados de Bonmarli, que poco a poco se fue calmando hasta dejarse dormir por completo, con el

cuello empinado en el aire por la tirantez de la soga. No había más nadie en el bar, solo el dueño, El Tiznado, El Bigotuso y la presencia de la sombra de las nubes, que ahora habían taponado el sol.

Entró un chico de unos treinta años y se sentó en la barra: don, póngame un fisco un barraquito, dijo el hombre, bendígalo, si me jace el favor, y el dueño le echó una jartada de licor al vaso. Se quedaron todos mirando a El Tiznado, hipnotizados por la velocidad con la que jugaba, podría jugar con los ojos cerrados, si quisiera; a veces pensaba que podría dedicarse a eso si eso fuera un trabajo. Eso es arte y lo demás es bobería, le dijo El Bigotuso al hombre que acababa de llegar dándole un jeito con el codo.

Es verdad que había días que echaba y echaba, El Tiznado, y se quedaba esperrado completo, pero no se iba a mentir: también había días que le daba dinero a chorros, la maquinita. No podía describir con palabras la sensación tan buena que tenía cuando el dinero empezaba a caer como una barranquera de agua dentro del recipiente y se escuchaba aquel cantar del oro contra el metal. Sabía él, bien sabía, que cuanto más metía, más posibilidades tenía de que le saliera el dinero a chorros, pero eso requería de equivocarse uno y perder dinero. Con buena suerte y par de jugadas en la máquina, se podía sacar el dinero preciso para pagar a La Brujenta. Si no tenía sino dos duros cagados, no le quedaba más remedio que abocarse a la suerte y al destino. Si uno fuera rico, pensó, no le jacía falta a uno meter dinero ninguno en la máquina.

Las barranqueras de luces bajaban y subían por la máquina cuando la voz de la mente, quién sabe si era Dios o el coño la madre, le dijo que pulsara este botón y no el otro.

¡Truuum! Salió un chorro de dinero como agua fría de una fuente.

¡Sus sus sus!, chilló El Bigotuso, ¡en verdá que hoy es el día tuyo, compadre!, ¡ya te sacastes la cirsa!

Si tú supieras, mi niño, pensó El Tiznado, si tú supieras que las perras son tuyas y no mías. Se metió las pesetas en los bolsillos y sintió una tirantez en la centura. Salió El Tiznado echantón por la puerta pafuera del bar, con la barbilla empinada y los bolsillos hasta los topes de monedas de veinte duros. El Bigotuso se quedó pagando. Se encontró El Tiznado al perrito sentado sobre las patas

de atrás, intentando dormir con la cabeza en el aire, con la lengua echada afuera. ¿Estás jariado, mi niño?, le dijo El Tiznado, mirándole las orejas chasquilladas por las moscas, jace calor. El Tiznado se fijó en el cielo, por arriba volaba una jartada de aldoriñas. Hasta yo me lo noto, mi niño, y el perro hizo un esfuerzo por zafarse de la soga. Salió El Bigotuso del bar con la cara toda regañada por la claridad blanca que daba la panza de burro. Desamarró al perro del poste de la luz y dijo: ¿trasponemos?, pero El Tiznado no respondió. Miró al cielo, embotado, ya todo le daba vueltas, como de costumbre. Ese calor viene juyendo de agua, dijo el hombre, pa La Cumbre ha de estar caendo tremendo palo.

Pegó a caminar El Tiznado por la acera, colocándose la guitarra sobre la barriga. Viró la cabeza y, con los ojos puestos en el piche de la carretera, dijo: adiós, compadre, ajeitándosela a la altura de la vida, Dios lo guarde, Chocho Cochina. Siguió avanzando, El Tiznado, y arrastró los dedos por arriba de las cuerdas. Ahora solo le quedaba caminar. La guitarra largó un sonido de cacharra vieja: *Estando coortando viñas, en el parral del amoooor*, pegó a cantar El Tiznado, guauuuuu, aulló el perro chico del hombre, au auuuu, acompañando la cantadera de El Tiznado, *de un tronco saltó una estilla, y me partió el corazóóóón*. ¡Pérese, hombre!, chilló El Bigotuso botando el cuello palante, botándolo palante con aquel gesto de gallina espelujada, aguántese ai, ¿usté tiene prisa?, siguió acercándose a El Tiznado, yo no tengo prisa ninguna y ai en casa tengo un fisco carne conejo arreglada en salmorejo, ay, Dios, ¿pa dónde tiene que dir usté, don Tiznado?, no sea pa tanto la prisa tampoco, ¿pa dónde me dijo que día?

¡Yo a usté no le ha dicho que día pa ninguna parte!, dijo El Tiznado ya cabriado, uno va a los asuntos de uno y más nada, ¿oístes?, ya estuvo bueno ya, hombre, sacudió la guitarra y se le soltó otra cuerda de nailo, a los asuntos que Dios le pone a uno en el camino, ¡me cago hasta en diez!, ¡a los asuntos de Dios y la Virgen, me cago en la puta de Dios!, con perdón de Dios y de la Virgen.

Tranquilo, hombre, dijo El Bigotuso, tranquiiilo, yo lo digo por el bien de usté, que en la casa de uno hay comida y de sobra, y

barriguita llena, corazón contento, no va a dir usté adonde tenga que dir sin haber chascado más que sea un fisco; ay, Dios, uno no tiene mala idea, no sea usté malpensado. El Tiznado se sacudió los pantalones con una mano sola. Unas viejas cruzaron la calle y se quedaron asustadas de ver aquel hombre todo podrido chillando en pleno día. Dio media vuelta El Tiznado y avanzó hacia el yip él solo. Intentó abrir la puerta, pero estaba trancada. Pegó a forcejiar que casi arranca la manecilla. Se acercó El Bigotuso con el perro, metió la llave, los temblores de las manos. ¡Pérese, hombre, pérese, que ya llega uno! Se montaron en silencio. No tardó mucho rato El Bigotuso en volver a darle a la lengua.

La casa del hombre estaba metida al fondo atrás de unos maturriales, subida en un morrete de piedra. Era solo dos cuartos blancos, toda blanca, encalada de blanco, las puertas verdes, los parrales de viña, dos dragos gemelos. Desde lo lejos llegaba un olor a eucalipto y el ladrerío loco de más de diez perros cazadores. Ya están los bandidos míos, ya sintieron que llega uno, igualitos que personas, mis, igualito. Andaba el perrito chico con la lengua afuera que solo le faltaba chillar: ¡*denme un fisquito de agua, por favor*! Sus, de verdad que es bueno el olor del ocalito, dijo El Bigotuso, el ocalito y el galán de noche son los olores preferidos de uno. No le gustaban a El Tiznado las casas sencillas, le daban una angustia, le recordaban a la pobreza, a los tiempos de antes, era más dado él a los remaches y las brillantinas, que pa algo estaban las cosas bonitas del mundo, pa ponelas en las paredes. A esto le jace falta par de machangos buenos y sombreros colgando, se dijo al entrar por la puerta El Tiznado, con la guitarra al hombro ya casi partida por completo, calderos, sartenes, un fisquito de azulejos de colores, algo que le diera alegría a la casa. La única decoración que tenía El Bigotuso eran las flores: geranios, mimos, malvas y rosales.

Llegaron con la lengua botada afuera: sus, muchacho, está jodido uno, porque se había metido un calor del mediodía que asfixiaba el estómago y la vida, estamos igualito que el Bonmarli, jariados como perros, dijo El Bigotuso, jajá. Comieron un buen plato de carne conejo, chup chup, bueno, más bien se la comió El Bigotuso, porque El Tiznado no jizo namás que prebala apenititas. Hacía tiempo que

tenía el estómago encogido, y se dedicó entonces a echarse los vasos de vino que le estaba sirviendo el hombre: fueron uno, el embeleso, dos, una brisita de mediodía que aliviaba los calores, tres, que daba un sueño, muchacho, un cansancio del carajo, que la verdad estaba bastante aparente aquel vino, tres y medio, y acabante de espicharse el tanganazo ya estaba pensando El Tiznado en que le pusiera el siguiente, y se acordó de Engracia, y pensó que la mujer mía, Engracia, que ya no es mujer mía ni es nada, eso sí es mala, eso no sabe arreglar comida ninguna: que si el mojo aguachento, que si las papas aguachinadas, el potaje eslavijado porque quería ahorrar bombona y lo quitaba antes de tiempo, pero ¿La Alemana?, eso era peor que Engracia tres mil veces, las alemanas no son mujeres de comida: aquello comía puras hierbas y coles podridas y vino y cerveza, van y vienen. Se acercó el perrito chico y El Tiznado le fue a echar los huesos del conejo. No, compadre, no me lo arregoste, ay, Dios, que dispués se engolosinan y no saben respetar la comida de uno, y, con la misma, el perro se puso levantado en las dos patas como una persona. El Bigotuso le dio un machacazo por la cabeza: suave muchacho, y el perro se quedó sentado, ay, Señor, eso es un santito palo, dijo El Bigotuso escardillándose las paletas con un palillos, ¿esto?, esto me da más compaña que el carajo, porque uno está solo, amigo.

Se pararon de las sillas a un tiempo. Avanzó el hombre rasquillando los dedos por el encalado de las paredes blancas, escascarillando la pintura vieja, guardándose en la mano trozos de paredita. No supo adónde iban, no supo El Tiznado adónde, pero lo siguió igualito que si se hubiesen puesto de acuerdo en cuál era la siguiente cosa. La voz en la cabeza le decía que aquella casa le era conocida. Abrió El Bigotuso la puerta trasera y se abrió con ella la tarde temprana. Una luz avejentada, estrallosa, como matas de millo seco. Afuera, la casa de El Bigotuso tenía un patio de penillo con un parralito de uvas blancas bien maduras a punto de vendimiar. El Tiznado caminó atrás del hombre con la vista nublada, siempre con la vista nublada, como si toda la luz del mundo le cupiera en lo negro de los ojos. Desde hacía tiempo no enfocaba la claridad del mundo, ni borracho ni sin vino. Tenía el cuerpo en una siquitrina

interminable: un temblor, un vahído, unas agonías en la boca del estómago metidas. Se botaron barriga al aire arriba del pinocho piquento. El perrito chico se echó también en las patas de El Bigotuso y se fue dejando dormir mientras le rascaban la oreja. Iba a tener razón el diablo el hombre, pensó El Tiznado, que ya andaba él medio chispiado, iba a tener razón que no le jacía falta mucho vino pa entonarse. Pegó a rascarse, El Tiznado, porque la sensación del penillo en la espalda era igualita que hormigas caminándole. Aquel picor se le hizo conocido, aquel olor a tierra, azufre, naranjeros. Cerró los ojos y se sintió como debajo del sol de aquel mediodía de entonces. Tenía El Tiznado como nueve o diez años. Los hermanos se metían las agarradas en el patio de penillo en la casa de Tío Aurelio. Les gustaba mandarse cuero que después se quedaban todos picotiados, todos guisados de las pulgas que dejaban los perros cazadores del tío. Aquel día andaba El Tiznado echándose una agarrada de lucha canaria con el hermano más chico, Pipe, le decían. Lo levantó por los aires y el niño se estampó contra una piedra. Pegaron los chorros de sangre que a El Tiznado casi le da algo. Agarró entonces tierra y telas de araña del suelo y se las puso al hermano en la cabeza, calladito callado para que la madre no se enterara. No chilles, Pipe, no chilles, que eso se te quita, y le hizo el sana-sana. A la noche, antes de acostarse, lo encontró la madre a Pipe todo encostrado de sangre. El niño le dijo que se había arriscado en el canal. Sobre de la que te caes te mando, era la regla, y fue tan fuerte la manada de estampidos que se llevó el niño que El Tiznado se tuvo que tapar las orejas. Dos semanas después, acostadito el pobre en el colchón fajina, se murió el niño de una fiebre mala; todavía El Tiznado pensaba en matarse cada vez que le volvía al recuerdo.

Abrió el filo del ojo derecho, El Tiznado. Un pitazo en los oídos, un zumbarse el corazón, un ay de amargura seca en la boca. Estaban uno enfrente del otro. Brincó, El Bigotuso dejándose caer en el sueño con la sombrera alante de los ojos, se despertó medio segundo y en sueños dijo: compadre, garre vino, agua o refresco como si estuviera en la casa suya, y pegó a roncar. Pensó El Tiznado que no había conocido un hombre más amable, más dado que el

carajo. Le dio entonces pena de agarrarle más dinero, pensó que lo mejor era dejar las cosas como estaban y no cagarse las manos por cuatro duros de mierda. No podía dormir por el día a veces, El Tiznado, ni tampoco por la noche; sentía que vivía como con el susto en el cuerpo metido, eso era intentar dormirse y se le metían los pensamientos malos, la matraquilla que parecía que se día a morir en cualquier momento y los jodidos latidos del corazón al rebencazo como tambores de tajaraste. El espesor de las nubes escanciaba la luz del sol a chorros fijos. Siguió forzando la mente a espicharse dentro del sueño, y tanto forzó que por un rato no supo si estaba despierto o dormido. Le costaba a veces darse cuenta de si la vida era real o más bien una película. Con la hendija del ojo abierta, se fijó El Tiznado en la tanquilla que había en una esquina del patio: estaba la tanquilla hasta los topes de flores chupando agua, le sorprendió a él que hubiera un hombre tan curioso, tan limpio. A él le gustaban también las flores, pero se veía que El Bigotuso tenía mano pa las matas. De repente le ahogaron unas ganas de hablarle al hombre, de contarle de las amarguras que cargaba metidas en la cabeza. Le entraron ganas de decirle que a veces no sabía si Dios lo había traído a este mundo namás que a sufrir, como un jodido perro, pero no pudo, porque antes de hablar sintió un trinquillazo en el pellejo del pizpierno, una jaladera. Miró por el viro del ojo, se fijó en que El Bigotuso se estaba jalando él mismo el asunto por arriba del pantalón con una mano y que a él le estaba haciendo lo mismo con la otra. Pensó El Tiznado que a lo mejor otra vez estaba soñando con historias del Diablo y se dejó hacer mientras las sombras de las uvas se le balanciaban sobre las pestañas, que contra la luz del cielo le hacían sentir en los ojos cientos de lombrices de tierra luminosas. Quiso asegurarse de si eran en verdad historias de demonios. Alargó la mano y atentó también el cuerpo de El Bigotuso, como quien camina en la oscuridad, hasta alcanzarle el bulto colgandero. Allí sopesó el peso de los huevos, recorrió el largo de la cuca sobre del pantalón. Es una pinga de hombre, pensó El Tiznado. La cosa se puso tan dura que sintió que él mismo la había creado a imagen y semejanza, que le estaba atravesando la mano. Se notó El Tiznado el calzoncillo podrido ahora enfanguillado debajo de los dedos largos

como vergas de El Bigotuso. Pudo verse desde arriba, como un dios, entre los palos arrugados del parral de viña: dos hombres grandes como leños rasquillándose la cuca por sobre del pantalón. Una amargura se le clavó en las costillas, le volvió el picor malo en la punta la pinga y le entraron unas ganas fuertes de orinar, de arrojar, una afrenta de Dios, del mundo, de estar él sobre la tierra y ser un hombre vivo. Escuchó los lloros de los perros por el canto atrás de la ladera. Se paró de un brinco, El Tiznado. El Bigotuso se alzó la sombrera de paja y, todavía botado sobre del penillo barriga al aire, sacó la bemba de abajo por alante del bigote negro azabache: si quiere más que sea un fisco refresco, dijo, o una gota café, un fisco un dulce, más que sea, jurge en la cocina, que está usté en la casa suya, compadre. No dijo nada El Tiznado, se paró como un resorte. No quiso mirar si la cuca de El Bigotuso seguía retratada de lado, como una jorqueta.

Entró El Tiznado en la casa. Levantó el perro la cabeza de entre las patas y lo vio avanzar, pero no se movió del sitio. Se agarró El Tiznado de las paredes y entró al cuarto de El Bigotuso: abrió las gavetas, las puertas de los armarios, levantó mantas y colchones. No jalló nada, namás que puras estampas de santos, una foto de una vieja vestida de negro con los ojos enterrados que parecía la madre de El Bigotuso, un paquete de pastillas para la garganta y una revista de hombres encuerados. Se acercó al otro cuarto de la casa, que era donde estaba el fisco de mesa donde habían comido y la cocinilla blanca de dos fuegos. Abrió todos los armarios y los botes uno por uno. No, nada, tampoco. Se fijó en el poyo chico. Namás por ver, garró la lata del gofio y le quitó la tapa: dentro no había gofio, sino olor a gofio y un fisco de dinero, namás una miseria chica, cuatro duros, pero perras, son perras, compadre. Jaló por los dineros y se los espichó en el bolsillo. Se cargó la guitarra al hombro, se jaló la liga de los pantalones y se ajeitó las greñas con las yemas de los dedos. Salió diestrito de la casa. Bajó por la ladera deslizándose, como cuando chico, que se botaba por los vulcanes de picón negro del monte. Dentro del bolsillo resonaban todas las perras: las de la máquina y las de El Bigotuso. Una sombra lo sacó de la alegría. Paró la cabeza y miró al cielo: un cernícalo fijo en el

viento; con un temblique de alas se quedó suspendido en las corrientes de aire caliente, con un aleteo cortito y fino que no lo dejaba avanzar, pero tampoco estarse quieto. Sabía El Tiznado que cuando un cernícalo se paraba arriba de uno de aquella manera, las perras le iban a desaparecer a uno por cualquier cosa. Le iba a venir a uno un pago, un robo, algo que le iba hacer perder el dinero. Alzó la mano contra el pájaro haciendo la señal de los cuernos y le echó el cantar con la voz renegriando de vino y confusión: *Cernícaro Pérez, un cuarto me debes, si no me lo pagas, que el Diablo te lleve*. Automático, el pájaro se botó en picado del cielo y se desapareció. A lo lejos, los silbidos, las aldoriñas, una pesadez de agua en el viento raso. Un picazo malo en la barriga, como de cagalera. Un sentimiento de que la vida era eso: un ardor en el payo, una jervidera, un andar juyendo de uno mismo.

La chapa verde del bar estaba abierta, como una puerta abierta a otro mundo. Ya se sentía desde el canto atrás del salón el grito de: ¡muchacho, corta ai!, ¿a qué te estás aguantando?, que horita se hace la noche. En aquellas últimas horas de la tarde relinchaban los caballos atrás de los portones de madera, cantaban las radiales encendidas en las casas del barrio, y Cathaysa temblaba de los nervios, atemorizada porque sabía a quiénes iba a encontrar dentro de aquel sitio. Había salido corriendo de la casa sin avisar a la madre, que seguía rezando con la novela puesta, y había pasado por la peluquería de Yaya a buscar a La Macha, que ahora le amarraba la liga suelta del zapato.

Por Dios, Macha, dice que mi padre se fue pa La Gomera, le decía Cathaysa mientras La Macha le cortaba la circulación con un doble nudo. Otra vuelta el cielo abarruntaba lluvia y el aire engrifaba los brazos. Que vino La Alemana a dar con mi madre, seguía Cathaysa, que dice que mi padre se fue pa La Gomera y tengo miedo de que le pase algo malo. Debajo del banquito de tea de la entrada del bar había un perro que lo llamaban Brillantín, lambiéndose las patas. ¿Quieres que entre yo y te quedas tranquilita esperando aquí defuera y así no te tienes que encontrar con nadie?, dijo La Macha afirmándose al suelo. Todos los lunes a mediodía bajaba Tío Aurelio del monte a ajuntarse con los hombres del barrio, con los hombres y con El Churrero chico, que tenía todo lo que tiene un viejo menos la edad, y se quedaban allí dentro hasta que el sol bajaba del cielo. Cathaysa se quedó pensativa. El perro se esmayó con la boca bien abierta. Era un perro sato, salchicha enrazado, de patas cortas, con la barriga echada al suelo, reliso, sin dueño, que lo mismo podía ser del cura, de la venta, de la casa cultural; era un perro público y públicamente amado y maltratado. ¿Te duele la barriga?, le dijo La

Macha, y Cathaysa no respondió, solo se quedó pensando en la cara de El Higo Pico mientras miraba el bar. Desde fuera no se veía nada, solo un biombo de madera que ocultaba la barra y el salón, pero Cathaysa podía imaginar lo que estaba ocurriendo: puro macho mandándole al vicio y el vido, el siete, el nueve, el chico, no joda, el ruidito de las máquinas, las lucitas de las máquinas, las máquinas, socio, la tragadera, las cuartas de vino que se mandaba El Tiznado, la parra, compadre, pa largar las tripas por la boca, las mesas pegajentas con el ludo grabado, el socio, ponme otra cuartita vino ai, el dómino, las noticias autonómicas, los paños podridos, la peste a fritangos, la oscuridad de telas de araña, aquella tristeza que le jalaba el cogote cada vez que tenía que ir a llamar al padre desde atrás del biombo para que volviera a la casa y sentía la potencia de la mirada de los hombres a través de la madera, como si aun desde el otro lado pudieran chasquillársela con los ojos. Cathaysa nunca entraba en el bar sola, siempre la acompañaba La Macha, y cuando La Macha no estaba, no solía traspasar el biombo. Desde allí miraba con un solo ojo por entre los bujeritos con forma de estrella de siete puntas y chillaba: ¡papi, dice ma que ya está bueno ya, por favor! Siempre había pensado que el biombo de madera estaba ahí solo para que las mujeres no vieran a los maridos enviciados, porque saber que estaban ahí ya lo sabían, y saber lo que andaban haciendo, bien lo sabían, pero por lo menos pa no verlos, pa hacer como de que. No, dijo Cathaysa como anestesiada, sin ver lo que estaba viendo: el portón abierto del bar, ese espesor negro que apestaba a puro y cigarro mojado, aquel olor a cuarto papas, polvacera y aguapié. Se le metió al canto atrás de la boca un amargor extraño, como cuando comía una papa aneja, de aquellas que ya estaban avejentadas y le daban un sabor rancio al potaje. No, dijo Cathaysa otra vuelta, y recordó la vez aquella en la que sí traspasó el biombo y La Macha no había venido.

El pantalón blanco le requintaba la barriga. Tenía Cathaysa nueve o diez años y ya le habían salido las tetas, o más bien dos pezones estofados como de gata recién parida. Estaba desarrollada para la edad que tenía, lo decían los amigos del padre: está cachorrona, la chiquilla. No hacía sol, sol completo, que se diga, pero el día estaba

espeso, aplastado de calima y nubes. Bajó por la carretera con el embeleso de después de almorzar, todavía con el sabor a mojo verde en el cielo de la boca. Engracia le había comprado unos sostenes de elástico en El 99. Cathaysa se mandaba esparadrapo todas las mañanas en los pezones porque la madre no le dejaba ponerse relleno para poder disimularlos, que eso era de cuerillos, decía Engracia con aquel desprecio, tú eres una niña y más nada. Cathaysa odiaba todo lo que le salía del cuerpo: los pelos como cañones del sobaco y de las piernas, ese flujo pegajento, esos espinos blancos en la frente, la frente toda empedrada, los mocos, el cerumen de los oídos, la jiel amarga después del vómito, la mierda, y todavía había una cosa más que desconocía. Ese día se encontraba mala de la barriga y no fue a clase, muchos días no iba a clase por ese motivo. Ya no sabía Cathaysa cuándo estaba mala de la barriga de verdad o si era solo que no le gustaba ir a la escuela y se provocaba con los pensamientos esos dolores en el bajo vientre. Las repeticiones del ajo parriba pabajo por el gañote, los ardores de barriga, la guisadera. Sospechaba que tenía que ver con los nervios, de los malos y de los buenos, muchas veces de los buenos. A veces le pasaba a Cathaysa que le dolía la barriga de lo privada que se ponía con las cosas. La manera en la que sentía la alegría y las ganas era tan alta, tan piquenta, como la manera en la que sentía la tristeza. Ese día no llevaba esparadrapo y quiso ponérselo antes de bajar, pero Engracia no la dejó pernunciar ni media palabra. Eran ya las cinco de la tarde y el padre había salido con la mañana al bar y no había vuelto. Se preguntaba siempre Cathaysa por qué no iba la madre a buscarlo en vez de mandarla siempre a ella. Fue a dar con La Macha, pero no estaba. Yaya tenía una nota por fuera de la peluquería que decía: ORITA BOLBEMOS GRASIAS, y de leerla se le paró el corazón. Entró ella sola por la chapa del bar abierta y se quedó parada atrás del biombo. Un hombre que iba a entrar al bar, viejo viejo como un santantón, le dijo: mi niña, no te quedes ai solita, entra padentro más que sea pa comprarte una golosina; le puso la mano arriba del pezón sin teta y se lo retrincó, atrás del biombo de madera, y con la misma se lo soltó. Traspasaron el biombo. Allí vio a los hombres sentados en la mesa jugando al dómino: dos viejos, Tío

Aurelio y el padre. Se quedó Cathaysa blanca escolorida que cuando la vio así tan blanca, así borracho y todo como estaba, se paró El Tiznado parriba de la silla y salió como un cisco con ella pa fuera del bar. Subiendo por la carretera del barrio, Cathaysa tuvo un retortijón tan grande que pensó que se había cagado arriba. Arrojó en unas vinagreras como tres veces seguidas mientras El Tiznado le agarraba la cabeza. Fue tanto lo que vomitó que pegó a arrojar el padre también atrás. Cuando llegó a la casa, se encerró en el cuarto baño y se vio todas las bragas cagaletiadas. Engracia entró, cerró con fechillo y, jalándole las bragas, le chilló en susurros: eso no es mierda, sino sangre, y la mandó a estregarlas en la tanquilla sin que nadie la viera. Cuando terminó de lavar las bragas y el pantalón blanco, que se le quedó para siempre manchado por el culo, Engracia le dijo que fuera a dar con el padre, que estaba en la chatarrería, y le dijera que ya era mujer.

Yo quiero entrar yo, dijo Cathaysa, yo quiero hablar yo. La Macha se adelantó y la jaló por el brazo más allá del biombo de madera. Ya la lluvia volvió a retumbar en la carretera, primero con un truncuneo desacompasado, después igualito que bañaderas emborcadas una atrás de la otra. Los ojos tardaron en acostumbrárseles a aquella penumbra de cueva. Las paredes blancas todas rayadas, ya negriando del roce. Fotos de gentes antiguas con burro y sombrero negro, familias en fiestas, cuadros de dragos verdes, la Virgen del Socorro con la pintura del manto escascarillado. Estaba oscuro y brumoso, todo cubierto de un friaje negro como si dentro del bar ya hubiese caído la noche hacía mucho rato. ¿Cuántos panes?, le preguntó Antonio, el dueño del bar, a La Macha. A Cathaysa se le reviró el corazón namás logró enfocar la vista. En el salón había tres personas aparte de Antonio: dos viejos de ojos regañados, Tío Aurelio y una silla vacía. Antonio levantó la tonga de pan sobado de debajo del poyo por sobre de la barra. Arremangó el papel marrón del saco hasta dejar ver todos los panes e hizo el gesto de sacar una bolsa plástica para coger dos del canto arriba. ¡No, don!, dijo La Macha posando el brazo sobre de la barra como un compadre, hoy no vinimos a buscar el pan. Se fijó Antonio en Cathaysa, que tenía la quejada retrincada a más no poder. Hacía tiempo que no le daba por

rillar los dientes por el día y ahora sentía que se iba a quedar sin muelas de la presión con la que se las estaba limando. Aaah, ya decía uno, dijo Antonio, yo al bandido de tu padre no lo ha visto. Cathaysa asintió y le sonrió a Antonio con la boca cerrada. Se ajeitó la blusa, posó la vista sobre del tío: dos ojos chiquitos y azules como centellas debajo de aquellas gafas redondas, alongadas sobre el mazo de cartas, baraja que te baraja al puro fuego. Se fijó La Macha en el gesto de Cathaysa, en aquel trinquillamiento de diente contra diente. Tranquila, le dijo por lo bajo, tú estate tranquila que yo estoy aquí contigo. Praaa, se largó Tío Aurelio un pedo igualito que una bomba. ¡No seas jediondo, Aurelio!, dijo Antonio mandándole un tortazo a la barra, que en la misma mesa que comes cagas, como los cochinos. Si lo tengo dentro y no me paga alquiler, le respondió el viejo con la sonrisa cambada de diente de oro, que vaya a vivir a otro lado, y se mearon de la risa los viejos y hasta el dueño del bar. ¡Venga, Churro chico!, chilló uno de los viejos mirando pal cuarto baño, ¿qué te estás, pintando los labios? Por la puerta salió El Churrero dando, pum, un estampido seco, como en una película del Oeste; ese fisco chico vestido como un vaquero auténtico era un cauboi rajado que, de un tiempo a esta parte, desde que la madre le había regalado el segundo caballo por la confirmación, se creía que vivía en un rancho: sombrero negro, fajín rojo de mago y unas botas de punta que la madre le trajo de Venezuela cuando fue a la boda de una prima en Isla Margarita. De siempre a El Churrero le había gustado estar dentro el bar con los viejos jediondos, de siempre, de toda la vida, cuando salía a jugar a la pelota o a darse leña con los amigos, a ratos se escapaba del juego y se metía un rato pal bar a saludar, decía él. Eso había sido desde chiquito, pero desde que había hecho la confirmación se había convertido en uno de ellos, y ya sí se pasaba casi todas las tardes jugando al dómino y a la baraja, cuando no tenía que ir con el autobar. Oh, don Churri, ¿no piensa jugar usté?, dijo uno de los viejos dándole palmaditas a la silla de madera para que se sentara. Ya la lluvia había aflojado, se escuchaba solo el chipichipi sobre las planchas plásticas de la entrada del bar. Se le iluminaron los ojitos a El Churrero de verla. Oh, prima, dijo con la risita de avispado, ¿vinistes a ver cómo acabo

con todos estos matacanes? Seguía Tío Aurelio baraja que te baraja sin alzar la vista. Cállate, Churro, le dijo uno de los viejos, que te vas a quedar afrentado alante de la novia tuya. Le dio a Cathaysa una vergüenza ajena de verlo, un jervor de sangre de escuchar la palabra *novia* al canto del nombre *Churro*. Todo empezó cuando El Churrero le tocó el pepe el primer día de escuela. Aquel día, Cathaysa se fue a quejar al maestro y el maestro le dijo: fundamento, Churro, deja a tu novia quieta. Se le vino a la cabeza a Cathaysa el chándal de El Higo Pico del día de la fiesta, cómo tan guapo El Higo Pico, combinando el color del rosario con el de los tenis, y aquel chándal que se le caía por las patas pabajo. Sintió miedo otra vuelta de que no estaba haciendo nada por lograr ver a El Higo Pico, y pensó que tenía que buscar la manera de estar cerquita de él, de arrimársele al tronco como arriman el rabo los gatos machos al poste la luz pa marcar el sitio. La Macha levantó el puño en el aire y El Churrero le mandó un besito volado. Siéntese, don Churri, le dijo uno de los viejos dándole un estampido en el tronco la oreja. Se sentó ese chico todo repachingado en la silla que quedaba vacía y se quedó mirando a Cathaysa mientras agarraba puñados de chochos de la mesa y se los espichaba de un solo viaje a la boca. Aquel gesto de El Churrero hacia Cathaysa era tan viejo como la vida misma. Poco guapa la novia mía, dijo El Churrero, sacándose las cáscaras de chochos de la boca una por una, mira parai, eso es belleza y lo demás es bobería. Tío Aurelio seguía barajando con la cabeza empurrada. Por lo general, Cathaysa le hubiese dicho algo a El Churrero, pero no pudo, tenía la quejada bloqueada de tan fuerte que estaba rillando los dientes, solo podía atender a los movimientos cansados pero rítmicos del tío. Era un hombre desinquieto y a la vez se gastaba mucha paciencia. De una trompada lo ajeito yo al machango El Churro, dijo La Macha apretando los nudillos hasta casi hacerse la sangre.

Cathaysa se quedó mirando los brazos de La Macha, las manos eran mandarrias igualitas que las de El Tiznado, que de un solo machacazo podían escachar a cualquiera. Tenía La Macha todavía algunas marcas de los chascazos de Cathaysa. Le gustaba a Cathaysa probar cuánta mordida podía aguantar, hacerle la forma

del reloj con los dientes, dibujar con los dedos el redondel de la quejada retratada en la piel de los brazos. Las noches de la fiesta habían dormido otra vuelta en la misma cama de La Macha. Se habían estregado la una en la otra como las moscas se estregaban las patas, se habían sopetiado hasta que ya se hacía de día, cuando botaban los primeros camarotes y sonaban las campanas de la ermita de la Señora del Socorro; después se levantaban sin haber dormido y se vestían y se echaban colonia en el peine pa hacerse un moño requintado e ir misa. Lo hacían desde chiquitas y después se la pasaba Cathaysa rezando afrentada, pidiéndole perdón a Dios por andar haciendo guarrindonguerías. De lo que más se arrepentía Cathaysa era de la traba, la traba de la ropa que La Macha guardaba en la gavetilla de la mesa de noche, con la que cada una se rasquillaba el pepe por su cuenta hasta que tenían que echarse agua fría del fuego tan grande que les entraba en el pellejo.

Dejó Cathaysa de mirar los brazos de La Macha, ahora que se había llenado de vergüenza hasta los topes de solo recordar. Se acercó poco a poco a la mesa de los viejos. Trató La Macha de seguirla, pero Cathaysa le dijo que no con la cabeza, sin dejar de apretuñar los dientes. Se colocó por atrás de Tío Aurelio. Parecía que nadie sabía que Cathaysa estaba presente, excepto El Churrero, que le picó el ojo. Brincó Cathaysa del susto, pero no dijo nada. Un plato de chochos, tres vasos de vino, un Clipper de fresa. Ningún otro sonido que los dientes esganizados de esos viejos chascando, el vingui-vingui de El Churrero, que se balanciaba en la silla dando golpitos con la punta de la bota, ¿cómo tan igualito con un vaquero? La tele ya apagada, todo el mundo atendiendo al envite. Hacían pareja Tío Aurelio con El Churrero, un viejo con el otro viejo. Se colocó Cathaysa justo al lado de Tío Aurelio, pero Tío Aurelio hizo como si no la estuviera viendo. Primero, El Churrero le mandó un besito volado; después, sin que nadie se diera cuenta, dejó caer la silla sobre las losetas del piso del bar y levantó las cejas parriba, haciéndole entender a Tío Aurelio que llevaba el rey de espadas, que era el rey de lo virado. Conocía Cathaysa una o dos señas que el padre le había enseñado, pero el envite era un idioma de machos, y los machos se empeñaban en esconderlo. ¿Sola carta, Churro?, dijo

Tío Aurelio, que llevaba dos fiscos: el cuatro de espadas y el seis de espadas. Supuso Cathaysa que el idioma de las hembras era el de las novelas, el de las bodas, los bautizos, el café dulcito, el amargarse la vida porque el marido no salía de atrás del biombo. Uno de los viejos traía el caballo de espadas; el otro, la perica de espadas y un fisco. Pensó Cathaysa que si esto era lo que hacían los hombres dentro el bar, tampoco era tan importante como ellas pensaban. Sí, Aurelio, dijo El Churrero, sola carta. Se fijó en los pelos de las orejas del tío, le entraron ganas de arrojar o de morirse. ¡Pues arrastra con ella, Churro!, chilló Tío Aurelio dando un golpe en la mesa con los codos. Pensó Cathaysa que era raro que el tío no se diera cuenta de su presencia. Era raro porque a Cathaysa le llegaba el olor a aguarrás de los pedos de aquel hombre desde demasiado lejos, no podía dejar de saber que el tío estaba cerca. Coñós, Aurelio, siguió El Churrero, pues pa arrastrar se lo pego. Porque no era solo jedor a istiércol de caballo, lo de aquel hombre. Muchacho, ¡pos pégaselo! Era una nube negra que se aposaba sobre todas las cosas, una presencia en sombra, un animal vestido a cuatro patas. ¡Pues envido!, chilló El Churrero, y de repente se apagó la poca luz que quedaba en el bar. Pos juega por verte, dijo uno de los viejos. Por los bujeritos del biombo se pudo ver la lluvia pareja que empezó a caer como una barranquera por la calle. Ya se sentía Cathaysa las lágrimas empozadas a la altura del pecho de tener tan cerrada la garganta, tan apresionada la mandíbula. ¿Entonces arrastro, Aurelio?, dijo El Churrero escarranchando las patas más entodavía. Esa lluvia espesa que arrastraba penillo, palos, piñas del monte. Claaaaaro, muchacho, ¡arraaaaastra! Lo tocó Cathaysa con la punta del dedo y eso pareció que se dañó solo con rozarlo. Pues, y echó El Churrero el rey de espadas, ¡arrastro! Tío Aurelio le apretó la mano a Cathaysa y, sin mirarla a los ojos, le dijo: aguántese, señorita, ¿qué no ve que aquí hay hombres ocupados? Los demás se vieron obligados a servir al arrastre. Primero uno de los viejos echó el caballo de espadas. Cathaysa retrocedió y miró a La Macha con los ojitos aguados. Aurelio era el siguiente y, como llevaba dos fiscos, el cuatro y el seis, sirvió el fisco más chico. La Macha le hizo seña de que alzara la cabeza, que no la pusiera gacha, que aquí se había

venido a hablar como la gente grande, nada de lloraderas, ninguna machangada. Desde la calle tronaban las barranqueras, ese cancanazo de agua haciendo temblar hasta la chapa verde de la entrada, que pegó a dar estampidos contra el muro. Al otro viejo, el arrastre le levantó la perica de espadas. Cathaysa se secó las lágrimas, se jaló la barriga.

Como a Tío Aurelio le quedaba todavía un fisco, el seis de espadas, que iba de encarte, ganó la segunda mano. Churro, dijo Tío Aurelio empurrándose las gafas contra las narices, arráyate cuatro, que quisieron el envite, y enseguida viró el culo pa cagarse otro pedo. El Churrero se paró de la silla con aquel postín que se gastaba, ajeitándose el fajín rojo, y ajuntó cuatro piedras del envite. Cathaysa se apartó un fisco pa agarrar fuerzas y volvió a pegarse al tío. Tenía ella las palabras trabadas por atrás de los dientes, que se las estaba intentando sacar con el dedo, como gofio amasado con azúcar. Le pasaba desde menudita, que cuando tenía que hablar de verdad se quedaba sin palabras, que parecía que un corujo le había comido la lengua. ¡Viejos, afílense hoy!, chilló Antonio mandando un estampido seco en la barra pegajenta, porque Aurelio y El Churro los van a poner calentitos. Cathaysa abrió la boca y dijo; eh, pero ¡aaaaah!, gritó uno de los viejos estrallando la lengua dentro de la boca, todo quemado de estar perdiendo, la primera mano se la da uno a los chicos pa que se entusiasmen. Ejem, siguió Antonio, ahora limpiando la barra, ¿pa que se entusiasmen?, o más bien ensuciándola con aquel paño. Afíííílense, porque van a coger caldia, compadres, mira que El Churro de bobo no tiene un pelo. Se paró de la mesa El Churrero para ir otra vuelta al baño, que parecía que tenía jormiguilla. ¿Oístes, Cathy?, dijo, ajeitándose el fajín otra vuelta, de bobo no tengo un pelo, ¿oístes? La Macha con el puño alzado otra vuelta. El Churrero entró en el baño, pum, mandando otro fuerte estampido. Los viejos esmorecidos de la risa. Uno de ellos pegó a barajar mientras Tío Aurelio se chascaba una cáscara de chocho ya chasquillada del plato. Tío, dijo Cathaysa con los temblores en las manos. Esgarró ese hombre desde lo profundo del alma y escupió en el mismo piso del bar, una flema blanca y pesada que se le quedó guindando del viro del labio. ¡Aurelio, no seas

jediondo!, dijo Antonio escurriendo el paño, ¡que dispués lo limpia mi mujer! Siguió Cathaysa: Tío, vino La Alemana a traer la furgoneta de pa. Los viejos se quedaron pasmados, viraron la cabeza pal cielo, que con ellos no iba el asunto. Ah, dijo Tío Aurelio más tranquilo que el carajo, juntando la punta de la lengua con el diente de oro, sus, Cathaysa, parece que no conoces a tu padre. Se rieron ahora los dos viejos, enseñando los dientes comidos. Ese Tiznado está bueno pa sopa, dijo uno de los viejos, entodavía me debe el dinero aquel que apostamos en la sortija. Tío Aurelio menió la cabeza, apretando la cáscara de chocho entre los dedos. Eso se espareció porai vete tú a saber dónde, comentó el otro viejo de enfrente. Cathaysa miró a La Macha, La Macha miró a Cathaysa. ¿Tú no sabes que eso horita vuelve con la misma?, dijo Tío Aurelio, ¿no te dijo tu madre que se fue pa la Gomera y que horita volvía? Los dos viejos asintieron a la vez. El Churrero volvió del baño, iba vendiendo vino, con la bragueta abierta. Júramelo por lo que más quieras que no sabes en dónde está, dijo Cathaysa con un temblique en el labio, porque mi madre dice que no quiere ir a buscalo. ¿Yo?, dijo Tío Aurelio, concentrado en las cartas que barajaba el otro viejo, más me dieran, mi niña, se largó otra cáscara de chocho a la boca y dijo: ¿y tú no sabes cómo es él?, y la chisquilló sin tragársela, volviendo a soltar un chingo de saliva pal suelo. ¡Aurelio!, dijo Antonio ya mosquiado, muchacho, ¿a ti no te enseñaron en tu casa a no ser un guarro mierda? Pegó el viejo a repartir las cartas. El Churrero se rascó las partes trinquillándoselas con dos dedos. ¿Qué tú no ves que ese hombre tiene namás que puros pajaritos preñados en la cabeza?, dijo Tío Aurelio. Ladró Brillantín a lo lejos aún desde debajo del banco de la entrada. Jajá, se rieron con una risa seca y amarga aquellos viejos revejudos. A Cathaysa le entraron tremendas ganas de llorar, pero solo se le salió la bemba de abajo. Muchacha, dale un par de semanitas, dijo uno de los dos viejos, pa que tú veas que horita vuelve. Sí, respondió el otro, El Tiznado es hombre de su casa, aunque ande porai de trulenque.

Aquello era igualito que un desierto, pero no de arena y ventolera en círculos, sino de piedra seca y piche caldiando por un sol que le turraba el cogote. Andaba metido en la cabeza, El Tiznado, como siempre, intentando averiguar qué es lo que hacía. Machacando con lo que le había dicho La Brujenta. Atemorizado con todo, con lo que estaba haciendo y lo que no estaba haciendo. No sabía muy bien adónde día, pero día, que es lo importante, día pa los Sures, por lo menos. No recordaba ya El Tiznado las horas que llevaba camini-camini como un pájaro caminero por aquellas laderas de pareditas, cargando la guitarra eschamizada, que más que guitarra era ahora un fisco un chazo. Se fijó en aquellas huertas abandonadas que dividían las laderas en terrazas chiquitas y le vino a la memoria que cuando chico se la pasaba sorribando, limpiando las huertas de piedras y haciendo paredes con los hermanos más grandes. ¡Bien ha trabajado uno!, se dijo, ¡bien ha burriado uno en esta vida! Día pa los Sures, sí, compadrito del alma, y tener un sitio pa donde dir lo ponía más calmado, sí, socio del alma, pero era como que el sitio del que venía se le estaba yendo cada vez más lejos. Era la sensación de que cuanto más se alejaba de la casa, más la casa se alejaba de él, y le daba miedo de que La Alemana lo olvidara, pero sobre todo le daba miedo de perder a la niña de su corazón: Cathaysa. ¿Qué estaría aquellando?, ¿ayudando a la madre en la huerta, la pobrecita? Engracia lo tenía sin cuidado, pero es verdad que a ratos se acordaba de Tío Aurelio y de lo que siempre le estaba diciendo, que por lo menos la mujer de él no era tremenda puta, que las hay, mi niño, las hay en tongas, y hasta sentimiento de alejarse de Engracia le estaba dando, lo que nunca, compadre. Con aquel calor metido en la cabeza, empezó a sentir una especie de arrepentimiento. Un chorriar de sudor sabroso bajándole por las

patillas, una descoordinación en las piernas y en las manos y en el pecho.

Veía borroso, El Tiznado. Le pasaba los días de luz blanca, le pasaba los días de sol abierto y cielo limpio. Se mariaba. Quería fumarse un fisco un cigarro, pero no había cigarros ningunos en aquellas tierras de secano y se largó una hoja de vinagrera a la boca, como pa purgarse, como cuando los perros comen hierba y después la arrojan en una pasta amarillenta. No se jallaba él, se sentía medio raro. Se sentó El Tiznado arriba de una laja ardiendo, se echó las manos a los bolsillos e hizo sonar la musiquita de las pesetas que había ganado y cogido prestadas de El Bigotuso, con un quemor en el alma de ver ya a La Brujenta. Se miró las patas encachazadas. Uno tiene las patas fuertes como un guanche, se dijo mandándose un trancazo en los muslos, ¡eso es de comer tanto gofio, bandido! A cada rato le estaba diciendo a Cathaysa que comiera gofito, gofito como los guanchitos, que él venía de los guanchitos, y pensaba a cada rato, aunque no se lo decía a nadie, que a lo mejor eso tenía que ver con que él era un hombre a veces tan entristecido, tan a veces afrentado de sí mismo, porque a los guanchitos jicieron por matalos a todos y eso se le queda a uno metido en la sangre y en el cuero, y por eso cada papel de la historia de Canarias y de los guanches que vía botado lo garraba y lo ponía en la casa pa que Cathaysita no se olvidara de dónde venían, ni de lo fuerte que era la raza de ellos, de los tiznados, y cada papel de los guanches que El Tiznado garraba lo leía con lo poco que había aprendido en la escuela a e i o u, derechito palantre y sin miedo, aunque volviera patrás más de cien veces porque le costaba a él recordarse de lo que había leído, porque sabía El Tiznado que, aunque Dios no le había puesto las cosas fáciles, tenía él bastante capacidad de abracar conocimiento, que vía aprendido desde chico bastante rápido las letras, el silbo gomero, tocar la guitarra de oído y hasta idiomas inventados de los estraneros. Sabía él cuántas cosas, mi niño, sabía más que siete viejas.

Cerró los ojos un fisco, namás que por descansar la vista, pero con la misma los volvió a abrir. Se sentía desinquieto, como con una jormiguilla. Fueron los graznidos como si los tuviera metidos dentro

de la cabeza. Alzó la mirada. No pudo creer lo que los ojos veían: cuatro cuervos le pasaban por arriba volando. Decían que cuando pasaban cuatro cuervos por el barrio se iba a morir alguna persona. ¡¿Qué tanto pájaro del diablo?!, se preguntó El Tiznado rabiando para sus adentros, ¿qué carajos le quieres decir a uno, Diosito? Había aprendido qué significaban los cuatros cuervos porque se lo había explicado la madre cuando chico, pero él no estaba en el barrio y no había nadie alrededor que pudiera morirse. Si no pasaban por la casa de uno, por lo general no quería decir nada ver cuatro cuervos volando por esos mundos de Dios, pero se preguntó entonces El Tiznado si no lo estarían avisando a él de la muerte propia y alzó la cabeza regañando los ojos contra el sol: ¡ai van los cuatro!, chilló, ¡ai van los cuatro que cargan el muerto!, y los redondeles de los chillidos rebotaron en las montañas, devolviéndole un eco que se le pareció con la voz de otra persona. O de él mismo, pero cuando más joven. Dibujó, entonces, El Tiznado, una cruz en el aire contra la luz del cielo. ¡Si a mal algurio traen!, chilló, ¡a mal algurio lleven!, y se presinó con fuerza mientras las propias palabras rechazaban patrás al llegar a la montaña y le regresaba otra vuelta a la cabeza aquella voz del pasado. Traspusieron los cuatro cuervos uno atrás del otro por detrás de aquellas laderas secas de tabaibas y cardones. Cuando se dio la vuelta, no supo El Tiznado de qué forma, pero ya se vislumbraba el veril de la costa de La Punta Las Viejas.

Siguió avanzando movido por la luz azulada de la mar. Vio la sombra recortada de La Gomera. Era la pasión de él, llegar al Sur y encontrarse con la isla de los sueños. Al ver aquella miniatura, se podía imaginar uno a la gente viviendo en el otro lado del mundo, el de enfrente, aquellando las cosas, como si se estuviera viendo en un espejo más pequeñito, en una isla más pequeñita con gente más pequeñita. Estaba decidido: namás La Brujenta le quitara los males que traía arriba, se iba a mandar a mudar pa La Gomera, eso era lo que necesitaba él, otro sitio, otra oportunidad pa pegar de cero y hacer las cosas como marca la ley. Qué época tan bonita la de La Gomera, que iban a bailar con el amigo de los Anónimos, y Cathaysa privada con los brincos y las locuras con el hijo del amigo. Dejó hasta de beber en aquella época, pero después volvió al asunto. Allá

en La Gomera, él podía ser feliz, ¿en La Gomera?, sus, ¿y habrá estado uno en La Gomera en verdá?, y ahora que no se recuerda uno si fue que lo soñó... Se quedó pensando El Tiznado y no pudo averiguar qué era la verdad y qué era la mentira. Pensó entonces que a veces el destino o Dios o el coño la madre lo mandaban pa donde él quería dir, así que tenía que confiarse de las cosas, aunque a ratos el corazón le decía que todavía tenía algún sentido pensar en La Alemana, a pesar de lo malo que le había jecho la muy puta.

Llegó al canto abajo con la lengua botada afuera, y del calor que traía en la cabeza vio las palmeras y las playas como los viajeros perdidos de las películas, que encontraban un charco con una palmera de cocos en medio del desierto. Tenía unas securas de boca, una eschavetadera arriba de él. Temblaba la faz del mundo como vapor de lluvia en el piche caliente, y los párpados le iban y le venían en un zapateo continuo. En aquel virito medio cerrado medio abierto de lo visto y lo no visto jalló un Sur que hacía por parecérsele al Sur de siempre, pero que era más bien distinto o capaz más verdadero que nunca. Allí, en el paseo de Las Tomateras, por fuera de los bares con desayuno de salchichas y judías guisadas, los camareros andaban a cuatro patas y la lengua botada afuera, como camellos o burros majoreros; cargaban a las alemanas y los alemanes en las espaldas y: ijijijíí, relinchaban, pa que las alemanas los mandaran a callar con un latigazo seco de vara limada. También los había quienes se ponían en el suelo como alfombras de esparto y los estraneros les pasaban por arriba porque les resultaba más cómodo que andar pisando playas de riscos, porque no sabían las alemanas caminar por aquellas enriscaderas y todavía quedaban unas cuantas playas sin cambear los tolmos por arenita finita como azúcar blanco, porque en aquella época era que estaba pegando lo bueno, en aquella época estaba empezando el Sur a cambear definitivamente de los plátanos y los tomates a las cositas ordenadas y bien plastificadas, a la limpiecita bien hecha de los pueblos de pescadores por los mastrotes de edificios, y los había quienes ponían las manos tiesas pa jacer de bandeja o quienes directamente eran mesas y no personas y les preocupaba aguantar el temblique de patas, amargados por mantener las manos firmes cuando les ponían

las salchichas guisadas y las coles apestosas arriba de las mesas de las espaldas, no se fueran a dañar los estraneros y a pensar que había terremotos de explosiones del volcán; y mujeres vestidas de maga con cestas de frutas poniéndoles nísperos en la boca a las alemanas, pelados y quitadas las pipas, porque las alemanas son medias finas y se asfisian con las pipas de los nísperos y dispués las botaban en las playas de arena plástica de aquella y salían nispereros azules y amarillos y de todos los colores, o eran las luces que esprendían las salas de máquinas escandilándole a él los ojos, o eran los chillidos de los estraneros escamisados que se pegaban trompadas abajo de las palmeras cargadas de dátiles porque les encanta una buena trifulca, a los estraneros, o eran los chillidos de los obreros que allí mismito en la playa construían barrios y pueblos enteros de chalés pa las alemanas arriba de huertas compradas por dos duros a una viejita que cogía pulpos con bichero y hoteles acristalados de cincuenta plantas parriba a base de trabajar desde la mañana hasta la noche y de aguantarse las ganas de mear y de aprovechar el viaje al baño pa mandarse un trallazo de coca y café, hoteles tan altos que las camareras de piso ya con petas como morretes de piedra en las espaldas a los veinticinco años limpiaban colgadas de sogas pa no tener que pisar los suelos recién fregados más nunca y que pudieran pisarlos con gusto las alemanas y estregar la mierda de los papeles del culo con gusto y tranquilidad por las camas y los baños pa que las limpiadoras tuvieran trabajo gracias a Dios y a la Virgen por el trabajo del turismo que permitía la existencia de toda aquella mafia de personas, que permitía además que estuvieran las gentes de la isla más cerca de Dios porque eran tan altos aquellos hoteles que llegaban a conectarse con los cielos, y desde los cielos, en alicótaros que daban vueltas y más vueltas a todo dar, había cuatro alemanas que compraban los terrenos todos de la isla y distribuían las propiedades en rifas de Navidad al resto de las alemanas cuando iban a Alemanilandia, y allí los alemanes por dos duros compraban las rifitas de la fiesta de la vida y del gozar, y cada terreno valuto, cada terraza y terreno, cada huerta papas y casa terrera, cada cuarto aperos y pino del monte quedaba contenido en un boleto, y cada alemán tenía su propia rifita y, por lo

tanto, su fisquito de isla que le tocaba, y ya entonces solo quedaban alemanes y blancura brillando por arriba de la isla y la isla se volvía blanquita blanquita en vez de negra de volcán y ya todo era en verdad limpio como las lajas de un barranco, y quedaban las lajas lisas limpias al aire para que las aguas del bien bajaran por los barrancos de la vida sin ningún atrabanco canario que las frenase.

Se dio un estampido en la cara, El Tiznado. Desaparecieron de repente los nispereros azules y amarillos, quedaron los chalés, los hoteles, las piscinas, los campos de golf a lo lejos, algunos camareros a cuatro patas. Enfocó la arena de la playa Las Barranqueras, que ahora le decían playa El Paraíso, y vio a las alemanas con las tetas al aire entonces más de cerca. ¡Agüita, colega!, chilló El Tiznado, las alemanas tendidas al sol como samas, saladas y secas ya, igualitas que jareas tiesas trabadas en liñas listas para destrabar y echar a asar con un buen plato de papas arrugadas y mojo cilantro. Le entró un hambrita a él, sus, mi niño, fuarte hambrita namás de pensarlo. No se ponían canelas, las alemanas, no, sino coloradas todas, que les quedaba un color en la piel como de cangrejo moro, y no eran secas secas como el esparto, sino secas lisitas como lagartas. Las alemanas estaban aquelladitas de otra forma, pensó El Tiznado de verlas allí amontonadas alante de él; sí, muchacho, mira parai: las pieles perfetas, mis, ni un fisco un pelo, ni un fisco una mancha. Sintió como una afrenta vieja, El Tiznado, de ver a tanto estranero junto, un aquello; le dio por sentirse mal y pensó que a lo mejor La Alemana no lo quería a él ni fisco por no ser él un hombre de postín, de alto estandi, compadre, del estandi de las alemanas, así eran las alemanas, blancas y suavitas, como los alemanes, que también eran blanquitos y bien parecidos. Él se consideraba un hombre bastante aparente, está uno de buen ver pa la edad que uno tiene, compadre, pero, ¡mu-cha-cho!, aquella gente el diablo era otra historia distinta, sus, las manos, sus, los pies, cruz, las espaldas, fus, aquella blancura que botaba patrás el reflejo del

sol como un espejo pulido, aquello no había comparancia, amigo; de todas las cosas de Dios que no podía ser El Tiznado, alemán era la última de todas, la que menos podía ser El Tiznado en este mundo, y eso era un dolor aquí en el alma metido, mi niño, ¡un dolor!, que más vale que ni te explique. Los potajes quieren fuego, pegó a explicar El Tiznado a la playa llena de alemanas estetadas, y el amor quiere cariño, acompañando la explicación con las manos y el meneo del chazo de guitarra enfondado, y ¡fuego!, ¿cómo no?, socio, que la gente que se estaba pasiando se quedaba asombrada de verlo, pero si La Alemana no le quería dar fogalera al corazón de él, pos Tiznadín tendría que mandarle a la matraca por lo menos pa quemar las penas y, a lo mejor, más palantre en el tiempo, virar patrás otra vuelta a buscala namás que por ver si cambeaba de opinión, porque nunca se sabe las vueltas que da la vida, compadre, y que las mujeres no sabe uno bien por dónde garralas, porque son el diablo y cualquiera les dice nada, que eso se ponen los chillidos y los peleos, pero: ¡no, compadre!, chilló El Tiznado, ¡que no!, que no meritaba la pena andar amargándose la vida por un tiesto mujer como La Alemana.

Se ajeitó las greñas con gomina de sudor, El Tiznado. Se empinó parriba porque en esta vida había que mantener la cabeza bien empinada. Traía él chorros de pesetas en los bolsillos pa dir a dar con La Brujenta, y se le pasó por el viro de la frente en gastar un fisco namás apenas y el resto acotejalo y apuñalo bien apuñado pa poder dir dispués a quitarse los males. Aprovechar y gastar un fisco namás, le dijo la voz que se le metía a cada rato en la cabeza y pegaba las alegaderas como rueda de fuego, ¡hombre!, que vida solo hay una, ¡muchacho!, y que la vida es un tango y el que no la baila es un machango, y que ya es bastante amarga la vida pa andar uno contando los duros con penas y más penas. Se acordó entonces El Tiznado del dicho que siempre le decía el padre y el padre del padre al padre, que: *el que nace para un medio, teniendo un destino fatal, antes de ahorrar real y medio, se ha de gastar el real*, y pensó él que sí, compadre, que había dinero pa gastar y pa La Brujenta y pa lo que jiciera falta, que el dinero va y viene, y que si no había, pos se jallaba, que no había miedo pa de noche, ¡no, compadre!,

que él no tenía miedo ninguno de mandarse la soga al cuello y trancarla en seco patrás. Como dijo Vicente Fernández, chilló El Tiznado, avanzando por entre los extranjeros del paseo de Las Tomateras, con perras o sin perras, ¡uno va a ser siempre el reeey!, y se le metieron unas ganas de parrandiar y espedazarse en miles de fiscos, de pelarse como un conejo, de garrarse una siquitrina de las duras, socio, como las de antes, de putiar y trulenquiar por aquellos Sures y mundos de Dios, como Dios manda, como debe ser.

Fue pasando por aquellas playitas una atrás de la otra. Aquellas playas que hasta no hacía mucho eran puros callados y pescadores y que ahora estaban empezando a parecerse con un caribe blanco de arenas blancas traídas de mundos de porí pallá o no tan pallá, como el desierto del Sáhara, aquellas playas llenas de mierda de los hoteles, que bien sabía El Tiznado, por cuando iba a pescar por aquella zona, que echaban la mierda en chorros directos a la mar por tuberías espichadas en los charcos y mal rematadas con cemento, litros y litros de agua de mierda de los baños y las cocinas y de todos lados directos pa la mar, por eso a El Tiznado no le hacía mucha gracia bañarse en aquellas playas, no, señor, en aquellas playas, fos, que aparentaban preciosas pero escondían kilos y kilos de cagadas, y se sorprendía ascuado de ver a las alemanas privadas echándose agüita cagaletiada por arriba los hombros quemados, guisados de aquel sol que no lo aguantaba el cuero alemán ni dos minutos, mientras por la parte atrás, en el horizonte azuladito de la mar, barcos y lanchas partían toninas y calderones pol centro y quedaban los animalitos tendidos hasta que en los días de marejada, que bien lo vía visto él, la mar revuelta traía caminitos de espumaraje marrón, sargazos, latas de refrescos, compresas ensangrentadas, fiscos de chasis de coches y de animalitos partidos y hasta bujías como las que él tenía en el cuarto de la chatarra y que le hacían por recordarle los problemas de deudas que últimamente traía arriba de las costillas él, pero entonces nada de eso importaba. Entonces a nada de eso había que darle asunto ninguno, porque el mismo cuerpo temblando como en ralentí lo llevó hasta el bar Los Compadres, el único bar canario que quedaba en aquella zona, y pidió un vaso vino y se sentó en la barra a acechar lo que a él le

interesaba: dos máquinas cantando como cantaban los pájaros cuando salía el sol de la mañana. Una vieja mandándole a una y un hombre en la otra, con la mujer al lado agarrándole la garimba, acotejándole el dinero. Ya lo había visto él más veces a aquel hombre jugando en aquel bar, y hasta con las dos máquinas al mismo tiempo. Había más gente esperando a que la vieja terminara con la calderilla sobrante del cortado apretada en el puño, pero no le importó a él pararse de la banqueta y garrar la máquina sin permiso. Era de las modernas, de las de corsarios; bien le gustaban a él las máquinas de los piratas, eso lo volvían loco. Apoyó El Tiznado el vaso de vino sobre de la máquina y se sacó una moneda de cinco duros del bolsillo. La espichó en la hendija con el corazón arrebatado. Apretó el botón de la derecha y pegaron a girar las ruedas de las frutas a la vez que se le viraba el mundo entero por dentro. Se pararon en seco: dos de las rueditas eran naranjas, la otra, una fresa bien madura. ¡*Avance*!, chilló la máquina con voz de presentador famoso. Se le pusieron los pelos de punta a El Tiznado: *avance* era la palabra favorita de él, le daba fuerza pa seguir por la vida, pa caminar palantre sin miedo. La naranja que le faltaba estaba dos avances más arriba. ¡*Avance*!, ¡*uno*!, chilló la máquina, ¡*dos*!, volvió a chillar. Pulsó El Tiznado el botón de la izquierda e hizo coincidir las tres naranjas, que brillaron por encima del mundo como tres perlas pulidas dentro de una concha del fondo del mar. Las tres naranjas unidas le dieron un premio de veinte duros, y el loro de la máquina cantó: ¡*premio*!, con voz metálica de loro, ¡*premio*!, se repitió El Tiznado dentro del corazón. Saltó en el aire para sus adentros, pero visto desde fuera solo estaba paralizado. Volvió a apretar el botón verde de la derecha sobre el que estaba escrito JUGAR para multiplicar el premio por diez. En la pantalla aparecieron entonces 1000 pesetas brillando. Siguió apretando El Tiznado. Podían pasar tres cosas: que el premio se le multiplicara por diez; que se le convirtiera en doblones para jugar en la parte alta de la máquina, donde los premios eran más grandes, o que perdiera el dinero completo. No le dio tiempo a pedirle nada a Dios, la máquina era más fuerte que cualquier cosa: decidió que esos veinte duros se convirtieran en cuatro doblones y: ¡*cuatro doblones*!, chilló el

aparato. Subió El Tiznado a la parte alta de la máquina como quien sube al cielo trabado en una grúa. Allá arriba, en la parte de arriba, las ruedas no tenían frutas, sino barriles de ron llenos de tesoros, barcos, corsarios con sombreros y parches, esas cosas que le hubiese gustado ponerse en la cabeza. Giraron las ruedas en la parte superior. Salieron, gracias a Dios o a la máquina, tres barriles de ron abultados a punto de estallar que le multiplicaron los veinte duros y se los convirtieron en cinco mil pesetas. Las miró fijo. Podía cobrarlas apretando el botón de la izquierda y marcharse tranquilito con más dinero para La Brujenta y para la vida, o volver a apostar con el de la derecha. Apostó El Tiznado sin pensar. Las ruedas pegaron a girar otra vuelta y le dieron corsarios en horizontal y en diagonal. ¡*Premio*!, chilló el loro otra vuelta, ¡*buen trabajo, grumete*!, le cantó el corsario al oído. Se relambió El Tiznado del gusto y se espichó el vaso de vino que estaba apoyado en la máquina de un solo viaje. Estaba caliente como un macho, aquel vino, estaba peleón. ¡Ah!, se apretó el cielo de la boca con la lengua y dijo: ¡está sabroso, gurmete! El corsario le multiplicó el premio por dos y se lo convirtió en diez mil pesetas. Abrió la boca por dentro sin abrirla a la vista de la gente, El Tiznado, el premio máximo de esa máquina habiendo metido el mínimo de cinco duros era de diez mil pesetas. Podía cogerlo pulsando el botón de la izquierda y marcharse él contento como unas pascuas o apostarlo. Se echó un fisco patrás, dejando solo los dedos alongados al viro de los botones. No se podía parar, no se podía, ya estaba El Tiznado dentro una nave espacial, mandado por los aires como una piedra por una estiradera, y volvió a meter otra moneda de cinco duros porque dice que así se mantenía el dinero acumulado en la parte alta y aquello se convirtió en una rueda fuego, en una matraquilla de segueta alante atrás en la que El Tiznado podía gastarse el dinero del premio o seguir invirtiendo dinero del bolsillo, y siguió invirtiendo, El Tiznado, ¿cómo no?, siguió subiendo parriba como el vapor del caldero las papas, siguió apretando el botón de apostar hasta que los ojos se le viraron y pasaron a serle dos ruedas de corsarios y barriles de ron, hasta que la boca solo fue capaz de pronunciar ¡premio! como un guacamayo de colores, hasta que los brazos y las piernas se le

engarrotaron y se le llenaron de musiquitas y ya no se sabía más dónde pegaban los botones y dónde acababa El Tiznado, dónde el cantar de las máquinas, dónde el brillar de las luces, dónde los chipi chipi de los minicasinos, y así, con aquellos ojos y con aquel cuerpo nuevos, se fue acercando, El Tiznado, a las calles aquellas, a las mujeres aquellas blancas como leche de burra, se fue regañando por las luces de las tiendas con nombres escritos en inglés y en alemán, se fue anestesiando con los flotadores y los sombreros, con las gafas de buciar y las cremas del sol, con los bares y los subterráneos y los clubes de alterne, La Mansión, el Bella Vita, el Tetitas Ricas, El Putiador, La Golfiadera Padre, por los pepes pelados y las tetas pellejudas, por el vino barato, los fiscos de cigarros escachados en el piso, las sobras de papas fritas de las papeleras, empujado por la carretilla mágica del ¡*avanceee*! fue avanzando, arriba del caballo prieto azabache que cantaba Antonio Aguilar, relinchando en las alturas desbocado, quieeeeto, chico, tranquilo, capitán, y ya el peso no se sentía tan peso, y ya el calor clavado en el cogote se convirtió en una brisa más suave y ya la vida no se sentía tan vida y la mente no se sentía mente ninguna, y ya El Tiznado no tenía edad ni pasado ni familia y no era nada y no eran nada ya Cathaysa ni Tío Aurelio ni el barrio ni la chatarrería, y no era tampoco nada él nadien ni nada solo un fogonazo de sonidos y luces de máquinas, una secura en la boca de vino amargoso un temblique de patas sobre de la isla un deseo bajito de dir algún día a pescar las manos de cuando chico menudo haciendo lazos con los desatanudos en la tierra esperruñando maloricos a los que les preguntaba dónde estaba el Teide, un olor a gofio millo al tueste del millo un sabor a bicho carretero en el fondo la lengua un dejar de existir como nubes tiernas, sí, compadre, un dejar de existir como dejaban de existir los budistas de los que le hablaba La Alemana, una cáscara de durazno ramblero, una manta piquenta, un espesor, y no se vía nada y nada se dejaba ver sino namás que

negrura.

blancura.

amarillor.

¿Ya me matastes, Dios? ¿Ya me quitastes la vida?

Parte III

Ya los nardos estaban todos florecidos. Ya pegaba el agua a filtrar por las paredes, a reventar los pencones de humedad. Ya los chupos amarillaban los caminos mucho antes del tiempo de los chupos y Cathaysa no paraba de llorar a cuenta del padre. Ya se había pasado ella una semanita entera azorrada, ayudando a Engracia en la casa y en la huerta sin apenititas abrir la boca ni pa decir porai te pudras. Las cosas las aquellaba Cathaysa con la cabeza gacha al estilo gallina picotiando millo del suelo. De cuando en cuando miraba parriba pa no estampurrarse y se encontraba con la chatarrería de frente. Por los viros de las tablas, la sombra negra del yunque en el que el padre machacaba la chatarra para separar los materiales: el cobre del hierro, el aluminio del hierro. El recuerdo de las chispas de luz al chocar los martillos contra el yunque, el resplandor de las seguetas cortando los motores de las neveras, los reflejos dorados de los atarecos al atardecer, cuando Cathaysa pasaba las manos por sobre de la chatarra como si estuviese apalpando un divino tesoro. Era la chatarra un divino tesoro, y al verla por los bujeritos de la chatarrería, le daba a ella por llorar más entodavía y las lágrimas no la dejaban ver la hierba mojada que estaba arrancando. En otro momento le hubiese chillado Engracia que se meniara, coño, que tenía la sangre muerta, que no levantaba una paja el suelo, pero también estaba la madre callada. Callada y seria como una tusa, con la peta de la espalda más abultada que de costumbre. Aquel día almorzó apenititas nada: un fisco sardinas y gofio amasado sin prebar las papas, y con la misma se encuevó en el cuarto. No le importaba ya ni la novela. Con lo que a ella le gustaba. ¡Ah, cacho puta, y no ves que te están engañando como a un chico ruin!, de lejos escuchaba los susurros de la novela con provocaciones, imaginándose la cara de Engracia mientras le chillaba revoltillos a la

tele, ¡sus sus sus, esta chica es más boba que Pinchote!, ¡mira parai!, ¡muchaaacha, eso es más boba y no nace! Botada en la cama, Cathaysa se quedó llorando y jugando con el imán que El Tiznado usaba para diferenciar el hierro de los otros metales. Le gustaba a ella ir pegando el imán para ayudar al padre a encontrar el valioso cobre dentro de los atarecos; si se pegaba, era namás que hierro, pero amaba Cathaysa la forma en la que los fisquitos de hierro llegaban volando como chupados al corazón del imán. Parecía una brujería.

A eso de las cinco de la tarde abrió el fechillo de la ventana del cuarto y traspuso. Estaba Engracia embelesada alante la tele, con las manos en cruz sobre los muslos. Cathaysa atravesó el patio de puntillas con los tacones en las manos y saltó por arriba del portón para no hacer escorrozo ni arrastraderas. Ya en la carretera, por el viro del ojo, vio la Nissan esperolada del padre donde mismo la había dejado La Alemana. Estaba ya casi comida por los bardos, ahora que de tanta lluvia no paraban de crecer las zarzas. Se le metió una angustia en la boca del estómago. Intentó no prestarle atención y se esmayó con la boca bien abierta. Podía ser hambre lo que sentía: tenía hambrita, Cathaysa, estaba traspasada de atrás alante. Aprovechaba ella la tristeza para ponerse más flaca, pero no sabía qué diablos le pasaba en el cuerpo que parecía que más se le abultaban las carnes cuanto menos se alimentaba. Se espichó los tacones y corrió esrengada por aquella empinadera hasta montarse en la moto de Rayco, que era blanca con rayas negras. Afírmese, maestro, dijo Rayco ayudando a subir a Cathaysa. Se montó ella atemorizada al canto atrás del asiento y se aferró a la espalda de Chaxiraxi como cosa mala. Aférrense, que como no se agarren, se pelan como cochinos, seguía Rayco, virando el acelerador para calentar la moto. En aquellas tardes de llantina, no fue la flacura lo que encontró Cathaysa, sino una enfermedad que iba a tardar en dejar marchar, un vicio malo que se le fue metiendo cada vez más profundo en el gañote: la matraquilla con El Higo Pico. Eso era una cosa pudriéndosele dentro de la cabeza, como una pantana echada a perder, como un chayote negriando en el fondo del cuarto las papas, como un lagarto envenenado trabado de una trampa de

ratones descomponiéndose ya también, con los bichos llevándosele el espinazo en procesión. Había ido La Macha las miles y quinientas aquella semana a cuenta de que Cathaysa saliera un fisco pa la claridad, porque cada vez que el padre se mandaba a mudar de la casa, le entraban a ella las tristezas malas. Cuando el padre trasponía, La Macha se la pasaba pendiente todo el día de Dios de ella, llevándola a cas Evelina a que le echara los rezados del mal de ojo, contándole las novedades del barrio: se murió Guillermina, se fue Gladys la de Isidoro a trabajar pa los plátanos, la más chica de Graciela la de El Lomito Colorado se quedó embrazada del padre. Le había prometido a La Macha que no iba a bajar a la fiesta de la Inauguración del Alumbrado de La Caleta por nada del mundo, se lo había jurado y perjurado por Dios; que por Dios no se jura, te digo, y si se entera tu madre, seguía La Macha, si se entera, te empareja bien emparejada, pero sabía Cathaysa que no era solo la madre, sabía bien ella que a La Macha también le entraba la calentura de que fuera ella a dar con los pibes, y sintió culpa, Cathaysa, de haberle dicho mentiras a la comadre. ¡Chacha, que pareces un gavilán con esas chiquitas de uñas!, chillaba Chaxiraxi. Eran tres personas a fuego en una motillo acabante de rectificar, sin casco ninguno. Rayco, bem bem, pisándole que daba temor de Dios, y Cathaysa atemorizada, que tenía pánico de las motos porque le recordaban a los caballos. El pelete malo se le fue metiendo dentro de los ojos y la hizo llorar. Los cerró, sintiendo la ventolera pasarle por los oídos, y, debajo de la oscuridad tapada de los párpados, se encontró con el recuerdo.

El Tiznado había llevado a Cathaysa a las fiestas de San Antón en el barrio de La Enramada. La llevó en la parte de atrás de la furgoneta, sentada en el único asiento que quedaba; iba la niña montada en aquel asiento como agarrada del último risco en medio de un mar de chatarra, soñando con tocarle las orejas y las crines al caballo. Esa semana habían visto en la tele una película de Joselito

en la que el niño cantaba arriba de un caballo que le decían Lucero. El caballo era medio blanco y namás que un fisquito negro en las crines, en el jocico y en las patas, pero desde entonces se le había metido en la cabeza a Cathaysa la manía de que quería tener un caballo blanco, pero no medio blanco, sino blanco completo entero, y se la pasaba todo el día: pa, yo quiero un Lucerito, pa, búscame un Lucerito blanco, pero no medio blanco, sino completo blanco entero. Minguitos, un amigo del padre de toda la vida, le había prometido a Cathaysa que la iba a amontar en un caballo blanco casi completo: era namás pintorriadito un fisco a la altura del lomo, pero un fisquito namás apenas. Con aquella promesa estaba Cathaysa en el aire sin poder dormir desde hacía una semana, privada por llegar el lunes a contárselo a Chaxiraxi y a La Macha en la escuela.

Al tiempo que El Tiznado aparcó la furgoneta ya estaban casi todos los participantes inscritos y colocándose para comenzar la sortija. Sobre del suelo de picón, aquellos hombres de pecho inflado mostraban orgullosos los números que les habían asignado para la competición y se colocaban echantones en sus puestos. Ya estaban todos los caballos, pero también un burro y una mula colocados en fila. Resaltaba el caballo de Minguitos desde lejos, por la blancura, pero también por la manera en que caminaba y resoplaba por aquellas narices rosadas, sacudiendo el rabo como un abanico de luz. Cathaysa le agarró la mano al padre de la emoción de ver por fin al caballito querido: pa, mira mi caballito, decía, ese es el caballo mío. En la mano de El Tiznado notó Cathaysa aquel temblique de por las mañanas y le apretó los dedos con fuerza, deseando que llegara lo antes posible el momento de poder amontarse. Comenzó la sortija. Rollos de cintas de colores colgaban de lo alto de un palo. Cada rollo tenía una argolla trabada, y los jinetes, al galope, apuntaban y espichaban los lápices y bolígrafos que les habían asignado por dentro de las argollas para ir soltando las cintas. En el recuento de la última ronda, cuando ya iban a nombrar a los ganadores, El Tiznado le dijo a Cathaysa que se quedara un momentito ai tranquila que iba a saludar a un amigo. Vio Cathaysa al padre alejarse rumbo a los ventorrillos, y se quedó asombrada mirando cómo anunciaban que el caballo ganador era el de ella.

Botaron camarotes y sonaron canciones de parranda. El caballo parecía contento, sacudiendo el rabo y removiendo el jocico. Decidió Cathaysa acercarse un fisco namás, para que Minguitos la viera. Llevaba aquel hombre un sombrero negro de mago, con una estampita de san Antón espichada en la cinta también negra que rodeaba el sombrero. Se fijó en ella y, picándole el ojo, la invitó a esperar un momento. Montó primero a una niña más chiquita, que tenía dos moños altos a los lados. La niña iba las risas y las fiestas arriba del caballo ganador mientras Minguitos la pasiaba más echantón que nunca. La madre de la niña la miraba desde lejos porque no le gustaban ni fisco aquellos bichos tan grandes, y Cathaysa muerta de la envidia por no ser ella la primera en amontarse en el jodido caballo.

Se levantaba esa polvacera de pisadas hondas, ese olor a seco que cortaba las narices por dentro, que resaltaba la piel de los brazos. Las viejas aplaudiendo como si fuera una princesita. Cathaysa no veía la hora de amontarse arriba del caballo todo blanco pintorriado un fisquito namás apenas. Ya se veía empinada toda abierta como una caballa y ajeitándose el pelo atrás de las orejas, como veía que hacían las mujeres guapas de labios pintados de las novelas. Ella era más guapa que la niña esa, ella se merecía más que la niña esa estar arriba del caballo. Se alisó el pelo con los dedos e intentó entender dónde estaba el padre metido pa pedirle que se quejara de lo que estaba pasando, pero no lo encontró. De repente fue un ruido más alto que el otro, un balinazo, un estampido, algo que no supo nadie entender. Pegó ese caballo a relinchar que parecía el Diablo contra la cruz. ¡Está desbocado!, chilló alguien desde los ventorrillos. La niña se fue a caer de la silla al suelo, pero un teni se le quedó trabado en el estribo. Se mandó ese caballo blanco como la leche a correr por el picón que nadie lo paraba. Corría en círculos y en todas las direcciones, y los pelos de la niña arrastraban por el suelo como una fregona. Pensó Cathaysa asustada si le habría hecho mal de ojo a la niña. El caballo no paraba de dar vueltas y más vueltas y los chorros de sangre le bajaban a la niña como barranqueras por la cara. Cathaysa pegó a correr como un ratón azorado dentro de aquella marabunta de

hombres que iban atrás del caballo como una manada de perros asalvajados. La madre de la niña cayó redonda al piso de la impresión tan grande. ¡Por Dios bendito y la Virgen santa, hagan algo!, chillaban las viejas. Cinco minutos después, la niña se destrabó en peso muerto porque Dios estaba arriba, como decía Engracia. Quedó toda pelada de la cara, tendida barriga al aire contra el cielo encapotado de La Enramada en fiesta. Los chorros de sangre hacían parecer que ya no tenía cara. ¿O en verdad no tenía cara la niña? Sintió Cathaysa que el caballo se la había borrado por completo. No había respiraciones entre la gente, no había viento; por no haber no había ni pájaros, recuerdos, palabras, pensamiento alguno. Todo el mundo se quedó parado sobre del picón sin saber en dónde poner los ojos. Aquella niña toda desfigurada que parecía un potaje ácido y no una niña. Cathaysa se fijó a lo lejos en los ventorrillos, pero no encontró al padre.

Cuatro hombres levantaron a la niña del suelo como a una muñequita de trapo. La subieron a una Toyota verde y arrancaron rajando la tierra con las gomas. Debajo de la nube de escorrozo y polvacera, vio Cathaysa a tres hombres apuñar al caballo blanco mientras Minguitos se acercaba con la escopeta. Le mandó cinco, diez, veinte tiros por la cabeza, los costados, las patas, los cuartos traseros. Se recolocaba la estampa de san Antón y el sombrero y pimba, recargaba la escopeta, y seguía disparando, pimba pimba pimba. ¡Por Dios, Mingos!, ¡ya está bueno ya!, le chillaba la mujer desde una esquina del terreno, ¡el Señor te va a castigar!, ¡que ya estuvo bueno! Ah, hijo de la gran puta, dijo Mingos soltando la escopeta, te vas a ir al infierno con toda esa curia de demonios que tienes metidos ai. Mientras tanto, Cathaysa buscando al padre sin ver nada de los lloros tan grandes, con los ojos muy abiertos, ¿vieron a El Tiznado?, ¿vieron a El Tiznado?, decía acercándose a los ventorrillos, pero ahí el padre ya no estaba. Logró preguntarles a los hombres que rodeaban al caballo y tuvo que verlo en el suelo tendido, todavía con la cabeza parecía que medio alzada. ¡Muchacho!, ¡Tiznado!, chilló uno de los hombres, ai la tienes, señalando a Cathaysa. Mi amor querido, dijo El Tiznado trenzando los dedos con los de la hija, ya no le temblaban las manos, que no te

encontraba por ninguna parte y casi me muero. Regresaron a la casa sin hablar, El Tiznado mirando las huertas por la ventanilla, Cathaysa dentro de la marejada de chatarra con el pensamiento fijo de que no quería amontarse nunca en un caballo. El padre le había dicho siempre que era una niña muy guapa y no quería ella arriesgarse a quedarse sin cara para que luego el padre no la quisiera.

¡Chachaaaaa!, abrió Cathaysa los ojos y seguía Chaxiraxi chillando por encima del ruido de la moto, que me estás trillando la piel, y mandándole a Cathaysa trancazos en la cabeza con el puño cerrado. ¡Chacha, Chaxi!, decía Rayco, como sigas los chillidos no te llevo pa más ningún sitio, y Chaxiraxi, los peleos: ¡que es la mula esta!, ¡que me está haciendo hasta la sangre! Se arrancó el cielo a llover de duro, se arrancó cuando iban ya dejando atrás las últimas casas del barrio, y cerró Cathaysa los ojos del terror y no los volvió a abrir más en todo el camino. No se podía creer que fuera ella a ver a El Higo Pico otra vuelta. Aquellos días de enguirriadera en el cuarto, se aferraba Cathaysa al Miquimaus amarillento escolorido, que La Macha se había ganado en las fiestas de El Lomito Colorado, y pegaba a llorar arriba de aquel muñeco amarillo como la cera besuquiándose con él como si aquel jocico flaco y piquento palante fuera la boca de pájaro de El Higo Pico. Al mirar el muñeco, recordaba Cathaysa las cosas que El Higo Pico le dijo y no le dijo; cada bujerito en el recuerdo de las palabras de aquel chico era una posibilidad cumplida de entregarse ella a la pura inventadera, y podía pasarse el día entero imaginándose alegaderas, teniendo incluso peleas de manos y riñas, podía pasarse el día entero raspándose el jocico del Miquimaus contra las verijas, sin hacerse sino apenitas un fisco sangre en el chocho. Había intentado incluso doblarlo y espichárselo entero dentro del pepe, pero era demasiado grande. Los pensamientos sobre El Higo Pico se hacían más fuertes cuanto más fuerte quería Cathaysa no pensar en El Tiznado, como un tapón hecho de papeles de periódicos revoltillados que tupían el

bujero de la bañera de los pensamientos y no dejaban escapar el agua de la culpa. Era más entretenido pensar en enamoriscaderas que en un padre que no estaba y andaba desbandado pa La Gomera, pero ya estaba resultando que el remedio era peor que el aquello.

Cuando abrió los ojos Cathaysa, ya la carretera era llana y llena de tetos y petas, boquetes grandes como cubetas de papas. Ya no olía a pino ni a monte, sino a istiércol de las plataneras. A sal, a salitre, a neblina de salitre. Le dolía a ella el culo de los macanazos que daban los baches a la moto y aflojó la retensión de los dedos, dejando a Chaxiraxi respirar. Era la primera vez que Cathaysa estaba en La Caleta y se sentía asustada de pensar que había sitios a menos de media hora de la casa que no había visto nunca. Por ver, no había visto ella sino poca cosa en la vida, y había veces que se le metían unas fuertes ganas de caminar sola por todas aquellas orillas de la isla, de conocer las cosas que el padre le había contado. Al bem bem, la moto fue aflojando. Se arrimó Rayco a un viro de la carretera y dejó que las chicas se bajaran primero. Chacha, eres más bruta que un arado, venía Chaxiraxi caliente, ajeitándose la camisa toda arruguetiada de los jalazos de la amiga. Voy a dejar la moto aquí mismo sejiada, dijo Rayco sacándole la pata al canto al lado de la parada de la guagua, porque si no dispués los cabrones esos le meten fufina y me la funden. La moto pulida de Rayco le devolvió a Cathaysa el reflejo de la cara. Namás verse, puso ella aquel gesto afilado de cachetes chupados y cejas empinadas que envenenaba a la madre. ¿Pa dónde vas así vestida, muchacha?, le preguntó la Engracia que tenía ella enterrada en la cabeza, pa ver a El Higo Pico, se respondió, ¿pa ver a El Higo Pico?, volvió la madre otra vuelta, estás tú buen higo pico, me parece a mí. Déjame un fisco pa yo mirarme también, ¿no?, la empujó Chaxiraxi para ponerse ella al frente de la moto. Se desarrimó Cathaysa sin responder hasta más allá del rasante de la carretera. Al final del camino, la mar echada con caminitos blancos. Eso es que horita va llover, pensó ella al fijarse en aquellas vereditas blancas que llevaban a ninguna parte. ¡María Cathaysa!, sintió que chillaba Chaxiraxi con la calentura desde lo lejos, ¿a quién salistes tú tan animalita, mi niña?, ¡mira cómo me

dejastes la blusa, tremendo jarrapo! Más abajo quedaba La Caleta, alumbrada por el fisco de luz amarillenta que aguantaba la tarde en un cielo cada vez más encapotado. Se preguntó Cathaysa si alguna de aquellas vereditas blancas no llegaría hasta La Gomera. Eligió entonces seguir una con los ojos hasta nublársele la vista en el horizonte. Le atravesó un arrepentimiento fuerte como un samagazo: estaba ahora más cerca de El Higo Pico, pero también más lejos del padre. Siempre había pensado ella que el cometido que tenía en la vida era estar cerca del padre, querer al padre, cuidarlo. Tanto era así que a veces se sentía como si fuera ella y no Engracia la mujer de El Tiznado. Tuvo entonces miedo de enamorarse mucho de alguien por si eso significaba que ya no era el padre la persona que ella más quería en el mundo. Nunca se lo había prometido a la Virgen, pero querer al padre era igualito que una promesa.

Pegaron a caminar Chaxiraxi y Rayco por la carretera. Tardó Cathaysa unos segundos apenitas en reaccionar y siguió ella también atrás. Al ver ahora más de cerca La Caleta, las casitas de colores de una sola planta, la iglesia y el fisco de plaza llena de papelitos de colores, aquella playa de callado limpio, la extendedera de plataneras y más plataneras que se esramaba hasta más allá del horizonte, las gaviotas volando, los charranes pescando, los chorlitejos picotiando, los vuelvepiedras en los bajíos de la mar corri-corri como centellas, al sentir Cathaysa el sonido del un dos tres probando, probando, del ¿hola?, ¿hola?, probando, como un mensaje divino, aquel mensaje divino que le hizo a Cathaysa ver los cielos abiertos de par en par, volver a tener un significado y olvidarse de las amarguras a cuenta del padre, recordó ella que la vida estaba pa parrandiar, que lo bueno y lo importante eran el bureo, el trulenque, la fiestita, comadre, isí, comadre, que viva la bailadera!, y se arrancó Cathaysa los tacones de cuajo y pegó a brincar por la carretera como las aguilillas, y namás la vio Chaxiraxi, la siguió también ella sin zapatos y llegaron a la plaza corriendo enfolinadas que tuvieron que frenar en seco con las uñas clavadas en el piche como gavilanes, pío pío. Pero apenas llegaron a la linde de la plaza, se quedaron en una afrenta. Biiiiii bi-biiiiii, había una sola moto, una

Derbi C7 roja con sus rayas blancas en el depósito de la gasolina, y cinco caleteros. Biiiiii biiii, beeem beeem, se acercaron Chaxiraxi, Rayco y Cathaysa a la mesa en la que estaban los pibes. ¡Woooos!, chillaron desde que vieron a Rayco acercarse, plam, en el centro la espalda, ¡Raycazo, el papito, ooooosss!, con la mano abierta, un chiquito de trancazo en toda la espalda le mandó uno de Los Caleteros a Rayco. Se iban cambiando cada rato pa dar un voltio en la moto cada uno. Ahora estaba haciendo el pinga el chiquito de la pata enyesada, el mismo reventado que Cathaysa se recordaba de la fiesta del barrio. ¡Ooos!, se seguían saludando los pibes, was, mano contra mano en un puño, pum, ¿qué pasó, puntal?, tal, cual, hombro contra hombro al más puro estrallido, chis, ¿qué dice el maestro?, compadrito, oh, trompada dura en el pecho, bos, ¿qué dice el capitán?, tal, pum pum, tan, canillazo seco en el espinazo, chas chas, aguántese, don, no se me vaya a enriscar, puntal.

Se sentaron Chaxiraxi y Cathaysa azoradas, arrastrando dos sillas de una esquina. Eran cuatro caleteros bebiendo y fumando, ahora ya sentados en las sillas plásticas que había por fuera del bar Los Amigos, un bar metido en el portón del garaje de una de las pocas casas de dos plantas de La Caleta. Eran ya cuatro pibes sentados y uno solo parado, que era el dueño de la moto y no podía dejar las patas quietas. El Cangrejo, le decían, porque se la pasaba de saltarín por arriba los riscos con los puños en alto practicando el kikbosi. ¡Oh, Rayquito!, chilló El Cangrejo, y se abrieron de patas sobre de las sillas plásticas los otros pa seguir mandándole a los ronazos, ¿qué dice el podrido? El resto de Los Caleteros iban llegando de a poco, y se echaban también abiertos como caballas sobre de las sillas plásticas. Oh, Jésu, ¿qué pasó?, decía El Cangrejo a cada nuevo pibe que se arrimaba a la mesa, ¿ya vistes a youesmaikel?, y se reía con la boca remachada patrás como un perro provocado, ¡oh, Móise!, ¿ya te echastes el cortado?, y se largaba un cigarrito atrás de la oreja, ¿ya comistes?, vienes oliendo a panito caliente, ah, cabrón, ah, jodido, oh, hermanito y tal, que si el macflai, primito, que si la clenka, flako. Cathaysa analizó la situación: eran los mismos que los de la fiesta que ella había conocido, pero a la luz del oscurecer parecían diferentes, todavía más avejentados; eso sí, iban

de punta en blanco, emperchados, limpitos limpitos que daba gusto, engominados patrás retesos como lambidos por una vaca, con los chándales planchaditos por la vieja con un paño entre la plancha y el pantalón de nailo, apenas un fisquito de panda en los codos y, por atrás de las orejas, cemento que se les había clavado hasta el fondo del cuero y les había encostrado hasta las pestañas y ya no se podía raspar de manera ninguna, ni con verguilla ni con disolvente ni con aguarrás ni con ninguna historia. ¡Chiquita potranca!, chillaba uno cuando pasaba una piba, ¡te cojo te esbarato!, le respondía otro haciendo un pingazo en el aire, jaks jaks jaks, se reían con la lengua trinquillada entre los dientes y resoplaban por las narices y otra vuelta con el cuento del olorito a pan, y que si ya vieron pasar a youesmaikel. Cathaysa no entendía nada. Siguió escardillando con los ojos cada rincón del pueblo, del bar, de la plaza: no encontraba a El Higo Pico por ninguna parte. El cuerpo le hizo el gesto de traerle una angustia mala a la barriga, pero no pudo: fue mirar la plaza y llenarse de contentura. Ya estaba una tarima con techo de cañizo y palmera seca preparada con el teclado arriba y los micrófonos, la ermita resplandeciendo con el altar engalanado, un ventorrillo botando olorito a carne fiesta. Debajo de un cielo encapotado de papelitos de colores no podía ser uno triste ni desgraciado, y la angustia se volvió a meter en el bujero en el que se alojaba de costumbre. El youesmaikel son los porros, dijo Chaxiraxi en susurros, me lo acaba de decir Rayco. ¡Lo-co!, ¡Ray-co!, chilló El Cangrejo de repente, ¿y la moto tuya, hermano? Era El Cangrejo el más flaquito y trancado, no paraba de caminar de un lado al otro, desinquieto. Biii bi-biiii, seguían las carreras Los Caleteros. La mía está ai tranquilita, dijo Rayco señalando la parada de la guagua con la barbilla, déjala ai tranquilita que se me asusta. Cathaysa se puso con el tiqui-tiqui de la pata. Pegó a presionarlo el pibe a Rayco pa que arrancara la moto y se dejara de machangadas y tal: mano, arranca la moto, mano, no hay huevos, flako, no soportaba él a la gente callada, mano, dale fufa, las motos paradas, los cortados, mano, no seas basto, y los rones sin beber arriba la mesa. Hermano, traila pabajo, seguía El Cangrejo dale que te pego y otra vuelta con la malimpriada moto, ¿ya la rectificastes, primo? Rayco se hizo el zorro y dijo que no la

había rectificado, y: hermano, no seas basto, rectifícala, hazme caaaso y tal, que eso no te cuesta tanto y dispués vas a fuego, bom bom, con la cejita parada parriba dos metros pol lo menos. Chacha, ¿pa qué eres basta?, le dijo Chaxiraxi a Cathaysa agachando la boca, chacha, que me estás poniendo nerviosa con la puta pata, párate quieta que parece que tienes jormiguilla. Estaba concentrada Chaxiraxi, no paraba de mirar a El Cangrejo como si hubiese encontrado a Jesucristo hablando de Dios. Estaba enviciada ella con el caminar de El Cangrejo de una punta a otra y con el vuelta que te pego con la misma historia de la moto rectificada, con el motor cambiado: esa es una moto chica, una fisco moto la tuya, una Variant, eso viene con un fisco motor de cuarentinueve, hermano, pero le puedes meter un setenta y tal, un motor mayor, primo, mejor mandarle mayores, un chiclé mayor, hermano, a más entrada de gasolina, más camina, si te digo, hermano, que yo he visto motos desas chicas rectificadas que caminan más que una moto cambios, como si Rayco fuera bobo y no supiese de mecánica. Se bajó el de la pata reventada y se acercó a la mesa, los sudores, tah guapa la moto, primo, dijo el enyesado respirando todo jariado con la lengua botada afuera, eso camina que jode, compadre. Con la misma se paró otro caletero que estaba ostinado de esperar a que le tocara la moto y se amontó también a hacer el pinga.

Cathaysa se revolvió en el sitio. No paraba de acechar la plaza, la calle, todos los lados. Sentía un fuego prendido que le estaba corriendo por la sangre: eran el pueblo, las casas, la gente. El Higo Pico pisaba ese piche recién estrenado, respiraba el aire de sal empozada, vivía abajo de aquellas atardecidas de cielo encarnado, colorado, enrojecido y negro a un mismo tiempo, de nubes negras que taponaban el cielo pero que no terminaban de descargar la lluvia; existía atrás de las sombras de las montañas y los barrancos y se levantaba de la cama con el pestazo a istiércol de las plataneras. Miró el mundo: tampoco estaba arregostada Cathaysa a ver ya el cielo de atardecida, ni el cielo de ninguna manera. Desde las fiestas del barrio no había parado de llover en el monte, y el cielo ahora se le hacía extraño, como una amenaza de apuñarle el cogote. Tampoco era el de La Caleta un cielo normal, sino otra cosa. ¿Qué te

pasa?, le dijo Chaxiraxi dándole una patada en las canillas por debajo la mesa. Era la mar virada. Seguro que horita viene. Dos mares enfrentadas. Estate tranquila, hazme caso un fisco. Igual de profundas, igual de oscuras. No solían ellas irse nunca muy lejos del barrio, pero Chaxiraxi parecía tranquila. Ahora sí tenía Cathaysa la angustia completa por fuera del bujero y le traspasaba los órganos: El Higo Pico no aparecía por ninguna parte. Se ajeitó ella en la silla e hizo como de que tenía interés en lo que estaba pasando. Yos, seguía El Cangrejo, le cambié el grupo, primo, con los hombros botados palante, los puños cerrados, igualito que El Higo Pico, las nalgas requintadas como un perro caza, le cambié el grupo y le metí un setenticuatro, un carburador modificado de venticuatro milímetros y un chiclé ochenta, hermano, chiquita guapada, te lo digo. Se quedó muerta Cathaysa, ¿qué diantres es un chicle deso?, le preguntó a Chaxiraxi por lo bajo. Ahora sí camina esto que da gusto, hermano, está guapa, jaks, ahora sí camina esta moto, ahora sí le mando yo fufa de la buena. Ni idea, mi niña, pregúntale a mi hermano, que él es el que se entera de esas cosas. El chiclé es un tornillo con un bujero que regula la entrada de la gasolina, le dijo uno de Los Caleteros que estaba sentado justo al lado de Chaxiraxi, y le picó el ojo a Cathaysa, no es un Búmer de fresa, y se rieron, mirándose a los ojos. Yo tenía un perrito que se llama Búmer, dijo Chaxiraxi, un dóberman enrazado más guapo que el carajo. Chiquita de guapada, le dijo el caletero, fuuuuu, está guapo el nombre, hermana. Se acercó el pibe a Cathaysa y le dio dos besos, Pirri, dijo con la bemba salidita pafuera, pa los amigos. ¿Eres amiguita de Chaxi, o qué?, le preguntó El Pirri a Cathaysa, y Cathaysa cayó en la cuenta de que Chaxiraxi le había hablado de ese chico: todos lo conocían, había estado en el curso de mecánica con Rayco, pero se quitó porque los maestros decían que se llevaba las herramientas pa la casa, le gustaba verlas expuestas en las paredes del cuarto. Cuando hablaba hacía como unos ruidos de velocidad, fuuuuu, estaba más loco que la hostia. ¿Y El Higo Pico no viene?, dijo Chaxiraxi, y Cathaysa le mandó un pescozón en el cuero del brazo. Aaaaah, bandida, le dijo El Pirri, ya decía yo que ustedes no iban a venir hasta acá abajo namás que por ver las lucitas. Cathaysa se

quedó en un temblor, y automático pegaron a chorriarle los sobacos y los pelos de las patillas y el bigote. Horita viene, dijo, que eso está acabante de terminar en la platanera. Eso se está arreglando, que es más presumido que una piba, el mariscón. Biiiiibibiiii, booom bom, ¡agárrese, compadre!, le chilló El Cangrejo al ostinado, que se cayó de la moto haciendo un caballito y se metió tremendo partigazo. Volvió el chico todo raspuñado otra vuelta a la mesa. Lo miró Cathaysa asustada y él le dijo: ah, eso da igual, me voy a morir igual, taponándose la ceja reventada con dos dedos llenos de hilos de carne suelta y uñas chasquilladas al rente. Se paró El Cangrejo del sitio y: ahora sí se formó buena, dijo, ahora sí van a ver ustedes buena virguería, agarrando la moto con una mano sola. Los Caleteros pensaban todos por un mismo estilo: habían venido a este mundo a matarse, a darle caña al mono. Casi ninguno tenía ganas de vivir de lunes a viernes, los fines de semana entodavía menos, pero se estallaban el moni namás cobrarlo. A principios de mes, pa darle duro al trulenque, de fiesta en fiesta, de rally en rally, y ya después se quedaban mirando pal cielo. ¡Ahora vas y le mamas el mono a Carmitas!, les chillaban las abuelas cuando los veían llegar muertos de hambre y con las cabezas reventadas de hacer filigranas con la moto a las casas de las madres, que eran aún más pobres que ellos.

¡Cáime arriba, Rayco!, chillaba El Cangrejo ahora desde la motillo, cáime, te lo digo, hermano, pícate pa la hostia, no hay huevos, compadre, beeeeem, ¡mándale! Iba El Cangrejo sentado arriba de la moto como en el sillón de la casa, manejando el manillar con los dos dedos de una sola mano, biiii bibí; la otra la tenía recalcada, alzada en el aire, hermano, con los dedos todos morados, chikito loko. Biii biii, de repente se paró hasta el ruido de la moto. Pasó una chica con un vestido recortado y eso fue como sentir pasar un ángel: todos se quedaron callados. Tanto habían dicho a las otras pibas que con esta fue como si se les hubiesen cortado las burradas. Te relleno como una pachanga, completó Cathaysa para sus adentros, y pegó un brinco en la silla, porque de tanto estar en aquella mesa se le había metido la forma de pensar de Los Caleteros en los viros de los pensamientos. Podía predecir ella lo que hubiesen dicho de haber

abierto la boca, pero no, aquello fue eso: un ángel asoplando en el tronco el oído. Esa era la novia de El Higo Pico hace años, dijo Chaxiraxi, y a Cathaysa se le revolvió el mondongo, se llama Yaiza y va al mismo curso de administrativo que La Macha, pero un año menos. Cathaysa se quedó embobecida mirándola con la boca acá abajo abierta. Dicen que se pasa el día peinándose y pintándose en la clase y que todas las semanas le quita el peine la maestra y lo guarda en la gaveta, pero ella lleva otro nuevo. ¡Con un culo como ese te invito a cagar a mi casa!, silbó un pureta que estaba sentado en el banco de al lado de la ermita. Fue tanto lo que la miró, que le vino a Cathaysa el susto de cuando la madre le decía que dejara de mirarle las calabazas que se las estaba malogrando. ¡Menos mal que no está El Higo Pico pa escuchar al don!, le chilló uno de Los Caleteros al pureta, se salva usté que el pibe está en la casa mandándose la gomina. ¿La estaría dañando a la chica con la mirada?, se preguntó Cathaysa con afrenta, y terminó Yaiza de cruzar la plaza hasta desaparecerse. Rompió Rayco el silencio y dijo: loko, ¿sabes qué, hermano?, yo me mandaba un Apletiser fresquito, te lo digo. ¡Chiiiiiiis!, chilló El Pirri levantando una ceja; las tenía peludentas, tan anchas que se movían solas. Sí, ¿no?, y ahora vas pa Las Palmas a que te manden pol culo, eso es de mariscón, hermano. Cathaysa se quedó muerta sorprendida: casi cualquier cosa podía ser de mariscón empedernido. Hermano, ¿me estás vacilando?, mándate un ronazo y déjate de machanguerías. Loko, Rayco, siguió El Cangrejo desde la moto, ese fisco mierda moto que tú tienes, así como la tienes, eso es una basura auténtica, hermano, te lo digo.

Cathaysa miró a lo lejos. Se fijó en las últimas gaviotas revoltillándose en el aire arriba de la mar, ahora erizada. Se fijó en la plaza. Justo en medio había un risco con la placa del alumbrado tapada por una tela de raso verde. Algunas mujeres de La Caleta, de las que cuidaban la iglesia, se encargaban de que la ventolera de la mar no la destapara. Iba a ser el primer día que La Caleta tuviese alumbrado en las calles y la gente tenía la esperanza de que se acabaran los robos ahora que podían verles las caras a los ladrones. Ya se escuchaban las primeras guañeguañe, los chillidos, una panza

de burro gris y espesa, uno, dos, probando, lindaba casi con la linde de la mar y con la de la misma noche, allá a lo lejos no tan lejos. El dueño del bar trajo una bandeja con un cortado lechi leche con bastante condensada, un rosquetito de limón como una hormiga y un amareto. Miró Cathaysa a Rayco y le fue a agradecer. A mí no me mires, mi niña, dijo Rayco señalando con la barbilla la silla de al lado. Le picó el ojo El Pirri y agachó ella la cabeza, que de la afrenta tan grande no sabía ni dónde meterse. Esta jediondada te la bebes tú si quieres, dijo Cathaysa empujando el amareto, todavía sin alzar la cabeza, que eso a mí no me gusta ni fisco. Tenía Cathaysa miedo de la bebida, siempre andaba Engracia diciendo que el vino era el diablo, se dañaba la madre namás de ver el alcohol de las heridas. Seguían Rayco y los demás pibes alegando y viendo la moto de El Cangrejo pasar. Hermano, invítate un fisco un ron ahí, le dijo El Cangrejo a El Pirri arrimando la moto casi sobre de la mesa, que yo hoy estoy esperrado, hermano, a ver si me sale un cáncamo porque estoy chascando hielo raspado del congelador desde principios de mes, ni pa un cortado, primo. Por la hendija que quedaba entre la panza de burro y el horizonte llegó la negrura. A Cathaysa le vino un fuego en la barriga: El Higo Pico tenía que estar a puntito de llegar. ¡Flako, yo también estoy arruchado!, se quejó El Pirri, ya te di los duros pal panito antier. El día se acabó, ¡pimba!, sin que la gente tuviera las pupilas arregostadas a la oscuridad, pegó, ¡pimba!, un pepinazo de luz de esas farolas nuevas flamantes que no parecían farolas sino sopletes en los ojos. Chacho, ¡ya se quedó uno completamente ciego!, chillaron los puretas que andaban sentados en los viros de la plaza. El alcalde se amontó en el escenario garrapatiando a cuatro patas, atentando en la claridad piquenta de esa luz del diablo, y los güeleculos que andaban siempre atrás de él, con los ojos todavía cerrados: señor alcalde, señor alcalde, no se vaya usted a matar como un perro, lo ayudaron, ¡cruz, perro puto, que no ve uno ni tres montados en un burro!, y se paró el alcalde alante del dúo que iba a cantar, como si estuviera viendo algo aunque no veía nada, deslumbrado: muchacho, fuarte macanazo, dijo, ¡esa es la potencia de esta alcaldía, mi gente!, ¡viva la luz de La Caleta!, chilló. Toda la gente pegó a aplaudir con los ojos regañados

y las mujeres de la iglesia destaparon la placa de la inauguración del alumbrado, lanzando la manta verde de raso por los aires sin saber dónde caía. Ahora les dejamos con Maribel y Chano, siguió el alcalde con los ojos cerrados, que muy amablemente vinieron desde el Valle de Isora hasta nuestra querida Caleta para amenizar el baile de hoy día con mucho cariño, pos ¿y qué les día a dicir?, pos que disfruten y con fundamento, que Dios los bendiga, hasta más vernos, mi gente. Algunas pardelas pasaron rasas todas descontroladas que no sabían dónde estaban los nidos con la nueva luz de las farolas. ¡Que viva la Virgen del Carmen y el nuevo alumbrado!, chilló uno de los güeleculos. La gente estampándose contra los muros de piedra volcánica de los viros de la plaza por la falta costumbre, ¡que viva!, todo era nuevo en La Caleta ahora, no solo el piche, también los bancos y hasta los muros y las basuras, ¡que viva, me cago hasta en diez! Pasito a pasito pegaron Cathaysa, Chaxiraxi y los pibes a abrir los párpados engurruñados, y del fondo de la carretera apareció la sombra cumplida de un pibe que salía de las casas más cercanas a la mar, las más afectadas por la aluminosis y el escascaramiento. Poco a poco, la sombra del pibe del final de la calle se fue perfilando y mostrando ese cuerpo espigado y parejo que Cathaysa reconoció al toque: aquella gorra requintada, esas patas retesas, aquellos tenis sin amarrar, con las ligas metidas debajo de las plantas de los pies, esos pelos empinados engominados petisecos ensalitrados y esos ojos verdes amarillentos que rebajaban la luz quemona de las farolas y todas las luces del universo a un chispazo de un fósforo chico, porque eran igual de brillantes aquellos ojos que un sol, que una luna llena centelliando, que una fogalera, que un luminoso partido, que una farola de luz blanca acabante de estrenar, y Cathaysa sintió ganas de esvanecerse sobre de la silla plástica del bar Los Amigos de verlo acercarse, sintió ganas de que la agarraran por las patas y la estrallaran contra la pared como un baifo recién nacido, pero Chaxiraxi la jaló por el brazo y le dijo: Cathaysa, atiende, El Higo Pico tiene una cuca grande como una tranca, haciendo con las manos un tamañito de unos cincuenta centímetros, mira parai esas manos, chacha chacha chacha, ¿cómo yo no me había dado de cuenta? Se empinó Cathaysa en la silla. Si me beso con El Higo Pico

hoy, dijo Cathaysa sacudiendo el moño de pelo de potranca, no le digas nada a La Macha, que esa acaba con mi vida, comadre, y se le alumbró la cara a Cathaysa por la fuerza del alumbrado, se le alumbró por la fuerza del alumbrado pero sobre todo, y más que nada, por la quemazón que le provocaba encontrarse con aquel chico de frente: El Pico Malo cubierto de aquella blancura de luces, empujado por el quejido de la mar alzándose por sobre de La Caleta igual que cuando Moisés rajó los mares al centro como unas bragas viejas. Aquel encuentro, en aquel aire de salitre pegajenta y amargosa, aquel día, aquella postal, aquella misma noche, que sabía que se iba a recordar para toda la vida.

Los ojos pegaron a arregostarse a la nueva iluminación, y la gente empezó a darse cuenta de que eran todos mucho más feos de lo que creían. Menos El Higo Pico, que alumbrado era todavía más aparente. ¡Higo Picooooo!, chilló El Cangrejo yendo a buscarlo con la moto, la fiesta esta de las luces, flako, esto está apestando a cuca echada patrás, y lo acompañó con la moto hasta la mesa donde estaban los demás pibes. Ilusionada, se paró Cathaysa de la silla para saludarlo con dos besos. Al verla alzarse en el aire se quedó El Higo Pico muerto, infló los cachetes como un tamboril y permaneció pasmado. Oh, ¿ustedes por aquí abajo?, dijo azorrado en cuanto pudo. Le dio dos besos muertos a Cathaysa y otros dos a Chaxiraxi y después se sentó en la silla más alejada que había, apartando la mirada. ¡Fla-kooo!, El Cangrejo seguía comiéndole la oreja a El Higo Pico, esto parece el intierro de abuela Caya, padescanse, pero El Higo Pico no respondía. ¡Pollo!, seguía El Cangrejo, yo estoy más aburrido que el diablo. Cathaysa volvió al sitio de ella y sintió como un peso se le aposaba en la punta de la cabeza. ¿Qué le pasaba a El Higo Pico? ¿Capaz no tenía tantas ganas de verla? Vamos a guindarnos los rollos de la iglesia, hermano, los rollos nuevos de oro, chilló El Cangrejo de repente, ¡flako!, ¡agüita, qué guapada!, ¿no estaría guapísimo enbisnarnos los oros del cura? El Higo Pico cada vez se ponía más virado de espaldas y Cathaysa acechándolo, jalándolo, vaciándolo cada vez más fuerte con la cuchara de la mirada. No seas basto, hermano, le dijo Rayco, ¿pa qué quieres tú las cosas del cura, flako? Pegó Cathaysa a repasar con la mente

todas las chifladeras que se había inventado a cuenta de El Higo Pico aquella semana de encuevada en el cuarto. Oh, pa casa nada pesa, siguió El Cangrejo. La tranquilizaba pensar en esas conversaciones. Desde hacía unos días, namás se ponía un fisco nerviosa o angustiada, traía a la mente lo que le diría al Miquimaus: yo te quiero con locura, le decía al machango, tú eres la vida mía. En verdad son bromas, siguió El Cangrejo. Flako, dijo El Pirri, ahora por decir, primo, ¿tú te recuerdas cuando entramos a robar a cas tu abuela Caya y te enbisnaste la tele?, jaks jaks, chikito loko, eso sí estuvo bueno. Se pegaron un rato allí, los pibes conversando sobre la mamadera, El Higo Pico incómodo, Cathaysa cada vez más enamorada y viéndolo más guapo: aquella boca de dientes trazados, aquellas bembas sajadas. La carita que ni mandada a pedir, muchá, pero él no la miraba a los ojos, y Cathaysa ya se había ahogado otra vuelta en el charco profundo de la inventadera: y venga un matrimonio y un embarazo atrás de otro como una coneja, y venga caminando El Higo Pico y Cathaysa de la mano por al lado de la mar, con más de veinte hijas e hijos trepándoles por el cuerpo y la cabeza como arañas peludas, sí, como una coneja cargada y Cathaysa repeinada, con unos tacones rojos de aguja, guapísima, ¿ella?, ella guapísima, siempre arreglada y retrincada, y El Higo Pico preguntándole si le apetecía casarse otra vuelta, tener otra criatura, sembrar otra orilla de habichuelas, que le encantaban a Cathaysa las habichuelas guisadas con papas y coles y aceite y vinagre y gofio, y, am am am, que te chasco las patas y te la espeto aquí mismo, y venga y zumba y venga y otra vuelta preñada, con la barriga en la boca ajuntando chatarra en esos barrancos, con El Tiznado y El Higo Pico, que ahora trabajaban juntos en la cabeza de ella en el asunto de la chatarra, y Cathaysa ya con todo el chocho desvarado como la pretina de un pantalón de chándal viejo, y vengui dale escurriendo calderos de papas y los brazos quemados, la espalda doblada como la madre y las carnes desbaratadas completas, y El Higo Pico saliéndosele del tiesto, que ya se le empezaban a ir los ojos con las mujeres más jóvenes y cada vez más ostinado de Cathaysa, y Cathaysa venga hijos y gallinas y conejos esnuncados garrados por las orejas y dispués por la mitad del cuerpo, asoplados por el lomo

pa despejar los pelos y ver el cuero y dispués un corte limpio del que jalar pa un lado y pal otro y dejarlos en carne viva, tan solo vestidos con los pelos de las pezuñas, y venga la coneja parida y venga los lavados de greña millo en las verijas de la sequedad y los picores de parir como cochinos y ella también con un dolor malo en el costado clavado como la madre, y, también como el padre, El Higo Pico cada vez más desaparecido y menos en la casa y más en los bares y, jam jam, Cathaysa sin poder respirar, apoyada con las dos manos en la mesa del bar Los Amigos, de pensar en que no iba a poder contener la fuerza de un marido eschavetado, y Chaxiraxi: chacha, respira bien, que pareces un perro, chiquita vergüenza. ¡Espíchate el cortado!, le dijo El Cangrejo a Cathaysa, que mira que se te enfría, y Cathaysa salió de aquella matraquilla mental enfocando los ojos en el rosquetito, que si no te lo mandas tú, me lo mando yo, que eso dispués no sirve pa un carajo frío. ¡Respeta, Cangrejo cabrón!, le chilló El Pirri alongándose sobre de la mesa, deja a la chica que ella se arregla lo suyo. El Pirri le picó el ojo a Cathaysa y le apoyó una mano en el hombro. Se puso ella roja colorada, gachó la cabeza al suelo y se quedó así, engallinadita. Al levantar la vista del piso, se encontró con la cara de El Higo Pico de frente. Juntaron los ojos por primera vez en la noche y, otra vez, como en la fiesta, él tenía lo negro del ojo agrandado. Resopló como un burro El Higo Pico, se paró de la silla sin mediar palabra y traspuso pal baño del bar Los Amigos.

El baile ya estaba encendido en fogalera. Al principio solo fueron dos parejas echándose el meneíto, después la placita se llenó hasta los topes. Eso sí eran bailes buenos, como los de antes; la gente iba seria, con el semblante serio, porque no era poca cosa: parecía que día a trabajar y no a la fiestita. Los Caleteros entraban y salían del baño del Bar Los Amigos sin parar, de dos en dos, como las mujeres, y a Cathaysa le estaba entrando el malestar de que El Higo Pico no volvía. Muchá, ¿qué tanta meadilla se gastan?, dijo Chaxiraxi, chupando ya del amareto como una niña chica de un tete. Preba, le dijo a Cathaysa, porque si no te quedas esconsolada de verme. Primero lo golió, Cathaysa, y le llegó el aroma a dulcito. Nunca había probado ella la bebida porque le daba miedo, pero de la peste que

botaba el vino, no se imaginaba que aquello pudiera tener un gusto tan a chupetes de fresa. Pensó entonces que no sabía si de verdad le daba ascuas la bebida o era más bien que Engracia le había metido en la cabeza que beber era cosa del Diablo. Jaló Cathaysa por la cañita sin pensárselo y primero se arripió toda, pero después le agarró el tranquillo. No seas boba, Chaxi, le respondió Rayco, que parece que nacistes ayer, ¿pa qué van a ir al baño? Eso chupó Cathaysa como cosita mala y, de una sentada, se jalaron ellas el amareto completo y, atrás, el cortado con el rosquetito escachado. Se pusieron entonaditas, con los corazones zapatiándoles del café del cortado. Capaz fueron a tocarse la cuca, dijo Cathaysa, ya con el cuerpo caliente. Jaaaaa, se meó Chaxiraxi de la risa, ¡loca el diablo! Yo creo que más bien a endrogarse, dijo con los ojos chiquititos. El Higo Pico regresó del baño nervioso a sentarse en el filo de la misma silla sin mirar de frente a Cathaysa. Solo por el virito del ojo. Chiquita bastada, hermano, decían Los Caleteros, este baile está apestando, porque ese día habían decidido que no les gustaba bailar ni los bailes. El Higo Pico no se viraba a mirarla por nada en el mundo, y Cathaysa dale que te pego ajeitándose el moño, sentándose más empinada, poniéndole la cara más del lado que le parecía a ella que la hacía más aparente, aquellándose las tetas dentro del sostén. Las tenía retesas y le picaban, porque desde que había leído en una revista de la peluquería de Yaya que las claras de huevo las ponían paradas parriba, se la pasaba robando huevos del gallinero de Engracia y poniéndose las claras a escondidas. Después guardaba las yemas dice que pa aquellar un queque. Siguió Cathaysa peinándose el pelo ahora con más fuerza. Se lo dejó grasento, tanto que parecía que se le había esramado un litro aceite en la cabeza. De repente le vino un pensamiento malo: el padre pa La Gomera y ella atrás de un macho, poca vergüenza, parecía que tenía la voz de Engracia metida atrás del cogote. ¿Cómo era posible que la madre no estuviera lejos de ella ni cuando no estaba cerca? Tenía a Engracia clavada como un machete. Se acercó El Pirri y le puso la mano en el pelo. Vayan, muchachas, dijo espelujándole el moño a Cathaysa, y dejen de ajeitarse tanto, que a mí me dijeron porai que ustedes bailan que da temor de Dios. Pensó Cathaysa que

sí, que no era buena idea andar atrás de machos ningunos con el padre desaparecido y jaló por Chaxiraxi con la misma. ¡Fundamento!, les chilló Rayco desde el bar, que ustedes son medias belitres.

En la tercera canción, vino El Higo Pico a sentarse en un muro de la plaza. Llevaba un ron en una mano, un cigarro en la otra, el chándal arremangado por la altura de las canillas. Sintió Cathaysa la presencia de El Pico Malo en el muro y se puso tiesa como la pata de un muerto. Fingió que no lo estaba viendo. Siguió bailando como quien no quiere la cosa. Cuando acabó la cumbia, se paró El Higo Pico del viro de piedra con los ojos casi cerrados. Vio la gloria, Cathaysa, pero también sintió provocaciones a la altura del buche. El pibe le ofreció la mano carraspuda bien abierta. La tomó Cathaysa, con la punta de los dedos como cogiendo uvas envenenadas. Pegaron a bailar El Higo Pico y Cathaysa una canción atrás de la otra, retrincados que no se soltaban por nada del mundo. Ella también con los ojos cerrados por seguir lo que El Higo Pico estaba haciendo. Al principio fue incómodo, pero poco a poco se convirtió en un vicio malo. Una canción atrás de la otra con las narices unidas y las bocas apenitas separadas al centro de un círculo de viejas y viejos atemorizados de tanta sobajiadera, y Cathaysa que sentía que se quería meter al chico dentro del cuerpo como al Miquimaus, y El Higo Pico que no se podía separar de Cathaysa, estregándose, como cuando los perros se estriegan en las ratas muertas, empatándose, como se empata un nailo partido, revoltillándose hasta coserse los dos culos, como dos folelés que se unen el uno en el otro hasta que ya no se sabe más si es un folelés solo o son dos unidos.

En el descanso, El Higo Pico le dijo a Cathaysa que lo acompañara al baño del bar. Chaxiraxi se quedó sola entristecida. El Higo Pico cerró el fechillo y posó el ron sobre del lavamanos. Se secó el sudor de la frente y se afiló las puntitas de la herradura con las yemas de los dedos. Cathaysa no sabía dónde meterse. Sacó el pibe una bolsita plástica chiquita del bolsillo del pantalón. Con jeititos de muñeca botó el polvo blanco sobre de la repisa estrecha de cristal que había delante del espejo. Se le tambaliaba el cuerpo de alante atrás y de un lado al otro, pero tuvo tino para sacar la tarjeta gastada del ambulatorio y hacer un caminito recto como una vela, tan alto que tenía sombra. Intentó Cathaysa leer el nombre de El Higo Pico de la tarjeta, pero estaba borrado. Se fijó entonces en cómo aquella veredita se iba formando sobre del cristal encachazado. El Higo Pico daba toquitos con el viro gastado de la tarjeta y ella sentía que aquel caminito la llevaba a alguna parte: nunca había visto hacer eso y tampoco sabía qué significaba, pero pensó que tenía que ser lo que Chaxiraxi había insinuado que hacían los porretas, aunque no se hacía mucha idea Cathaysa de qué eran los porros o el endrogamiento, y mucho menos de qué hacía aquella cosa blanca como la marmulina. El Higo Pico la vio por el viro del ojo, se puso serio: esto es malo, dijo tapándose un bujero de la nariz, esto no se hace. Y se alongó sobre el caminito, pero estaba tan chico el espacio entre el espejo y el cristal que con el codo botó el polvo al suelo. Lo fue a recoger, pero casi se queda espichado en el piso de la jartada que llevaba arriba. Volvió a sacar la bolsita del bolsillo, pero al darse cuenta de que Cathaysa lo estaba mirando muy interesada, se la metió en el chándal con la misma. Se secó el moquillo que se le estaba cayendo y dijo: flako, paso de esta basura. Le dio un beso a Cathaysa en el filo de la frente. Pegó ella los brazos

al cuerpo. El Higo Pico le remachó patrás los pelos chicos y Cathaysa cerró los ojos. Se vio a ella misma sentada al lado de El Higo Pico en el sillón de la casa, viendo *El barrendero*, de Cantinflas, chascando galletas con dulce guayabo y bebiendo café dulcito. Pegó El Higo Pico a darle besos que eran como mordidas de pájaro en el tope de los hombros, en los viros de las cejas, en las lindes de los labios. Quedó arrimada Cathaysa a la pared y sintió el frío pesado de los azulejos del baño, aquel olor a meados encostrados y lejía antigua. Por debajo de la falda, sintió pasar un dedo raspudo como una piedra caliza que le limó el espacio entre la braga y el muslo. La enchumbadera fue automática. Loko, ¿tú quieres el ligue?, le dijo El Higo Pico muy suavito al oído, porque yo te veo aparente como pa novia mía, botando el pechito palante en posición de defensa. Abrió los ojos, Cathaysa, tenía todo el cuerpo chorriando de sudor. Un pensamiento como una estaca espichada en la tierra: si lo tenía así de enchumbado, ¿podía quedarse embrazada solo de las agüijas que botaba la breva? Se fijó en El Higo Pico: tenía los ojos cerrados que no se sabía si estaba dormido o despierto. Está bien, dijo Cathaysa, como quien acepta un vaso Mirinda en casa ajena, como si no estuviera ella loca por ser la novia de El Higo Pico y por decir que El Higo Pico le había dicho de ser la novia. Se volvió a acercar el chico, posando la frente contra la frente de ella. Sin hacer presión, sintió Cathaysa el peso del ligue: ahora tenía un novio, ahora tenía un novio, pero no sabía ella que no bastaba con tener un novio, sino que había que mantenerlo. Le subió por el gañote un miedo nuevo que desconocía: el miedo de no poder guarecer el amor, como si el amor fuera un pollito sin madre que necesita una bombilla prendida toda la noche. ¿A quién salistes tú tan guapa, muchacha?, le dijo El Higo Pico mostrando los bujeros de la dentadura, y Cathaysa abrió la boca en una sonrisa de dientes infinitos. Así se quedó el resto de la noche: con la sonrisa tan abierta que se le iba a rajar la quejada.

El Higo Pico la jaló por la mano y la arrastró por la plaza de La Caleta. Vámonos pa casa el carajo, dijo, te voy a llevar pa un sitio que ni te lo esperas. Las parejas bailando eran el hierberío; El Higo Pico, la esbrozadora. Cathaysa se sentía inflamada, como cuando los pájaros se secan las alas después bañarse en la lluvia. Feliz, era

feliz. Podía dejarse arrastrar por aquella mano como un saco papas y ser la cosa preferida de ella. Pararon primero en una de las casas al filo de la mar. Era pequeña y le faltaban por encalar las paredes de la parte trasera. Se reconoció en aquella sensación de ver la casa siempre como una cosa que no termina de hacerse. Saltó El Higo Pico por la ventana. Se quedó ella sola namás que un minuto apenas. Le dio tiempo de mirar alrededor, de fijarse en el nombre de la placa que decía: CALLE LAS COMADRES en la pared de enfrente. Pensó en La Macha con pena. Volvió a observar las paredes y comprendió que aquella era la casa de El Higo Pico, que en esa calle había vivido él lo más seguro toda la vida. Había un azulejo blanco y azul arriba de la puerta con una virgen que decía: VIVA NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN, VIVAN LOS PESCADORES. Antes de darse cuenta, El Higo Pico ya estaba saliendo por la ventana con una linterna en la mano. Se acercó él a Cathaysa y la besuquió. Lo besuquió. Se besuquiaron, una y otra vuelta, una y otra y otra vuelta, hasta guisarse los labios. Hasta que les salieron los pellejos y la sangre. Caminaron sin abandonar el muacu-muacu, enredándose y desenredándose como miñocas mientras atravesaban el pueblo, la plaza, la parte atrás de la plaza, el risquerío por arriba del mar. Avanzaron por caminos de tierra, con la luz lejana de las farolas. La música de Chano y Maribel se oía cada vez más lejos, como conservada en un bote.

Saltaron por arriba de una cadena mal trabada y se metieron en lo privado. Cathaysa le apretó la mano a El Higo Pico y él prendió la linterna. Avanzaron por veredas de magarzas y cagadas de conejo hasta los topes. Jedía a istiércol, a cosas muertas y vivas. Llegaron a una explanada minada de plataneras y El Higo Pico apuntó de frente. Aquí es donde trabaja El Pico Malo, ¿oístes?, jaks jaks jaks. Movió él la linterna hacia todos lados virando la muñeca a todo dar, como las luces de la reina de los carnavales, ts ts ts, chiquita guapada, flako, tuntún cas, tuntutún cas. Frenó de repente en seco sobre una platanera: eso es gruesa palmera, dijo echándoselas de importante, la platanera que llevamos trabajando aquí toda la vida. Le volvió a agarrar la mano a Cathaysa. Aprovechó ella para sentirle la piel de la palma sin que se diera cuenta: era raspuda como una lija, llena de callos. Le recordaba a la mano del padre.

El jedor se hizo todavía más intenso: eran varajadas cortantes de salitre, sabor a foferno, ¿foferno?, ¿era foferno? Cathaysa no estaba muy segura. Namás había sentido decir de ese veneno y no sabía si los venenos tenían olor: cruz, perro puto, fuarte peste a foferno, decía El Tiznado cuando Engracia se cagaba un pedo de lechi gofio en la cocina. Bajaron por unas escaleras de cemento y se adentraron en la plantación. Chiflaba la brisa del mar por entre los bujeros de los muros de bloque. Alargó la mano Cathaysa y atentó una hoja con los dedos. ¡Cuidado, muchacha!, chilló El Higo Pico jalándola contra su cuerpo. Estralló la garepa seca entongada en el suelo debajo de los pies. Tenía un tacto empegostado, la hoja, ensalitrada de la mar y del sereno, una especie de arenilla fina y pegajenta. ¡Cuidado, que eso está acabante de lavar con furadán!, y si te llevas la mano a la boca, ¡la espichas! Puso ella cara de terror, se aferró como una garrapata al tronco de El Higo Pico. Jaks, pegó él meado de la risa, jaks jaks, la concretera de la quejada le iba dando más vueltas de lo normal, que eso son bromas, muchacha, jaks, que eso no hace nada, jaks jaks, sacudiendo una hoja él mismo con la mano y llevándose los dedos al labio de arriba. No, pero fuera broma, no te desarrimes, y aprovechó El Higo Pico para aferrarle la cintura a la chica, porque esto está todo lleno de tarjeas y te puedes estampurrar, y ella privada, saltando en una pata sola por dentro del cuerpo, aprovechó para agarrarle la cintura también a él. Siguieron caminando, aquel chico dale que te pego con el ten cuidado con las tarjeas, no, cuidado, no camines por ai, camina por dentro los camellones, pa que no los tumbes, ¿no ves que esto lo regamos a manta y está todo lleno de camellones?, y aprovechaba para arrejuntarse más fuerte al cuerpo de la chica, más abajo, más retrincadera, más, mira, alumbró El Higo Pico el suelo de la platanera, esto es el camellón, no lo pises. Se quedó pasmada. No sabía ella de plataneras, pero toda la vida de Dios había estado en las huertas con la madre y no tenía nadie que explicarle a esas alturas que tenía que caminar por los surcos y no por arriba de los camellones. Pensó entonces que a lo mejor las cosas que le había enseñado la madre no eran tan ciertas y que no entendía ella de huertas ni de nada. Se hizo la ignorante, Cathaysa, y se dejó explicar

entonces por una persona más sabida. Cuidado, seguía él, y sintió una mano posársele en la parte baja del espinazo. Cuidado con los rolos y las cabezas viejas que te trompiezas y te esnarizas. Alumbró El Higo Pico un tronco de platanera seca trazado al rente y abujeriado al centro, que le dio miedo a Cathaysa que aquello se llamara *cabeza* porque se parecía igualito con un cogote sajado. Se agarró de él como si fuera la última cosa y el temor fue la excusa perfecta para gastarse más arrimadera.

Horita ya, la siguió El Higo Pico retrincando cada vez más fuerte, el lunes mismo pegamos la zafra, ahora es cuando empezamos con los cortes de la fruta, a sacar toda la fruta de la finca. ¿Y cómo es eso?, dijo ella por abrir la boca, atemorizada de aquella restriegadera tan fuerte. No sabía cómo comportarse, y además tenía miedo: la hoja seca que colgaba de las plataneras bailaba con el viento mojado y se sentía como gente caminando dentro de la finca. Oh, mi niña, ¿y cómo va a ser?, dijo El Higo Pico subidito parriba, como los burritos igual, eso no tiene mucha vuelta: cortas la piña, te la cargas al hombro y la llevas pal camión por todas esas escaleras parriba. Alumbró El Higo Pico las escaleras de cemento por las que habían venido. Arrastró Cathaysa la mano un fisquito más abajo como sin querer la cosa. Ahora no jalaba tan fuerte el viento, ahora no tenía ella tanto ese temor de tocar a El Higo Pico, pero estaba él más pendiente de alegar que de otro asunto: ya después viene el invierno y toca el deshijado, seguía con la echantonería, y Cathaysa sintió tristeza de no saber expresarse tan bien como lo hacía aquel chico, no se le daban bien a ella las alegaderas ni las gentes. Lo achacaba a la madre, que era media salvajita. Se esforzaba Cathaysa por ser más dada como el padre, pero en el fondo se sentía poca cosa, creía que no tenía nada que ofrecer más allá de la fachada, y tampoco la presencia mía es muy aquello, pensó, amochada completa. Le agarró la mano a Cathaysa, El Higo Pico. Se la metió en el culo, entre el calzoncillo y el chándal, y siguió con la misma majadería: cuando viene el invierno, se quitan los hijos de fondo, ¿sabes?; sintió ella unos ardores en el cuerpo, una humedad pesada de notar aquella durez de las nalgas de El Pico Malo. Alumbró otra vuelta la platanera: la planta del año que viene

te echa unos hijos de fondo, que son unos hijos que salen como de debajo de la tierra, nosotros los quitamos en noviembre, diciembre, enero, por esa época, ¿oístes? Bajó también la mano él hasta las nalgas de Cathaysa, por arriba de la ropa, buscando un bolsillo donde meterla, pero no lo encontró. Luego en primavera pegamos a dejar el hijo de arriba, el hijo nuevo ¿sabes?, y le dio un arrebato al chico, empezó a hacer las cosas más rápido, como una centella, movió la linterna enfolinado: ¿ves la puntita verdita esa que está saliendo?, dejó la mano ahí posada en el culo de Cathaysa y pegó a masajeárselo en círculos con las uñas, esquiciado, rabiando, como un gato engrifado, ¿ves?, ¿ves?, ese es el hijo de arriba. Ay, se sintió Cathaysa rejervida como el cazo de la leche: ¿y con la platanera vieja qué se hace?, dijo intentando frenar la sobajentería, porque ya estaba El Higo Pico yendo muy a tiro hecho. No tenía ella conocimiento de que se pudiera sobajiar un culo de aquella manera, ni sobajiar un culo en general, y se le metió un atemorizamiento en todo el cuerpo. ¿Con la hoja vieja?, nada, se acercó El Higo Pico a Cathaysa de frente, dejando la linterna apuntada a la platanera, hablando ahora con una voz más suavita y ralentizada, se bota al terreno y se pica. ¿Y entonces se deja la nueva?, ahora Cathaysa también más despacio, sintiendo el vapor de ron de la boca de El Higo Pico. Cuando tú cortas la piña, botas la hoja y dejas el rolo, el hijo crece después, ya chascándosela con aquellos ojos que eran pupila sola, el hijo se alimenta del padre, siguió arrimándose a Cathaysa, del plantón viejo, y al mismo tiempo se alimenta de la tierra. ¿El hijo se alimenta del padre y se alimenta de la tierra?, preguntó Cathaysa asustada, alejándose un fisco de él, elevando el tono y saliendo de aquella amorosadera de vapor de baño maría que se estaban gastando. Se preguntó si aquello quería decir algo importante; si también, en el caso de ella, el hijo se alimentaría del padre o si el padre se chuparía a la hija o si, más bien, se chascarían el uno a la otra mutuamente hasta evaporarse. ¿Y quién iba a esparecerse primero? ¿El Tiznado o ella misma?

¡Claaaaro!, dijo El Higo Pico emocionado, con la quejada bailando en redondeles. Se alejó él también entonces de Cathaysa y volvió a enfocar la platanera. Vamos a ver, primo, el hijo, loko, la platanera,

hermano, la platanera es agua, pura agua, ¿vale?, cuando tú le mandas un sajazo a la platanera, eso es pura agua, hermano, lo que queda es nada, pura hoja, ¿oístes?, eso es hoja, pura agua, y el hijo va chascando de ahí, de toda la savia esa, de toda el agua esa que tiene el padre, y la savia deso de la tierra, eso es pura agua, pura agua, te lo digo, agua pura. Alumbró el suelo El Higo Pico para mostrar la tierra: debajo de la farulla había badana, istiércol de vaca enterrado, penillo en tongas. Al alumbrar la tierra parecía que el istiércol apestaba más entodavía, y solamente oír la palabra *penillo* le trajo el recuerdo: ¿el patio de penillo de Tío Aurelio?, ¿la madre quejándose de que cada vez menos gente iba a buscar penillo?, sí, el monte que estaba entongado hasta los topes de penillo, sucio, decía Engracia, sucio que daba hasta pena y tristeza de verlo, que por eso pasaban los incendios que pasaban. Pensó Cathaysa en contarle a El Higo Pico que la madre había cargado pinocho pa las plataneras desde chiquita, ¿pero a quién se le ocurriría contar eso?, ¿a quién le iba a importar esa machanguería?

No, en verdá, sacó El Higo Pico a Cathaysa de sus pensamientos, casi todos los caguazos de quince o veinte kilos los cargan los otros, se volvió a acercar él con aquella voz lenta y dulcita como la miel de palma, pero las piñas grandes son pa mí, sacando pechito pipín, sacando bembita, mumu, con los ojos entrecerrados, las que pesan ochenta o noventa kilos son pa mí, se levantó la camisa con una mano y se la trabó en los fisco de dientes que le quedaban, me las cargo yo, mostrando el rosario rojo resplandeciente. Le puso Cathaysa las manos en el pecho y en los brazos y notó aquellas dos bolas como pelotas de gofio. Y porque no hay de doscientos kilos, porque si no me las mando también a la espalda, ¿sabes?, todas las grandes me las dejan pa mí, se despegó la camisa de los dientes haciendo un jeito con un hombro y luego el otro y arrimó el bezo de arriba, el que parecía un piquito de pájaro, a la boca de Cathaysa, porque saben que yo le mando, los caguazos pa los demás, yo me llevo lo más pesado, y Cathaysa, que no soportaba el olor del vino, se quedó enamorada del saborito a ron con Mirinda de aquella boca, pero no, yo deshijo más rápido, los demás deshijan cien matas y en verdá yo deshijo ciento cincuenta, la boquita rajada ya rozándole el

filo del labio, loko, hermano, yo, el saco mío, de istiércol, no, yo el mío lo cargo más que los demás, lo bajo por esas escaleras pabajo enfolinado que el encargado se queda loko conmigo, ¿oístes?, y no, yo sé más que los demás porque a mí me enseñó un viejo de los de antes, un viejo caletero que sabe más que el carajo, y Cathaysa bebiendo ya de la boca de El Higo Pico como el hijo bebe del plantón, y tal y él me enseñó que el deshije hay que hacerlo antes, los hijos de fondo tienes que quitarlos bien pegados atrás, porque si no vuelven a reventar, no cortarles hojas de más, ¿sabes?, porque la platanera se desangra. ¿Cómo que se desangra?, dijo Cathaysa con los ojos ya cerrados, trabada de la boca de El Higo Pico como un chayote colgado de una pared. ¡Se desangra, hermano!, se alejó nervioso, si tú le cortas la hoja a la planta, la planta pierde la savia, ¿sabes?, cuando tú cortas una hoja que está verde, la savia que tiene dentro la hoja se pierde, es como si le sajaras un dedo, ¿a ti te gusta que yo te saje un dedo?, ¿eh?, ¿a ti te gusta?, ¿eh?, ¿eh?, no, ¿verdad?, pos eso es la sangre de la mata: eso tiene un color blanco, parece pegamento, como la gotita, hermano, como el pegamento de la escuela, te lo digo, el de toda la vida pero más aguachento, como leche, jaks jaks jaks, se acercó de nuevo El Higo Pico, relajando el bezo, jaks jaks jaks, como leche níspero, jaks, y Cathaysa sintió cómo él le retrincaba el culo, jaks jaks jaks, cómo lo movía acompasado, jaks, como leche burra, jaks jaks jaks, cómo una nalga y la otra al ritmo del amasamiento, jaks jaks jaks. De repente se calló El Higo Pico y le pasó las manos desde los muslos hasta la espalda. Le dio un beso en la punta de la cabeza.

Se botó. Se botó Cathaysa arriba de El Higo Pico y se besaron con la boca lo más abierta posible. Trepando uno arriba del otro como lagartos que no se agarran bien de una pared. Pegaron a caminar de un lado al otro enganchados por la boca. Estampándose contra los hijos y las cabezas viejas, tropezándose con las tarjeas y los camellones. No pises los camellones, decía El Higo Pico sin separarse de las bembas de Cathaysa, pisa los surcos, y le apretuñaba las nalgas con los dedos, besándose con el viro de los labios, de lado. El Higo Pico le metía unos chascazos en la carne de los cachetes que le ponían los pelos como escarpias. ¿Qué era aquello? ¿A qué se

parecía? Avanzaban empujándose con los labios. La linterna botada en el suelo alumbrando la nada. La garepa estrallando como quien chasca chicharrones con la punta de las muelas. Cathaysa, ah, mmm, ah, los chillidos, nos van a trancar como pollos, no hagas bulla, decía El Higo Pico, muchacha, que nos van a trancar como pollos, y la levantaba por las piernas llevándola a todos lados upada, empinada en el aire como una piña plátanos. ¿Qué era aquello? La apoyó contra la platanera envenenada. El Higo Pico lambuciándole las piernas como si estuviera sucia y hubiera que lavarla. Cathaysa colgada de la platanera como Jesucristo. No, aquello no se parecía a nada. ¿Qué era? Un temblique en las puntas del cuero, algo totalmente desconocido, unas ganas de revirarse toda como la madera cuando le llega el agua salada. Eso era la pura peste a istiércol, el muacu-muacu de labios pegajentos y la salitre, la platanera en silencio nocturno, la pisotiadera, El Higo Pico jalándole parriba las bragas, Cathaysa las barranqueras que le bajaban por los muslos, y jalándole los brazos, las orejas, los pelos pintados de amarillo, reinando como reinan los perros chicos, el ay, mmm, aaah, los chillidos, eso era la pura peste a istiércol, El Higo Pico diciéndole: que te chasco las tetas, te chupo el corazón, te enamoro pa la hostia, el coro lejano de Maribel: *el baile del perrito*, *el baile del perrito*, mmm, aaah, la gente de La Caleta arrebatada como burros dando patadas en el aire, vingui-vingui-vingui, las guinadas, los zapatazos en la plaza sin ver nada de tanta luz, ¡*venga, arriba todo el mundo*!, y Cathaysa y El Higo Pico ya botados arriba de la farulla, todos los pelos llenos de pinocha, istiércol, mierdería, la revolcadera en el suelo, el me caso contigo, loko, que me caso, te lo digo, te lo juro por mi padre que está en el cielo. Cathaysa montada arriba de El Higo Pico como en un burrito cargado, Cathaysa montada arriba, notando aquella abultadera debajo del cuerpo, la platanera envenenada, la sangre envenenada, la restriegadera, el toro mecánico que ponían en la fiesta de San Juan de La Cueva a máxima velocidad. Una varajada que hizo temblar la hoja seca y otra vez aquel sonido de gente viniendo. ¡Escuche, corre!, dijo El Higo Pico, vamos corriendo pal cuarto de riego que eso es que viene gente. Se levantó Cathaysa del piso. Se levantó atemorizada, pero a

sabiendas de que no venía gente ninguna. Agarraron la linterna del suelo, saltó Cathaysa arriba de la espalda de El Higo Pico y salió él cargado con ella por la platanera parriba. Subieron las escaleras, corrieron por uno de los caminos, llegaron a un cuarto de riego chiquito hecho de bloques pelados. El Higo Pico sacó una llave del pantalón, la viró con un jeito alante atrás y empujó la puerta de chapa verde. La peste se los comió por las patas hasta atravesarles las narices. Se le metió a Cathaysa un miedo en el alma: ¿qué diablos hay que hacer ahora?

Alumbró el cuarto El Higo Pico. Había sachos, rastrillos, podonas, venenos, gumias pa cortar las piñas. De la pared colgaba un perchero hecho con un chazo y clavos doblados del que guindaba un suéter canelo. Se parecía igualito con una persona de pie. ¡Aaaay!, chilló Cathaysa, y se le aferró al brazo a El Higo Pico. Jaks, que te come el coco, jaks jaks, y de nuevo recorrió el cuarto con la linterna: camisas de botones, guantes de fregar, sombreras, botellas de vino vacías, un cuchillo verde. Llegó hasta una esquina. Ai están el amoniaco, la cal y el nitro, todo eso se va emborcando, los sacos de amoniaco, de cal y de nitro, y se mestura todo y de ahí sale el guano, que es el abono de la platanera, jaks jaks. Sillas de colegio, cajas, bloques sueltos, una malla finita colgando de la pared. El Higo Pico echó la malla de tela sobre del suelo. A Cathaysa se le metió una afrenta, ya no sentía aquella quemazón de alegría, ¿qué había que hacer ahora? El Higo Pico colocó la linterna sobre de las baldas de madera en las que estaban los venenos y con la misma se botó arriba de la malla. Era todo oscuro, pero la luz blanca cegadora de la linterna y el recuerdo de las farolas de La Caleta dejaban ver los viros de las cosas, el pelo empinado de El Higo Pico, la abultadera que traía debajo del chándal, el suéter canelo que no era más una persona sino un suéter. Ag, flako, esto está más cómodo que el carajo, échate pa que veas lo bomba que está, dando palmaditas él a la malla para que Cathaysa se sentara en el suelo. Se arrodilló ella sobre de la malla. Se fue tumbando poco a poco sin apartar la mirada de la ventana: las sombras de las piñas de plátanos agarradas de las plataneras entraban por los cristales. Se quedó boca arriba con las manos en el payo. El Higo Pico le besó el

hombro, muy suavito; ella se sentía tiesa como la pata de un muerto. Le recorrió los brazos con los dedos, le empujó la frente con el pico del labio. Abrió la boca Cathaysa para recibir el beso, pero no lo recibió. Se desnudó El Higo Pico de repente. Dejó otra vuelta aquel pecho requintado al descubierto, aquel pechito de venas en relieve, de músculos tensos como sogas, aquel pecho pelado y dañado por el sol del que colgaba el mismo rosario brillante. Tenía los calzoncillos abujeriados por la pretina y se los jaló por arriba de la cuca. Se quedó mirando a Cathaysa como diciendo: ¡esnúdese! Se quitó entonces, Cathaysa, la blusa y el pantalón con la mayor vergüenza del mundo y se quedó con las bragas y el sostén requintado, que le estaba ahogando las tetas. Se jaló las bragas con la intención de taparse la vida, más que sea, pero no le alcanzaban. Siguieron besándose; Cathaysa como si no sintiera lo que estaba pasando, como si estuviera viendo la vida desde arriba, solo atendiendo a la posición del cuerpo, a la doblez de las carnes, una tensión en el cuello, una retensión de estiradera cargada. Jaks jaks, se rio El Higo Pico con los ojos entrecerrados, se veía que los quería abrir pero no podía. Parecía borracho, pero era distinto: la mirada amarillenta, infectada, desaforada de animalito enfermo. Le quitó las bragas a Cathaysa. Se levantó él y se bajó los calzoncillos de un viaje. ¿Qué había que hacer ahora? Tenía la cuca larga como una lombriz de tierra. ¿Qué había que hacer con aquella tremenda verga? Cathaysa ya se lo estaba goliendo. De pie, así mismito, se agarró aquel chico la punta de la pinga, roja como la beterrada, y pegó a jalar por el pellejo, ¡plam plam!, zurriagazo va y zurriagazo viene. Espera un momento, ¿oístes?, dijo El Higo Pico, y vengui dale y zumbi dali y baja y subi, y la cuca machucada de tanto rebencazo, pero no había forma de meterla a camino. Cathaysa asustada, como viendo una película de miedos en la tele. Aquel chico ya casi esmagado, con la güira parriba y pabajo que no la metía a camino.

Ay, Dios, yo tengo miedo, dijo Cathaysa de repente. Se soltó el asunto, El Higo Pico, y miró a Cathaysa con los ojos cerrados, lo más seguro pensando que los tenía abiertos. ¿De qué cosa tienes miedo tú?, preguntó azorado, como hablando en sueños. Se acercó de nuevo a Cathaysa, sentándose en la malla muy despacio, y le dio la

mano. De las cosas malas, lloró Cathaysa sacando la bemba de abajo. No podía parar de verse desde afuera: las marcas de las estrías rosadas de la barriga y de los muslos, acabantes de salir la semana anterior, el miedo de mostrar el chocho, la forma del chocho, los labios negros peludentos, grandes y alargados. ¿Qué cosas malas?, dijo El Higo Pico poniéndose los calzoncillos, ¿te hicieron cosas malas?, preguntó angustiado. La abrazó envolviéndola completa como papel platino. Se quedó ella callada y pensó que el Señor la iba a castigar por mentirosa. No estaba segura de si era que se las hicieron o que ella las había hecho o que se las había dejado hacer. Aún hoy en día las seguía haciendo con La Macha. Pero eso era otra historia distinta. Pensó que las cosas malas con La Macha Dios las perdonaba, porque era como si no existieran. Si no se las decía a nadie y después rezaba trece padrenuestros, no habían pasado de verdad. Pero las otras, ¿esas?, esas no tenían perdón de Dios, no lo tenían. Sentía que de alguna forma eran culpa de ella, por el fuego. Lo había sentido, sí, había sentido un fuego prendido que le quemaba por debajo de la vida, que le corría por las patas cuando él la sentaba sobre de los muslos cerrados y la hacía brincar cantando la del caballo prieto azabache. Flako, si me entero quién fue el hijo de la gran puta, dijo El Higo Pico levantándose para caminar con los hombros echados palante de un lado al otro del cuarto, flako, le meto un cartuchazo que le saltan todos los dientes de un viaje. Cathaysa sintió terror, los ojos como chernes, unas ganas de decir: no, no, no hagas nada, por lo que más quieras. Había jurado ella que no iba a hablar ni lo más mínimo de lo que él le había hecho. Yo también hice cosas malas, dijo El Higo Pico volviendo a sentarse. ¿Las hiciste o te las hicieron?, respondió Cathaysa a duras penas, sin poder parar el llanto. Más bien lo segundo, pero también lo primero, jaks jaks, dijo sacando la lengua de ruinito, no, tal, son bromas, yo respeto. Guaña guaña, las pardelas seguían descontroladas por la luz de las farolas. No, le temblaba la voz a El Higo Pico, yo esto no se lo he contado a nadie, dijo con los ojos aguados, yo cuando pibito salía a jugar a la pelota y a la trinca con los chicos y había un pibe que era más grande que nosotros, que era medio enterado, ¿y el nota no cogía y nos llevaba

pa un terreno valuto por atrás de la iglesia y nos decía que hiciéramos rollos, el muy jediondo?, jediondadas, hermano, nos hacía auténticas jediondadas, que, mis, dijo mostrando los pelos como escarpias del brazo, todavía me recuerdo y me pongo enfermo, te lo digo. Sacó más fuerte la bemba de abajo Cathaysa y lloró desmadrada. Hermano, unas revolveduras que me entran, te lo digo. A día de hoy trabaja en las bombonas, el cabrón. Cuando pasa por la casa mía no pita, el muy cabrón, no pita cuando pasa, no pita, le mandó un puñetazo El Higo Pico a la pared de bloque pelado, no pita porque sabe que si salgo le entierro la boca contra el piso, no pita, no pita ese montón de mierda junta, porque le meto un rebencazo que le viro la cara.

Se quedó Cathaysa mirando a El Higo Pico. Ya no sentía el quemor del miedo: lo que sentía se había convertido en una manguera reventada. En una regadera de deseo, de ilusión abierta como en abanico. Se botó arriba de él, otra vuelta. Empezaron a besarse, otra vez. El Higo Pico, emocionado, todavía con los ojos aguados que parecía que estaba llorando, pero capaz era solo que estaba más puesto que una moto: loko, Cathy, confía en mí, te lo digo, confía, hermano, y Cathaysa chascándole la boca, casi metiéndosela entera debajo de las muelas. Se olvidó ella de su propio cuerpo. Era solo carne revoltillada, una lagarta envenenada retorciéndose arriba de una col de orilla. Terminaron sin ropa, enristrándose como ristras de pimientas, ella con el culito empinado como una gata en celo, la misma ansiedad, el mismo llanto de recién nacido, muerta porque le metiera un palo pol chocho que le aliviara ese resquemor, esa rejervidera de sangre, una verga enroscada, un algo, un fisco de tea estillada que la desangrara de una vez por todas. Se empinó Cathaysa, así así, y El Higo Pico le rozó el pepe con la pinga amochada. Se tocaba Cathaysa con los dedos la bolita de los correntazos y aquel chico dándole a la manivela, pero, compadre, la cosa aquella que no se empinaba, que parecía que se iba a sacar fuego de tanto fuelle, y dale que te pego dándole estrallazos limpios contra la propia barriga de él, puros sacudiazos y golpes secos que la dejaban toda matada, toda moretiada como después de una manada palos. Solo se endurecía un fisco y Cathaysa encantada. Así

caída como estaba, alongada, como se alongan las flores de nardo en su blancura, aquella cosa era hermosa en su pura negrura violada. Un morado en carne viva de venas resaltadas y suavidad. Deseó Cathaysa que se quedara así, amansada por siempre, sin ponerse sobre las dos patas, porque aquella bestia asustada era blanda y hermosa como las gomitas de azúcar y nada le hacía temer a Cathaysa la carne de El Higo Pico, nada. La tranquilizaba aquella cuca entecada como un gato, aquel mirar sin ver bien lo que se veía, aquel picar de ojos enrojecidos y de pupilas ensartadas. No le hacía temer nada, solo desear. ¡Pal carajo!, dijo El Higo Pico, y se soltó la cuca como intentando despegársela del cuerpo. Se mearon de la risa a la vez, se rieron tan alto que retumbó la risa en las plataneras. Ya está bueno ya, dijo El Higo Pico, y se puso serio a lamberle las verijas a Cathaysa. Se le estaba yendo la regla y le dio vergüenza de que El Higo Pico le sintiera aquel gusto a ferruja, pero la afrenta no tuvo espacio en aquella lijadera de lengua y lapa. Una imagen le vino a la cabeza cuando estaba a punto de alcanzar *el gustazo*, como le decía Chaxiraxi: la cesta de fruta que Engracia le había mandado a llevar, vestida de maga, a la Virgen del Socorro en la misa de la mañana del día que conoció a El Higo Pico. La fruta que Engracia compró específicamente para la Virgen, fruta que no caía de los matos, sino que era redonda y brillante, comprada en la venta. No se la compraban pa comer en la casa, pero sí pa que la gente del barrio viera el lujo de cesta que se gastaban. No tenían un duro y todo el mundo lo sabía, y eso le daba a Cathaysa una afrenta tan grande de ver a la madre fingiendo que no eran muertas de hambre, aunque todo el barrio supiera de las deudas de El Tiznado. Cuando Cathaysa dejó la fruta a las faldas de la Virgen se sintió culpable. ¿Adónde iba toda aquella comida? La gente pasando penas y la Virgen llena de fruta. Así se sintió Cathaysa: llena de fruta, como una ofrenda, plátanos y manzanas entrándole por el chumino, guayabas, peras y nísperos metiéndosele por la boca, los oídos, duraznos por el culo, tomates caraqueños espichados en los ojos: una belleza abierta al esperdicio, abierta de par en par. Era una ofrenda al mundo, y El Higo Pico podía tomarla o no tomarla, pero iba a seguir allí esperándolo, empinada, con el chocho alzado para

siempre, como una cesta de fruta, como una cajita de joyas, como un baifo muerto con el corazón desangrado todavía temblando arriba de una laja de piedra. Alzó la cabeza El Higo Pico para mirarle los ojos a Cathaysa. Le vino a ella un enrabietamiento, solo quería escuchar la respiración aturullada de El Higo Pico lambiendo chocho. Sintió afrenta de verlo así desde arriba, todo lleno de baba de pepe, por primera vez lo vio feo, ¿cómo era posible? Se le pasó por la cabeza la imagen del padre, ¿qué clase de falta de respeto era esa? El Señor me va a castigar por andar haciendo guarrindonguerías, pensó, pero El Higo Pico aumentó la velocidad de la lambuciadera hasta dejarle el pepe finito como un caramelo de café, y cuando solo quedaba una laminita trasparente de caramelo, aaaaay, Cathaysa sintió que se estaba dejando mear arriba.

Afuera de la finca, la luz lejana del día estaba naciendo. Lazos de luz trenzaban la punta de las hojas, traspasaban los espacios entre plátano y plátano en cada piña. El mar asoplaba y resoplaba atrás del muro. Cathaysa callada, el cuarto de riego en silencio. Quedaba solo la cuca erizada de El Higo Pico bombeando y recolocándose la carne ella sola, como un gusano de seda caminando arriba de una rama de moral. La respiración ahora más amainada. Ya ningún sonido venía de La Caleta, solo las gaviotas, y pegó a llover y la lluvia sonó como miles de escorrozos: era una lluvia fina y suave fuera de la platanera, pero dentro se sentía como una tromba de agua arriba de una plancha plástica.

Guisadera a luz del amanecer.

La última luna cayendo, el sol parándose en una pata sola antes de turno. El sol, sí, caladriando. Los rayos del sol caladriando sobre de las plataneras, y la salitre empegostada en las hojas ahora brillando como piedritas blancas alumbradas debajo de la lluvia.

Jadiaban ya con la lengua botada afuera como animales, agarrándose la mano, con el rostro enzapado de fiebre, hasta acompasarse los resuellos. Cathaysa con una sensación de estar provocada, de haber hecho algo malo, con Engracia metida en la cabeza como una estilla clavada.

Se quedó El Higo Pico reflexionando. Ños, dijo pensativo, qué sabroso, me supo a bogas fritas.

Afuera, de día, todo parecía distinto. No era como Cathaysa lo había imaginado: al lado del cuarto de riego, naranjeros cargados de naranjas pintonas; en los viros de los caminos, orillas sembradas de millo y tomateras. Todavía la lluvia cantaba dentro de la platanera. Se notaba Cathaysa tres corazones al tiempo: el propio pulso aletargado, el retumbar del agua haciendo rebotar las hojas sobre de las matas, un latir que le provenía del centro de la breva. El mismo chicle estremeciéndose, inmenso, hermoso y colorado como una flor de bicácaro abierta a la vida. Se quedaron en el viro de cemento del cuarto de riego, observando el abatir de las matas, el pegar del día dentro de la plantación. Buscó Cathaysa la mano de El Higo Pico, pero no la encontró de vuelta. Chiquita egoísta, tú, le dijo él de repente, y se separó de ella amulado. Mira a ver por dónde pisas, siguió el chico serio como una tusa, dando el primer paso sobre de la tierra, esto está ahora todo enfanguillado y te quedas aquí mismito espichada. Caminaron palante, Cathaysa cada vez más hundida en la tierra enchumbada, con las patas trabadas que tenía que jalárselas con las dos manos del enterramiento, el fango salpicándole la cara a la altura de la frente, las telas de araña colgándosele de los ojos. A duras penas alcanzó la chica las escaleras que daban al camino de tierra por el que habían venido. La recibió El Higo Pico levantándole unas clinejas del pelo empegostadas. Fos, hermano, dijo soltándoselas con cara ascuada. Caminaron en silencio. El Higo Pico yendo de una esquina a la otra porque necesitaba dar más pasos de los que llevaba el camino. Cathaysa intentando limpiarse las greñas con las uñas, amargada de sentir aquella presión repentina del malhumor de El Higo Pico. Aquel malhumor la hizo sentir paralizada, como cuando Engracia se quedaba callada, con la sangre jirviéndole que se la llevaban los diablos y los ojos encarnados del odio. Decenas de lagartos muertos, barriga al aire, brillaban a la luz primera del día en las lindes del camino, expuestos todos al efecto del furadán y el foferno debajo de orillas de ñameras. Ñameras. Había ñameras sembradas por todas partes en aquella zona de la finca y Cathaysa no las había visto. Le encantaban a Engracia los ñames y ella los odiaba. Los guisaba la madre toda la noche en un caldero con trozos de tejas. Decenas de

botellas verdes de vino, vacías, espichadas entre los bloques de la platanera: en las esquinas de las tarjeas, entre las magarzas y el tabaco moro. Le dio a Cathaysa, ¿cómo no?, por pensar en el padre, pero la interrumpió El Higo Pico: cada quién aguanta con lo que tranca, dijo fijándose en aquellas botellas, los plátanos es un trabajo duro, no es pa cualquiera, ¿oístes?, y le mandó dos canillazos secos a un mato de vinagrera. Uno es más de buches de café, jaks jaks jaks, luego otros dos bombazos con el empeine del pie al muro de bloque, o de perico, jaks jaks, y dos piñazos más al aire en posición de ataque. Lo que hay, primo. Agachó la cabeza Cathaysa, toda acomplejada. Solo se escuchaba el mar, el reventar del mar, las gaviotas chillando en bandada. La brisa, el zapatiar de El Higo Pico de una esquina a la otra. Esto es un trabajo duro, le dijo, pero aquí uno es libre como un pájaro. Se puso alegre de repente y sin venir a cuento: pero yo no falta mucho que me mando a mudar pa la costrusión, y luego mosquiado de la nada, porque aquí te pagan una miseria, me cago hasta en Dios y en la Virgen. Después se puso de echantón: en la costrusión ganas más y es un trabajo duro, pero no es tanta matada, en la costrusión estás gozando, primo. Se sacó un cigarro del pantalón y se lo pegó al labio. Lo dejó sin encender así descolgajado, cargando el mechero mientras alegaba: esto es todo natural, hermano, los pajaritos, los lagartos peliando todo guapo al estilo muaitai, ¿sabes?, eso es lo que tú oyes, señalando al aire en redondel alrededor del cuerpo, los chillidos de los lagartos y los pajaritos y más nada, el mar, flako, el olor del mar, flako, te lo digo, eso es lo mejor que hay, flako, ts, te lo digo, se te quitan todos los males. Prendió el cigarro. Se sintió Cathaysa más chiquita e insignificante que lo negro de una uña. No paraba de mirarlo, quería amarrárselo al cuerpo con una badana como quien amarra la viña. ¿Por qué no quería él trabarse todo el rato de ella como ella estaba queriendo? ¿Por qué prefería andar de una banda a la otra? Yo soy el niño mimado del encargado, seguía de majadero, porque como yo conozco esto y yo sé trabajar bien, pos tengo libertad. Con los demás, el encargado siempre tiene que estar arriba de ellos, pero yo hago lo que me da la gana aquí dentro. Yo tengo libertad porque esto es un fisco finca, pero tengo colegas que trabajan en fincas

más grandes y agüita... Yo sé de esto, hermano, yo siempre he estado en las plataneras desde chiquito, jugando a hacerme arcos y escopetas, flako, más guapo que el carajo, hermano, yo estoy más loko que la hostia, jaks. Esto es un trabajo duro, dijo levantándose la camisa y tapándose la cara con ella, ¿tú sabes lo que es estar gachado todo un día con el cuchillo en la mano?, los dientes retrincando la tela, ¿tú sabes lo que es cargar esas piñas?, ¿regar?, y metiéndole un patadón a los bloques, ¿hacer pocetas, esperar a que se llenen de agua, tener cuidado con los camellones pa que no se rompan?, ¿estar hasta dos y tres días jalando tierra patrás como un cabrón?, ¿cargar el istiércol? Se soltó la camisa. Flako, eso es mierda de vaca, hermano, mierda de animal, ya ensanguinado tragando saliva, ¿y te lo cargas arriba tuyo? A Cathaysa le estaba dando hasta miedo. Te rajas todo con las vergas de los amarres, toda la cara llena de arañas..., ¡esto es un trabajo duro! En la costrusión están gozando, te lo digo. A mí este trabajo me encanta, yo he estado toda la vida en las plataneras desde pibito, pero, pf, hermano, en la costrusión estás como quieres, y yo también quiero perras y tal, a mí me gusta más una fiesta que el carajo y me faltan perras. Yo antes vendía, ¿sabes?, pero ya no, ahora me saco los duros, tal, y me pongo a pinchar járcor en las fiestas, tal, más bien que el carajo, tal, vas a ver, ts, gozando, te lo digo.

Volvieron a saltar por arriba de la misma cadena mal trabada. Flotaban cacharras blancas de abono arriba de un estanque en el que chillaba un único pato blanco. El Tiznado le había contado a Cathaysa que las cacharras vacías hacían que no saliera mujo en la superficie del agua. Vivía El Tiznado atemorizado con las aguas mujientas porque decía que te jalaban las patas pal fondo y te ahogaban, y ese miedo se le había pegado a la hija junto con el resto de los miedos del padre. Se acordó Cathaysa del día en que El Tiznado la había enseñado a nadar en un estanque, amarrándola por la cintura con una soga y botándola después dentro del agua. Margulló Cathaysa enloquecida hasta que logró salir a flote, respirando con la boca abierta como si estuviera acabante de nacer. Aplaudió El Tiznado contra el pecho con una sola mano, aguantándose el cigarro con la otra. Después cogieron cirgüelas

violadas de esas raquíticas que salían salvajes en los caminos, algunas verdes chillando, y se jartaron el payo con alegría. Volvió Cathaysa a mirar el estanque y deseó estar amarrada por una soga a la mano del padre otra vuelta. Se acercó El Higo Pico por un lado. Le dio un beso en la frente, la abrazó escachándole los hombros. Cathaysa se sintió a un tiempo contenta y preocupada: ¿cuánto iba a durar esa arrimadera?, ¿cuánto más aquel arrejuntarse hasta que a El Higo Pico volviera a entrarle la mulería? Capaz no le iba a volver a entrar más nunca y se iban a quedar así para siempre: caminando de la mano por aquella vereda infinita, con el corazón requintado como un tamboril. Y ahora un vaso de lechi gofio y galletas, dijo El Higo Pico, jaks jaks jaks, de ruinito con la lengua mordida, y con el payo echando hostias a tener pesadillas más guapas que el carajo. Se pegó a reír Cathaysa y no paró de reírse hasta que llegaron a la parte trasera de la plaza.

Atrás del muro de piedra, El Higo Pico le jaló el escote de la blusa por arriba de las tetas, tapándoselas, y le dio otro beso en la frente. Aguántate ai, dijo El Higo Pico soltándole la mano, y se asomó por un bujero chico en la pared de piedra: al centro de la plaza estaban los monos dándoles porrazos y patadas por abajo del payo a Los Caleteros. Rayco los sudores cayéndole por el pecho, la camisa completamente rajada. Chaxiraxi chillando: ¡por Dios, las partes!, ¡tengan cuidado con las partes, que lo desgracian! Desde chiquita, la madre había estado obsesionada con que había que tener cuidado con los juegos-de-manos-juegosde-villanos, porque siempre terminaban los chicos dándose en las partes cuando salían a jugar a la pelota. Chaxiraxi tenía tantos hermanos machos que estaba obsesionada con que les iban a desgraciar las partes y les guardaba las cucas como divinos tesoros. ¡Flako, los monos, primo!, se asomó un pibe por una ventana rasa a la carretera con un presa canario más tranquilito que el carajo que apoyó también la cara en el cristal, hermano, Pico, los putos monos, te lo digo, los trancaron como pollos, pa la pinga, ¿no entró el puto Cangrejo y se guindó los rollos de oro del cura, el chikito de loko? Separó la cabeza del bujero, El Higo Pico, con la cara escolorida por haberse encontrado con la de San Quintín, y atendió al pibe. Y ahora, siguió el chico desde la

ventana, están buscando la pingada esa de oro, hermano, que eso vale más que mi vida. Los dejaron sin yerba, primo, ahora se los fuman ellos, los porros, ¿oístes?, los picoletos engrifados, jaaaas. Juye, primo, vete pa casa el carajo, ya avisamos a la viejita tuya. El Higo Pico jaló a Cathaysa por el brazo y salieron corriendo por atrás de la plaza. De las lindes del camino, de detrás de la leña santa y las tabaibas, salieron animales espelujados de todos los tipos: lagartos, perros, gatos, gallinas ladrando en procesión hasta alcanzar las últimas casas desperdigadas de La Caleta. Después pasaron por atrás del cementerio y las plataneras. Corrieron aún más enfolinados. Corrieron y corrieron y corrieron y les dio por reírse sin parar mientras huían hasta que tuvieron que frenar derrapando como coches de rally al límite de un acantilado. Abajo, en la ladera, todo estaba hasta los topes de basura: hierros de las camas, lavadoras y neveras vacías, sombreros, lonas de zapatos, un coche rojo con el capó abierto. Pensó Cathaysa en que el padre le hubiese sacado provecho a aquel malimpriado barranco. La viejita mía trabaja en esos tomates, señaló El Higo Pico los invernaderos que se veían más allá a la izquierda, en las explanadas. Se alongó él sobre de las penqueras que había en los viros del barranco. Jaló por los higos tintos y los peló con un pico largo que sacó de la misma fruta. Los peló rápido, como quien empuja un chocho fuera de la cáscara y se los puso uno a uno en la boca a la chica. Había comido Cathaysa higos picos del monte, pero no los de la mar, y le supieron más sabrosos que los otros. Estoy enamoriscada, pensó relambiéndose los labios pintorriados, y no supo muy bien lo que quería decir con eso.

Más allá, en la ladera, mirando hacia el lado de los tomates, había caminos estrechos hechos de pisadas que bajaban por entre las tabaibas y los cardones. Descendieron derrapando hasta unos charcos hondos que se formaban en las piedras. Se bañaron sin ropa a plena luz del día. Los vuelvepiedras viraban callados en los primeros riscos de la mar mientras Cathaysa se lavaba el pelo en el charco y El Higo Pico chascaba lapas crudas que cogía con una navaja que llevaba en el bolsillo. El cielo estaba ahora encapotado y abarruntaba lluvia. A lo lejos, algunas mujeres cogían sal para el

consumo de los charcos. Las escuchaban, las risas y las fiestas, mientras la metían con cucharas en cubos azules abujeriados por el fondo. El Higo Pico se quedó de pie, mandándole patadas a las piedras y diciendo: ¡yo soy fuerte como un pejerrey!, ¡Dios, me cago hasta en Dios!, chillaba a todo dar con el murión colgando en el aire, pim pam, patadas voladoras, en el tronco el oído, pim pum, y Cathaysa meada de la risa con la machanguería. Estuvieron toda la mañana en los charquitos; El Higo Pico dándole canillazos a los riscos y Cathaysa paralizada sin salir del charco para que no se le vieran las carnes, hasta que escucharon el eco de las campanadas de la ermita. Salió ella del charco asustada y empezó a ponerse la ropa. ¡Chiquitas patas pa carne fiesta!, se acercó El Higo Pico y le agarró los muslos, se los zarandió como una cernidera. Cathaysa se mandó a llorar. ¡Que no, chacha, que eso son bromas mías!, jaks jaks, El Higo Pico dándose tortas él también en los muslos, que eso son bromitas, muchacha, no seas boba, que los míos también están buenos pa un potaje. Agachó ella la cabeza y se fijó en los burgados. Chacha, no seas sulfurita, que eres una cabriadita tú, ¿oístes?, muchacha, ¿estás con el culo alzado? El Higo Pico la jaló por la barbilla y le dijo: yo no te hice nada, vete a amarrar la mula, ¿me oístes?, y aflojó el tono: mulita. Te quiero, mulita, le dijo de repente, y a Cathaysa se le cortó el llanto.

Cuando regresaron a la plaza no quedaba nadie que la llevara al barrio. Tuvo que hacerlo El Higo Pico con una moto que parecía robada, porque estaba toda pintada de negro con una pintura de mala calidad. No llegó Cathaysa a la casa hasta el mediodía, con el pelo ensalitrado y la ropa y los tacones enfangados. Cuando entró por el patio a la cocina, encontró el plato de potaje frío sobre de la mesa y a Engracia sentada con los brazos en cruz. Namás la vio, pegó la madre a mandarle cuero del duro hasta que se le cansaron los brazos y las patas. Después de la manada de estampidos, echada en la cama, Cathaysa entreabrió los ojos en guinadas de dolor y se acercó a la ventana de la cocina. Arriba de los muros del patio, debajo de un cielo negro de nubarrones azules, vio un papito colorado brincando que fue a aposarse arriba del portón verde. Alongó la cabeza de lado, el pajarito, como saludándola. Se acordó

entonces Cathaysa de cuando el padre le contó que el mismo día que supieron que Engracia estaba preñada de ella, después de perder tres hijos antes, a El Tiznado se le apareció en sueños un papito colorado que le dijo: Dios te guarde y te bendiga, de los pies a la barriga.

Caminó el otoño. Octubre sonaba a los cacharros de las goteras esramándose en el piso. Todo le parecía bonito a Cathaysa, toda la gente guapa, incluida la madre, que se la pasaba rezando que si un fisco niña, muchacha, un fisco niña y andando con machos, qué afrenta tan grande, Señor, qué cruz, la vida hermosa, los olores buenos, qué cruz, Señor, tremendo estropajo, el sudor de El Higo Pico eran hierbas acabante de arrancar: toronjil, pazote, manzanilla secándose en las tejas, almendras amargas. El Higo Pico sabía a almendras amargas: era bastante espinento y se enchumbaba la cara en Clearasil, y al besarlo sabía a almendras agarradas directamente del almendrero y abiertas en la carretera con el estampido de un tolmo piedra. A escondidas seguían Cathaysa y El Higo Pico enamoriscándose. Cada vez más de seguido, venía El Higo Pico a buscarla para llevarla a La Caleta. Engracia estampando los calderos, que adónde vas tú con ese hombre, si tú eres un fisco niña, te rompo los bezos cuando vuelvas, mis, te doy un rebencazo que te viro la cara, pero ya estaba Cathaysa amontada en la moto de El Higo Pico, escarranchada sin vergüenza alguna, volando los vientos por el caletero, a ti lo que te jace falta es que te empareje, encuevada debajo de la manta del cuarto de El Higo Pico, que te quite el golferío tuyo de un estacazo, cerrando la puerta con llave para que la madre de El Higo Pico, que no preguntaba nada y les hacía carne fiesta y papas fritas cuando salían del cuarto, no fuera a averiguar qué andaban haciendo, ¡malaya la madre que te crio, Cathaysa!, mira que con la cuchara que coges, comes.

A la envidia, como comen los cochinos: namás supo El Churrero de la historia, pegó a enamorar él también con Chaxiraxi. Iban de la mano a la venta, El Churrero con el pecho inflamado, como un palomo diciendo: miren, miren, aquí está la novia mía, está

aparente, miren, miren, váyanle con el cuento a Cathaysa, que yo se lo agradezco de corazón. Chaxiraxi estaba privada. Sabía que él no la quería, pero no le importaba ni fisco. Siempre había querido tener ella un novio, y estaba cansada de ver cómo Cathaysa esperdiciaba el nisperero minado de chicos que le había entregado la vida. Sintió una rabia mala, Cathaysa, cuando supo que el primo se andaba arrimando a la amiga. No estaba arregostada a compartir la mirada de El Churrero, pero tenía la certeza de que eran namás que puras babiecadas. Solo sabía El Churrero pensar en sus crines de yegua, solo tenía ojos para sus ojos. Volvió entonces a concentrarse en El Higo Pico. En chascárselo todo, hasta la piel muerta de los brazos.

La Macha, la madre, todo el mundo le decía que pa dónde iba con ese tremendo jarrapo, con ese chiquito de drogadito, pero ella chillaba en un puro esquicie: cállense, malpensadas, ustedes están rabiando, envidiosas, malas bichas. Cada vez rezaba más por el aire. Cada vez se acostaba más temprano, cada vez quería espicharse más rápido el tetero de la imaginación, darle rienda suelta a la matraquilla y mamar y mamar hasta llenarse de vamos a tener una casa y vamos a dormir abrazados y vamos a tener miles de hijos y voy a llevar tacones rojos todos los días hasta pa ir a comprar a la venta y vamos a tener un coche y con el coche vamos a ir al Sur y en el Sur vamos a coger el barco y en el barco vamos a llegar a La Gomera y en La Gomera vamos a encontrar a mi padre, ¿a mi padre?, aquel pensamiento la asustaba: ¿cuánto tiempo más iba a estar El Tiznado en La Gomera?

En el cuarto chico de El Higo Pico se la pasaban. Había dejado él ya las plataneras y horita pegaba a trabajar en la construcción. Ahora que estaba parado tenían todo el tiempo pa estar pinguiando. Nené, te amo, nené, los calcetines, nené, las ligas desamarradas, yo te las amarro, nené, las espinas del pescado, que te ahogas, nené, yo me las chasco, nené, todo el tiempo así: nené, cari, flor, la moto, nené, amóntate en la moto. En el cuartito abierta como una caballa, en las plataneras abierta como una caballa, en una huerta abandonada abierta como una caballa, en la cama de la madre cuando salía a trabajar en los tomates abierta como una caballa, atrás de la iglesia, atrás del bar, entre las tabaibas, en el cementerio

abierta como una caballa. No quedaba sitio en el mundo en el que no le hubiesen mandado al piche. Carne contra carne. En un injerto aventado. Primero suave, después al puro garrar de pieles abiertas, al chupazo limpio, al quita y pon de buenos días, de buenas tardes, de merienda de galletas escachadas con plátano y gofio. Así hasta las cinco de la tarde, casi sin comer, porque El Higo Pico poco comía, y Cathaysa solía hacer lo que veía. A las cinco de la tarde, y sin ver novela ninguna, salían a la plaza con Los Caleteros a comer pipas y mirar la mar. Así día tras día, hasta que una tarde no le gustó a El Higo Pico la forma en que Cathaysa miró al amigo. Hasta que una tarde se amuló y volvieron a la casa sin mediar palabra y, en medio del camino, él se paró y se espichó un cigarro en la boca. Yo no puedo estar contigo, dijo de repente, se acabó, Cathaysa. Con el cigarro trabado del labio, sin encender, por el virito del ojo la vio, y cuando se dio cuenta de que estaba llorando, no dijo nada. La dejó llorar un ratito más y después: ¡muchaaacha!, que eso son bromas mías. Le vio entonces ella un filito de feúra en el rosto. Aquel labio de arriba salido, una morena picopato de las que cogía el padre. Un pensamiento atemorizante: es feo, es malo, no me gusta, ¿de verdad me gusta este estropajo? Son mentiras, son bromas, seguía El Higo Pico riéndose. No, pero fuera de bromas: tienes que aprender tú de la vida. Tú eres muy buena y los chicos lo saben, no te puedes creer que todo el mundo es trigo limpio, que tiene buenas intenciones. Caminaron por La Caleta, viendo el sol disolverse entre las nubes tupidas. El Higo Pico contento ya con el cigarro encendido; Cathaysa encogida mirando las gaviotas, dejándose ir en la marea, como peso muerto en la misma locura. Se dio cuenta entonces de que no había vuelta de hoja: iba a estar con ese chico toda la vida. Le gustara o no le gustara. Y más valía que le gustara por el bien de ella.

Cada vez más enviciada. Quería tenerlo trabajando de ajuste. Era la mandanga de sol a sol,

El Higo Pico flaco-chupido de tanta cuca,
el pegoste de leche en la barriga,
fufiando hasta perder el tino,
mandándole duro como los cochitos chocones,

duro bastante duro hasta jurarse las tripas.
El pechito brillante de sudor,
blanca, florecida, olorosa, abierta como una flor de millo,
toda lambuciada,
entecada
sopetiada,
que no se bajaba hasta destrozarse:
paencimba
palantre
padentro
pafuera
padentro.
A dos velocidades:
una lenta de mula cargada,
la otra a presión:
como un cuatro por cuatro en los cortafuegos de la corona forestal.
La pinga de un gato,
toda llena de picos,
igual que un escamador limpiando un bocinegro de escamas,
la vida trabada al cuerpo:
y cuatro jarros de agua fría no les hacían ni fisco.
Por eso, en una tarde cualquiera de aquel noviembre embrumado, salió Cathaysa a la luz flamante de las farolas de La Caleta y se vio ella toda llena de chupones, matada. La pipa chupada del durazno de la que el mato no puede nacer.

Nené, cari, machanguita, loquinaria, juliana, julianita-quémala-eres, ¿en qué estás pensando?

Más le crecían las tetas, más las carnes, más las verijas. Andaba

pendiente El Higo Pico porque la niña estaba muy desarrollada: tápate las tetas, no te agaches a tocar el gatito, ¿pa dónde vas, loca el diablo?, ¿pa dónde te marchas?, jaks jaks, si no te controlo, te mancas tú sola, estás en el aire, estás en el mundo por falta gente, ¿en qué estás pensando?

Empezó a estar alterada, Cathaysa. El Higo Pico, raro como un perro verde. Se la pasaba amulado durante horas y días y ella preguntándose qué le pasaba: por qué me mira así, por qué no se sienta, por qué huele de esa forma, por qué se jala los calzoncillos por arriba del chándal, por qué esos dientes, por qué esa cara, por qué ese gesto de regañar el labio de arriba. Ya estaba viviendo ella como si no estuviera sintiendo la vida a través del cuerpo propio, sino a través de la carne ajena. Era difícil vivir la vida a través del cuerpo de El Higo Pico: nunca sabía muy bien cómo manejarlo.

A mediados de mes llegó el momento de pegar en la obra. La subió en la moto y la dejó en la casa. Dijo que no podía dormir bien, que tenía que dar presencia, ir descansado. Debajo de la lluvia, alante del portón, las lágrimas se le cayeron a Cathaysa de los ojos: ¿por qué?, si ya se había pasado una semana entera quedándose en La Caleta, ¿qué más le importaba?, ¿qué pasaba?, ¿no la quería?, ¿no quería pasar cada minuto de la vida con ella como ella quería pasarlo con él? Saltó por arriba del muro, se estampó de rodillas. Al caer, estrallaron decenas de bichos carreteros. Se acordó del padre, después de taponar el recuerdo durante tantos días. Se encerró en el cuarto, no quería sentir los peleos de Engracia. Estaba la madre alante de la tele, rezando el padrenuestro con las noticias autonómicas puestas. No recordaba Cathaysa haber sentido ese frío por aquellas alturas. Se la pasaban las vecinas bebiendo café sin quitarse la bata de levantar ni pa acostarse en la cama.

Cinco días después, como Jesucristo renacido, apareció El Higo Pico por la carretera, lleno de panda y cemento. Chupado de la cara como si no hubiera prebado un plato de comida. Se la llevó en la

moto negra. Ya no podía Cathaysa estar contenta de subirse en aquella cosa: cinco días se le habían clavado en el espinazo, le dolían hasta los filos de los dientes. A la altura del bar, pasando escopetiados, vio a Chaxiraxi y a El Churrero caminando por la calle empinada. Iban de la mano, besuquiándose. No creyó nadie, mucho menos Cathaysa, que se dieran hasta besos y todo. Se veían felices. El Churrero no hizo ni por mirarla, y eso le procuró malestar: ¿estaba contenta?, ¿en qué estaba pensando? ¿En qué carajos estás pensando?, le dijo El Higo Pico cuando llegaron a La Caleta. No tienes vergüenza, viste a El Churrero y se te fueron los ojitos. Cathaysa callada, no supo ni qué decir. No sabía celar y no entendía por qué la estaban celando. No, no sabía celar, pero El Higo Pico la iba a enseñar con el ejemplo: a ti te gusta, parece que quieres que te persiga, y si no te gusta El Churrero, ¿por qué no te quejas?, pos si no te quejas es porque estás contenta, y la matraquilla hasta que sacó el asunto de Yaiza y el asunto de Yaiza se convirtió en un santo, una foto, el cabezal de la cama. Algo que iba a convivir como un objeto en el cuarto, porque a partir de esa misma tarde El Higo Pico se iba a dedicar a mentar a la chica cada vez que fuese posible: Yaiza, que es mi amiga; Yaiza, que me cuenta cosas que me quedo asustado; Yaiza, una guarra; Yaiza, que bien le gusta que se le salga la leche por las piernas; Yaiza, que estuvo conmigo y se fue con otro; Yaiza, amiga mía; Yaiza, la lechera; Yaiza, la jedionda.

Al principio no sintió nada. Apenas una puntada en las costillas que podía confundirse con un eructo. Echaron un piche de los buenos después de hablar de la chica. El Higo Pico agarrándola cada vez más fuerte, como los gatos chicos cuando amasan a la madre. A punto estaba ella de quejarse, pero no lo hizo: le daba gusto. Se reviró erizada debajo de la mano de El Higo Pico, la mano que era como un casco de cebolla de tan curvada. Nunca antes había sentido eso, las ganas de que la estregaran como cuando los sábados Engracia le estregaba el pantalón empegostado de cemento y pintura a El Tiznado, y Cathaysa la miraba preguntándose cómo era posible, que todo el mundo sabía que el padre estaba atrás de La Alemana, y lo mismo Engracia le estregaba el pantalón como la mártir.

Nené, cari, machanguita, loquinaria, juliana, julianita-quémala-eres, ¿en qué estás pensando?

Pegó a sentirse angustiada: ya no podía disfrutar de ser novios. Pensaba todo el rato en él, todo el día en él, ya no le interesaba más nada. Mientras El Higo Pico trabajaba en la obra, ella trabajaba en él, a todas las horas, imaginando el momento en que se volverían a encuevar debajo de la manta. Pero ese momento tampoco era suficiente: tenía un bujero grande que ningún entullo tapaba, y no verlo le provocaba angustia y verlo le provocaba angustia. Ni siquiera lo quería tocar, era más bien otra cosa: solo observarlo mover las manos cada minuto, levantarse y sentarse como un loco esquiciado de nervios, pegar canillazos y trompadas a las cosas, reventar el armario de chapa más hasta el fondo. No dormía, solo podía mirarlo respirar como un cochino, cada dos horas pararse eschavetado y ponerse los pantalones y los tenis, irse en mierda en la taza el baño, volver chillando en sueños: ¡pa, yo no fui!, ¡no le digas a mami que me dejastes caer! Era la persona más desinquieta, lo contrario a la calma. ¿Estará pinchándose?, ¿se estará endrogando? Sintió recelo. Le daban El Higo Pico y la madre una especie de desconfianza. Eran personas azorradas, con las orejitas gachas, echadas patrás como un perro que te robó un muslo de pollo. Recordó lo que siempre le decía el padre; que la gente de costa estaba hecha distinta: otro humor, no sabía cómo decirlo, son atravesados. Gente traicionera, parecen simpáticos, mucho bureo, mucha fiestita, pero dispués te la clavan doblada. Nosotros, la gente del monte, somos cerrados, pero somos fieles, la gente de costa aparenta abierta de mente, pero en realidad son malpensados.

Había una cosa que Cathaysa no entendía: El Higo Pico tenía cara de odiarla, pero por la boca le salían palabras que no le pegaban con la expresión: yo por ti mato, decía, yo por ti muero, yo me boto por un barranco si hace falta. Y pensaba Cathaysa: y atrás me voy yo contigo.

Un día se despertó ella azorada y ya estaba El Higo Pico de pie con la ropa puesta. Tenía las bragas de Cathaysa en las manos. ¿Estuvistes con El Churrero?, dijo oliéndoselas.

En el barrio, mientras El Higo Pico trabajaba en la obra, octubre y noviembre pasaron. El invierno fue llegando con una ola de lluvia y de frío. El Higo Pico aparecía y desaparecía como el volcán atrás de las nubes, y eso le dejaba a Cathaysa una agonía parecida a cuando el padre se marchaba y tenían que ir a poner la denuncia por desaparición. Siempre llevaban la misma foto de boda recortada. En el otro trozo aparecía Engracia casada con un hombre sin cabeza y la camisa abierta dos botones.

Diciembre se presentó como un viejo con manta esperancera, tocando en la puerta de la casa y diciendo: ¿quién vive? Nadie respondía, solo un temor oscuro que le trepaba por las patas a Cathaysa de cada día escuchar las planchas plásticas del pasillo estrallando como los tambores. Goteras y más goteras, incluida una arriba de la cama, sobre el almanaque vencido de Jesucristo, por la que tuvo que rodar la cama contra la ventana y estar más cerca del hombre de la manta esperancera. Las lluvias venían cargadas de mugidos en el cielo, estampidas de vacas. Muuu, año de nieve, año de bienes, decía Engracia. Escuche el palito de agua, Cathaysa, eso es importante pa comer, pero a Cathaysa le gustaba el sol, y Dios le había dado el desatino de nacer en un lugar donde siempre había panza de burro, lluvia, posma, brumacera, y ese año la cosa estaba desmadrada. Se estaban pudriendo los matos y las batatas, las lechugas y las coles no disparaban parriba. Estaban echaditas a tierra, enfanguilladas, que hubiese sido mejor sembrar berros o botar ranas para que nadaran en la huerta. La gente vieja se la pasaba diciendo que si tremenda tromba di agua como esta yo no ha visto jamás. Las vecinas no paraban de cantar la canción de «El puente roto» de Antonio Aguilar: y que si las aguas, y la corriente, y el puente que se quebró, chillaban entre aullidos mientras se

espichaban cuatro tazas de café dulcito una atrás de la otra y raspaban las humedades con espátula.

Los días que venía a buscarla El Higo Pico se la pasaba Yaiza parriba, Yaiza pabajo, y ya por aquellas alturas los picazos en las costillas de Cathaysa se estaban haciendo más profundos. Le molestaba su presencia y no entendía para qué venía a buscarla si la despreciaba. Cada vez más, le corregía todo lo que hacía. Se fue enfisqueciendo, quedando más quieta, dejando de mirar el mundo y al resto de las personas, sobre todo a los hombres. Él le decía casi como en una canción: estás pensando en otro chico, te veo los ojitos de jedionda. Ya, cada vez más, salía Cathaysa con el rebeco puesto y abruchado hasta la altura de la barbilla, para que no tuviera él que molestarse en taparle las tetas.

Por las noches, las manos atravesadas, la carne remachada patrás, el jeito de bajarle el sostén y las bragas sin pedir permiso. Aquella cosa alargada que antes era una flor de chupo deliciosa que chascar y ahora se había convertido en una penquera, llena de picos blancos, cochinilla abierta del color de la sangre.

Por los días, verlo regresar con los ojos negros ensanchados, temblando, amasucándose la lengua dentro de la boca. La pregunta siempre sin responder: ¿se estará endrogando?, la pregunta que ella siempre le hacía: ¿te estás endrogando? El Higo Pico que no, que no se estaba metiendo nada, que andaba medio nervioso con el trabajo, que necesitaba parrandiar pa espejarse un fisco la cabeza. Cathaysa, la afrenta. Cathaysa el que no sé pa qué le digo nada, si él es más sabido y yo no entiendo de eso, ¿quién va a saber más?, ¿él o yo?

Quería, ella pensaba que quería y que le gustaba, pero lo que estaba ocurriendo era distinto a las otras veces. Como cuando se estregaban el uno contra el otro hasta hacerse fuego, como dos palos de brezo pelados. No, era distinto, y si le hubiesen preguntado hubiese dicho que estaba dispuesta, pero fue tan de golpe: el cabo de un martillo mal limado, la pesca de arrastre limpiando el fondo. Buscó los ojos amarillentos de El Higo Pico, pero estaban puestos en el hueco del armario de chapa. Vírate, dijo despacio. Se dio la vuelta Cathaysa y al toque sintió un chingazo a presión: frío y caliente. Hizo

fuerza para que las lágrimas le cayeran solo por el lado por el que El Higo Pico no podía verlas. Se quedó un rato así: manteniendo la espalda retesa para que no se esramara el churrerío blanco. Escuchó los pasos lejanos de El Higo Pico. Se tapó la cabeza con la manta, quedó la manta que olía a guardado pegada a la espalda como una pegatina. No supo si durmió o estuvo despierta. Dos horas después salió respirando a chillidos cortos, como un curiel azorado. Estaba El Higo Pico fumando en la carretera, en el escalón de la entrada. No siempre va a ser como a ti te gusta, le dijo él mirando a la nada, y Cathaysa se volvió amochada pal cuarto. Al rato notó el cuerpo de El Higo Pico cayendo al otro lado del colchón. Ella cogiendo el resuello que le faltaba en las costillas, el pecho chiflándole como el viento pasando por las hendijas de las ventanas viejas. Una cosa tuvo clara: si la amargura se la daba El Higo Pico, El Higo Pico se la tenía que quitar.

Terminó Cathaysa entrando por la vereda de los celos. Le dio por preguntar cada cinco minutos si él la quería, si la quería solo a ella y a más nadie: ¿namás que a mí?, ¿solo a mí y a más nadien?, ¿solo a mí y pa siempre?, júramelo por Dios, júramelo por la Virgen y lo que más quieras. Cuando se despertaba por la mañana y El Higo Pico no estaba en la cama, se enfermaba de los nervios. Por el viro de la frente le pasaba la misma idea desde hacía poco: ¿y si en vez de ir pal Sur a trabajar se mandó a mudar con Yaiza? La mente se le fue enredando y ya no podía parar. Namás llegaba de la obra, solajiado y con el lomo partido, pegaba Cathaysa con el puro triqui-triqui: ¿qué te pasa?, ¿qué te pasa?, ¿por qué no dices nada?, y nada, y: ¿qué te pasa?, nada, y un risco aprisionándole los huesos, y un risco perforándole los riñones, que me digas por favor te lo pido, y que te dije que nada, sus, majadera, maniática, matraquillosa, y la sensación de que había que adivinar las cosas, los significados atrás de esa palabra: ¿nada?, ¿qué era nada?, y él: que nada, nada, y de nada nada nadando, ¿que qué me pasa?, no me pasa nada, que no seas majadera, cabezuda, que eres cabezuda y que me estás jirviendo la sangre con tanta preguntadera, ¿que qué me pasa?, no me pasa nada, pero estás consiguiendo que me pase algo, me estás jirviendo la sangre, Cathaysa, cállate la boca o te escacho la cabeza

con una piedra, ¿me oístes? Tú a mí no me ganas, pensaba Cathaysa, y los días se convertían en un resistir, en un aguantar, en un a ver quién se pasa más horas sin pernunciar palabra, como en el brilé de la escuela, a ver quién aguantaba más tiempo sin que le mandasen un balonazo. Cathaysa esquivando los pelotazos de una esquina a la otra. El Higo Pico: que yo no dije eso, que no estés inventando, ¡loca el diablo!

Poco a poco, los espacios entre volver y volver al barrio se fueron haciendo más cumplidos. El ratito que venía a la casa, subía La Macha corriendo a verla. Se sentaban en las sillas de la cocina a beber café y miraban calladas las goteras que bajaban por las paredes. Cathaysa no tenía nada que decir y La Macha con los ojos todo lo decía. Lo antes posible despachaba Cathaysa a la amiga y salía pal cruce a esperarlo. Se quedaba mirando a La Macha mientras bajaba por la carretera rascándose los brazos hasta hacerse boquetes en las heridas viejas de los moscos. Agachaba entonces la cabeza Cathaysa, pensando en lo que La Macha no era capaz de decirle: desde que estás con ese chico, no te pareces contigo.

De un día para el otro ya vivía Cathaysa en La Caleta con la suegra. Cada una en su historia, como si estuvieran en dos mundos distintos. Ya no se molestaba El Higo Pico en llevarla de vuelta a la casa. La dejaba allí como si fuera un almanaque que va pasando los días en silencio. El Higo Pico hablaba poco. Los días buenos hablaba algunas palabras, los malos no hablaba, directamente. El silencio era para Cathaysa un infierno en vida, como si alguien estuviese jugando con ella a las aguaduras y la dejase demasiado tiempo debajo del agua. Resistía Cathaysa bastantes días el silencio, pensaba: esta mierda no va a poder conmigo, pero llegaba un punto que reventaba parriba como una cafetera mal atracada y, pumba, la casa salía volando por los aires.

Pegaron a peliar como cosa mala. Se pasaban la mitad de los días sin hablarse, recuperándose de alguna pelea que no sabían muy

bien cuándo había empezado o que era más bien muchas peleas juntas que tenían los viros desdibujados y terminaban empatándose como nailo partido en una pelea sola y gigante y oscura que se lo chascaba todo como un perro jariado de sed y muertito de hambre que todo lo arrasaba. Ella quería que él la viese amargada y sufrida. A veces se le olvidaba de repente, cuando llevaban horas así, qué era lo que estaba pasando, y pensaba por un segundo que más bien se sentía contenta, privada de tener un novio, pero luego le venía a la cabeza el motivo por el que se habían peliado y volvía a convencerse de que debía estar morretuda. Volvía a obligarse a la mulería. Quería que él la viese así: trompetuda, que intentase venir a adularla. A adularla, solo para rechazarlo. No podía Cathaysa, no, todo lo que sabía del amor lo había aprendido en las novelas. Los padres andaban siempre en una pura pelea y ella consideraba que eso era un matrimonio. Nunca había visto a los padres darse la mano, un beso, un muacu-muacu, un cariñito de amor. Estaba el amor hecho de pura aguantadera y chillidos, manos abiertas en flor y reclamaderas y más peliaderas y peliaderas desde que el sol estaba saliendo cada mañana de Dios: chillidos y desprecio. Eso era el amor, eso era lo que Cathaysa sabía de los hombres y las mujeres que andaban siempre juntos: que no había que quererse para aguantarse, que no había que respetarse, que más bien había que faltarse al respeto hasta perder idea de lo que era respetar a una persona. Todo el cariñito estaba reservado para los chicos menudos, que namás crecían un fisco parriba y llegaban al año y medio ya pegaban al estampido limpio, porque al estampido puro es que se aprende más rápido lo que es y lo que no es, ¿usté, comprende?

Se fueron arregostando al trancazo limpio. Ya echar un piche no era como antes, ahora era lo más parecido a una riña de perros salvajes. No solo era El Higo Pico que le dejaba las marcas de las nalgadas como si fueran pitanderas en piedra, sino que ella le mandaba tremendos macanazos con la mano abierta que lo dejaban temblando y le costaba enderezarse. Al principio le ardía, luego le fue gustando. ¿O era más bien un dolor disfrazado de gustito? Se preguntaba Cathaysa cómo sería una breva por dentro, nunca se la

había tocado ella misma, pero cuando La Macha le metía el dedo, decía que era como un codo de esos de los desagües.

Llegó mediados de diciembre y a Cathaysa se le metió la culpa: le pidió a El Higo Pico que la llevara a la casa a ayudar a la madre con el portal de Belén, que era siempre ella la que cogía el mujo en el monte con un cuchillo y la madre la que cargaba el cubo para meterlo. El día en que El Higo Pico la dejó, no volvió a buscarla más en toda la semana.

Engracia estaba rara. Cada vez se quejaba más del dolor malo. Ya no hacía potaje ni comidas arregladas, llevaban días comiendo puro rolón de millo molido y azúcar, arroz con leche caliente y azúcar por el mediodía y otra vuelta la misma comida por las noches. Se olvidaba Engracia de dónde había puesto las cosas y a veces les echaba de comer a las gallinas y volvía otra vez patrás a ponerles otra vuelta.

Aquellaron el portal de Belén arriba de un baúl viejo lleno de cosas de la chatarra. Dejaron la cunita del Niño Jesús vacía y los camellos alejados del pesebre. Ma, ¿por qué no me dices nada?, le dijo Cathaysa a Engracia la misma noche que terminaron el portal. Tú sabrás lo que estás jaciendo, le respondió ella, y se paró de la mesa para santiguar las hondillas vacías del arroz con leche. En nombre del Padre, del Hijo, amén, dijo como siempre, y luego añadió un revoltillo inesperado: ya ustedes comieron, ya yo comí también. Hizo Cathaysa por reírse, pero sintió más bien miedo. Fregó la loza callada, segura más que nunca de que el padre iba a volver horita a dar con ella, y que si se había marchado a espejarse la cabeza era normal, porque era Engracia un animal vestido, que no tenía cariño ninguno ni pa ella ni pa nadie. El padre sí era bueno, y la quería con locura, ella era la flor, la niñita de él, por la que él volaba los vientos, a la que le cantaba «La de la mochila azul» y le pelaba damascos fresquitos que le acercaba con la punta del cuchillo hasta la boca. Aquella noche se fue a dormir pensando en las manos llenas de

almendras del padre. Casi en sueños, abrió la gaveta de las bragas y encontró un nido de bichos carreteros.

Cathaysa empezó a cagar con sangre, estreñimiento y diarrea. Agüitas de pazote, provocaciones de mondongo, picadas en las costillas. Sentía que no quería ya hacer nada, que todo lo que hacía, incluso cuando no la estaba viendo, lo hacía para contentar a El Higo Pico.

Por la mañana bajó a la venta a comprar un fisco de embutido y jugo y se encontró con Yaya en la entrada. ¡Sus, mi niña, estás esparecida!, dijo Yaya chillando con la platina en la cabeza pegada, que ella misma se estaba dando el tinte. La Macha anda todo el día llorando que por qué no la llamas ni la vienes a ver. Se rascó ella las pastillas teñidas: sus, ese chico te tiene la cabeza comida, con lo loquinaria y alegre que tú eres y ahora no hay quien te reconozca. Namás compró Cathaysa, salió escopetiada por la puerta. Adiós, madrina, dijo, dándole un beso en el cachete. Bendiciones, mi niña, le respondió virando el gesto para verla desaparecer por la carretera. Por la calle iba Cathaysa atemorizada, mirando a los lados: todo lo que antes le parecía bonito ahora era horrendo. Desconfiaba entonces del mundo, de Yaya, de la madre, de las vecinas, de sí misma, de El Higo Pico, de todo: todo es feo y abrutado, pensó, puritos animales, somos puritos animales vestidos. Ya ni ver a La Macha quería, y por eso había salido corriendo. Todo lo que hacía entonces era para contentar a El Higo Pico, pero ya no sabía qué era contentarlo. Si hablaba con La Macha, capaz le preguntaba por él, y no quería hacer cosas que pudieran molestarle aunque no estuviera presente, porque era El Higo Pico como los Reyes Magos, que tú no los ves, pero ellos te están mirando por un bujerito. Y por un bujerito parecía que la estaba mirando, porque cuando llegó a la altura de la casa, se lo encontró esperándola en el cruce. Más serio que una tusa, arrancándose los pellejos del labio de arriba. ¿Pa dónde fuistes?, dijo El Higo Pico, dejándole el hueco en la moto para que ella se montara. ¿Tú te piensas que yo soy bobo? Se subió Cathaysa sin decir nada. Bajaron hasta La Caleta enfolinados. Aferrada ella a la bolsa de la venta, con el embutido y el jugo que no le había llevado a la madre.

El Higo Pico no se había despertado y ya estaba ella, los chillidos, desde por la mañana. Esquiciada, trepándose por las paredes. No podía parar de comer, y eso que cuando se sentía apenada se le solía cerrar la garganta. Tenía sueños malos que no la dejaban dormir y una meadera continua. Le encantaban a ella la Navidad y los pasteles de dulce guayabo, pero fue aquella una época amarga, a pesar del dulce. Pegó a soñar Cathaysa día sí y día también que El Higo Pico se la estaba pegando. Al final del sueño siempre estaba a puntito de descubrir con quién, pero no le daba a ella el tino pa abrir los ojos porque esprendía la chica una luz muy fuerte.

Ya no le lambía la breva, solo se la espichaba, pero estaba agradecida. Se la pasaba todo el día esperando aquel momento como quien espera por Dios, y nunca le era suficiente. El Higo Pico usaba el fuelle como un nivel de obra, que los nivelaba, que les procuraba un fisco de alivio pero que rápido ardía, porque rápido como una centella volvía Cathaysa a esquiciarse, porque veía que él estaba en presencia pero no en espíritu, y eso la arrebataba, por lo que El Higo Pico tenía que volver a sacar el nivel pa emparejar un fisco más el muro que nunca terminaban de enmachetar del todo.

Ya casi nunca la llamaba nené, cari, machanguita, loquinaria, juliana, julianita-qué-mala-eres. Antes, todo el día, todo el tiempo, alante incluso de la gente, alante de la madre de El Higo Pico y Los Caleteros, tanto que a Cathaysa le daba hasta afrenta. Nené, cari, chacha, muchacha, María Cathaysa, ¿tú estás boba o te lo estás haciendo?

Se trastornó de celos. Los celos la tenían quitada del mundo. Celaba hasta a la madre de El Higo Pico. Pensaba que la madre le tenía la baja cogida, por la forma en la que la miraba cuando pasaba Cathaysa escopetiada pal cuarto de El Higo Pico, por cómo le decía: mi niña, ¿y tú no tienes frío con ese fisquito blusa, mi niña? Cómo odiaba que le dijera mi niña con ese rencor infectado como pelo enconado y negro. Se trastornó, se trastornó completa, trastornada

pero de verdad. Chillaba como una gallina acabante de poner un huevo: me estás engañando, cabrón, me estás enredando, enredador, ¡trafullero! El Higo Pico: que eres una mentirosa, que eres una guarra, eres una fiera, gobernosa, eres mala, más mala que el hambre, ¡caprichuda!

Una mañana, después de uno de aquellos sueños malos de cuernos, Cathaysa se despertó perdida. No supo distinguir la realidad del sueño y terminó encontrando un motivo para mandarle de tortas hasta cansarse. El Higo Pico se defendió juyendo, tapándose la cabeza con las manos. Parecía que había sido una cosa de un día, pero Cathaysa le cogió el gusto a mandarle.

Acababa siempre sollada, con una sequedad de esparto. A veces, le salía sangre al secarse la orina. Aquellos días de diciembre se la pasó Cathaysa haciéndose los lavados de greña millo que se hacía la madre. Le empezaron unos picores fuertes y le salieron unas agüijas blancas que no la dejaban dormir. Se estregaba agua y jabón hasta destrozarse, pero parecía que el agua y el jabón más mal le hacían. Se recordó de cuando era pequeña y la madre le encontró el pepe enzapado, rojo en carne viva, cuando la estaba bañando en la bañadera. ¿Esto quién te lo hizo?, le preguntó Engracia, y Cathaysa fue a decir la verdad, pero tuvo que decir la mentira: Aythami, dijo Cathaysa. ¡Aythami!, se llamaba así el hijo del compañero que tenía el padre en los Alcohólicos Anónimos, con el que habían ido a los bailes de La Gomera y se habían pedido el ligue. Después de decir aquello le dieron un buen escarmiento de tortas al niño.

En los días de Navidad pegaron a ir a las fiestas con Los Caleteros. Eran fiestas en terraplenes de tierra, atrás de muros de tomateras, en sitios que Cathaysa no sabía en qué parte de la isla quedaban. El Higo Pico salía puesto de la casa a poner la música. ¡Pal pecho, señooooooores!, chillaba antes de pinchar járcor del bueno. Cathaysa en una esquina, atemorizada, vigilando que El Higo Pico no mirara a ninguna chica más guapa que ella, aunque ya todas le parecían más guapas. Nunca se había visto ella tan fea. Al principio decía que él ya no se metía, pero de un tiempo a esta parte no paraba ella de encontrar polvitos blancos sobre la escobilla del váter y botes y botes de pegamento atrás de la taza. En una de las fiestas no paró

de meterse en donde mismo estaba poniendo la música. A eso de las cuatro de la mañana, cuando Cathaysa ya se estaba dejando dormir por las esquinas, vino un pibe a decirle un comentario, y El Higo Pico, que no le había dicho ni porai te pudras en toda la noche a la novia, le metió fuerte manada de patadas al chico, que pegó a botar sangre por las narices.

Ya el Niño Jesús estaba arrullándose en la cunita, ya los Reyes habían llegado a la altura de las mulas, los bueyes y el hombre cagador en el portal de Belén de Engracia, y Cathaysa aparecía a veces, cuando la culpa se la estaba llevando, a echarse un fisquito un buche café y a escuchar a la madre rezar sin mirarla a los ojos. Las dos greladas del frío, con el fuego sin encender para acotejar la leña. Pensaba ella en ir a dar con La Macha y con Chaxiraxi, pero no sabía dónde meterse de la vergüenza tan grande que cargaba arriba.

Fueron días de fiesta, fuelle y peliadera; días y días de fiesta. Aquel Fin de Año no hubo sopa, no hubo uvas, ni hubo cotillones. Andaban en una pura pelea a cuenta de los celos de Cathaysa. La enfermaban, esa era la palabra: *enferma*. Los celos la ponían mala, y lo peor eran los celos patrás, los que no se podían corregir, los celos de las cosas ya vividas, porque esos sí que no tenían arreglo. Podía El Higo Pico decirle miles de cosas ahora, pero no podía borrarse a todas las mujeres que se había pasado por el filo. No me controles, déjame en paz, decía El Higo Pico, y Cathaysa que no, que ella no quería controlarlo, que solo se preocupaba por él, pero no era verdad: sí quería controlarlo: si fuera por ella lo amarraba en corto a una soga como un perro en una finca.

La víspera de Reyes El Higo Pico llevó a Cathaysa al barrio y se la quitó de arriba como quien se arranca una rapasaya del suéter. A la mañana siguiente recibió una naranja envuelta en papel de periódico, como cuando Engracia era chica. Al principio pensó que la madre se lo había hecho por ruindad, pero poco a poco fue notando algo raro: estaban peladas, sin un duro ni pa comprar leche en polvo. Soñaba Cathaysa despierta con un fisquito de dulce guayabo en una galleta. Engracia no iba casi a la venta y solo quedaban papas con grelos y huevos de las gallinas. Comían puras papas fritas con huevos en el almuerzo. Estaba asustada, Cathaysa. La madre

siempre había sido de potajes y comidas arregladas, no de fisqueríos. No paraba de llover, y no entendía por qué la madre seguía sin encender el fuego. Mi madre está eschavetada, pensó un día de repente, y sintió más fuerte que nunca aquel vacío. El vacío que había sentido siempre, desde chiquita, pero agrandado. ¿Cómo se llamaba aquel bujero? Era el ansia por ver al padre, las horas llorando en la carretera, los llantos cuando El Tiznado se alejaba de ella y la madre le podía mandar los zurriagazos que le diera la gana. Aquellos días le habían dejado un boquete del tamaño de El Llano de Ucanca, y por eso sabía ella, en el fondo, que nunca nadie le iba a llenar aquel vaciante, ni El Higo Pico ni ninguna persona. Cenó un fisco de cerrajas con aceite y vinagre y pan duro. Se fue a acostar. Agachada, rezando, ya lo supo. Lo supo, pero como de lado: El Higo Pico la estaba dejando de fisquito a fisquito, sin que ella se diera cuenta. Se aforró abajo de las mantas con tres pares de calcetines y dos pijamas para pensar en él. Se pasó toda la noche dando vueltas como una tonina. A la madrugada se levantó con picor de oídos, no paraba de rascarse con el dedo chico haciéndose redondeles. Prendió la luz de la mesilla y revisó la almohada. Le fue a dar la vuelta para que las pelotas del relleno se movieran del sitio y le llegó un fuerte olor a bichos carreteros escachados.

Se pasó el siete de enero llamando a cas El Higo Pico. ¿Quién?, garraba el teléfono la madre del chico, y se hacía como que no la conocía, ¿quién llama? Cathaysa otra vuelta, respondía ella entristecida, dígale a su hijo que ya yo no voy a hacer las cosas mal, dígale que venga a buscarme, que por Dios y la Virgen santa, mis, yo le juro por Dios y la Virgen santa que me voy a comportar y voy a tener fundamento como Dios dice. El matito, cuando es chico, se le arrima un palito y se endereza, le decía el diablo la mujer, porque dispués de grande, ya no va con nada, y colgaba el teléfono.

Cathaysa lloraba por las esquinas, pensando en todas las cosas en las que se había equivocado. Pensando: ¿onde estará?, ¿qué andará haciendo?, ¿andará de belitre?, ¿acostándose con mujeres?, ¿espichándose drogas por las narices? Se moría ella de la afrenta de haberle levantado la mano: era una fiera mala, sí, lo era: soy una fiera mala, se decía, y rezaba un padrenuestro, soy una sulfurita, y

se mandaba un golpe por la cabeza, un avemaría, un diablo malo, y un credo. Ella que siempre se había creído distinta de la madre se había vuelto una bestia del demonio. ¿Por qué Dios nos ponía en la vida la misma ruindad de quienes considerábamos más ruines?, ¿había sido Engracia un espejo de las cosas que ella más temía de sí misma?, ¿había deseado siempre ser como el padre porque en realidad era igualita que la madre?

Avanzó el mes de enero. El Teide estaba blanco y frío como un copito de nieve. Nevado desde la punta hasta las faldas, pero Engracia no parecía contenta. A aquellas alturas, aflojaron las barranqueras, quedó solo un frío mojado que bajaba desde La Cumbre. El único amor que Cathaysa conocía se parecía al dolor y al daño. La madre no le hablaba más que para lo imprescindible; cuantas menos palabras, mejor. Se le daba bien pasársela amolando el silencio. Los días corrían y no paraba de pensar en ir a dar con el padre, pero no sabía muy bien cómo hacerlo ni dónde buscarlo. Estaba tardando mucho en volver de La Gomera y eso la amargaba, pero lo dejaba pasar porque la angustia de no saber dónde andaba El Higo Pico no la dejaba moverse.

Un día le dio por meterse en la chatarrería a llorar. No quería que la madre la estuviera viendo. Namás llegarle aquel olor se puso tiesa: aquel olor, a cobre, a cable quemado, a embrague pisado demasiado a fondo, a bujías, a aceite de motor, a manos grasentas y llenas de sabañones, a manos de hombre ajeitando la mandarria contra el mundo, contra todas las cosas. Le vino la tristeza tan de repente que no supo qué hacer con ella: intentó poner la imagen de El Higo Pico por arriba, pero le costó más que de costumbre. A veces se imaginaba sola, para siempre, sin ningún hombre, y sentía que se desmayaba. Sin el padre ya era demasiado, y a ratos pensaba en la posibilidad de no tener tampoco a El Higo Pico y no podía, no era capaz de imaginarse. Sentía que no era capaz de hacer nada, de ir a ninguna parte, vivir, respirar, si él no la ayudaba. Tampoco entendía Cathaysa qué le hacían el padre o el novio en concreto, nada, no hacían nada en concreto, pero el no estar era un malestar demasiado grande que la hacía desesperarse.

Salió de la chatarrería cabriada: ¡¿por qué no vas a dar con papi?!,

chilló Cathaysa desde lo lejos. Andaba la madre raspando el suelo del gallinero con el sacho. ¡Ma!, está tardando mucho, ¿tú no estás preocupada o es que te da lo mismo ocho que ochenta?, a mí me está goliendo mal, aflojó el tono Cathaysa porque le entró el miedo. Ma, yo pondría la denuncia por desaparición, no me parece normal que se esté tanto tiempo en La Gomera, y más que él no tiene un duro ninguno. Paró el cuello, Engracia, la miró con aquel desprecio profundo: quien se fue por gusto, al infierno a quejarse. Gachó la cabeza, siguió raspando y, con la mirada puesta en la gallinaza, terminó de aquella manera: yo no pienso dir atrás de naiden, que vuelva solo por la pata propia si es que quiere volver, y, si no, que se quede donde mismo está.

Corrió directa a la casa de La Macha. Se pasó la tarde acostada en los muslos de la amiga, arrimada al fuego de la cocina de leña, escuchando cómo Yaya les secaba los pelos a las viejas del garaje hasta dejárselos estofados como nidos de pájaros. Estaba asustada de que La Macha le reclamara que la había dejado abandonada todo aquel tiempo, pero la amiga la dejó llorar hasta la tarde, haciéndole rasquillas en la cabeza. Al final del día vino Chaxiraxi a cenar arepas. La Macha las hacía como una centella y le quedaban dulcitas dulcitas porque les metía mantequilla en la masa. Cathaysa se comió dos de dulce guayabo y queso; La Macha y Chaxiraxi, tres de mechada cada una, con una carne riquísima que preparaba Yaya. Se sintió feliz de estar de nuevo junto con las amigas. Hacía tiempo que no vivía aquella contentura en el buche. Poco le duró la cosa, pues después de las arepas, se puso Chaxiraxi a contar lo bien que le iba con El Churrero. Notó ella que había una complicidad pegajenta entre Chaxiraxi y La Macha que nunca antes había existido. Contaban bromas que ella no comprendía. Terminaba una de explicar cosas que la otra comenzaba a decir. Se habían hecho más amigas que nunca en aquel tiempo que Cathaysa había estado ausente. La Macha había aconsejado a Chaxiraxi sobre cómo mantener la calma, porque la ponía muy nerviosa tener un novio. ¿Y a ti cómo te va con El Higo Pico?, le preguntó Chaxiraxi con la sonrisa todavía en la boca. Notó Cathaysa que ella y La Macha esperaban la respuesta con ganas. Ellas que nunca parecían de acuerdo se habían

organizado para sacar el tema. No tenía previsto contarles nada, pero fue jalando por la soga de las palabras y una cosa llevó a la otra. No supo cómo, pero lo largó todo todito. ¿Ustedes se creen que eso es normal?, dijo con la inercia que había agarrado, ¿que el seso se parezca a una riña de gatos?

Esperaba Cathaysa comprensión, pero le llegó tremendo estampido. ¡A mí eso no me parece ni medio normal!, le dijo La Macha ensanguinada. A mí eso me parece una falta respeto, respondió Chaxiraxi, que era la única que había probado macho, yo con El Churrero me quedo quieta y él me hace todo, como tiene que ser. Se encendió parriba Cathaysa y se levantó de la silla. A mí ese chico nunca me ha parecido trigo limpio, dijo cabriada La Macha, supurando, sacando pafuera la rabia que sabía que traía guardada desde el principio, ¡a mí me parece que eso es un penco!, dando un puño en la mesa, te está tratando como una auténtica basura y tú lo defiendes y lo defiendes, ¡te tiene embobecida! Se le desfiguró el rostro a Cathaysa: no, dijo, soy yo la que me porté mal, yo era la que chillaba y la que se arrebataba como un animal vestido. Eso es verdá, dijo Chaxiraxi, yo pienso que es Cathaysa la que se equivocó por levantarle la mano. Además, siguió, dice mi hermano que el idioma del amor solo lo entienden los enamorados, y nosotras no podemos opinar. Tú lo que eres es medio incompleta, dijo La Macha, tú y Cathaysa, tres cuartos de lo mismo. ¡Eh!, respondió Chaxiraxi, la que no sabe nada eres tú, que no has tenido a nadien y te crees que puedes dar consejo, como los curas. Se sentó La Macha ofendida mirando a la pared. Se quedaron las tres sin palabras, escuchando el pitido de las narices de La Macha.

Al instante se arrepintió Cathaysa de haberles contado aquello. El miedo empezó a perseguirla dentro de la cabeza y la agarró: ¿y si El Higo Pico podía escucharla desde lejos de verdad?, ¿y si podía averiguar lo que había contado? Él es bueno, dijo Cathaysa, soy yo la del problema, y horita me va a venir a buscar con la moto. ¡María Cathaysa!, estampó La Macha la mano de mandarria contra la mesa otra vez, ese chico está tocado de la cabeza, todo el mundo lo dice. No, Macha, él es bueno, yo te lo juro por lo que más quieras, que yo lo conozco, y ahora nos va mal, pero horita nos va a ir bien. Lo había

visto ella en las novelas, que si insistía lo suficiente, el desprecio podía convertirse en amor. ¡No!, chilló la amiga, y sonó el teléfono. Lo fue a agarrar diciendo: hasta que no salgas escaldada, no estás tranquila.

Regresó La Macha contando que Engracia estaba preguntando por ella, que dónde andaba metida, que al día siguiente tenían que sembrar las papas pa aprovechar que la lluvia estaba aguantada. Salió Cathaysa por la puerta entristecida. Regresó por los viros de la carretera pensando que no valía la pena contarle más nada a más nadie. Solo ella entendía el amor que le daba El Higo Pico, solo ella sabía soportarlo.

Se levantó escogotada, como una gallina con el pescuezo partido en dos vueltas. Sintió un peso ligero en la punta de las patas. Algo liviano y suave como un gato, pero no era un gato. Allí estaba: un papito colorado aposado arriba de la manta, a los pies de la cama, mirándola derechito a los ojos, con esa mirada negra y vacía que tienen los pájaros: dos boliches negros que todo lo veían, todo lo averiguaban. No supo si estaba despierta o soñando, y al estregarse los ojos, el papito ya había traspuesto. El reloj de la mesilla marcaba las nueve. El quíquere chico no había cantado. Se paró como un resorte. Ya tendría que estar Engracia cabriada, rezando que el sol estaba caladriando: *ya yo ha roto un mundo y esa puta echada*, parecía que la estaba sintiendo. Salió esbaratada a la huerta espichándose las lonas. En el cielo, al centro del cielo, en peso, todavía brillaba un fisco de luna menguante de enero, que es cuando Engracia decía que era mejor sembrar las papas. Se acordó del padre, Cathaysa, que estaba siempre obsesionado con la luna y las mareas a cuenta de la pesca. Con la luna menguante, decía, son mareas azogadas, la luna está más lejos de la tierra y eso le afecta a la mar y a las personas: no te olvides, mi niña, no te olvides, que la luna hay que conocela bien conocida.

Ya estaba Engracia esperando en la huerta, con el pañuelo y la sombrera tapándole la cara. Dos cubetas llenas de papas picadas y enchumbadas en azufre. Ya la madre había surquiado la huerta completa, y se quedó Cathaysa asustada por no haberla ayudado. Namás verla, le puso Engracia un cesto de asa en las manos. Toma, vete sembrando tú alantre, dijo, pa yo ir tapando atrás. Agradeció que la madre le dirigiera la palabra más que sea para mandarla a trabajar. ¿A cuánto las siembro, ma?, siguió entusiasmada. ¿A cuánto las vas a sembrar, muchacha?, a un pie, y arrimaditas a la

parte baja del camellón. Las fue espichando con cuidado, y Engracia rezando: María Cathaysa, ajunta esas papas más, que te dije un pie, no veinte. La blancura, el amarillor fosforescente de la papa chinegua azufrada arriba de la tierra negra de tanta lluvia. De cuando en cuando Cathaysa las ponía más separadas namás que por buscarle la lengua a la madre. ¿Está bien así, ma?, ¿cómo la ves? Paraba Engracia la azada y viraba los ojos: ¿otra vez?, decía, ¿no te dije ya que eso está muy largo? Se sacudía las faldas, se secaba el sudor de abajo de la sombrera. A ver si no se pudren estas papas con esta tierra tan enfangada, decía caminando de culo, quitando tierra del camellón y echándola al surco. Cathaysa se sintió contenta de sentir a la madre alegando, de verla bailar la azada sobre del terreno, casi con una sonrisa. Hasta la peta parecía menos abultada. Que no, ma, seguía Cathaysa privada, con las narices llenas de tierra y azufre, que eso seguro que salen buenas, ma. Acabaron de sembrar las papas a las diez de la mañana y se echaron dos jarros de agua del aljibe sentadas en un banco hecho con dos bloques y un chazo. Respiraban al tiempo, mirando el terreno con orgullo. Vete a la venta y trai dos panes y un fisco chorizo perro pa echarnos un bocadillo ya que acabemos las papas, dijo Engracia, dándole un estampido en el muslo a la hija. Salió ella más contenta que unas pascuas por la carretera pabajo a fiar el bocadillo. Por un momento se le olvidó todo, que no tenían un duro, que El Higo Pico no la quería, que el padre se había marchado.

Quedaron atrás las navidades de un invierno duro. Se sintió Cathaysa amarrada al suelo, como una raíz demasiado larga, a la tierra, al barrio, paralizada por el frío del amanecer, que todo lo cubría de espesas lágrimas de sereno: las hojas de los zarzales, las hayas, los brezos, los largos gajos de los pinos. Enero echó días patrás como quien escapa. Ya habían disparado las primeras matas de papas de la huerta, y Engracia se la pasaba admirando: mira parai, el monte verdito, le decía a Cathaysa, verdito verdito que da

gusto, eso está verde chillando. ¿Cathaysa?, Cathaysa se sentía preocupada por el regreso de El Higo Pico, sí, pero no: era un inmenso calor que la retenía, que la hacía sentir como arrullada, conservando la cáscara atrás del fuego de la cocina de leña de la madrina, con La Macha y Chaxiraxi, recordando cosas del pasado, evitando nombrarlo, fingiendo ante ellas que nunca había existido, chasquillando los últimos días del mes junto con las peladillas que habían sobrado de las fiestas.

Se sentía no tan despegada de Engracia, más arrimada a las amigas, tranquila pero a la vez pendiente. Estaba ella acostumbrada a vivir con las orejas alzadas, como los conejos ariscos o las matas de las papas al atardecer. Lo extrañaba, pero por momentos deseaba quedarse a vivir para siempre en esa espera. Se le daba mejor a ella querer a alguien que estaba lejano, pero que podía volver en cualquier momento. Entonces tenía motivos para vivir y estar triste, para llorar por las noches y levantarse por las mañanas, para escuchar las canciones, ver las películas. Todo se lo dedicaba a esa persona desaparecida: las papas que se comía, los ajos que majaba.

Apenas unos días más le duró a Cathaysa aquella sensación de tener propósito. Una mañana estaba vistiéndose para ir a la huerta y, desde lo lejos, escuchó el runrún de la moto encabalgada. Se cambió la ropa, cogió cuatro bragas viejas y las metió en una bolsa plástica. Salió a la calle por el portón de madera a esperarlo. Estaba Engracia arrendando las papas, tumbando el camellón arriba del surco, blanco de cal y amoniaco, con un jeito que ya muchos hombres hubiesen querido. Al ver a la hija con aquella bolsa, viró la cara en un gesto de desprecio: perro arregostado a comer huevos, dijo la madre mirando a la mano de la hija, que agarraba el portón con las uñas, le quemas el jocico y no deja la manía, y siguió arrimando tierra con la azada. Y luego añadió, después de un silencio: Dios no me mata hasta ver tu fin. Cerró Cathaysa el portón arrastrándolo con rabia y con esfuerzo: la lluvia había hinchado la madera. Gachó la cabeza al suelo y salió a la calle. Se montó en la moto sin pensarlo, con la misma sensación de cuando uno abre la boca y el cura le espicha la comunión por el gañote, am.

Fue el mes de febrero el más precioso. Un mes de querimientos y arrulladeras. Ya no se estaba drogando tanto, o por lo menos no tanto como en las navidades. Se la pasaron abajo de la manta, dándole a la matraca, escuchando canciones, comiendo bocadillos de chorizo perro y Fritolays, bajando el enyugue con Clipper de fresa. Como al principio, o capaz como nunca, pues nunca se habían querido tanto como entonces. La Macha cabriada, la madre cabriada, Chaxiraxi contenta porque la amiga estaba ocupada y no podía joderle la felicidad con el novio. El Higo Pico todo el día en la casa porque había perdido el trabajo a cuenta de la fiestita y el bureo. Ya le estaban buscando los colegas una obra nueva que horita iba a pegar en el Sur. Un hotel de lujo de verdad, donde iba a ganar dinero a chorros.

El mundo pasaba afuera del ventanillo del cuarto, pero a Cathaysa le daba lo mismo ocho que ochenta. Fue febrero un mes feliz. Un mes de estar amontada arriba de las nubes, pero no apretó bien la mano cuando hubo y pronto dejó de haber. A últimos de febrero, El Higo Pico pegó a trabajar en la nueva obra y la mandó vivir otra vuelta con la madre. Volvió a las andadas con los amigos. Ahora que tenía dinero, llegaba el fin de semana y se esparecía. Ese chiquito es un drogadito, le decía Chaxiraxi, y La Macha callada, La Macha azorrada, La Macha aguantándose aguantándose hasta que al final explotaba por los aires: a ti es que te gusta, María Cathaysa, ¿qué es que no ves que ese chico te tiene amargada?, mis, se lo voy a decir a mi madre. ¡No, por Dios!, los lloros de Cathaysa, por favor, no se lo digas a madrina, que yo también tengo la culpa, que yo también le pego. Y no era mentira: Cathaysa le mandaba unos estacazos con la mano abierta que lo dejaban en un temblor. El Higo Pico solo le había pegado dos veces, y ella ya le estaba pegando todos los días. En aquel tiempo, iba y venía Cathaysa de La Caleta en una pura pelea. A pesar de que se había prometido no contarles nada a las amigas, en cuanto ponía una pata en el barrio lo largaba todo. La escuchaban ellas con paciencia, pero ya estaba La Macha a punto de perder el tino. Y de tantas agarradas de esas, terminaron por pelearse las dos amigas. La Macha le quitó la palabra a Cathaysa. Se quedó ella sola, aquellando las cosas de la huerta y de la casa con la

madre, esperando el acelerar de la moto al final del cruce, preguntándose, de vez en cuando, si sería capaz de llegar hasta La Gomera ella sola.

Regresaba, El Higo Pico, y sonreía de lado, y Cathaysa extrañaba. No lo reconocía: la abertura de la boca, la forma de las narices, las arrugas del viro de los ojos. Eran cada vez más cumplidas, más profundas, más de: ¿quién es ese hombre?, ¿de dónde vino?, ¿por qué está aquí pudiendo haberse marchado?, a otra parte, con otra chica, seguro quiere estar con otra chica:

la cathaysa trastornada la cathaysa eschavetada la cathaysa aguantándose las ganas de chillar como una salvajita y al final asalvajándose como dios manda y aquel que si me chillas me estás faltando al respeto y si tú me faltas al respeto eso es una falta de respeto el respeto es lo último que se pierde y ya hacía rato que lo habían perdido por eso cathaysa se entregaba por completo a darle tortazos y machacazos por la cabeza y el higo pico le agarraba las muñecas apresionándola contra las paredes y ella unas ganas de matarlo y él que no chillaba no levantaba la voz por encima del suelo todo lo decía suavito y despacio con un tono de voz firme con las palabras como colgadas de clavos eso sí sabía el higo pico alegar como él solo y darle la vuelta y la vira a las cosas pa poner los pensamientos en palabras y por eso ganaba todas las peleas y terminaba cathaysa yendo atrás de él como un perro rastrero perdóname por favor perdóname por lo que más quieras agarrándole la mano y poniéndosela ella en la cara pégame por favor castígame te lo pido pero no había respuesta y tenía que aguantar la mulería de brazos cruzados y los silencios que no acababan que eran como una pimienta que la veías secarse al sol colgada en la pared hasta chupirse y perder el agua

vírate, date la vuelta, decía el higo pico al final del día

Y repetimos: ¿quién es ese hombre?, ¿de dónde vino?, ¿por qué

está aquí pudiendo haberse marchado?, a otra parte, con otra chica, seguro quiere estar con otra chica.

Cathaysa el terror, Cathaysa el miedo. Los días sin dormir, otra vuelta, las pesadillas.

Chaxiraxi que vino un día de repente: que dice La Macha que lo vio por fuera del curso de administrativo con Yaiza, la chica aquella.

El Higo Pico: que no, que me cago hasta en Dios, que tú te piensas que uno es un mentiroso, que uno no está con Yaizas ningunas. Cállate ya, majadera del carajo, que eres una inventona. Enredadora, enredadora, enredadora.

Cada vez más imprevisible, el amor de El Higo Pico, como las máquinas cuando botan monedas a chorros. Apretando los mismos botones podías volverte rico o quedarte pobre, más, más pobre, más empobrecido, arruchado, seco, petiseco, pelado.

el higo pico toda la noche sin dormir supernervioso puestísimo mandándole al macaneo y peleas y reconciliaciones y perico y perico y un fisquito de pegamento de atrás de la taza del baño un miércoles por la tarde un jueves a mediodía faltando a la obra las llamadas del maestro dónde estás cabrón me cago en la tierra que te jizo que yo dispués respondo por ti tremendo jarrapo la madre que te parió que no tiene la culpa la madre del higo pico rabiando esa niña es una araña peluda esa niña te trae por el mal camino esa niña te está chupando la vida y te entierra los ojos enfermo mírate flaco como un espicho chupido como tu padre cuando estaba en las últimas no me gusta nada cathaysa cathaysa por ti llorando cathaysa que tú eres un fisco niña y tú que tienes dir a estudiar pa que no seas una burrita como yo tu padre tú que puedes estudiar y ser alguien decente en la vida sale palantre cathaysita de mi vida sale palantre mi niña de mi corazón de mi alma querida y papi ay papi yo estoy hablando contigo en sueños ayúdame a salir de esta negrura ayúdame porque yo sin ti no me hallo padre querido

Y después de seis días seguidos sin dormir, o durmiendo a ratos y

pegando brincos en sueños, después de seis días con sus días y sus noches: sí, Cathaysa, sí, me cago en la puta de Dios, sí, me gusta Yaiza, sí, es verdad que no te quiero, ya está: ai lo tienes, lo que querías, ¿estás más contenta ahora?, ¿estás más tranquila?, ya no te quiero, vétete de mi casa y no vuelvas más porque no te puedo ver ni en pintura.

y cathaysa agarrando el palo del escobillón y en la cabeza de ella el palo partido en la cabeza del pibe y los pelos arrancados y los estampidos y las patadas en las canillas y cathaysa aruñándole toda la cara y cathaysa estampándole las sillas de la cocina mandándole la cafetera en la cabeza al higo pico y él tapándose con los brazos las uñas marcadas como tatuajes y la gorra empinada arriba de la frente llena de café la gorra cathaysa me cago hasta en dios vétete vétete tremenda puta y la puerta cerrada y cathaysa chillando y cathaysa llorando tremendo cabrón abre la puerta ábrela porque la boto abajo y la madre de el higo pico forcejiando empujando la puerta pa escacharla a ella como un perenquén hija de la gran puta deja al chico mío quieto porque te reviento el jocico sal de mi casa cacho estropajo

Y de buenas a primeras una torta mal dada de la vieja que iba directa al cachete pero que terminó llegándole al oído. Se le metió un pitazo de coche. ¡No te quiero ver más nunca en mi vida!, chilló al salir de la casa, sin escuchar bien por el pitido metido en la cabeza. Caminó hasta llegar a la esquina de la calle y namás alcanzar la plaza y ver a los viejos sentados en las sillas plásticas por fuera de las casas: sus, mira la negrura que se metió, muchacho, horita viene una tromba di agua, se arrepintió de lo que había dicho. Tuvo la certeza de que no podía vivir sin él y lo dijo chillando: ¡no puedo vivir sin éééél! Los viejos de la plaza se viraron, asustados con la cara de la chica.

El pitazo en el oído empezó a disiparse poco a poco. No porque no siguiera allí, sino porque aquellos días de marzo, cuando pegó aquella primavera enchumbada, le empezó a doler la barriga. Tanto le dolía y tantas ganas de arrojar cargaba que Engracia, que casi no le dirigía la palabra, se apareció una mañana en el cuarto y le dijo de llevarla a cas Evelina, que parecía que tenía el buche virado. Tempranito en la mañana, le untó doña Evelina hojas de tartaguero con aceite de girasol tibio por la altura del buche. Engracia miraba namás que pa las paredes con tal de no acercarse a la hija. Al acabar, Cathaysa pensó que se le había aliviado. Se despidió malamente de la madre y se fue derechita a visitar a la madrina. Estuvieron un rato alegando con Yaya mientras le picotiaba el pelo a una señora: que por qué no se arreglaba con La Macha, que pa qué estar peliadas si eran tan buenas amigas, hasta que Cathaysa pegó a sentirse mal otra vuelta y tuvo que meterse en el baño. Arrojó hasta cinco veces seguidas. Ya no le quedaban sino las jieles amarillas de tanto esfuerzo. Yaya se quedó asustada de escuchar aquellas arrojaderas. Llamó a un taxi y trancó la peluquería. Tenía Cathaysa dentro del coche unas ganas de comer cerrillos para arrojar bien, como los gatos y los perros, de limpiarse toda, de las revolveduras de estómago y de la obsesión que traía arriba, del emperramiento tan grande que tenía con el jodido Higo Pico de los infiernos. En el ambulatorio le dieron un bote plástico y la mandaron a mear, dice que namás que por ver si tenía infección de orina.

¡Esta niña está embarazada!, chilló el médico alante de las enfermeras, y se echaron a reír.

Lo primero que pensó Cathaysa, mucho antes que en la criatura y en el espaviento que iba a formar Engracia, fue que en cuanto El Higo Pico supiera lo que había pasado, la iba a volver a querer.

A las doce del mediodía ya estaba Cathaysa bajándose del taxi alante de la casa. Lo sintió ella en la punta del ombligo: Engracia lo sabía, no sabía cómo, pero lo sabía. Esperó a que el taxi traspusiera y se fijó en que las paredes de la casa ya estaban todas negriando de tantos bichos carreteros. Entró por el portón de madera y se encontró de frente con la madre. Se atemorizó de ver aquella imagen: iba toda vestida de negro, con la máquina de sofatar a las espaldas, brillando el cobre de la máquina bajo el cielo de nubes grises. Parecía una cosa mala. Toda de luto: la blusa, las faldas, el rebeco, los zarcillos, las lonas, el pañuelo de la cabeza y hasta los calcetines, y, sobre del negro, el mojado del sofato que iba a intentar proteger las papas de la maldita chamusca. Tenía la mirada diferente, Engracia, como si no supiera que Cathaysa era la hija. También sintió la hija, a su vez, que aquel diablo mujer no podía ser la madre.

Paró la cabeza del suelo con parsimonia, Engracia. Primero se quedó callada, y eso hizo que se le metiera a la hija, ya sí, tremendo dolor de barriga solo de verla. Ma, dijo de repente, ma, hazme una agüita toronjil, por favor. Engracia no respondía. Ma, estoy tullida, ma, mírame, ma, extendió las manos, se miró los dedos morados, ma, tengo las manos tulliditas, ma, estoy greladita completa, ma, me siento enferma, malita de la barriga. Aquellos ojos encuevados, aquellos ojos negros enterrados en lo negro. Pensó Cathaysa que de nada conocía a la madre, solo lo del cajón virado en el que la metían de pequeña, que no sabía si de alguna manera también ella habría sentido ese partir de carozos secos, ese estrallido del alma rompiéndose de amar a alguien tan fuerte como ella amaba a El Higo Pico, o eso pensaba, que lo amaba, porque ya no estaba tan segura, y le dio miedo solo de ocurrírsele aquella idea; lo amaba, sí,

sí lo amaba. O si la madre habría sentido por lo menos aquella angustia de que El Tiznado se fuera de la casa y no volviera, no digo entonces, sino al principio, cuando a lo mejor no se odiaban tanto, cuando no sentían solo ascuas y provocaciones, si alguna vez la madre había querido así a El Tiznado y si era posible querer de aquella forma y que, a fuerza de avanzar los años, aquella barranquera de amor se disolviera como una pastilla efervescente.

¡¡¿¿Enferma??!!, chilló Engracia que parecía que se le botaban los ojos, jalándose a duras penas la máquina de sofatar de la espalda, enfermo el penquerío que tú te traes.

Cathaysa se fue retrincando contra el muro de la casa, se botó las manos a la cabeza para taparse del golpe de la madre. De cerca, los ojos enterrados de Engracia, las cuencas negras, negras como lustrosas plumas de quíquere.

Es pa darte una patada que reventarte, le dijo suave.

Soltó la máquina en el piso, Engracia. Se botó la mano al lado derecho del costado, donde tenía el dolor malo metido. Garró resuello y logró descambarse: tú y tu padre son igualitos, dijo, ¡tal para cual!, ruines arrastrados.

Cathaysa viró el gesto: ma, por Dios, no digas eso donde nadien te oiga, papi es un hombre bueno.

¿Tu padre? Tu padre es un ruin arrastrado.

¡Ma!, por Dios, ya tenía Cathaysa las lágrimas como jabas bajándole por el rostro.

¡Cállate, que son los dos igualitos!, ¡ruines arrastrados!, ¡malagradecidos! Dios está arriba, María Cathaysa. ¿Cómo tan igualita con tu padre? Siempre descontenta, no tiene fin, nada le sirve, nada le basta, y yo todo lo que ha dado y así me lo pagan. Así: andando con putas y más putas, puras deudas y más deudas, que ahora quién va dir a pagar todo lo que debo en la venta de dir fiando porque el señorito se gastaba el dinero namás le llegaba a las manos, en putas y máquinas y bebida, y dispués tenía que dir uno con la cabeza gacha a fiar a la venta un fisco gofio y azúcar. ¡Onturas!, todo el día estregándose onturas en los cataplines, que los tenía ronchados a cada dos por tres de andar con cueros, y dispués diciendo que era uno quien estaba arrimándose a macho y

no. Uno no ha salido jamás de la casa ni le interesa macho ninguno. ¡Mis!, juró Engracia presinándose y luego besándose los dedos con fuerza: yo no tengo nada que esconder, porque el ladrón cree que todos son de su condición. Pug, esgarró Engracia en los mimos del patio, ¡que ni qué chica afrenta!, ¡hasta afrenta siento de verte alantre mío! Tú no eres hija mía ni eres naiden. Se acercó aún más Engracia y Cathaysa se aferró la cabeza con las dos manos más fuerte. Eres igualita que tu padre. Fue a abrir la boca Cathaysa, fue a poner la boca bien abierta para chillar con llanto de recién nacida, pero no la dejó la madre. Empinó Engracia el dedo acusatorio en el aire y Cathaysa se hizo más chiquita: no vuelvas a abrir esa boca pa pernunciarme, mis, se besó los dedos otra vuelta y la volvió a señalar, ni lo negro de una uña, no me pidas más nada, porque yo no soy madre tuya ni soy naiden. ¡Desestápate la cabeza!, que ansina como estás, en ese estado con una criatura dentro, es pecado darte un buen estampido, pero tranquila, tú tranquila, que Dios castiga, María Cathaysa.

Caminó de espaldas, Engracia. Se sentó en el mismo banco en el que tan juntitas se habían comido el bocadillo de después de sembrar las papas. Se le arrugó la cara en un gesto. Extraño, era aquel gesto. Se puso tan regañada que Cathaysa pensó que le estaba dando un infarto. Botó el labio de abajo pafuera como los niños chicos, se arrancó el pañuelo de la cabeza y se espelujó los pelos negros hasta dejárselos en una buena redina. Hizo un magullido con la boca que primero no se le llegó a comprender: era un estremecimiento del alma, de todos los huesos del cuerpo. Le costó a Cathaysa ponerle palabras a aquel sonido, pero de repente comprendió: Engracia estaba llorando, llorando de una manera como nunca había visto a nadie llorar, la manera de llorar de quien ya no sabe cómo se llora después de aguantarse el llanto toda una vida. Sintió vergüenza ajena de verla, Cathaysa, en vez de sentimiento.

¡Qué desgracia me distes, Dios!, pegó a llorar más fuerte Engracia, de chica la fánfana, dispués con tu padre y ahora contigo. Se fue acercando la hija poco a poco, con las bembas retrincadas de aguantarse la risa. La risa, no sabía por qué se estaba reventando de la risa. La madre los magullidos, y ella a punto de reventar como

un cartucho, la madre el por favor, María Cathaysa, diciéndole con la mano que no se le arrimara, por favor, por Dios te lo pido, con una calma que no sabía que la madre tenía dentro, y ella roncando ya de las ganas de reírse a carcajadas. No hizo caso Cathaysa y le fue a poner una mano sobre del hombro. Jamás nunca había sentido que estaba por encima de la madre, que la podía escachar con un dedo si quería, zas, un samagazo patrás, y Engracia pegó a aventar las manos y a retorcerse como una miñoca en la tierra. ¡Ni se te ocurra tocarme!, chilló, ¡no te quiero ver ni en pintura!, traspón ahora mismito de aquí. Se desarrimó de la madre, Cathaysa, y la miró llorar: ahora el llanto no era tan regañado. Se le pareció de repente con el de una niña chica y se le quitaron las ganas de reírse que traía aguantadas. Le vino la compasión toda de golpe, y una culpa tan grande que fue como un machetazo. La madre le había partido la cabeza en miles de formas, en miles de fiscos, le había botado jarros de agua fría por arriba mientras estaba durmiendo para que se levantara, le había dado tortas hasta esvanecerse del cansancio que parecía que se le bajaba el azúcar, y en ese momento hubiese preferido que le virara la cara, que le reventara los bezos, que le hiciera la sangre antes que verla llorando de aquella manera. Ma, dijo Cathaysa, ¿y pa dónde quieres que me vaya? Ma, por Dios, seguía Cathaysa sin llorar, lo nunca visto en ella: estaba tan loco el mundo, tan dado la vuelta, que de ver a la madre así le salió a la hija una seriedad que desconocía. ¿Tú estás segura, ma? Arruguetió aún más la bemba Engracia. Atiende a lo que estás diciendo, ¿tú estás segura de lo que tú estás diciendo? Viró la madre la cabeza contra la pared y no volvió a decir nada. La observó Cathaysa un fisco más por ver si cambiaba de opinión. No respondió, no cambió nada. De la rabia que sintió, salió Cathaysa derechita pal cuarto. Recogió cuatro cosas sin sentido: la falda negra y la blusa blanca que llevó al baile cuando conoció a El Higo Pico, todavía con las manchas de vino en el viro de abruchar los botones; el libro de los nombres guanches que le había dado el padre por el cumpleaños; una estampa de la Virgen de Candelaria que llevaba por detrás escrita una dedicatoria que nunca se mandó a Venezuela. Pasó por la cocina y abrió la gavetilla de los papeles. Escardilló entre cartas

abiertas de avisos de la luz, de deudas y de préstamos: del fondo de la gavetilla garró el recorte de la cara del padre de la foto de la boda. Se le quedaron las uñas llenas de migas de pan. Miró fijo el recorte menudito de una cabeza enorme en la vida real. Sintió un orgullo: aquella cabeza de cachalote era la del padre, El Tiznado, el hombre que ella más quería en la faz de la tierra. No agarró bolsa, no agarró más nada. Hizo una jaldra con la blusa que llevaba puesta y metió las pertenencias dentro. Fingió que iba a trasponer por la puerta, namás por ver si la madre reaccionaba, pero seguía mirando a la pared. Dio dos pasos por fuera de la casa y regresó automático, corriendo, llorando, ¡por Dios, ma!, ¡por lo que más quieras te lo pido! Pegó Cathaysa a zarandiarla por las patas, a jalarle la falda negra encachazada de mierda de las gallinas, a desamarrarle las ligas de las lonas negras, a sacárselas del sitio, a darle de sí el viro de los calcetines negros, a desvararla, pero Engracia seguía sin moverse, afirmada a tierra con la suela de las lonas, como si un temporal de viento y agua intentaran levantarla del piso, pero ella tuviera bastante tronco para aguantar los samagazos. Con la barbilla alzada al cielo, sin mirarla, ¡maaaaa!, chilló Cathaysa una última vez, y Engracia la ajució con la pata como si fuera un perro. ¿Ah, sí?, dijo Cathaysa, pos muy bien, ahora es que me marcho, pero por el pie mío. Empinó la cabeza, Cathaysa, con ganas de echarse a llorar, pero no, no lloró, no miró atrás y no logró ver: ya el sofato de las papas se estaba secando y las matas verdes mostraban destellos blancos en las puntas de las hojas. Enterró la mirada en las cuatro cosas que llevaba en la jaldra y traspuso, derechita derechita por la puerta, con la intención de no volver más nunca, con la certeza, en el centro del corazón, de no volver más nunca. Le gustó imaginarse así, como la gente de antes, marchándose pa Venezuela hasta más ver, y comenzó a caminar.

Al principio se quedó quieta alante de la huerta abandonada, en la que aún dormía la Nissan reventada del padre. Recordó el día en que vino La Alemana a dar explicaciones. Sintió unas fuertes amarguras de boca de solo pensarlo: ¿qué estaría haciendo El Tiznado en La Gomera en ese mismo momento? No supo qué responderse y apartó la vista de la furgoneta, intentando a su vez

correr el pensamiento como quien arrastra un mueble atrabancado. No sabía hacer eso, Cathaysa, lo de quitarse los pensamientos que estorban: era más bien de espicharse directa en el líquido de los malestares y dar brazadas y más brazadas de perro hasta ahogarse viva ella sola. Se dio una torta en la cara y decidió meniarse antes de que la madre la viera allí sin moverse. En lo que bajó la calle, primero la odió, a Engracia. Después le dio angustia de estar lejos de ella. Pensó que la madre no la iba a perdonar. Se dio cuenta de que no la quería y de que no era por estar preñada, sino por lo que uno hace antes de preñarse, ¡por eso!, pensó, por eso no me quiere, la muy asquerosa, por haber yo probado pinga..., ¡y bien buena que estaba! Se encendió: ¡agggg! ¡Me cago hasta en diez!, Señor, perdóname, por favor te lo pido, que yo no soy malhablada. Volvió entonces a odiarla, pero más que al principio: si antes le parecía mala, ahora le parecía mala mala como el pecado y no la pensaba perdonar. El padre sí, el padre sí era bueno, eso sí era una persona de buen corazón. Si antes creía que la madre podía tener algo que ver con que el padre andara juyendo siempre de la casa, ahora no tenía duda: uno no se queda donde no lo quieren, que ya lo decía mi padre, que el perrito abandonado va adonde le dan cariño, así mejor sola que mal acompañada, ¿no es verdad, pa?, ¿eh, papito?, ¿no era así el cuento?

A mitad de camino se preguntó Cathaysa adónde iba. El cuerpo se gobernaba solo y se dirigía hacia el sitio al que se dirigía cuando no sabía adónde ir: a cas La Macha. Y pa cas La Macha tendría que ser, porque no le quedaba más remedio que ir allí, que tenían espacio para ella, y además Yaya era la madrina y Cathaysa siempre había querido que Yaya fuera la madre, y a casa de Chaxiraxi no podía ir, porque con el padre completamente alcoholizado y vuelto loco y todos los hermanos machos que tenía no iba a pedirles nada, no iba a decirles de quedarse a vivir allí. Por eso pensó en La Macha, porque en la casa de ella eran solo La Macha y Yaya desde que el padre de La Macha se había ido con una más joven y después había vuelto para encerrarse en el cuarto durante años y años y quitarse la vida; que decía Yaya que a la otra, después de parida ya tres veces, parida y malquerida, también la había vuelto vieja como a ella, y que

de no haberse matado, horita estaría a punto de buscarse otra chica más joven que la joven pa volverla vieja también y así hasta el fin del mundo, comadre. Uy, se encontró Cathaysa ya a la altura de la venta y vio a las viejas sacando el jocico por la puerta de la entrada. Ya estarían ellas enteradas de la última moda: el cuento le dio miedo, ¿qué estarían pensando?, ¿que era una jedionda pecadora como pensaba Engracia? ¿Engracia? Solo de pensar en el nombre de la madre le dieron ganas de virarse y mandarse una carrera hasta la casa, pero no. No pensaba darse la vuelta, no, pa ir a rogarle a la madre, a la grandísima puta de la madre que la parió, no, se iba a cagar; tú te vas a acordar, Engracia, te vas a acordar, decía, y mientras descendía y se acercaba a la puerta de la casa de la amiga pensaba en maneras en las que la madre se podía enterar: a lo mejor a Cathaysa le daba una hemorragia tan fuerte que se desangraba y tenían que llevarla al médico y de allí la llevaban al hospital porque la encontraban botada en el piso de la calle y un vecino le decía ay Dios mío que alguien ayude a la niña que se está yendo en sangre y la llevaban en la parte de atrás de un yip como un caballo muerto y entonces la madre se enteraba al rato por las vecinas de que la niña se había desangrado y de que estaba muy delicado el hijo que traía dentro y Engracia de los nervios que se le metían en la boca del estómago se botaba las manos a la cabeza y chillaba ay Dios mío ay la Virgen, ¿cómo yo le jice eso a mi propia hija?, no valgo un duro como madre. Entonces Engracia cogía un taxi y luego la guagua y luego otra guagua y después otra y otra guagua y llegaba hasta el hospital y en la estación compraba un paquete de truchas de batata con azuquita y llegaba toda agobiada, los sudores. Al entrar en la habitación, Cathaysa no era capaz de dirigirle la palabra por haberla encaminado de la casa, pero Engracia se ponía hasta de rodillas: por Dios, María Catahysa, te lo pido, por lo que tú más quieras, perdóname por lo que yo te jice, que te lo juro por la Virgen que eso no se jace, eso no se le jace ni a un perro, y Cathaysa le decía que por el susto tan grande que le había dado había estado a punto de perder al niño, que se iba a llamar Bencomo, y que significaba «el más grande», que lo había encontrado en el libro de los nombres que le había regalado el

padre, pero eso no se lo decía, porque la madre no aguantaba a El Tiznado, y Engracia se echaba a llorar esquiciada: ay, Dios mío, ay, Diosito, y Cathaysa: ma, Dios está arriba, pero tranquila, yo te perdono, ma, Dios está arriba, pero yo te sigo queriendo. ¡Ay!, y ya sin darse cuenta estaba Cathaysa a la altura de la puerta de La Macha y arañando trozos de pintura, y se le pasó por la cabeza que a lo mejor no estaba embrazada de verdad y que todo podía ser una pesadilla. ¡Ah!, chilló su corazón por dentro, luego aquella angustia se le fue y le apareció otro miedo distinto: estaba preñada, pero Dios le iba a quitar a la criatura por andar pensando mierderías, y se le metió un terror profundo de perder lo que fuera que dentro: un perro, un caballo, una lagarta, un niño, y de pensar que no sabía cómo era lo que cargaba se le revolvieron las tripas, le regresaron las amarguras de boca. Tuvo que correr ella a arrojar dentro de las vinagreras, todavía con la pintura escascarada entre los dedos. Al terminar, paró la cabeza y se llevó una punta de vinagrera a la boca para limpiarse los dientes. Se preguntó si eso iba a ser así todo el tiempo: aquello de estar preñada, sentir los olores apestosos que se le clavaban al fondo atrás de las narices, andar arrojándose todos los días por todas partes, y por primera vez se dio cuenta de que llevaba una criatura dentro y de que tenía miedo de que se le fuera a caer sola por las patas, de que se le evaporara igualito que el agua de la mar cuando las nubes bajan a chupar lluvia de la costa. Volvió otra vez a la puerta y no pensó ella que a lo mejor La Macha no quería saber nada de su vida, dado que se habían quitado la palabra desde hacía tiempo; ni se le había pasado por la cabeza cuando estaba bajando por la carretera, y antes de que ese pensamiento la consumiese, trum trum trum, le dio tres machacazos a la puerta y desde lejos sintió a Yaya, desde la peluquería del garaje, los chillidos: Machaaaaaa, vete a ver quién le está dando macanazos a la puerta.

Abrió La Macha la puerta y brincó del susto de ver a Cathaysa blanca escolorida:

Engracia me encaminó, ¿puedo vivir con ustedes?

La Macha y Cathaysa se arreglaron como solían arreglarse los matrimonios: haciendo como de que nada había pasado, notando al principio un ligero picazo de incomodidad entre los dientes, como un rillar del tenedor contra el plato que erizaba los pelos de la espalda, y dejando, ¿por qué no?, que ese dolor en la quejada se marchara solo a fuerza de no prestarle atención. Lo primero que hizo namás dejó las cuatro cosas en el cuarto de La Macha fue espicharse un café dulcito que le preparó la amiga y trasponer a darle la noticia al padre de la criatura. No saludó a Yaya antes de salir, lo que nunca en ella. Tendrían que estar ya las viejas del barrio con los pelos chamuscados y llenos de platinas en el garaje, intentando sacarle el cuero, intentando averiguar el cuento con Yaya, que si ese fisco chica, muchacha, que si está embrazada, que si quién será el padre, porque aunque la habían visto amontarse en una amoto unas cuantas veces con un malandrín de porí pabajo, también eran capaces de sacarle unos cuantos novios más de la zona, incluido el primo por parte del padre, el más chico de El Churrero, Dios lo tenga en la gloria. Tuvo Cathaysa un pensamiento duro como una piedra cuando se dirigía a cas Chaxiraxi para pedirle a Rayco que la alcanzara a La Caleta: a partir de entonces, por el bien de ella, iba a tener que andar con la cabeza bien empurrada en el piso, porque aunque siempre había sido de enterrar la cabeza en el suelo, de caminar afrentada con la cabeza gacha, no era lo mismo que la madre le pegara o que el padre andara bebiendo que tener ahora un bimbo de barriga palante.

Lo esperó toda la tarde debajo de la serenada. Contenta de sentir la fuerza de tener una criatura dentro que había salido del cuerpo de aquel chico. Iban a ser padre y madre, madre y padre, como cuando jugaban a las casitas en el recreo de la escuela. Iban a ser padre y

madre, madre y padre, como en los mejores sueños de Cathaysa. A medida que la tarde avanzaba, las nubes se tornaban negras azabache y la mar se acompasaba con las nubes. Cathaysa se sentía a cada minuto más ilusionada, sí, con una ilusión metida en la barriga, un aquello, un ¡ay Dios mío!, una fuerza, una certeza de Dios de que las cosas se iban a encaminar ahora que estaba cargada como una barca. A aquello de las siete y media de la tarde, cuando ya había parado de serenar y Cathaysa sentía el cuerpo húmedo y entullado de alegría y esperanza, apareció El Higo Pico. Ños, lo enfocó enseguida: namás cruzó el final de la carretera, sintió la presencia clavársele en la barriga todavía sin abultar. Lo observó formarse a contraluz, despacio y pesado como un animal de carga. Se estaba acercando.

Se paró Cathaysa a esperarlo, toda privada. Notó que la vio, o no, capaz, no, no supo si la vio o no la vio, si la estaría reconociendo, ¿no? Era muy difícil no reconocerla después de haberla tocado y visto por todas partes, incluido el bujero del culo. Se acercó ella despacio por si todavía él no la estuviera identificando del todo. Se quedó parada al centro de la carretera, agarrándose la punta de la vida aunque aún no le pesaba el embarazo. Ya no había manera de no entender que era Cathaysa la que estaba allí. Con tristeza, comprendió ella que El Higo Pico se estaba haciendo como que no la veía venir. A la luz manchada de la panza de burro, lo examinó: se movía de lado a lado de la carretera como una lisa; llevaba los guolman puestos en las orejas que se escuchaba el járcor desde lejos, el chándal manchado de panda, las botas de punta de metal encachazadas, pesadas de cemento. Le pareció que al verlo estaba encontrándose de nuevo con el padre cuando volvía de aquellos Sures con el cogote aún más tiznado por el sol. Todo un día imaginando cómo iba a ser volver a verlo, todo un día, como ahora con El Higo Pico, imaginando. Tanto que ya a El Higo Pico le estaban empezando a crecer las manos, grandes como monstruos, como hechas a medida para agarrar la mandarria, la plana, la cuchara, la maceta y el cincel. Las uñas rentes, clavadas a la carne, selladas como lapas. Las espaldas, el olor a obra y a sudor seco, a salitre charruscado y porros. ¿Qué estás haciendo, Cathaysa?, dijo El Higo

Pico con los ojos virados patrás como una coruja, te dije que no vinieras a dar conmigo más nunca, ¡¿tú te estás riendo de mí, muchacha?!

Rápido, la tristeza de Cathaysa se convirtió en rabia. Desde que había estado con El Higo Pico se había vuelto ella una fosfarera auténtica, una fierita mala, saltaba parriba como un resorte por cualquier cosa. Era rápida en la respuesta, pero en esta ocasión no supo ni qué decir. ¿Tú te estás vacilando de mí o tú te piensas que soy pollaboba? Cathaysa se quedó temblando. Lo miró a los ojos amarillentos, le entraron unas fuertes ganas de arrojar y se preguntó si la criatura tendría aquellos ojos, si en la guerra entre los ojos marrones oscuros de Cathaysa y los verdes amarillentos de El Higo Pico, ganarían los más claritos o los más oscuros. Deseó con todas las fuerzas que ganaran los de él, para así parecer la criatura de más alto estandi, dado que los ojos claros daban alto estandi, todo el mundo lo sabía. Todavía le quedaba a Cathaysa una última cosa por decir, una última oportunidad de ganarse otra vuelta el amor de El Higo Pico. Puso la cara de orgullo que había visto poner en las novelas:

Estoy embrazada, dijo empinando la punta de la barbilla contra el cielo.

El Higo Pico regañó las cejas y, junto con el gesto, se le meniaron todos los surcos y sajazos que tenía en la cara, también las marcas de los espinos y las pecas del sol. ¡Jaks!, se rio botando la cabeza cambada hacia la derecha: ¿tú te crees que uno es bobo? ¡Qué casualidad que te mandé a freír chuchangas y ahora resulta que estás preñada! ¿Y cómo sé yo que el chiquillo es mío? Si te andas arrimando a cada macho que te encuentras.

¡Qué estás hablando, machango mierda!, ya sí le salió la sangre de la madre a Cathaysa, ¡que estoy preñada de ti, cabrón!, que yo no ha tenido más novio ninguno. Se asustó Cathaysa. De repente se acordó de aquello, pero hizo sumas y restas rápidas, mal hechas, claro está, y no le daban los años. ¿Quién te crees tú que soy, desgraciado?

¡Respeta, María Cathaysa, que tienes mucha lengua tú!, que vienes a mi casa a llamarme desgraciado, ¿a mí, que te traía pabajo

cuando estabas mal con tu madre y te daba de comer de la comida de mi casa?, ¡muerta de hambre!

Asomó el jocico por la ventana la madre de El Higo Pico, de goledora, ¿cómo no?, y Cathaysa le sintió automático la presencia: estaba escuchándolo todo. Jedionda mierda, pensó Cathaysa, ¡te odio, asquerosa!, ¡enterada!, ¡ojalás te parta un rayo!, ojalás te hundas en la miseria, y si era verdad lo que decía Engracia de la fuerza de vista, de la mirada que le echó a la madre de El Higo Pico ya esa misma noche caía muerta.

¡Ese hijo no es mío!, chilló El Higo Pico acercándose a la puerta de la casa, veti díselo a El Churrero, que seguro que le interesa saber que le vas dar una criatura. Estaba la madre de El Higo Pico con las narices ya enterradas completas en la ventana como la jurona. A mí no me cuentes historias, dijo el chico abriendo la puerta con un jeito, sin llave ninguna, que yo a las putas como tú me las veo venir de lejitos, y cerró con un portazo.

Tardó en reaccionar, Cathaysa. Solo supo mirar de frente a la madre de El Higo Pico, que la seguía observando azorrada, con los ojos abiertos como chernes. ¡Aaaaaaah!, chilló Cathaysa, ¿qué Churrero ni qué Churrero?, que yo no ha estado con ningún Churrero ni con más nadien, volvió a decir, asustada de tan rotunda la afirmación, ¡ábreme la puerta, cabrón!, pegó Cathaysa a dar patadas en la puerta, esquiciada, ¡aaaah!, ábreme o la boto a tierra!, y después de siete o quince patadas y de todas las vecinas alongadas en las azoteas, le vino el pensamiento de que una mujer preñada no podía comportarse de esa manera porque la gente iba a dejar de sentir compasión por su estado. Se paró. Salió corriendo por el pueblo dando tumbos sin sentido. Miró el cielo. A aquella hora ya estaría Engracia bendiciendo el plato sucio de la cena. Un jedor a mujo de los veriles entongado en la orilla de la playa. Tenía que volver, ¿adónde?, sabía que tenía la casa de La Macha, pero era algo más que eso: no sabía dónde iba a existir a partir de entonces. Caminó por las minúsculas calles de La Caleta: reinó, cabalgó, relinchó parriba como las yeguas, arrancó macetas enteras de geranios, cortó cables, se levantó las uñas de los dedos con los bloques limpios de las paredes sin encalar, se botó al suelo, hizo por

levantarse pero no, chascó el polvillo del cemento roto, hizo boquetes en la tierra y halló canelo, amarillo, violado, negro, cantó Manny Manuel, se dejó anegar por la lluvia con la boca abierta, como hacía el padre, imaginó: níspero, nisperero acabante de nacer de una pipa que salió volando de una boca, una cesta de nísperos en ramas, arrullarse en un columbio, un columbio de colores, la pata cagada del pantalón del padre, no, eso no, el azafrán amorosándose sobre de la tapa del caldero, el brazo del primo haciéndose chiquito dentro de la escayola cuando se cayó aquella vez del techo del autobar, no, lombrices de tierra tampoco, desatanudos, fos, miñocas no, por Dios, maloricos, pudrición, ascuas, ¡no!, ¡no!, ¡no!, ¡eso no!, limones, un limonero sin lepre, sí, eso sí, lamber un limón, un tobogán, pinocha en un tobogán, botarse por un tobogán, esnarizarse no, botarse por un tobogán y reírse sí, buscar la cara de la Virgen sí, fue hasta la calle de El Higo Pico y buscó la cara de la Virgen del Carmen en las casas, bien, Cathaysa, se arrodilló en el piche, con los pelos chorriando, le dijo: por favor, por el viro del ojo la desconcentró la mirada de la madre de El Higo Pico atrás de la ventana, pero no, volvió a la Virgen: Virgencita, Madre santa, por favor, ayúdeme, por lo que más quiera, y aunque no parecía, en el último momento justo logró tranquilizarse. Empezó a caminar agarrándose de las farolas de la luz. Llegó hasta la plaza, pidió dinero para una cabina y llamó a la casa de Chaxiraxi para que Rayco la viniera a buscar.

Esperó sentada abajo del volado de la puerta de la iglesia. Se revoltilló sobre de sí misma para aguantar el frío que se le estaba penetrando. Sin saber qué, o quién, un cuerpo cayó pesado al lado de ella y se sentó también en el escalón de la ermita. Viró la cara, Cathaysa. Se sorprendió del propio susto: era la madre de El Higo Pico, poniéndole una mano arriba de los muslos mojados y acercándole un jarro de agua para beber.

Parte IV

¡Cathaysaaaaaa!

Se despertó estartalado.

¡Cathaysitaaaa de mi alma y de mi corazón!, chilló escolorido completo.

¡Por Dios bendito y la Virgen Santa!, y se llevó una mano al pecho, ¡Satanás anda suelto y sin cadena!, chilló con los ojos que se le salían de los cascos. Levantó las greñas podridas y greladas por dormir arriba de los cartones en los que estaba durmiendo, o descansando la vista, más bien, porque dormir, lo que se dice dormir, nadie escansa como Dios manda en esas condiciones, ya tiene uno el sueño bastante liviano, pero ahora duerme uno igualito que los perros cazadores abandonados en Las Cañadas del Teide, con el cogote alzado y en un puro temblor de los nervios, jajá, paró la vista y buscó por todas partes. ¿Dónde estaba Cathaysa?, ¿dónde el cuarto de la niña?, ¿dónde Engracia con la boca abierta roncando como un motor? Tardó un fisco en arregostar la mirada: no estaba en la casa, ya se había olvidado de cómo se sentía vivir en ella. Ahora la vida misma era la casa, y a medida que caminaba por esos mundos de Dios, arrastraba la casa y la vida con él. La casa y la vida y una sensación, que ya cargaba de atrás, pero que se le había aumentado en los últimos tiempos, de no tener cáscara, de que llevaba todos los órganos al aire y podía venir cualquiera y agarrarle el corazón como quien apuña una manzana que guinda más allá de la linde de piedra pintada de blanco.

El sol comenzó a amanecer a través de los espinazos vacíos de las obras. Levantó la vista, El Tiznado, y alcanzó a ver un mundo nuevo que amanecía en los Sures: el sol hizo brillar todas aquellas estructuras de hormigón y desplegó una fealdad terrible y desconocida. En aquel terral, donde él siempre había visto namás

que puras huertas y tomateras, pegaban a disparar más rápido los hoteles, a mostrarse como las beterradas se mostraban por primera vez, y ya podía uno intuir, formándose la imagen en la cabeza, la manera en la que iban a reventar más tarde la tierra, como un cartucho. Sintió un fuego de ilusión en el estómago, y a la vez un miedo aterrador: nada iba a volver a ser como en los tiempos de antes, algo se iba a perder abajo de la sombra de todo aquel cemento. Se paró El Tiznado del suelo y se presinó del miedo que le entró por las patas. Con el jeito de pararse tan rápido, se fue derechito hacia el lado derecho y se quedó espichado en una vinagrera. No le dolió el cuero, pues todavía llevaba la anestesia del vino. Reflexionó él que todo el tiempo se caía hacia ese mismo lado. Sentía como si tuviera un cable amarrado a la pata y el Diablo, o Dios cabriado, porque Dios cabriado era igualito o peor que el Diablo, lo fuesen cambando pa aquel lado hasta dejarlo doblado por la mitad. ¡Muchacho, en cualquier sitio se manca un animal!, se dijo sacudiéndose la ropa. ¿Qué diablos te pasa, Tiznado?, se preguntó, y rápido le llegó la respuesta: ¡el trinqui!, le dijo algo en la cabeza, ¡la bebida y el juego, que te están comiendo los ojos! Era aquella voz de siempre, aquella matraquilla que se le metía en el fondo de la chaveta y que no sabía de dónde le venía, pero que lo mismo le daba buenos consejos que quería acabar con la existencia de él. Se arrimó al coche del guardián de la obra, que estaba aparcado entre dos cardones de por lo menos cuatro metros de altura, a fiscos partidos por los trabajos de desmonte. El guardián estaba durmiendo escogotado, con la espalda guisada en el sillón del acompañante. Enfocó los ojos, El Tiznado, e intentó que el cristal se convirtiera en espejo con el fisco de noche que aún quedaba. Alcanzó a verse la barba más tupida de lo normal y los ojos entrecerrados, regañados completos. Se notó esconsumido. ¿Ves, compadre?, te estás quedando en el chasis. Esta vez la voz de la cabeza estaba más atinada que de costumbre. La notaba preocupada por el destino de El Tiznado: ¡la bebida te está chupando el cerebro, amigo!, seguía, y las máquinas, compadre, las máquinas son el mismo Diablo, maestro, tiene que usté saberlo, no hay nada que usté no sepa, que las máquinas se la pasan chupiendo

y chupiendo hasta que te sacan la concencia por la misma frente. ¡Ay, Señor, Dios bendito!, volvió corriendo patrás porque por un momento se había olvidado de la única cosa que tenía en la vida. Jaló parriba la guitarra de entre los cartones. No se podía dejar él atrás su posesión más querida del alma: rasgueó las dos cuerdas mal trabadas que le quedaban al instrumento. La guitarra, partida ya casi completa por el traste, sonó a estampido seco y no a música, pero lo mismo le dio, porque pensó que qué era la música sino un estampido mal dado. ¡*Monedita de la suerte*!, chilló al aire pa que se fuera aquella voz majadera, y el sonido traspasó los bloques de cemento; rebotó la voz de El Tiznado en la nada, *eres mi suerte y mi cruz*, y caminó bajo aquel sol ya picón como el demonio desde tan temprano, *perdí a mi madre y mis amigos y hasta mi casa y mi luz*, rumbo desconocido en dirección al día. ¡Cállese, ¡muchacho!, chilló el guardián desde el asiento del coche. *El día que me marche*, se viró patrás, El Tiznado, *ya solo quedarás tú*. ¡Váyase pal coño la madre!, le dijo el hombre bajando el ventanillo con la manivela a todo dar, que se mande a mudar, majadero mierda. ¡Oh!, ¿y qué se piensa usté?, dijo El Tiznado poniéndose una mano en la centura, que pallá mismo pienso trasponer, pa la verija de mi madre, Dios la tenga en su gloria.

Avanzó El Tiznado por la mañana de polvo y tierra. No sabía dónde quedaba la verija de la madre, pero algo lo estaba haciendo caminar en busca del lugar exacto del que había salido todo, del naciente mismo de la vida. Caminó sin rumbo pero enfilado: por la orilla de la mar y por las carreteras, abajo de un sol chamuscante que lo hacía tener delirios más arrebatados que los que ya estaba teniendo, sin más ayuda que la cabeza propia. ¡Aaaaaamigo!, gritó El Tiznado al ver el cartel desde lo lejos, pa esto me trajo Dios hasta acá abajo, porque dice que tenía unos males metidos y se había olvidado uno de aquellarlos. En el cartel brillaba aquel rostro tantas veces amado y recordado. Las cejas como caminitos de hormigas, la mata de pelo encarnado, las manos juntas como rezando y un blusón blanco que le hacía a El Tiznado recordarse de un tío de él, hermano de la madre, que era santero y andaba siempre vestido de blanco y fumando puros largos como jorquetas. Dice que un día el

tío se cansó de estar en Cuba trabajando en la caña y se volvió volando pa la isla. Dice que lo encontraron en la silla de la cocina espichándose una buena escudilla de lechi gofio. Mmm, gofio, pensó El Tiznado, no, una ralera de vino y gofio no, mejor no, vino no, lo más seguro Dios y La Brujenta estaban esperando a que se dejase de tanta bebedera, y hasta él mismo se estaba empezando ya a cansar de andar siempre ansina, siempre enjilado, caéndose pal piso, mariado como un perro, esmayándose del hambre y las provocaciones en las tripas y las ganas de arrojar: ya está uno cansado de prebar la comida y arripiarse de los sabores, ya está jarto uno de dolerle la boca del estógamo y de las cagaleras, ya está uno hasta el mismísimo de andar esbaratado, siempre a punto de mancarse de tanto caerse, porque el vino le robaba el tino completo; ya quería él cambear de verdad de la buena, no quiere más uno andar en esta vida de vicio y Satanás, noooo, compadre Dios, ah, no, ya está decidido uno de garrar otro rumbo más aquello, ay, Señor, de salirse uno de la alcoholizadera, ¡¿comprende?! Enfocó la vista El Tiznado: de nuevo vio el rostro cumplido de La Brujenta. Le colgaban de las orejas abanadas largos zarcillos de plumas de cuervo. Al lado de la cara, los datos que ya él conocía y que a veces recitaba como quien reza: LA HECHICERA DEL AMOR, TAROT Y VIDENCIA DEL AMOR, 90684 8586, ATENCIÓN TELEFÓNICA Y PRESENCIAL. PUEDES ENCONTRARME EN: CALLE MENCEY PELINOR, NÚMERO 27, LA SABINA.

Era El Tiznado como un taxista, que llegaba a cualquier sitio siguiendo las guinadas automáticas del cuerpo. Los chatarreros también tenían las direcciones metidas en los gestos, y les bastaba con mandarle palante, que a cualquier nombre de calle le jallaban el sitio. Se alejó de la costa y de los hoteles recién nacidos. Pegó a subir parriba por la carretera que llegaba al pueblo antiguo de La Sabina, donde conocía él a par de compadres de los Anónimos que hacía años y años que no veía. También había por allá arriba un par de bares buenos de carne cabra bien arreglada, con sus buenas papas fritas. Se paró El Tiznado namás llegó a La Sabina en el muro del terrero de lucha y se aquelló un fisco las ligas del zapato. También se retrincó, como buenamente pudo, la de la centura, se abruchó el botón de la camisa que le quedaba a la altura del pecho y

se dejó la vida descubierta porque no le quedaba más botón que poder abrucharse. Se esgarró en la mano izquierda, la de la pulsera del aire, tres, cuatro veces hasta que ya no le quedó más saliva sino más bien unas amarguras de boca, unas securas en el gaznate. Se pasó la gomina amarillenta por la cabeza y le pidió al Señor: Señor, compaña, Señor Dios, lo único que le pido es compaña pa esta alma mía que anda partida al centro. Se apalpó los bolsillos: seguía teniendo el dinero que había ganado en las máquinas después de primero haberlo perdido todo, después de haberlo ganado y antes robado y ganado y antes perdido un fisco y ganado todo y antes perdido la mitad y robado la otra mitad y perdido un cuarto y vendido un medio y acotejado un duro y ganado ya no sabía la cuenta porque las máquinas y la bebedera le estaban chupiendo las sumas y las restas y las reglas de tres, que eran las cositas que él sabía en la vida y de las que ya se estaba empezando a olvidar.

Tin ton, hizo sonar el timbre, en el que marcaba HECHICERA DEL AMOR escrito en letras rosadas.

¿Quién?, respondió una voz chillona como la fruta verde.

¿Quién hay?, dijo El Tiznado.

Está usté equivocado, respondió la voz.

Yo no me ha equivocado, que sabe uno llegar adonde Dios lo mandó que diera.

¿Cómo?

Uno es El Tiznado. ¿Está La Brujenta porai? Ella sabe, no se procupe.

Papi, ¿usté agarró cita?

No, viene uno fuera de aquello, ¿cómo le dice el dotor?

¿Fuera de hora?

Saito. ¿Lo puede atender la doña? Ella sabe a qué vino uno.

Se escuchó un chirrido. La puerta se destrabó sola. La jaló El Tiznado contra él, y con la misma se dio un macanazo de puño cerrado en la cabeza: ¡ay, mi maaaadre, Tiznadín, estás en el mundo

por falta gente! Se rio consigo mismo y empujó la puerta palante. De frente apareció una mujer que no era La Brujenta, pero que tenía una forma muy parecida de ajeitarse: una blusa estampada de tigre peludo, zarcillos largos como lombrices de tierra, cejas finitas como hebras de hilo pintadas con lápiz de ojos negro, el viro de los labios dibujados con una raya canela, el pelo de colores, en este caso: amarillo como un pollo. Si aquella era La Brujenta Madre, esta tendría que ser La Brujenta Chica, pero de chica no tenía un pelo. Era cachorrona y bastante más avejentada que La Brujenta auténtica. Tenía el pelo estofado al estilo jace de penillo y se le estaba dando a él un aire con Engracia, no sabía bien en qué. Se le antojó, de repente, que capaz era el jocico de gobernosa que se gastaba. Pegó El Tiznado a mosquiarse: ¿dónde carajos estaba La Brujenta famosa? Abigail, para servirle, dijo la mujer poniéndose una mano en la centura, Magalis no se encuentra hoy. Era medio canaria, medio venezolana, como todo el mundo de Dios. Normalmente, nosotros no agarramos gente sin cita, se ajeitó la doña la blusa dentro el pantalón que casi se raja las verijas al centro, pero me llamó el carajito que tenía ahora que se le enfermó la madre, al pobrecito, y le podemos hacer un huequito a usté, ¿cómo le parece?, ¿le pidió Magalis que viniera pacá?, ¿papi?, ¿me oyó? Volvió en sí El Tiznado y miró a todos lados buscando a La Brujenta Madre. No le gustó mucho a él el asunto: ¿pa qué lo había mandado Dios hasta acá arriba si no estaba La Brujenta verdadera en cuerpo presente? Pero ¿y usté sabe los males de uno?, dijo El Tiznado azorrado, porque la que sabe sabe y la que conoce el aquello mío es la otra. Yo lo puedo atender, papi, dijo la mujer regañando la nariz en un gesto que le dio aún más desconfianza a El Tiznado, sin problemas, lo atiendo a usté, no se preocupe, y terminó por taparse la nariz, que yo tengo trasmisión de dones, yo le puedo atender en nombre de Magalis. El Tiznado puso cara de que aquello no le gustaba ni fisco, pero se dejó arrastrar por las mujeres, como el machango que era. Venga pacá, dijo la bruja sin soltarse las narices, y la siguió El Tiznado por un pasillo demasiado estrecho, minado de santos cubanos. La señorita no se quitaba los dedos de la nariz, y a El Tiznado se le fue metiendo una tristeza como pegada al espinazo,

porque empezó a comprender de dónde venía la peste que la hacía taparse: del jedor que traía él arriba. Era El Tiznado un hombre limpio como el oro, que le encantaba bañarse hasta cuatro y cinco veces en el día y estregarse completo con jabón de Lagarto hasta sacarse el cuero del sitio, pero cuando se cogía aquellas cargaceras del demonio perdía la compostura y se convertía en un pordiosero. No quería que la señorita pensara que aquella jedera era ansina de aquella manera todos los días, pero no supo ni qué decir. Se quedó matraquillando que namás saliera de allí, automático jallara un estanque o un bidón de agua, se espichaba dentro y se daba un baño como un palomo.

Llegaron a un cuarto oscuro, todavía más lleno de santos, velas y velones. Un fuerte olor a hierbas quemadas, una mesa con dos sillas una enfrente de la otra. Arriba de la mesa, un mantel. Arriba del mantel, una tableta de chocolate La Legalidad apoyada alante de una figura de yeso de san Miguel Arcángel. Dejó caer El Tiznado el fisco chazo de guitarra que le quedaba al pie de la pata de la mesa. La señorita prendió una vela de olor y la puso al centro del mantel. Mandó a El Tiznado a sentarse delante de ella moviendo un solo dedo y, namás se sentó, le arrimó la vela, más por jedor que por brujentería. Se fijó El Tiznado en la figura del arcángel: dos alas cumplidas, una espada en la mano y, debajo de la chola, un diablo: el ángel caído, Lucifer, Satanás, demonio malo, con la cabeza escachada abajo de la misma chola, a punto de perder la vida espichado en la espada del arcángel. ¿Quiere un fisco?, dijo la señorita partiendo la tableta. Bueno, si se ofrece, respondió El Tiznado tragando nudos, sin parar de mirar al Diablo; no sabía por qué, pero se identificaba más con el demonio que con el angelito. ¿Le gusta san Miguel?, dijo la vidente entregándole el fisco de chocolate, él nos protege en momentos malos, de energías malas, él es el líder de las fuerzas celestiales, es importante tenerlo cerca, y se arrimó la figura contra ella. Se llevó El Tiznado el fisco de chocolate a la lengua. Dejó que le quitara las amarguras de boca poco a poco. Gracias, dijo. A la orden, le respondió la mujer. Miró la vela, El Tiznado, mientras se le derretía el chocolate dándole calambrazos en las picadas de las muelas. Sabía él que no le

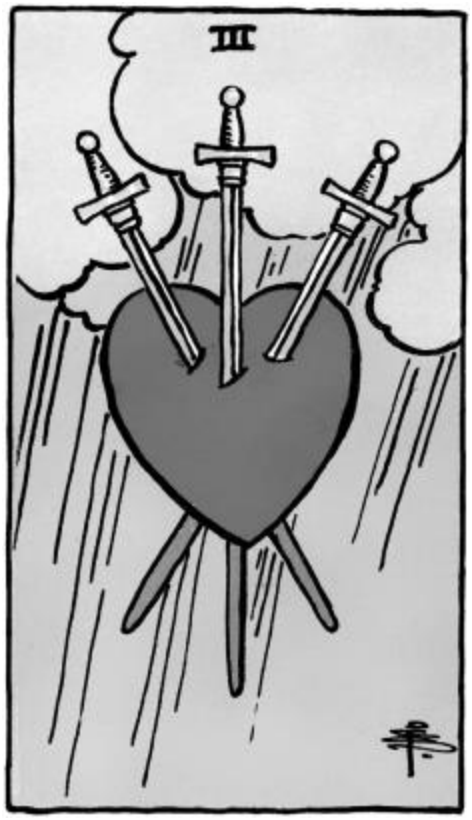
quedaba un diente sano, pero se daba siempre el lujo de chascar dulces. Se quedó así unos segundos: mirando nada, pensando nada, o capaz pensando en lo negro de las muelas, y de repente, lo entendió todo: ¡señorita!, chilló, parándose de la silla, ¿y a son de qué vino uno hasta acá arriba a quitarse los males y no está... aquella?, la que a mí me gusta cómo jace las brujerías, lo que jacen ustedes, que no es lo mismo uno que el otro pal aquello de los demonios, que los males son cosa seria, a-mi-go, y ya tiene uno una edad pa estarse con machanguerías, las cosas serias y el chocolate espeso, no, ¿cómo era el aquello?, las cosas claras... ¡Papi!, no se preocupe, no sea desconfiado, que la desconfianza es mal signo, mire, entre usté y yo, es la misma vaina, ¿oyó?, yo le hago el mismo resultado que Magalis. Nooo..., dijo El Tiznado, reculando patrás, pero no sea usté malpensada, no quiere uno dicir que aquello..., no está diciendo uno que usté no sea dispuestita, diestrita pa quitar los males y los poblemas de los demonios, no me está entendiendo usté, no me ponga usté palabras en boca de uno, no, sinos que uno venía con ideas de jallar a La Brujenta verdadera, la de la tele, y que no es por ser malagradecido, que de malagradecidos está el mundo lleno, pero más vale viejo conocido, ¿entiende?, aunque la otra sea más nueva, no sé si usté me entiende el aquello, sus, Dios me perdone, que no quiere uno ofender a nadien ni ser uno... ¡Déjese ayudar, bello!, dijo La Brujenta Chica, y El Tiznado fue a seguir con el revoltillo, pero no pudo. Nunca lo habían llamado bello y se quedó pasmado, por Dios, usté está flaquito, esconsumido, bello, a usté le pasa algo, yo eso lo veo en el momento, con mirarle los ojos me basta. Jum jum, carraspeó El Tiznado, y reconoció la verdad que traía en el pecho: sí, señorita, se puso más serio que una tusa, uno lo que se dice bien bien no está, pa qué le día a mentir. Cuénteme, papi lindo, cuénteme, ¿cómo puedo ayudarle?, era Tiznado, ¿verdad?, Abigail, para servirle, discúlpeme, que viene mucha gente con problemas por aquí. Sí, señorita, Tiznado, pa servirle a usté. Cuénteme qué le pasa, mi cielo. ¡Ah!, dijo El Tiznado, ya otra vuelta cabriado como un macho, ¿pero no le contó La Bru..., la maestra de usté no le dijo los poblemas míos? No le gustaba a él que lo engañaran como a un chico ruin, y había veces que era mejor leer la

cartilla a tiempo, sobre todo a las mujeres gobernosas: ¿no los tiene usté anotados, metidos por ai en alguna gavetilla?, donde guarden ustedes los males que. ¡Por aquí viene mucha gente!, escúcheme un momentito, párase un segundo, ¿me oyó?, que la cabeza le va más rápido que las patas, y tenía razón la cabrona Brujenta Chica. ¿Usté qué se siente, papi?, no atienda ahorita a lo que le dijo a Magalis, ¿sí?, cuénteme solo lo que usté se siente ahora, porque quién le dice a usté que no tiene unos males nuevos que agarró en todo este tiempo que pasó entre que le dijo a Magalis y vino a verme, ¿ah?, ¿quién le dijo?, ¿ah?, ¿quién? Se quedó El Tiznado recapacitando. Por inercia, se llevó la palma de la mano al pecho: uno tiene como un revoltillo ai metido, dijo, todo atropellado. Lo miró como seria La Brujenta Chica: muy bien, papi, ahora tenemos que ver de dónde le viene el revoltillo ese que usté me está diciendo, ¿ajá? Sacó ella una baraja de dentro de la gaveta de la mesa. Le voy a echar una tirada como pa aclarar la cabeza suya, dijo parándose del asiento, porque lo veo medio confundido. Tome, pásele la energía, hágale las preguntas que crea conveniente. Yo lo dejo solo, que tengo que ir a hacer pipí, pregúntele lo que sea, ¿sí?, que la baraja no juzga, y Abigail tampoco.

Salió la señorita por la puerta. Tenía El Tiznado las cartas en las manos y pensó en cómo le dolía el alma. No le daba mucha confianza La Brujenta Chica, no, ni fisco gracia que le estaba jaciendo, pero no estaba él tampoco en condiciones de andar mirando el diente a ningún caballo, ¿regalado?, ¡mis!, habría que ver a cómo le salía la bromita de la brujenta nueva, no le extrañaba a él que le sacara los ojos. Con aquel pensamiento, intentó aprovechar el asunto y pegó a contarle a la baraja lo máximo posible: sobre todo lo de Engracia y lo de La Alemana, ah, y también lo del perro negro del infierno y lo del niño chico con los dientes como agujas, y. Pero no, no le dio tiempo de acabar, porque pa decirlo todo completo se hubiese pegado desde los claros del día hasta la tardita alegando con las cartas, de todas las desgracias que le habían pasado, y ya escuchó él entonces el agua arrastrando los meados de La Brujenta Chica por la taza del baño y ya regresaba justo aquella gobernosa chancletiando por el pasillo, pidiéndole a El Tiznado que barajara

mesturándolas bien, las cartas, y que ¡chévere, papi!, que así es como se hace, y que le diera las cartas en las manos pa ver qué resultaba, quitándoselas ella misma antes de acabar la frase, con aquel jeito de manejosa.

Hay algunas que no voltean todas las cartas hasta el final, pero a mí me gusta ver el cuadro completo, ¿sí?, dijo La Brujenta Chica, y sacó cuatro cartas que colocó en posición de cruz a la luz de los velones, virándolas una por una: un corazón encarnado, con no una ni dos, sino tres espadas espichadas al centro; un demonio malo con dos cuernos como sarmientos que hicieron que a El Tiznado le latiera el corazón descoordinado; un viejo con tremenda manta esperancera, un quinqué prendido y una vara en la mano; un caballero de armadura negra, con bandera negra y negras plumas en el casco, amontado en un caballo blanco, blanco como la leche de tabaiba dulce. ¡Cruz, perro puto!, chilló El Tiznado, observando sobre todo los cuernos del Demonio, ¡sus sus sus!, mi niño, fuarte cosa fea. Miró directo a los ojos a La Brujenta, desagallado por saber de una vez qué diantres querían decir aquellas cartas. ¿Es algo muy aquello?, dijo El Tiznado con los ojos abiertos botados afuera, ¿muy ruin el destino mío? Oiga, mi amor, vamos suavecito, dijo La Brujenta Chica estrallándose los dedos uno por uno, todo a su tiempo, y al estrallarse el índice, arrastró la uña larga y encarnada hasta la primera carta:



Vea, bello, atrajo la vidente a El Tiznado abanando las uñas contra ella, vea la carta. Se asomó a jurioniar El Tiznado el estado de su alma. Sintió miedo: mirar padentro había sido siempre como alongarse arriba de un barranco que termina en riscos afilados en punta. Acá está lloviendo, ¿oyó? Puso la oreja El Tiznado. Usté está sufriendo, yo lo que veo es un sufrimiento fuerte, pero con tanta neblina que anda acá arriba metida, jum, La Brujenta Chica movió los dedos en círculos por arriba del corazón, con tanta brumacera, papi, usté no entiende, usté no alcanza a entender qué carajos es la vaina que le está pasando, ¿sabe lo que está pasando? Am, dijo El Tiznado yendo a hablar, pero la jodida La Brujenta Chica lo cortó en seco: atienda, ¿cómo decirlo pa que usté comprenda? Acá me sale que usté es una persona bien idealista, ¿sí? No me lo tome a malas, eso es algo bello que usté tiene, que es un soñador empedernido, ya lo sabe usté mismo, pero eso también lo pone en malas situaciones, ¿ajá? Am, volvió a abrir la boca El Tiznado para contestar, pero: ts, un momentito, ¿sí?, parando la mujer el dedo índice en el aire, con

aquella uña encarnada y gruesa como una pimienta. ¡Isús!, dijo El Tiznado cruzando los brazos, con la cara remachada patrás de la rabia, isús, ¡a esta mujer no se le puede dicir nada! ¡Papi!, déjeme acabar, ¿sí?: mire, la neblina que anda acá arriba metida, arriba del corazón, lo tiene a usté en un puro *revoltillo*, como usté le dice, y a eso se le suma que usté tiene tremendo corazón que lo quiere abarcar todo, ¿sí?

Sí, señorita, tiene uno mucho aquello, mucho abracamiento, y ya sabe usté el cuento: que quien mucho abraca, poco asunto..., y le gusta mucho a uno abracar... aquello..., no sé si usté comprende, es uno medio medio, menió la cabeza El Tiznado de un lado al otro apretando la bemba, medio enamoriscado, las cositas claras: desde uno menudito y.

¡Pero eso es lindo, mi amor! Usté tiene un corazón bien grande, mire el tamaño del corazón a razón de la carta. Se abrió como un acordeón La Brujenta Chica arriba del mantel, haciendo a su vez más menudito a El Tiznado. Es un corazón inmenso, dijo haciendo espavientos con las manos, y luego llevó los dedos al dibujo y trilló el corazón con los dedos hasta tres, seis, diez veces seguidas, como quien felicita el cumpleaños con pellizcones. ¡Siéntase orgulloso de su corazón, mi bello hermoso!, dijo La Brujenta elevando el volumen de aquella voz chillona. Se botó la mano a la teta izquierda, El Tiznado. Se sintió un corazón hinchado, como un pájaro enfermo que aparenta hermoso inflado, pero que debajo de las plumas estofadas esconde un cuerpo esconsumido de cangallo tísico. Tiene usté un corazón hermoso, un corazón que se enfrenta a las dificultades, ¿sí?, pero es un corazón herido, ¿me oyó?, que la está pasando mal. Se empinó entusiasmado parriba El Tiznado: cómo se lo diría, señorita querida, cómo se lo diría, privado por sentir que alguien lo comprendía después de tanto tiempo. Este corazón está en una situación bien arrecha, siguió la vidente, engrinchando una de aquellas cejas flacas como vergas, mire la neblina que se está metiendo acá arriba del corazón, ¡mírela, por Dios!

¡Sí!, señorita, ¡sí!, ya la ha visto más de una vez, pero yo la miro más veces si jace falta, porque otra cosa no tendrá uno, pero uno es bastante espabilado, y porque uno no estudió, porque si no.... Volvió

a mirar la neblina, El Tiznado: ¡cruz, perrete!, chilló asustado o fingiendo susto, igualito que en el barrio de uno, ¡que anda todo el día la nube negra metida!, ¿usté piensa que la brumacera del cielo le afecta a uno a la forma de ser?, usté que es medio estudiada, yo lo ha pensado más de dos y cinco veces.

No se me agobie por la neblina, papi, no se me agobie. Las espadas son la mente suya, el corazón, ya sabe, el corazón sabía desde hace rato que la situación que estaba viviendo no le hacía bien, pero ahora la cabeza le alcanzó al corazón con las espadas y esas heridas duelen. Pero escúcheme, papi: a la larga es mejor saber lo que a uno no le conviene, ¿me oyó? Asintió El Tiznado. ¿Cómo sabía tanto la cabrona La Brujenta Chica de los infiernos?, estaba atinando aquella mujer a ajeitar las cositas que traía él atrabancadas en los pensamientos. ¡Bello!, brincó El Tiznado en el asiento, ¿usté se da cuenta que cuando uno se mira la manito muy de cerca, dijo La Brujenta Chica estampurrándose la mano alante de los ojos, no puede uno ver que es una manito? En cambio, dijo parando las dos cejas a un tiempo, si uno se aleja bastante, separó la mano y la movió cambándola de canto en canto varias veces, ve uno clarito clarito y dice: ¡carajo!, pero si es una manito y todo este tiempo había pensado yo que era un perro y poco menos que estaba esperando que dijera ¡guau! Usté tiene que alejarse pa ver las cosas con perspectiva, ¿me oyó? Así es como tiene que ser la vaina. El propósito de las espadas es ayudarnos a ordenar los asuntos del corazón, ¿sí?, a tomar decisiones correctas y a ponerles nombre a las cosas, a encontrar la perspectiva, ¿ajá? Las espadas están acá espichadas en el centro del corazón, llevó la uña rápido a la punta de las espadas, lo que le están diciendo es que tiene usté que juntar la cabeza con el deseo, y en ese lugar, en esa unión, está todo lo que usté tiene que buscar. Usté quiere y debe ir directo al punto, déjese de rodeos, ¡carajo! El Tiznado se envalentonó. Le estaba gustando la forma en que le estaba hablando La Brujenta Chica. Siempre había valorado él a la gente que sabía echarle la bulla cuando meritaba, y ahora se sentía que meritaba bastante leña. Vea lo rojo, siguió la vidente, que es el corazón: la sangre del corazón nos habla de la herencia familiar. A usté los dolores del alma le

vienen de antiguo, de gente de la familia suya que también sufrió del corazón, ¿había problemas del corazón en la familia suya?, y con la misma le tapó la boca con un dedo. ¡Sus!, fue a aquellar El Tiznado, pero tuvo que recular con la misma. No importa, siguió ella, acá me dice que usté se tiene que cuidar el corazón y los sentimientos. Escúcheme, papi, las angustias son malas pa la sangre y pa la orina, ¿a usté le arden los orines?, oígame, papi, oígame bien lo que le digo: la sangre es la que dice, y el corazón le está diciendo cosas y usté no las puede escuchar de tanto bululú, de tanta bulla que tiene en esa cabeza metida, ¡¿me oyó?!

Sí es verdad que últimamente no tiene uno el asunto muy..., señorita, el asunto medio medio, medio cambado pabajo, que no se le... empina, con perdón de Dios, no quiere uno ser... grosero alantre de una mujer como usté, y también una quemazón en las partes, no le día a mentir: como una picazón metida en el pellejo y medio escolgajado que parece... ¡Pero estéseme tranquilito, papito!, ¿sí?, que pa eso estoy yo acá, pa aclararle la vista a usté, porque yo no sé si usté sabe, puso La Brujenta Chica la uña sobre del pico del corazón, que sobre todo a los machitos como usté les cuesta pedir ayuda, y en el mundo no estamos solos, ¿ah?, no se puede olvidar que hay gente que sabe leer lo que a uno le pasa, contactar con lo superior, decirnos qué tenemos que hacer para contentar los designios de lo divino, ¿sí?, y a eso vino usté acá, a que yo le presente la vaina más clara, ¿oyó?

Sí, señorita Brujenta, dijo El Tiznado más derechito que una vela.

¡Chévere, papi!, ahora vamos a ver qué más sabemos de lo que a usté le pasa.



Cambió la uña de carta, La Brujenta Chica.

Papi lindo, dijo preocupada, ¿usté está haciendo algo de lo que Dios no esté al tanto?, ¿algo a espaldas de Dios y de la ley de Dios?, ¿hay alguna cosa que usté esté haciendo que Dios no apruebe?, no sé, algún vicio que tenga usté, alguna mujer, algún cacho, si usté me comprende lo que le digo, porque acá me apareció esta carta, y esta carta, mi amor, ¿que tú estás haciendo que a Dios no le cae bien? Mire los amantes al canto abajo de la carta, véalos: ¡mi amor!, ni al mismo Diablo le gusta lo que están haciendo esos amantes.

Se llevó la mano izquierda a la vida, El Tiznado, y se sintió la tremenda pipa de aguacate que tenía por ombligo. Pensó en los puteríos y las querindangas, en par de hijos que le nacían a uno como las papas de risa, que salen fuera del surco y se gobiernan solas, par de hijos de risa que tendría regados por la isla y por el mundo, que no conocía ni tenía intención de conocer; pero no, eso no lo día a dicir, ¿estamos locos?, porque eso eran malos días que tiene uno, como cualquiera puede tener malos días. Pensó entonces

en la bebida y en el juego, eso era malo, pero vía gente y gente como él en el mundo. Era cierto que vía tomado la decisión de dejar el vicio aquel mismito día, pero podía él reconocer que era un problema que cargaba de viejo, porque no creía que La Brujenta Chica lo supiera, lo del vicio malo, eso sí lo podía decir. Había más cosas que Dios podía estar acechando: pensó en lo de prebar pinga, también, que últimamente había prebado bastante pinga, o verga, como le decía Tío Aurelio, y bastante sabrosa, aunque solo de pensar en eso se arripió completo; la verdad que se estaba pasando, más de la cuenta, tanto que él mismo se estaba asustando, pero no dijo nada de eso porque pensó que a veces consigue uno que las cosas no existan a base de cerrar el piquito, y creyó él que con el puterío de lo de La Alemana era más que suficiente. Le ayudó acordarse de cuando se confesaba con el cura y se callaba lo de que estaba enviciado todo el día jalándose la cuca parriba y pabajo. Pensaba él que ni a Dios ni al cura les iba a hacer ni fisco de gracia, así que no se lo contaba en el confesionario, y hasta entonces no le había pasado nada malo; ¿qué no te ha pasado nada malo, jodido?, ¡pa más cosas en gracia de Dios!, ¿qué más quieres?, ¿que venga Dios y te queme el jocico con un soplete?, ¿que te corte Dios en fisquitos a machetazos?, ah, cabrón, ¿qué más quieres? ¡Señorita!, chilló El Tiznado tan fuerte que le pegó un susto a La Brujenta Chica, tapó con las manos los cuernos de la cabra mala aquella y con la misma los destapó por respeto a la mujer. Se paró de pie, El Tiznado: ¡señorita!, siguió chillando para taparse la voz de la cabeza que no paraba de hablarle, yo estuve un tiempo ai más atrás osesionado, vuelto loco como una cabra, con una mujer de los infiernos, que yo ha pensado siempre si no sea mi mujer Engracia, o más bien La Alemana del diablo, esta mujer del demonio que yo le digo, si no sea la maldita La Alemana del sitio de donde arrancaron todos los males de uno. En verdad que tiene uno que reconocer que a ojos de Dios..., pos no está de buen ver que anduviera uno atrás de un penco alemán, pero esas son las cosas de la vida, no sé si usté me entiende, no sé si alguna vez estuvo usté atrás de algún chiquillo aparente, espero que usté y Dios lo comprendan a uno y no quieran darle fuego a mi destino, porque ya se siente uno bastante

como una mierda, hablando claro, se siente uno bastante mal y, ¿cómo no?, también tiene uno problemas con la bebida, no le día a dicir mentiras: tiene uno problemas de vicios.

Papi, dijo La Brujenta Chica, y se alongó ella con los dos brazos aposados sobre de la mesa, apagando con el jeito la vela de olor. El cuarto se puso oscurecido. Yo le voy a ser sincera, por lo que usté me cuenta...., yo veo aquí un problema de amarre que deriva lo más seguramente de esta mujer que usté me está narrando. La carta de El Diablo es bien arrecha, pero es importante, porque nos advierte de muchas cosas. Yo no soy como otras, que trabajan en lo oculto, yo le explico, papi, le explico bien clarito los símbolos pa que usté entienda la gravedad de esta vaina, ¿me oyó? Mire las cadenas de El Diablo, las cadenas le están advirtiendo: usté tiene vicios que lo tienen amarrado, pero un detallito, ¿ajá?: si se fija usté bien en la carta, vea, papi, vea, se fijó El Tiznado, la cadena no está tirante, eso quiere decir que todavía tiene chance de cambiar, ¿sí, mi bello? Vea ahora la luz de la antorcha prendida: al principio, El Diablo nos hace confundir lo bueno con lo malo, y esa luz que él tiene en su manito, esa lucecita ahí prendida, nos está hablando de nuestra misión de diferenciar lo positivo de lo negativo, ¿me oyó? Es momento de rectificar, Tiznado, era Tiznado, ¿verdad? Sí, dijo él con el rabo entre las patas, sí, señorita. Usté tiene esa misión: papi, distinguir bien, separar lo que le conviene, ¿ajá? Sí, repitió él. La Brujenta le estaba diciendo tantos revoltillos que se estaba sintiendo cada vez más agoniado. Bien, papi, vamos a seguir con las cartas, para ver qué más tienen que decirnos, pero ahorita ya le digo yo que esto es un problema de amarre.

Sí, respondió otra vuelta El Tiznado con temor de expresar las dudas que estaba moliendo. No solo era lo de prebar pinga, también se estaba callando que él mismo le había hecho un amarre a La Alemana hacía años: y no es la primera vez que me lo jallan, señorita, ese mismito problema que usté le está diciendo a uno, ya... ya me lo jalló más gente. Lo que está uno medio procupado es por la jartada de cosas que está diciendo: que usté le está sacando a uno hasta las casas del cabildo y no sabe uno si dispués atina a recordar tanta cosa y lo mestura todo.

Shh, se tapó las bembas la vidente, y señaló la siguiente carta.



Escúcheme, dijo regañando el viro de aquellos labios pintados con lápiz canelo; tenía las cejas y la boca medio desdibujadas ya, de tanto alegar, y aquello le hizo a El Tiznado recordarse de los machangos bembudos que Cathaysa pintaba de chiquita en las libretas de cuentas que él jallaba en la chatarra. ¡Ay, cónchale, pérate, papi!, se quedó en silencio jurgando la carta con los ojos, deme un momentito, ¿sí?

Aguantó un momento, El Tiznado, pero no mucho tampoco. Sus, dígame algo, por Dios, puso el cuello reteso como una gallina, ¿qué diantres tiene que aquellar tanto usté en esa carta el diablo?

Aguante un segundo, papi, que ya casi lo entendí, que hay veces que no es tan sencillo averiguar y ya le dije antes que la cabeza suya es muy apurada y eso no es buen signo, ¿me oyó?

Sí, sí, señorita, discúlpeme usté, que tiene uno una agonía metida

en la barriga que ni le cuento, namás que de puros nervios, siga usté alegando con los demonios y los santos lo que tenga que aquellar, que ya uno se pone un puntito en la boca, como le decía la madre de uno, que en padescanse...

¡Mire, papi!, esta carta le pide a uno echarle bola, enfrentar los problemas de frente, ser independiente y echarle ganas, con la ayudita de Dios, con él siempre presente, pero uno solo ante las cosas y no esperar siempre a que lo salven, ¿ajá? Se revolcó El Tiznado en el asiento y acabó cambándose hacia un lado. Aquí me dice, mi bello, que usté va a pagar esas deudas que lo tienen con la soga al cuello: las de dinero, pero también las deudas morales que le estaba intentando ocultar a Dios. Luego se viró hacia el otro lado. Escúcheme, ¿sí? Sí, señorita. Usté esto lo va a hacer por la cuenta suya, junto con el quinqué, mire el quinqué prendido de El Ermitaño. Se fijó El Tiznado con miedo en el fogonazo del farol. Usté, siguió La Brujenta, no está solo solo de verdad: la luz del farol es la luz divina que todos tenemos adentro. Nos la da Dios para acompañarnos, ¿oyó?, pero usté tiene que acompañarse a sí mismo, sobre todo cuando usté esté mal o hizo algo que Dios no le aprueba, usté se tiene que acompañar con la fuerza que usté trajo al mundo, la fuerza del bastón, que es la fuerza que cada uno trae dentro de sí por personalidad. Mire el bastón, mire la luz, mire lo que está pisando El Ermitaño, él está pisando la nieve, papi, acá abajo tiene usté una parte de sí mismo olvidada, congelada: la parte de acompañarse usté mismo solo, ¿me oyó?, porque usté se cree que le gusta estar solo, ¿ajá?

Sí, dijo El Tiznado, uno siempre ha sido mucho de mejor solo que malas compañas, señorita, y traspone uno pa donde sea solo. Si no tiene uno con quien dir a pescar, pos traspone uno solo porai pallá por esos mundos, y por eso lo de la chatarra y.

Ajá, papi, pero cuando se encuentra mal, usté se acuerda de los demás, y no, porque usté está malacostumbrado a que lo saquen de los problemas. Usté sabe lo que aquí le dicen que es estar a la papita suave, ¿verdad, papi?

Sí, señorita, dijo El Tiznado afrentado, sabe uno bastante, de toda la vida de Dios. Tío Aurelio le dicía a uno que uno estaba

arregostado a la papita suave, a lo bueno, uno sabe, señorita, y uno sabe que uno ha sido escabezado en esta vida, pero es que la mujer que le tocó a uno no es muy aquello, como uno quedría, no sé si usté comprende las vueltas y viras... Por eso traspuso uno, ¿no sé si le dijo la otra chica, que uno traspuso de la casa?, ¿cómo le dicen a ella?, ¿Malaguis?, ¿Malaguit?, disculpe usté, está uno medio mariado desde los claros del día, pero lo que le día a dicir: que ya está uno enfocado en eso, señorita, en dejar el trinqui y el puterío y las cosas que al Diablo le gustan, porque otra cosa no, señorita, pero cuando al Diablo le da por arrastralo a uno..., ¡muchacho!, bien le gustan a ese hombre los puteríos.

Sí, bello, pero pa eso es necesario agarrar los problemas de frente, echarle bola, esa es la parte que está en la nieve congelada. Esa es la parte que usté dejó congelar, eso hace El Ermitaño, y eso debe hacer usté, y el haber venido a dar conmigo, eso es la solución pa que usté, mi lindo bello, se encuentre mejor, ¿sí? Va por el buen camino. Ya va a ver usté que con lo que vamos a hacer ahorita se va a poner mejor. Tuvo un chuchazo de alegría, El Tiznado, y lo apuñó fuerte para que no se le marchara. Pero no se confíe, papi. Y con la misma se le fue volando por entre los bujeros de los dedos, porque El Mal siempre anda aprovechándose de uno, acechando, y no sabe uno cuándo le va a venir un daño, mal de ojo mismo, ¿sí?, que pueden ser bastante potentes, o de cualquier cosa, porque la gente tiene mala idea, ¿me oyó?, y más con todos los problemas que usté ya me trae arriba, usté está débil. Vamos a tener que trabajar bastante. Meses, casi años para sanarle todos esos daños que usté agarró. Gachó la cabeza El Tiznado. ¡Ah, no!, pero no se me ponga así, mi bello, que pa eso estamos acá, pa buscarle las soluciones al asunto. Empine la cabeza parriba, ¿sí?, vea, vea, bien, así se enfrenta mejor a las vainas.

Vamos a ver cómo continúa el destino suyo, ¿sí?



¡Pero qué arrechera!, dijo La Brujenta empujando la siguiente carta con tremendo susto arriba. Miró El Tiznado la carta y pensó lo mismo: mal, cambada, bastante peluda estaba la cosa, compadre Tiznado. La Muerte, dijo La Brujenta Chica pasando la uña por la parte baja de la carta con cierta sobajentería.

Ah, no, dijo El Tiznado, engrifado completo, eso sí que no, señorita, a uno la muerte ni nombrala, ¿oístes? ¡Desde menudito siempre ha tenido miedo a eso!, ¿espicharla uno?, ¿solito en alma?, ¡ja!, ¿solito en alma y pena?, mis, hizo El Tiznado el corte de mangas pero sin sacar el dedo, eso hay que verse, amigo, hay que verse, morirse es fácil, pero ¿y dispués?, ¿dispués qué?, dispués te lo cargas al hombro y nadien que venga al velorio de uno, o que se caiga uno pa la mar y se lo coman los pejes... Tampoco le día a mentir, señorita animera, ¡cruz, animera!, hacía tiempo y tiempo que no sentía dicir esa palabra, sus, las cosas que tiene uno, pos sí, señorita, que le da afrenta a uno dicilo porque Dios castiga esas cosas malas, bajó la voz El Tiznado como contando un secreto: ha

pensado uno veces en..., ¡zas!, se sajó la garganta El Tiznado pasándose el dedo gordo rente al gaznate, no le día a dicir las palabras esaitas porque es pecado, ¡cruz, perro puto!, se presinó El Tiznado; la madre de uno, que en padescanse, dicía a cada rato que desta vida llevarás algo bueno si comistes, las buenas obras que hicistes. Un momentito, papi. La mortaja y nada más, sus, dijo El Tiznado, sorprendido de haber dicho aquello tan derechito palante, sus sus, de verdad que uno tiene jeito pa los cuentos.

Vamos a ver, papi, yo lo veo a usté muy asustado, pero acá las cartas no siempre dicen lo que parece, hay que mirar bien la cartita pa comprenderla, y sobre todo hay que entenderla en el conjunto, ¿ajá?: la carta es la muerte, sí, pero hay muchas muertes posibles, ¿me oyó? Está la muerte-muerte y está la muerte en vida y, perdone que le cuente, bello, pero acá me está diciendo que la muerte que me aparece en la cartita es otra muerte diferente que la que usté cree: la muerte acá es la muerte en vida ¿sí?, el renacer, el morir metafórico para resucitar, para reaparecer uno en la mejor versión posible. Ya la carta de El Diablo, señaló esa carta la vidente, nos advirtió de agarrar el buen camino, papi: El Ermitaño es el camino, arrimó entonces el dedo al farol del viejo, que nos decía de enfrentar los problemas de frente, con ganas, papi. Acá el caballero de la muerte está arriba de un caballo blanco. Mire al caballero. Él se dirige a la resurrección propia, pero no de cualquier manera, ¿oyó?, él va con ganas, pone empeño, maneja el caballo: esa es la fuerza que le da el bastón de El Ermitaño. El caballo blanco de la carta de La Muerte es esa energía que usté perdió, aquella alegría de juventud, esa vida, mi amor, esa vitalidad que usté me va a recuperar con los trabajitos que vamos a hacer, que ya estamos haciendo, ¿sí? Vea el blanco y el negro de la carta, Tiznado, vea. Asintió El Tiznado con los ojos como chopas, otra vez lo bueno y lo malo. El blanco, mi vida, siguió la bruja, ese color blanco del caballo es el que usté quiere buscar. A partir de ahora va a ser su misión en el día a día diferenciar los símbolos que le pone la vida adelante: me va a tener que distinguir el blanco del negro, ¿me oyó? Mire el rey muerto en el suelo, mire los niños rogando, el obispo suplicándole a La Muerte, vea, vea, ellos son menos que La Muerte. Este proceso

que usté está viviendo, esta resurrección en vida, es superior a cualquier cosa, ¿sí? ¡Vea!, La Brujenta Chica señaló el resplandor de los claros del día que salía allá, al final de la carta, vea la luz, el nuevo amanecer, Tiznado bello; allá es que va a ir usté ahorita, a la puerta de El Cielo, ¿me oyó? Se puede estar muerto mucho mucho tiempo antes de morir, ¿sí?, usté lo sabe por experiencia, sé que usté lo sabe y que ha sufrido mucho, ¿sí?, mi pobrecito bello. Lloró El Tiznado despacio. ¿Y cómo no? Allá en El Cielo también se puede seguir viviendo mucho tiempo después de haber perecido, ¿sí? La vida no es lo que a uno le pintan, ¿ajá?, así como de color de rosa, con todos los colorcitos así de linda, no, papá, y usté lleva mucho tiempo sintiéndose muerto por dentro, ¿ajá?, pero eso se acabó a partir de hoy, del día de hoy para adelante, ¿me oyó?, ya no más, no, mi amor, no más, porque vea: ¡vea la puerta celestial!, de nuevo presionó la uña encarnada contra las puertas de la ciudad eterna, vea, vea, ¡la muerte y el cambio son ahora!, ¡no en un ratito!, ¡no después!, ¡no mañana!: ¡ahorita! ¿me oyó, papi?, ¡ahora!, y lloró y lloró El Tiznado en una pura barranquera. Se sonó los mocos en la ropa y se levantó del asiento, abrazó a La Brujenta Chica: gracias, gracias, dijo como en el aire, Dios la guarde y la bendiga, gracias, gracias, señorita Brujenta. Ya, ya fue, dijo la mujer como en un susurro forzado, dándole trancacitos en la espalda a El Tiznado porque se quedó traspuesto. Vuelva a su puesto, mi amor, que todavía no hemos hablado de los trabajitos que usté me tiene que hacer, ¿sí? Ya yo le dije que Abigail ayuda y no juzga, ya yo le avisé de los poderes míos y usté no quiso escuchar, pero ahora veo que entendió, ¿ajá? Bien, está bien, mi amor. Se secó él las lágrimas en los brazos. Vamos por tramos, papi: lo que usté me va a hacer, primero, es protegerse de que no le entren más daños de los que ya me trae arriba, porque la verdad es que usté ya tiene bastantes vainas y no queremos más, ¿entendió? Sí, dijo El Tiznado jalándose el moquerío. Para eso usté va a tener que escupirse sobre los orines recientes o sobre el zapato del pie derecho y también sobre los pelos que se le caigan al peinarse, pero antes de que toquen el piso. ¡Pero, señorita!, dijo El Tiznado jalándose las cuatro clinejas que le quedaban en la cabeza. ¡Shh!, bien, bello, ahora, la parte

importante: usté se me va a bañar en el mar a partir de ahora, durante dos meses, todas las semanas, un día por semana, que no sea ni jueves ni sábado porque son los días sagrados: me sirve la playa, un charco, lo que sea, pero tiene que ser caminando para atrás, ¿sí?, muy importante caminando para atrás y cumplir todas las semanas sin falta. Una vez dentro, va agarrar agüita con las manitos y se la va a botar por la espaldita siete veces por cada día de la semana, ¿oyó? Seguidito de eso, se me va a presinar siete veces seguidas lo más rápido que alcance. Ay, Señor, dijo El Tiznado, yo ya no me recuerdo ni de la misa la mitad. Un momentito, mi bello, no se preocupe que yo le dejo todo por escrito. Luego, pa la parte de los males de amor que usté me trae, porque eso es lo más feo que le veo, se me va a sumergir otra vez, pero apenitas hasta la altura de la cintura, ¿ajá?, que le quede la palomita suya dentro del agua y más nada, ¿sí? Bien, con el agüita a la altura de la cintura, usté se me va a colocar una manito en la cabeza y me va a decir con voz de mando: *yo te expulso, demonio, negras maldiciones y ánima arrimada, que sea expulsada y tirada de la mar cuajada*, y así, como bien arrecho, me va a hacer el gesto de sacarse el amarre de la cabeza y botarlo pa la mar. La manito tiene que salir de la cabeza porque los síntomas del amarre se manifiestan más que nada en la cabecita de uno: sobre todo derivado con los dolores de cabeza, falta de sueño y demás vainas, ¿ajá?, y después se me va a presinar entre diez y veinte veces de media, ¿me oyó?

¡Pero, mujer del diablo!, dijo El Tiznado, agoniado ya de tanto gobierno, siempre se arrimaba él a mujeres gobernosas, pero ya no aguantaba más ninguna: ¿cómo es posible que yo llegara a tanto atropello? Un momentito, papi, aguante un pelo, que le falta la otra parte, ahorita me dice qué fue lo que no comprendió. Se puso serio como una tusa, El Tiznado, pensó que le gustaban los manejos, en el fondo, porque había veces que él mismo no sabía bien ni cómo manejarse. Papi, usté tiene cara de que le gusta pescar. Se quedó sorprendido con lo atinada que era La Brujenta Chica de los infiernos, más atinada incluso que La Brujenta Madre. Pos sí, uno es de pescar, garra uno jureles como trancas, hasta a veces se queda uno sorprendido de los troncos pejes que coge; es que a uno le

dicen bueno pa todo, pero más que nada pa la pesca, siempre ha sido uno de garrar las cañas y la cubeta y trasponer porí pallá por esos mundos solo o con el tío de uno, que también es bastante de pescar, Tío Aurelio, le dicen, pero uno le dice pa, porque, ¿eso?, eso ha sido siempre como un padre pa uno, porque, no sé si a usté le dijeron, susurró El Tiznado, la gente de porai derriba, y señaló pal cielo varias veces, que el padre de uno se mandó a mudar, como quien dice, bueno, se quitó la vida, se mandó un fogonazo en la cabeza en Caracas y adiós-que-te-fuistes; él había traspuesto pa Venenzuela a trabajar, pero era medio gandul y le mandaban sus buenas majadas de palos por no mover una paja el suelo..., pos entre vueltas y viras que no volvió más y se echó mujer y todo y tuvo más de siete hijos, que dispués más tarde uno de ellos fue el que me escribió la carta pa dicime que mi padre se había quitado la vida, de un tiro; vete tú a saber los demonios que traía metidos en la cabeza, el pobrecito. Miguel, se llamaba el medio hermano mío que me mandó la carta, y por eso a veces se le mete a uno miedo de que le dé por la misma vaina de matarse, no sé si usté comprende; no se regañe usté, no dice uno que día a aquellar la misma historia, pero como antes dijo: *la sangre es la que dice*, pos veces tiene uno que jacer esfuerzos pa que la sangre no diga de tal palo tal estilla, ¿oístes? Bueno, papi, dijo La Brujenta Chica, cansada ya, atienda, vamos a retomar el asunto: usté me tiene que traer un pescado bello y grande, no me vale solo grande, también tiene que ser bello. ¡Coñuós, no sabe el destino ni nada!, se sorprendió El Tiznado. No vale que lo agarre otro, siguió ella, tiene que ser de las manos suyas. ¡Nooo!, usté no se procupe, señorita Brujenta, jajá, le dieron risa a El Tiznado las ocurrencias de la mujer, ¿que lo garre otro?, jejé, ni que fuera uno afeminado, jajá, ¡que por eso no hay poblema!, ¿cómo lo quiere?, ¿uno bello y grande ande o no ande?, pos una vieja roja tendrá que ser: la vieja roja es bonita, pero pa grande..., ¿pa grande y bueno?, el mero, ya lo dice el cuento: de la tierra, el mero, y de la mar, el, no, ¡sus!, era al revés del asunto: de la mar, el mero, y de la tierra, el cordero, ansina sí es como es, pero no es fácil garrar un mero, ¡ja!, no, señorita bruja, eso pueden llegar

a pesar hasta veinte y treinta kilos, usté dirá lo que Dios quiere que le traiga.

No, mi amor, la ofrenda tiene que ser esa, a mí me viene eso y solo eso es lo que le digo: uno bello y grande, y, lo más importante, me lo tiene que traer usté, ¡ah!, y preparar la alcancía pa la próxima vez, ir juntando plata porque esto se va arreglando por tramos, ¿ajá? Atienda bien a lo que le estoy diciendo: a medida que avanza, es más difícil el trabajo mío y sube el precio, ¿oyó? Usté es creyente, ¿verdad, papi?, a mí lo que me parece es que usté es devoto de la Virgen de Candelaria, ¿o me equivoco? Resopló El Tiznado, se paró de la silla para volverse a sentar con la misma. ¿Qué diantres de magia era aquella? ¿Cómo el diablo de La Brujenta aquellaba pa averiguar tantas cosas, muchacho? Ajam, asintió El Tiznado sin poder pernunciar, y era raro eso en él, porque siempre tenía cosas que decir. Mi bello, usté sabe perfecto cómo funciona una promesa, ¿verdad? Ujum, asintió El Tiznado, aún con el temor metido de la fuerza de los espiritismos. Chévere, papi, pues lo mismo que usté regresa a la Virgen de Candelaria pa que la promesa le dé resultado, usté tiene que regresar a mí. ¿Alguna pregunta? El Tiznado se quedó callado. Estaba tan contento de tener todos aquellos remedios que no podía alegar. Al mismo tiempo, tenía una sensación de angustia espichada en el gañote porque era él medio escabezado. Le daba miedo de dejar de hacer lo que tenía que hacer a mitad del asunto. Le pasaba mucho eso: que no era capaz de terminar las cosas que se proponía. Se sentía en el fondo medio de belecas, medio canchanchán, pero no fue capaz de decirlo, porque era la verdad más oscura que siempre había querido esconderle a la gente. Sí, señorita, dijo con la boca remachada de fingir que estaba conforme, a juro le traigo el pescado, y se besó los dedos en cruz. Papi, usté hace todo lo que yo le digo, le dijo La Brujenta Chica dándole un papel con los rezados, y se me regresa con la ofrenda en dos mesitos, ¿me oyó?

Le dio El Tiznado a La Brujenta Chica todo el dinero que traía arriba. Le dio incluso más del que marcaba la ley en señal de agradecimiento, porque el trabajo bien hecho, compadre, eso hay que valoralo, que aquellar brujerías no era cosa fácil. Cruzó el pasillo

alegre, pero llegó a la altura de la puerta desamparado, como dañado en el corazón por la parte del medio. Hasta más vernos, le dijo El Tiznado a La Brujenta Chica. Bendiciones, le respondió ella, y jaló él la puerta sin mediar más palabra. No se esperaba él trasponer con aquella tristeza enyugada después de la fuerza que le había dado saber, por lo menos, que los daños que traía arriba tenían remedio.

Pegó a caminar. Escuchó una aguililla chillando. Se acordó de Cathaysa, la viva imagen de la hija se le trabó en el pico de la frente. Lloró, las lágrimas le corrieron, de nuevo, como jabas por los cachetes hasta llegarle a la altura de las cadenas abiertas. Tuvo la sensación de ser un desgraciado, un auténtico botarate, una afrenta de persona que más meritaba no haber venido a este mundo. Pensó, ahora sí, con la cabeza en frío, que se sentía incapaz de sacar palante todos aquellos revoltillos que le pedía La Brujenta Chica. Podía aquellarlos una o dos veces, pero no más de dos, y no entendía él por qué diantres le pasaba aquella mierdería desde menudo. ¿Por qué, Señor?, ¿qué prueba del diablo es esta?, ¿qué quieres enseñarle a uno con tanta amargadera metida? Shh, abájame el labio, cabrón, le dijo la voz de la cabeza, que lo tienes muy subido, ¿no te enterastes entodavía de que uno es libre como un capirote que anda volando y chiflando por los cielos? Ajá, le respondió El Tiznado, compadre, parece que sos nuevo, siempre ha sido uno de gobernarse solo, siempre hemos sido nosotros de gobernalos por la cuenta proooopia, compadre, aunque los gobiernos ajenos sean sin malicia ninguna, no es uno de gachar la cabeza y mamar; ¡ah no!, chilló El Tiznado, bebiéndose las lágrimas, ¡pa gobernarme ya está mi madre, que padescanse!, y Dios, y, antes que todo, uno mismo, con perdón de Dios y de la Virgen de Dios. Se atracó orgulloso la liga del pantalón, se apalpó los bolsillos. Pensó en pedir prestadas cuatro perras chicas para llamar a cas Aurelio, para quitarse la amargura aquella de averiguar cómo andaba Cathaysa, si estaba bien, si tenía buen color. Caminó y caminó, pero no logró jallar la jodida cabina. Esgarró saliva con pintitas de sangre. Ya la sorimba, el malestar, pegó a majarle los huesos de duro y todo se le viraba, le daba vueltas. No podía aguantar él mucho tiempo aquel

dolor del pecho metido, aquel tenique rodando que todo lo escachaba. Tenía siempre la urgencia de alejarse lo más rápido que pudiera del desconsuelo, pues era su amargura capaz de chascárselo por las patas hasta desaparecerlo, incluido el espinazo. Necesitaba urgente fiar un vaso de vino y un cigarro, o dos vasos de vino y dos cigarros, y los necesitaba horita, ¡¿qué horita?!, ya mismo, ya mismito, por favor. Pensó que podía ser la última vez que le mandara a la bebedera antes de pegar la nueva vida. Sí, aquello era una fiesta, ¿cómo no, compadre?, una fiestita consigo mismo, un adiós, un tenderete, la despedida de El Tiznado de ayer y de antier, como había dicho La Brujenta Chica, que ya le tocaba a él comer pan de hoy y no del viejo.

Pasó un día, dos, una semana, un mes, tres, dos horas. Ya el tenderete se le había desmadrado por completo. Le volvieron los ardores en la boca del estómago, las provocaciones, y aquel churrillo apestoso y amarillento que le hacía cagarse por todas las esquinas como los abobitos. Se asustó él de verse aquella bosta escolorida, pensó que tendría que ser algo relacionado con los daños brujentos. El aire de finales de primavera se había vuelto un auténtico fogaje de calor, y hacía tiempo y tiempo que no llovía en el Sur. Ya se habían caído las hojas de la tabaiba dulce y empezaban a apagarse las flores amarillas de la aulaga. Como los forasteros de las películas, entró El Tiznado en aquel pueblo buscando el alivio de la brisa salada en las narices. Avanzó por el terrerío de calles sin empichar, fue contando las casas de colores hasta alcanzar el muelle chico. Entró en la playa más molido que un zurrón. Agoniado completo, con el jaca jaca de respiración rejervida. La lengua blanca, las flemas en la parte atrás de la boca, un gusto a bichos carreteros escachados por dentro los dientes. Los dientes botos, como de haber estado comiendo cirgüelas verdes una semana sin descanso. ¡Pir!, chillaban los chorlitejos en la orilla, ¡pir pir pir! Miró alrededor: no había más nadie, namás que solo él. El Tiznado y la voz de su compaña, que era una radio prendida que no terminaba de escoger emisora. Al friaje de los callados, de la arena negra, se fue dejando caer: ¿si fuera por uno?, se dijo. La espalda la colocó rente al suelo y luego la cabeza y después los pensamientos, y permitió que le penetrara aquel vacío del sueño arrullado por el vaneo de la mar: si fuera por uno, siguió dando una voltereta hacia dentro que le abrió paso al dormir, estaría uno todo el día pescando viejitas, tas-tas.

Durmió quince, puede que veinte minutos.

Perdió el tino del tiempo.

Sintió los párpados encendérsele en llamaradas.

Se llevó los dedos a la frente, empujándosela. Abrió los ojos con la cara inflamada, los churretes de sudor cayéndole por las patillas. Se paró del sitio mariado como un perro, derechito a espicharse en el agua, pero antes: ¡me cago en las sandalias de Cristo!, zapatió, y con temor agachó la cabeza y pidió disculpas a Dios, Señor, perdóneme, no me lo tenga en cuenta. Se echó la mano al bolsillo. Sacó un papel engurruñado y pegó a leerlo despacito con los ojos alargados y chiquitos como hebras de hilo. ¡Ts, cabrón!, se viró patrás El Tiznado: rebujones de tierra se apagaban y encendían en las calles más lejanas del pueblo, ts, ¡mariscón!, ignoró El Tiznado, y volvió a intentar entender lo que estaba leyendo: *Yote-ec-pul-so-de-de-mo-nio-ne-gras-mal-di-cio-cio-nes-y*. ¡Maestro!, pero la cabeza de El Tiznado: ¿qué quieres, matraquilloso mierda?; ah, con *maestro* sí contestas, bandido, echantón, namás que si te adulo, gandul, que eres un gandul y un echantón; que sí, muchacho, dijo El Tiznado, o el que El Tiznado pensaba que era el verdadero Tiznado, porque ya no estaba seguro él de quién era el uno y quién era el otro y quién era Dios, ¿y tú qué te piensas, estar namás que a expensas del puto chucu-chucu de La Brujenta del carajo?, siguió aquella voz majadera, ¿ahora vas a estar con esa traquina cada vez que quieras mojarte un fisco la cabeza, muchacho? Jum, apretó El Tiznado el papel dentro del puño. Atendió a la musiquita de la mar, tragó nudos a falta de agua o vino; no, vino ya no, compadre, eso sí que no, presinándose por la barbilla. Sí, maestro, no iba a estar él con tanta historia pa un fisco un chuzo que se iba a mandar uno de cuando en cuando, ya vendría el día, ya aquellaría los revoltillos de las rezaderas más palantre en el tiempo, y si no es mañana, pos será pasado, y si no es pasado, pos será pal otro, pero no va a dejar uno de comer por haber comido, nooo, jajá. Se acercó a la orilla, El Tiznado. Tenía los ojos medio embrumados, como empegostados de sueño, ¿llenos de langañas? Se los estregó. Las olas llevaban y traían la mar, pero él no alcanzaba a enfocar bien la orilla. En uno de aquellos vaneos, algo quedó espichado en la arena.

Se alongó, El Tiznado.

¿Qué era eso que brillaba como una luna en flor?

Apretuñó los ojos para hacerlos funcionar y, ¡pas!, un bucio vacío, sin nada dentro, seco, lijado y blanco, cortado ya por la altura del culo apenas al tamaño del jocico. Lo garró, se lo llevó derechito a la boca. Sacó un fisquito la bemba de abajo, apretuñó los labios retesos en forma de verija. Hizo fuerzas con los músculos de la quejada y empinó el cogote. Lo sonó. Sonó: BUUUU, con una potencia parecida a la de un bufadero. Un pitazo de guagua que levantó una ventolera fría y cortante que caminó por las calles del pueblo arrastrando aquel polvillo fino en todas direcciones. Vibraron las puertas, las casas, las ventanas. Un olor a lapas asadas, un temblor. Un guincho se botó en forma de flecha sobre la mar lisa. Las nubes avanzaron dando guinadas, como los coches. Relinchó algo más atrás de los riscos de piedra negra. Algo, pensó El Tiznado, porque no está uno muy cierto si eso que anda chillando es caballo o animal vestido; visto lo visto, no sabe uno cuando se va a encontrar un macho cabrío con tacones y blusa floriada, como los cuin de Las Palmas, amigo, ¡poco bonito!, a mí me gusta velos en la tele por los carnavales. Ijijí, relinchó de nuevo la bestia. Buscó El Tiznado con susto. No le hizo falta jallarlo, porque vino solo. Lento y pesado desde el final del pueblo: blanco, más blanco que el bucio, blancas las patas y el lomo y las crines, cabalgando, trotando, patuñando la arena hasta la altura de la orilla, ijijijíií, los relinchos como un terremoto que levantaban el mundo y la mar y la isla. No sabía si era cierto o inventado, pero era un caballo hermoso y blanco como el mar de nubes.

¡Viva la vida!, chilló El Tiznado, pobrecitos los guanchitos, pensó, y se mojó la boca con la lengua carraspuda casi seca. Besó el culo del bucio. Volvió a sonarlo con toda la fuerza que cargaba su alma: BUUU

Luego se desbocó, trastornado contra las olas.

A la de tres, se lanzó a la mar como un auténtico pato.

Ijijijjíííí, estaba diciendo, ¡socorro!, ¡auxilio!, ¡que alguien me ayude! El Tiznado se botó las manos a la cabeza, se jaló los cuatro pelos destrabados. ¿Y qué jace uno ahora, Señor mío? Él, que se defendía nadando pero que tampoco era pa botar camarotes, salió corriendo hacia la mar, ¡Cathaysa!, pensó, ¡Lucero!, chilló, ¡Lucerito!, ay, Dios mío, era el mismísimo Lucerito, el caballito que Cathaysa le pedía a gritos de menuda. Chilló entonces: ¡María Cathaysa, yo te lo agarro!, y empezó a llorar, a llorar como un niño chico, y, sin ver nada en absoluto, se botó a la mar con la ropa puesta. Brazadas y brazadas, llegó hasta la altura del caballo. El animal se estaba ahogando: subía y bajaba, bajaba y subía a flote sin ponerse quieto, como si Dios le estuviera haciendo una aguadura. Dio trompadas al agua. Se hundió y salió a flote él también. Debajo del agua, lo abrazó. Se abrazaron. Zarzaliaron el uno contra el otro, se aruñaron sin tener los caballos uñas, se jalaron los pelos sin tener El Tiznado casi pelos. Con penas logró apretuñar al caballo hasta calmarlo. Los dos flotaron abrazados el uno del otro, esmagados del esfuerzo, por largos minutos. Las olas los arrastraron hasta la orilla, como boyas viejas. Quedaron tendidos en la arena. Descansaron, respirando al compás, en una paz de hueso blanco de choco abandonado.

Posó El Tiznado la mano curvada sobre del lomo del caballo. ¡Muchacho!, pensó, este caballo está reliso. Se dejó dormir. El pulso dulcito, aquel largo resuello. Una o dos horas, sin descanso, mientras de las cabezas les cantaban pájaros y moscas. Aparecían y desaparecían cumplidos tizones de cuello azul que les recorrían el cuerpo, les mordían las uñas y los padrastros.

El Tiznado despertó sin abrir los ojos. Acarició, de nuevo, el lomo del animal tendido. Algo le resultó extraño. Le buscó la cabeza con las manos, pero era demasiado chiquita, le recorrió el cuello, de nuevo, el lomo, el vientre, una pata en jarra, la barriga surcada por

estrías perfectas. Pensó El Tiznado que el caballo se había esconsumido por el sol como se esconsumía la mar salada en los charcos. ¿Qué diantres era eso? Era muy chiquito y tieso para ser un caballo. Capaz un gato duro como un risco, envenenado, como se quedan así yertos cuando los envenenan. O un perro chico, una rata grande. Abrió los ojos. Vio el bote blanco con un trozo de papel descompuesto que todavía dejaba leer: ÁGUA SANITÁRIA ALVEJA DESINFETA ELIMINA BACTÉRIAS. Paró la mirada y jalló la mar: una espuma canela alzaba un tremendo cardumen. Parecía de lisas o de bogas platiadas, pero no era de pejes, sino de plásticos.

Salió corriendo, El Tiznado. Con cierta afrenta en el pecho, pero también con un orgullo piquento de que nadie más podía entender lo que le estaba pasando. Atravesó las maretas de agua empozada que se formaban en la parte alta de la playa. Dentro de las maretas había sacos de chochos. Los dejaban las vecinas para endulzarlos, para quitarles el fuerte amargor. Dejó atrás los caminos de tierra bordeados de tarajales pintados en sal. Atravesó la plaza, la iglesia, el camino principal del pueblo. Dos mujeres pelaban papas por fuera de la casa en sillas plásticas, botando las cáscaras en periódicos de antier. Al verlo así, corriendo trastornado, abrieron los ojos, se presinaron a un mismo tiempo y chillaron con la boca chica: Isúúús, María y José. Continuó El Tiznado por la veredita de casas comidas por la salitre. Bien trabajaba aquella gente en mantener las casas limpias, pero la mar se las chascaba desde afuera hacia adentro. Los había quienes en vez de cal les ponían azulejos por fuera, pero estaba ya el suelo lleno de pedazos partidos de las tremendas marejadas. Avanzaba sintiendo los estrallazos de los azulejos debajo de las lonas, virando la cabeza como desconfiado. De las esquinas de las casas salieron los perros del pueblo. Con un dolor clavado en las plantas de los pies, recorrió los caminos de piedras minados de tarajales, pájaros camineros, siemprevivas y cerrajas de mar en flor, niñas y niños jugaban en los viros de los caminos con carros hechos de latas de sardinas empujados por palos de caña. Todos, incluidas las flores y las piedras, se espantaban de verlo. Atrás de él todo se movía: ladraban los perros, brincaban los cigarrones, hacían el amor los sanantones juntando los culos. Se paró de repente en seco, El

Tiznado. Agarró un ramito de siemprevivas violadas de una orilla cualquiera. Se lo metió en el bolsillo de la camisa. ¡Fuarte cosa bonita!, mira parai, qué hermosura: estaban de presumidas las flores anaranjadas de las penqueras. Se mostraban ya, abundantes y verdes, los primeros higos picos que las vecinas cogerían para mediados de verano. El Tiznado se viró contra la mar, admiró el pueblo de La Potra. Bien le gustaba a ese hombre La Potra: era como estar en el Oeste, pero todavía más bonito.

Atravesó las últimas filas de casas hasta llegar a la altura del barranco. Allí los perros se esperdigaron por el cañaveral y se perdieron los ladridos. Caminó el último tramo de carretera de tierra. Allá arriba, somieres ferrusquentos y lavadoras enfondadas. Allá arriba, tomateras salvajes y algunos pies de millo y una chapa verde de madera en la reja de una puerta, que estaba hecha de más somieres y llevaba escrito con pintura: YO AMO A LOS QUE ME AMAN, Y ME HALLAN LOS QUE TEMPRANO ME BUSCAN. Desamarró la soga que trababa las dos puertas hechas de chatarra. Las volvió a amarrar con cuidado. Pasó con miedo por al lado del bardino encadenado a un palo que había al lado de una carretilla con la rueda picada. El perro ni se inmutó. Animalito del Señor, pensó El Tiznado. Afuera de la reja quedaba brillando, por el calor, un Golf rojo con los cristales de atrás estallados y agarrados con un fisco de cinta americana.

Tocó la puerta, El Tiznado. Se ajeitó el cuello de la camisa, juntándose los dos lados como si llevara una corbata.

Apenas sonó el escorrozo, se abrió la puerta.

Desde la casa, la imagen era la siguiente: un hombre encachazado, con flores en la camisa, un chazo de guitarra en una mano y un bote de lejía esvacio en la otra. Primero se quedó medio extrañado, el hombre de la casa, que estaba bien puesto, con el pelo repeinado patrás y un pantalón de vestir, pero sin camisa. Después se le iluminó la cara. ¡Oh, muchacho!, ¡por Dios!, dichosos, dijo casi llorando de alegría, dichosos los ojos, Tiznado del alma, Dios te guarde y te bendiga. Era una persona chiquita, con la cabeza chiquita como un puño, El Puño, le decían, pero el nombre de él era Marino, Marino El Puño, de la familia de Los Puños Chicos, pescadores del Sur de toda la vida.

Se abrazaron con fuerza y se dieron cuatro trancazos de mano abierta por las espaldas. El Tiznado, sin soltar las cosas que traía arriba.

Menos mal que vine a dar contigo, dijo El Tiznado con los ojos botados afuera, todavía traspuesto por lo del caballo blanco, ¿no tendrás un fisco un jarro di agua pa matar las securas de boca?

¿Cómo no, compadre?, dijo Marino asustado, ¿qué fue lo que te pasó, muchacho?, ¿pa dónde vas ansina de esa manera?

El Tiznado echó los párpados lo más atrás que pudo, se quedó mirando al amigo con las pupilas agrandadas, quiso responder, pero no le daba el tino.

Entra padentro, hombre, le dijo Marino abriendo la puerta de par en par y empujándolo suavito por los hombros, ¿ónde irás con ese bote lejía, loquinario el diablo?

Ehhh, dijo El Tiznado atravesando la entrada de la casa, rascándose el pecho peludo y cada día más canento con la misma mano que apretaba la botella, eso es pa coger un fisco carnada.

¿Tú estás loco?, le dijo Marino, ¿y cómo cabe eso ai?, si eso no entra ni pol gollete, tendrás que cortala pa que te quepa, digo yo, pero no estés con esa mierdería, muchacho, yo te doy un fisco un cubo, que por cubos que no sea.

Entraron los dos al cuarto de la tele, que era pequeño y tenía apenas un sillón enfondado, una tele chica y un escudo del Tenerife, y siguieron recto hasta la cocina. El Tiznado se arrimó a la mesa, todavía aferrado al bote de lejía.

Trai todos esos atarecos pacá, muchacho, le dijo Marino intentando ayudarlo. ¡Por Dios!, chilló El Tiznado doblando el tronco patrás, este bote es.... es el bote mío de la suerte, ni se te ocurra cortalo porque... eso se le va, se le va la fuerza pol culo, lo tengo desde jace lo menos quince o veinte años... o más, posó El Tiznado el bote sobre del mantel de cuadros azules y le desenroscó la tapa, ¿ves?, mirando dentro del bote, entodavía está nuevito.

Se sacó el ramito de flores, El Tiznado, del bolsillo, y se lo empurró al amigo alante de los ojos.

Estás como una chola, maestro, le dijo Marino agarrando las

flores. Gracias, gracias, compañero del alma, y fue a buscar un fisco un vaso de agua para guarecerlas.

Lo miró aquellar, El Tiznado: era un hombre bueno, el Marino, no había conocido él hombre más bueno que aquel en toda su vida, que pasara el tiempo que pasara lo quería en la casa y lo escuchaba siempre y no le importaban las jarrapenterías en las que estuviera metido.

¿Qué te habrá pasado pa que tú vengas a dar acá abajo?, le trajo entonces Marino un jarro de agua de los de aluminio, que hacían saber el agua más fresquita, cosa buena no será. El Tiznado se arrimó el jarro a los bezos. Te invitaría a una cuarta vino, dijo Marino tragando saliva, mientras uno, dos, tres jarros de agua seguidos se espichaba El Tiznado, que se le quedó la barriga vibrando como una barrica mediada. Mi niño, fuartes securas, dijo relambiéndose los labios un poco extrañado. ¿El agua tenía un gusto amargoso, o era él que estaba más amargo que las troviscas? Pero ya uno no bebe desde hace años, siguió Marino, siéntese ai, arrastró el hombre la silla de formica, vamos a echarnos un fisco burgados y me cuentas qué fue lo que te pasó, muchacho, que jace tantos años que no te vía que ya no sé ni en qué andas metido; mira, ¿sigues con la chatarra? Dejó Marino a El Tiznado sentado sobre de la silla, observando el bote de lejía esvacio con la mirada ausente, sin responder a la pregunta. Le encantaba a El Tiznado hablar, pero la vida lo estaba dejando mudo. Abrió la nevera de puerta rota y ferrusquenta, Marino, puso el bote de burgados sobre de la mesa y se sentó con el amigo. La mujer mía, Yanely, fue ayer tarde a la marea, abriendo el bote sin esfuerzo, cogió un fisco burgados y un par de lapas y las escabechó. Trajo Marino un plato chico de flores lilas y dos palillos de dientes. Se los echaron callados, con vinagre y un fisco de pimienta verde para darle gusto. Mientras chascaban con la quejada bien abierta, Marino buscaba a El Tiznado con los ojos. Parecía que iba a contar qué era lo que lo tenía trastornado. Garraba aire queriendo echarle el cuento, pero después lo soltaba y no terminaba de sacarlo por la boca. De buenas a primeras habló, pero no para decir lo que esperaba Marino: mira, ¿y tú no tendrás un fisco un cigarro ai? No, compadre, se viró al revés los bolsillos

Marino, ya yo no tengo vicios ningunos. Jajá, ¿cómo no?, dijo El Tiznado dándose una torta en el muslo, y luego se apaciguó poniéndose bastante serio de semblante: uno tampoco, namás que por saber namás, beber no..., pero un fisco un cigarro no le jace mal a nadien. Tragó saliva Marino. No, si mal no le hará, pero yo mandé toda esa mierda pal carajo, pal carajo mandé toda esa basura, ya no quiero saber más nada, ¿sabes?, un fisco vaso refresco me echo de cuando en cuando, pa mojarme los labios, más que sea, pero ni el refresco me gusta ya tanto, ¿quieres un fisco Mirinda?, ¿un fisquito Clipper?, yo lo compro más bien por el chico mío, que eso está todo el día enviciado con los refrescos. Dispués de los Anónimos, siguió Marino levantándose a coger el refresco, ai más atrás volví yo a las andadas de beber, pobrecito Aythami, volvió a tragar fuerte por el gañote, eso no es vida pa un chiquillo sin madre ninguna. Dispués me pasó aquello de la cueva, le echó la Mirinda en el vaso a El Tiznado, y pal carajo lo mandé todo. ¡Bah!, si yo te contara aquello de la cueva, compadre, dijo Marino empinando la barbilla, si yo te contara, no me lo crees, compañero.

Se sentó Marino de nuevo y se quedó mirando al plato vacío, pensativo, tragando y tragando saliva. El Tiznado se llevó el refresco a los labios y analizó al amigo, intentando encontrarle en la cara algo diferente ahora que ya no se dejaba arrastrar por los vicios: había dejado de fumar, sí, pero se le había acrecentado la manía de tragar saliva, tenía los bezos todavía violados de tanta fumadera, cuartiados, con pintitas negras, y el gesto ese de vieja revejuda que achicaba el labio de arriba acercándolo al de abajo pa jalar por el cigarro o pa arrimar el pico al vaso de vino. Había sido gran fumador y gran bebedor, El Marino, antes no había quien lo ganara, pero ahora parecía que lo había cambeado por un vicio nuevo y más peligroso: el vicio de la tragadera. Sabía El Tiznado que había gente que dejaba los vicios de toda la vida y se entregaba a vicios nuevos casi desconocidos, que parecían menos aquello pero eran igual de malos, o incluso más. Había sentido decir de un hombre que había dejado la bebida y se había dado después a la jartadera de agua, como un pato, dicen que se la pasaba: agua, agua y más agua, y cacharras de agua van y vienen, y al final se reventó como un

cartucho de tanta agua. Emborcó Marino con la cuchara más burgados en el plato y pegó a chascar mirando a las paredes. Además de tragar los burgados, tragó dos o tres veces más seguidas, y después siguió chascando. Por eso también le daba miedo a El Tiznado terminar de dejar los vicios conocidos, porque no sabe uno qué puedan traer los vicios por conocer. Tan buenos, coño, jam jam, dijo Marino, tragui y tragui como un perro abandonado chisquillando jamonilla ácida de la basura, le quedaron buenos, coño, a Yanely; por decir Yanely, compadre, yo ni te ha contado que me volví a ajuntar, nudo pabajo y nudo parriba, y estoy más contento que el carajo. Se sintió entonces angustiado, El Tiznado, tenía la boca hasta los topes de Mirinda y no quería tragar de ninguna manera, ¿ya no chascas más, compadre?, le preguntó Marino con la boca llena de burgados, échate uno ai, que eso se va a buscar más en cualquier momento. ¡Compadre!, si yo te contara lo de la cueva, dijo otra vuelta, si yo te contara no me lo crees. Mira, dijo Marino, mandándole un trancazo por el hombro a El Tiznado, yo te voy a contar lo que me pasó. El Tiznado seguía con la Mirinda en la boca, dándole vueltas y vueltas como un enjuague, que ya hasta le estaban ardiendo los cachetes por dentro, pero, ¡a-mi-go!, seguía Marino, tú esto lo cuentas porai y cualquiera te llama loco, ¡te llaman loco! Mira, dijo Marino pegando a echar el cuento, había cogido yo las bogas por la tarde pa echarle a los tambores, emborcó los últimos burgados en el plato, salí tempranito, con la noche entodavía, pa echar los tambores pa las morenas, me metí pa la mar, dijo, que eran lo menos las cinco y media, que aún brillaba la luna, dijo, y que las estrellas se encendían y se apagaban como bombillas cansadas, que era un cielo abierto, de esos que anuncian una mañana de fogaje, que pasó de la punta pabajo, donde pegaba la mar mala, que el barco avanzó tranquilo, como siempre, hasta alcanzar los primeros cabezos, los riscos grandes aquellos que se empinaban contra el cielo como intentando buscar a Dios. Todavía no había pegado él a calar los tambores y seguía la noche cerrada. Todo parecía tranquilo, el barco se arrullaba en la mar, como siempre, es cierto, pero de buenas a primeras se metió un tiempo sur que no se lo esperaba. La mar empezó a engavetarse. Se vio

Marino asustado, se vio que ni patrás ni palante, ni parriba pa la punta ni pabajo pa la cala de La Laja. Él, que era pescador de toda la vida; él, que se conocía la mar mejor que se conocía a él mismo. Miró pal cielo: mira, se dijo, si yo voy patrás, yo allá arriba de esa punta no paso, me mato como un perro, mejor me voy padentro, pa la cala de La Laja, a ver si me meto ai, en La Cueva de la Virgen. Eso hizo. Seguía sin aclarar el día, la cueva era un todo oscuro, más oscuro incluso que la noche misma, que por lo menos contenía estrellas. Namás pegó a enfocarse pa la cala, temblando, enchumbado, agarrado a los costados del barco, se encendió una lucita en el canto atrás de la cueva. ¿Tú te crees que yo vi allí una lucita dentro La Cueva de la Virgen?, dijo alzando el palillo con otro burgado espichado, y ya dispués no vi más nada, no vi luz ninguna, no vi nada, pero yo siempre digo pa mí, tragó El Tiznado la Mirinda de la impresión, que esa era la lucita de la Virgen que me estaba alumbrando, muchacho, porque si yo viro patrás, ay, si yo viro patrás, ay, Dios mío, compadre, a mí el tiempo ese me lleva pal fondo. Cruz..., dijo El Tiznado asustado, con los ojos como chopas. Sí, compadre, y yo me dije a mí mismo: si salgo de esta, dejo los vicios míos, y dispués de aquello se me quitaron las ganas de beber, de fumar y de toda mierda, compadre, de ai palante yo siempre voy todos los domingos a misa a dar gracias a la Virgen, y de ai vengo, que fui junto con Yanely. Ella fue a buscar ahora unas papas a cas una vecina que las trajo de unas huertas que tiene, unas papitas chineguas, y horita estará al llegar, porque, compadre, yo me vi amargo, una cosa es decilo y otra es verte ai.

Clavó El Tiznado un burgado con el palillo todavía con los ojos bien abiertos. Alzó de nuevo la mirada y repitió acongojado: Cruz... Se llevó a la boca El Tiznado el medio vaso de Mirinda que le quedaba y pegó a eructar que hasta afrenta le dio a Marino de tanto crua crua de rana podrida. Le encantaban a El Tiznado los burgados y las lapas en escabeche, pero tenía él la barriga guisada. Lo tenía chiquito de un tiempo a esta parte, el estómago, y dos burgados cagados con aquel vinagre macho le habían sentado como una bomba. Sí, compadre, siguió Marino, yo vi a la Virgen del Carmen alumbrándome, compañero, y jaló por otro burgado. Pensó El

Tiznado que ya podría él haber perdido los vicios a causa de las apariciones, ya que tantas se le habían presentado en los últimos tiempos. Y dispués de eso, dijo Marino, me volví más devoto que el carajo, empecé a dir a las excursiones que jacía un grupo de la iglesia y ni prebar la bebida quería, porque yo, cuando los Anónimos, la verdad que me funcionó un tiempo, pero dispués caí otra vez como las moscas, y eso te digo: pegué a dir con el grupo de la iglesia y de una de esas que fuimos a los encuentros que jacían en Candelaria conocí a Yanely, que estaba en el grupo ella de pallá arriba de San Antonio. Pa que tú veas, compañero, se levantó Marino a coger más Mirinda, que yo siempre ha sido mucho de la Virgen del Carmen como buen pescador, pero tú sabes que yo de iglesias y de curas no quería saber nada, y mírame ahora, se señaló la ropa de misa. ¿Y tú, compañero?, le puso más refresco en el vaso a El Tiznado. Estás callado, coño, te noto raro, no me has dicho ni a qué vinistes hasta acá abajo. ¿Cómo anda la mujer tuya?, ¿y Cathaysita?, eso tiene que estar hecha una mujer hecha y derecha.

Reflexionó El Tiznado, estaba haciendo fuerzas por abrir el fechillo roto de la lengua. Tate callado, logró decir empinando las cejas, y esperó unos segundos porque no sabía ni con qué continuar la frase, ¿qué le había pasado?, no sabía, ¿pa dónde estaba juyendo?, pa un sitio, ¿pa dónde estaba ese sitio?, pa quién sabe, patrás, palante, pa los confines del mundo y de la tierra, ¿de quién estaba juyendo?, de la bruma blanca que se aposaba sobre de los pinos cada día a la hora de almorzar, de los mirlos negros, de la posma gris, de la malimpriada muerte, del agua del canalero a las tres de la mañana, del runrún que se le metía en los ojos a cuenta de la cerrazón del cielo, de los cigarrones, de las cigarras, del bocadillo de dulce guayabo con un fisco queso blanco a aquello de las cinco de la tarde.

Tate callado, repitió, que Engracia me engañó como a un chico ruin.

¿Qué pasó, muchacho?, dijo Marino azorado, no me digas eso. ¿Qué fue eso?

Metió un querindango en la casa.

¡Muchacho! ¿Cómo va a hacer eso?, ¿y cómo lo permitistes?

Me fue enredando enredando con revoltillos, que si era un cura, que si era un monaguillo, que si día a bendecir las paredes de la casa, que si esto dice que si las paredes estaban sorroballadas no de la humedad sino de los diablos, y vueltas y viras y al final se quedó a vivir dentro la casa y no me la encaló ni nada..., y aquello.

Muchacho, ¿qué revoltillo fue ese?, ¿pero era el cura de la iglesia?

Mmmm, yo ni sé quién era, ni sé, ni me estés preguntando porque ni sé..., pero Dios sí sabe, Dios averigua y ve por los bujeros.

¿Y Cathaysa?

¿Cathaysa?, El Tiznado se quedó sin respiración por unos segundos, Cathaysita..., y un picazo de dolor se le clavó en el centro del payo, ¿eran cagaleras o dolores mentales?, Cathaysa no me deja vela la bruja de Engracia. Tiene a la chica encerrada en el cuarto con el fechillo puesto, y aquello..., el querindango le estuvo con el cuento que si la chica tenía un demonio metido.

¿Qué me estás contando, muchacho?, ¿cómo va a ser eso?, ya sí me dejastes más muerto que vivo, compadre, ¿y es verdad que tiene un demonio metido o también es cuento del piojo pegado ese?

Sí..., reflexionó El Tiznado, pero eso es uno chiquito, no es muy aquello. No es muy importante, ¿oístes?, eso es un fisquito de nada, chiquito como una arveja, pero jode, jode bastante, lo que es fácil de aquellar, yo lo tengo bastante investigado y... es bastante fácil a comparación con otros que andan.

Ah, no me digas, no sabía que los había de diferentes tamaños, pero, ahora que lo dices, tiene bastante sentido. Compadre, yo conozco a uno de por allá derriba, de San Antonio, de esos que trabaja esos asuntos. Si quieres que lo avise, Yanely lo conoce, que estaban juntos en la escuela. Muchacho, ya sí me dejastes en un temblor con lo de Cathaysa.

No, yo eso horita lo aquello... No te procupes, que yo lo tengo todo aquellado, y pos vine pacá con intenciones de dir a cas el Hermano Pedro..., y las vueltas que da la vida y eso, que me jallaba yo sediento y vine a dar contigo, pero horita traspongo a aquellar con el santo, pa que me saque al querindango de la casa, que dicen que el Hermano Pedro es bueno pa ese tipo de poblemas.

No me digas, compadre, de verdad que ese santo es bueno pa

todo, y no te preocupes por estarte diendo, aquí tienes casa, muchacho, y día a dicirte yo: ¿es mucho lo de Cathaysa?, ¿se le ve mucha cosa?

Ella está..., ella está bien dentro lo que cabe, namás que de cuando en cuando le entra ansina como por reinar un fisco..., ansina palantre patrás dando guinadas como medio trastornada, ansina escolorida con los pelos embrujados, pero eso le da la madre un fisco de agua de pazote y le pone agua bendita por la cabeza y se le va como calmando, parece.

Sus, por Dios, se presinó Marino aterrorizado. Sus sus sus, fuarte desgracia, amigo.

Asintió El Tiznado bastante serio, como si fuese un maestro de escuela y acabara de explicar la tabla del nueve.

Marino se quedó respirando con dificultad, agarrándose el pecho desnudo con las manos. Sus, decía, sus sus, me enfermé namás que de escucharte.

Se ajeitó el cuello abierto de la camisa, El Tiznado. Echar aquel cuento inventado le había hecho sentirse como en los viejos tiempos, como cuando iba por los caminos contando mentiras y a las gentes se les abrían los ojos como platos. Le había quedado el cuento tan bien hechito que parecía de verdad y todo. Se lo había creído hasta él mismo, y del sentimiento que le había dado se le estaban rechazando hasta las lágrimas. Marinó tragó aire descoordinado y El Tiznado se espichó la Mirinda de un solo viaje, crua crua crua, que ya no sentía ni ardores de estómago ningunos. Había perdido aquella afrenta que traía cuando llamó a la puerta de Marino y le entraron unas ganas fuertes de alegar, ¡que viva la Virgen del Carmen!, ¡pum!, camarote, fuegos de colores con forma de palmera en el cielo, ¡que viva el cuento y la inventadera!, ¡que viva!

¿Y ahora hay mucho pescado?, dijo El Tiznado con los ojos cubiertos en brillantina de ilusión.

Sus, dijo Marino, recomponiéndose, espérate un fisco, muchacho, que me quedé en un temblor. Resolló primero fuerte, después se recolocó en la silla y dijo: bueno, y tragó, bueno, tú sabes que a partir de abril la vieja al veril, y tardó en continuar la frase porque se

puso a tragar lo menos siete veces seguidas: ahora estamos dedicados a las viejas, con la pandorga.

¿Y qué?, ¿mucha vieja?

Bah, tú sabes que viejas nunca faltan, lo que este año..., este año no son muy grandes.

¿Y por qué?

Y yo qué sé, cosas de Dios, tú sabes cómo es Dios.

Sí, dijo El Tiznado, y se quedó pensando en cómo era Dios, pero no tenía él a veces muy claro cómo era: tenía Dios unas salidas que era difícil saber de qué pata cojeaba, ¿y entodavía tienes el Virgen del Carmen?

Sí, tengo el Virgen del Carmen y me compré uno más chico pa las viejas, pa ahora pa los veriles, el San José, de cuatro metros y medio.

Tocaron en la puerta. Se levantó Marino como un resorte y se acercó a la entrada diciendo: esa tiene que ser Yanely con las papas. Entró por la puerta una mujer cachorrona, de pelos negros y rizados, de dientes amarillos y lunar en el labio empinado como una mora negra en una zarza. Se quedó sorprendido, El Tiznado, era el tipo de mujer que le hacía quedarse pasmado, con los calzones caídos por las patas. ¡Buenos días!, dijo la mujer sonriendo, y llevó corriendo la bolsa de papas hasta el poyo de la cocina. Buenos días nos dé Dios, respondió Marino. El Tiznado se puso de pie y realizó el gesto de quitarse el sombrero sin tener sombrero ninguno. Este es el famoso Tiznado, dijo Marino. ¡Hombre, por Dios!, soltó Yanely las papas y se sacudió la tierra en el delantal que le cubría el vestido, bien ha escuchado yo cuentos y cuentos de este hombre, qué bueno que vinistes porque hoy tenemos papitas nuevas. Estaba embrazada, Yanely, no era muy grande la barriga, pero se notaba que la tenía abultada por la parte de abajo. Se sentaron de nuevo los hombres en la mesa y Yanely empezó a ajeitar la comida. Tranquinaba rápido, tenía el fuego en el culo, y eso le encantaba a El Tiznado: las centellas, las fieritas malas.

¿Y Aythami dónde anda?, dijo la mujer mientras pelaba las papas trosquiladas, ¿no viene a almorzar?

Eso dijo que se quedaba a comer a cas la amiga, dijo Marino, ¿tú

no sabes cómo es él?

Ay, Dios, ese chico, respondió Yanely.

¿Y no lo llevas pa la mar contigo?, volvió El Tiznado a llevar el asunto a lo de él, sin dejar de acechar a Yanely por el viro del ojo.

No, qué va, compadre, él está caminando por otros lados.

Ay, Señor, volvió a quejarse Yanely, y a El Tiznado le subió un fuego por el gañote namás que de sentirla.

Al chico mío no le gusta eso, dijo Marino regañado, yo lo veo a él medio raro, y mira que uno lo intenta aconsejar, pero yo creo que..., no sé, no sé, yo creo que está medio en el aire, a mí me tiene medio eschavetado de la cabeza, me tiene. Yo de esta gente nueva no sé qué va a ser el día mañana.

Ya estaba Yanely terminando de pelar las papas, y El Tiznado se quedó muerto viendo cómo las lavaba en el fregadero.

Esto ya no es como uno antes, compadre, seguía Marino sin que El Tiznado estuviera ya prestando atención, que desde chico uno estaba trequinando y buscándose los garbanzos, ya esto hoy en día lo veo todo echado a perder. Ahora dice que se quiere meter a sacar eso de peluquería no sé qué historias, allí en El Valle. Bueno, uno se queja, pero el hijo de Sebastián, que estaba con nosotros en los Anónimos, también sacó eso y montó su barbería por su cuenta, y yo creo que le va bastante bien, que hasta una casita se compró y todo.

Yos, dijo El Tiznado mientras veía cómo Yanely aquellaba el pescado, tengo unas ganas de dir a pescar, pero no tengo con qué...

¡Muchacho!, yo te doy un fisco una madeja nailo y unos anzuelos, dijo Marino contento, yo te empresto unas badanas pa que amarres un fisco piedra y te dejo también un pulpo pa que vayas ai detrás pa las pedreras pa que agarres un par de muriones buenos, muchacho.

¡Pos mira que sí!, ¡pos mira que sí!, dijo El Tiznado, relambiéndose los labios sin dejar de perseguir a Yanely.

Muchacho, y yo pensando ahora, ¿y por qué no te llevas al chico mío contigo?, por lo menos pa que te jaga compaña, por lo menos pa que se distraiga un fisco, pa ver si quiere ir, porque eso no le gusta mucho.

La comida estaba buena. Papas chineguas nuevas, bien guisadas

que quedaron engofitadas, amasaditas y dulcitas como la miel, y unas bogas fritas que había sacado del pandorgazo que había echado Marino el día anterior. Las bogas eran para escachar dentro de los tambores y que comieran las morenas, pero siempre guardaba él también para llevar a la casa, porque Yanely se volvía loca por las bogas fritas. Comió Yanely delante de El Tiznado: chascaba alegre como un gato, chupando los rabos de las bogas. El Tiznado aquelló despacio, porque no le daba el tino de ver aquel espectáculo de mujer y de garrar bien el tenedor. Le hubiese gustado a él mandarse dos tanganazos de vino, porque ya se estaba empezando a sentir el malestar aquel en los huesos de los dedos y en el alma.

Al acabar de comer, se echaron un guayoyo cada uno y un rosquetito. Yanely le puso a El Tiznado un colchón en el piso del cuarto de la tele y él se botó barriga al aire. Ajeitó la mujer los cojines del sillón y El Tiznado se quedó pensando si ponerse con adulonerías. No te metas en camisas de once varas, se respondió al momento, es la mujer de un amigo. Era la mujer de un amigo, pero namás se durmió, con aquel sueño ligero que no sabía si era sueño o verdad, se imaginó él que se acostaba ella en el colchón del piso y le sacaba una teta pafuera. ¡Mama, cabrón!, le chillaba ella cabriada, y no le quedaba más remedio a El Tiznado que enchufarse la teta en la boca y chupir como un lagarto abruchado a la ubre de una cabra. Quería ser un buen sueño, pero terminó siendo un sueño malo malo como carne cuca. El Tiznado tenía prohibido tragar y se estaba asfixiando de tanta leche.

Se despertó estartalado cuando Aythami volvió de la casa de la amiga. Estaba flaco como un cangallo, Aythami, y grande parriba como un leño que no se parecía ni con él. ¡Cómo crecen los chicos!, pensó El Tiznado, y le entró una tristeza en el corazón de recordarse de Cathaysa menudita jugando con Aythami.

Cenaron temprano, antes de que oscureciera. Marino le pidió a El

Tiznado que les hiciera un fisco chafeña, que era una comida que le había enseñado a arreglar Tío Aurelio, con el millo tierno que habían sembrado. Yos, dijo Marino mirando las matas de millo por la ventana, Tiznado querido, ¿por qué no jaces un fisco chafeña con el millo que tengo ai defuera?, ¿que cuánto hay que yo no como deso? Desde la última vez que estuvistes en casa que hicistes una, Aythami se quedó enamorado de la chafeña, a cada rato me lo recuerda esconsolado y se pone a jalarme por el pantalón: pa, qué buena está la chafeña, pa, ¿por qué no comemos más chafeña, pa? El Tiznado hizo la chafeña contento, sintiéndose importante, mientras Yanely se la pasaba arrimada a él, mirando cómo aquellaba el asunto. Le daba a él por el jocico que Yanely también quería asunto con él, pero estaba El Tiznado enfocado en no meterse en problemas y en aguantarse la tembladera sin beber vino, que ya era más que suficiente. La hizo como le había enseñado Tío Aurelio, con unas pimientitas de corazón de paloma que Marino tenía sembradas en el poyo de alante de la casa. Le quedó sabrosa, tanto que lambieron el plato. Quedaron con la lengüita caldiando y el corazón contento. Se tomó El Tiznado otro guayoyo y salieron él y Athaymi con la misma a pescar. Marino les dio un saco, y dentro de él echaron un pulpo, la madeja de nailo enrollada en una tabla, un puñado de anzuelos y un par de tiras de badanas con que amarrar las piedras que hacían de lastre para llevar la carnada al fondo. Se llevó El Tiznado con él el bote de lejía esvacio y la guitarra rota y mandó al chico a cargar con el saco.

Namás llegaron, Aythami se sentó en una piedra y empezó a cantar canciones de amor haciendo gestos leves con las manos. Mira, mi niño, pa que aprendas, pensó El Tiznado en decirle, pero entre que no tenía fuerzas de hablar otra vuelta y que el chico estaba entretenido, siguió traquinando callado. Sacó El Tiznado el nailo del saco y le hizo una lazada doble y otra simple en la punta donde iba amarrada la badana con la piedra. Empató el anzuelo con una paradita de unos veinte centímetros. Lo amarró de la lazada doble, dejando la piedra colgando por debajo del anzuelo. Agarró un rejo de pulpo, lo escachó con una piedra y lo enhebró. Quedó la punta del rejo colgando en el aire como un péndulo. Se lavó las

manos en un charco ya medio empozado y se secó con el mismo saco que le había dado Marino. Tiró la piedra alejada del veril unos cuatro metros palante, donde sabía él que había unos blanquiales en los que se escondían los muriones. Podía haber hecho El Tiznado todo aquello con los ojos cerrados, pescar le salía tan natural como amargarse la vida, pero aquel día se notaba medio en el aire, no sabía si por las canciones de Aythami. Intentaba El Tiznado estar pendiente del nailo que le colgaba del dedo índice para notar el tirón de la morena, pero de cuando en cuando le llegaba alguna palabra con la brisa, *sé que encontraste otro querer*, que le hacía sentir el corazón entristecido, *no te preocupes, te deseo todo el bien*. Aythami se levantó entonces de la piedra y pegó a caminar por el pesquero acariciando los riscos mientras seguía con el espectáculo: *ah, ah, aaaaaay, todo el bieeen*. Llevaba un rato la carnada en el agua y a El Tiznado le dio por llorar pensando en la hija, *ah, ah, aaaaay*, fue él a meterse en la cueva volcánica del malestar con casco y linterna y todo, *todo el bieeen*, pero una luz de afuera lo sacó del hueco, ¡zúmbale!, notó el primer samagazo del bicho. ¡Ños!, dijo El Tiznado, y metió un jalonazo patrás pa evitar que el animal se le enrocara. ¡Aythami!, ¡Aythamito!, le salió solo como si estuviera llamando a la hija pa que viera lo que era capaz de hacer el padre, lo botó patrás y dijo: con este tenemos la pesca hecha, esto tiene que ser una morena lo menos de cuatro o cinco kilos. Aythami levantó la cabeza y sonrió brevemente; tenía una cara canela y redonda, el pelo en rizos largos y sueltos, sin moños ningunos. Cuando el bicho llegó a la altura de él, se dio cuenta de que era más largo de lo normal. ¡Mi madre, chico bogavante!, dijo El Tiznado, y Aythami se acercó con curiosidad. Los cuatro kilos los tiene que andar picando. No era un murión ni una morena negra, sino una morena picopato. Con la boca abierta, amarilla con pintas negras y profunda, más dientes que una cabeza de ajo, grises, largos, finos y piquentos como agujas. Se alongó el chico sobre del animal de cabeza amarilla. ¡Aythamito!, dijo El Tiznado con temor, ten cuidado si le vas a meter mano, que te rajas como una caballa y dispués aquello... Se alejó el chico sin apartar la vista de la morena. No supo por qué, El Tiznado, pero de nuevo una voz en la cabeza lo mandó a

que hiciera justo lo contrario de lo que tenía que hacer. Metió media mano él dentro de la boca de la morena y el animal, cuando boquió, le trancó los dedos en seco. ¡Aaaaaaaah!, chilló Aythami trastornado, ¡aaaaaaah! Los dientes se le clavaron a El Tiznado en los dedos. Namás mordió, la morena se retorció pa partir el trozo. Jaló patrás El Tiznado por la mano y la morena le rajó los dedos. Aythami, muerto del miedo, empezó a moverse de un lado a otro como queriendo ayudar, pero no encontraba cómo. ¡Ay, Dios! Los chorros de sangre corrían como barranqueras. No pasaron ni dos minutos y ya no se aguantaba el ardor. Corrió El Tiznado a enrollarse el saco alrededor de la herida porque la sangre le caía a chorros. Se taponó la sangre unos segundos y se cagó en todo lo que existía. Venga, vamos a trasponer ya, dijo El Tiznado botando la morena pa la mar con el anzuelo y todo, que con esto tenemos. Aythami recogió todos los atarecos y los cargó en las manos. ¿Esto también?, dijo el chico señalando el bote de lejía. Eso también, respondió El Tiznado. Caminaron por la vereda, un camino cabras que bordeaba todo el acantilado. No había luces en el pueblo, solo un faro lejano que viraba y viraba sobre sí mismo como un alma en pena. No le estés diciendo nada a tu padre, dijo El Tiznado de repente, porque no quiero ni sentilo, que..., tú sabes cómo es él, eso es pa ti, pa mí y pa más nadien. Asintió Aythami y avanzaron en la noche. Al llegar al pueblo, todavía quedaba la luz encendida de un bar, y El Tiznado mandó a Aythami a esperar por fuera de la puerta. Salió El Tiznado del bar diez minutos después, ya sin el temblor de las manos. Avanzaron derechitos hasta el barranco y entraron por la puerta sin hablar.

En el cuarto de la tele estaba esperando el colchón viejo echado en el piso, un cojín estofado y una manta. Se espichó El Tiznado en el colchón con la botella de lejía en el pecho, agarrándose el saco a la herida lo más fuerte que pudo. Aythami abrió la nevera, se mandó un tanganazo largo de Clipper y con la misma se metió pal cuarto. Pasó El Tiznado toda la noche con la mano alzada, a ratos lambiéndose la herida como un perrillo chico, a ratos llorando, viendo ojos amarillos en la negrura, aguantando el escozor de los infiernos. A eso de las tres de la mañana, a la hora del Diablo, sintió

que algo se le arrimaba a la espalda. Se puso boca arriba. Yerto, todavía con la mano en el aire. El peso de una cabeza humana se le aposó en el pecho, y le llegó a la boca el sabor salitroso de aquel pelo rizado. Durmió más, más tranquilo, entonces. Dejando descansar la mano de la mordida junto con el saco arriba de aquel cuerpo suave de durazno.

A eso de las cinco de la mañana salió Yanely a la cocina a poner el café en el fuego. Atrás de ella, cinco minutos después, Marino, estregándose los ojos. Encendieron la luz de la cocina y por el viro de la puerta alcanzaron a ver el colchón en el suelo. Sobre del colchón, El Tiznado con la boca abierta, todo babado, y sobre de él, Aythami, dormido, con el brazo y la pierna por arriba del cuerpo de El Tiznado. Estaba lleno de sangre seca, Aythami: la cara, los pelos, la ropa. El saco estaba botado en el piso, también lleno de sangre. Pasó Marino por encima del saco y se amontó arriba del colchón: ¡eso sí que no lo permito yo!, chilló Marino. Se despertó El Tiznado asustado, todavía sin reconocer el sitio en el que estaba. ¿En mi casa marisconerías?, tragó Marino envenenado lo menos veinte veces en un segundo, ¿en mi casa?, ¿tú no tienes vergüenza, hijo de la gran puta?, y con el chico mío, mira cómo me lo dejastes, ya me lo desgraciastes, hijo de la gran puta, ¿qué le hicistes?, ¿qué hicistes, Aythami, cabrón? Le dio un puntapié por las costillas al hijo: Aythami, alevántate de ai porque te cojo que te reviento, cabrón, acabo con la vida tuya y con la tuya también. Agarró a El Tiznado por la pechera, que más que a la altura del pecho lo tuvo que agarrar por el ombligo porque no le quedaban botones en la camisa, y lo levantó en el aire. ¡Mándate a mudar, malnacido!, abrió la puerta Yanely callada, y empujó Marino a El Tiznado fuera de la casa. Cayó al lado de la carretilla enfondada. Arriba le cayeron, también volando, como en cascada, la guitarra y las flores, pero no el bote de lejía.

Se quedó botado en la tierra, El Tiznado, con la mano echando

hostias de dolor. El bardino pegó a lamberle la cabeza mientras él miraba el cielo estrellado. Dios, ayúdame, dijo desde el piso.

Bajó al pueblo por los mismos caminos. Se acostó en un poyete de la plaza, todavía intentando entender qué era lo que había hecho aquella noche. Andaba El Tiznado perdido completo. Siempre había caminado él por fuera del camino y del mundo, por los auténticos andurriales de la vida y de la chaveta, pero ahora sintió que se había metido demasiado pal fondo de los bardos y no recordaba ya cómo regresar a la vereda, al camino real de piedra y lindes claramente dibujadas. El tiempo se fue rápido, ya era de día, y la gente traquinaba por el pueblo de La Potra. Le pegó el temblique en las manos otra vuelta. Se levantó a duras penas y entró en una venta a fiar dos cartones a nombre de Marino. No era él hombre de cartones de vino, pero ya qué más le daba. Namás el tanganazo le alcanzó la sangre, la mano se le fue relajando. Se quedó sentado debajo del volado de la iglesia, en el mismo poyete de cemento, con la mano arriba del vientre como un santo canonizado. Había dos gatos, uno pardo y otro amarillo, acostados uno arriba del otro un fisco más allá. Se quedó El Tiznado buscando con los ojos a ver si aparecía otra vuelta aquel caballo que le apaciguaba el alma. Chifló metiéndose el dedo índice y el pulgar de la mano sana, unidos, en un círculo en la boca, al estilo gomero. Lo llamó, ¡Lucerito!, lo llamó ¡Lucero!, pero no vino, ijiiiiiijijijí, relinchó y corrió El Tiznado por la plaza, ijiiiiiií, en círculos, para ver si ansina lo llamaba otra vuelta, pero el caballo no apareció, y pasó la mañana y la tarde y llegó la noche y estuvo él todo el tiempo en la oscuridad con los ojos abiertos, como una coruja en el gajo de un pino, atento, para ver si aparecía otra vuelta aquel animalito blanco del Señor.

Abril llegó y se marchó con la misma. Apenas quedó el recuerdo oxidado del Viernes Santo, un frío insoportable, cortante como hojillas acabantes de estrenar. Mayo fue largo, interminable. Un terror se aferró de Cathaysa: empezó a sentir un burro que le daba patadas por dentro. No le quedó más remedio que asimilar que estaba embrazada de verdad. La barriga le creció como un tolmo, se le hincharon las patas y las tetas. La Macha tuvo que empezar a hacerle estregaduras, a echarle ontura. ¿Ves?, le decía, ¿ves, como yo te cuido? En vez de subir de peso, parecía Cathaysa más flaca que cuando no estaba embrazada, como si la criatura le estuviera quitando la comida. Eso era llegar a la mesa y sentir el olor del arroz con judías y plátano frito y tener que salir las carreras pal baño. A veces parecía que sí podía tragar, pero cuando más sabroso estaba comiendo era justo cuando le entraban las provocaciones. De tanto arrojar, la pobrecita se había quedado con la cara esconsumida que daba hasta pena y tristeza de verla. Se recordaba ella misma con las gatas de la calle que quedaban preñadas antes de crecer del todo y al mes botaban los gatitos prematuros a la tierra. Se sentía una niña, era una niña, Cathaysa. No sabía meter a camino un potaje, ¿cómo iba a meter a camino a una criatura?, ¿cómo?, ¿cómo la iba a guarecer, si no había sabido ni guarecer el amor de El Higo Pico?

La oscuridad de un cielo trancado lo nubló todo, hasta el pensamiento. Dejaron de ir a los bailes, dejaron de salir de la casa. La Macha llegaba del curso con el moño bajo y el chándal abruchado a la altura de la boca para que no se le virara el bezo del frío y no hacía otra cosa que estar pendiente de Cathaysa. No aquellaba la tarea ni estudiaba pa los exámenes: se la pasaban toda la tarde encerradas en el cuarto de la tele, con el fechillo puesto, viendo películas del Oeste, forretiadas con las mantas de ositos porque

Cathaysa se notaba la barriga fría. Tápate, Cathy, le decía La Macha con la cara toda revenida del aire de la calle, tápate porque mi abuela decía que las embrazada quieren calor, y se asoplaba las manos para pasarle el vaho. Cathaysa aterrada, no me toques, por lo que más quieras, y La Macha la tocaba con cuidado porque la amiga no quería sentir a la criatura. Ya ni con Chaxiraxi se veían: eran solo ellas dos y Yaya. Estaba Chaxiraxi con El Churrero que no cagaba, todo el día en la casa metida, que ya no le interesaban amigas ningunas. Cathaysa, los lloros, con un pijama de La Macha lleno de bolas, y La Macha rasquillándole las piernas con las uñas cortadas rentes, peinándole el pelo con los dedos, haciéndole cortados con bastante leche condensada y azúcar a pesar de lo que le había dicho el doctor. Había un no sé qué: un olor a guardado, una gavetilla cerrada, un rillar de tenedores. Ya le parecían demasiado lejanos a Cathaysa aquellos días en los que solo vivían para que llegaran las fiestas del barrio. Ahora solo buscaba formas en la humedad de las paredes, mientras vivía atemorizada de notar el próximo movimiento de aquel cuerpo que se le estaba formando dentro del propio cuerpo, uno dentro del otro: como vivían los foniles de diferentes tamaños; qué miedo, pensaba, qué miedo aquellos huesitos blandos adiestrándose como perros, colocándose cada uno al lado del otro en su sitio, y que todo dependiera de si ella comía más o menos leche con gofio y de si conseguía no arrojarlo todo de un viaje. Sabía ella que tenía que importarle la vida de la criatura, y el salir palante como fuera posible, pero a ratos hablaba con Dios afrentada, con una culpa líquida y dura como un bombón de licor; no tenía alegría sino más bien lo contrario. Decía: Dios, perdóname, por lo que más quieras, perdóname por malagradecida. Ahora todo le daba lo mismo. El padre no regresaba, la madre no la quería, cargaba con una criatura sin padre y no podía parar de pensar en él: todo el día andaba llori-llori por las esquinas a cuenta de El Higo Pico, y La Macha cabriada, celando, encendida envenenada que qué diablos de majadería te gastas tú, tanto Higo Pico del carajo y yo aquí como la boba, ay, Cathaysa, no miras lo que tienes enfrente, ay, Cathaysa, y Cathaysa con los mocos caídos por la barbilla, y La Macha entonces más calmada, suavita como la

seda porque no soportaba verla llorar: Cathy, no te preocupes, que todo va a estar bien, te lo juro, ¿tú no sabes que burro cargado busca camino?, ¿tú no has sentido decir eso?

Por las mañanas se quedaba engallinada en el cuarto de La Macha, con la sensación de no saber estar viva. Lo tenía todo jediendo a humedad de no abrir las ventanas ni la puerta. A la peste a trancado se sumaba el jedor a bichos carreteros escachados, que no se ajuntaban del suelo hasta que llegaba La Macha de clase. No tendía la cama, no se quitaba el pijama, no quería lavarse ni verse en el espejo. La última vez que se había lavado la cara por la mañana, el agua caía tan fría que le salieron sabañones. No era capaz de mirarse la barriga, tampoco se la quería tocar por nada en el mundo: le daba miedo de romper a la criatura, de rasparla con las uñas a través de la carne. Se ponía la pretina del pijama lo más abajo posible para no asfixiarla. Cada mañana decidía, o se veía más bien obligada por una fuerza superior a ella a quedarse con la puerta trancada, escuchando la música de Yaya, que era un puro nervio, esa mujer, y se levantaba bien temprano antes de abrir la peluquería para limpiar la casa completa con lejía Conejo mientras cantaba las canciones de Juan Luis Guerra, Frankie Ruiz, Pastor López, Eddie Santiago, la Puerto Rican Power y, ¿cómo no?, el marido que ella siempre soñaba: José Velez. Peleaba Cathaysa con las canciones para poder ocupar la mente con El Higo Pico. No soportaba que la molestaran, la amargura quería silencio para amasucar bien amasucado el gofio como es debido. Hablar le molestaba, que le hablaran más entodavía. La angustia le llegaba como por olas a la playa del alma. Reventaban los riscos con imágenes de El Higo Pico. Cualquier cosa tenía que ver con él: unos calzoncillos en el piche que habían salido volando de una tendedera, el papel del baño con olor a flores plásticas, un botón amarillo debajo de la cama envuelto en una redina de pelos.

Casi no dormía. La noche era de puros ojos abiertos. La Macha roncando, ella tocándose la barriga namás que con la puntita de las yemas, atemorizada pensando en la criatura, en todo lo que no había pensado en ella durante el día porque El Higo Pico le ocupaba toda la cabeza y se le rebosaba por fuera: temía a la criatura como

temía la soledad. Lo que más miedo le daba, más que no saber ser madre, era que la criatura no la quisiera. Namás cruzársele ese pensamiento se quería morir, y de querer morirse no sabía cómo salir, porque eso era pecado. Dios no iba a estar contento. Las corujas llorando, el panadero a las cinco de la mañana, ella pensando en el padre. En si tendría una mantita con la que abrigarse, un fisquito plato potaje, una tanquilla donde lavar los pantalones más que sea. Ya más tarde, cuando conseguía dormirse, el pescadero chillando ¡pescado partido!, los pitidos del hombre de las bombonas, el mundo venga y dali, pi piiii, siguiendo como si nada, y ella unas ganas de pararlo todo en seco, bum, y ponerles bombas a las casas.

A aquello de las once de la mañana venía Yaya y le abría la puerta. ¡Plam!, un correntazo limpio y húmedo de aire entraba por el cuarto y se revolvía en círculos, porque Yaya solía abrir las ventanas aunque estuvieran bajo cero. Vamos un fisco pabajo, le decía, vamos pa que me ayudes más que sea un fisquito en la peluquería, que estás todo el día encorujada aquí dentro metida. Cathaysa bajaba a sentarse en una silla al lado de Yaya, a lamentarse en silencio, pasándole los peines y las tijeras con las lágrimas cayéndole por los cachetes, mirando un póster de Ricky Martin repeinado mientras se imaginaba que el cantante era El Higo Pico en persona. Las viejas no la miraban a la cara por vergüenza, pues ya se le notaba a ella el abultamiento en la barriga. Se dedicaban a hablar de las nueras con desprecio como si no la vieran que estaba llorando: ¿esa?, ¿esa?, chiquito penco no se me fue a buscar el Airam, un cuerillo auténtico. Sentía Cathaysa que se hacían las que estaban alegando de las nueras, pero que en realidad se estaban refiriendo a ella. La cabeza empinadita, venía Yaya a decirle en el oído mientras trababa la platina con un emboste de tinte en la cabeza de una culichiche, pim, y empinaba la barbilla ella misma parriba para enseñarle con el ejemplo. Sabía ella lo que era vivir así, de aquella manera en la que todo el mundo tenía algo que decir sobre una. Cuando el marido se quitó la vida, no tardó ni dos días en abrir el negocio. No tenía miedo en reconocer que vivía más contenta desde que el marido se había marchado, porque dice que era un majadero y un malcriado y

que él le levantaba la mano, pero que ella le levantaba el escobillón. No se vistió de negro y la pusieron de cuero parriba. Muchas dejaron de ir a la peluquería, pero después de tres semanas andaban todas con los pelos embrujados como estropajos de verguilla porque no había más peluquería ninguna a la que ir. Volvieron con el rabo entre las patas. Con la cabeza gacha de pelos de bruja auténtica, con lunar peludo en la nariz y todo. Volvieron a pedirle un desriz y unas mechas, llorando con las uñas encachazadas cayéndoseles partidas en pedazos y la pintura escascarada como las mismas casas del barrio. Yaya las atendía con una sonrisa remachada. Sabía que la ponían a parir namás salían por el portón del garaje. Había aprendido ella a vivir con orgullo de cuero, pues se decía que La Macha no era del padre, sino de un hombre que le decían El Curiel, que tenía una finca con gallinas y conejos un fisco más parriba, a la altura del monte, y que subía todos los jueves con un yip verde cargado de tagasastes, dice que pa echarle de comer a los animales, pero que de cuando en cuando aprovechaba pa echarle también un piche a Yaya. La cabeza empinadita, mi niña, le repetía a Cathaysa al mediodía, cuando ya terminaban en la peluquería y subían a almorzar, que tú no ha matado a nadien, que tú solo le ha dado caña al mono y eso no hace mal ninguno. Mírame a mí, se jalaba Yaya los oros del cuello y se los espichaba entre las tetas, que llevan toda una vida hablando de uno cuando se vira pal otro lado, y hablando de La Macha y de esto y de lo otro, que si está parejita, que si qué le doy de comer, ¿y no ves que La Macha anda siempre con la cabeza levantada pal aire?, eso se lo ha enseñado yo, mi niña, a mí las criticaderas no me traspasan el cuero, yo no pienso ser como mi madre, padescanse, todo el día atrás de un marido esclavizada y asustada del qué dirán. Dispués de muerto, le mamas la pinga al mono, porque te quedas sin nada, ah, no, mi niña, yo mis cositas pa mí, mi dinero pa mí y pa mi Macha querida, que a mí nadien me ha regalado nada.

Cada día pasaba menos tiempo en la peluquería, Cathaysa. Decía que tenía provocaciones y mareos fuertes que le hacían pararse las patas del suelo, pero no eran tan fuertes, ni le levantaban las patas del suelo. Lo que le había dado de verdad entonces era la manía de

marcar el número de la casa de El Higo Pico namás Yaya bajaba la escalera para entrar al garaje. Cuando escuchaba el escorrozo del portón de abajo abriéndose, salía ella corriendo al recibidor y agarraba el teléfono. ¿Quién?, chillaba la mujer al escuchar aquella voz finita como espina de pescado. Soy yo, su yerna, respondía dudosa Cathaysa, porque no sabía cómo se decía la palabra. ¡Oh, mi niña!, ¿cómo estás?, ¿cómo amanecistes de las regolturas?, y Cathaysa le contaba que estaba mal, que no paraba de arrojar, que no se podía ni levantar de la cama, que le faltaba namás que echar el corazón por la boca porque se la pasaba botando las jieles amarillas como la cera, que le dolía la espalda y que tenía ardores de barriga, y después le preguntaba a ella que cómo le había ido en los tomates, que si había arreglado carne fiesta o garbanzas, que si le gustaba más la primera novela o la segunda. Luego la doña quería saber si notaba que la criatura venía de canto o de frente, si dormía de lado o boca arriba, si se notaba hinchada la garganta del pie, porque ella cuando había estado preñada se había notado hinchada la garganta del pie. Después de un rato terminaba Cathaysa encontrando el bujerito de la aguja pa meter la hebra de hilo: que dónde estaba El Higo Pico, que si seguía trabajando, que a qué hora llegaba, que dónde había dicho que estaba, que si..., que si lo había visto con alguna... ¡Y otra vuelta la burra al trigo!, la mujer resoplando ostinada, no, mi niña, ya yo te dije, por favor, que no marcaras más pa preguntar por ese bandido, si tú quieres hablar de otra cosa, a mí me gusta alegar, yo soy buena pa darle a la lengua de lo que sea, pero de eso no, mi niña, de eso sí que no. A mí me gustan los niños chicos, yo pa los niños chicos me vuelvo loca, porque una abuela siempre va a tener la criatura, pero olvídate del chico mío, Cathaysa; yo sé que eso está mal decilo porque lo parió una, y mira que parir cuesta, pero el chico mío es de belecas, tiene la cabeza medio en el aire. Cuando llegaban a aquella parte de la conversación, se preguntaba Cathaysa si por un segundo más que sea El Higo Pico pensaba en ella, y la respuesta automática se le espichaba en un ojo como una setilla: NO. Adiós, mi niña, decía la madre de El Higo Pico haciendo escorrozo con el aparato. Rápido cruzaban por el viro de la frente de la chica diferentes cosas que

podría inventarse para que El Higo Pico volviera con ella. Si no le había bastado con el embarazo, con algo tendría que bastarle. Hasta más vernos, cortaba la vieja. No sabía; la muerte, capaz. Tu tu tut, tu tu tut, sonaba el auricular, y nunca atinaba Cathaysa a inventarse una desgracia a tiempo. Al colgar solo le quedaba hacer fuerza con la vista, pues Engracia siempre le decía que ella tenía la capacidad de dañar a la gente con los ojos. Con la pupila intentaba atravesar el auricular para traspasarle a El Higo Pico la maldición de pensar en ella solo la mitad de lo que ella pensaba en él.

Cada vez estaba Cathaysa más averiada. Los días se arrastraban como lagartos gigantes por las piedras, Yaya de majadera, diciéndole que fueran a cas Evelina, que fueran a curarle el susto, ¿no la ves, Macha?, le decía a la hija cuando volvía del pueblo después del curso, ¿no la ves, que esta chica está asustada?, mira parai: agarraba el peine para peinarle el revoltillo de pelos que se le formaba en la nuca de no bañarse y Cathaysa cerraba los ojos muy rápido, como si fueran a pegarle un trancazo, ¿no la ves, muchacha, que está azorada completa, la pobrecita, como un perro cuando garran un palo escobillón? A ella le pasa algo, a mí esto no me gusta ni fisco. ¡Mah!, chillaba La Macha encendida, porque ella creía mucho en Dios y la Virgen, pero le daban desconfianza los santiguados; más de una vez habían intentado quitarle lo de machona sin permiso a petición del padre, padescanse. Deje usté a la Cathaysa quieta, decía La Macha ajeitándose el moño, ¿no ve que ya tiene bastante?

Picos clavados en los párpados, malestar de animales muertos. Tenía la piel seca, Cathaysa, las piernas cuartiadas, los labios revirados como si se hubiera pasado el día entero arrastrándose en las tablas de San Andrés. El cuerpo revenido y grelado como papas viejas. Se sentía reseca por fuera, reseca por dentro. Resecas las partes que no podía identificar, partes del cuerpo que no existían, como brazos que le faltaban o dedos arrancados como hierbas. No se notaba ya las verijas como antes. Solo de sentir el runrún de la moto de El Higo Pico se le ponía el chicle latiendo que daba temor de Dios. Estaba todo el día con aquello abierto, colorado y abierto como un florín. Ahora le ardía y le rozaban las bragas.

La Macha se la pasaba dándole besos en la frente, masajes en la parte baja de la espalda, espichándole un tallito de col untado en aceite para ayudarla a dar del cuerpo. Se le había metido a Cathaysa un estreñimiento fuerte de buenas a primeras que la tenía en una pura cabriadura. La Macha la cuidaba de ajuste, como si estuviera poniendo piso por metros cuadrados en un hotel del Sur. Lo hacía con gusto, pero a veces sentía ella también arrebatos y ganas de escacharle la cabeza como un perenquén. Le soltaba puntas, puntas del odio que se le metía de verla todo el día amargada de aquella manera a cuenta del penco de El Higo Pico: tú sigue pensando en ese chico, le decía fregando la loza, tú sigue y no te fijes en la gente que te queremos de verdad. Esas puntas ayudaban a La Macha a liberar tensión para poder seguir trabajando en cuidarla, pero Cathaysa más se amulaba y más se enfermaba de la barriga. Cállate, le decía Cathaysa, sentada en la mesa, esmenuzando un fisco de pan con plátano que no quería comerse, llorando sin parar, cállate que tú no sabes nada y te haces la que lo sabes todo. La Macha se callaba de verla entristecida y se ponía a estregarle los pies con un fisco de crema Nivea. Lloraba despacio, Cathaysa. Se les quitaba a las dos la cabriadura al tiempo.

Algunos días sonaba el teléfono de la peluquería. De lejos escuchaba a Yaya hablar con Engracia: ella está bien, yo la tengo bien alimentada, no, ella dice que se quiere quedar aquí un fisquito, tú sabes cómo es ella, eso horita se le pasa y sube parriba, ya, si yo sé, qué me vas a contar que yo no sepa, si La Macha es igualita de majadera, ¿tú no sabes cómo son las chicas, Engra?, tú no se lo tengas en cuenta, pero intentaba Cathaysa olvidar lo que había escuchado, no quería saber nada de la madre, no quería saber nada del mundo.

Apestaba de sudor, no se bañaba. Decía que no le gustaba el agua, y de la humedad que se le acumulaba en el cuerpo podrían crecerle hasta culantrillos como a las fuentes. La Macha se refugiaba en su mal olor. Chos, qué bueno, decía. Chos, qué bien, que hasta los pedos apestosos a coles de orilla guisadas de Cathaysa le golían bueno. La confianza da ascuas, dijo un día La Macha metiéndose debajo de la manta para aprovechar el jedor calentito de los gufos

de la amiga. Me quiero morir, pensó Cathaysa, me quiero morir, le dijo a La Macha.

Una ristra de días todos iguales, unos atrás de los otros:

Los chillidos de Yaya. El sonido del secador. Llamadas a cas El Higo Pico. Tú no te arrastres más, mi niña, tú no te arrastres, que mi hijo es un cabeza loca, que eso no sirve ni pa ser padre ni pa ser nada, que yo lo quiero con locura y es hijo mío, pero yo no me arrimaría a él, tú con tu hijo, que eso es lo más grande que hay, ser madre es lo más grande que hay, mi niña, y acá abajo está la abuela, mi niña, una abuela, eso es lo más sagrado que hay. La Macha volviendo de clase ya era lo único que le daba alegría. Dos cucharadas de potaje coles, un paquete de rosquetes de limón, la novela, la segunda novela, la película del Oeste, llorar, no dormir. Los chillidos de Yaya. Una madre es lo más grande que hay. Una abuela es lo más grande que hay. Un bicho carretero es lo más grande que hay. ¡Este frío no lo ha visto yo nunca! Esto lo más grande que hay. ¿Un fisquito café? Es lo más grande que hay.

Aquel día decidió Cathaysa que no iba a bajar a la peluquería tampoco. Yaya la dejó durmiendo. A eso de la una y media del mediodía subió a calentar el potaje y, ¡Cristo del calvario!, al ver cómo tenía Cathaysa el cuarto hecho un auténtico estalaje. La escupidera que le había dejado pa que Cathaysa no se levantara a ir al baño estaba rebosando de meados por todo el piso. ¡María Cathaysa!, chilló Yaya chiflada de la cabeza, ¡qué ni que chico chiquero tienes tú aquí dentro metido!, ¡¿tú me quieres matar a mí?!, todo el día matada limpiando que ni tiempo pa mí tengo y tú con este esbarajuste que te gastas, ¡mira parai!, ¡párese diai! Corrió Yaya las cortinas de un solo viaje y entró toda la luz blanca del cielo junta, como chisparazos de luna directos a los ojos de Cathaysa, que se le quedaron más chiquitos que de costumbre. ¡Párese de la cama, coño! Le quitó Yaya la manta de arriba y le dio cuatro sacudiazos para ventilar. El polvo nadó en el aire como brillantina. ¡Espabílese!,

que ya está bueno ya, tanta enguirriadera no es bueno, tanta majadería no es bueno, o te paras de una vez de la cama y te bañas o vamos a tener un problema, y de los graves, mi niña. Yaya le quitó el pijama y la llevó hasta el cuarto baño. Báñate más que sea, ¿qué estás, conservando la cáscara?, le dijo abriéndole el agua caliente de la bañera. Namás te bañes y te ajeites un fisco, y Cathaysa en un puro temblique de pollito recién salido del huevo, salimos más que sea pa la claridad, no me importa el friaje que jaga, que estás más escolorida que un gufe, le dijo Yaya estregándole las uñas con un estropajo verguilla, quién te ha visto y quién te ve, con lo curiosa que tú eres, las patas, con lo guapa, y la espalda, con lo echantonita, y ahora si nos llevamos por ti nos comen los bichos.

Cathaysa se vistió toda de negro con una ropa de Yaya. Era una ropa holgada, de cuando estaba la madrina más cachorrona, de la época en la que el marido todavía estaba vivo y ganaba perras trabajando de canalero. Entonces les alcanzaba el presupuesto para comer en los bares. Ahora casi no llegaban a fin de mes, y por eso La Macha estaba empeñada en ser una mujer estudiada y con moni. La Macha llegó contenta del curso. Namás ver a Cathaysa con aquella ropa de luto, le echó el cuento de la abuela: *vestida de negro, muerta se caiga, que se fue con el novio pa las tabaibas.* ¡Deja a la chica quieta!, le chilló Yaya esmorecida de la risa mientras La Macha les ponía a cada una un tanque de potaje blanco tan grande que hubiese sido mejor meterle dos espichos por cada lado pa aguantarlo, que ya bastante tiene con haberse lavado el pepe con el friaje que anda metido, la pobrecita. Salieron al camino con la boquita tapada, las tres juntas. Namás pusieron un pie en la carretera, se les quedó el cuerpo yerto y se cerraron los rebecos a la altura de la barbilla. Los dedos de los pies retrincados, los cabestrillos espelujados cantando suisuisuisui. Hacía tanto frío que daban ganas de llorar.

Por la altura de la venta estaban las mujeres forretidas con la bata de levantar y dos pijamas uno arriba del otro. Botaban humo por la boca como los dragones de fuego: y si el chico mío fuera completo, empezó una doña la frase, pero no logró terminarla, jum jum, le entró una carraspera mala, ¡cruz!, dijo la otra vieja dándole cuatro

trancazos por la espalda a la vecina, con este tiempo no puede uno ni abrir la boca tranquilo. Zas zas, caminaba palante y patrás la máquina de picar embutido. ¡Qué tiempo más raro! ¿Y no será que Dios o La Virgen están cabriados por lo quía que sea? Cathaysa se apretó el rebeco contra la barriga, se tapó la preñadera lo más que pudo. Yaya empinó la cabeza, enseñándole, y La Macha la agarró fuerte por el brazo. Ya aquello estaba regado por todas partes, por mucho que Cathaysa quisiera esconder. Yaya entró a la venta y salió con dos bolsas llenas de comida. Pensó Cathaysa si no sería mejor haber comprado al bajar otra vez en vez de andar cargada como una burra. El resto del camino, La Macha cargó las bolsas, porque a Yaya le dolían los brazos y las manos de tanto usar las tijeras.

La carretera estaba cubierta de mujo. Las huertas minadas de hierba, de chupos, de nardos, de azucenas salvajes abiertas, de jelechas en las paredes y en las sorribas. Había flores de bruja por todos lados, y los verodes disparados palante como en invierno. ¡Sus, mira las flores, muchacha!, decía Yaya jalándose el rebeco para taparse el pecho, ¡yo jamás nunca había visto todo tan verde en esta época!, está todo una belleza, muchacha. La Macha temblando de frío le respondía que sí, que estaban una belleza las flores, y que si a ti te gustan las flores, Cathaysa, le preguntaba, desconfiada de si la amiga estaba otra vuelta pensando en ese jediondo Higo Pico de los infiernos, que la había tratado como una basura y la había dejado preñada y más botada que una colilla y encima no se daba ni cuenta, Cathaysa: que no te das ni de cuenta, que ese chico te tiene amarga, que es un penco, tremendo penco, gran penco, cabrón, hijo de la. ¿El qué?, respondía Cathaysa embobecida. Estaba ella tratando de recordar la forma de la cara de El Higo Pico y ya no era capaz de hacer caso de más nada. Se sentía triste por no haber atendido mejor a las menudencias. Le hubiese gustado recordarse en aquel momento de si tenía la raja del labio un fisco más arriba o más abajo, pues estaba imaginando que se besuquiaba con El Higo Pico y le hubiese gustado recordar más detalles pa hacer la película más realista.

¡Macha!, dijo Yaya castañando los dientes, jala por cuatro azucenas buenas, que vamos a jacele un ramo a la Virgen pa ver si

se lleva este mal tiempo pal carajo. Dejó las bolsas de la venta en el suelo y saltó La Macha a una huerta con la misma. Salió al fisquito enchumbada: un ramo en una mano y una azucena suelta en la otra. Los tallos de las flores estaban llenos de bichos carreteros y los tuvo que sacudir por los aires. Se la puso, la azucena suelta, en las manos a Cathaysa. Cathaysa la miró con asombro. No le parecía bonita, no le abría ninguna puerta en el pecho como cuando antes. En el fondo de la barriga encontró una sensación, pero no era la que ella quería que fuese. Le recordaba al asco de aquellos días de cuando chica, a la culpa sejiada y clavada de canto a canto en las costillas. Corrió Cathaysa contra los bardos de zarza, arrojó todo el potaje con trozos enteros. La Macha le secó la boca con el suéter y siguieron caminando despacito.

Cathaysa no quería subir más, pero Yaya se puso de majadera. Vamos un fisquito más parriba, decía Yaya, que está todo tan verdito que da gusto de verlo. Cathaysa se lo estaba goliendo. A medida que se acercaban se le iban poniendo los pelos más de punta, y al final tuvo razón la chica: llegaron a la altura de la casa de Engracia. La Nissan del padre seguía inmóvil, ya formaba casi parte de la huerta abandonada. Estaba todo trancado y la chimenea encendida. Pensó Cathaysa que la madre tendría que estar viendo la novela mientras dejaba caer sin querer la cabeza cada cinco minutos en jeitos que le destrozaban el cuello. ¿Me trajistes hasta acá arriba namás que pa verla?, dijo Cathaysa amulada. Yaya, yo no pienso hablar con mi madre. Pos muy bien, dijo Yaya, dándole mitad del ramo de flores a La Macha, pos nada, pos nada, y cogiendo las bolsas para llevárselas con ella: entro yo un fisquito pa echarme un buchito café y ustedes se quedan aquí defuera, pos no pasa nada, aquí nadien jace nada que no quiera jacer. Se acercó Yaya a la puerta y Cathaysa se fue alejando y jalando a La Macha de la mano. Levantó Yaya el puño para tocar, pero se viró primero contra la ahijada: ¿tú estás segura que no quieres entrar más que sea un fisco? Se fue desarrimando Cathaysa hasta quedarse en un viro de la carretera donde la madre no la vería. No, respondió moviendo solo el dedo de un lado al otro. Desapareció Yaya por la puerta padentro. Pasó un rato. Caminaron en círculos. La Macha protegiendo el ramo

de azucenas. Poco a poco, sin darse cuenta, terminaron pasiando cerca de la casa. A La Macha le dio por arrimar el jocico al portón verde de tea. Mira, Cathaysa, las papas, corre rápido pa que las veas. Se arrimó entonces también Cathaysa al portón, nerviosa, sintiéndose tropeles de caballos corriéndole por la barriga. Estaban las gallinas y las quícaras engallinadas en los palos del gallinero, nunca mejor dicho. Ya había Engracia cortado la rama de la papa, porque la lluvia había traído chamusca. Mira que eran buenas las papas de la madre, no sabía si por las bujías y los cables que el padre botaba a la huerta, que las hacían más potentes. Pensó que no iba a poder probar aquellas papas, que no había manera en el mundo de que ella volviera a cas la madre después de todo lo que le había dicho. No, ni por mucho que fuera ella papienta hasta morir. Un escorrozo de pisadas desde el pasillo. ¡Júyete!, le dijo Cathaysa a La Macha, y corrieron a esconderse atrás de un muro de piedra.

Salió Yaya sola por la puerta.

Cathaysa una neblina blanca, pesada, y blanca, en la punta de la frente.

Mirando a la nada encontró un moscardón gozando de un rolete de perro al centro de la carretera. Se juntaron moscas y más moscas que se les aposaban en los hombros y en la cara. No le iba a preguntar a la madrina por la madre, no quería saber. Cruz, dijo Yaya acercándose, horita viene más agua, ¿qué es esto, Dios mío?, las flores a destiempo y moscas con este frío, lo que yo nunca ha visto. Venía con las manos vacías, había dejado atrás las flores y las bolsas.

Caminaron. No sabía Cathaysa si era enfado, tristeza o culpa. Tú sabes que tu madre no es muy expresiva, dijo de repente Yaya, pero yo sé que ella está preocupada por ti. Cathaysa viró la cara y siguieron avanzando en silencio. Después de un rato volvió la madrina al asunto: ¿tú no quieres venir otro día más que sea un fisquito pa que ella sepa que estás bien?, no tienes que volver con ella, solo verla un fisquito. ¡Sus, ma!, dijo La Macha zapatiando que hasta se cayeron pétalos de las flores, ¿pa qué eres tan majadera?, después dices de mí. Nooo, se ajeitó Yaya las cadenas, yo solo digo por dicir, y buscó a Cathaysa con los ojos. ¿Ya no te dijo que no?,

siguió La Macha envenenada, ¿ya no te dijo que no quiere hablar con ella?, ¿pa qué sigues, ma?

Ya en la casa prendieron el fuego y La Macha se calentó las lonas. Estuvo Cathaysa mirando la mar por la ventana. Era todo cubierto de nubes negras como mirlos y, a aquello de las siete de la tarde, el cielo soltó una soga de agua como un latigazo en la punta del cogote. No se habló ninguna con la otra hasta que se encontraron en la mesa. Cenaron cortadillos con huevo guisado, dulzones por la fritura que arregló Yaya con salsa tomate Lybis. La Virgen estaba arriba del poyo de la cocina, sujetando al niño, con el ramo de azucenas y un velón alumbrándola. Cathaysa probó los cortadillos pero no le bajaban del todo por el gañote. ¿No tienes hambrita, mi niña?, le dijo Yaya pelándole un huevo. Sí, sí, dijo Cathaysa, se parecen igualitos con los de mi madre. La Macha le agarró la mano por debajo de la mesa, Yaya puso la vista en el huevo. Cathaysa dejó que le bajara una lagrimita por el cachete hasta la altura de la boca, que después se bebió junto con el agua del aljibe. Si le hubiesen visto los pensamientos, se hubiese muerto afrentada: no estaba pensando en la madre, sino en El Higo Pico otra vuelta. El corazón está pa usalo, mi niña, le dijo Yaya pasándole el huevo, como adivinándole los pensares, eso no se rompe, tú le mandas cuatro curitas y con Dios.

Apenas unos días le duraron a Cathaysa los consejos de la madrina.

Con el amanecer encapotado, de lluvia y de sereno, miraba los pies de la cama por si regresaba el papito colorado que vino aquel día. Por la ventana veía destellos de colores esconderse. Los pájaros solo volaban dentro de las hojas de las higueras, haciendo escorrozo de alfombras sacudidas.

No podía salir del cuarto.

Se la pasaba Yaya barriendo bichos negros de las paredes y las esquinas de los marcos de las puertas, que era donde tenían los

echaderos. Se le metió a Cathaysa el miedo de que los bichos se le espicharan por los oídos, como había sentido decir a Engracia, y que le mataran a la criatura. Por la noche, le pedía a La Macha que le tapara las orejas mientras mantenía los brazos retesos en forma de cruz sobre de la barriga.

Al principio pensó que solo era un fisco de desgana por la frialdad. Iban ella y La Macha a las revisiones con el doctor y volvía cansada, con ganas de aforrarse el resto del día en la cama envuelta en siete mantas que no le quitaban el pelete. Al principio pensó que pronto se le iba a pasar la bobería, que apenitas era un fisco de congelamiento, pero ya se estaba recordando ella misma con el padre, a cuando se le metían aquellas tristezas profundas de después de haber estado desmadrado un tiempo. No quería El Tiznado salir de la cama, dormía y lloraba todo el rato, pedía ir al curandero porque le dolía el alma. A Cathaysa eso le daba una pena que no podía vivir en paz. Después, un día, de buenas a primeras, abandonaba el cuarto y se metía a bañarse hasta dos y tres veces. Todo quedaba oliendo a Varón Dandy, un olor que se pegaba de las cosas y del pelo de Cathaysa, que le hacía dolerle la cabeza pero brillarle el corazón, brillarle de ver al padre salir del baño repeinado, derechito a la chatarrería a martillar jarraperías. Entonces entraba él en un estado en el que no podía parar ni por la noche ni por el día: de buscar chatarra, de inventar artilugios. Aquellaba cachivaches de metal, lo llenaba todo de atarecos, sembraba matos nuevos y viejos trasplantados, injertaba, levantaba parrales, hacía decoraciones para las paredes: el número de la casa hecho en burgados pintados de blanco, la Virgen de Candelaria con cáscaras de nueces, el Teide en un mosaico de azulejos rotos. No dormía, no comía, tampoco bebía apenas, solo fumaba. Aquella energía se le acumulaba y llegaba un día en que tenía que salir volando desinquieto como los pájaros capirotes. Entonces era cuando se desaparecía. Denunciaban la desaparición usando el recorte de la foto de la boda, lo mandaban a buscar con conocidos que iban al Sur, le pedían a Tío Aurelio que lo jallara, por lo que más quisiera. Por lo normal, lo encontraban, o terminaba regresando él solo: molido como un zurrón, jecho tabaco, lleno de bichos, tan borracho y apestoso. Lo bañaban. Dios está

arriba, decía Engracia mientras le estregaba la mierda de los pantalones, Dios castiga sin piedra ni palos. Volvía él a meterse en la cama, a pedir onturas, a llamar a las brujentas hasta que se quedaban sin un duro. Era un ciclo sin fin de vida y muerte que Cathaysa observaba perpleja, preguntándose ella que, si se parecía tanto con el padre, si eran ellos dos tan asustados del mundo, tan propensos a que todo los traspasara y los dañara como si en vez de piel tuvieran la malla de un colador recubriéndoles los órganos, si no acabaría ella también ansina: de aquella amarga manera, en aquellos redondeles infinitos de sacar y espichar la cabeza en un bujero.

Picadas en las costillas, la piel retesa como de conejo escuerado.

Largas rajas rosadas le atravesaban la piel de la barriga, ahora más estriada, como si la hubieran aruñado los gatos.

La cabeza rápida, como rueda de fuego:

Tomarme una medicina, una pastillita pa olvidarlo todo, quitarlo de raíz, un fisco de quemayerba de pensamientos, ojalá quemayerba de pensamientos, ¿y si invento un quemayerba de pensamientos? ¿De dónde viene?, ¿adónde va el amor cuando termina?, ¿se queda volando en los celajes?, ¿lo lleva arrastrado la ventolera?, ¿pasa a formar parte de las marejadas?, ¿se queda boquiando fuera del agua como los pescados moribundos?, ¿es de alguien?, ¿es posible guardarlo?, ¿se evapora?, ¿por casualidad puede recogerlo el aljibe como el agua que está caendo?, ¿se le queda trabado al rabo de un lagarto y lo arrastra por el mundo?, ¿entra y sale de la boca de un perro?, ¿puede pegarse de los calcetines como los chiratos y las rapasayas?, ¿alguien lo ve lo oye lo escucha lo reconoce?, ¿acaso alguien lo encuentra por la calle y le dice: oh, ¿qué pasó, mi niño?, rucu-rucu, tanto machaque, ¡no puedo más!, ¿todas las palabras de mi cabeza juntas van a algún sitio?, ¿se esconden?, ¿juegan a la trinca al boliche al palo?, ¿adónde va el amor que le doy a El Higo Pico si él no lo quiere?, ¿se cae pal suelo?

Las encías sangrantes, calambres en las patas.

Yaya pasando por delante del cuarto. Cathaysa acostada de lado, observando los movimientos de la barriga como un gato que acecha un mirlo que anda por las ramas de los granadillos brincando, con la

mirada perdida, esperando a que regresara La Macha y practicando su único pasatiempo: matraquillar. ¿Qué diablos tanto machaque tiene esta chica en la cabeza?, se preguntaba la madrina en voz alta, se está machacando la cabeza con un risco, esta pobre mujer. Ya no quedaba rastro del enfado aquel del principio de ver el cuarto en un puro estalaje: sus, Cathaysa, le decía apenada, estás como un auténtico trapito, y se marchaba a echarle más palos al fuego de la cocina de leña.

Toda la noche toseando, fuerte, unas toses de humedad de pecho. Toses que despertaban a La Macha y la hacían calentar agüita tomillo a las tres de la mañana pa después tener que ir a clase al día siguiente. Cathy, ponte levantada, le decía agarrándole las manitas con cariño, que acostada la tos es peor. Toses que la obligaban a agarrarse la barriga aunque no quería tocársela, pues tenía miedo de que de los samagazos la criatura se le rodara del sitio. Toses que la hacían desvelarse, toses soñadas, que le mantenían el cuerpo en un temblor, un jucucu, un estampido de mano abierta en la espalda, aquel dolor en las costillas, unas toses como de castigo. Tres capas de mantas y todavía las patas eran puro hielo. Primero, solo antes de dormir, y después ya con las toses, le escribía cartas al padre durante todo el día. Aquellas cartas las iba redactando en la cabeza desde por la mañana, bien tempranito, cuando Yaya empezaba a traquinar y a rodar muebles, ya sin abrir las ventanas porque no había nadie que soportara aquel biruje. Luego, por la noche, las recitaba de memoria, temblando: *Querido papi te escrivo estas palabras de mi puño y mano porque Dios me lo dijo que asi lo isiera. ¿Te acuerdas pa, de cuando fuimos pa Candelaria y mami nos izo un caldero de papas con costillas y piñas? pa tu me llevastes ha ponerle la belita a la birjen y yo le pedi sin que tu lo supieras que no te fueras mas nunca de casa. Me digistes que habia gente que benia a pedirle a la birjen que le sanara los hojitos de los hijos siegos y yo me puse bastante triste.* No las escribía en papel, porque estaba segura de que estaban llenas de faltas de ortografía, por lo que le habían dicho siempre las maestras en la escuela: que era una burrita del monte, que venía de coger hierba y que si seguía así de aquella forma iba a acabar como los burros: cargando. Más vale burro

honrado que maestro cabrón, decía El Tiznado al llegar de la chatarra, más vale uno burro, mi niña. *Pa tu siempre saves muchas cosa porque, con la chatarra as conosido mucho mundo todas las partes de las islas y gente de muchos citios y por eso tenemos tantas cosas raras en casa como sombreros megicanos o espadas o un parral de icacos fresquitos que te dieron los amigos que conosistes con la chatarra pa y si tu sabes tantas cosas papito querido del halma mia, porque no sabes que te nesesito tanto pa, yo me siento solita en halma y en pena y no se que haser, ma me dijo que me mandara ha mudar y es tan fuerte la rabia que no soy capas de pedirle perdon porque tu sabes que ella y yo somos igualitas de cabesudas.* Algunas incluso se las escribía en inglés, porque sabía que al padre le gustaban los idiomas. Aquel inglés inventado que el padre le había enseñado y por el que la maestra había llamado a Engracia a capítulo más de dos y tres veces: doña Engracia, escúcheme bien lo que le digo, a su hija le hace falta mano dura, se la pasa hablando en idiomas del diablo: *Papi querido joway bengo a desirte que te hecho de menos vinsinai que ciento que sin ti no puedo vivir cunflai in de wai que eres la persona que yo mas a querido y que me muero sin tu compaña fain senkiu an yu? Pa yo se que tu tienes tus cosas y tus problemas pero por fabor no te vallas lejos de mi que yo se que vas a volber orita de la GOMERA por que te hase falta tu familia. Firmado María Cathaysa tu hija que te quiere y te respeta.*

Ay, papi, pensaba Cathaysa, ay, papito, qué penita tan grande. Se lamentaba, y recapacitaba que debería estarlo buscando en La Gomera en lugar de pasarse todo el día hablando con él en cartas inventadas. Sí, definitivamente tendría que ir a buscarlo, pero el pensamiento se deshilachaba como cuando las nubes se van despegando las unas de las otras. Cathy, ¿quieres más papitas?, le preguntaba La Macha esmenuzándole el pollo, y ya se le quitaban las ganas de comer porque le volvían las revolturas del olor de la comida y de tanto pensamiento virándose sobre de sí mismo. Sabía que tenía que aquellar algo, lo antes posible, antes de que el frío la matara, pero cuanto más lo pensaba, más se le ponía la sangre muerta. Ahora, con más razón, que estaba sola en el mundo. Si

estuviera El Higo Pico, pensaba, si estuviera El Higo Pico por lo menos podría ir a buscar a mi padre.

Entre las cartas y la matraquilla mental que se gastaba Cathaysa, estaba todo el día sin moverse. Solo tiritiaba del frío. Como un gato enfermo en una esquina, así como se quedan ellos paralizados, flacos como espichos que no comen y namás que botan puro moco por las narices, con los ojos pegotiados de langañas que hay que lavarlos con agua de manzanilla. Al mediodía tenía que ir a la cocina a razón del almuerzo, no le quedaba a ella más remedio que abandonar las cartas a cachos para sacar los tenedores de la gaveta. Hoy la maestra me dejó a mí dar la clase, decía La Macha pinchando las papas con un tenedor, los puse a todos parejitos parejitos, nadie pernunciaba, mis, ni mu, todo el mundo calladito atendiendo, y a ella que no le hacen ni fisco caso. Namás los ponía sobre de la mesa, se sentaba y seguía. *Querido pa*, empezaba*, hoy la criatura no se mobio sinos apenititas*, pero con los cuentos de La Macha le resultaba difícil seguir con la historia. Esa guerra entre el mundo de la cabeza y el mundo-mundo la hacía sentir paralizada. ¿Por qué no podía ser de otra manera si era lo que ella más deseaba? La Macha, eso sí era aquelladita, toda diestrita pa las cosas de la casa y de la existencia. Cathaysa la veía escurrir las papas con una fuerza que le daba cansancio solo de verla. Con las humaceras que salían del fregadero, La Macha se parecía con el mismo Diablo encendido en los infiernos. Era tan centella que no le importaba ni quemarse con el agua hirviendo. En esos momentos, de verla así, como un minero tiznado regresando de la oscuridad de la galería, se sentía Cathaysa como una tirantez en la parte alta del chumino. ¿Era envidia? Tenía que ser envidia, porque a veces Cathaysa tenía lo de bruja y envidiosa, como le decía la madre. ¿A quién había salido ella tan embobecida, tan enguirriada y chafalmeja pa las cosas que hacían las mujeres de su casa? Quería saber ella también hacer las cosas, con aquel jeito de gobernanta de hotel, pero de la vergüenza que le entraba hacerlas mal, no se atrevía a dar ni el primer paso. Pensaba que era culpa de la madre por hacérselo todo a ella y al padre desde que se levantaban de la cama. Nunca la había enseñado, y un día, de buenas a primeras, empezó a llamarla gandula y más vaga que la

chaqueta un guardia y a exigirle que hiciera la cama, la comida, que la ayudara en la huerta. Engracia le había dado una maldición que no tenía el resto de las chicas del barrio: disponer siempre de demasiado tiempo para pensar en mierderías. Cuando las otras estaban majando ajos pa hacer el mojo, ella solía observarlas mientras pensaba que adónde iba la gente cuando se moría. Si hubiese podido elegir un lado del mundo, hubiese escogido el de darle machacazos al mortero.

Al acabar la comida, Yaya la mandaba a pelarse la fruta, por lo menos, pa que moviera las manos, que las tenía todas coloradas del grele. Tanto pensaba, que últimamente se le había ocurrido que Yaya quería quedarse con la criatura porque Cathaysa no se encontraba bien. No parecía muy contenta de ser madre, que ya lo tenía la madrina todo calculado por la forma en la que la acechaba y que la había llevado a la casa de la madre a traición, pa joderla. Echó de menos a la madre, de repente, echó de menos hasta los peleos y los gritos. Ella, que eso era uña y carne con Yaya porque no la maltrataba, no sabía por qué, pero estaba de contestona con la madrina. No le puso asunto Yaya porque estaba todo el mundo eschavetado a cuenta del frío, todo el mundo, pero sobre todo la ahijada. Asustada, había venido La Macha a contarle a la madre que, por las noches, Cathaysa veía luces de colores; que, por los viros de los ojos, lagartos y perenquenes que no estaban; que escuchaba la pita de la bombona cuando no era hora de pitas ningunas; gallos, burros, baifos, machos cabríos resoplando; bichos carreteros grandes como camellas que se peliaban entre ellos, que querían matarle a la criatura.

Cuando llegó el temporal, vino la negrura. Las palomas volaron en círculos, acabaron aposándose asustadas sobre de los cables de la luz. Corrían por los aires hojas de viña y restos de papeles de la fiesta todavía trabados en nudos rotos de lo alto de los postes. Los gajos de los pinos y los cañaverales bailaban a punto de partirse.

Cantaban los gallos preocupados, caían tiestos de geranios y trabas sueltas de las azoteas. Aquella ventolera trajo más lluvia, y atrás de la lluvia vinieron rayos con centellas, ¡y un frío!, un frío que no habían sentido ni las gentes más viejas. Tanta agua bajaba por el camino que se formaban olas en los desagües como en un muelle. Corrían los barrancos, y en los patios se amontonaban el penillo y las piñas de los pinos. No podían pasar los coches, ¿y las personas?, las personas se quedaron asustadas dentro de las casas, como las palomas turqué escondidas en la laurisilva. Atemorizados los maridos de que los echaran de la obra por no haber podido ir al Sur aquellos días. Atemorizadas las mujeres porque no quedaba una braga seca. No pasaban el hombre de la bombona ni el panadero, y la venta estaba trancada con un palo de lado a lado para que no se abriera la chapa con tremendo temporal. No quedaba leña seca en las casas y tuvieron que salir al monte, con lo que estaba cayendo, a coger de la mojada misma. Humaceras blancas y apestosas se metían por las narices de andar quemando aquellos palos verdes de brezo nuevo. Llovió ansina, de aquella forma rabienta y perretosa, tres días y tres noches seguidas, llovió ansina hasta llegar la víspera de San Juan. La víspera de San Juan, la vaina se aflojó un fisco. Pero la sorpresa de que la cosa aflojara no fue del todo buena. Para nada: las tongas de bichos eran horrorosas. Estaban ahogando las cosechas y no quedaba una col de orilla que no estuviera llena. Había muchos más bichos que personas en el mundo, muchos más, ¿qué dices, muchacha? Y cinco y siete veces más que personas en el mundo, Coralia. ¿Tú mirastes bien ese entullo que tienes en la puerta? Tú eso no lo sacas ni con disolvente.

En la víspera de San Juan, en vez de quemar atarecos y muñecos vestidos con ropas viejas, la gente pegó a darle fuego a tongas de bichos carreteros. Algunos hicieron machangos para comunicarle a Dios lo que pedían: que acabara con aquel palo de agua, con aquella montaña de bichos negros que cada día era más cumplida. Machangos, sí, machangos negros que eran muy sencillos de hacer: namás que telas negras cosidas rellenas de penillo mojado, pues no quedaba seco. Los clavaban con una estaca al centro de la fogalera. Eran fáciles de aquellar, pero a la gente les estaban resultando

difíciles porque del frío no podían mover los dedos para amarrarlos al palo. Las fogaleras apestaban a rayos quemados y una nube negra medio verdiando cubría el barrio completo. El barrio completo junto con el sereno que pronto descargaría, otra vuelta, agua y más agua, y apagaría el asunto. Después de eso se volvió costumbre hacer una hoguera o dos a la semana para quemar la plaga.

La mañana de San Juan, las aldoriñas pegaron a correr entre los pinos como juyendo, doblándose y virándose sobre de sí mismas en el aire. Lenguas de bruma se arrastraron por sobre del monte y las casas. De un momento al otro todo el barrio fue blanco de bruma, no solo las casas, también a ras de suelo. El cielo empezó a existir desde la altura del piso. La bruma corría rápido aquella mañana y a eso de las once dejó entrever el volcán. ¡Virgen Santa!, chilló Yaya asomada por la ventana de la cocina. Estaban todas las vecinas a su vez con las narices trincadas contra los cristales de las ventanas como auténticos cochinos: con bata de levantar, gorro, bufanda y guantes. ¡El Teide nevado a finales de junio!, siguió chillando, ya el conejo me arriscó la perra: el tiempo se volvió loco como Cathaysa. ¡Mentirosa!, dijo La Macha dejando a Cathaysa sola en la cama, y salió corriendo a la cocina. ¡Cruz!, dijo al asomarse ella también por la ventana, ven Cathaysa, pa que lo veas, está blanquito como un palomo. Se levantó Cathaysa con aquellos pies fríos e inflamados aforrados en tres pares de calcetines. Se arrastró por el pasillo agarrándose la barriga por la parte baja para no notar a la criatura, la barriga, aquella barriga cada día más empinada. Desde la puerta lo vio: el volcán era blanco del pico hasta las faldas. Había caído nieve hasta en las primeras casas del barrio. No muy lejos de ella morían animales congelados.

Estoy mal, tengo mal, dijo Cathaysa trastornada. ¿El qué?, respondió La Macha con los ojos regañados de la blancura del volcán. No estoy bien, no soy bien, pero ni Yaya ni La Macha podían atenderla, porque se encontraban anestesiadas por la brujería del volcán y no podían quitar la vista de la ventana. Salió Cathaysa corriendo al recibidor, marcó rápido los números y le respondió la madre de El Higo Pico. Yo soy mal, dijo Cathaysa, me encuentro mal. Mi niña, ¿qué pasó?, respondió la doña con susto, ¿te volvieron las

regolturas? Dígale, em, sí, dígale a El Higo Pico, eh, que venga a buscarme corriendo, que vino la fin, que es la fin, que me tiene que salvar. Mi niña, estate tranquilita, respondió la mujer, él salió temprano. ¿Pa dónde?, ¿y el temporal? ¿Qué temporal, mi niña?, preguntó la doña, confundida, aquí no ha caído ni una gota de agua. ¿Ah, no?, se quedó Cathaysa confundida, ¿no? No, mi niña, un fisquito panza de burro, pero como siempre. ¿No me puede venir a buscar? Ay, mi niña, ya yo te dije ya, que no andes preguntando por él, que no merita la pena, respiró cansada, además, él ya se consiguió a alguien.

Cathaysa se quedó escolorida.

¿Ya?, dijo, ¿ya?

Soltó el teléfono.

Ah ah ah, quiso hablar, pero no pudo.

Lo dejó caer contra el piso y retumbó como un cacharro.

Corrió a encerrarse en el cuarto baño, con fechillo. No sabía si tenía ganas de arrojar o de cagarse viva. Pegó a truncunar la cabeza contra la pared. Primero La Macha pensó que estaban tocando en la puerta y fue a abrir. Miró por el bujerito: no había nadie y tampoco se atrevió a salir de tan grande el frío. Luego se dio cuenta ella de que los estampidos venían del cuarto baño.

PUM

PUM

Fue corriendo. Intentó abrir la puerta, pero estaba trancada.

¿Cathaysa?, dijo La Macha forcejiando, ¿qué coño manía tienes de encerrarte en el baño, muchacha?, ¿qué tienes?, ¿te cayó mal la lechi gofio?, ¿te traigo un tallito de col con aceite?

No puedo.

¿El qué no puedes, Cathaysa?

No puedo, me quiero escachar la cabeza con un risco, me quiero quitar la vida.

¡Cathaysa, no seas machanga mierda, no digas eso porque te

escacho la cabeza yo a ti por matraquillosa!

Paró entonces Cathaysa de darse estrompazos sin soltar las manos de los azulejos. No me quiere y no va a venir más nunca, dijo alongando la cabeza contra la pared para volver a mandarse un mandarriazo, estoy sola, soy sola, yo soy sola y más nadien con una criatura que va a venir al mundo y yo soy sola, sola y más nadien, ¿me oístes?

¡Cathaysa, por favor te lo pido, no seas machanga!, ábreme la puerta.

¿Pa qué?, si yo no quiero vivir si no puedo estar con la persona que yo quiero.

¡Muchacha!, ¡¿qué carajos estás diciendo, muchacha?!

PUM PUM PUM, volvió Cathaysa al truncunazo limpio.

La Macha forcejiando con el fechillo, empujando la puerta que parecía que iba a botarla a tierra.

¡Machaaaaa!, chilló Yaya ahora desde el salón, intentando encontrar una noticia del temporal en las noticias autonómicas, pero la tele no se regulaba, ¿qué diablos son esos estampidos?

Cathaysa, dijo La Macha con la sangre envenenada, estate quieta ya, no seas cabezuda de mierda, que mi madre se va a cabrear contigo y te va a mandar pa cas tu madre.

Paró en seco Cathaysa, se arrimó a la puerta y despacito destrabó el fechillo. Entró al baño La Macha y volvió a cerrar la puerta.

La Macha se quedó atemorizada de ver cómo estaba aquello: Cathaysa toda matada, con una peta morada en la frente. Los botes de champú regados por los azulejos del suelo, con todas las etiquetas hechas miles fiscos como confetis, la cortina de la bañera caída, churretes de champú verde en el cristal del espejo. La Macha se quedó agarrada a la puerta sin reconocer a Cathaysa.

Macha, dijo Cathaysa dejándose caer al suelo, yo no puedo vivir sin El Higo Pico. La Macha tardó un rato en responder, luego caminó y se sentó en la taza del váter. Pensaba Cathaysa que se iba a poner

como el diablo, como hacía siempre que ella le hablaba de un chico, porque por lo general evitaba decirle a La Macha directamente cosas sobre enamoriscaderas. Muchacha, dijo La Macha sin parar de mirar el desastre, ¿tú me estás diciendo a mí que tú no quieres vivir por ese jarrapo?, tan calmada en la respuesta que hasta ella misma estaba sorprendida, ¿tú no ves que eso es un fisco mierda al lado tuyo? ¡Cállate, bruja!, chilló Cathaysa arrastrándose hasta La Macha, y le mordió los tobillos como un perro. ¡Aaaaaaaaaah!, chilló La Macha dando patadas. ¡Chacha!, se quejó Yaya otra vez sin soltar el mando de la tele, ¿qué diablos de escandalera es esa?, ¿qué es esto, la casa los locos? ¡Bruja!, dijo Cathaysa ahora más bajito desde el suelo. ¡Cathaysa!, la agarró La Macha por los brazos para levantarla del piso, pero ella no se dejaba, olvídate de ese chico ya, apretándole las muñecas, ese chico es malo pa ti, hablando con los dientes retrincados, ese chico te daba mala vida, ¿tú no te das de cuenta? ¡Aaaaaaah!, ¡mentirosa de mierda!, chilló Cathaysa bajito, afirmándose al suelo, ¡BRUJA!, se le escapó entonces más alto. ¡Chiiiiiiiiicas!, Yaya desde el salón, ¡ya está bueno ya!, y bajó chancletiando a abrir la peluquería por si aparecía alguna vieja espelujada. Ese chico nunca te ha querido, dijo La Macha sin dejar de apretar las muelas, la única que te ha querido de verdad... ¡soy yo! Pegó a pataliar Cathaysa por el suelo como un chico ruin con una perreta. Dio volteretas, se estampó contra los viros de las piezas del baño y terminó mandándose puñetazos por la frente mientras hacía ruidos con la boca: ah ah ah.

¡Para ya!, la agarró La Macha por las muñecas,

¡ssssshhhh!

Pégame, le pidió Cathaysa con los ojos abiertos como chernes,

los pelos completamente embrujados,

la respiración descoordinada de coche caminando con la rueda picada.

¡Pégame, por Dios te lo pido!, le agarró la mano de mandarria a La Macha y se la puso en la frente. La Macha dejó la mano momia, no te voy

a pegar, respondió firme como un coronel.

Pégame, mándame con esto en la cabeza, Cathaysa agarrando la

jabonera que había sobre del lavamanos.

¿Tú estás loca?

¡Soy una jedionda!, le gritó mirándola con ojos rojos esquiciados, babas blancas cayéndole por los viros de los labios con boqueras, todo el mundo sabe que soy una jedionda y que estoy preñada, y ahora no puedo despreñarme,

Cállate, Cathaysa, por Dios te lo pido, no digas esas cosas que el Señor te va a castigar.

¡¿Más?!, el Señor no me puede castigar más entodavía.

Cathaysa, por Dios te lo pido.

Mátame, reviéntame la cabeza, no puedo, pégame pa que se me quite esta matraquilla, quiero parar de pensar, me duelen los dientes de tanto pensar, por Dios que no puedo, pégame, Macha.

Cathaysa, no digas eso.

Con la mano abierta, así: le agarró la mano a La Macha y se la puso en la cara, empezó a hacer movimientos bruscos, pegándose ella misma en el cachete con la mano de la amiga. Pégame, mándame una torta fuerte, por favor te lo estoy pidiendo, es fácil.

Cathy, no.

Te lo estoy pidiendo por tu madre, por lo que más quieras.

Cathy.

Las lágrimas le corrieron a La Macha por la cara. Se quedó un segundo mirando a Cathaysa a los ojos, con las lágrimas como estanques hasta los topes. Abrió las bembas La Macha y malamente recuperó el resuello, jap jap, jaló el aire como la soga amarrada al cubo que carga el agua del aljibe.

Lloró La Macha esconsolada, y entre lloros agarró carrerilla:

¡pímbale!,

le mandó fuarte estampido que la dejó temblando.

Sonrió Cathaysa con aquellos dientes apilados como piña de millo tierno. Le corrieron dos lagrimones por la piel, solo dos lagrimones espesos de leche de cabra.

¡Más!, dijo aún con la sonrisa en los labios, más, te pido que me pegues más, por favor, dame más, me voy a volver loca, tengo la chaveta virada, te lo pido por la Virgen, por la Virgen del Socorro y

lo que más quieras, mis, te lo juro por Dios, que por Dios no se jura, que me tienes que reventar los bezos.

Cathaysa, sabes que eso no está bien, Dios nos va a castigar.

Por favor te lo pido, es la última vez que te lo pido en la vida.

Cogió aire, La Macha, se presinó tres veces seguidas y se tapó los ojos con una mano. Con la otra pegó zumba y dale tortas van y tortas vienen y la cara de Cathaysa bailando de un lado al otro como una palmera en un temporal de viento fuerte. Se fue resbalando Cathaysa hasta quedar a cuatro patas como los animales. La Macha siguió al puro rebencazo hasta terminar las dos rendidas en el piso.

Pegó Cathaysa a llorar entre chillidos que rillaban los dientes de La Macha. Era un llanto profundo, tan antiguo como la sangre de un drago. No acabó hasta después de media hora, y todo el tiempo La Macha la observó asustada.

Se dejaron dormir en el piso del baño, abrazadas la una a la otra, al principio temblando del frío, pero después compartiendo el calor que esprendía La Macha. La Macha agarrándola de la barriga como para que no se le saliera la criatura.

Al rato despertaron con el piso lleno de bichos carreteros de todos los tamaños. Abrió los ojos La Macha y le agarró la mano a Cathaysa, entrelazando los dedos. No te asustes, le dijo la amiga mientras también abría los ojos a duras penas, hay bichos en el suelo, pero ninguno te entró por las orejas, yo estuve pendiente. Estaba tan cansada, Cathaysa, pero tan cansada, que no le dio el tino pa chillar. Se metieron las dos arrastrándose dentro de la bañera. Durmieron otro buen rato escogotadas. La Macha pendiente de protegerlas de los bichos carreteros, tapándole los oídos. A la una del mediodía despertaron despacio.

Cathaysa, le dijo La Macha, pues llevaba un rato mirándola y dándole vueltas al mismo asunto: tú dices que no puedes vivir sin él, pero ahora estás viva, aunque tú no lo creas.

Pero él, dijo Cathaysa con las pestañas pegadas, me hace feliz.

Escúchame, le dijo, escúchame bien lo que te voy a decir porque llevo un rato recapacitándolo: eso es como uno que iba caminando un día por los caminos y se sintió contento. Estaba aquel caminando por al lado de una huerta abandonada, levantó la cabeza y buscó, y

lo primero que encontró fue un nisparero. Entonces esa persona pensó: estoy contento porque hay un nisparero, y pos cada vez que esa persona pasaba por ahí, sentía que era feliz porque estaba el mismo mato. Bien, pero entonces cada vez que pasaba por un sitio y no había un nisparero presente, no podía ser feliz. ¿Con esto que te quiero dicir?, que esa persona no se da de cuenta que la felicidad la tiene dentro y no es el mato. El Higo Pico es el nisparero, pa que tú me entiendas la reflexión mía, pero la felicidad es tuya. No te olvides que la felicidad es siempre tuya, no del mato.

Se quedó muerta, Cathaysa, no supo ni qué responder. Se quedaron un rato pensando en aquel cuento, mientras La Macha le daba bolichazos a los bichos que conseguían subir por el viro de la bañera. A eso de la una y media vino Yaya chillando y tocando fuerte en la puerta: ¡salgan ya del cuarto baño, que están como las putas en Cuaresma! Se lavó la cara La Macha con agua y jabón dentro de la bañera y se la lavó a Cathaysa después. Atravesó aquel suelo pisando bichos negros, trajo el escobillón, los recogió dando dos o tres viajes con la pala llena. Limpió el estalaje que había hecho Cathaysa y fueron a almorzar. Después se sentaron juntas en la cocina de leña. Allí bebieron café delante de la chimenea encendida, con namás que cuatro palitos finos porque ya se estaba acabando la madera otra vez. Bebieron café, esmorecidas de la risa. Les dio por recordar las cosas tan loquinarias que hacían de pequeñas. No vieron la novela, aunque les apetecía. La luz se iba y venía porque el temporal había destrozado los cables y las antenas. Miraron el granizo caer por la ventana, se hicieron cosquillas en los pies escalzos mientras se calentaban los calcetines y las cholas alante del fuego.

Ahora que La Macha había acabado el curso y andaba siempre en la casa, Cathaysa estaba contenta. Ya no sentía tantas ganas de arrojar, pero se le había metido un cansancio mayor que el de antes. Se la pasaban todo el día juntas, desde que se levantaban hasta la

hora de acostarse. Aceptó ella que El Higo Pico no iba a volver más nunca, que tenía que desaparecer para siempre, y la sensación fue de marcharse mucha gente junta, gente alegadora que salía por el patio haciendo montón de ruido y llevándose montón de cosas sin permiso. Quedó un salón vacío, con los papeles de la fiesta todavía colgando de los bloques sin encalar. Ya Cathaysa no sabía tener la casa sin gente. Primero vino la culpa, el mal recuerdo de aquellas manos que la sobajaban cuando era chica. Aquel recuerdo extraño que parecía un sueño malo y no un recuerdo. Después, el asco; más palante, el deseo. Se entregó entonces a La Macha, a sus manos de plana arrastrando el encalado, a las palabras de torniquete, a la risa enyugada de boca llena de fisquitos de galleta gomera. Ya Dios la había abandonado, ya la había castigado, pensaba ella que era difícil que la castigara aún más fuerte, así que se dejó llevar por aquello que hacían desde menudas, ahora sin temor ni arrepentimientos.

Subió de peso, Cathaysa. Estar con La Macha le había dado hambrita, ganitas de comer, namás que puro arroz con leche calentito y azuca. ¿Qué quiere hoy mi machanguita pa cenar?, decía La Macha poniéndole las manos, ahora sí, en la punta de la barriga, ¿un fisquito de arroz con leche o papitas con huevo? Yaya estaba contenta de verla más hermosa, el médico también la había felicitado. Fueron los besos pegajentos en el naciente del pelo, los ¿quieres que te jaga un estregamiento en las patas?, ¿un fisco dulce guayabo?, los mira, chiquita fiesta tiene, cuando Cathaysa se sentía la criatura brincando cada día más fuerte dentro del cuerpo, y traía entonces las manos de La Macha hasta la barriga, la barriga: el lugar en el que ahora las dos se encontraban, y La Macha cerraba los ojos y sentía un quemor, el frío, el olor, el primer calor del calostro amarillo de Cathaysa en los labios como brillo de brillantina. Fueron las mantas ocultando la lambuciadera. Un día en el que no fueron más amigas, sino dos gatos amontados uno arriba del otro: uno preñado, el otro con los ojos chicos sonriendo de contento. Va a salir jocicudo, decía La Macha, o jocicuda, como la madre. Ahora Cathaysa amaba a la criatura porque había visto el amor a la criatura en los ojos de La Macha. Ahora Cathaysa la tocaba despacio, ahora no quería morirse. Ahora no sabía por qué, pero no sentía tanto

miedo, sino una alegría chillona. Ahora no sabía hacer un potaje, pero nadie nacía aprendido. Iba palante con todo, con los ojos cerrados y los brazos atrás de la espalda porque tenía a La Macha al lado, que fuera lo que Dios dijera. Nadie podía destrabarlas. Nadie. Nadie podía zafarlas, nadie, a cuenta del frío y la preñadera, nadie, y aunque lo hubiesen intentado, La Macha se hubiese agarrado a las bolas del pijama de Cathaysa con los dientes, por eso Yaya se hacía la de que no iba con ella el asunto y las dejaba hacer sin averiguar más nada, por eso no salían del cuarto y dentro del cuarto se iban enamorando, La Macha, Cathaysa y la criatura, mientras el mundo caminaba palante, siguiendo su propia vereda, que no conocía la que ellas estaban andando: a lo lejos escuchaban a la mujer de la verdura con la voz tembliquiando del frío: hay cebo-llas de Masca, cebo-llasllas de Masca en ristras, cebolla-llas en ristra, las últimas de la tempora-da. La gente azorada completa, metida en las casas, todos peleados con todos, los primos con los padres, los hermanos con los primos a cuenta de tanto bicho carretero. Todo andaba mal en el barrio, menos ellas. Aquel amor repentino fue como prender un velón rojo con un fósforo: la misma paz, el mismo calor en los huesos del alma.

Las vecinas en crisis de nervios dentro de la peluquería por la cantidad de café que tenían que tomar para activarse, para matar el frío y más que sea lavar la loza, que desde que se había metido la humedad ya no podían ni atender a los maridos, por eso se mandaban un café cada media hora clavada, pa poder lavarles los calzones como Dios manda. Cada media hora clavada, Cathaysa y La Macha las escuchaban la cabriadura:

¡Café!

¿Quieres café, Marita?, decían,

¡Sí!, ¡café!, pero un fisquito namás,

una chispita,

una lágrima,

una luz,

un apenitas de nada.

¡Macha!, chillaba Yaya desde el garaje, ¡otra cafetera de las grandes!, y se levantaba La Macha de la cama con los pies pesados

a poner la cafetera, pero namás la ponía en el fuego volvía escopetiada a abrazarse con Cathaysa, limpiando de paso los cuatro bichos carreteros que se le habían acumulado en el lado vacío de la cama. Namás ponía el café en el fuego, volvía escopetiada y luego, de tanto que les costaba separarse, se le esramaba sobre de la cocinilla, y eso que en aquella época el café se había vuelto bastante valioso. Aquellos cinco minutos en los que La Macha bajaba el plato con la cafetera y las tazas les daban a ellas para echarse tanto de menos que les entraban ganas de llorar y todo.

Macha, decía Cathaysa, ¿por qué tardastes tanto?, y La Macha: que no me fui, que ya vine, que ya vine, corujita chiquitita mía, y se le arrimaba a la punta de la barriga, y la criatura le daba patadas a La Macha y eso le provocaba a Cathaysa un placer extraño, como si la tuvieran adentro las dos y no solo ella. Un placer extraño, como de dejar la cama deshecha todo el día: solo las sábanas tendidas y la colcha virada, como preparada para recibir un cuerpo, dos, tres, con el de la criatura. Cien con los de los bichos carreteros. A mediodía, solo cinco minutos de ventana abierta y el biruje pasiando por el cuarto, arrastrando todo aquel olor a chochos adobados de haberse pasado la mañana entera con las manos en las bragas. El frío metido en todas las cosas, como limón en los labios cortados. La Macha barriendo los bichos que se habían acumulado mientras Cathaysa la miraba con los ojos dados fuego desde la cama. ¡Acaba ya!, le decía, pa que me calientes las manos, que tengo frío. De nuevo, la ventana cerrada. Recomenzaban debajo de las mantas y todo se movía en círculos. La Macha probaba a meter un dedo más que el día anterior dentro de Cathaysa, y Cathaysa, el temor, el miedo de que la criatura se le saliera de aquella forma, aunque quería seguir, porque cada poco le ponía la cabeza a La Macha debajo de las mantas. Por momentos sentía ella que la criatura iba a coger el jocico de la amiga en vez de el del padre. Macha, muérdeme el chicle, le decía Cathaysa, y La Macha: ¿cómo no?, lo que usté mande, se lo chisquillaba como un Búmer de fresa. Macha, Macha, decía Cathaysa, Macha, pégame con las tetas en la cara, y ella misma y la misma Macha se sorprendían de ver a Cathaysa así, sentenciada a tocar y dejarse tocar de todas las formas posibles, con las piernas

relajadas, sin retrincarlas, que no tenía Cathaysa recuerdo de haber relajado nunca las piernas en toda la vida. Ella, que siempre se quedaba yerta, dejando que La Macha la rozara con un solo dedo por encima de la braga sin moverse; ella, que rezaba y lloraba después de estregarse en los cojines, ahora amasucaba las chiquitas de tetas que tenía La Macha como una pelota de gofio y lloraba del gustazo cuando sentía aquel quemor en las verijas después de estregarse los ojos de los muñecos viejos. La Macha, ay, chacha, se quejaba, jálame las tetas, decía, y Cathaysa se las estiraba de nuevo, observando lo lejos que llegaban si se las separaba del tronco. La Macha estaba tranquila, se quedaba más relajada que el carajo desde que Cathaysa le sacaba fuego al chumino de ella. Ya no tenía fuerzas pa cagarse en todo lo que se menea, que era el estado natural de La Macha. Entre encendida y encendida, solo le daba el tino pa respirar y mirar los bichos carreteros de las paredes, sudando como un cochino, con la cara enzapada y aquellos pelos chicos de la frente rizándose y desrizándose como puntas de jelecho.

Macha, Macha, se la pasaba Cathaysa diciendo: M-A-C-H-A.

La Macha y el padre eran las únicas personas que ella sentía que la veían de verdad por lo que ella era. También eran las personas más raras que ella conocía. La Macha por ser macha y no importarle la opinión de la gente. El padre por las ideas de loquinario, de cambear el mundo y la vida, de la chatarra y los aparatos inventados, como los científicos y los inventores, de las decoraciones, los guanches, los budistas, los matos de frutas raras, la guitarra y los papeles botados en las basuras. Nadie en el barrio era normal, porque tampoco nadie tenía dinero pa aparentar normal, pero La Macha y El Tiznado eran de verdad fuera de lo común. Veces había pensado Cathaysa en un mundo en el que solo estuvieran ella y La Macha y el padre. Le gustaba a Cathaysa la cosa que La Macha la hacía sentir, y solo ella: que la guapura, la feúra, la flacura y la gordura no importaban, que podía ella arrancarse las pestañas de cuajo y las cejas y no pasar nada de nada. Como quien siente la lluvia caer, como la sentía ella en aquellos días de grele.

Después de almorzar y pasarse la mañana dale que te pego, se enguirriaban atrás del fuego en la cocina de leña. Olor a encendido,

dulcito en el canto atrás de la boca. Yaya escuchando a Rubby Pérez en la radio de la cocina y ellas repochadas en el sillón alante del fuego con las patas abiertas. La Macha con la compresa cambada y todo el chocho rozado de estregarse con la braga puesta asomando el pepe por una esquina. De verla así, con la compresa desajeitada y el pepe peludo saludando, sentía Cathaysa una especie de disgusto mezclado con un nervio caliente que le subía por el cuerpo. Nunca tenía claro si La Macha le gustaba o le disgustaba. Sentía ganas de mandarle un tortazo y de lamberle el chocho al mismo tiempo. Así mismito como estaba: con la compresa y todo. De unas semanas a esta parte solo sentía lo segundo y ya no sabía por qué le estaba pasando. La Macha no era tan majadera como antes, eso era verdad. Capaz se sentía relajada porque ya no tenía que controlarla, porque Cathaysa no tenía adónde escapar, adónde marcharse con aquella barriga como un tolmo, y eso la tenía tranquila, eso la tenía gozando. Comadre, le decía La Macha con una sonrisa que Cathaysa le desconocía de antes, dice Yaya que seguramente esta tarde vuelva a caer otro palo de agua. Sonreía Cathaysa contenta. No queda más remedio, decía La Macha, jalándose los pantalones por arriba de la vida, que espicharse debajo las mantas y adiós que te fuistes. Sonreía Cathaysa feliz porque feliz se estaba sintiendo así, de aquella nueva manera: estregándose en la pata de La Macha, entregándose al frío del anochecer temprano y tardío de aquel verano-invierno. Se imaginó un mundo en el que solo hubiera que estregarse en las patas de las amigas. ¿Las amigas? Ya no sabía qué estaba pasando, eran maridas, como cuando en el colegio jugaban a las casitas e inventaban una casa sin hombres. Sí, de repente era Cathaysa feliz, aunque el resto del mundo estuviera deprimido a cuenta de aquel tiempo malo. Siempre había soñado ella con una persona que la acompañara a cada cosa que hiciera: al baño, a bañarse, a coger un vaso de agua, a ponerse las cholas de levantar, a espicharle la lechi gofio dándole cucharadas chiquitas. Un segundo cuerpo, una testigo de la vida de ella, de cómo era ella y de las cosas estúpidas que hacía. Una persona que la ayudara a decidir cualquier cosa por muy menudita que fuera, porque algo sí tenía Cathaysa, y era que no sabía decidir nada por sí sola. Deseó en

aquellos días estar preñada por siempre, vivir en una preñadera continua.

Ya no pensaba en El Higo Pico. El amor de La Macha la tenía en una pura anestesia. Escachaba el dolor debajo de la manta, se aferraba a La Macha como se aferran las lapas curvinas a los riscos. La tristeza daba bandazos y ella seguía afirmada. Lo único que no podía hacer era dejar de pensar sobre el padre, pero tenía a La Macha para apaciguarla. Era como la chupita que podía llevarse a la boca por si le venía el llanto, cuando tenía miedo de que el padre lo estuviera pasando mal, de que no tuviera cómo cobijarse. A finales de julio, los días seguían siendo hermosos abajo de la lluvia, pero a la noche no se podía dormir pensando en El Tiznado. Decía Yaya que el embarazo daba por no dormir, y se la pasaban ella y La Macha en el cuarto de la tele viendo *La niña de la mochila azul*, con el fechillo cerrado, cantando Cathaysa junto con Pedrito Fernández, imaginándose que eran ella y el padre cantando a la vez. Macha, ¿tú crees que mi padre va a volver?, le decía Cathaysa con angustia, y La Macha corría a taponar la herida siempre medio abierta de la chica: ¿tu padre?, eso te quiere como el carajo, tú sabes que tú eres la niña de los ojos de él, horita vuelve, estate tranquila, y el pensamiento se marchaba por un rato. Pero cada vez necesitaba ella preguntar más de seguido si el padre la quería, si iba a volver, si estaría bien, si creía que estaba borracho, si creía que estaba jugando a las máquinas, señor Dios pobrecito no puedo no puedo ni pensarlo me da una agonía que me muero no puedo Macha tú piensas que está bien de verdad piensas que mi padre no está metido en un problema o que le pasó algo malo ay dios no quiero ni pensarlo pero a veces lo pienso tú piensas que mi padre está vivo por Dios no puedo ni pensarlo, pero sí que lo pensaba. Claro que lo pensaba. Lo pensaba hasta molerlo como tamo, con fuerza, bien profundo, como todas las cosas de la vida, que las pensaba y las pensaba hasta que la fuerza se le iba por el pensamiento.

Abandonó la idea de hacer algo. Se sintió como dejar una vela sola y prendida, alumbrando la foto de un muerto. La tristeza se iba sola con la vela y se encargaba de sufrir por Cathaysa. No sabía ni por dónde empezar, y por eso era mejor dejarlo estar por el

momento, que se fuera pudriendo hasta no aguantar más el jedor a pantanas podridas. Mientras tanto iba a seguir dejándose adorar por La Macha. Mientras tanto iba a seguir quitándole los espinos de la cara y la espalda hasta dejarla deformada como un monstruo, pues fuera de las mantas del cuarto no sabía cómo quererla si no era sacándole la sangraza. Después de todo, no era tan malo pasar el resto de la vida junto con La Macha, que la cuidaba, y la quería, y la acompañaba. ¿Que era cierto que quería tocarla todo el tiempo y tenerla arrimada al pie como un perro sato?, lo era, pero la cuidaba y la quería y la acompañaba y no les iba a faltar de nada porque La Macha iba a ser importante con el curso de administrativo. Por eso pensó que qué más le daba, que se podría pasar el resto de la vida encerrada en aquel cuarto, viendo los bichos carreteros dejándose caer de espaldas desde las paredes, durmiendo con cartones a los lados de la cara para que no le entraran por los oídos, tocándose y dejándose tocar la cara, las manos, las caderas, la cabeza, las verijas por La Macha, dejándose afeitar las piernas, lavar el pelo, meter el tallito de col, cortar las uñas de los pies rentes hasta que le salieran heridas que después le iba a curar la misma Macha con la saliva amarga del perro de san Antón.

En contra de la naturaleza y las leyes de Dios, los cientos de bichos carreteros seguían vivos a principios de agosto: no seguían namás que vivos, la gente los estaba empezando a comparar ya con la plaga de las langostas africanas, de cuando los tiempos de antes, y con la otra plaga de los bichos negros, la de los tiempos de la fánfana, de cuando uno chico, que comía uno tortas de jelechos y pencas: ¿te recuerdas, Severiano, de cuando uno chico, las huertas minadas de bichos enroscados entro las pantanas? ¡Cruz, perro!, ¿por qué el Señor quiso mandalos este tiempo condenado otra vuelta? Oh, y pos algo malo habremos jecho, digo yo, bastante malo pa que Dios ande cabriado como un macho ansina como anda, ¿no te parece, compadre, que Dios no se cabrea pol gusto? No,

Ermenegildo, es verdad que Dios no coge guerra por vicio. La gente empezó a botarles café, pal carajo. Alguien había dicho en la venta que se le había caído el café sobre del suelo y uno se acercó a beber como los peces en el río y que eso los mataba. Los ponía como motos todos engrinchados parriba haciendo caballitos y se morían petisecos de la crisis de ansiedad que les entraba, ¡pero era mentira!: cada vez había más y se ponían más gordos que samerucos. Alguien dijo que estaban más hermosos a causa del café, porque los ponía alterados y les entraba por chillar y por chisquillar más fiscos de pan, como Yaya, que de los nervios que se agarraba de sentir a las viejas alegando de Cathaysa sin alegar de ella directamente le daba por comer pelotas de gofio con mucho azuca. Había gente que tenía la teoría de que chillaban y de que se alimentaban de los fiscos de pan que caían de la mesa cuando se le pasaba el trapo. Otros decían que se alimentaban del aire y que no se comunicaban de ninguna manera. Las vecinas dejaron de sacudir el trapo en el suelo y en el fregadero y lo llevaban hasta la taza del baño, por si acaso fuera a ser verdad el cuento. Después prendían velones rojos de los muertos arriba de la taza para que se los tragara la isla. Dios, santo Dios, llévate los bichos negros, por lo que más quieras, amén. Había listas de espera para que el cura viniera a bendecirles las paredes, las huertas y las casas.

A Cathaysa le costaba más respirar, tenía dolor en la cintura y ganas de orinar continuas, como una gallina. Tanto bicho junto la tenía dañada. Harta de aquel friaje: ella, que le encantaban el verano y el calor, había ido a parar al peor sitio del mundo. Ahora solo quería a la criatura, estar con la criatura, abrazarla hacia dentro, desde que había descubierto el placer de sentirla. Estaba como las veletas: un día cabriada, otro contenta, un día enamorada de La Macha, otro ascuada de la forma en que se tragaba la sopa como un pato con fonil, ascuada de tenerla cerca. Ya no sabía si era la preñadera o que ya no aguantaba tanto las majaderías de la amiga, que no eran nuevas, que siempre estuvieron, pero que parecía que durante un tiempo no las había visto tan claras, ¿sería a cuenta del embarazo?, pos sería, comadre, sería, porque Yaya le había dicho

que el embarazo te trastornaba y ya no sabías más si eras tú o era el embarazo.

Un día de principios de agosto se dio cuenta. Sintió verdor, un nudo deshecho de lombrices de tierra en las manos. Notó que no podía moverse sin que La Macha le diera el permiso. Sacó la cabeza por fuera del anestesiamiento y le dio una angustia profunda de no saber dónde estaba el padre. Ya no le bastaba con La Macha, ya La Macha no le apaciguaba los pensamientos. Le volvió el miedo, la certeza de que nadie es como nadie, de que hasta la manera de amarrarse las ligas es distinta en cada persona y de que nadie lo iba a hacer igual que las personas que se iban. No, nadie iba a ser igual que El Tiznado, nadie, ni La Macha. ¿Cómo había estado todo ese tiempo tan lejos del padre sin aquellar nada? La Macha era una majadera, pero ella era más boba que mandada a pedir: ella misma había permitido que La Macha le controlara todos los movimientos, como había querido hacer desde chiquitita. Se quiso bañar sola, aquel día de principios de agosto, por espejarse un fisco la cabeza. ¿Tú estás loca como una cabra?, le dijo La Macha parándose de la cama al toque, que dispués te esresbalas y entonces sí es verdad. No quedaba bombona y La Macha calentó dos calderos de agua en el fuego de la cocina de leña y se metió a bañarse con ella. Luego le secó los dedos de los pies uno a uno para que no se le escamaran. Quería decir algo entonces, Cathaysa, tenía ganas de quejarse, pero no pudo. Un olor a humo les nacía del pelo. Más que limpias, cuando se bañaban de aquella manera salían ajumadas. La Macha se secó el viro de las tetas con dificultad. Cathaysa quieta, aforrada en la tualla. Entre carne y carne le quedaba un surco hondo que arrastraba el agua como las tarjeas. Se estaba poniendo el sostén después de bañarse y la ropa congelada se le pegaba a la piel, dibujándole el cuerpo debajo de la blusa. Le gustó a Cathaysa ver cómo la tela se le mojaba, con una canción de Rikarena que venía de la radio de la cocina: ¡*Rikarena!, ¡Rika-rena*!, y La Macha ajeitándose las tetas, a lo bruto, dándose samagazos como si estuviera sacudiendo trapos de limpiar. ¿Qué estás mirando, jocicuda?, le dijo La Macha haciéndole burletas. De ver así a La Macha, esnúa, sintió Cathaysa un calor por las partes, un calor de

fuego bajando por el gañote de la barriga. ¿Llegaba el gañote hasta los pies o se paraba en la barriga a darle de comer a la criatura? Ahora te pones esto, le dijo La Macha quitándole la tualla y dándole el mismo pijama de bolas. Rápido se le pasó a Cathaysa aquel calor, y pensó que no iba a tener a Engracia pa que le cantara a la criatura: *folelés, folelés, que arriscas la pared, folelés, folelés, que arriscas la pared*, como le cantaba a ella de chiquita cuando se estaba bañando. La Macha la obligó a sentarse en la taza y empezó a vestirla de los pies a la cabeza.

A veces me entran ganas de marcharme, le dijo Cathaysa mientras levantaba los pies para que le pusiera los calcetines, sintiendo el frío de la taza en la espalda.

¿Pa dónde?, dijo La Macha empinando las cejas con desprecio.

Pal carajo, dijo Cathaysa. Pensó sin decirlo: con mi padre, a vivir pa La Gomera.

¿Pa dónde vas a ir tú, muchacha?, se encendió La Macha parriba, con aquel genio que Cathaysa le conocía de siempre, ¿pa dónde, muchacha?, si tú no sabes ir sola pa ningún lado, que hasta pal baño me pides que te acompañe, María Cathaysa. Recapacita, le dijo.

Abajó la peta, Cathaysa, porque era verdad: ¿pa dónde iba ella sola?, pa ninguna parte. Pensó que capaz estar así para siempre no era tan malo, con la mano de La Macha metida entro las bragas, con la barriga empinada ocultándole la mano de La Macha, con la barriga abombada como un papito elevado en un gajo de peral. Fingiendo que no pasaba nada y nada pasaba. Sintiendo la novela de fondo como quien escucha música mientras se besaban con la boca retrincada. Sí, no era tan malo, y, después de todo, era lo único que conocía, que podía hacer: estar con La Macha para siempre. Salieron del baño y se fueron a la cocina. Se sentaron y La Macha lo puso todo sobre de la mesa mientras Cathaysa miraba los celajes. Quiso ella comerse el potaje con las manos, pero no pudo. La Macha que déjame a mí, que estás cansada y después el pijama todo manchurriado y no hay más ninguno, que tú eres media cagona y te enchumbas el pelo de potaje. La Macha le dio el potaje con gofio. Un cuarto de hora de aquel pensamiento de pasarse toda la vida con

La Macha y a Cathaysa ya se le había revuelto el mondongo. Un malestar, unas provocaciones que le nacían del naciente de las mismas tripas. ¿Por qué se dejaba hacer todo por todo el mundo? Era Cathaysa una plaza enramada por las fiestas, abierta, con lucitas y flores de papeles de colores, un cuerpo en fiesta, una fiesta en cuerpo, una cuerpa, un fiesta, una fiesta, toda decorada y colorida, a la que todo el mundo entraba sin permiso a echarse el baile cuando le daba la maldita gana. La criatura no era de ella, pensó, ya no era de El Higo Pico o de La Macha, sino del barrio, de todo el mundo entero, de todos menos de mí.

Pasaron la tarde en el fuego sin hablar. Cenaron arepas, vieron la tele entrecortada, se acostaron amuladas cada una a su lado, rozándose apenitas los culos. Rezó Cathaysa mucho más de lo normal. Intentó recordar la última vez que había visto al padre: traspuso por la puerta, El Tiznado, después de haberle regalado el libro de nombres guanches que tenía ahora guardado en la gavetilla de la mesa de noche de La Macha. Traspuso con las cañas y los atarecos a pescar mientras Engracia estaba los peleos y los chillidos. La puerta, los peleos, los atarecos, los chilllidos. Las cañas, Engracia, estaba, El Tiznado. Traspuso. El amarillor de la luna traspasaba las cortinas de raso, y Cathaysa podía recordar mientras contaba los bichos de las paredes. Se tapó ella misma los oídos, retrincó las piernas. Sonaron canciones, y luces de colores le poblaron la frente. Tres horas después, ya estaba clariando el día a través de la cortina de raso.

Cathaysa solo escuchaba un pitido afilado atrás de los oídos, afilado como los picos de un escamador de tanto apretar los dientes por la noche. Se viró al otro lado y encontró a La Macha boca arriba. Se preguntó si la estaba aborreciendo, si de tanto tocarse la una a la otra la había aborrecido, como cuando los gatitos se entecan de tanto tocarlos las personas y las madres los desprecian porque les cambió el olor. La miró intentando recuperarla, pero a La Macha le había cambiado el olor. Estaba abriendo los ojos despacito, estregándose las langañas amarillas que le salían en la parte baja de los ojos. Se imaginó a La Macha quitándole a la criatura de las manos para decirle: ay, los cuentitos, y la criatura alegando cosas

que nadie entendía, y ella queriendo agarrarla, y La Macha que no que no, Cathaysa, no seas machanga, que tú no sabes cómo se hace y la vas a romper. Cathy, dijo La Macha mirándola con susto, le vio algo nuevo y a la vez podrido en los ojos, ¿estás bien conmigo? Cathaysa se entristeció de ser tan mal pensada, tan atravesada, como le decía la madre. Sí, dijo asustada de su propia maldad, sí, a mí no me pasa nada contigo, yo te quiero mucho, y se obligó a abrazar a La Macha y a espicharse la verdad que tenía dentro como un supositorio que bajaba la fiebre.

Namás La Macha fue a llevar la primera cafetera de la mañana a la peluquería, Cathaysa salió por la puerta. Estaba lloviendo a mares. Quería marcharse del barrio, encontrar al padre ya mismo, ver el sol por alguna parte salir, salir de aquel friaje que le rajaba la carne como un carnicero. No supo adónde ir, así que caminó por todos lados, en círculos, como trastornada debajo del palo de agua. Un olor a bichos escachados, un rebuznar de burros arrepentidos en las lomas. Caían goterones de los volados de las casas, y al intentar aliviarse de la lluvia se mojaba más fuerte entodavía. Mariada y arrimada a la pared de la puerta de la venta, se agarró la barriga e intentó respirar: papi, se dijo, papi, ¿por qué te fuistes y me dejastes sola? Tenía miedo de sí misma y del mundo. TRANCADO, decía un cartel al lado de ella, POR ESESO DE VICHO. Criatura, por primera vez le habló, pórtate bien, que mami está asustada. Al fondo de la carretera, toda vestida de negro, con un pañuelo negro cubriéndole la cabeza, venía de coger tagasastes pa los conejos Evelina la Santiguadora. Poco a poco vino la vieja a dar con Cathaysa. No la reconoció, o por lo menos no la llamó por el nombre ni por el de la madre ni por el del padre. Estaban chorriando agua los tagasastes como regaderas. Antiguamente se dicía que los niños tardaban veintiocho días en abrir los ojos, dijo mirándola a la frente. Se llevó Cathaysa los dedos a las cejas y se estregó por si estaba tiznada de algo, capaz de la chimenea de Yaya. ¿Ahora? Ahora con la tele..., ahora nacen ¡ansina!, se abrió los ojos con dos dedos cada uno y mostró pedernales rojos que le cubrían casi completas las pupilas, como si los tuviera tupidos en sangre. Se encogió Cathaysa, se viró patrás. Salió asustada derecha a cas La Macha, agarrándose la

cintura y la barriga. Tocó apurada con el puño cerrado en la puerta, mirando atrás por si la vieja la había seguido. Estaba parada en medio de la carretera, todavía agarrándose los párpados con los dedos tiesos, debajo del paraguas de tagasastes que se le mantenía solo en la cabeza como una sombrera. Yaya la recibió asustada. Ahijada, le dijo, por Dios, ahijada, que te enfermas y te me mueres como un pájaro chiví. Se viró Cathaysa otra vez: Evelina había traspuesto del camino. ¿Qué buscas?, le dijo Yaya, y Cathaysa no pudo responder, vamos, pero vamos padentro, que te me enfermas y entonces sí es verdad. La metió en la bañera. La bañó con agua calentita y le puso un pijama grande como un saco. La Macha permaneció en el marco de la puerta, mirando a otro lado.

¿Pa dónde fuistes que no me dijistes nada?, le dijo La Macha amulada en una esquina de la cama, con los brazos cruzados, con el bezo virado de chico ruin, cuando ya se quedaron solas en el cuarto. Se echó Cathaysa en la cama porque le latían los tobillos, abrigada con el pijama de Yaya, un suéter, tres pares de calcetines, una bata de levantar y dos mantas. Ya no quería que La Macha le estregara los pies. No quería que sintiera cómo la criatura se daba la vuelta también ella al mismo lado que la madre, arrastrándole el cuerpo por dentro. Quería eso para ella sola, para siempre. Pa caminar un fisco, dijo Cathaysa cerrando los ojos, haciéndose la que se dormía. ¿Pa caminar con este palo de agua?, dijo suave La Macha, bajándose del burro, entristecida ya sin querer aparentar ser dura como un risco. Sintió Cathaysa que no era solo ella, que La Macha tampoco la quería ya como antes, como en aquellos días en los que se pasaban todo el tiempo abajo de las mantas y eran felices. Lloró La Macha. Cathaysa abrió los ojos: Macha, le dijo, pidiéndole que la abrazara. La Macha se echó al lado de ella y durmieron como José y María la primera noche en el pesebre, alteradas. Cuando nazca la criatura, dijo Cathaysa al despertarse de repente, no le pienso poner nunca la tele, ¿me oístes? Me parece bastante bonito, le dijo La Macha, la tele te guisa los ojos, me lo decía a mí mi abuela Isidora, padescanse. ¿Tú me quieres?, le preguntó Cathaysa, arrepentida de haber querido manejarse sola. Yo te quiero más que a mi madre, que se llama María Candelaria.

Llegó la noche y no salieron de la cama. Yaya les trajo un bocadillo de jamonilla y un vaso de leche con gofio. La Macha se durmió con la boca abierta sobre las bragas de Cathaysa. Cathaysa pasó la noche angustiada, toda la noche mirando al techo, como con ganas de hacer cosas, como cuando chiquita, que no se quería ir a dormir porque le parecía aburrido. Se durmió a fisquitos, con un sabor a cigarros escachados, deseando que se le quitara aquella sensación de desprecio hacia ella misma, hacia La Macha y hacia todo lo que se meniaba en el mundo. La quería mucho, pero ya no podía verla ni en pintura. Quiso llorar y no pudo, pensó que se sentía como si no existiese. Ahora no tenía miedo de que la criatura naciera con los ojos abiertos como chernes, como decía Evelina; el problema iba a ser si la criatura no abría más nunca los ojos, de tantos malos pensamientos que había tenido antes de parirla.

¿Dígalo?, se desprendió aquella voz seca del teléfono de la cabina.

Llamo pa dicile que no se procupe.

¿Que no me procupe por qué?, respondió extrañado, amargo de desprecio, ¿y tú quién carajo sos?

Tío Aurelio, soy yo, El Tiznado, llama uno pa dicile que anda todo bien, que no se esté... que no se esté procupando.

¡Muchacho, ahora sí te conocí!, por el amor de Dios, ¿dónde andabas metido?, que hacía tantos días que no llamabas, de verdad que eres dejado, cabrón, si no te llama uno, pasan días y días sin sentirte, es pa cogerte y escacharte la cabeza.

No, tío, tío querido, por Dios, que ando, que anda uno metido en unas obras del Sur, que estamos todo el día del Señor, mañana y noche, alevantando una obra grande aquí en el Sur, y no tiene uno mucho tiempo de andar llamando, pero..., eso, que esto está quedando bastante bueno, tío..., una obra pa los estraneros, pa la gente que viene de fuera... y aquello.

¿Conseguistes un trabajo? Muchacho, no me digas.

Sí, tío, con un contratista de pa aquí del Sur, uno bueno, que de momento no está pagando mal.

Sí, yo me conozco a los contratistas tuyos, dijo receloso Tío Aurelio, sí, ya yo sé cómo son.

No, tío, esta vez sí, esta vez sí está uno trabajando como marca la ley.

Y si tan bien estás, ¿a qué llamastes entonces?, tú no llamas pa cosa buena.

Calló, El Tiznado. Se sentía mal. Quería decir cosas que no alcanzaban la altura de las palabras, sobre todo cosas acerca de Cathaysa, cosas sobre la vida y sobre el dolor de ser persona, pero no pudo. No fue capaz, no.

Oh, tío..., pos pa saber cómo andaba... y pa sentilo alegar un fisco, que usté sabe que a uno le gustan los cuentos suyos.

Ah, respondió Tío Aurelio, estrallando la lengua contra el cielo de la boca, abriendo la puerta a un silencio más incómodo que un zapato de penca.

Pensó El Tiznado que no sabía qué decir, botó pa lo de siempre, pa los temas de los machos: ¿ya pegaron las cacerías?, metió otra moneda en la cabina, ¿ya se abrieron las vedas?, y luego otra.

Sí, desde el domingo pasado.

¿Y cogistes muchos conejos?

Fuimos parriba pa La Cumbre y garremos cinco.

¿Y cómo anda La Pinta?, ya está vieja ya.

Sí, La Pinta es buena perra, lo que pasa es que la cabrona le gusta cazar sola, y cuando te das cuenta la sientes, jape jape, atrás de los conejos ella sola, pero allá a casa el carajo.

Sí, esa perra desde chica..., siempre ha sido ansina, media independiente como uno.

¿Y adónde te estás quedando?

Oh..., y pos ando metido por la zona de acá, de los veriles aquellos donde veníamos, ai más atrás a los muriones..., acá por la zona de acá, a cas... a cas Marino, el amigo mío de los Anónimos, que yo le ha hablado mucho de él, que estuvimos ai más atrás, años atrás todo el día juntos pallá y pacá, que si pa La Gomera, que si pa ver a la Virgen de Candelaria, que si aquello, pero uno está más bien que el carajo, tío, yo ahora sí le digo que uno está viviendo la buena vida, ¿con el amigo Marino aquí?, jajá, ay, Señor, si usté supiera, ja, uno está gozando..., y eso, tío, bueno, qué le digo, por lo menos uno y aquello...

¿Qué estás?, dijo Tío Aurelio jociquiando el aire como si pudiera goler a través de la llamada, ¿bebido?

No, respondió El Tiznado, no, volvió a decir. Tenía una culpa apestosa y caliente que le hizo desaparecer dentro de la cabeza mientras el tío esperaba una respuesta que no fuera una mentira. Le pasaba eso a veces, que el tiempo se frenaba en seco y se volvía cumplido para dejarle el margen de pensar. ¿A qué estaba llamando a cas Tío Aurelio?, ¿qué diablos había hecho aquel día?

Había abierto los ojos, El Tiznado, como dos fósforos encendidos, aquella mañana. Los abrió de repente, rápido, y se vio ahogado en una montaña de basura: plásticos, paquetes de leche en polvo, cáscaras de plátanos, latas de canvaca y jamonilla. Estaba en otro sitio, un sitio que no conocía. Otra vez esas putas me trajeron volando pa Caracas, dijo sin abrir los labios, ya otra vez esas cacho putas de las brujas del monte lo llevaron a uno por arriba la mar, como cuando uno era chico y lo amontaban en la escoba medio dormido y acababa uno en Venezuela, en la puerta de una casa amarilla, viendo cómo el padre de uno, que Dios lo tenga en la gloria, comía hallacas con la familia de Venezuela, con otros hijos y otra mujer, y se despertaba uno llorando en lágrima viva. De las basuras se levantó agarrándose las perneras de los pantalones y se sintió una cosa caliente en el culo. Estaba cagado, todo cagado como un niño chico. Una cagalera caliente, jirviendo, amarilla como la cera, que le bajó por la pata del pantalón metiéndosele en las costuras de los calcetines y le llegó hasta las lonas de los zapatos. Se sacudió las patas y los bostiones cayeron como potaje molido sobre de las basuras. ¡Me cago en la cafetera de la Virgen María!, gritó para sus adentros. La rabia le resonó dentro de la cabeza como un escopetazo sordo del que juían los conejos y las palomas. Fue tan grande el vaneo que se le metió en el cuerpo que se le dieron vuelta las tripas completas y también se le dio vuelta el cuerpo sobre de sí mismo: cayó de boca, de boca del contenedor al suelo. Quedó barriga abajo con los brazos extendidos pensando que estaba muerto. El sol primero de la mañana ardía, y pudo ver las sombras de las palmeras bailar sobre de él y del suelo. No estaba en Caracas. Dudaba que en Caracas también hubiese Hiperdinos. Estaba botado como un machango de trapo en los contenedores del supermercado, arriba de una montaña de escombro, ahí tirado como un montón de mierda perro. No está uno muerto, pensó, solo es que uno es un mierda seca en este mundo de dolor. No valgo un duro, alcanzó a decir en voz alta, y le subió fuerte ardor hasta la altura de la boca del estómago. Estaba vacío: un globo redondo relleno de aire. No había órganos ni intestinos ni hígado ni pulmones ni corazón, solo pura jiel y vino ruin. Lo bueno era que tampoco sentía hambre, y

que si estaba vacío podía rellenarse con lo que más le apeteciera. Podía mandarse una teta de una alemana por la boca padentro, por ejemplo, y quedarse enyugado como a quien se le va el gofio por el camino viejo, así, envasado, sin respiración, escupiendo pelos rubios del pezón de la alemana por la boca pafuera el resto del día. Esa imagen lo animó y de nuevo se levantó del piso, agarrándose los pantalones por las perneras. Namás se animó, se desanimó al momento: al otro lado del camino quedaba una cabina con el teléfono colgando. Todavía, aunque no quisiera, le quedaba un cable pelado conectado al cuerpo que lo llevaba hasta el otro lado de la isla: Cathaysa. Fue dando tumbos por el camino, chocándose con extranjeros, trabajadores y pájaros, frenando coches y camiones. Se metió en aquella cabina, el corazón desacompasado, un folelés de ala rota en vez de un latido, no sabía si de los nervios de marcarle a Tío Aurelio para preguntar por Cathaysita o de ver aquellos cristales de la cabina minados de pegatinas de mujeres encueradas con las tetas y los culos en primer plano.

¡Muchacho!, chilló Tío Aurelio que hasta le ardió la oreja a El Tiznado, ¿y no le puedes dar a uno unas señas pa por lo menos dir a jallarte?

Ah, respondió él asustado, no jace falta, tiíto querido, estese tranquilo, que yo ando aquellando y no tengo tiempo de visitas ningunas, ya yo le dije que... aquello, ¿me entiende?

Y si preguntan por ti, ¿qué les digo?

Que sigo pa La Gomera, que me conseguí trabajo pallá, y que pallá me voy a quedar.

Pero dile a tu tío por lo menos dónde andas metido, pa más que sea pa echalos un lance de cuando en cuando.

Reflexionó El Tiznado, solo se sabía dos direcciones, la de la casa y la otra: pos... la casa está... en la calle Mencey Pelinor, 27, La Sabina, pero, tío, yo ando bastante ocupado, uno está más bien que el carajo, ni se procupe, tío.

No, yo digo más que sea pa dir un día de aquí al Sur y echarnos un fisco un lance, que ya no tiene uno ni con quién dir a pescar.

Sí..., pero ni tiempo ninguno tengo pa lances ya, tío, ya le digo: estoy aquellando asuntos importantes con la obra, historias y aquello, ¿oístes?, y ni tiempo pa alegar con Dios estoy sacando, tiene que estar cabriado como un macho, Dios, y mira que me están intentando convencer los otros, pero cada uno con lo suyo.

¿Cuálo?, ¿quién te está intentando convencer a ti?, ¿qué estás diciendo, muchacho?

Oh, pos usted sabe que lo malo siempre anda acechándolo a uno, pero menos mal que uno no se deja engañar, tío, uno anda juntando perras, más tranquilito que el carajo..., tas-tastas, metidito en la obra y en los asuntos de uno, con la compaña de Dios, siempre Dios y no los otros.

Ay, y otra vuelta con los otros, estás buen otro tú, dijo el viejo carraspiando las flemas de la garganta en una risa ahogada, ya yo me conozco los asuntos tuyos.

Se quedaron los dos callados.

Pitó la cabina avisando de que se iba a terminar el dinero.

Quiso El Tiznado aprovechar la última oportunidad que tenía. Largar por la boca todo lo que le pasaba: la angustia, que no dormía, pero que no se notaba cansado, que le dolía todo, los dedos de los pies y hasta las puntas de las orejas, que veía doble, blanco, negro, que extrañaba, que en verdad había llamado para preguntar por Cathaysa, pensando en si estaría bien, en si habría jallado trabajo alguno, que andaba siempre la madre los peleos con ella con el asunto de si ya le salía o no le salía el trabajo de la limpieza. Era la última oportunidad que tenía para preguntar por ella, pero tenía tanta afrenta de sí mismo que la desaprovechó: mejor no, mejor no preguntar por nada. Había una fuerza que lo jalaba palante. El destino lo tenía amarrado y sabía que lo arrastraba a un lugar, pero a veces dudaba de si no estaría equivocado de las decisiones que había agarrado. De cuando en cuando hacía un fisco un rezado medio inventado en la mar, namás que por hacer algo medio parecido a lo que le había dicho La Brujenta Chica, pero no estaba él muy convencido de llevar a camino exacto lo que le había

encomendado, por eso casi no dormía, porque le daba miedo de que el Diablo sacase los cuernos en las noches como los chuchangos los sacan al sol. Aquellos pensamientos se le atravesaban varias veces en el día, pero hacía por desclavárselos lo antes posible. Lo bueno era seguir amarrado a la soga del destino, lo bueno era dejarse llevar como una cabra por los andurriales. Lo que tenía que hacer era seguir con lo que había empezado: encomendarse a aquella vida nueva en la que no cabían nadie ni nada de atrás, solo él. El Tiznado.

Bueno, pos me marcho, dijo rascando una de las pegatinas de las mujeres, que tengo que aquellar horita... Aquí hay mucho que jacer y poco tiempo que perder. Hasta más velos, tío querido, otro día le vuelvo a marcar, dijo como convencido, pero no pensaba marcar más nunca.

Fundamento, Tiznado, le respondió el tío, eso es lo único que te digo que tienes que tener: fundam.

Se cortó la llamada.

Trabó el teléfono en el sitio, salió de la cabina.

Los rayos del sol eran machetazos limpios. Regañó el unicejo pero no lloró, en otro tiempo hubiese llorado. Antes de marcharse del todo, volvió corriendo. Despegó lo mejor que pudo cuatro o cinco pegatinas de aquellas de tetas y culos y se las pegó en la camisa. Regresó al otro lado de la carretera, dando tumbos, generando el mismo caos de coches, gente y palomas. A los lados del camino estaba todo lleno de ventas con tuallas, pelotas y machangos. Llegó al Hiperdino. Había una fila grande de carros de la compra. Era nueva esa modernidad de los carros, y a El Tiznado siempre le habían gustado las novedades. Quedaba uno suelto, el último. Le venía bastante bien a él para los proyectos que tenía en mente. Acechó a la mujer de la caja desde atrás de los cristales. Unos alemanes blancos como copitos de nieve compraban botes de salchichas. Bien les gustan las salchichas a esos diablos, pensó. En cuanto se viró padentro, la cajera, jaló por el carro, El Tiznado. Garró carrerilla, se montó en la parte trasera y empezó a dejarse caer por la carretera, como amontado en un velero empujado por los alisios.

Arrastró el carro todo el día y toda la noche, por avenidas atestibando de extranjeros que, con susto, lo miraban pasar. Cada vez se sentía más trasparente, como las ánimas que vagaban por el mundo arrastrando cadenas ferrusquentas. Tenía miedo, frío, frío aunque hiciera calor, tristeza, malestar, dolor en el centro del recuerdo, sin atreverse a mirar realmente cuál era el recuerdo que lo atormentaba. Solo con la vaga sensación de que estaba extrañando como un bebé cuando abre los ojos y no encuentra a la madre.

Arrastró el carro durante una semana entera sin frenar. Lo arrastró con fuerza, sin dormir, dando apenas cabezadas por las esquinas, obsesionado con el cometido que Dios o el Diablo o la Virgen Santa le habían dado; no, que él mismo se estaba dando: encontrar el bote de producto limpieza más blanco y puro que existiera, el más limpio y nuevo. Los metió todos en el carro, separados en su cabeza por tamaños y tonos de blanco, y los fue arrastrando de esquina en esquina, y aunque revolvió y revolvió todas las basuras y contenedores, ninguno le parecía tan blanco como el primero.

Capaz era la falta de sueño o el exceso de vino, pero de buenas a primeras pegó otra vuelta

a ver

ruidos, escuchar luces, au, estrallazos, oigan, estampidos, oigan, preguntándoles a las gentes que pasaban por las calles si también escucharon el chillido de la vieja, el magullar del gato en el tejado, el runrún del agua corriendo por el barranco que nadie más había sentido, shh, avisando, pum, El Tiznado, ños, de los peligros que se botaban a cazar sobre del mundo y las personas como los guirres, avisando de la maldad del Diablo y del fin de los días, pero nadie entendía o nadie quería entender, y las caras se encogían y se estiraban como plomo fundido y los ojos del perro negro reaparecían por atrás de los contenedores y al atardecer su propia sombra se le desprendía del cuerpo y le hablaba como si fuera una persona pejiguera que le machacaba la cabeza con majaderías casi igual o

peor que Engracia, y él se refugiaba entonces en el ardor y la apeste de los pedos y solo entonces quedaba el hierro frío del carro para recordarle que el mundo existía, que no se lo estaba inventando él

y entonces empujar el carro se convirtió en su único trabajo, y lo único con sentido: encontrar el bote.

Un día, podía ser igual domingo que miércoles, se frenó. Al anochecer, cuando los cristales se convertían en espejos, El Tiznado se vio reflejado en el terror de las ventanas. ¿Quién era aquel ser peludo que alegaba solo y arrastraba un carro atestibando de caballos vacíos? Tenía la barba larga, más larga que nunca, las cuatro clinejas de la cabeza largas, el alma larga arrastrando al piso que le pesaba más que la sombra. Estaba encachazado, podrido: un zapato con una boca abierta que dejaba ver los dedos de uñas como gavilanes, un calcetín sí y el otro no, un enchufe de lámpara colgado al cuello junto con las otras cadenas. Se ajeitó las greñas con un fisco de saliva. No soportaba el propio jedor, el picor de las costras de mierda en la carne, pegadas como salitre a las lajas. Hacía espavientos sin querer hacerlos. Aunque en el fondo deseaba que alguien lo bañase, se sentía incapaz de pedir nada. Con lo que le gustaba a él bañarse y echarse colonia, y lo incapaz que se había sentido siempre de mantenerse limpio y bien de la cabeza por mucho rato seguido sin la ayuda ajena. Pensó entonces que nunca un aspecto que él hubiese tenido había reflejado tan perfecto el dolor que cargaba por dentro del alma. Siempre había estado sucio y desnudo por dentro, ahora la gente podía ver su agonía también clara por fuera. ¡Bagañete!, se chilló a sí mismo levantando y dejando caer una mano, ¡forastero!, dibujando una pistola con los dedos como en las películas, ¡sucio pendenciero! Era un malandro, sí, malandro como aquellos perros salvajes que andaban por la noche ruyendo las basuras, lambiendo cacharros de yogures vacíos. No había otra palabra mejor para definirse que vagamundo. El Tiznado vagamundo, ruin, arrastrado, miserable, no hay más que

uno, El Tiznado ruin arrastrado, ¡solo existo yo!, dijo desafiándose a sí mismo ante la propia imagen que le devolvía el cristal, señalándose el pecho, que era donde creía que guardaba lo que quedaba de él, ¡yo y más ninguno!, y bajo la luz de la luna creciente avanzó, revolviendo basuras para encontrar caballos cada vez más blancos, pero todo delante de la vista se le hacía oscuro y cerrado,

un

túnel.

El Churrero llegó como si Cathaysa lo hubiera llamado con la mente. ¡Aprepárate, Cathaysita querida del alma!, chilló desde la carretera, ¡aprepárate! Ijijijíí, se sintió el relincho del caballo de El Churrero y a Cathaysa se le paró el corazón. La Macha se alzó de la cama como un resorte y, de un solo jeito, corrió la cortina de raso. Sus, María y José, se presinó Cathaysa de ver el caballo amarrado al poste de la luz. ¿Tú no querías un novio como marca la ley?, gritó El Churrero al estilo pregonero, pasiándose con unas botas de regar negras, posando primero el talón y después la punta, pos aquí te traigo un caballo grande como un leño pa ti, ¡me cago hasta en Dios y la Virgen Santa!, ¡que ya está bueno ya!, ¡tanta bobería no es bueno!, a ti lo que te jace falta es un buen macho como de los de antes, con caballo y huertas de papas. ¡Aprepárate!, te digo, seguía chillando, que ai te van balas, mujer. Con aquellos dedos gordos y chiquitos de la mano derecha se jaló el sombrero de paja con una cinta verde que decía: DORADA. Las vecinas salieron todas de las casas a aplaudir como si fuera aquello una película romántica. Ajaaaam, esgarró desde el fondo del alma aquel chico, y siguió pregonando: día a dicir balas de amor y de cariño, mi vida preciosa, y de fogueo, porque yo a una mujer no la toco si no es pa jacela más mujer y más contenta, ¿me oyó? Escupió entonces hacia un lado y le cayó el churrete de saliva al caballo, que de lejos parecía blanco como las cartas.

Yaya abrió la puerta de la entrada y llamó a las chicas. Todavía estaba temblando el barrio de la fuerte noche de lluvia: estaba todo el piche levantado de las barranqueras que andaban cayendo, que se formaban unos boquetes que cualquiera se partía las patas. Las tres llorando en la puerta de la entrada con las batas de levantar bien amarradas a la altura de la barriga, las tres llorando no sabían

muy bien por qué, aunque Cathaysa tenía más que razones: cuando ella veía un caballo, solo podía pensar en la palabra *desbocado*, y automático se le arrimaba al recuerdo aquel cuerpo esvanecido, la arrastradera del cuerpo, la cara dañada de por vida de aquella niña, los esfuerzos de los hombres que la levantaron del piso aguantando las ganas de arrojar. La Macha, además de llorar, era muerta la rabia, con las lágrimas a la altura del pecho, rezando primero por lo bajo y después más por lo alto sin alcanzar a comprender Cathaysa lo que decía, porque lo veía ella todo blanco como la leche, incluidos los sonidos. Unos pocos rayos de luz, que no aparecían desde hacía semanas, rajaron por un instante el taponamiento de nubes y le iluminaron los ojos. Comprendió entonces qué podía significar que aceptara ella amontarse en aquel caballo que parecía blanco, qué significaba aceptar por fin un regalo de El Churrero sin resistirse. Si sales por esa puerta con ese jediondo, dijo La Macha rascándose las picadas viejas de los moscos, a mí no me hables más. ¡Mira, Marita!, chilló una vecina desde la azotea, mira, se ve La Palma, horita vuelve a llover otra vuelta, ponte a sestender toda esa ropa, que dispués no se te seca más nunca. Amóntate, Cathaysita, seguía El Churrero, amóntate en mi caballo pa ponerte mi sombrero y sacarte la afoto, que también mi madre me compró una cámara de esas de botar a la basura. Y La Macha: ni se te ocurra, Cathaysa, si te amontas, ya sabes lo que hay. Pegaron más y más vecinas a salir a la calle, qué diantres es esa escandalera, ¡muchacha!, que están dando *Cristal* repetida y no se entera uno de nada. Aprovecharon pa ir a goler lo que estaba pasando y barrer los bichos carreteros de las entradas de las casas. No seas mentirosa, ¡que no se ve La Palma ninguna! La Yaya: que me dejes a la chica quieta, Macha, que jaga lo que ella crea conveniente, que te pareces a tu padre con la mulería, que la vida está jecha pa la fogalera. Mis, La Macha besándose los dedos en señal de juro, mis, por esta cruz bendita que no te hablo más nunca si sales por esa puerta. Cathaysa tragando nudos del tamaño de papas de casta, aterrorizada namás que de ver al caballo, que de lejos parecía blanco, igualito que el que ella quería de pequeña. Yaya: que dejes a la chica que jaga lo que quiera, no seas celosa. Se hizo el silencio. Cathaysa se presinó

antes de salir por la puerta como quien se bota a un estanque con poca agua y mucho mujo. ¡Dale caña al mono hasta que rompa la cadena!, le gritó Yaya agarrándola por el brazo antes de que abandonara por completo el marco de la puerta, dale bastante caña pa que dispués no te arrepientas, mírame a mí, que dispués de muerto mi marido no me busqué más novio ninguno y lo mismo me ponen de puta parriba. La Macha rechinando los dientes: cállate, ma, por Dios te lo pido, cállate. Cathaysa alejándose poco a poco, con la respiración cortada no sabía si de ver un caballo o de cargar aquella tremenda barriga que cada día se parecía más con una barrica llena.

A medida que se fue acercando, se fijó Cathaysa en que el caballo estaba todo rajado de las chiquitas de palizas que le debía de mandar El Churrero. ¡Compadre, esto sí es una mujer guapa!, chilló El Churrero al verla acercarse con el pijama rosado, esto sí es una mujer como Dios manda y lo demás son boberías. De lejos quería ser blanco, pero de cerca era más bien gris. Parecía un caballo negro fingiendo ser blanco, como si lo hubiesen intentado volver más claro poniéndole una capa muy fina de pintura de pared. Estaba quemado de andar todo el día caminando sobre del piche con las herraduras viejas, y el lomo lo tenía más escachado de lo normal porque El Churrero le cargaba arriba hasta el motor de arar y las herramientas. Le hubiese gustado a Cathaysa tener al padre presente para preguntarle si le parecía aquel un buen caballo, porque El Tiznado no tenía caballos, pero siempre sabía de todo. Primero se mantuvo distante, Cathaysa, observando con terror las narices del animal. Por momentos dudaba si estaba vivo. El Churrero se alongó, estiró la mano y agarró la de Cathaysa. Le dio un beso en los dedos como a una reina y la ayudó a colocar el pie en el estribo. Parecía muerto, pero estaba vivo y se movió, resoplando y zarandiando el rabo de contento. ¡Ay, Dios mío!, ¡no puedo, no puedooooooo!, pegó a chillar atemorizada. La Yaya desde la puerta secándose las lágrimas como en una boda. Mantén la calma, María Cathaysa, tú no te enerves, mi niña, ¡que la primera vez es la primeraaa! Tranquila, mi amor, dijo El Churrero ajeitándose los pantalones y arremangándose el suéter. Haciéndose el forzudo, upó a Cathaysa con aquel tronco barriga que

pesaba más que ella y la subió él mismo arriba del caballo. Era un caballo cansado, pero no viejo. Estaba todo molido como un zurrón, y cuando Cathaysa se puso arriba notó que le dolían hasta los huesos, al pobre. El Churrero se amontó atrás de Cathaysa con apenas un brinco. La criatura estaba desinquieta, moviéndose como si quisiera bajarse del caballo. Namás El Churrero logró colocarse en el sitio, le arrimó el bulto a la prima y agarró las riendas abacorando a Cathaysa, que le llegaba el payo hasta casi arriba de la cabeza del animal. Jaló El Churrero las riendas y el caballo hizo por encabritarse, pero no tenía fuerzas. Ay, retrincó los dientes Cathaysa, a punto de esvanecerse de los nervios, y del pánico le dio por agarrarse de El Churrero, esperruñándole la piel que le cubría las costillas. Soooo, Chamo, le dijo El Churrero al animal, tranquilo, Chamito, y le sonrió a Cathaysa de medio lado: mi amor querido, aguántate a llegar al monte, por Dios, que yo sé que estás encendida, mujer, yo también ando afilado, pero estamos alante la gente y hay que mantener la compostura, y se recolocó la cuca trinquillándosela con la punta de los dedos.

El Churrero se destrabó la cadena de la Virgen de Candelaria y se la enseñó al público de vecinas. Después, se la entregó a la prima. Cathaysa la miró en la mano. Sabía ella lo que significaba aceptar no solo un regalo del primo, sino dos, y más que nada aquel en específico.

Decidió no pensar, Cathaysa.

Se trabó la cadena en un puro temblor. Los zapatazos de la criatura eran como de baifo amarrado por las patas.

¡Vivaaaa!, aplaudieron las vecinas.

El Churrero le mandó un estampido con la bota de regar al caballo, que parecía que iba a salir corriendo desbocado, pero solo le dio el tino pa caminar despacito como un burro. No miró atrás, Cathaysa, y eso que resultaba difícil por la lentitud del animal, pero supo que había dejado a La Macha muerta en vida.

Fisquito a fisquito fueron subiendo por el barrio parriba, aquella tremenda empinadera del diablo, con Cathaysa tensa, aterrorizada, pero con la sonrisa remachada patrás como agarrada con un fisco de cintasiva. Todas las familias asomadas en las puertas y alongadas en peso muerto en los viros de los balcones, las risas, las fiestas, por fin era lo que el mundo quería, por fin era lo que el mundo estaba pidiendo: Cathaysita, la chica de El Tiznado, amontada arriba de un potranco con las tetas como tamboriles, ¡embrazada!, ¡embrazada!, ¡¡¡embrazada de El Churro chico, comadreeee!!! ¡No era del otro, sino de El Churrero!, ay, Dios mío, La Churrera madre tiene que estar privada. Salieron las mujeres de la venta, una curia de niñas y niños chicos que pegaron a llorar como si hubieran visto al mismo Diablo al encontrar aquel caballo cargando a un vaquero y a una dama. Ya por fin El Churrito más chico se consiguió a la Cathaysa, decían las de la venta forretiadas, ya por fin Cathaysita la de El Tiznado le había dado al más chico de El Churrero lo que le había pedido desde niño, y sintió Cathaysa que estaba haciendo lo que siempre había tenido que hacer: poner las cosas más fáciles. Porque venía aprendida del padre, que andaba siempre de soñador empedernido complicándose la vida, pero ella no, ella iba a aquellar lo que le tocaba, para lo que había nacido dentro de la cabeza de El Churrero, porque pal amor hacían falta dos personas como mínimo, pero en la cabeza del primo solo hacía falta él, y si Cathaysita no quería, pos algún día iba a querer, y ese era el día en que Cathaysa quiso, pos ¡que viva El Churro!, y que vivan los perritos calientes y los pepitos especiales, y viva la salsa universal, comadre, la mostaza dulce, vivan las almendras garrapiñadas y el colesterol, que viva la Virgen de Candelaria, me cago en Dios y la Virgen puta, y la sortija y la ley y la cumbia y Los Tigres del Norte en procesión. Por arriba de la venta, algunas vecinas que se asomaron no le sacaban el parecido a Cathaysa, y de verlos así, subiendo por el barrio con la criatura en la barriga, se parecieron igualitos con la Virgen y san José, cómo tan igualitos. Algunas viejas creyeron ver una aparición. Coraaaaalia, sal pafuera, por Dios te lo ruego, mira parai, eso parece que están yendo pal pesebre igualito, saca el Anís del Mono, Marita, que Dios y la Virgen están aquí. Y las otras se copiaban de la información desde

el otro lado de la carretera y chillaban: ¡está naciendo el niño Dios! Eso pegaron a botar voladores desde las azoteas y los perros arrebatados ladrando.

Pasaron por la altura de la casa de Chaxiraxi y la madre y los hermanos se asomaron por lo alto del balcón. Chaxiraxi sacó la cabeza por la ventana y miró a los ojos a Cathaysa. Todo el mundo aplaudiendo, fingiendo que era la Virgen preñada del Niño, pero ella sabía que era la jedionda de Cathaysa. No dijo nada, pero lo dijo todo. Eran uña y carne desde los tres años, sabían lo que estaban pensando con solo mirarse. Cathaysa supo que la amiga la quería matar, que quería mandale un tolmo piedra y botala a tierra del caballo como cuando los guanches les mandaban tenicazos a los españoles. También supo que en el intierro iba a ser Chaxiraxi la primera en llorar, y que se iba a pasar el resto de la vida poniéndole flores arrepentida, porque después de matarla iba a descubrir todo lo que la apreciaba. Cathaysa, te vas a acordar de esta, mis, por esta cruz bendita, le dijo besándose el rosario que llevaba colgado al cogote y que le había regalado El Churrero hacía apenas dos días, reservándose él siempre la cadena de la Virgen pa el día en que conquistara a Cathaysa, pero Cathaysa levantó la cabeza, porque eso le decía Yaya que había que hacer cuando a una la envidiaban. La cabeza levantada, mi niña, que tú no ha hecho mal a nadien, y aguantó el meneo del caballo, y al empinar la cabeza, centellió la cadena nuevita flamante, que la tenía bien cuidada El Churrero porque era un presumido, y al llegarle la luz de aquel cielo encapotado de panza de burro, la cadena espejió el barrio: la carretera destrozada de las barranqueras de agua, las paredes minadas de bichos, las huertas enfangadas. El Churrero con el culito empinado, que eso era más peliculero que el carajo. ¡Encima eres una echantona de mierda!, dijo Chaxiraxi, los chillidos al verla que empinaba todavía más el cogote, ¡encima no tiene vergüenza ninguna!, te vas a acordar. La gente saliendo de las casas, los niños chicos eschavetados dando brincos y saltos: ¡qué vivan los novios!, ¡que se besen!, te vas a acordar toda tu vida. La Chaxi, los lloros de la rabia, con los ojos ensartados en sangre. El Churrero que no la miraba ni pa decir porai te pudras. Él había nacido para estar con

Cathaysa y todo el mundo sabía que Chaxiraxi le daba exactamente lo mismo.

Más pronto de lo que pensaban, a pesar de lo despacio que iba el caballo, llegaron al canto arriba del monte. Se botaron sobre del penillo todavía enchumbado de la lluvia que había caído del cielo. Las nubes taponaban los huecos entre los gajos de los pinos. Cathaysa se agarró la barriga con las manos y El Churrero le posó los dedos por encima. La miró a los ojos que parecía que iba a decir algo romántico, y eso fue lo que creyó que dijo: te crecieron los pechos, ¿verdad, mi amor de mi vida? Cathaysa sintió ganas de arrojar del pestazo a mojo verde que le salía de la boca a ese chico. Sacó él un termo de esos como los que llevaba El Higo Pico a la obra con coditos fritos que le mandaba la madre a las cinco de la mañana. Mi madre preparó papas rellenas, güele pa que tú veas cosa rica, nené. Ese termo apestando a sudor, el cielo que se ennegreció y parecía que se iba a caer en peso. Cathaysa se tapó la nariz para no sentir el pestazo de las papas rellenas. Por debajo de los muslos sintió cositas corriéndole. Le vino a la memoria la casa de Tío Aurelio, con el pinocho cubriendo el patio de la entrada. Eran bichos carreteros que tenían nidos debajo de la pinocha.

¿Quieres que te cante una polca?, dijo El Churrero, metiéndose una papa a presión por el gañote, ¿cuála?, ¿la de chiquitos que tú te recuerdas? Ahora me sé par de ellas nuevas, de las piconas, que son mejores; uno ha aprendido mucho, mi amor, dijo acariciándole los muslos por arriba del pijama. Mira una bastante graciosa:

> Dicen que ya no me quieres
> porque no tengo patilla
> pero tengo una batata
> que me llega a la rodilla.

Jaaaaaaaa, se rio El Churrero él solo, dándole estampidos por la espalda a Cathaysa. Luego paró en seco y la acarició por la mejilla: pero no son verdades, María Cathaysa, es en bromas, porque tú sí

me quieres. Lo de la batata es verdad, eso no te lo voy a negar, pero lo de que no me quieres no son verdades, y te día a dicir una cosa que te juro por mi vida: tú estás como una mula ya, la criatura está muy avanzada, pero sí tú quieres, yo soy el padre de la criatura y aquí no ha pasado nada, ¿me oístes? Yo no me trillo por no ser el padre verdadero, yo les puedo dar una gran vida, tú sabes que yo soy hombre de burriar y ganar dinero desde chico. Yo no pido mucho, dijo El Churrero, pinchando una papa de aquellas, yo no pido mucho, y se la espichó en la boca, la papa, a mí lo que me gusta es que me hagan rasquillas pa quedarme dormido, dijo acercando la boca a la misma mejilla que le acariciaba. Cathaysa tragó un nudo. Se imaginó toda una vida rasquillándole la espalda a El Churrero, toda una vida de caballos y de atender los terrenos, de baldiar los patios, cuidar los niños, prepararle el bocadillo de chorizo perro y huevo frito y el Clipper y llevárselo a la huerta a media mañana, de juntarse con la suegra pa que le dijera: mira parai, cómo te estás echando a perder completa, más vale que te dejes de comer tantos dulces que pareces un mostro con esas tremendas patas, mira parai esos brazos, chiquita mula. Churro, yo me encuentro mal, dijo Cathaysa, a punto de arrojar en el penillo. ¿Te dio un corte digestión, mi amor lindo?, decía El Churrero mientras le besaba los viros de los labios, cada vez más cerca de la boca. ¿Te dio un corte, nené? Cathaysa miró por el viro del ojo al caballo, que estaba amarrado a un pino en la carretera. Hizo por arrojar, pero no largó nada por la boca. Se agarró del tronco de un pino y se levantó del piso a duras penas. Se ajeitó el pijama por debajo de la barriga y traspuso. El Churrero pegó a recoger las cosas todo apurado: pero, Cathaysa, espérate, amor mío, ¿pa dónde vas, mi flor?, mientras Cathaysa se intentaba amontar ella sola en el caballo. No supo ni cómo estaba pudiendo tocarlo, pero era tan noble, tan manso, que parecía de plástico. Espérate, mi amor, corrió El Churrero hacia ella con los bártulos, espérate que yo te subo y te alevanto en peso. La levantó y la subió otra vuelta en el caballo. Pegó a chispear. Rápido, a llover a cantaros. Volvieron a bajar por el barrio, dando el pobre caballo patinazos por la carretera. Hizo fuerzas con la cabeza, Cathaysa, y con el corazón: le pidió a Dios, por favor, y a la Virgen,

que cuando estuvieran por la altura de las casas, que salieran afuera todas las vecinas, que se cayese de repente ella y que el pie se le quedara trabado en el estribo, que el caballo la arrastrara por la carretera dejándole la cara regada por el barrio y que después tuvieran que salir las culichiches a recogerle las pieles del suelo con espátula. Deseó por primera vez Cathaysa afearse completa con todas sus fuerzas, no hacer más nada por ser guapa o para que los hombres la miraran. Dejarse ir y que la belleza se destrabara de la liña de tender la ropa de la que estaba trabada, de una vez y para siempre. Ser ya una vieja con bigote.

Dejó que el recuerdo se marchara con los vientos, que se transformara en aldoriña y lo arrastrara una corriente. Una corriente, eso era lo que se veía en el cielo desde el suelo, donde se había dejado caer El Tiznado hacía ya un día entero sobre de unos cartones y de restos de comida que encontraba en la basura y que la gente le ponía a los pies: un arrebato de aldoriñas, de nuevo aquella sensación de que las cosas se botaban por los barrancos, se enriscaban como baifos, se precipitan sobre del mundo, sobre de la gente y se la chascaba, ¿no vía la gente que el mundo se los estaba chascando, chas chas, por las patas, como cangrejos guisados?; una sensación de todas las cosas la misma cosa y él la misma, toda la misma cosa, ya no más diferencia entre él mismo y el mundo, era todo un potaje berros, un escaldón con cebolla picada. Espavientos, chillidos, un jalarse las greñas, la misma matraquilla todo el rato repetida en voz alta: viene la fin, viene la fin, que viene el Diablo, que viene el Diablo, la Diabla tiene la lengua cumplida como una vaca, la Diabla, córtenle la lengua, me cago en todo lo que se menea. ¿Cómo podía no ver la gente de la calle lo que estaba pasando? ¿O no estaba claro ya que el Diablo estaba entre nosotros, engañando a todo el mundo con su maña y brujería? Dios nos quería dar un cometido y naiden estaba atendiendo a lo que Dios estaba alegando; llevaba la gente sin atender a Dios desde los tiempos de los guanches, pobrecitos, los guanchitos, pobrecito yo, desde aquel entonces e incluso antes. ¿Qué era él? Una sensación de ser el rey del mundo, como la canción mexicana de la piedra en el camino, y al mismo tiempo una mierda espichada en un palo. La certeza de que estar solo era lo mejor que le había pasado, como si le hubiesen cortado la soga de una vez por todas, y lo peor que le había pasado, porque la soga lo mantenía agarrado a la realidad y ahora andaba

suelto y sin rienda, ¡capitán!, ahora, no joda, capitán, yijaaaaaaaaai, sí, señor, me cago hasta en la Virgen cabrona, viva Dios y vivan las sandalias de Cristo amén Jesús, plin, a mi plin toda esta gente, puj, escupiéndole a los extranjeros en los ojos y otra vuelta los leñazos de la policía y pasar la noche en prisión y al día siguiente otra vuelta la luz quemona del sol y el que los parta un rayo, a mi plin toda esta gente junta, plin, que se los chasquille el Diablo por los nervios como costillas saladas, ¿oístes?, a todos estos alemanes del demonio que les den fuego por los pies, ¡caldia a toda esta morralla! Desde el suelo, con la mano extendida a ratos, los alemanes que pasiaban por la avenida, colorados como cangrejos moros, le dejaban caer una moneda en la palma, y El Tiznado, zenkiu, zenkiu, jelou, jelou, se guardaba las pesetas en el bolsillo con intención de ir a comprarse algo más tarde. Ya se le estaba acabando el cartón de vino, pero se sentía incapaz de levantarse para ir otra vuelta a comprar uno nuevo.

Se fijó en las tabaibas que había en el terreno valuto de enfrente y le pareció que otra vuelta estaba viendo al perro negro de los ojos dados fuego. El terror comenzó a apoderarse de él. Pensó que se lo estaba imaginando. ¿Por qué trabaja tanto la cabeza mía?, se preguntó botado en el suelo, agarrando el vino con una mano y el carro lleno de botes con la otra, intentando pararse pa ir a mear, más que sea, porque ya se le iba a reventar la vejiga como una manguera picada, pero solo le daba el tino pa lambuciar el buchito que le quedaba al cartón escachado. Cerró los ojos, se dejó limar los párpados por el sol. Al abrirlos apareció una sombra alargada a contraluz que, por arriba, era igualita con una piña de El Hierro: ¿tú bien, amigo?

¿Cómo?, dijo El Tiznado tapándose los ojos para ver mejor.

Oh, tú mucho problema, yo no problema, yo sol luna playa. Yo baila baila y playa conmigo. Oh, very very bueno.

Era un alemán tieso como un palo, alemán o vete tú a saber qué, porque pa él todos eran alemanes. Tenía la cabeza llena de grelos como una papa vieja y un cigarro grueso como una jorqueta en el labio. Iba vestido incluso como una papa vieja: con ropas hechas de saco y zapatos de badana. ¿Qué diablos era aquello?, ¿qué clase de

ser jarrapento? Lo observó callado: parecían él y el alemán espigado hechos de la misma jarrapentería.

Oooh, sol, playa, a me gusta Tenerifa, canario no sabe, canario tiene paradiso. Oh, paradiso. Canario no gusta tabaiba, no gusta playa, no cuida monte, no ve bonito paisaje volcánica. Oh, Teide.

¡Tú sí sos sabido!, le dijo El Tiznado al alemán del demonio, amenazándolo con el cartón de vino, tú sí eres aquello, ¿no?

¡Amigo!, yo no problema, yo solo busca luna sol playa vida, siempre, ¿okey? Tranquilo, amigo. ¿Amigo?, dijo el extranjero, sacándose el canuto de la boca y dándole la mano a El Tiznado.

Le miró El Tiznado las manos lisas a El Grelado, así lo llamó: El Grelado, por los pelos. Se veía por aquellas manos que no había trabajado por lo menos desde el día del nacimiento.

Convídame un fisco, le dijo El Tiznado al guiri, pidiéndole aquel cigarro oscuro.

Oh, amigo, yo no entiende español, no entiende mucho.

Que me des un fisco, muchacho, le señaló El Tiznado de nuevo la boca.

Ah, amigo, oh, amigo, tú quiere ganja, sí, amigo, yo comparte, oh, amigo, y le entregó el cigarro a El Tiznado.

Jaló El Tiznado por aquella trompeta. Jaca jaca, pegó a toser como un condenado, ¿qué diablo es eso, Grelado el diablo?, dijo El Tiznado meado de la risa, eso jiede igualito que una brazada tederas, ¿qué te piensas que es uno, una cabra?

Sonreía El Grelado, no comprendía nada de lo que El Tiznado le decía y movía la cabeza de arriba abajo, de arriba abajo. Era simpático, El Grelado, le estaba resultando bastante simpático.

Tah bueno, coño, dijo El Tiznado mirando el canuto, y volvió a jalar por él, esta vez sin ahogarse.

¿Tú viene, amigo?, dijo El Grelado, ofreciéndole la mano a El Tiznado.

Traspusieron juntos. Arrastraron el carro hasta una playa desolada: en aquella esquina del mundo bebieron vino de cartón y jugo Lybis, comieron palmeritas y fumaron y fumaron. Alegaron mirando a la mar, alegaron, alegaron de todo lo que había, al derecho y al revés, de canto y de costado: de existir, del dolor de

existir, de las nubes y del cielo, de los pejes de la mar, de las estrellas por cómo alumbraban la noche triste, de las tristezas malas del alma, de estar uno solo, de andar uno solo en alma y en pena, de los pensamientos que lo comían a uno por las patas, de estar solo, sí, solo uno y más nadie. Era lo que siempre había querido, El Tiznado, alegar de aquellos revoltillos al lado de la mar, y se sentía inspirado: ¿no has sentido tú dicir, peludo..., le dijo a El Grelado mientras seguía fumando de aquel cigarro cumplido, el dicho que dice...?, ¿cómo era el aquello, muchacho?, que se me fue ahora..., ah, sí, muchacho: *me trompecé con una piedra, y ese día supe que lo mío era rodar*. Oh, yes, yes, decía El Grelado con los ojos regañados, oooh, a me gusta piedra volcánico, yo conoce, y se reían.

Lo miró fijo a los ojos, El Tiznado, y aunque no entendían el idioma del otro, sentía que El Grelado le veía la tristeza en los ojos, en lo negro de los ojos, y él se la veía a El Grelado en el viro azul de los de él, y así se pasaban los días y las noches: bebiendo y fumando, alegando sin parar, entendiéndose con cuatro palabras mal empatadas y una ristra de señas con las manos, rebuscando en las basuras juntos, quedándose cada vez más en el espinazo, los dos a la vez, que ya se les empezaban a caer los pantalones por las patas que ni les alcanzaban las ligas de los zapatos para agarrárselos, y El Tiznado lo llevaba y lo traía y lo enseñaba a las máquinas y a las palabras canarias, y El Grelado lo llevaba y lo traía a las playas escondidas que ya conocía El Tiznado de ir a pescar, y se juntaban con más jipis alemanes con los que se metían en barrancos, y por las noches, entre los cardones, hacían fiestas en las que miraban la luna y se bebían puñados de aspirinas, que no entendía qué tanta aspirina del diablo se tenían que espichar aquellos demonios, tendría que ser que les dolía la cabeza a esos alemanes del carajo, salchichas y aspirinas, y El Grelado cada día más espelujado y quemado por los hombros, con lo blanco que era, con los dientes encachazados y la ropa rota, y hasta un perro cazador abandonado, había encontrado, y ahora iban los tres, es decir, los cuatro: el carro y el perro amarrado con una soga patrullando las calles con alegría y bañándose desnudos en la mar, con la claridad y con la noche, con

las cucas peludas y tiesas haciendo el Cristo de la mano mientras las olas los alejaban de los callados, privados, contentos, saltando en una pata sola, hasta que un día apareció un cuervo y El Tiznado chilló: ¡cruz, perro puto!, y: what?, dijo El Grelado atemorizado, con los ojos chicos de fumar, Tiznadou, tú siempre te preocupa, tú tiene que ser tranquilo, la vida tranquila, ¿me oye?, y El Tiznado se santiguó, muchas veces, por todos lados, y se echó tierra por la cabeza y por las partes, y le echó también a El Grelado por los grelos, porque se conocía él a la vida y la vida daba más vueltas que un trompo: sí, yo vida tranquila, pero un cuervo acá abajo en la mar no es cosa buena, mi niño.

Desnudo, aquel día, en aquella playa de arena escondida, El Tiznado le vio la culebrilla en la espalda a El Grelado. Tenía las dos cabezas separadas, pero parecía que se estaban juntando. Decía la gente que si las dos cabezas de la culebrilla se juntaban, la persona la espichaba. Se paró como un tiro, corrió y corrió, y el perro corrió atrás de él. ¿Dónde tú vas? ¿Dónde corre, Tiznadou?, chillaba El Grelado, ¡tranquilou! Estaba juyendo, ¿de quién?, de El Grelado, del pensamiento que le había llegado a la cabeza: ya no se imaginaba un mundo sin aquel peludo del infierno, y ahora que le había visto la culebrilla en la espalda solo sentía ganas de trasponer. Llegó a las dunas. ¡El carro!, pensó, se había dejado atrás el carro con El Grelado. ¡Tiznadou!, seguía chillando El Grelado, ¡Chiratou!, llamaba al perro, que era el nombre que le había puesto El Tiznado. Miró alrededor: entre las dunas de arena y los balancones había gente mandándole al fuelle de duro, unos solo se jalaban las cucas, otros directamente amontados unos arriba de los otros, mandándole a la matraca. ¿Adónde lo había traído El Grelado? Dios no tenía que estar muy contento. Se sacó la cuca, El Tiznado, namás que por fingir que tenía que mear. Unas verrugas infladas como tortullos y resaltadas parriba le salían del palo, coloradas que daba miedo, por debajo de la cabeza de la pinga. Había tenido todo lo habido y por haber, El Tiznado, todos los bichos malos y guarrindonguerías que andaban por el mundo, pero nunca jamás esos tortullos. Se presinó pensando que, dentro del monte, cuando La Alemana lo persiguió con la escopeta, le había echado un mal de ojo, o no: capaz ahora que se

había juntado con el guiri, de pensar en él como estaba pensando, se le había metido también la culebrilla. No, pero no podía ser la culebrilla, aquello era más bien otra cosa. Cuando volvió en sí, ya venían tres hombres jalándose los pizpiernos contra de él, y el Chirato ruñendo que se les iba a botar a comérselos vivos. Corrió El Tiznado, dejándose mear con la cuca colgada. Llegó con la lengua botada afuera a sentarse al lado de El Grelado y se la colocó en el sitio. Oh, amigo, dijo el extranjero dándole uno de los botes de lejía vacíos del carro para que se relajara, ¿tú problema?, yo te ve, tú preocupado, amigo. Agarró el bote, El Tiznado, como los niños chicos los machangos. Lo miró el extranjero, se estaba haciendo un moño alto con un grelo solo. Se dio cuenta de que de verlo se le había metido una angustia en la barriga parecida a la que le hacía sentir La Alemana, y que, como con La Alemana, cada minuto del pensamiento estaba ocupado por la figura tajante y luminosa de aquel hombre blanco como las cartas, de aquella blancura impoluta que lo hacía sentir a él tres veces más tiznado. No sabía por qué al lado de aquella gente se sentía uno tan chiquito, regañado de luz blanca, no la luz de la piel, sino la luz del espíritu. Se sentía pobre al lado de aquel hombre, no de dinero, que también, sino de sentimiento, pobre, pobre y estúpido. El sol pegó a caer, dibujando un cerco dorado en el agua. El día se apagó y se tumbaron en la arena con el perro. Las últimas brazadas del atardecer dejaron ver la misma imagen que se había encontrado El Tiznado cuando lo conoció aquella vez primera: una piña a contraluz, una sonrisa de dientes negros que a ratos parecía botar destellos azules.

En el sueño tenía sed, Cathaysa, mucha sed. Salía al patio. No sabía si era la casa de la madre o la de Tío Aurelio. Era una mezcla de las dos casas. Se acercaba a los matos, había miles, miles de naranjeros y un solo duraznero cargado de duraznos pelones, de los mollares, de los que se despega la pipa de la fruta con facilidad. Agarraba uno. Cuando se lo iba a llevar a la boca, se pudría en el acto, esprendía un vapor negro que todo lo tapaba. Lo soltaba, el durazno mollar, y de golpe, contra el piso, salían ciscos negros que volaban por los aires. Se le metían en el pelo. Tenía algo en la cabeza, ¿bichos?, ¿bichos?, eran bichos voladores. Los agarraba entre las manos, los miraba de cerca, no veía bien, era como que se estaba quedando ciega. Hacía fuerzas, los párpados se le cerraban solos. Se iba sacando los pelos uno a uno de la cabeza y le venían minados de aquellos bichos, parecían lagartas a punto de convertirse en mariposas, pero si los miraba de cerca, no: no eran mariposas, sino bichos negros con unas alas de papel platino.

En el sueño tenía miedo, Cathaysa, mucho miedo; corría patrás y entraba dentro de la casa como rebobinando una cinta. Allí había un cuarto que se parecía al cuarto de ella, porque tenía las cosas de ella, y ¿una... cuna?, sí, una cuna: chacha, qué ganas de que se despierte ya la niña, pensaba en el sueño, sí, es una niña, mami, menos mal, decía, porque las niñas son más mimosas, más cariñosas. Se alongaba entonces sobre de la cuna, pero no podía evitarlo: ya le estaban entrando los bichos por los oídos a la criatura. Se los quería sacar, pero eran tantos que no daba avío. Además, a ella también le picaba la cabeza y tenía que rascarse, pero la niña estaba peor, porque tenía más pelo que la madre, más y más pelo que la madre que se le iba desbordando por fuera de la cuna. ¡Córtale ese pelo, muchacha!, le decía Engracia dentro de la cabeza,

que eso parece un estropajo auténtico, y Cathaysa que no, que no quería por nada en el mundo: el pelo es vida, decía.

En el sueño, tenía prisa, Cathaysa, mucha prisa, y corría a la cocina. En la cocina agarraba vinagre del que el padre usaba pa coger carnada, pero quedaba namás que un fisco. El fisco que quedaba en fondo del bote se lo mandaba a presión a la niña pa sacarle los bichos como si fuesen piojos, pero el vinagre los trastornaba. Al mirarlos de cerca, tenían ojos y dientes y orejas y namás les llegaba aquel calor del vinagre abrían las alas de platina y las quejadas y volaban revoltillados alrededor del pelo de la niña chascando el aire.

¡Socorro!, por Dios, ¡qué alguien me ayude!

En el sueño necesitaba ayuda, Cathaysa, mucha ayuda, y de solo pensarlo aparecían en la puerta del cuarto Engracia y Tío Aurelio. ¡Ayúdame, mami!, chillaba Cathaysa, la niña se está muriendo, pero las palabras no le salían de la boca, solo una varajada de aire sin sonido. ¡Ayuda!, pero Tío Aurelio y Engracia no paraban de reírse sin abrir del todo la boca. Esta chica es boba, decía Tío Aurelio mientras se rascaba la bragueta con la punta de dos dedos, esta chica es boba... y la madre no lo sabe.

En el sueño, no entendía, Cathaysa, no entendía nada: ¿qué quería decir Tío Aurelio?, ¿qué era lo que Cathaysa no había entendido?, ¿qué no le habían contado?, ¿y la niña?, ¿dónde estaba la niña?, la cuna ya no estaba, ¿qué pasaba?, el sueño parecía la realidad, y salía entonces corriendo para escapar del sueño, atravesando las paredes, con gran dolor en el cuerpo, y llegaba de nuevo al patio. Esta vez sí estaba claro que era el patio de la madre, y namás cruzaba la puerta se encontraba con el terror: estaba todo lleno de pollos sin cabeza, brincando como perros pidiendo comida. Ya estaba entendiendo, Cathaysa, casi lo estaba entendiendo: sí, lo entendió por completo cuando un quíquere negro con la cabeza colgando del viro del cuello se acercó, se acercó tanto. Cerca, hasta

desaparecer con ella en una oscuridad blanca... ¡Mentirosos!, chilló Cathaysa llevándose las manos al pecho, ¡mentiras!, dijo mientras se sentaba contra el cabecero de la cama, me dijeron mentiras y me las creí.

La Macha brincó del susto, la miró enfadada y siguió durmiendo con la barriga llena del almuerzo, dándole el culo, nunca la cara. Desde que se había amontado en el caballo de El Churrero a mediados de agosto, no le había vuelto a dirigir la palabra, y ya estaban casi en septiembre. Quedaban solo dos semanas para que Cathaysa cumpliera los diecisiete años, y la criatura zarzaliaba tratando de romperle la piel, intentando salir por alguna parte, ya horita le tocaba. Respiró tres veces. Por lo menos Yaya le había abierto las puertas de la casa cuando regresó aquel día, porque lo que es la hija le hubiese estampado las cosas que se había dejado en la cara. Miró a La Macha con agonía. No sabía si podía aguantar parir a la criatura sin que la amiga le agarrara la mano. Si no iba a tener a Engracia, por lo menos tener a la madrina y a la amiga, pero estaba dudando ella de que eso fuera a ser posible. Por ahora no la rozaba ni con una pata cuando se viraban en el colchón. No le decía los buenos días ni la hora, solo se limitaba a sentarla en la taza y a quitarle los calcetines cuando le tocaba cortarle las uñas, porque Cathaysa no se alcanzaba ya de la tremenda barriga. Alegaba apenas Cathaysa, solo cuando Yaya volvía de la peluquería, pero tampoco mucho, porque el cabreo de La Macha había esprendido un aire tan pesado que hacía que el espacio entre ellas tres se sintiera más grande que una fanegada. Ya ni Yaya hacía mucho por hablar tampoco. Solo cuando El Churrero venía a preguntar por ella se escuchaban más palabras. Había veces que venía a averiguar de la prima hasta dos y tres veces en el día. Desde que Cathaysa había cogido la cadena de la Virgen y se había amontado en el caballo, no había quien lo frenara. Salía la madrina a la puerta a decirle que la criatura estaba desinquieta y que Cathaysa estaba cansada, que la dejara escansar tranquila. Al cerrar la puerta se escuchaba a La Macha rajando sábanas dice que pa hacer paños: ¡te lo juro por Dios!, gritaba con los dientes en una pura retrincadera, ¡que como lo agarre, lo abro al centro como una caballa!

El sudor de los nervios había hecho que el pijama se le pegara a las sábanas. Se las despegó sin hacer ruido y se paró de la cama espichándose las cholas. Antes de marcharse volvió a mirar a La Macha: no estaba durmiendo, se estaba haciendo la dormida, pero no tenía tiempo para compadecerse ni de ella ni de nadie. Atravesó la cocina. Estaba Yaya traspuesta, con la novela de fondo, calentándose los calcetines en el fuego, con las dos cholas empinadas en el viro la chimenea que se le iban a quemar con los trabajadores, esas perlas menuditas de fuego encendido que dibujaban caminos por los muros de las chimeneas y que El Tiznado le decía a Cathaysa que eran trabajadores de la galería con el casco encendido.

Chacha, se empinó Yaya asustada con una baba churretiándole el cachete, me embobecí, y se volvió a dejar dormir mientras se la secaba con una mano. Con la otra tenía agarrada una taza de café vacía.

Voy a caminar un fisco, dijo Cathaysa.

Hay café hecho, respondió Yaya hablando casi dormida, ¿quieres un fisco un buchito?, dice que así el niño sale más avispado, y se dejó dormir de nuevo, pero sin parar de alegar sola: así salió La Macha, la cabrona, que tiene el fuego metido en el culo...

No agarró paraguas ninguno. Se puso un rebeco que había colgado en un clavo de la entrada. Abrió la puerta despacio. Junta, toda la luz de nube se le clavó en los ojos, y salió a la calle en cholas de levantar.

Llovía a toda presión, como si Dios estuviese regando con el dedo puesto en la manguera. Las cholas le patinaban sobre del piche, y aunque se estaba tapando con el rebeco, el agua le había llegado hasta por debajo del cuerpo. Caminó por el virito de la carretera sin pensar demasiado, agarrándose la espalda con la mano derecha. A mitad de camino, paró. Casi no podía respirar. Todo era blanco de brumacera, y el camino parecía tan corto como dos palmos, pero a medida que avanzaba iba descubriendo el siguiente tramo mojado de carretera, abacorado por el verdor de lo que era una selva ya de tederas, cerrillos, ortigas y ortigones. Con la lengua botada afuera, una presión de agua en el cogote, el temblique en las manos y chuchazos de la leche corriéndole por los pechos llenos de venas, continuó y logró llegar hasta lo alto de aquella tremenda pechada. Allá arriba, en el final del barrio y el comienzo del monte, estaba todo cubierto por una capa fina de hielo. Agarró la primera vereda de la derecha con cuidado de no mandarse un partigazo. De la casa salían caminos de humo de chimenea que se mezclaban con la bruma. Siguió Cathaysa las señales de humo como los personajes de los cuentos que El Tiznado le traía de la chatarra y se desató una escandalera insoportable de ladridos de perros cazadores.

Desde acá afuera lo vio sentado debajo del volado de planchas plásticas. Reconoció las viñas echadas a tierra, el caminito de piedra que llevaba hasta el patio de pinocho. *Y si vas para arriba*, cantaba, *y si vas para abajo, no te olvides que yo te estoy manteniendo*. Allí jugaba ella de menuda con los perritos y los gatitos chicos. En el patio de pinocho jugaban a la lucha canaria y a la trinca, que consistía en perseguir a Cathaysa para tocarle el culo. No le gustaba jugar con los primos, sobre todo con El Churrero, porque estaban todo el día tocándole las partes. Caminó Cathaysa tapándose los

oídos de tremenda ladradera que había. Se fijó en cada piedra de la vereda, en cada flor y en cada rama. Hacía tanto tiempo que no venía que pensaba que iba a encontrar algo distinto, pero todo estaba en el mismo sitio de siempre.

Llegó a la casa. Estaba arrimado a la pared, sentado en un poyo de cemento debajo del techado de planchas plásticas. Todo forretiado, con gorro de lana y rebeco peludo, alongado sobre de un cubo de pimientas. Cathaysa pegó a temblar. No solo del frío, sino de los fuertes nervios. Los perros no se callaban ni con un palo, y un olor crudo a papel asfáltico derretido lo tapaba todo. La casa eran apenas dos cuartos de piedra y tierra mal encalados, un corral para las cabras sin cabras, solo puros perros cazadores. El volado de plancha que lo estaba protegiendo del chiquito cancanazo de agua, huertas de viñas, de papas, de naranjeros que cargaban naranjas ácidas que cortaban la piel de los labios, huertas en las que Cathaysa pasaba las horas quieta, deseando que el padre volviera a buscarla, mirando cómo se movían los matos, queriendo convertirse también ella en un bicho, o, mejor, en una hierba, en el aire del monte. Popopopó, se escuchaba por debajo del palo de agua y los ladridos. Tenía el culo como un florín, aquel hombre. Pedos y más pedos de los que Cathaysa comprendió que venía aquel jedor a cochino quemado. Se estaba fumando un cigarro ya casi por la parte del filtro y lo agarraba con el guante de lana completamente encachazado. La otra mano la tenía desnuda. Con esa, sujetaba la aguja y el hilo, que movía adentro y afuera con jeito. Estaba haciendo ristras de pimientas secas mientras cantaba canciones inventadas que Cathaysa se sabía. *Y si vas para arriba*, siguió por el lado de la boca que le quedaba libre, *y si vas para abajo, no te olvides que yo te estoy manteniendo*. De toda la vida le había gustado a él cantar canciones inventadas de mujeres traicioneras y hacer de que tenía mal de amores, pero no estaba enamorado ni había mujer ninguna que lo amara. Las gafas de culo botella, los ojos azules, los pelos canentos, nada en él había cambiado. Seguía siendo aquel viejo que todavía, de alguna manera, transparentaba haber sido en algún momento un hombre guapo, al que alguna mujer había querido pero no había podido soportar.

No levantó la cabeza para saludarla, pero Cathaysa sabía que la había visto. Eso jalaba flemas y, pimba, la escupidera y la guarrindonguería dentro de un caldero vacío que usaba pa recoger los huevos de las gallinas que tenía cuando ella era pequeña. Aquella peste a radios quemadas mientras cosía las pimientas una a una. Seguían ladrando los perros con ladridos afilados como hojillas, y dejó el cigarro posado sobre de un cazo de yogur viejo. ¿Ustedes nunca han visto gente?, dijo aquel hombre, metiéndose un palo entre los dientes pa sacarse la mierda vieja de un hueco que en el pasado había sido una muela que se había arrancado él mismo. Sssssshhhhhhhhh, mandó a callar con un soplido seco. Se acabaron los ladridos. Ni la lluvia parecía llover entonces, y sonrió complacido de su capacidad para gobernar el mundo. Debajo del parral del patio, el brillo del diente de oro hizo que se le regañaran los ojos a Cathaysa, la dejó con una ceguera momentánea.

Pum, se cagó otro pedo y la varajada de jedor corrió por todas partes. Aquel hombre era pa pedos peor que un burro, de toda la vida. Si sientes un jedor a mierda, dijo por debajo del ruido de la lluvia, sonriendo de medio lado y sin levantar la vista de las pimientas, son las gallinas, que lo andan cagando todo. Buscó Cathaysa a las gallinas, pero no las vio por ninguna parte. Estaban los perros, eso sí, asomando los jocicos por entre los bloques del cuarto las cabras, jociquiando a Cathaysa pero callados. Sin decir nada, desarrimó la chica una banqueta de al lado de la puerta en la que se sentaba de chiquita y se puso a mirarlo traquinar. Le temblaban las manos y tuvo que ponérselas debajo de las nalgas. Con el frío este que anda metido, dijo el viejo, están los perros todos entristecidos, metidos namás que al pie de uno. Agarró un puñado de pimientas y las regó sobre de la mesa plástica que tenía al lado. Una tembladera de moscas en el aire. Celajes azules, verdes, amarillos, la luz escolorida de una tarde de grele y aguacero negro. Nunca había sido aquel hombre capaz de decir buenos días, buenas tardes, buenas noches. Estaba sorprendida Cathaysa de que estuviera haciendo tantos comentarios. Mira, pa que aprendas, dijo escogiendo las pimientas de la mesa, que los chicos de ahora no saben nada. Estas son palmeras, dijo sin mirarla a los ojos en ningún

momento. Las observó Cathaysa, cada vez más en tensión, que le dolían hasta los oídos de apretar los dientes. ¿Estas?, dijo el viejo señalando las otras, estas les dicen corazón de paloma. Le llegó otro pestazo a Cathaysa por debajo de la mesa que se tuvo que tapar la boca con la mano. ¿Estas?, cuerno cabra. Metió la mano sin guante en el cubo de pimientas que tenía en el suelo y levantó en el aire una cumplidita. Mira, la cuerno cabra esta, esto pa arreglar una carnita conejo o una carne cabra está de maravilla. Sintió Cathaysa que si alante de él hubiese un montón de mierda le diría las mismas palabras, no estaba interesado en a quién decírselo, sino en soltar cosas por la boca. ¿Y estas chiquitas afiladas?, estas les decimos la puta la madre. Estas las metes en vinagre pa dale gusto a un pulpo o pa un fisco pescado guisado. Por primera vez levantó la vista el hombre y se quedó paralizado mirándola. Se apretó Cathaysa el rebeco mojado sobre del pecho, tenía temblores de frío y de miedo y ganas de desaparecerse. Lo que pasa que son medias calientes, dijo mirándole la mano con la que Cathaysa se tapaba las narices, ni dir al baño, empujándose él las gafas de culo botella contra los ojos, ni estregarte las manitas por las verijas. Cathaysa apretó una pierna contra la otra. Mira y si se te ocurre escachar una pa un mojo, no se te ocurra echala entera, la limpias un fisco y le quitas las venas y las granas, porque si no te das fuego con ella. Po, se cagó otro pedo todavía más apestoso, ¡envido!, chilló, y Cathaysa se tapó entonces con el rebeco. Dame la mano pacá, le dijo jalando de ella, pa que le eches un fisco a un mojo bien hecho y te jagas una mujer como Dios manda. Tuvo Cathaysa que quitarse el rebeco de la nariz y estirar la mano. Le puso él una pimienta de la puta la madre en la palma. Fuarte chica fina, dijo escupiendo en el cacharro, ¿a quién salió esta chica, muchacho?, al padre, que es uno fino igual que ella. Se volvió a meter el filtro del cigarro en la boca como si fuera un chicle. Y mira a ver, repitió entonces mirándola por sobre de las gafas, si la estás sopetiando con las manos, no se te ocurra dir a mear o dir a estregarte la cara con ella o los ojos, porque entonces vas a ver las estrellas, si vas a mear después de tocala, no te estés sopetiando las partes. Quiso hablar Cathaysa. Tenía las palabras alongadas en el virito de la lengua, pero tanto y tanto le costó decirlas que se

adelantó él primero: veti y haz más que sea un fisco café, dijo con cara de desprecio, que estoy las amarguras de boca.

Se levantó Cathaysa como un resorte, guardándose la pimienta en el bolsillo mojado del rebeco. Entró por la puerta de la cocina y, de lejos, vio el cuarto chico en el que se quedaba cuando pequeña, que tenía la puerta cerrada. Le dolió el cuerpo entero y la criatura se revolvió. Un jedor a pajero cerrado que había empeorado con los años. La cafetera estaba toda encostrada y podrida con hongos, así que tuvo que fregarla primero antes de usarla con una verguilla llena de comida vieja. No había paño con que secarla. La sacudió dentro del fregadero y le dio cuatro golpitos en el culo con el rebeco enchumbado. Hacía más frío dentro de la casa que por fuera, y pegó el fuego de la cocinilla con la fosfarera que ya casi no tenía chispa ninguna. Miró por la puerta abierta mientras se calentaba las manos en el fuego y volvió a ver los jocicos de los perros resoplando por entre los bujeros de los bloques. Agarró una bandeja. Una taza encachazada, un plato revenido, el bote de azúcar que ponía: ARROZ y tenía azúcar pegajento. Con la cafetera hirviendo, salió otra vuelta al patio. A mí me pones un fisco apenititas, dijo clavando una pimienta con la aguja, una chispa, ¿me oístes?, y agarró la taza para que le sirviera como el rey de Saba. De los temblores, Cathaysa echó medio café por fuera. Mi niña, el café no es pa esramalo, que es pa bebelo. El fanguerío en toda la mesa, las dos pimientas que quedaban enchumbadas. Sus, muchacha, fuarte cosa más amarga, dijo quitándose la taza de la boca, ponme un fisco azuca más que sea ai. Pegó la chica a rasquillar el fondo del bote del azúcar con la cucharilla, que podía aquel azúcar llevar perfectamente veinte años empegostado en tulundrones. Le echó Cathaysa cuatro trozos de aquel pegoste ennegrecido y él se llevó la taza a la boca, botando los labios tres metros palante que parecía un pato. Yo te ofrecía un fisquito de algo, mi niña, dijo asoplando y bebiendo, como potaje rejervido, pero esta casa está más pelada que un madroño. Vete a la cocina y abre los armarios. Ponte a regolver pa ver si jallas alguito más que sea. Ni una pipa almendra, mis, dijo, besándose los dedos en señal de juro, ni la jiel amarga; a ver si voy a la venta aunque sea pa comprar un fisco leche en polvo y gofio, porque ni una

malimpriada cabra me queda, las vendí todas. Se recolocó en el asiento. Levantó la ristra en el aire para admirarla desde lejos y dejó la cuchara sobre de la mesa. La agarró Cathaysa nerviosa, rasquillando el azúcar para separarlo del fondillo mientras le corrían barranqueras de sudores por los costados del cuerpo. Estaba tan mojada que pensó que le iba a dar una pulmonía, pero en aquel momento eso era lo menos que le importaba. De nuevo tenía las palabras en el virito de la boca. Buscó con los ojos mientras juntaba las ideas. Se encontró con la huerta de naranjeros. Entre medio de los naranjeros, el duraznero del que salían aquellos duraznos pelones y mollares que tanto le gustaban de pequeña y que aparecía en el sueño. Tenía ya las palabras preparaditas para decirlas, y las dijo con tono de respuesta, que no de pregunta.

Usté sabe dónde está mi padre.

Dejó de mover las manos por un segundo y se puso escolorido completo, pero rápido agarró otra vuelta la ristra y pegó a trenzar como si no fuera con él la cosa.

Mi madre y usté me mintieron, me lo dijo un sueño malo. Él no está pa La Gomera, dígame donde está mi padre, no me pienso marchar hasta que me lo diga.

Se quedó el viejo quieto. Las planchas plásticas, pim pam, como un tambor a todo dar, tan fuerte el escorrozo que dolía la cabeza.

¡Ese padre que tú tienes no vale un duro!, chilló con desprecio por encima de la lluvia. El macanazo de agua era más duro, más limpio, y Cathaysa, en vez de frío, sintió un calor. Y mira que yo me ha jartado a defendelo, recolocándose el viejo en el poyo de cemento en el que estaba sentado y jalándose los pantalones por arriba de la raja, pero ese hombre es valiente mierda. Era un ardor, lo que estaba sintiendo Cathaysa, un ardor de rabia tan grande que le estaba guisando el estómago, y se preguntó si también le afectaba a la criatura. ¿A qué quieres saber dónde está?, ¿pa dir a jallarlo?, ¿tú estás loca? Tú padre no trae cosa buena, ¿o tú no ves que ese hombre tiene namás que puros pajaritos preñados en la cabeza?

Se quedó callada, Cathaysa, preparándose para abrir la boca, con agonía fuerte de hambre y ganas de orinar.

Se puso el viejo a escoger pimientas otra vez.

Se levantó Cathaysa del sitio agarrándose la barriga. Alzó la vista el viejo y se fijó de verdad en ella por primera vez.

¿Y esa barriga?, dijo aterrorizado.

Estoy embrazada, contestó Cathaysa apretando las cejas. Se asustó de escucharse a ella misma.

Corrigió.

Tío querido, estoy embrazada.

Ese hombre se puso blanco escolorido.

Sus, muchacha, no me digas eso. Y tu madre que no me había dicho nada.

Mirándole la barriga a Cathaysa.

Después las tetas, intentando llegar hasta por debajo del rebeco y del pijama que parecía que podía ver a través de la tela.

¿Y el padre?, dijo asustado.

Movió la cabeza, Cathaysa, de un lado al otro.

El viejo la observó. Había algo en esos ojos azules, algo cambado en esa mirada que Cathaysa nunca entendía.

Tú no le habrás dicho a tu madre nada de aquello..., dijo empinando el bezo.

Cathaysa volvió a mover la cabeza de un lado al otro.

Ah, respondió él poniendo la cabeza de canto, mira a ver si se te ocurre, garrando otra vez la ristra del suelo.

Entró calladita sin decir nada a la casa. Por un momento dudó si la criatura podía ser del viejo, pero no podía una estar preñada desde los cinco años y venir a darse cuenta ahora. Caminó por el fisco de pasillo. El agua corría por las paredes. Llegó al baño. De entrada parecía un baño limpio, pero si se quedaba uno mirando se daba cuenta de que estaba negriando. Por el ventanillo se veía la lluvia cayendo. La meada empegostada en el viro de la taza como resina de pino brillaba a la luz apagada del día. Orinó parada para no rozar la encostradera de meados con los muslos. Estaba aquel baño que daban ganas de arrojar. Un sacudiazo porque no había ni fisco papel por ninguna parte. Por no haber, no había ni jabón del cuerpo, ni tuallas, ni escobilla ninguna. La peste a meados penetraba los pensamientos. Se fue a lavar las manos, pero no pudo. Sobre del lavamanos, un jaboncillo esmojecido, lleno de pelos empegostados,

la hojilla oxidada, la escobilla de afeitar, fos, petiseca, fos, que daban ganas de darle fuego, primero al jaboncillo, después al cuarto baño entero y, ya de paso, a la casa, y al tío con ella.

Afuera, un palo roto, algo, un paso, un perro, una mosca, un paso en el pasillo. Se viró Cathaysa y corrió la cortina esmojecida de la bañera. En una esquina del desagüe ennegrecido había como una especie de soga revoltillada. Se alongó, Cathaysa, y enfocó despacio: un entongamiento de bichos carreteros como en un nido. Se separó de la bañera y se chocó con el mueble del baño. Le cayeron en tongas sobre de los hombros. Casi le da algo del asco tan grande de verse aquellos bichos carreteros sobre del cuerpo. Fue a chillar, pero era peor de lo que podía expresar con palabras. Se dio cuenta de que eran en miles, en tongas por las paredes, en el sumidero del lavamanos, en los viros del bidé, en las cenefas de los azulejos, dentro del bote del jaboncillo. Se acercó al lavamanos y se los sacudió dentro. Abrió el grifo para lavarse las manos, pero no había agua. No se escuchaba sino el cancanazo de lluvia y esa tremenda peste a coles guisadas que se estaba apoderando otra vuelta de todo el aire. Se botó las manos a la boca. Alzó la vista y lo vio parado detrás de ella en el espejo, con el gorro virado patrás, los sudores cayéndole como plomos por las sienes. Te pusistes hermosa, dijo quitándose ya la hebilla del cinturón. En el espejo esmojecido, la imagen era como una foto de esas antiguas en las que aparecían niñas de doce años casadas con viejos de treinta y cinco, viejos con niñas, primas con primos, tíos con sobrinas.

Se apretó contra ella arrimándola al lavamanos. Sintió Cathaysa el frío pegajento de aquella pieza del baño llena de flemas. Le subió un calor por el vientre. Le pasaba siempre que se le acercaba de aquella manera. La neblina blanca se le aposó delante de los ojos y se quedó paralizada, quietita con las pupilas abiertas, las orejas empinadas de conejo que sentía a la perra cazadora, jape jape, acercándose. Era experta en hacerse la muerta desde aquellas noches oscuras y amasadas, con las manos largas y pellejudas de un viejo acariciándola por debajo del pantalón del pijama de flores. Resoplaba aquel viejo, resoplaba ya casi esnucando al conejo con la quejada, pero sin pensar se botó ella la mano al bolsillo del rebeco.

Sacó la pimienta de la puta de la madre y la esperruñó entre los dedos hasta escacharla. Tío Aurelio todo atemorizado rechazando patrás, pegándose a la pared hasta los topes de bichos carreteros. Abrió el puño, Cathaysa, y le enseñó la pimienta esperruñada. ¡Aaaaaaaah!, los chillidos porque no aguantaba el ardor en la mano. Ese hombre con los ojos botados afuera como chernes. Se bajó los pantalones Cathaysa y se pasó la mano por el chocho. ¡Aaaaaaaaaaaay!, quería brincar, pero se mantuvo retesa, llorando de dolor. ¡Aaaaaaah!, por Dios, ¡la Virgen santísima!

¡Él anda metido por la zona de La Sabina!, chilló Tío Aurelio aterrorizado y arrimado contra la pared, con media cuca por fuera. Salió aquel hombre corriendo pa la cocina y volvió con un trozo de papel con una dirección anotada. Cathaysa agarró el papel y se lo metió en el bolsillo con una mano sin soltar la pimienta con la otra.

¡Deme dinero!, dijo Cathaysa dando una orden, nunca había dado ella una orden a nadie. Le salían lágrimas del ardor, pero no soltó la pimienta, la siguió esperruñando lo más fuerte que pudo. Volvió a correr Tío Aurelio jalándose los pantalones. Al momento, regresó aquel hombre, que era más agarrado que un puño, que siempre había sido pichirre hasta pa comprar papel del baño, abriendo la cartera como un abanico y dándole todo el dinero que tenía.

¡Aaaaaaay, Dios mío!, ¡por Dios y la Virgen santa, que alguien me ayude!, salió Cathaysa chillando por la puerta. Auuuu, los perros cazadores aullaron con ella como imitando los sonidos del llanto. ¡Por Dios bendito! Bajó por el barrio con la pimienta todavía dentro de los dedos, esperruñándola con fuerza. Podía haber dejado de escacharla y eso le hubiese aliviado el picor de la mano, pero le hacía compensación con el ardor de las verijas. Ya no llovía, había un sereno que cubría todas las cosas, y las vecinas estaban forretiadas viendo la novela engallinadas del frío: sus, muchacha, qué chillidos son esos, decían. ¡Ay, por Dios bendito, que me muero! Llegó de aquella manera a la casa de Yaya, rillando los dientes del quemor tan grande. Se sentó en el escalón de la entrada, sonriendo, mientras se sacaba el papel con la dirección que le había dado Tío Aurelio. Una alegría en el corazón le incendió los pensares. Le ardía

tanto que se desmayó, por suerte, apoyando la cabeza en la puerta de la entrada.

Parte V

Habían pasado holgados días juntos. Haciendo lo que parecía que llevaban haciendo toda la vida, como un matrimonio que se convierte en dos periquitos comiendo del mismo alpiste: todo la misma persona. Ajuntando nuevos botes blancos de las basuras y ordenándolos en el carro, pues El Grelado le había devuelto a El Tiznado las ganas de aquellar las cosas bien hechitas. Habían pasado holgados días mirando el sol y las estrellas, estregándose mujo por la cara y por la espalda, cogiendo cangrejos, chascando lapas crudas, bañándose en los chorros de pesetas que caían de las máquinas de los bares, corriendo desnudos por los charcos y por el mundo junto con Chirato, pidiendo papas guisadas que sobraban de los platos de los estraneros, lambiendo los culos de los vasos como se lambían los culos los perros de la calle. Todo había sido normal, una vida normal a su manera, hasta que El Grelado se puso raro. No sabía ni en qué día estaba viviendo, El Tiznado, pero el aire de septiembre le resultaba siempre inconfundible y supuso que se jallaban en ese mes del año. Desde que había entrado aquel aire limpio y ácido, El Grelado estaba dado de lleno a las aspirinas. No alegaba casi nada, él que era más alegador que el carajo, y se la pasaba fumi-fumi todo el tiempo. Desnudo, en la playa, El Tiznado se había fijado en la espalda ahora guisada del sol de El Grelado: la culebrilla le había caminado las costillas, dejándole un reguero encarnado de marcas. Quedaban ahora las dos cabezas muy cerca, y coincidía con que El Grelado estaba amochado. Le hubiese gustado tener cerca a doña Evelina para que se la cortara con cruces y santiguados, pero no conocía él a nadie por aquellos mundos que quitara esos males, y tampoco se sentía capaz de hacerle otra visita a La Brujenta sabiendo que no había hecho ni la misa la mitad de lo que le había mandado. Además, tampoco estaba él pa botar

camarotes. Se fijaba en el perro y era como verse en un reflejo: flaco como un guirre y lleno de costras por las patas. Le gustaba andar con Chirato, a El Tiznado: siempre, desde menudo, le había alegrado la compaña de un perrito o un gatito. Ahora que no tenía la mujer para gobernarlo podía hacer lo que le daba la gana. Lo único que no le gustaba tanto era aquello de que El Grelado estuviera más serio que una tusa. Se había acostumbrado El Tiznado a la presencia del cabrón chico, y andar con él le apagaba los pensamientos. Él, que siempre había sido una auténtica rueda de fuego pa matraquillar la cabeza. Él, que siempre había deseado dejar de escucharse las ideas más que sea por un puto rato, ahora que estaba tan callado El Grelado le habían vuelto todas las emisoras de la cabeza al mismo tiempo, y, ¿eso?, eso no le hacía apenitas gracia ninguna.

No supo muy bien por qué, pero un día se levantó El Grelado con ganas de tenderete. Traspusieron desde temprano a ajuntar botes y, en vez de vino, se compraron un café con bastante azuquita pa compartir, pagado con pesetas ajuntadas del suelo. Estaban contentos. Hasta el Chirato cargaba botes en la boca, privado, brincando con una pata y luego con la otra, como caminan los perros cuando llevan un machango entre los dientes. A aquello de las cinco de la tarde robaron una botella de güisqui y compraron una tonga de cartones de vino. Pegaron a parrandiar como a ellos les gustaba: metiéndose por enriscaderos hasta alcanzar playas lejanas, dejándose guisar la cabeza por el sol hasta ver luces de colores y escuchar voces que nadie más escuchaba. Parrandiaron, sí, un tenderete duro que duró toda la tarde, por aquellos andurriales de tabaibas y cardones. El cielo pasó de rojo anaranjado a sangriento, a la sangre de un cochino picado, por atrás de las lomas altas del Sur, el volcán se echó sobre de la isla como un caballo a punto de morirse y llegó la noche, pero ellos no dejaron de correr como avionetas. Regresaron al pueblo y entraron en minicasinos, bailaron con los ingleses endrogados que terminaban dándose manadas de palos hasta sacarse los ojos y venir la policía, se dejaron ellos también pegar y se pegaron, con los ingleses y entre ellos, y acabaron desnudos, con la ropa rajada y el culo al aire. Bajaron a la playa del pueblo. Bebieron y bailaron en la orilla de la mar con las

pardelas mientras el Chirato se perseguía el rabo. No supieron cuánto tiempo bailaron, pero cuando el perro pegó a hacerse el echadero en la arena para acostarse, El Grelado sacó dos bolsas de basura grandes del carro, le dio una a El Tiznado y con la otra se tapó el cuerpo y la cabeza. Se quedó dormido en la arena de la playa.

Se quedó solo El Tiznado junto con el perro mirando la mar. Se le encendieron los pensares viendo las lucitas de La Gomera al fondo de la negrura. Era la noche antes del cumpleaños de Cathaysa, pero El Tiznado no sabía ni qué era un cumpleaños. Hacía meses que no sabía nada. Enfrente de él, La Gomera se presentaba como la isla deseada, como San Borondón. Y pensó sobre los deseos: por más que las quisiera él, las cosas, las cosas no lo querían a él y se mantenían alejadas e intocables, como otra isla. Pensó que se había pasado la vida mirando más allá, deseando más allá, siempre más y más y más, y que lo mejor era aceptar lo que tenía enfrente, que era absolutamente nada en este mundo. Nada, mierda espichada en un palo. Dos cosas le había jurado a Dios cuando le nació la única hija que le había dado: no pegarle leña como le había mandado la madre, y no mandarse a mudar, como se había mandado a mudar el padre. ¿Y ahora qué, Tiznado?, se preguntó agarrando arena y dejándosela caer en el pantalón, ahora le mamas el mono a Carmitas, ¿oístes? Ahora le mamas. ¡La cagastes, Burlan Caster!, se dijo mandándole un tanganazo al cartón de vino. Ahora no hay vuelta di hoja, compadre.

De nuevo observó la sombra ennegrecida de La Gomera. Se acordó de cuando era chico y veía la otra isla y pensaba que la gente que se había marchado a Venezuela regresaba por aquella parte, porque Venezuela quedaba tapada por La Gomera. Dentro de la cabeza le sonó la canción de «Acapulco Tropical» de Los Bajip, y por un momento deseó estar en un bailito en Agulo, con los amigos de los Anónimos, y dar vueltas y más vueltas hasta esganizarse las patas. Se preguntó si alguna vez iba a encontrar ese lugar en el que quedarse. Siguió bebiendo. Todas las cosas que había querido en la vida le habían parecido siempre poco. Ahora que no tenía nada, no se sentía contento, pero por lo menos no tenía nada y no podía

sentir que era poco. No quería una mujer más guapa ni más dinero, no quería nada, y hasta ahora, mirando La Gomera, comprendía que era muy probable que tampoco quisiese ir a La Gomera. Pensó El Tiznado que había gente que había nacido con una flor en el culo, como La Alemana o el alemán, que podían decidir si ser jarrapentos porque querían, pero él había nacido jarrapento, y jarrapento se iba a quedar. No tenía arreglo. Había nacido bichado, y aquel pensamiento le dio una angustia que le traspasó el buche: cuántas veces había intentado cambear, dejar la bebedera, pedir dinero emprestado, las máquinas, el vicio, el puñetero vicio, el puterío, las brujentas, bueno, las brujentas no, las brujentas jacían falta pa saber lo que uno jacía o dejaba de jacer, de tener una vida mejor, más aquello, ser él más feliz, tener una vida más arreglada a las que salían en las canciones y las películas, con una mujer que le alegrara el alma y la vista, o ser él más feliz y no tener aquella amargura metida en el alma y la boca del estógamo a cada rato.

¿Qué esperanza le quedaba a un hombre sin casa? Un hombre lejos de la casa se sentía como un murgaño sin burgado arriba que lo tapara, corriendo descontrolado por los riscos, a la vista de las gaviotas y los pájaros de los charcos, con el cuerpo pelado chicharrándose abajo de los rayos del sol picón del mediodía. ¿Pegar de nuevo?, ¿quién podía pegar de nuevo?, los chicos menudos, las estrellas de mar, los durazneros acabantes de podar, los ricos.

Pero no, claro que no, mirando a La Gomera sintió una picada en el pecho, El Tiznado: la certeza de que no tenía que ver solo con haberse marchado. Lejos o cerca de la casa, en la carretera cubierta de cielo negro y estrellas o aguantando el quemor de un día de fogaje, iba a estar siempre un fisco roto, incompleto, medio vaciado. Se metió entonces dentro de la bolsa negra de basura que le había dado El Grelado, cerró los ojos y posó la mano sobre del perro. Chirato resopló. Ladró en sueños debajo de la mano de El Tiznado. Tranquilo, compañero, le dijo, estate tranquilito ai. Le vino una tristeza amarga, pero al mismo tiempo una especie de alivio: ahora solo le quedaba dejarse arrastrar, como una aguililla llevada por las corrientes del aire.

Aún era la noche cerrada cuando Cathaysa se asomó por la ventana a mirar el barrio antes de trasponer. La Macha y Yaya seguían dormidas, y un aire frío entraba por debajo de las puertas como los ratones hambrientos. El Teide no se veía, pero sabía Cathaysa que seguía nevado, incluido Pico Viejo y La Cumbre, por lo que habían dicho en la peluquería. Desde que habían puesto los papeles de la fiesta, hacía una semana, había empeorado el frío y se estaban formando incluso costras de hielo en el suelo a la altura misma de las casas, no solo del monte. La gente estaba aprendiendo a caminar con trozos de chapa amarrados a los tenis para ir a la venta, pero aún no le tenían el truquito cogido. Se agarró Cathaysa del marco de la ventana con dos dedos, todavía medio agoniada. Era el primer día que podía levantarse sin que le temblaran las patas desde que había ido a dar con Tío Aurelio. La había encontrado la gente de la comisión de fiestas. Iban los hombres y las mujeres a poner los papeles y las flores de papel pa por lo menos tener a la Virgen contenta y que les quitara aquella cruz de lluvia y tristeza que tenían arriba, por compromiso namás, porque ni fisco de ganas tenían de estar ajeitando aquello con el tremendo pelete que estaba metido, pero por lo menos la misa y la procesión tendrían que intentar hacerla, aunque ese año no hubiese baile ninguno, porque ¿qué clase de baile iban a hacer, si no paraba aquel tremendo palo de agua? Con los escabeles y los atarecos, fueron decorando la calle tramo por tramo, como todos los años, pero en esa ocasión intentando no matarse con el hielo. Se la encontraron botada, a Cathaysa, toda enchumbada en la entrada de la casa de Yaya con los ojos virados. Le tocaron en la puerta a la madrina y entre dos hombres cargaron a Cathaysa y la dejaron al lado del fuego. Yaya la bañó con agua caliente. La Macha estuvo una semana poniéndole

compresas frías en el chumino mientras ella temblaba de mal cuerpo porque se había agarrado una gripe de haber estado enfangada tanto rato. Ahora Cathaysa miraba por la ventana una última vez antes de marcharse y, debajo de la brumacera y la luz dulcita de las farolas de la calle, contemplaba con tristeza los papeles y las flores de papel. Estaban esmagadas completas, y por la carretera caían churres de colores que las dejaban escoloridas. La fiesta, pensó Cathaysa. Ya no le quedaba nada para parir a la criatura y, además, era el día del cumpleaños: diecisiete años, ¿quién lo diría?

Se quitó el pijama y se puso un chándal viejo de La Macha que quedaba en el fondo del armario. Se espichó unos calcetines y unas cholas de levantar, porque tenía los pies hinchados. Se tocó la barriga: cada vez la tenía más escolgajada. La criatura se estaba bajando poco a poco, como agarrando rumbo ella sola. Era bastante avispada, ella. Del fondo del armario sacó también la falda negra y la blusa blanca manchada de vino que había llevado al baile el año anterior. Sobre de la silla de la esquina estaba colgando el rebeco de Yaya. Se lo puso y metió las manos en los bolsillos para comprobar: estaba todo el dinero que le había dado Tío Aurelio y el papel con la dirección. Abrió la gavetilla de la mesa de noche intentando no despertar a La Macha. Sacó el libro de los nombres guanches, la estampa de la Virgen de Candelaria que nunca se mandó a Venezuela y la foto recortada de la cara del padre. Al cerrar la gavetilla se escuchó un pequeño escorrozo. ¿Adónde vas, Cathy?, le dijo La Macha medio embelesada, desabrigándose. Era la primera vez que le dirigía la palabra desde hacía mucho tiempo. No te preocupes, voy pa la venta. ¿Tan temprano? No respondió, Cathaysa, y se viró La Macha pal otro lado, abrigándose hasta la altura de las narices. Se dirigió ella entonces a la cocina, agarró una bolsa plástica con fiscos de pan de detrás de la puerta y metió todas las cosas dentro, menos la foto del padre. La observó un momento. Lo tenía decidido: no podía seguir así, viviendo en casa ajena, con aquella brumacera metida. Aquella lluvia que escachaba el alma y hacía doler el cuerpo. El cuerpo y la criatura pedían sol, y no se podía imaginar ella que le nacía y se pasaban las noches y los días sin descansar pensando que se le iba a espichar un bicho carretero

de aquellos por la oreja o la nariz o incluso los ojos. Le dio un beso a la foto del padre. Ya vamos, papito querido, dijo echando una varajada de calor por la boca, ya vamos a dar contigo. Fue hasta el recibidor y llamó un taxi que la llevó hasta la parada.

Se sentía desinquieta, Cathaysa. Nunca había cogido la guagua que iba al Sur. Era la primera vez que hacía una cosa tan importante ella sola, y de repente le entró una contentura en el alma a pesar del cansancio de cargar con aquel tremendo tolmo de barriga mientras se sostenía en pie, congelada de esperar en aquel poste que tenía trabado un cartel que decía BUS. ¿*Bus*?, pensó Cathaysa. El chófer la ayudó a subir los escalones y la puso en el asiento de alante. La noche atravesaba los cristales, y un olor ácido a leche con gofio circulaba por el pasillo. Se fijó en la otra gente que iba en la guagua: los ojos negros enterrados y los zapatos de limpieza. A aquella hora había cinco mujeres y dos hombres que se dirigían a trabajar en los hoteles. La guagua arrancó demasiado rápido y la carretera pegó a moverse hacia los lados. Miró entonces el mundo caminar atrás de ella y sintió que estaba cumpliendo el sueño que siempre había tenido: conocer todas las lindes de la isla. Chofe, dijo de repente entusiasmada, ponga una perrita música. Reguló la radio el chófer y encontró una linda canción que le hizo recordar al padre: *al canario, al canario le partieron el pico, el pico con una azada. Parece que convenía que el canario no cantara. Parece que convenía que el canario no cantara*. ¿Te gusta, mi niña?, dijo el chófer partiendo caja con la palanca de cambios. Aumentó la velocidad, voló la guagua por los aires como una nave espacial con chorros de fuego en el rabo. Pensó Cathaysa que hacía tiempo que no sentía aquella alegría parecida a cuando había pollitos de quícara que cuidar.

Metió la mano en la bolsa plástica y sacó el libro. *Nombres propios guanches: historia y leyenda,* leyó despacio, José Luis Concepción. Pasó el dedo por arriba del dibujo de la portada, siguiendo los viros de los machangos: una guancha reprehendía a dos guanchitos

chiquitos mientras un guanche más viejo, que podría ser el padre o el marido, la miraba apoyado en un risco agarrando un bastón. Podían ser ella y el padre, ella y el padre felices, cuidando y vigilando a la criatura. El día aún no había clariado y la guagua seguía corriendo por las carreteras de curvas cerradas de La Cumbre. A ratos se sentía Cathaysa como dentro de una lavadora, pero las ganas de averiguar eran más grandes. Desde que el padre le había regalado el libro hacía un año no le había dado por mirarlo ni fisco.. No sabía si porque no había podido o porque le daba miedo, pero sentía un montón de ganas de saber de cosas de guanches, cosas importantes que hubiesen hecho las personas con aquellos nombres, como el de ella. ¿Sería el de ella un nombre importante? Claro que sí, si no, ¿por qué le habría buscado el padre ese nombre? Se mojó los dedos, como le había visto hacer a El Tiznado cuando miraba las Páginas Amarillas, y arrastró las hojas hasta llegar a la letra C. Dejó atrás una primera página con nombres que no eran el de ella y en la segunda encontró una cruz, que supuso que habría hecho el padre.

Se quedó asustada. No sabía que a los guanches los vendían como cabras, y mucho menos que el nombre de ella significaba eso. En el colegio les decían que los habían matado a todos, pero el padre siempre le contaba que no, que era imposible matar a tanta gente junta y que nosotros veníamos de los guanchitos, pobrecitos, los guanchitos, pero ¿por qué le había escogido aquel nombre tan desgraciado? Se atemorizó, se preguntó si el nombre podía afectarle a la persona en la forma de ser. Si decía el padre que venían de los guanchitos, a lo mejor la tristeza también les venía de viejo. La agonía de que te quitaran de tu casita con tus cabritas y tu gofito y que después te vendieran lejos y sentirte sola, llena de magua, más o menos como ella se estaba sintiendo. ¿Cómo se estaba sintiendo? Un poco provocada. La guagua daba cada vez más tumbos y cada vez agarraba el chófer las curvas más rápido. Se abanó con las hojas del libro y, al moverlas, vio más cruces marcadas en otros nombres. A lo mejor el padre podía ayudarla a buscar uno que darle a la criatura. Decidió buscar una letra alejada de la C, por ejemplo, la T, de Tiznado.

Carigaga. Nombre femenino de Tenerife. Niña de nueve años vendida en Valencia en 1495.

Carujame. Nombre masculino de Tenerife.

Casatari. Nombre masculino de La Palma. Indígena vendido en Valencia.

Cathaysa. Nombre femenino de Tenerife. Niña de siete años vendida en Valencia en 1494.

Cathayta. Nombre femenino de Tenerife. Joven de diesisiete años vendida en Valencia en 1494.

Cazalt. Nombre femenino de Tenerife. Niña de catorce años vendida en Valencia en 1495.

Cobura. Nombre femenino de Tenerife. Niña de diez años vendida en Valencia en 1495.

Cosobo. Nombre femenino de Tenerife. Niña de nueve años vendida en Valencia en 1497.

Cotan. Nombre masculino de Tenerife.

Cunacén. Nombre masculino de Tenerife.

CH

Chabuta. Nombre femenino de Tenerife. Niña de ocho años vendida en Valencia en 1495.

Chamaidad. Nombre femenino de Gran Canaria. Mujer indígena que fundó un hospital en Telde después de la conquista. Existe confusión con el antropónimo Chemida, venido de Lanzarote, sin que se sepa con certeza si tenía parentezco o no.

Taguanerte. Nombre masculino de La Palma. Indígena bautizado en Sevilla.

Tagucimota. Nombre femenino de Tenerife.

Tahona. Nombre femenino de Tenerife. Niñita de cinco años vendida en Valencia en 1497. Conjuntamente con Sasa, también de cinco años, constituye un triunfo muy importante por parte de aquellos *piadosos* mercaderes, quienes demostraron tener una enorme *sensibilidad* ante criaturas de tan corta edad, para ser vendidas, como si de animalitos se tratara.

Tamagaiste. Nombre de un indígena de La Palma bautizado en Sevilla. No consta de que sexo era.

Tamanca. Atamanca. Nombre masculino de La Palma. Príncipe, señor, del cantón que lleva su mismo nombre, Tamanca, lugar conocido por Jedey. Dice Abreu y Galindo que los palmeros se regían por capitanes como los africanos. El nombre At-amanca(d), tiene una enorme similitud con Mencey que en Tenerife tiene el mismo rango. En este sentido su significado sería, efectivamente, el capitán.

Tamonante. Nombre femenino de Fuerteventura. Notable sacerdotisa y consejera de esta isla. Mujer muy inteligente que participaba con decisiones importantes en el gobierno de la isla, especialmente en los temas de justicia.

Tanausú. Atanausú. Nombre masculino de La Palma. Príncipe, señor, de Aceró, Caldera de Taburiente. Fue el caudillo más temido durante la conquista. Fernandez de Lugo tuvo que tenderle una trampa para capturarlo cuando lo había invitado a parlamentar. Los guanches, en general eran muy fieles a su palabra, y pese a que su pariente y consejero, Ugranfir, le advirtió peligro, Tanausú no escuchó los consejos. Lugo le atacó mediante una emboscada y lo apresó.

Se preguntó entonces Cathaysa si el padre habría anotado los nombres que le gustaban o si había estado investigando a la gente guanche que habían vendido en la Península. Aun así, ya estaba decidido, lo sentía muy fuerte a la altura del buche: si era macho, se iba a llamar Taguanerte y, si era hembra, Tahona. Namás que espero, se dijo Cathaysa, que el nombre no le pese de la manera que me pesa el mío. Cuando se fue a dar cuenta ya estaba toda revuelta a punto de largar las tripas por la boca. Tuvo que parar el chófer al final de las curvas de La Cumbre, donde comenzaba el día y amanecía el sol del Sur, para que Cathaysa arrojara. El mismo chófer, y una mujer que iba a trabajar limpiando en los hoteles, la ayudaron a bajarse y a montarse otra vuelta en la guagua. Se pasó la mujer el resto del viaje abanando a Cathaysa con una revista.

Cuando Cathaysa llegó al Sur y se bajó, el sol le mandó un machucazo en la frente; no sabía si era por la falta de costumbre de haber pasado tantos días enguirriada en la oscuridad y la lluvia del barrio o porque aquel sol de verdad quemaba como un soplete. Caminó por la estación de guaguas y fue a la ventita de la entrada a comprarse un dulce y un jugo porque estaba escolorida completa. Orinó. Descansó en un banco y, cuando recuperó el color, salió a la calle. Había un único taxi esperando. Todos los demás ya los habían agarrado los extranjeros que caminaban con bolsos y maletas. Se montó Cathaysa en el taxi con dificultad. Sacó la dirección del bolsillo del rebeco: ¿me podría usté llevar por favor a Mencey-Pelinor-27-La-Sabina si usté puede, por favor?, dijo todo de corrido como si la dirección completa fuera una única palabra.

Claro que sí, mi niña, cómo no, vámolos pa La Sabina ya mismo.

La dejó alante de una casa de dos plantas con brillantina en las paredes. Se bajó Cathaysa con ayuda del taxista y agarró la bolsa plástica del asiento. Metió la mano en el bolsillo del rebeco y de nuevo pagó con el dinero del tío. El taxista no arrancó el coche, se quedó esperando a que le abrieran la puerta. Observó Cathaysa la

casa de abajo arriba por unos segundos: se veía que el padre había prosperado, que estaba ganando dinero. Buscó el timbre de la casa y lo encontró a mano derecha, debajo de un cartel que decía: HECHICERA DEL AMOR, escrito en color rosado. Se viró Cathaysa extrañada a mirar al taxista. Estaba el hombre limpiándose los dientes con un palillo y mirando al otro lado de la carretera. ¿Se habría equivocado? Tocó Cathaysa en el timbre y se alejó de la puerta agarrando a la criatura con las dos manos, ya casi no le alcanzaban los brazos para abracarla.

¿Sí?, escuchó una voz dulcita de mujer que venía del timbre.

Hola, dijo Cathaysa desalada, ¿por qué respondía una mujer? Hola, volvió a decir.

Hola, ¿sí?

Buenos días, respondió Cathaysa rechazándosele las lágrimas en los ojos, vengo preguntando por El Tiznado, que me dijo mi, que, que me dijeron que está aquí viviendo.

Mi reina, dijo la voz, acá no vive ningún Tiznado. Acá te atiendo yo, Magalis, o mi compañera Abigail, acá no hay más nadie, mi amor. ¿No será que te equivocaste?

Se sacó la dirección del rebeco y la leyó en voz alta: Mencey-Pelinor-27-La-Sabina, ¿eso es aquí?

Sí, eso es acá.

Pos, dijo empezando a llorar, me dijeron que se está quedando aquí y yo no tengo más ningún sitio dónde buscarlo, por Dios, ayúdeme, yo no tengo más ningún sitio, yo no sé dónde está y lo estoy buscando a mi padre, es mi padre, por favor.

Aguanta ahí, amor bello, ya voy.

Se abrió la puerta de un golpe. Una tajula guapa como ella sola, de pelo colorado, orejas cumplidas con aretes grandes, vestido de tigre, pañuelo encarnado y uñas largas salió a dar con ella. Tenía unas cejas finitas perfectas dibujadas que parecían hechas con nivel, y los labios perfilados y pintados de un rojo chillón. Arrancó el taxi y la dejó sola. Se quedó Cathaysa impactada de verla, le dieron ganas de saber ajeitarse de aquella manera tan provocativa.

Por favor, ayúdeme, dijo Cathaysa secándose las lágrimas con la mano de la bolsa plástica. Metió la mano en la bolsa y escardilló en

el fondo. Mire, dijo sacándole la foto recortada del padre, este es mi padre querido.

Primero la mujer le miró la barriga, luego agarró la foto con aquellas uñas largas y perfectas, tan largas que apenas podía ver la foto de todo lo que ocupaban.

Eeeeespera, dijo, mi amor bello, ¿tú me dijiste El Tiznado?, ahora sí me recuerdo mejor del hombre que tú me estás contando. Él vino por acá a dar con mi compañera Abigail, que ella me estuvo comentando. Sí, nosotras le hemos hecho algunos trabajitos a él.

Abrió los ojos como platos, Cathaysa, preguntándose aterrorizada qué clase de trabajos serían esos.

Jajá, no mi amor, no de esos trabajos, no, yo hago trabajos espirituales, ¿sí?, señaló la mujer las letras que había encima del timbre, a mí me dicen Hechicera del Amor, lo más probable me habrás visto por la tele y no te me recuerdas.

Miró de nuevo la barriga de Cathaysa y le devolvió la foto. Mi amor, la miró a los ojos con las pupilas grandes como dos boliches negros, así te lo digo porque me vino ahora de repente y, si no, no me quedo tranquila: tú puedes venir conmigo otro día, pero si no vienes también te lo digo, porque yo, mi reina, no tengo nada que perder ni me falta el dinero. Si a ti te apetece llamar otro día y agarrar cita conmigo, yo te puedo ayudar, y si no, yo te lo digo igualito ahora y tú ves lo que haces, ¿ajá?, sí, bien. Cerró los ojos, la mujer, y dijo: yo te lo tengo que mirar mejor mirado eso, mi vida, pero tú tienes una presencia ahí detrás de ti, una presencia toda blanca que me está diciendo que te diga; yo te digo lo que me está diciendo, mi amor bello. Se rechazó patrás Cathaysa del miedo, asustada de escachar a la presencia. Sí, me dice que tú tienes un asunto pendiente con un hombre, no, con dos hombres. Abrió los ojos de nuevo y se presinó, viendo la Virgen de Candelaria que le colgaba del cuello a Cathaysa. Me está diciendo este espíritu que me está hablando ahora mismo que tienes que enterrar algo, no sé a qué se refiera, pero eso me dice, y, mi amor, te vuelvo y te repito: si tú agarras cita conmigo, yo te lo puedo arreglar, porque dudo que puedas acomodar todo eso tú solita, ¿sí?, y menos en tu estado; eso es muy delicado, mi vida.

Se dio la vuelta la mujer y empezó a cerrar la puerta.

¡No!, espere, por Dios, dijo Cathaysa agarrando la manecilla, ¡dígame algo de mi padre!

Ah, sí, abrió un poco la mujer, dejando ver el abanico de uñas rojas, búscalo pa la costa, por la zona de Las Tomateras, él tiene un asunto pendiente con el mar. Y cerró poniendo dos fechillos y dos vueltas a la llave.

Caminó Cathaysa por el pueblo de La Sabina agarrándose la cintura y la barriga por debajo, toda descuadrilada con las cholas. A mitad de camino se encontró con una mujer que venía de la venta. La acompañó la señora hasta la parada del taxi, más despacio de lo que Cathaysa hubiese querido, pues la señora estaba igual o peor de escachimbada que ella. El taxista y la doña la ayudaron a montarse y, además, la mujer le regaló dulces de dulce de guayaba, los que tanto le gustaban a ella. ¡Pa la mar!, le dijo al taxista. El hombre arrancó y, como dejándose caer por el camino, la llevó hasta la zona de Las Tomateras, donde el paisaje cambiaba de color y temperatura, donde la isla ya no era de casas terreras y autoconstruidas, sino de edificios altos que se mezclaban con algunas casas canarias saltiadas.

Se paró el taxi. Con sudor de nervios corriéndole por las costillas, miró por la ventana: estaba en una avenida de piche y aceras, atestibando de extranjeros, palmeras, bares de cerveza como los de las películas, colchonetas inflables, gafas de buciar. A lo lejos la arena falsa de las playas reflejaba la luz del sol como un espejo limpio como las lajas de un barranco, y la mar llegaba por olas suaves a la orilla, haciendo bombitas en la espuma. ¿Qué era aquello? ¿Dónde estaba? ¿Era ese el mejor sitio del mundo? ¿Iba a vivir allí por siempre con el padre? ¿Iba a encontrar un trabajo bueno en la limpieza, iba a tener por fin dinero pa comprarse ropita bonita, iba a poder bañarse en la playa y aprender a nadar bien, comer pollo con papas fritas todos los días, pan de molde y

montones de yogures?, ¿iba a poder pasiar con el padre en un coche escapotable? Sin pensarlo, abrió la puerta para que le entrara aquel aire seco, sacó el dinero del bolsillo y le pagó al taxista. Antes de bajarse del todo, contó lo que le quedaba. Todavía era bastante, suficiente como para empezar una vida nueva.

Lo buscó toda la mañana sin parar: en las obras por si lo veía trabajando, en los riscos por si estaba pescando. Luego ya en los bares, en los minicasinos, en las casas de señoritas con luces rojas. Ya rendida, a la hora de almorzar, se sentó a garrar resuello debajo de la sombra de una palmera. Aquel sol caliente que le había parecido el mismo paraíso la hacía sentir ahora agoniada. Aquella pesadez de calima. Los ojos, mirada de gotelé. Los ojos, un espesor, soldadura, cocinilla de gas prendida. Chos, pensó, chiquito fuego, y se arremangó la ropa lo más que pudo. Había caminado todas las playas de aquella zona y ahora se había parado enfrente de la más grande. Aunque tenía una alegría en el pecho, cada vez se le hacía más liviana. Le daba miedo haber llegado hasta allí y no poder encontrarlo. Se fijó en la avenida de gente: caminaban los extranjeros contentos y sin camisa, pero ella no se quitaba el rebeco ni aunque se estuviese guisando. Sonrió a dos guiris quemados que parecían felices. Le gustaba aquella clase de vida y ya no quería más nunca la brumacera del barrio. No, más nunca aquella posma, aquella nube negra aposada desde por la mañana.

Miró de nuevo a la playa. Se fijó en la parte derecha, la que quedaba más lejos. Había dos bolsas de basura negras, un perro echado y un carro lleno de mierderías. Algo empezó a zarzaliar en una de las bolsas, la más cercana al perro. Una cabeza espelujada salió a la luz. ¡Virgen de Candelaria!, lo enfocó namás lo vio. Salió Cathaysa como un cisco corriendo, con una mano en la cintura y la otra en la vida empinada. Era pesado caminar por aquella arenilla fina con aquellas cholas. Los pies se le iban enterrando, cayendo pal centro de la tierra. Plom plom, de repente se sintió como un caballo, haciendo aquel gesto de levantar demasiado las patas, como patuñando el suelo. ¡Pa!, chilló con el corazón acelerado, ¡pa!, pero

estaba el hombre traquinando con los atarecos que tenía regados por la arena alrededor de las bolsas de basura, ¡pa!, ¡soy yo!, plom plom, pero el hombre no alzaba la cabeza. Ladró el perro y vino contra ella. Se encogió Cathaysa al recibirlo, pero solo la golió por el culo y por las verijas. A duras penas dio dos pasos de pies pesados, Cathaysa, con aquella enterradera, con aquel peso de criatura creciéndole dentro del payo, con aquel sol que se le clavaba en el pico de la frente, y el perro la siguió.

¡Pa!, chilló una última vez con el corazón en el aire. Cada vez estaba más cerca de él, pero cada vez le estaba dando más impresión lo que veía: estaba acostumbrada a saber que el padre había estado bebiendo porque llevaba las ligas desamarradas, o el pantalón caído, o la camisa abierta dos botones más de lo habitual, pero aquello era otra cosa. La peste que botaba patrás desde lejos, un zapato de cada tipo, uno con la punta abierta que se le veían los dedos, el otro un teni sin ligas dos tallas más grande. Se fijó después en los pantalones, todos mareados por la salitre y por el sol, los tenía meados y encachazados de tierra, miseria, mierda, amarrados con un cable de lámpara. La camisa floriada de siempre pero sin botones ningunos, rajada, con dos pegatinas de mujeres desnudas pegadas. De las cuatro clinejas de pelo mal trabadas que tenía en la cabeza ya solo le quedaban dos, y los pelos de las barbas, largos y canentos, llenos de grelos como si fueran papas de semilla que se guardan para sembrar. Un sombrero verde que quería dar la impresión de tener un fisco más que sea de sentido, pero que lo hacía parecer todavía más virado de la cabeza. La cabeza. Fue a hablar, Cathaysa, pero todavía no le salían las palabras. La cabeza, que siempre había sido grande, como de cachalote, se le había vuelto un fisco, tenía el cráneo esconsumido, apenas un fisco más grande que dos puños, como si la vejez lo estuviera enfisqueciendo. Estaba chupido completo que bailaba dentro de la ropa. ¿Qué había hecho Dios con el hombre al que ella más quería sobre la faz de la tierra?

Pa, dijo Cathaysa apenada, todos los terrores que había sentido de que el padre estaba pasándolo mal eran ciertos. Pa, repitió, soy yo, tu hija, pa, terminó Cathaysa, ¿no te alegras de verme?

El hombre se paró en seco. Levantó la cara renegriando y se puso blanco de verla.

Tardó en responder, pero lo hizo: oh, mi niña, ¿y cómo tú por aquí?, se revolvió incómodo en el sitio, parecía que no quería estar allí, en aquel momento, nunca, y dijo algo por decir, ¿tu madre te dejó venir hasta acá tan lejos?, ¿tú sola?

Se acercó Cathaysa un fisco más, aguantando la respiración del jedor a mierda.

Pa, ¿no te alegras de verme?

Se tambalió El Tiznado de un lado al otro con fuerza, mirando la barriga de la hija, luego la cara, después la barriga otra vuelta.

Chacha, te pusistes como una mula, dijo juntando las palabras a duras penas.

Se le saltaron las lágrimas a Cathaysa.

Te quedastes chiquita y payenta como tu madre, seguía diciendo El Tiznado, estaba tan borracho que no entendía lo que estaba pasando. ¿No son así la familia de tu madre?, alegando solo, ¿chiquitas y con el culo retrincado?, ¿o no?, ¿y el payo grande palante como garrapatas?

Lloró Cathaysa más fuerte, secándose los ojos con las manos.

No, yo digo namás que por dicir, se dio cuenta entonces de que la hija estaba llorando, no por nada, porque jacía tiempo que no te vía y no sabe uno las vueltas que da la vida y aquello.

Pa, dijo Cathaysa, intentando hablar con decencia. Pa, dijo, apresionando las lágrimas dentro de los ojos, yo vengo a dar contigo porque quiero vivir aquí en el Sur, trabajar en los tomates o en los hoteles. Salir palantre pa más que sea tener un fisco futuro. Yo te ha echado mucho de menos, yo ha pensado en ti todos los días desde que te fuistes. Yo no me veo viviendo con ma, no me veo entumida en el barrio con tanto frío y bicho carretero. Yo quiero, dijo, jalándose las velas que le estaban cayendo de las narices, yo quiero estar aquí contigo, en el Sur, donde uno está más feliz y tiene más vida y hay donde caminar, no las empinaderas esas que se cansa una namás que de ir un fisco a la venta. Se fijó Cathaysa en la avenida atestada de gente blanca escolorida y quemada como los cangrejos moros. Papi, yo estoy embrazada y horita voy a parir,

podemos cuidar a la criatura aquí, y ayudarnos, no hace falta estar con mami.

Tardó El Tiznado en pernunciar. Se quedó pensativo, rascándose el sudor de las patillas.

Mi niña, dijo entonces, estartalado, yo no sé qué te diga, haciendo muchos gestos con las manos abiertas, porque si uno te dice cual, pues aquello y, dispués, si uno te dice aquello, pos lo otro, y eso es igual que leche cacharro, y más gestos de descolgajar los brazos de vagancia. A uno le va bien ansina, mi niña, y gestos de levantar los brazos de indignación, no se va a estar uno metiendo en poblemas, tú no te procupes, a mí me va bien ansina..., y Dios, aquello, ¿oístes?

Se quedó Cathaysa impactada con el rumbo que estaba tomando la respuesta.

Y pos si uno está bien ansina como está, ¿pa qué estar con más historias?, uno está bien como está y esto no es sitio pa ti, mi niña; tú vete tranquilita pa de donde vinistes que ansina, con tu madre, estás más aquello, ¿oístes? Bueno, dijo El Tiznado, recogiendo basura del suelo como si fuera un oficinista ordenando papeles, me alegro de verte, poniéndose la basura abajo el brazo, yo tengo cosas que aquellar, alejándose de ella y yendo a recoger más cosas de la arena.

No entendía nada Cathaysa. Corrió con dificultad lo poco que la separaba del padre. Se aferró a El Tiznado por los pantalones como una araña peluda, como cuando era pequeña y lloraba por que no se fuera pal Sur. Pegó esa chica los lloros al grito limpio y a El Tiznado se le aguaron los ojos, pero se mantuvo rígido, no fuera a ser que la hija se arregostase al cariño.

Mi niña, dijo El Tiznado, y le cayeron dos lágrimas grandes como chochos por el cachete que arrastraron la mierda de un palo de gallinero, yo no voy a virar patrás, tú vétete por donde vinistes, vétete tú tranquilita a jacer la vida tuya, que yo estoy bien, no te procupes por mí, que yo aquello, ¿oístes?, y Dios aquello, ¿oístes?

Se quedaron los dos mirando el carro lleno de basura. Cathaysa sentada de culo sobre de la arena, agarrándola con las uñas. El perro corriendo en círculos con un palo en la boca alrededor del

bulto de la bolsa de basura. Angustiada, angustiada de ver en qué se había convertido el padre. Ya no eran cables y chatarra lo que garraba del suelo, sino directamente basura sin sentido.

Eso es todo pa ti, dijo El Tiznado abriendo los brazos como los magos que iban a actuar a las fiestas, agarra uno antes de que traspongas, continuó, señalando los botes de basura que había dentro del carro. El mejor que te parezca, los hay de todos tipos, los fue sacando como por ejemplos y enseñándolos un poco acostados, como si fueran jureles que acababa de pescar, pero blanco blanco que yo dijera blanco como el primero, no jallé ninguno.

Primero se quedó asustada.

Garra, decía El Tiznado, garra el mejor que te parezca, ¿oístes?, son todos pa ti, mi niña.

Se fue acercando al carro, Cathaysa. De tan grande que era la tristeza que sentía, pensó que lo mejor era garrar el primero que trancase para dejarlo marcharse tranquilo. Apalpó aquella basura, ascuada. Cogió uno un poco abujeriado con la mano que le sobraba de no agarrar la bolsa.

¿Ese? No, mi niña, dijo El Tiznado, indignado, no garres ese, por Dios y la Virgen..., ¿oístes?, metió la mano dentro del carro y sacó uno del fondo, por lo menos llévate este, dijo enseñándole uno sin bujeros, que está mejor conservado, y se lo puso en las manos.

Lo aferró, Cathaysa, el bote, no sabía qué hacer con aquella cosa y se viró para volver por donde había venido. Caminó dos pasos, pero no, no pudo, no podía: ¡papi!, volvió otra vuelta corriendo, papito del alma, ¡papi!, llorando traspuesta, por Dios se lo pido, hablándole de usté como cuando había dejado las cosas regadas en el cuarto y tenía que pedirle disculpas, no me importa más nada, no tengo más nada, ¡estoy embrazada!, chilló, voy a tener una criatura del Señor, por Dios, no me abandone, se lo pido.

El Tiznado se quedó callado. Tuvo miedo de que Cathaysa entendiera cosas que no eran, de que se arregostase demasiado a las palabras, y por eso intentó hablar lo menos posible, moverse lo menos posible. Cosa que le resultaba bastante difícil, porque últimamente no hacía más que correr y alegar solo con las voces que le venían a la cabeza.

¡No me haga esto, por Dios se lo pido!, yo no tengo donde caerme muerta, seguía Cathaysa, podemos salir usté y yo palante, usté que me quiere tanto, yo que lo quiero tanto, aquí, con usté, yo quiero estar aquí con usté.

El Tiznado siguió callado, arrugando la bemba.

Pa, dígame algo, ¿ya no me quieres, pa?, no me diga eso que me muero.

Cathaysa lo abrazó más fuerte, apoyándole la cabeza en los pantalones podridos.

Váyase, le dijo él hablándole de usté, como cuando era menuda y tenía que decirle alguna cosa que no le gustaba: María Cathaysa, su madre le está diciendo que ajunte los muñecos del suelo y jaga la cama como Dios manda. Váyase, repitió con los ojos rojos, a punto de estallar por los aires, tieso como un palo. Váyase, le digo, con las lágrimas rodando por las cadenas del pecho.

¿Quién carajo era aquel hombre?, ¿quién diablos era?, un desconocido, un hombre de la calle. ¿Qué clase de dolor era ese?, un dolor tan grande, mucho mayor que el que sintió cuando El Higo Pico la mandó a freír chuchangas; ¿qué era aquel dolor?, ¿qué carajos era?, no tenía nombre, mirar al padre y no conocerlo.

Váyase, repitió El Tiznado, zafándose de los dedos de Cathaysa uno a uno como cuando era pequeña. Váyase, por favor se lo pido.

Se paró Cathaysa del suelo, se sacudió la arena. Se dio la vuelta. Respiró tres, dos, tres veces como pudo, porque en verdad solo quería llorar chillando. Pegó a caminar intentando que las cholas se le llenaran lo menos posible de arena.

¡Mi niña!, chilló El Tiznado, y Cathaysa se viró como una centella, mi niña, dijo manteniendo la distancia, ¿no tendrás un fisco un duro más que sea pa un café?, preguntó mirando a algún sitio entre Cathaysa y el Teide, que tengo las tripitas juradas.

Lo observó moverse como un trompo cansado. No encontraba nada en aquellos ojos, Cathaysa, una especie de vacío mal limpiado, como un plato lleno de fiscos de huevo. Se secó las lágrimas, se recompuso. Seria como una tusa, se sacó todo el dinero del bolsillo del rebeco. Toma, dijo acercándose lo mínimo posible. Se lo dio todo con la punta de los dedos: así, doblado como una sábana, como lo

tenía Tío Aurelio en la cartera. El Tiznado lo agarró y se lo guardó dentro de los calzones.

No esperó Cathaysa a ver qué ocurría. Se alejó del padre por donde mismo había venido, con las cholas de levantar en la mano para caminar lo más rápido posible.

La criatura daba macanazos por la parte baja del vientre.

Las olas iban y venían en un vaneo cansado detrás de su cabeza.

Sintió Cathaysa cómo le crecía una piel más gruesa que la que le cubría el cuero, gruesa y amasucada como la cáscara de una manzana madura.

Caminó sin rumbo ni causa. Yendo de un lado al otro de la carretera, imaginando que encontraba un cuadradito de sombra en alguna parte, pero no lo había: el sol quedaba justo en el centro del cielo, acechando como un guincho de garras largas y cambadas. El jilorio no la dejaba pensar, la criatura se reviraba desinquieta. Miró hacia arriba, Cathaysa, la cegazón de luz la anuló por un segundo, sintió una suerte de alivio. Pensó, buscó a quién preguntar. Con señas y más señas, acabó llegando a la estación de guaguas, colocándose en una esquina con la bolsa plástica en una mano mientras se rasquillaba el dinero ausente dentro del bolsillo del rebeco y con la otra extendida decía: una ayudita pa volver al Norte, por favor, estoy embrazada y horita voy a dar a luz, una ayudita. Poco a poco fue juntando pesetitas de gente igual o más pobre que ella que le deseaban: Dios te guarde y te bendiga, y consiguió coger la guagua de las cinco y media. Regresó por aquellas curvas del demonio, deshaciendo el camino que el padre había hecho tantas veces para ir a buscar chatarra. O parranda, pensó, ya no sabía. ¿Parranda?, se pelió, ¿cómo te atreves, contestona? Era la primera vez que pensaba en el padre de aquella manera y se llamó la atención a sí misma: ¡No!, Cathaysa, eso no se dice, y aunque no quería pensar mal, pensó, porque no podía no hacerlo: cuando venía la memoria a machucarle el corazón, nunca tenía cómo defenderse. Le llegó el recuerdo de cuando el padre traspuso a Alemania a trabajar en la agricultura y, namás llegar, lo tuvieron que ingresar en el hospital de la fuerte cogorza que se agarró. A la semana volvió eschavetado de la cabeza, habiéndose gastado todo el dinero que tenían, con las partes todas ronchadas que tuvo Engracia que ponerle onturas en los cataplines no se recordaba ni cuánto tiempo, como siempre, como siempre que venía ronchado completo o

echando pus por las partes. Pasó hambre en aquella época, Cathaysa, no recordaba haber comido tantas cerrajas con aceite y vinagre y gofio en su vida entera. No tenía nada en contra de las cerrajas, no, ni de las coles de orilla, le gustaban bastante, pero a veces le apetecía comerse unos buenos coditos fritos; mmm, pensó, coditos, qué ganas de unos cortadillos de la madre o de unos muslos en salsa o de unas garbanzas o de un buen rolón o de potas en salsa o de chocos con papas y mojo verde o de carne fiesta o de carne arreglada puchero canario rancho canario potaje de berros arvejas compuestas un huevo guisado papas fritas queso cabra escaldón con cebolla picada y mojo de colores y un quesillo, por favor.

En lo que pensó todo aquello ya estaba otra vez provocada completa, y tuvo que pasarse el resto del viaje abanándose con el libro de los nombres guanches. Llegó desguañingada de tanta curva a la parada en la que había cogido la guagua aquella mañana. Aquella mañana, sí, aunque parecía que habían pasado días. Ya tenía diecisiete años y apenitas había tenido tiempo de pensarlo. Estaba otra vez debajo de la nube negra, con la brumacera corriendo por la carretera como en un rally. Se sentó debajo del poste que sostenía el cartel de BUS, dejó la bolsa y el bote de lejía sobre de la acera. No tenía cómo subir hasta la casa, solo rezaba por encontrarse con alguien conocido. Se cerró el rebeco por encima de la boca y vio la posma caer sobre del mundo y los tartagueros. Todo era blanco como las cartas: ella, los viros de las cosas, el camino. El corazón le metió un rebencazo, luego dos, luego el pecho se le escachó solo, como si se lo estuvieran apresionando. Las barranqueras de sudores, el temblique en las manos, los sanantones corriéndole por la piel como cuando tuvo el sarampión de menuda y se puso toda enzapada y no podía ir a la escuela. Sintió un fuego correrle por el cielo de la boca. Se botó a tierra, con las dos manos sobre del piche. ¿Estaba pariendo?, ¿ya venía la criatura?, ¿qué era aquella opresión en las costillas?, ¿le estaba dando algo?, ¿un ataque, un infarto, un mal de ojo? Runrún, la neblina rastrera se abrió con el batacazo de dos luces largas que la alumbraron como a una novia el día de la boda. Pudo verse el cuerpo blancazco en la

blancura. ¡Cathaysa, mi niña!, chilló una voz que venía de dentro del coche, sus, muchacha, ¿que jaces ai botada en el suelo, que te enfermas? Paró la cabeza, Cathaysa, primero tardó en reconocerle el jocico, pero pronto pudo relacionar la voz con la cara: era Ofelia, la vecina de por debajo. ¡Cathay-sa!, mi ni-ña, ¿qué tú jaces ai botada en el suelo?, amóntate que te llevamos parriba, párate de ese suelo que eso está todo enfanguillado, muchacha, ¿tú no ves que este tiempo no está ni pa uno salir de la casa? Se levantó Cathaysa con los ojos como chernes y agarró el bote y la bolsa de la acera. Se bajó la mujer del coche y rodó el sillón para que entrara ella. Ya me dijo tu madre que horita viene la criatura al mundo, dijo Ofelia colocando el sillón, y luego cerró la puerta y el ventanillo dándole vuelta a la manivela despacio por la tendinitis de tanto escurrir el paño y la fregona, qué bien, muchacha, horita te lo quitas de arriba. ¡Cruz!, dijo la otra mujer, que iba conduciendo, cierra bien ese ventanillo, muchacha, que me estoy grelando completa, ¡Señor!, eso fue pasar La Cumbre y volver a congelarse uno; encima se me está acabando la bombona, ni pa bañarse. Ay, Cathaysa, dijo Ofelia virando el cuello para verla mientras la conductora arrancaba, y le pasó un rebeco negro que la chica se colocó sobre de los hombros, yo me recuerdo de tú chiquita como si fuera ahora mismo, más bonita, ojalás te salga igual de buena que tú, mi niña, porque tú ha sido siempre un pan de Dios, le agarró Ofelia la rodilla, y continuó hablando: está buena esta época pa dar a luz porque te cumplen años al tiempo con pegar la escuela, lo único es que te va a salir con mujo en los pies, dijo sonriendo, porque con este frío no tiene uno ni ganas de nacer ningunas. Cruz, Ofelia, le contestó la otra mujer, no le digas eso a la chica, demonio malo. Muchá, mentiras no son, yo rezo todos los días, seguía Ofelia mirando a Cathaysa con una sonrisa remachada, pa que Dios se lleve esta plaga de lluvia que nos trajo, y volvió a colocar la mirada al frente.

Las ruedas del coche patinaban por el hielo. Cathaysa posó la cara en la ventana del coche y analizó el barrio: ya por debajo de la plaza, entre la brumacera, se podía ver a la gente raspando las costras de escarcha y recogiendo los bichos. Trabajaban aforrados con gorros y guantes, usando aquello que encontraban: uno con un

sacho descabado, otros con rastrillos y palas, los más jóvenes con cucharas y planas que traían de la obra; hasta los niños chicos estaban dedicados a escardillar con azadas y palos, palas y cubos plásticos de la playa a la que nunca iban. Esto está todo dado fuego, dijo la mujer que iba conduciendo, rechazándosele las lágrimas, esto está todo echadito a perder, esquivando los boquetes que habían abierto las lluvias en el piche porque el Ayuntamiento los había dejado a la mano de Dios. Los papeles de colores de la fiesta no se meniaban porque tenían escarcha. No chocaban unas tiras contra las otras movidas por la brisa haciendo aquel sonido de palmas aplaudiendo que tanto le gustaba a Cathaysa. No quedaban casi flores de papel, se habían caído casi todas, y quedaban colgando solos los hilos blancos con los que las habían amarrado de las barandas y los postes de la luz. A la altura del bar había vecinas calentándose alrededor de unos bidones con fuego y tapándose las narices del fuerte jedor a rayos encendidos. Sus, muchacha, ahora pusieron bidones con gasoil pa quemar los bichos, dijo Ofelia saludando con la mano a las viejas, y no hay quien aguante la peste que botan. Bajó la ventanilla Ofelia con gran esfuerzo: ¡Miguelina!, ¿ya lograron acabar con esos bichos negros del diablo? Qué va, Ofe, dijo la doña acercándose con parrillas de asar carne amarradas a las lonas, ¿y tú no ves que los cabrones cuando llueve se amontan en las paredes y no hay quien los alcance?, ya no puede uno ni mirar por las ventanas, se ve todo negro..., no te digo, Ofe, que esta mañana intentaron Olegario y los otros hombres de la comisión sacar a la Virgen y no pudieron, muchacha, jicimos la misa entro la iglesia, y se les ocurrió cargar a la Virgen del altar a la puerta y de la puerta al altar, que serían como diez metros de distancia, pa ver si ansina se le quitaba la manía al tiempo este, pero no. Cruz, y la peste, respondió Ofelia tapándose las narices porque le llegaban las varajadas de los bidones. Y la peste, repitió Miguelina, también apretándose los bujeros, el jedor no hay quien lo aguante, Ofe, siguió Miguelina, estaban diciendo Argeo y Etelbina, junto con la gente de la comisión, si no sería mejor quitar ya los papeles, porque como está la cosa no se va a jacer baile ninguno, y ya que estamos aquí, pos aprovechamos y jacemos dos cosas de un viaje, ¿no crees,

tú, Ofe?, que ya le dijeron hasta a la orquesta que vían contratado que esta noche dan un palo de agua tremendo y que no vengan, que no merita. No merita, repitió Ofelia. No, no merita, la imitó la mujer.

Arrancaron en silencio. Cathaysa se quedó mirando cómo el coche se acercaba a la casa de La Macha y tuvo el pensamiento de pedir que la dejaran allí. Se alongó alejándose del sillón y abrió la boca, pero con la misma se volvió a echar patrás. Pensó que horita iría a dar con ella, a pedirle que la perdonara, que seguro se le quitaba pronto la calentura porque ya les había pasado muchas veces: de La Macha amularse por algo malo que Cathaysa había hecho y después quitársele en un momento. ¿Algo malo?, la verdad es que esto último que había hecho, más que malo, había sido una ruindad auténtica, que no tenía perdón de Dios, pero no. No se veía ahora con fuerzas de ir a cas La Macha. Se sentía amarga como las troviscas, como un perro arregostado a estar toda una vida amarrado a una cadena ferrusquenta y, de tanto ladrar y jalar, la cadena se había partido, y después de partida no sabía el perro ni dónde ponerse: ¿para qué servía andar ladri-ladri ahora con la cadena partida?, ¿qué iba a hacer entonces si el único trabajo que conocía era ladrar amarrado? La tentación del perro era volver a ponerse la cadena bien rentrincada al cuello, pero se preguntó Cathaysa si también podía aprender el animal otra cosa distinta.

Sin darse cuenta, ya estaban al lado de la Nissan del padre, con todos los machangos de colores que lo protegían de los males sin moverse del salpicadero. Le habían crecido ortigas salvajes y flores de bruja en las ruedas, colgaban de los espejos retrovisores telas de araña en las que se arrullaban las gotas de lluvia. De lejos brillaba la chapa verde porque tenía fisquitos de hielo. Horita pega a caer otra vez, dijo la mujer que conducía mirando el cielo trancado de nubes negras. Se preguntó Cathaysa si más adelante podría acotejar un fisco de dinero y arreglar la furgoneta y sacarse el carné, para marcharse ella y la criatura de pasiantinas por la isla cuando quisieran. Sintió una fuerza que le brollaba de los pechos: no era alegría sino fuerza, no supo si sería la leche que le estaba corriendo por los pezones. Ofe, dijo Cathaysa arrimándose a la vecina, ¿yo

puedo dir a trabajar contigo? Oh, claro, mi niña, y como tú no me vías dicho más nada, yo tampoco te vía dicho nada, y ahora como estás ansina con el asunto del embarazo, pos ni pensé de dicirte, pero ahora andan buscando más gente que nunca pa limpiar, ya yo le dije a tu madre desde el otro día que andan buscando gente, pero, claro.... Tú primero ocúpate de la criatura, que eso no es cualquier bobería, y dispués, cuando tú te hayas recuperado, que tú te encuentres fuerte y bien, vienes pa casa y hablamos, que yo te llevo conmigo. Eso cada vez salen más hoteles y necesitan más gente, y, mira, yo a la chica mía más menuda la crie con leche Nido porque no garraba teta y salió bien como si nada. A los seis meses ya están grandes como fieras. Tú le das la criatura a tu madre, que ella te la cuida, y por la mañana vienes a trabajar conmigo, pero primero aquello, mi niña, que ser madre es lo más importante pa uno, primero que trabajar y hasta que el marido.

Se bajó del coche, Cathaysa. El cielo ennegrecido como la noche aún no había soltado la primera gota. Se quedó mirando las flores de bruja de las ruedas de la Nissan, revolviendo la palabra *madre* en la mente. Caminó Cathaysa contra el coche como en un trance de sueño. Se metió en los bardos enchumbados de la huerta abandonada, rascó el hielo con las uñas, arrancó la mayor cantidad de hierba que pudo de las ruedas y la carrocería. No había pensado ella en cómo iba a ser hallarse sin la criatura en la barriga, con el pellejo descolgajado, con el terror de ver lo que antes estaba dentro ahora por fuera. Botó la brazada de hierba sobre del resto de los bardos de la huerta y se viró contra la casa. Examinó la madera hinchada de las ventanas y la puerta, el portón de tea medio abierto, las paredes mujientas y atestibando de bichos en minas. Tenía miedo, sí, pero tenía ganas también de parir de una vez por todas.

El bulto negro de la bolsa negra seguía inmóvil sobre de la playa. Ya el sol estaba mandándole de duro y garraban sitio los primeros extranjeros, y le sorprendía a El Tiznado que El Grelado no se hubiese parado de la cama, es decir, de la bolsa negra. Había recogido El Tiznado todos los cacharros de la arena y había dejado todo ajeitadito y le había echado un codito de pan al Chirato y se habían bañado las patas juntos en la orilla de la mar salada, y aún el condenado Grelado seguía durmiendo, ¿cómo era posible? A cada minuto que pasaba estaba más convencido El Tiznado de que no quería virar la cabeza patrás y pensar en lo que acababa de pasarle. Se repetía que no era posible, que namás que había tenido un sueño malo y que no quería saber nada de nada. Nada ni de dónde había venido ni en qué día había nacido ni si había tenido existencia alguna en esta vida. Solo quería mirar al frente, tieso, recto, mi general, a la orden, y para eso necesitaba continuar avanzando y mandarse cuatro tanganazos, porque ya se le estaba llenando la cachimba de tanta pensadera; pero, sobre todo, lo que más necesitaba era que El Grelado de los infiernos se levantara de una maldita vez para seguir ellos vagando por las esquinas del mundo como vagaban los perros abandonados, sin pensar en más nada que en la jociquiadera. ¡Muchacho!, chilló El Tiznado acercándose a la bolsa negra, ¿tú te piensas alevantar algún día?, y le metió un sacudiazo al pobre chico de un lado al otro que casi lo parte. Ni apenitas se menió, El Grelado. Se sacó la navaja de dentro del bolsillo y rajó la bolsa de basura de arriba abajo como una caballa. Lo miraban atemorizados los cuatro extranjeros que había en la playa mientras comían zanahorias pa agarrar mejor el color de quemado. Estaba yerto, El Grelado. Dentro de la bolsa de basura le rozó los bezos. Los tenía duros y fríos como las piedras. Los ojos

cerrados como que parecía que había muerto durmiendo. Los brazos descolgajados, las manos abiertas, moradas. No garraba resuello. Lo viró pal otro lado y le buscó la espalda: la culebrilla había juntado las dos cabezas. Cruz, perro puto, dijo El Tiznado, dejándose caer sobre las dos rodillas. ¿Qué iba a hacer ahora?, ¿qué diantres iba a hacer con aquello?, ¿cargárselo al hombro? Se miró la navaja alzada dentro del puño cerrado. El perro goliendo a El Grelado, porque los animalitos entienden y huelen la pena. Cualquiera que estuviera viendo aquello iba a pensar que él lo había matado. Tenía que salir como un tiro, trasponer lo antes posible para que no lo trincara la ley. Respiró profundo, El Tiznado. Buscó en la cabeza algún cuento que le hubiese contado Tío Aurelio y que pudiera servirle para la ocasión: el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Se volvió a meter la navaja en el bolsillo. Empezó a sobajarlo, luego a esperruñarlo, después a retrincarle la piel, por arriba y por debajo, por las partes y por la cabeza. Pensó que no iba a jallar nada, pero al final jalló. Ah, Grelado, mucho jipismo y mira dispués cómo es la cosa. Le encontró una cartera atestibando de dinero en otro idioma extranjero. Solo le faltaba buscar la manera de cambearlo, pero ya se sentía rico, El Tiznado. Después de todo lo que le había quitado La Alemana y de todo el dolor que le iba a causar perder al alemán, de alguna forma tenía él que seguir palante en esta vida. Jaló por el carro, silbó para que lo siguiera el perro. Arrastró los atarecos por la playa y llegó jariado hasta a la avenida. Por un momento pensó en marcarle a La Brujenta, pero pensó que capaz era meterse en más camisas de once varas. Arrimó el carro en una esquina y le pidió a Chirato que lo guardara bien guardado. Entró en una venta. Compró montones de cartones de vino, cajas de cigarros baratos y chicles de fresa. Juntó fuerzas desamarrándose y volviéndose a amarrar el cable de la lámpara que le agarraba los pantalones encachazados.

Cogió rumbo. La carretera limpia; en medio, los coches. El viro de la autopista y los badenes. Cargando el carro y los arretrancos, asegurándose de que el perro caminaba justo al mismo pie de él y no dos pasos más por delante. A mitad de camino se paró a mandarle un buchazo al vino y a secarse las dos clinejas. A lo lejos, la sombra acostada de La Gomera iba creciendo a medida que él se

le iba arrimando, y cada vez tenía más la sensación de que podía espicharle los dedos. Dejó el cartón en el aire, justo delante de la isla, como cuando la gente decía que podía tapar el sol con un solo dedo. Qué hermoso le pareció entonces ocultar una cosa tan grande con una cosa tan chica. La tarde pegó a caer. El cartón a contraluz le recordó a algo y a la vez a nada. ¿Cómo que no podía cambear?, se preguntó contento, claro que podía cambear, siempre podía uno pegar de nuevo, ser más aquello, más mejor persona, más buena la vida. Traspuso el día y siguió caminando en la oscuridad de la noche, caminando por los viros de la carretera. ¡*Avance*!, chilló una voz metálica que salía de un bar, y avanzó hasta el final del día y de los tiempos, por siempre jamás, El Tiznado.

Tenía que darse prisa, Cathaysa, ya estaban cayendo las primeras piedras de granizo. Corrió hacia la casa y arrastró el portón de tea con las últimas fuerzas que le quedaban. Al entrar, se quedó asombrada: las papas se habían mantenido petrificadas abajo de capas y capas de hielo, con la rama cortada y todo, eso que era pa haberlas cogido en junio, en un año que hubiese sido normal. Estarían ya más que sazonadas, ¿qué sazonadas?, quemadas completas, icadas, bichadas, alunadas que no servirían ni pa echarle de comer a los cochinos. Dejó las cosas en el suelo, agarró una azada chica. En las paredes de la huerta corrían los bichos carreteros juyendo de los macanazos que mandaba aquel cielo enfurecido. Se puso de rodillas sobre de la tierra. Donde más brillaban las bujías y los cables pelados que sobresalían de la huerta, pegó a cavar un bujero. Rompió primero las capas de escarcha. Después escardilló, resistiendo la reinadera de la criatura y los machucazos de las piedras de granizo en el cogote. Cuando ya tenía un boquete más o menos aparente, se botó las manos al cuello. Jaló por la cadena de la Virgen de Candelaria y le partió el broche. Espichó la cadena en el fondo del boquete. Atrás de la cadena metió el bote de lejía que le había regalado el padre. Soltó una lágrima sobre del bote. Respiró. Pensó si seguiría teniendo lo que necesitaba: jaló por la bolsa plástica en la que cargaba las únicas cosas con las que había vivido los últimos meses. Sacó la falda negra que había llevado al baile el año pasado y espichó los dedos en los bolsillos. Encontró una cosa dura y pequeña que jedía a podrido. Con la punta de los dedos, la sacó a la luz escolorida del día: resplandecieron en la mano de Cathaysa los dientes grises como plomos de El Higo Pico, todavía manchurriados en sangre. Los botó rápido sobre el bote de lejía. Retumbaron en un tajaraste los dientes junto con los golpes de los

granizos. Tapó Cathaysa el hueco lo más rápido que pudo, aguantando el temblor en los brazos y las lágrimas en los ojos.

Hubo un silencio, después un chiflido.

El sol salió de detrás del cielo como si estuviera acabante de nacer el día.

Un rayo apuntó directo a los bichos de las paredes, que del calor se chicharraron al instante. Detrás de un escorrozo que hizo a Cathaysa taparse los oídos, cayeron petisecos en cortinas, llenando todo el suelo de aquellos codillos blancos que dejaban cuando se morían. La huerta comenzó a derretirse, y, como un gato encorujado que se desdobla estirando el cuello por la mañana, pegaron a reventar las papas de los camellones de la huerta. Un milagro, pensó Cathaysa, un milagro, Dios querido: debajo de la tierra se habían aguantado los pies de papas intactos, que eran tantas que no cabían en los camellones. Eran en minas, las papas chineguas. Puros rosarios de papas y apenas unas pocas alunadas; el resto, sanitas sanitas como manzanas rojas. El hielo se convirtió en agua, el agua corrió por la huerta dibujando surcos dentro de los mismos surcos. Se botó Cathaysa en el suelo a llorar de rodillas frente a la pared de la casa, sintiendo el estrallazo de los bichos secos debajo de las piernas. Las nubes se corrieron por completo, convirtiéndose apenas en dos hebras de hilo. El Teide asomó el pico afilado. Botó las palmas sobre de la tierra y pensó:

Tenía apenas diecisiete años, Catahysa, pero sentía que lo había vivido todo.

Se paró del suelo encachazada de tierra. Tocó en la puerta que daba de la huerta a la casa y abrió la madre. Era la misma de siempre: el pañuelo de flores, los ojos encuevados, la peta en la espalda como un risco empinada.

Tú vas a tener una chica hembra, dijo Engracia fijándose en la barriga de la hija, dicía la gente de antes que, cuando la mujer tiene

la barriga ansina baja como tú la traes, es una chica hembra lo que viene.

Sonrió de medio lado, Cathaysa. Se alongó un fisco la madre namás que por ver qué le parecía distinto del mundo y de la huerta en ese momento. Al ver las cosas descongeladas, se presinó del susto. ¡Isús!, dijo Engracia, fijándose en que la tierra de los camellones no era suficiente pa tapar tanta papa junta. Isús, María y José, volvió a presinarse, estamos nadando en la abondancia, muchacha.

Entraron en la cocina. Hervía sobre del fuego un caldero de papas guisadas de las últimas que quedaban del año pasado. Se quedó Cathaysa unos segundos con la puerta aún abierta, viendo el sol trasponer, aterrorizada porque aquella era la hora preferida del padre. Explotó un camarote en el cielo. Se desató un ladrerío de perros, una escandalera de gallinas en los palos. Llegaron sonidos de cumbia desde la plaza. El cantante aferrado al micrófono y diciendo: probando, probando, al tiempo que comenzaba la fiesta. Estaba tan contenta la gente del barrio que la comisión había decidido contratar a la orquesta y hacer el baile en ese mismo instante. Cerró la puerta, Cathaysa, con el pensamiento de que la criatura no iba a tardar en nacer. Detrás de ella, en la calle desolada y húmeda, llena de verodes alongados en flor, una manada de papitos colorados vino a aposarse sobre del portón de tea verde. En el cielo quedaban solo los últimos rayos de un sol que ya no existía, ese recuerdo diario de un abandono al que nos acostumbramos no se sabe muy bien por qué. Juyeron los pájaros. Lo que había sembrado en la huerta hizo temblar las bujías, los cables, las raíces. Pasaron dos, tres horas, y se escucharon patadas y relinchos que venían de debajo de la tierra. Creyó Cathaysa que se lo estaba imaginando mientras dormía.

A aquello de las doce, alguien que volvía del baile aseguró haber visto un caballo blanco galopando por el centro de la carretera. Dice que era fuerte y sin herraje alguno, y que corrió hasta perderse en lo alto del monte, guiado solo por el resplandor de la luna.

AGRADECIMIENTOS

Gracias:

A mi padre, Juan José Abreu Hernández, por ser mi mayor maestro y mi mayor fan, por ser el mayor diccionario humano de canarismos, cultura, flora y fauna de Canarias y por echarme tantos y tantos cuentos a lo largo de la vida, que en gran medida explican mi pasión por la escritura y la inventadera.

A mi madre, Noelia López Martín, por ayudarme a encontrar las palabras cuando no las tenía y por apoyarme tanto en los momentos duros. Gracias por entenderme cuando nadie podía entenderme y por cuidarme siempre tanto.

A Teodoro Jiménez Pozo, por trenzar nuestros procesos creativos a diario, por tanto amor, tantas lecturas y consejos, por acompañarme cuando no me quedaban fuerzas para seguir leyendo. Has sido mi gran apoyo.

A mi editora, Ana Rodado, por ser la persona que más ha entendido este libro en el mundo. Por acompañarme y aconsejarme, por creer en mí y ayudarme a creer en mí. Siempre voy a estar agradecida.

A Silvia Sesé, por permitirme cumplir el sueño de estar en Anagrama.

A Inga Pellisa, por ser una auténtica maniática, igual que yo, por ayudarme a limpiar el libro hasta dejarlo como las lajas de un barranco. Gracias por comprender tanto mi escritura y celebrarme.

A todo el equipo de Anagrama, por estar tan pendientes de mí y cuidar tanto este libro. En especial a Johanna Marghella y a Lídia Lahuerta.

A mi abuela Chela, por hacerme el mojo aguachento y el gofio dulcito, por acompañarme en tantos días en los que me sentía sola.

A mi abuelo Pepe, por heredarme el eschavetamiento, ese vivir jarrapento de coche podrido y juntadera de basura, sin ti el personaje de El Tiznado no habría sido posible. Tampoco mi espíritu soñador e inconformista.

A mi agente, Marina Penalva, por cuidarme y acompañarme tantos años.

A mis terapeutas, Marisa y Estela.

A Lilia Ana Ramos Martín, por ser siempre mi punto de apoyo visual, mi fotógrafa de cabecera.

A Héctor León León, María Santaolalla Camino y Tara Arteaga, por invitarme a confiar en mi intuición siempre.

A Carmen Ocón, por enseñarme cosas lindas sobre fauna y flora y sentarse conmigo a trabajar.

A Marta Sánchez, por enseñarme a leer las imágenes.

A Saray Salce y a Usue Belandia, por aquellas lecturas y ánimos del comienzo.

A Fernando Angulo Herrera, por aconsejarme sobre las orquestas gomeras y ayudarme a recordar expresiones kinkis.

A Daniasa Cuberlo, por resolverme las dudas sobre las santiguadoras.

A Marcos Díaz López, por compartirme sus conocimientos sobre lucha canaria.

A Iván León Abreu, por enseñarme con tanto empeño sobre su trabajo en las plataneras.

A Víctor Manuel López Martín, por escenificarme el universo de las máquinas tragaperras.

A José Luis López Martín, por recordarme los cuentos que echaba abuelo y revisar el funcionamiento de las máquinas.

A Gema Lorenzo Mohamed, por ayudarme a entender más sobre el funcionamiento del tarot y las brujenterías. También a Ingrid Rivero y a Candelaria Villavicencio, por enseñarme las tres a encontrarme con los símbolos.

A Jéssika Rojano, por revisar el deje canario-venezolano.

A Atteneri Rivero Quintero, por revisar con tanto cariño que mis aprendizajes sobre flora y fauna fueran adecuados.

A las residencias de Faberllull, en Olot, y de Passa Porta, en

Bruselas, por darme un espacio en el que pensar y escribir.

A todas esas personas que se acercaron a decirme: *Andre, mira la palabra/chiste/cuento que escuché*.

A mis ancestros, a los siglos de trabajo y conocimiento de la tierra que me preceden. Este libro también lo escribieron ustedes conmigo.

A todas las personas que de una manera u otra entraron en este libro a través de las conversaciones que tuvieron delante de mí o conmigo, en la calle, en una dulcería, en el médico, en un guachinche, en la guagua al salir del trabajo duro en la limpieza o la platanera. Este libro lo escribí yo, pero lo escribieron sin querer decenas de personas del norte de Tenerife y de Canarias en general a través de sus conversaciones y saberes.

A todas las personas que realizan una labor de estudio, registro, conservación y divulgación de nuestro dialecto, y de las particularidades de nuestra cultura y nuestro territorio.

A todas las canciones de reguetón, bachata, merengue, cumbia, salsa… en las que siempre me he encontrado y me encuentro y me permiten corroborar cada día todas las palabras y la realidad cultural que compartimos Canarias y Latinoamérica, por nuestro histórico y permanente vínculo de idas y venidas.

A todas esas autoras canarias y latinoamericanas que me han permitido encontrarme en sus textos y redescubrir mi propio dialecto y contexto a través del de ellas.

A Selva Almada, María Fernanda Ampuero, Irene Solà, Aida González Rossi y Lana Corujo, por dedicarle tiempo a esta novela y sacar palabras tan hermosas sobre ella.

A mis amigues decoloniales, con quienes aprendo a mirar, mirarnos y mirarme de otra manera.

A todas las personas, que, desde Canarias, y fuera de Canarias, en otras tierras del mundo que sufren, resisten día a día la presión de la violencia colonial y luchan por proteger, conocer, dar a conocer y salvar su tierra, sus vidas y las vidas de los seres con los que conviven. Este libro es por ustedes, gracias.

Ilustración: fotografía de la serie «This is Acentejo», 2021-act., © Lilia Ana Ramos

Primera edición: septiembre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Andrea Abreu, 2026
Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© De la canción «Procura», Warner Chappell Music Ltd. (PRS) y Warner Chappell Music Publishing Ltd. (PRS).
Todos los derechos gestionados por Canciones Warner Internacional.

© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S. A. U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433951434

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es